MEDITACIONES ESPIRITUALES

P. Luis de la Puente

Tomo tercero

Contiene desde el día primero de septiembre hasta el último día del año

MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN GRAN PARTE DE LAS

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

de la Compañía de Jesús

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

TOMO TERCERO

Contiene desde el día primero de Septiembre hasta el último día del año.

ADMINISTRACIÓN

DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

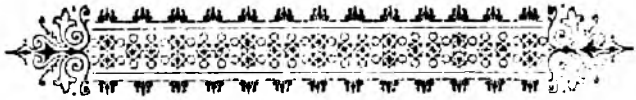
Plaza de Santo Domingo, 14, bajo

MADRID

Imprimatur.

Matriti, 1 Januarii 1900.

JACOBUS VIGO, S. J.
Praepositus Provinciae Toletanae



MES DE SEPTIEMBRE

PROSIGUEN LAS MEDITACIONES SOBRE LAS PARÁBOLAS DE CRISTO N. S., Y SUS APLICACIONES

DÍA PRIMERO

Parábola del sabio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena.

Preludios.—Oye á Cristo N. S., que dice: «El que oye mi doctrina y la guarda, es como un hombre sabio que edifica su casa sobre piedra ó peña viva, y aunque vengan sobre ella lluvias, vientos y ríos, no se cae. Pero quien oye mis palabras y no las guarda, es como un hombre necio que funda su casa sobre arena, y viniendo las lluvias, vientos y ríos, se cae con pérdida muy grande». Pide á Cristo N. S. luz y fortaleza para fundar tu perfección sobre la roca viva de las virtudes sólidas y perfectas.

PUNTO I

Explicación de la parábola.

Considera cómo Cristo N. S. claramente supone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos son sabios y cuerdos que la ponen por obra, y otros necios y locos que se contentan con creerla. Con mucha razón los llama necios, porque no hay mayor necedad, ni más desatinada locura, que creer lo que Cristo dice y hacer lo contrario; ni hay mayor sabiduría y discreción que, creyendo en su celestial doctrina, ponerla por obra. Admírate de ti mismo, cómo

creyendo lo que crees, vives como vives; cómo creyendo que hay infierno, para quien quebranta la ley de Dios, la quebrantas, como si no la creyeras; y, creyendo que Dios está presente en todo lugar, le ofendes, como si no lo estuviera. Y esta locura pasa por innumerables hombres, porque, como dijo Salomón, "infinito es el número de los necios„. Y Cristo N. S. comparó la Iglesia á diez vírgenes, de las cuales cinco eran locas. ¡Oh buen Jesús! Líbrame de tal locura por tu infinita misericordia; y pues me diste gracia para creer lo que me dices, dámela también para hacer lo que me mandas.

Luego pondera cómo todas las casas ó sea las conciencias, así de cuerdos como de necios, son combatidas de tres géneros de tentaciones y tribulaciones, figuradas por los ríos, por los vientos y por las lluvias. Porque todos sentimos tentaciones y tribulaciones que nacen de nuestra carne, y de los hombres terrenos con quien conversamos, ó tentaciones que proceden de los demonios, ó pruebas que vienen del cielo por secretos juicios de la divina Providencia para nuestro ejercicio. Así, por ejemplo, desconsuelos interiores, sequedades de espíritu y otros varios infortunios, y á veces persecuciones que suceden por medio de hombres buenos, con buen celo pero no según ciencia.

También los cuerdos y los necios son tentados de tentaciones de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias, que todo lo arrastran, conforme á lo que dijo san Juan: "Cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, codicia de los ojos y soberbia de la vida.„ Finalmente, como los ríos, los vientos y las lluvias baten la casa por todos lados, así unas tentaciones nos combaten al principio de la vida y de la conversión, otras al medio y otras al fin. Unas al que comienza á servir á

Dios, otras cuando aprovecha en la virtud, y otras cuando ha llegado á la cumbre, para que todos en cualquiera edad, tiempo y modo de vida, estemos apercibidos para la tentación.

De aquí sacaré, que la diferencia entre los malos y los buenos, los perfectos é imperfectos, no está en que los unos son combatidos y los otros no, sino en que los cuerdos se aperciben y edifican sus casas de modo que no se caigan, previniéndose para las tentaciones, y los necios descuídanse de esto, y así son vencidos. Y por consiguiente, las tentaciones no hacen al hombre malo, sino descubren qué tal es, si es cuerdo ó necio en el labrar el edificio de su perfección. Y de aquí también sacaré, que es grande ignorancia huir de la virtud y del estado religioso, á que Dios tal vez me llama, por temor de las tentaciones y tribulaciones, pues también los malos y los seglares las padecen, y á veces muy mayores; porque, como dice Job, "huyendo de la helada, les coge la nieve, y por huir de las armas de hierro, son heridos del arco ó tiro de bronce,„ cayendo en mayores tentaciones por huir las menores; y así, la prudencia está en abrazar la virtud y el estado á que Dios me llamare, previniéndome con la divina gracia para los combates que tuviere.

PUNTO II

Los flacos en la virtud, edifican sobre arena.

Considera cómo la casa de los necios se cae por estar fundada sobre arena. Y ésta fué su necedad más calificada, edificar sobre tan flaco cimiento, sabiendo que el edificio había de ser tan combatido. En lo cual se ha de ponderar qué es edificar sobre arena, y qué cierta es la caída del edificio que se funda sobre ella.

Edificar sobre arena es fundar tu vida en sola fe, contentándote con creer lo que Dios dice, pero sin propósito de cumplirlo, ó con un propósito muy flaco

y mudable. O es fundarse en la fe, mezclada con la tierra movediza de nuestras aficiones á cosas terrenas, como son hacienda, honra, regalo; y como la arena no es buena para cimiento por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios. Finalmente, es fundarse en la propia voluntad y naturaleza, estribando en las propias fuerzas y en la mutabilidad de la propia voluntad y del propio juicio y parecer.

De aquí procede que los necios son vencidos de las tentaciones y peligros, y se cae su casa porque no tienen fuerzas para sustentar el peso de ella. Y como la estatua que vió Daniel, aunque tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro; pero como los pies eran parte de hierro y parte de barro, una sola chinita que dió en el barro, la derribó toda; así aunque nuestra vida sea muy levantada y esclarecida con dones de sabiduría humana, con grandes dignidades y aun con gracias de profecía y de hacer milagros, si se funda en sola fe, sin obras de abnegación y mortificación, y mezclada con arena de las cosas dichas, cualquier tentación la derribará. Y es grande la pérdida, porque se pierde la gracia y amistad de Dios, los dones del Espíritu Santo, las virtudes morales infusas que acompañan á la caridad, y á veces el religioso mal fundado en el espíritu de su instituto, pierde la vocación y el cristiano viene á perder la fe en que se fundaba, por la mala mezcla que juntó con ella; y la caída suele ser con grande estruendo, por ser grande el escándalo que causa. Por tanto, alma mía, mira bien cómo fundas la casa de tu perfección para que no se caiga. No la fundes en amor de cosa movediza ni terrena, porque te moverás continuamente con ella. No estribes en tu prudencia ni en tu propio consejo, porque te despeñarás tras él. No te fundes en sola fe aunque hagas milagros, porque el día de la cuenta te

dirá Cristo que no te conoce, ni se divida tu corazón entre las criaturas como arena, porque morirás muerte eterna. Fúndate en las virtudes sólidas, en la humildad y desprecio de ti, en el santo temor de Dios, en el recogimiento y vida de oración, porque si no á cualquier peligro caerá con estrépito el falso edificio de tu perfección.

PUNTO III

Los sabios y perfectos levantan el edificio de su perfección sobre piedra viva.

Considera cómo la casa de los sabios no se cae por estar fundada en piedra ó peña durísima, esto es, en la fe viva, pero junta con la caridad, en la cual tiene dominadas y unidas todas sus aficiones y arraigadas todas sus virtudes. Además, los perfectos se fundan en la mortificación y abnegación de sí mismos, de su carne, de su amor propio, propia voluntad y propio juicio, como quien cava para sacar del corazón todo lo terreno y movedizo, hasta llegar al conocimiento de su nada, sobre la cual está fundada su perfección con tanta firmeza, que no se moverá jamás. Y finalmente, se fundan en un propósito firme y estable de hacer lo que Dios manda, no estribando en sus fuerzas, sino en la divina gracia y en la virtud de Cristo N. S., que es la piedra viva y el fundamento seguro de toda santidad. Por esto se atreven á decir con san Pablo: "¿Quien nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación, ó la angustia, ó el cuchillo? Cierto estoy que ninguna cosa me podrá apartar de la caridad de Dios, que está fundada y arraigada en Cristo-Jesús„. Eso es ser sabio con la única sabiduría que merece ese nombre. Eso es saber edificar, poniendo siempre por piedra angular de toda virtud y perfección la imitación de las virtudes y obras de Cristo N. S. Mira, pues, si fundas tu perfección sobre la arena movediza de tus

caprichos, antojos y amor propio; si pones la virtud en actos exteriores que satisfacen tu falsa devoción, ó si más bien de tal modo te das á la abnegación de tu juicio y voluntad, á la práctica de las virtudes interiores y sólidas, á la mortificación, humildad, paciencia y despego de todo lo terrenal, de modo que vivas vida de espíritu. Si esto postrero haces, edificas sobre piedra; si no, los hombres te tendrán por bueno y aun por santo, pero Dios, que mira al corazón, te tendrá por falso y fingido devoto, y cuando permita que venga sobre ti la tentación y la prueba, ó te pongas en peligros, vendráse abajo con estrépito y ruina el edificio flaco de tu virtud, como que estaba fundado en la arena movediza de una falsa apariencia de santidad.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, que como Dios y hombre sapientísimo, fundaste tu Iglesia sobre piedra viva, con tanta firmeza, que las potestades del infierno no podrán prevalecer contra ella!; funda el edificio de mi alma sobre Ti mismo y sobre la imitación de tu vida santísima, para que ni los ríos furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno, ni los peligros del mundo, del demonio, ni de la carne, prevalezcan contra ella, sino en tu virtud permanezca firme hasta la vida eterna.

Propósitos.—Huir de las falsas apariencias de la virtud, y darte á las virtudes sólidas é interiores.

2 DE SEPTIEMBRE

Sobre la debilidad ó solidez de las virtudes.

Preludios.—(**Los mismos de la meditación anterior.**)

PUNTO I

De la debilidad y flaqueza de las virtudes.

Considera cuánto te importa saber si eres de los que edifican la torre de la perfeección sobre arena, ó mejor sobre roca viva. Porque si eres de los prime-

ros, corres gran riesgo de perderte para siempre jamás, porque cualquier tentación ó peligro dará en tierra contigo y parará en ruinas lo que tan falsos cimientos tenía. Pues para poder juzgar de ti mismo sin peligro de engañarte, recuerda que el alma que edifica sobre arena puede llegar á un estado tan débil y enfermizo, que los efectos que produce la suma debilidad ó anemia en el cuerpo, esos mismos, y aún peores, se produzcan en el alma. Considera estos efectos, y de ahí podrás deducir el estado de tu espíritu. El primer efecto del estado débil y enfermizo del cuerpo, es el hastío de los mejores manjares, y algunas veces un apetito desarreglado de los dañosos y nocivos. Pues lo mismo un alma débil y flaca, cuyas virtudes sean sólo aparentes, cae en un lastimoso hastío de las cosas espirituales, del examen de conciencia, de la oración, de la lectura espiritual y aun de la sagrada Comunión, y, pareciéndose á los israelitas, se disgusta del maná y suspira por los manjares groseros de Egipto; tan ardiente para los vanos entretenimientos del mundo, por las malas lecturas, pasatiempos mundanos, diversiones peligrosas y para todo lo que pueda alejarla de Dios, como apartada se halla de todo lo que la pueda acercar á El. El segundo efecto de la debilidad y flaqueza del alma es, á veces, un extraño horror á los remedios de que no se ve ningún fruto. Pues del mismo modo el alma, niña y débil en la virtud, como no tiene base sólida de perfección, ni salud robusta en el espíritu, tiene aversión á los remedios más saludables; y como ha experimentado por culpa suya su inutilidad ó poco provecho, se persuade que, pues no han prevenido su mal, tampoco podrán curarle.

El tercer efecto de la mala salud del cuerpo es una debilidad extraordinaria; el anémico y valetudinario no puede dar un paso sin hacer un gran esfuerzo, y el más mínimo esfuerzo se le hace un trabajo insoportable; así un alma débil y enfermiza apenas se

puede resolver á dar un paso para entrar ó adelantarse en el camino del Señor; todo le parece áspero, todo difícil; las menores dificultades son obstáculos invencibles, y las virtudes más fáciles son para ella virtudes impracticables. El yugo de Jesucristo, aunque tan ligero, le parece insoportable; y como un enfermo que tiene esta debilidad, si se pasea por el borde resbaladizo de un precipicio, no puede dejar de caer á poco que se descuide, de la misma manera, aunque sea pequeña y poco violenta la tentación que acomete á una persona débil y novicia en la virtud, ni la puede resistir, ni puede dejar de caer. ¿No es esta la razón porque incurriste en aquel pecado grave, ó te pusiste en aquella ocasión peligrosísima, cuyas consecuencias tendrás que llorar por toda tu vida?

El cuarto efecto de la debilidad y anemia del cuerpo es el abatimiento y la melancolía, y este mismo efecto produce en nosotros la flaqueza espiritual del alma. Esta melancolía se origina, primeramente, de los secretos remordimientos de la conciencia. El alma poco noble y generosa con Dios N. S. ve que no contenta ni á Dios ni á los hombres; ¿pues cómo puede estar contenta de sí misma? En segundo lugar, nace de la dificultad que halla en cumplir con ciertas obligaciones de que, á pesar de su tibieza, no se puede dispensar; y nace, en fin, de que no tiene ni las consolaciones del cielo, de que sus infidelidades le hacen indigna, ni los consuelos de la tierra; porque el temor de Dios que aún le queda no le permite, por suerte suya, entregarse al pecado. El último efecto de este estado tristísimo, es el desesperar de la cura; desesperación que no parece infundada, pues se funda en lo largo y obstinado de la enfermedad, en la inutilidad de los remedios y en la falta de fuerzas para vencer el mal, el que, aumentándose diariamente, hace al alma cada vez más incapaz de grandes esfuerzos que, por otra parte, serían necesarios para salir de un mal tan inveterado,

¡Señor y Dios mío! Viendo yo en mí, por desgracia, todos los síntomas de esta debilidad terrible de mi alma para la virtud, de este estado tan lamentable y tan digno de lástima, me parece que me abandonaría á la desesperación si no hallara, como hallo en vuestra misericordia, remedios más poderosos que mi mal. Dádmelos á conocer, Señor, y sobre todo, dadme vuestra gracia, pues ella es capaz, no sólo de dar salud á los débiles, sino de resucitar á los muertos.

PUNTO II

De la fortaleza y robustez de las virtudes.

Considera que el negocio de la perfección es el más árduo y difícil que pueden los hombres emprender, y que todo cuanto el Evangelio nos dice de él, debe estimularnos á entrar en esta lid espiritual con verdadero valor, porque el reino de los cielos padece violencia, porque hay que tomar la cruz y seguir á Cristo cada día, porque Jesucristo no vino á traer la paz sino la guerra con nuestras pasiones y, en una palabra, porque debemos aspirar á ser perfectos, como lo es nuestro Padre celestial. Todo esto exige solidez y fortaleza en la virtud, generosidad en el servicio de Dios, amor constante á la abnegación de nosotros mismos, en una palabra, exige y demanda que nuestra vida espiritual sea fervorosa.

Para animarte á ello piensa en primer lugar en la grandeza del Señor á quien servimos. Por muchos esfuerzos que hagáis, dice el Sabio, para servir á Dios y glorificarle, siempre serán mucho menores de lo que la divina Majestad merece. Es tan grande Dios en sí mismo, tan grande respecto de nosotros, tan grande en su naturaleza, tan grande en su poder, tan grande en sus obras, tan grande en todo, que nada hay grande sino Dios. Todo lo demás, que llamamos grande, no lo es en sí, sino relativamente á

otras cosas menores; pero si esto mismo aun lo comparamos con Dios, nos parecerá menos que nada. Debemos, pues, servir á Dios con fervor proporcionado, no á su grandeza y mérito, porque de ello no somos capaces, pero al menos lo mejor que podamos, y hacerlo así es ser fuertes y robustos en la virtud. Cuando hubiéramos hecho todos nuestros esfuerzos por amaros y serviros como merecéis, Señor, deberíamos confesar con confusión, y verdaderamente, que éramos siervos inútiles, ¿qué será de nosotros, si no hacemos estos esfuerzos?

En segundo lugar, mira para animarte á servir á Dios N. S. como debes, con qué solicitud sirven los hombres á los grandes del mundo, con qué ardor: se teme el desagradarles, se desea darles gusto, se estudian sus inclinaciones para adelantarse á ellas, se ejecutan con grande exactitud y puntualidad sus órdenes, se condesciende universalmeute con sus opiniones, se admiran y alaban hasta sus defectos, se les sacrifica todo, bienes, reposo, salud, placeres, honra, conciencia y salvación, y después de todo esto, ¿qué son estos poderosos de la tierra mirados en sí mismos? Ordinariamente no son grandes sino en injusticias y en vicios, y por esta razón delante de Dios son los últimos de todos los hombres. Y ¿qué son éstos hombres comparados con Dios? Gusanos de la tierra, más brillantes y adornados que los otros gusanos, pero en realidad sacos de miseria, de podredumbre y corrupción; y no obstante esto, se hace todo y se sacrifica todo por ellos, sirviéndoles con solicitud admirable al mismo tiempo, que no se hace nada por Dios, ni se le quiere sacrificar el más mínimo interés ni el más pequeño gusto y descuidando su ley con la mayor negligencia.

Considera, por último, las grandes obligaciones que hemos contraído con Dios N. S. y cómo ellas nos precisan á servirle con gran fervor. Sin fervor, no podemos cumplir estas obligaciones. Sed santos

porque yo soy Santo„, dice el Señor. "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto„; dice Cristo, "amad á Dios de todo vuestro corazón.„ ¡Qué obligaciones tan altas y tan estrechas! ¿Podemos cumplirlas acaso sin sólida virtud? ¿Sin amor á la cruz y á la mortificación de Cristo? Nos obligamos, por la cualidad de cristianos, á renunciar al mundo y á nosotros mismos, á seguir á Jesucristo y llevar la cruz en pos de El, á caminar por el camino estrecho que lleva al cielo, á hacernos continua violencia, á arrancarnos los ojos si nos escandalizan, lo que quiere decir, á separarnos de las personas que más queremos, si su trato nos es peligroso, á amar á nuestros enemigos y perdonar las mayores injurias, á preferir á Dios á todas las cosas, á estar siempre dispuestos á perder primero los bienes, la honra y la vida, antes que ofenderle mortalmente. Todas estas son obligaciones indispensables del cristiano: y ¿puedo yo cumplirlas, no sólo sin sólida virtud sino sin un grande fervor? ¿Y cómo podré tener este fervor, siendo tan tibio y tan débil mi virtud que vacila en la primera ocasión y en el más ligero peligro?

PUNTO III

De la diferencia entre la sólida y la falsa virtud.

Considera que dijo Cristo N. S.: "Si vuestra justicia, ó sea vuestra virtud, no es más perfecta que la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos„. El Salvador nos da el retrato de la falsa virtud, con todas sus señales y circunstancias, en el género de vida que hacían los fariseos, y en eso mismo nos enseña á conocer la verdadera y sólida virtud con todas sus cualidades, y distinguirla de la falsa y aparente. Los fariseos, en primer lugar, hacían consistir toda la virtud en cosas exteriores, en algunas ceremonias legales y en frívolas supersticiones, siendo así que la verdadera virtud se debe ocupar, principal-

mente, en adorar á Dios en espíritu y verdad, en el el ejercicio de la fe más viva y de la caridad más sincera para con Dios y con el prójimo, y en la práctica constante de todo lo bueno. Los fariseos eran, en segundo lugar, muy indulgentes para consigo mismos y severos para los demás, "y por eso imponían yugos insoportables á los otros, no queriendo ellos vencerse en nada„; mas la verdadera virtud es severísima para sí misma, y apacible y dulce para con los otros. La falsa virtud de los fariseos, en tercer lugar, los hacía escrupulosos en mil ridículas impertinencias. "Hacían, dice el Hijo de Dios, colar lo que habían de beber, de miedo de tragar algún mosquito, y no reparaban en tragarse un camello„. Acusaban como de una falta grande á los Apóstoles porque no se lavaban las manos, y no hacían escrúpulo de tener su conciencia asquerosa, y llena de pecados; mas la verdadera virtud, aunque no se descuida en las cosas pequeñas, tiene su principal aplicación en las grandes y esenciales que tocan al cumplimiento de la ley santa de Dios.

La virtud de los fariseos, además, era interesada y egoísta, como lo es siempre la falsa virtud, "destruían, dice Jesucristo, las casas de las viudas con el pretexto de las largas oraciones que hacían por ellas„, la verdadera caridad no se busca á sí misma en nada, sino únicamente atiende al interés de Dios y del prójimo, estando siempre pronta á sacrificarse por la gloria divina ó el bien de los prójimos. Los fariseos eran linces para ver las menores faltas de los otros, y ciegos para ver las suyas propias, aunque eran muy grandes; "veían una paja en el ojo del prójimo, y no veían las vigas que tenían en los suyos„. Mas la verdadera virtud repara en sus más mínimos defectos, y no ve los de los otros. Los fariseos deseaban con ardor ejecutar obras de supererogación, porque éstas los enaltecían, satisfaciendo así su vanidad, y en cambio omitían y descuidaban las

obras de obligación; por eso "pagaban diezmo de la hierba-buena, y de los cominos y omitían lo más esencial de su ley„, es á saber: la justicia, la fidelidad y misericordia. Pero la verdadera virtud, aunque es celosa y ardiente para las obras de supererogación, lo es mucho más para las de obligación. Los fariseos afectaban un celo muy agrio contra las menores faltas de los otros, para cubrir con la capa de este celo sus pecados propios, que eran enormes. La verdadera virtud empieza la reforma por sí misma y por la enmienda de sus defectos, y aun en las pequeñas faltas propias emplea la principal parte de su celo.

Los fariseos no buscaban sino la publicidad, y el celo que tenían para las buenas obras, era sólo para aquellas que son de ostentación. Por esto los reprendía el Hijo de Dios, porque cuando hacían obras buenas las hacían para ser vistos de los hombres, pues por esto publicaban sus limosnas y hacían oración en la calle; mas la verdadera devoción busca siempre el retiro, no permitiendo se publiquen sus virtudes ó buenas obras, sino en tanto en cuanto es menester para edificar al prójimo ó para no escandalizarle. ¿Reconoces en ti mismo todas estas señales de la verdadera y sólida virtud? Mira que no te puedes salvar, sin ser verdaderamente virtuoso; pues serlo no es otra cosa que ser verdadero cristiano y en esto no hay distinción, porque ser verdadero cristiano y ser virtuoso, es lo mismo. Puede ser que te tengas por justo y no seas aún ni siquiera cristiano: advierte cómo cumples con las obligaciones de tal, pues esta es la regla para conocer si eres sólidamente virtuoso.

Examínate rigurosamente para ver si hallas en ti las señales de la verdadera virtud, y no de la farisaica; confúndete si no las hallares y teme, pero no te quedes en el temor, si no procura alcanzarlas.

Coloquio.—Encended Vos, Señor, mi corazón con el fuego de vuestro amor; sacudid de mí toda tibieza

y flojedad, despertadme de este grave y profundo sueño que me tiene oprimido, alentadme con vuestro espíritu, corra yo en pos de Vos, y tenga delante de los ojos el fervor con que merecéis ser servido, la intensión con que os alaban los ángeles y santos en el cielo sin cesar, los deseos y ansias con que muchos siervos vuestros se emplean en vuestro servicio acá en la tierra, y los gozos que poseen por su buena conciencia y fervor, y el premio que tenéis guardado á todos los que con cuidado y solicitud trabajan por agradaros y guardar vuestra santa ley, como yo lo deseo hacer por vuestro amor.

Propósitos.—Confúndete de tu tibieza en el servicio de Dios y sírvete de la consideración de la grandeza del Señor, á quien sirves, y de las obligaciones que te impone para enfervorizarte y darte enteramente á la práctica de las virtudes sólidas y perfectas.

3 DE SEPTIEMBRE

Parábola del buen grano y la cizaña.

Preludios.—**Imagínate al mundo y á la Iglesia como inmenso campo sembrado de trigo por el Señor y en el que Satanás procura mezclar toda clase de malas semillas de vicios, de errores y de pecados, y pide que en tu corazón sólo arraigue la semilla de la virtud, de la verdad y del bien.**

PUNTO I

Explicación de la parábola.

Considera que el mismo Jesucrito, declaró esta parábola diciendo que El era el sembrador, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar buena semilla, esto es, toda suerte de virtudes y de santidad por medio de su palabra divina y las inspiraciones de su gracia, pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró cizaña, ó sea toda suerte de vicios y de errores. Porque como la cizaña, cuando está en hierba, es semejante al trigo, pero después que crece, negrea y es perjudicial al trigo con

quien se cría, y al hombre que de ella se sustenta, así los malos parécense á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y exterior de cristianos, pero de verdad son muy distintos en el alma y en las máximas y costumbres.

Pondera cómo el enemigo sembró la cizaña, después de sembrado el trigo, estando durmiendo los hombres. Con eso se significa que primero hubo buenos que malos, así entre los ángeles en el cielo, como entre los hombres en el paraíso; y generalmente después que Cristo N. S. siembra en su Iglesia la semilla de la santidad en el alma de los justos por medio del bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar cizaña, procurando pervertirlos. Y esto lo hace cuando están durmiendo los hombres; esto es, de noche, cuando están más descuidados ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza espiritual.

Pondera, por último, cómo el enemigo en sembrando la cizaña se fué, para significar que se esconde para no ser conocido: por eso unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos para que nos aseguremos, y luego vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es que el trigo y la cizaña, por la semejanza que tenían entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto, para significar que muchas veces buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos, como dijo el Salvador, se cubren con piel de ovejas; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes las virtudes que tiene por las obras que hace. Saca de aquí no dormirte nunca en la práctica de las virtudes, pues el demonio no duerme y está acechando la ocasión de hacerte caer, sembrando en tu corazón semilla de pasiones, en tus sentidos malos pensamientos, y en tu imaginación torpes y feas representaciones que luego den fruto de pecados y de vicios.

PUNTO II

"Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene tanta cizaña."

Pondera cómo los buenos y fervorosos, viendo la muchedumbre de males y de errores y vicios que hay en el mundo, pasmados y lastimados de esto, acuden á Dios, diciéndole: Señor, ¿cómo habiendo Tú sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta cizaña? ¿Cómo habiendo escogido doce Apóstoles, hubo entre ellos un Judas? ¿Y en el jardín de tu Iglesia entre los lirios de los justos, cómo hay tantas espinas de pecadores? Y entrando dentro de mí mismo, viendo la muchedumbre de vicios y pasiones que alteran mi alma, puedo también decir á Jesús: ¿por ventura no sembraste en mi corazón buena semilla de santos deseos, con propósito de dejar todas las cosas por servirte con perfección? Pues ¿de dónde ha salido tanta cizaña como tengo? Descúbreme, Señor, la causa, para que ponga remedio en ella.

Luego se ha de ponderar la respuesta de Cristo N. S. á esta pregunta, diciendo: "El hombre enemigo hizo esto." En lo cual nos enseña Cristo tres cosas. La primera, que Dios N. S. no es sembrador de cizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque El es suma bondad, y de la suma bondad no puede proceder cosa mala ni tentar ó inducir á ella. La segunda, es que el demonio es el principal sembrador de la cizaña, y de él nacen las tentaciones por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres. La tercera, es que aunque el demonio es el principal sembrador de esta mala semilla; pero como dice santo Tomás, también los hombres con su libre albedrío, incitados de las pasiones de la carne se hacen cizaña, exponiéndose á la tentación y quizá por esto dijo también Cristo N. S.: "El hombre enemigo

hizo esto; que fué decir: El hombre que es enemigo de sí mismo y de su alma, y enemigo mío, sembró esta cizaña en el mundo y en sí mismo, y es la causa de este daño. De estas tres verdades sacaré aviso para conocer el origen de mis culpas y turbaciones, procurando atajar los pasos de estos enemigos que tanto mal me hacen.

De aquí subiré á ponderar otro sentido de esta pregunta más secreto: ¿Por qué, Señor, siendo el campo del mundo tuyo, pues Tú le criaste con tu omnipotencia y le redimiste con tu sangre, y habiéndole sembrado de tan buenas y preciosas semillas, permites que tu enemigo siembre en él tanta cizaña? Porque si Tú no lo permitieses y le dieses licencia para ello, no tendría atrevimiento para mezclar en tu propio campo con tu buena semilla la suya mala.„ A esta pregunta en este sentido no respondió Cristo N. S., porque no quiere que escudriñemos con curiosidad sus secretos juicios, sino que los veneremos con humildad, diciendo con David: "Justo eres, Señor, y justo es tu juicio„; pero debo creer que es tan grande la bondad de Dios, y tan inmenso el amor que tiene á los justos, que no permitiera que el demonio sembrara entre ellos cizaña, si no pudiera y quisiera sacar de esto mayores bienes; ni permitiera que dentro de nosotros sembrara tentaciones, si no quisiera convertirlas en nuestro mayor provecho; y aunque en particular yo no puedo alcanzar estos bienes, puedo saberlos en general, creyendo que permite Dios que haya malos para ejercitar á los buenos en paciencia y humildad; y para que sean muy aventajados en toda perfección y para que se descubra más la eficacia de su gracia en los vasos de su misericordia, y los buenos sean más honrados, mostrando su lealtad entre tantos desleales, y por respetar la libertad de los hombres, dejando á cada uno que haga lo que quisiere, dándole bastante ayuda para resistir el mal y seguir el bien

Dijeron los criados: "¿Quieres que vayamos y cojamos la cizaña?„ Respondióles el Señor: "No, porque no suceda que juntamente arranquéis el trigo.„

En esta segunda pregunta de los criados se ha de ponderar el celo de los justos cuando ven tantos males en el mundo, el cual celo en algunos es á veces temerario y exagerado, por una de cuatro causas. La primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los males, y de sí mismo todos los vicios y pasiones juntas, lo cual de ley ordinaria no es posible. La segunda causa es, porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quizá lo que es hoy cizaña mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno. Y quien se apresura con demasía por ganar la perfección, suele quebrar la salud y perder lo que ha ganado. La tercera causa, es la que se apunta en la parábola, porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; lo cual sucede cuando imprudentemente corrigen ó castigan á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, guerras y turbaciones que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta causa es, porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los dos apóstoles Juan y Diego cuando los samaritanos no quisieron recibirlos; y por esto fueron reprendidos por su divino Maestro.

Luego admira la infinita caridad de Dios, que resplandece en la respuesta que dió este Padre de familias, porque con haber sido nuestro Señor tan riguroso con los ángeles en el cielo, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarlos mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no

tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas, sino su salvación: y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores.

También resplandece la infinita misericordia de Dios en que quiere sufrir la cizaña por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham: Que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por estos sufriría los pecadores que allí había, aunque estaban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos, primero sacó á Lot, poniendo en sitio seguro el trigo antes de arrancar la cizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte de nuestro Señor por estar entre los malos. Últimamente advierte, que Dios N. S. no prohibe arrancar la cizaña cuando se puede hacer sin daño del trigo, antes con su provecho, como hace la Iglesia cuando castiga algunos pecadores para ejemplo de otros, porque la cizaña no crezca, y para que los buenos puedan vivir quietos y tranquilos; y es obligación de toda autoridad arrancar toda mala hierba de vicios y pecados cuando lo pueda hacer sin mayor daño; pero quiere Dios que se excusen las cuatro demasías arriba dichas, y en este sentido prohibió á sus criados hacer lo que pretendían.

PUNTO III

"Dejad crecer el trigo y la cizaña hasta el tiempo de la siega."

Pondera cómo Cristo N. S. en esta parábola nos asegura que hasta el fin del mundo, que es el tiempo de la siega, siempre habrá trigo y cizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar su buena semilla en

la Iglesia, por más que el demonio procure sembrar vicios y pecados; ni tengo de desmayar viendo muchos malos, porque donde yo pienso que hay pocos buenos, porque no los conozco, hay muchos que Dios conoce y se sirve y precia de ellos, como sucedió á Elías, que pensando que sólo Él había quedado entre los fieles, le dijo Dios que tenía guardados otros siete mil que no habían hincado la rodilla ante el ídolo Baal; sólo que los buenos se esconden y los malos bullen y vocean y se les ve en todas partes y así parecen más de los que son.

Pondera luego cómo todo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y cizaña se van multiplicando y creciendo; porque así los muy buenos, como los muy malos, crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en maldad; pero en diferente manera pasa esto, porque la voluntad de Cristo N. S. es que su trigo crezca, y cada día vaya de bien en mejor. Pero de la cizaña solamente es permisión suya dejarla crecer, y que vaya de mal en peor hasta la siega. Medita que ésta se hace en dos tiempos: generalmente se hará al fin del mundo, y particularmente al fin de la vida de cada uno, cuando ha llegado el aumento de su bien ó de su mal al término que ha de llegar según el orden ó permisión de la divina Providencia; y entonces el que fuere cizaña será segado y arrancado de la vida para el fuego del infierno; y el que fuere trigo puro y limpio, será segado y cogido para el cielo.

Pero llegado el tiempo de la siega general, Cristo N. S. enviará sus ángeles, que son los segadores y ministros de la divina Justicia, los cuales cogerán de su reino todos los que han sido cizaña, así los que fueron escándalo y ocasión de pecar á otros con su mala vida y doctrina, como los que solamente fueron malos para sí, y á todos los atarán en diferentes haces, juntando en un haz los que fueron participantes y semejantes en la culpa, para que también lo sean

en la pena; y así, serán echados en las llamas eternas para siempre jamás.

¡Oh alma mía, cómo no tiemblas de este juicio tan espantoso! ¿Quién podrá resistir al poder de un Dios irritado? ¿Quién podrá desatarse de tan terribles ataduras? ¿Quién podrá morar en fuegos tan sempiternos y vivir con tan abominables compañeros? ¿Quién podrá sufrir llanto tan amargo y penas tan espantosas? Líbrame, Dios mío, de todas mis culpas, porque no caiga en tan espantosas penas.

Finalmente, los mismos ángeles recogerán el trigo en las trojes del cielo, porque los buenos serán colocados en las sillas celestiales, apartados para siempre de la cizaña y compañía de los malos; y "entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre„.

Coloquio;—¡Oh dulcísimo Jesús, sembrador de toda buena semilla; pues siempre velas y nunca duermes, y ves la cizaña que tu enemigo pretende sembrar en tu campo que es mi alma, no te hagas el dormido, permitiendo que siembre en mí lo que me ha de apartar de Ti! Y si yo por negligencia me durmiere, vele tu misericordia en despertarme, para que resista al enemigo antes que de mí se apodere. Arranca, ¡oh divino Sembrador! del campo de tu Iglesia tanta cizaña de errores, de vicios y de pecados, para que Tú sólo reines en ella y todos los justos te amen, y todos los malos, aun á pesar suyo, te confiesen Rey único y Señor de todo cuanto existe, y la verdad y el bien triunfen para siempre jamás de la herejía y del pecado.

Propósitos.—Arrancar de tu corazón cualquier mala semilla que en él siembre Satanás, si no quieres exponerte á que poco á poco vaya acabando con todo lo bueno que en tu alma haya sembrado el sembrador divino Cristo-Jesús.

4 DE SEPTIEMBRE

De la compañía de los justos con los pecadores.

Preludios.—**Mira á los ángeles en el día terrible del juicio separando á los buenos de los malos. Procura y pide al Señor vivir de tal manera que no te contamines con el contacto de los enemigos de Dios.**

PUNTO I

Debemos vivir entre los malos sin contaminarnos.

Considera que la gran prueba de la virtud es rozarse y vivir con los malos y pecadores y no contaminarse con sus vicios, pecados y falsas máximas. Porque como el mal es de suyo tan contagioso y arrastra tanto á las almas, saber resistirle sin dejarse llevar de su corriente, prueba es de espíritu animoso y firme en el amor y temor de Dios. Mas, puesto caso que los malos y pecadores están en esta vida mezclados con los justos, como la cizaña con el trigo de que habla la parábola del Evangelio, te importa saber de qué manera has de conducirte para vivir con ellos sin ser de ellos y tratar con los malos sin mancharte, como el sol que permanece purísimo á pesar de tocar con sus rayos tanta fealdad é inmundicia.

Para esto procura, en primer lugar, imitar la conducta de Dios N. S. en su comunicación con los pecadores. Dios no está con los pecadores sino por la necesidad de su ser, y, á juzgar por lo que enseña la Sagrada Escritura, podría decirse que Dios no está y está al mismo tiempo con los malos, porque no está como amigo por una protección especial y para la comunicación de sus dones, sino que está con ellos como Dios Creador que debe velar por el gobierno del mundo y guiar á todas las criaturas á su fin, está con ellos por la inmensidad divina de que no puede despojarse y que le hace estar presente en todas par-

tes. Esto te da una idea admirable de la conducta que los cristianos de verdad y de espíritu deben observar con lós libertinos del mundo, y que se reduce á rozarse con ellos en todo aquello á que estamos obligados, pero en nada más. Hay ciertos vínculos que no nos es permitido romper, la necesidad de la sangre, negocios que no podemos excusar, razones de prudencia, y en fin el mismo celo, nos pueden obligar á tratar con los mundanos. Pero desde el momento en que ninguna necesidad nos retenga á su lado, y sí sólo el gusto de vivir y de tratar con ellos, debemos separarnos y huir como de la peste. Así lo mandó san Pablo á los cristianos de Tesalónica y así lo practicó David y lo mismo mandó Dios á los hijos de Israel, al prohibirles todo comercio con los pueblos infieles. Debes, pues, no participar por nada de sus máximas, ni de sus placeres, ni de sus diversiones, ni transigir con ellos en lo que repugne á tu conciencia, ni tratarlos como amigos, ni contemporizar con sus gustos, sino desde ahora hacer en cuanto te sea posible lo que se hará el día de la resurrección general, en que los elegidos serán separados de los réprobos, porque en esto consiste por adelantado la gloria y la perfección de los justos sobre la tierra.

Porque no puedes ligarte ni unirte sin necesidad alguna, á los impíos y enemigos de Dios y de tu fe, sin poner en peligro esta misma fe, sin hacerte reo de desprecio á Dios, sin convertirte en causa de escándalo para tus hermanos y sin hacerte enemigo de ti mismo, exponiéndote á perder tu alma.

Porque seguramente que el gran escándalo del día no es que haya malos y libertinos. Los ha habido siempre. El gran escándalo es que los que se dicen buenos católicos no tengan el menor escrúpulo en tratar y hospedar y agasajar á los escandalosos y públicos pecadores, á los enemigos de Dios y de su Iglesia, haciéndose ó encubridores ó cómplices de sus vicios y pecados. Si amásemos á Jesucristo, ¿cómo

trataríamos sin necesidad ni provecho alguno con sus enemigos? ¿Por qué no tratamos así á los que nos insultan, nos deshonran ó nos roban? Considera que con esta conducta desprecias á Dios, porque te unes con sus enemigos; escandalizas á tu prójimo, porque no puede juzgar bien de ti si te ve ligado á malas compañías, y te pierdes á ti mismo, ó te expones á perderte en tu fe ó en tu conducta, porque ¿quién ignora que las malas compañías son contagiosas? Huye, pues, de ellas como huyes de los apestados, pues es esta peste para el alma, no menos peligrosa que la material para el cuerpo.

PUNTO II

Podemos tratar con los malos para buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

San Agustín demuestra por qué Dios N. S. permite la cizaña de los malos entre el trigo de los justos y predestinados, haciendo ver cómo Dios se ha servido de los infieles para obrar las maravillas de su gracia. Se sirvió, en efecto, de los herejes, para poner en claro las verdades de la religión; de los cismáticos, para establecer la perpetuidad de su Iglesia; de los judíos, para dar testimonio de Jesucristo; de los romanos, para ejercer sus venganzas sobre Jerusalén, y de los tiranos, para tener mártires en la tierra y santos en el cielo. Pues también debes imitar la conducta de Dios N. S. en esto. Cuando te veas obligado á tratar con gentes enemigas de tu Dios y de la Iglesia; cuando te veas necesariamente unido á públicos pecadores, debes aprovecharte de ello para la gloria de Dios y tu santificación. ¡Qué de ocasiones no se te ofrecen entonces para acrisolar tu virtud! Si te persiguen los malos, te dan motivo de ejercitar la paciencia y aumentar tus merecimientos; si se declaran tus enemigos, purifican tu caridad;

si se elevan sobre ti por el orgullo, te enseñarán á fundarte en la humildad; si te hacen sufrir, con sus sarcasmos é insultos, te suministran materia para la propia mortificación; si se dejan llevar de la cólera contra ti, te dan medios de ejercitar la mansedumbre de corazón y la dulzura; si caen en pecados vergonzosos, excitan tu compasión y tu celo. Y aún puedes añadir, que jamás llegarías á ser perfecto, si Dios, por disposición de su providencia, no te obligase algunas veces á vivir con los pecadores, porque en esta compañía y mezcla de buenos y malos, es donde debes aprender todo género de virtudes y desprenderte de las imperfecciones humanas. ¿Cómo podrían ejercitarse las grandes virtudes, si no hubiera hombres malos y pecadores en el mundo? ¿En quién se practicaría la caridad heroica de que el Hijo de Dios nos dió el ejemplo, y de que hizo un mandamiento, si no hubiera ofensas, injusticias, maledicencias y calumnias que perdonar?

Considera, por último, que Dios no deja de llamar á los pecadores, invitándolos á la penitencia y dándoles los medios para que la hagan, y que del mismo modo debes tú, al vivir entre los pecadores, servir de provecho á sus almas.

En esto tienes dos clases de deberes: uno general, y otro propio de tu estado. El deber general es el que tienes, como cristiano, de ejercitar la caridad con todos los hombres sin distinción alguna, porque no hay hombre, según dice el Espíritu Santo, que no esté encargado de la salvación de su prójimo. Porque si en las necesidades que sólo tocan al cuerpo no puedes abandonar á tu hermano sin ofender á Dios, al herir la caridad, ¿cómo puedes conservar esa caridad dejando perecer las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre, negando á los pecadores los auxilios que puedas procurarles para que se libren de la muerte y condenación eterna, descuidando el darles consejos, enseñanzas y ejemplos que los alejen de

sus extravíos y los vuelvan á los caminos de una perfecta conversión?

Muévate también á hacerlo así el considerar que entre esos pecadores hay algunos á quienes Dios ha predestinado para figurar un día en el número de sus amigos y de los santos. Tú no los conoces, ni se conocen ellos mismos; porque las dos ciudades, la del cielo y la del infierno, están ahora confundidas y mezcladas de tal modo, que no puedes distinguir á sus habitantes. Pero por esto mismo tu caridad debe ser universal y tus desvelos extenderse á todos, para cumplir los designios de Dios, y á fin de que aquellos en quienes El quiere obrar las maravillas de su gracia no queden desprovistos de los medios de salvación que les tenía preparados.

PUNTO III

Podemos vivir entre los malos evitando sus malos ejemplos.

Has meditado cómo los buenos son el buen grano en el campo de la Iglesia, y los malos la cizaña. Desde el principio del mundo los malos están mezclados con los buenos, y Dios lo permite así para ejercitar la paciencia de los buenos; para que luchen por Dios y por la Iglesia, y no se corrompan con una vida delicada y ociosa; para avivar su virtud; para aumentar su mérito; para obligarlos á que acudan á Dios con la oración, y pongan la confianza en su gracia. También quiere N. S. que viva mezclada esta cizaña con el buen trigo para que los buenos sirvan de ejemplo á los malos en esta vida, y de jueces y testigos en la otra; para mitigar y contener el enojo de Dios, que destruiría ciudades y provincias pecadoras, si no hubiera justos como en Sodoma y Gomorra; finalmente, para que resplandezca su misericordia, que conserva á los buenos en medio de los malos sin que reciban éstos daño alguno, y que tolera una infinidad de malos en la tierra en consideración de los buenos que

hay entre ellos. Pero aunque el mundo se compone de buenos y de malos, y los malos sirven para la santificación de los buenos; no obstante, los buenos dejan de serlo luego que imitan los ejemplos de los malos. No se puede vivir sin éstos; pero no debemos vivir como ellos; y vive como ellos el que gusta de su conversación y aprende sus malos ejemplos.

El buen grano no puede separarse de la cizaña; mas tú puedes y debes apartarte de los malos, porque serás lo que sean aquellos con quienes trates, ya que todo hombre gusta de tratar con aquel que se le asemeja. Si permites que frecuenten tu casa personas viciosas, puede creerse que tú lo eres también, y lo llegarás á ser pronto. El buen ejemplo nos hace á todos buenos, así como el mal ejemplo nos puede hacer malos. El candor y la vergüenza son los dos baluartes de la inocencia. Se ignorarían muchos pecados, si no se hubieran visto cometer, y causarían horror si no estuviesen autorizados por los hombres. ¿Quisieras comer con un hombre contagiado de la peste? Pues á menos peligro te exponías que si tratas con un escandaloso. ¿Pero acaso tú no lo eres también? ¿No ofreces mal ejemplo á tu prójimo? ¿No enseñas tal vez el mal á tus hijos, criados y domésticos? ¿No aumentas el crédito del vicio con tus escándalos y con tus malos ejemplos?

En vano esperas ser bueno viviendo entre malos, porque no se adquiere la salud entre los sanos; pero se contrae la enfermedad entre los enfermos. El mal prende más fácilmente que el bien, porque siendo de su naturaleza contagioso, por sí mismo se comunica y propaga á los otros. El corazón está inclinado al mal desde su origen, y así el hombre imita lo malo que ve hacer; desea lo que le prohiben, y busca con más anhelo la ciencia del mal que cualquiera otro fruto del paraíso terrestre. ¡Cuán sano vivirías, si no te hubieses acercado á los viciosos! ¡Y cuán inocente, si no hubieses tratado con los malos! Complacemos

á los que amamos, y gustamos del trato de las personas de nuestro gusto; para agradar á los malos necesario es, pues, que seas tan malo como ellos. No sería, dice san Pablo, siervo de Jesucristo si quisiera todavía agradar á los hombres; ¿y qué diremos del que desea complacer á los enemigos de Jesucristo?

El ejemplo salva ó condena á los hombres; perecerás en el peligro si le amas. No digas que no haces mal alguno tratando con los malos y que eres oveja aunque vivas entre lobos. ¿No es bastante mal el escándalo? ¿Se puede amar á Dios y vivir con sus enemigos? ¿Haces eso con los enemigos de tu padre ó de tu patria?

Colequio.—Oh Padre de mi alma, ¿cómo podré yo reconocer los beneficios que me habéis hecho desde que estoy en el mundo? ¿Qué ha sido de tantas gracias como habéis sembrado en el campo de mi corazón? ¡Ah! Hasta ahora no he reportado ningún fruto, está todo él cubierto de espinas. ¡Qué malos pensamientos en mi mente, qué siniestros movimientos en mi carne! ¿Cuándo quitaréis, Dios mío, esta cizaña de mi alma? Oigo, Señor, que me decís: No te conviene todavía, porque hay peligro de arrancar el bien con el mal. Esa lucha molesta te conserva en el temor y en la humildad. Serías soberbio si no tuvieras esos defectos, esas imperfecciones que te humillan. Procura hacer de tu parte lo que puedas para arrancar toda la cizaña, mas persuádete que corresponde á mí y á mis ángeles el separarla por completo del buen grano; y que esto lo haré cuando sea tiempo, si por tu parte perseveras en hacer lo que puedes. Así lo prometo, Señor, con vuestra gracia. Arrancar de mi corazón toda semilla de vicios y de pecados, vivir entre los mundanos sin parecerme á ellos y en todo procurar parecerme á Vos que sois toda mi dicha y todo mi bien.

Propósitos.—Huye de aquellos que por su conducta ó su impiedad no son dignos de ser tratados por quien, antes que todo, quiere ser amigo de Dios, y por tanto no puede serlo de los enemigos de Dios y de su Iglesia.

5 DE SEPTIEMBRE

Parábola del grano de mostaza.

Preludios.—Imagínate ver el árbol magnífico de la parábola, y en él figurada la Iglesia. Pide al Señor vivir y morir á la sombra benéfica de esta madre santísima de las almas.

PUNTO I

Explicación de la parábola.

Considera cómo "el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que sembró un hombre en su campo, el cual es el menor de las semillas, y crece hasta hacerse como un árbol, de modo que las aves del cielo vienen y descansan en sus ramas."

Pondera lo que significa este grano de mostaza. Primeramente representa á Jesucristo, Rey supremo del reino de los cielos. Porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito y el menor de las semillas, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido, así Cristo N. S., en cuanto hombre, fué en lo exterior pequeño y humilde, y el menor de los hombres, tanto, que dijo de sí mismo por boca de David: "Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo"; pero en lo interior, en cuanto al alma, fué grande, y en cuanto á la divinidad, fué de infinita virtud y eficacia, porque dentro de sí encerraba todos los tesoros de la sabiduría, bondad y caridad de Dios. Mostró Cristo principalmente su virtud, cuando fué muerto en la cruz con tormentos, y ahora la descubre cuando es comido de los fieles en el santísimo Sacramento del altar, adonde verdaderamente se puede llamar grano de mostaza, porque en la exterior apariencia es pequeñísimo, pues todo Cristo está en una partecita de la hostia menor que

un grano de mostaza, pero en lo interior es de inmensa virtud para encender con fuego de amor las almas que le comen, y es como salsa suavísima para dar sabor á todas las asperezas de esta vida. ¡Oh Verbo divino, hijo del Eterno Padre; gracias te doy cuantas puedo por haberte humillado tanto, que puedas compararte al vil grano de mostaza, gustando tanto de esta pequeñez, que hasta el fin del mundo quieres por medio del Sacramento durar en ella! Concédeme, Señor, que hasta el fin de mi vida te imite, humillándome por Ti, como Tú te humillaste por mí.

En segundo lugar, este grano de mostaza representa á todos los ciudadanos del reino de los cielos y discípulos de Cristo; los cuales á su imitación en lo exterior son pequeños y despreciados en los ojos de los hombres, pero en lo interior son de gran virtud y eficacia por la grandeza de la caridad y fervor del espíritu, el cual descubren mucho más cuando son perseguidos y maltratados como lo fué su capitán.

De donde también se sigue que este grano de mostaza representa las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son despreciables para los hijos del mundo, pero en el valor son eficacísimas. La fe de los divinos misterios, revelados en la divina Escritura, parece en lo exterior cosa poca y despreciada, pero es de inmensa virtud para quien los rumia y desmenuza con la meditación, con la cual se enciende el fuego del amor. Al modo que dice san Pablo que "Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y necedad para los gentiles; pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles„. La misma ponderación puedes hacer en la humildad y obediencia, y en las ocho virtudes que Cristo N. S. llamó Bienaventuranzas, las cuales en la apariencia son tan viles, que el mundo las tiene por desdichas; pero en la verdad y en lo interior son tan preciosas, que en ellas está la verdadera dicha y

la posesión del mismo reino de los cielos. ¡Oh Dios omnipotente que para muestra de tu omnipotencia escoges las cosas viles para confundir las altas, y tomas las cosas flacas para destruir las fuertes, y por instrumentos pequeños haces cosas grandes para que ninguno de los mortales pueda gloriarse en sí, sino en Ti!; concédeme que de corazón ame y abrace las cosas pequeñas que Tú escogiste, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerraste. Sea yo, Salvador mío, grano de mostaza, molido como Tú con desprecios y tormentos, para que alcance los eternos descansos.

PUNTO II

De la grandeza y magnificencia del árbol de la parábola.

Considera cómo crece este grano de mostaza hasta ser grande árbol, y en qué consiste su grandeza, discurriendo por las tres cosas que este grano representa. Lo primero, así como el grano de mostaza es necesario que sea sembrado en la tierra, y allí muere y echa raíces, y luego crece y extiende sus ramas y se hace grande árbol; de modo que la que era la menor de las semillas viene, en proporción, á ser el mayor de los árboles, y el que era uno y solo, produce otros innumerables semejantes á él en todas sus propiedades, así también Cristo N. S., habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso como grano de mostaza, y como El mismo dijo en otra parte, como grano de trigo, ser sembrado en la tierra y morir en ella. Mira, si no, cómo la vida que vivió siempre fué acompañada de grandes mortificaciones, y después en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fué muerto con terribles tormentos, y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las almas de los Santos Padres y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y

subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fué tenido por el mínimo de los hombres, vino á ser adorado como cabeza y Señor supremo de los hombres y ángeles, hincando todos la rodilla á su nombre, que es sobre todo nombre, cumpliéndose lo que estaba profetizado, que el vástago del Señor crecería con grande magnificencia y su fruto sería muy sublime, porque engendró innumerables hijos espirituales, semejantes á El en la virtud y santidad.

Luego pondera cómo, á imitación de Cristo N. S., todos sus discípulos, que fueron también granos de mostaza, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles. Mira cómo los Apóstoles, de quien dice san Pablo "que traían siempre consigo la mortificación de Jesucristo, y eran por Él mortificados todo el día y llevados como ovejas del matadero„, vinieron á ser príncipes de la Iglesia y á dilatar la fe por el mundo, ganando innumerables almas para Cristo, y crecieron tanto, que sobrepujaron á los patriarcas y profetas y á todos los justos del Testamento viejo. Del mismo modo crecieron en gloria los mártires y confesores y todos los demás santos, los cuales tuvieron que seguir á Cristo en el Calvario antes de seguirle en su resurrección. Y lo mismo tengo de crecer yo, persuadiéndome que aunque sea grano de mostaza sembrado en la tierra de la Iglesia si no me mortifico y muero al mundo, no creceré en merecimientos ni en virtudes, y me quedaré seco, sin fruto de buenas obras y sin ganar almas, y sólo en la oración sin la compañía de Dios, que no gusta de tratar con los inmortificados; pero si muero á mí y á mis pasiones, creceré en todas estas cosas.

De aquí es, que por este mismo camino crecen las virtudes y vienen á levantar sus ramas tan altas, que llegan al cielo. La fe llega hasta la vista de Dios por la contemplación, teniendo el justo su conversación en los cielos. La esperanza sube á gustar la dulzura de los premios celestiales. La caridad crece hasta la

perfecta unión con Dios. La obediencia, hasta cumplir la divina voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo; y si la confianza en Dios es siquiera como grano de mostaza, basta, como dijo el Salvador, para arrancar árboles y trastornar montes.

¡Oh dulcísimo Redentor! Gózome de la grandeza que tienes, en premio de la bajeza que por mí tomaste. Dichosa tu muerte, sin la cual, como Tú dijiste, quedaras solo, y con la cual has multiplicado tanto tu divino fruto, que llena la tierra y puebla el cielo. Y pues con tu muerte afrentosa trajiste á Ti todas las cosas, tráeme también á mí para que sea en todo semejante á Ti.

PUNTO III

De la dilatación y extensión de las ramas del árbol de la parábola.

Pondera cómo el grano de mostaza dilata y extiende tanto sus ramas, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas, moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos.

En lo cual se ha de ponderar cómo Cristo N. S. es árbol divino con muchos y magníficos ramos; conviene á saber: la doctrina del Evangelio que predicó, la ley de la perfección con todos los consejos evangélicos que promulgó, los Sacramentos y sacrificios que instituyó, los ejemplos maravillosos que nos dió, los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa hasta su subida á la alteza de los cielos. A estos ramos acuden las aves del cielo, no las águilas ni aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes; especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplación conversar en el cielo, á cuya imitación me asentaré con reposo á la sombra de estos ramos, considerando la dulzura de sus

frutos, y gozándome de la protección y amparo que me viene por ellos, diciendo con la Esposa: "Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta„. También haré mi nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios. Unas veces haré mi nido en el misterio del pesebre, otras veces volaré al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda mi confianza y mi amor. Allí cantaré cantares de alabanza y agradecimiento, y allí descansaré en las noches de las tribulaciones, y me sustentaré con los consuelos divinos. ¡Oh, quién me diese alas de ave para volar á este divino árbol! ¡Oh árbol altísimo y soberano, por más alto que subas, puedo volar y subir á Ti con las alas de la contemplación que Tú me dieres! Levántame, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descanse en Ti, mi Criador, por todos los siglos.

De esta misma manera puedo considerar, que de los Apóstoles y los santos brotaron muchos ramos, que se extendieron por el mundo; conviene á saber: la doctrina que predicaron, los libros que escribieron, las heroicas virtudes que ejercitaron, en cuya meditación también se ejercitan las almas espirituales, animándome á imitarlos para crecer, como ellos crecieron. En particular los religiosos pueden ponderar, cómo su fundador y su religión es como grano de mostaza, pequeño en la humildad; y así unos se llaman menores, otros mínimos, y á su religión llamó san Ignacio, su fundador, la mínima Compañía de Jesús; pero cada una de estas semillas es grande en la virtud y ha crecido como árbol, extendiendo sus ramas por todo el mundo, en infinitas casas religiosas, y con ejercicios de santidad muy levantados y provechosos para el bien de las almas. Y son éstas como aves del cielo, que movidas por el Espíritu Santo, vienen á estas ramas y allí hacen sus nidos y moradas perpetuas, y viven á su sombra con des-

canso, meditando y contemplando las vidas de sus fundadores, imitándolos como ellos imitaron á Cristo, guardando sus reglas, alabando á Dios con cánticos armoniosos, así de voces como de afectos, por las mercedes continuas que les hace. Y juntamente procurarán volar por los ramos de todas las virtudes, haciendo su nido en los grados más altos que tiene cada una para llegar á la cumbre de la perfección que profesaron.

Coloquio.—¡Oh Sabiduría divina, cuyos ramos son ramos de honra y gracia, haciéndonos con ellos graciosos á Dios, amables á los ángeles, honrados de los hombres y venerables en todo el mundo, admíteme debajo de su sombra, confórtame con sus flores, sáname con sus hojas, susténtame con sus frutos y dame perpetua morada en la cumbre de ellos, para que creciendo siempre en la virtud, llegue á la cumbre de la gloria, en la cual descanse por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Procura imitar la humildad de Cristo N. S. en tus palabras y en tus obras, si quieres hacer cosas altas y grandes en servicio de Dios y bien de las almas.

6 DE SEPTIEMBRE

Sobre el aprecio y estima de las cosas pequeñas.

Preludios —**Mira y oye á Cristo N. S. que dice al cristiano fervoroso: «Alégrate siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, yo te sublimaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor,» y pide ser siempre gran apreciador de los actos pequeños de virtud y temer mucho aun las faltas más ligeras é insignificantes.**

PUNTO I

Cuánto daño se sigue de menospreciar las faltas pequeñas.

Considera que de la meditación de la parábola del grano de mostaza, puedes deducir el grandísimo caso que has de hacer de las faltas y cosas pequeñas. Por-

que así como el grano de mostaza, siendo tan pequeño, se convierte en un árbol grandísimo, así también el despreciador de las cosas y faltas pequeñas que al principio apenas se tiene por pecador y mira como cosa insignificante sus faltas, suele convertirse poco á poco en tibio, y luego, si Dios no lo remedia y tiene de él misericordia, en despreciador de cosas grandes, y llega á abrazar y á cometer todo linaje de pecados y de maldades. Recuerda si no que dice el sagrado Evangelio que "el que es malo é infiel en lo poco, también lo será en lo mucho.„ Y antes lo había dicho el Espíritu Santo por el Sabio: "El que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes.„ Esto había de bastar para hacerte muy diligente y cuidadoso en la observancia de las cosas más pequeñas, y para que no te atrevieses á faltar en ellas por parecerte cosas menudas y de poca importancia; pues sabes que es palabra de Dios que el que menospreciare las cosas pequeñas, poco á poco caerá, y no parará hasta venir á las grandes, porque esas faltas pequeñas fortalecen las pasiones, debilitan el vigor del alma y son el gran obstáculo á las gracias de un Dios ofendido por el deprecio que hacemos de su ley y de su voluntad.

Mira cómo de esta manera se viene á perder una muy fuerte ciudad y á ser tomada de los enemigos. Destruye este el antemuro, y luego es roto y desbaratado también el muro, y así entrada y tomada la ciudad. Pues de esa manera entran y ganan los enemigos la ciudad de nuestra alma. Las cosas pequeñas, la mortificación constante, la guarda de los sentidos, la vigilancia sobre nosotros mismos, son el antemuro, que guarda y defiende el muro de la ley y mandamientos de Dios; y así, si dejas caer ese antemuro, presto caerá también el muro, y será saqueada y robada tu alma y perderás lo que más vale en ella, la gracia de Dios. Si comienzas á romper y á desportillar ese vallado, por ahí entrará la serpien-

te antigua y te morderá. Si quitas el cerco á la viña, pronto te la vendimiarán toda y perderás el fruto de todos tus afanes.

Pondera luego que á la manera que dicen los teólogos y los Santos que el pecado venial, es una disposición del pecado mortal, así el desprecio de las cosas pequeñas es preparación para el desprecio de las grandes. Los pecados veniales, por muchos que sean, no hacen un pecado mortal, ni bastan para matar el alma ni quitar la gracia y amistad de Dios; pero van disponiendo el alma, enterneciéndola, enflaqueciéndola y entibiándola, para que así fácilmente pueda ser vencida con alguna tentación ú ocasión que se ofrezca y venga á caer en algún pecado mortal.

Mira, en efecto, cómo los primeros tiros de artillería, que baten un muro, aunque no den con él en tierra, todavía le debilitan y disponen para que los postreros le derriben; y las gotas de agua que caen sobre una piedra, aunque cada una por sí no basta para cavarla y hacer agujero en ella, pero basta para disponerla de tal manera, que las gotas siguientes la caven y destruyan: de esa manera va el pecado venial disponiendo para el pecado mortal. Va uno poco á poco perdiendo el miedo al pecado; comienza á hacer lo que es fuera del amor de Dios, pues pronto hará algo que sea contra él. A quien no se le da nada de mentir, ni jurar sin necesidad, presto tropezará y atropellará lo uno con lo otro, jurando alguna mentira ó alguna cosa dudosa, y ya ha caido en pecado mortal. A quien no se le da nada de murmurar en cosas livianas, pronto se le ofrecerá alguna cosa que no sea tan liviana y se verá en peligro de pecado grave. El que se descuida en mirar livianamente y es negligente en desechar los pensamientos malos y deshonestos que le vienen, cerca está de caer: alguna vez, cuando él esté más descuidado, se le irá el corazón tras los ojos ó tras el

pensamiento, y se hallará caído en un instante: que eso es lo que pretende el demonio con esos descuidos y pecados veniales, disponer para los mortales.

Judas murmuró de la Magdalena por haber empleado aquel ungüento en ungir los pies del Salvador, diciendo que fuera mejor venderlo y dar el precio á pobres. Advierte, dice san Agustín, que no se perdió Judas cuando vendió á Cristo, ni comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía; ya era ladrón, y estaba perdido, y seguía á Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazón. Pues así también, cuando vieres alguna gran caída de algún cristiano, no pienses que entonces comenzó su mal, que antes de eso estaba ya perdido. Mucho había que no tenía vida de espíritu, ni oración, ni examen, ni se le daba nada de quebrantar los preceptos leves de la ley de Dios.

Considera, pues, cuál es el camino cierto y trillado de la perdición, para que le temas y huyas de él. Primero se empobrece y enflaquece el alma con la muchedumbre de las imperfecciones y culpas veniales, y con la falta de la oración y de los ejercicios de piedad bien hechos; y de ahí viene pronto á caer en las graves y mortales. El que anduviere con mucho descuido tragando imperfecciones, presto cometerá pecados claros y manifiestos. Por eso guárdate de dar esa entrada al demonio, y de ir perdiendo el miedo á las faltas leves y hacer poco caso de ellas.

PUNTO II

Bienes grandes que se siguen de hacer mucho caso de cosas pequeñas.

Recuerda, en primer lugar, aquellas consoladoras palabras: "Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, yo te pondré y levantaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor„. Medita cómo en estas palabras de Cristo N. S. se te declaran admirablemente los bienes grandes que se siguen de

ser muy diligente en guardar los preceptos leves de la ley de Dios y en hacer mucho caso de ellos, aunque sea en cosas pequeñas y menudas. Será tan grande y tan aventajado el gozo y galardón que te darán por haber sido fiel y diligente en lo poco, que no dice que entrará en ti el gozo, porque no cabrá en tu alma, sino que tú habrás de entrar en él y sobrará; porque entras en la eterna é infinita felicidad de los santos que es el mismo Dios.

Además, Cristo N. S. prometió que al que tiene gracia de Dios, y á ella corresponde, se la dará con más abundancia y al que no tiene esa fidelidad, se le quitará aun lo poco que tiene.

Considera luego la causa porque el Señor premia y levanta tanto á los que son fieles en lo poco. Es porque en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad del siervo de Dios, y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores.

Como la fidelidad de un mayordomo y la del buen criado no se echa tanto de ver en las cosas grandes, como en las pequeñas y menudas y que no tiene obligación de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se echa tanto de ver en que le obedece en las cosas graves y de mucha importancia, cuanto en que aun en las cosas muy menudas no quiere salir un punto de la voluntad de su padre, ni hacer cosa alguna en que le dé el menor disgusto del mundo, de la misma manera el fervor del hombre espiritual no se echa tanto de ver en que se guarda de caer en faltas graves y en pecados mortales, cuanto en que es muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de sus obligaciones por pequeñas y menudas que sean.

Por esto el Señor premia y levanta tanto á estos siervos fieles, y les hace tantas mercedes y es tan generoso con ellos, porque ellos son generosos con Dios. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar á Dios, no sólo en las cosas de obliga-

ción, sino en las de consejo y de supererogación, y no sólo en las mayores sino también en las menores, y en todo procura hacer lo mejor y más perfecto, y lo que entiende que es más conforme á la voluntad de Dios, ese es siervo bueno y fiel, y Dios le colmará de bienes, porque ha sabido aprovechar los talentos que el Señor le ha dado.

Si, pues, deseas darte de veras á Dios y agradarle mucho, con tanto cuidado y solicitud anda en las cosas menores como en las mayores. No olvides que hasta de una palabra ociosa y de un pensamiento ocioso has de dar cuenta á Dios; y entiende muy bien, que de las cosas menores viene uno poco á poco á caer en las mayores; y está cierto, que si eres fiel en lo poco, te premiará y galardonará Dios con lo mucho. Y así ninguna cosa tengas por pequeña, sino de todo haz mucho caso; porque no hay enemigo que, despreciado, no sea muy perjudicial y nos pueda hacer mucho daño.

Está cierto que si descuidas el practicar los actos de pequeñas virtudes que se te presenten, jamás harás grandes progresos en la perfección. Las riquezas espirituales se adquieren, como las de la tierra, con el trabajo, la constancia, y no despreciando ganancia alguna.

PUNTO III

Del gran mérito que se encierra en practicar actos de virtudes al parecer insignificantes.

Considera que la santidad y perfección de tu estado no está en que practiques cosas grandes, sino en que hagas *bien* lo que traes entre manos. Como la rica joya se forma de piedrecitas pequeñas y el soberbio tisú ó brocado de hilos ó puntadas muy menudas, así la corona de la perfección, de muchos, pero al parecer insignificantes actos de virtudes, y justos hay en el cielo y en los altares cuya santidad ha con-

sistido sólo en aprovechar y atesorar esos granitos de oro de infinitos actos de virtud que el tibio desprecia porque son pequeños. Muchos pecados veniales no condenan, pero muchas virtudes pequeñas al parecer, santifican; ¡ya ves, pues, que no serán tan de poco precio! Los santos nunca los han tenido por insignificantes, porque nada hay pequeño, si tiene relación con Dios, si nos puede aumentar el tesoro de merecimientos y puede agradarle ó desagradarle. Nada hay pequeño, si puede contribuir ó dañar á una cosa tan importante como es nuestra salvación, ó nuestra perfección. Nada hay pequeño, si nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna, antes al contrario, el ser fiel en las cosas pequeñas, es señal de grande amor, pues significa querer agradar en todo, á quien se ama, y no querer desagradarle en nada, por leve que parezca. Si esperas hallar grandes ocasiones para manifestar tu amor á Dios, ¿cuándo se te presentarán? Estas ocasiones son muy raras en la vida, y después la criatura es en sí tan pequeña, que no puede contar por grande nada de lo que hace por Dios. La inmensidad de Dios, aumenta todo lo que hacemos contra su divina Majestad, y disminuye todo lo que hacemos por su honra y gloria.

Además, nada se puede llamar pequeño después que el Hijo de Dios nos aseguró "que el que es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes; y que el que es infiel en las pequeñas, lo será también en las grandes„. ¡Terrible palabra, si se entiende, ó se medita despacio! Pero ¿cómo se puede dudar de ella, saliendo de la boca de Dios? Los mayores incendios empezaron ordinariamente por una chispa que no se apagó á tiempo; los mayores pecados empezaron con un pecado venial ó culpa insignificante, y la condenación del hombre comienza siempre por una gracia que se despreció. Saúl, precisado con una especie de necesidad, no esperó á Samuel para ofrecer el sacrificio: parecía pecado muy ligero, y no obstan-

te, mudó el corazón de Dios para con él de tal modo, que fué el principio de su condenación. ¡Qué de consecuencias terribles no tuvo una mirada inconsiderada de David! Y al contrario, ¿qué cosa más pequeña que una gota de agua ó un pedazo de pan? Y sin embargo el mal rico con un vaso de agua y un pedazo de pan pudo apagar las llamas del infierno y comprar el paraíso. Y Dios que cuenta los cabellos de nuestra cabeza, para indicar que ante El nada hay pequeño, no quiere que se omita una tilde de su ley ni de sus mandatos.

Cuanto más pequeño sea lo que se ofrece, tanta menor dificultad te costará, y así serás menos digno de perdón, si lo omites. La dificultad de las cosas puede ser pretexto de nuestra cobardía; pero cuando son cosas fáciles, ¿qué disculpa podremos dar? "Si el Profeta, decían los criados de Naamán á su amo, te hubiese mandado alguna cosa difícil para tu curación, tú lo hubieras debido hacer; pero pues te ha dicho una cosa tan fácil, como la de bañarte siete veces, ¿cómo puedes dejarla de hacer, sin una extrema imprudencia?„ Después de lo que Jesucristo ha hecho, y padecido por nosotros, aunque nos pidiese las cosas más grandes y difíciles, ¿podríamos sin gran cobardía é ingratitud dejarlo de hacer? Pues cuando sólo nos pide cosas tan fáciles, ¿qué razón podremos tener para omitirlas?

Coloquio.—Jesús y Dios mío, qué treinta años de vuestra vida pasasteis practicando virtudes que el mundo llamaría pequeñas, pero que eran de infinito valor por ser Vos quien las practicabais y con infinita perfección, enseñadme á encontrar ese tesoro de santidad en los actos constantes de perfección que cada día y cada momento puedo realizar si aprovecho las infinitas ocasiones que se me presentan. Yo os ofrezco hacerlo así, Jesús mío, para que de mí se pueda decir á imitación vuestra "todo lo hizo bien„.

Propósitos.—Resuélvete á no mirar en adelante

ninguna cosa como pequeña, cuando se trata de agradar ó desagradar á Dios, y merecer ó dificultar tu salvación.

7 DE SEPTIEMBRE

De la perfección cristiana en toda clase de estados.

Preludios.—Mira en el cielo un número sinnúmero de santos de todas clases, condiciones y estados, y pide luz y gracia para santificarte tú también en aquel estado en que el Señor te haya puesto.

PUNTO I

Es posible y obligatoria la santificación en toda clase de estados.

Considera que la perfección cristiana es obligatoria para todos los fieles, cualquiera que sea su estado. Porque es un error muy ordinario el creer que la perfección y santidad es sólo para los que viven en el claustro ó profesan el estado sacerdotal ó religioso, y los mundanos que así piensan y lo dicen, tratan por este medio de excusar los desarreglos de sus pasiones, ó la tibieza y frialdad de su conducta. Pregunta si no á ese adorador del mundo, de sus pompas y máximas, cómo teniendo un entendimiento tan claro y tan penetrante y que razona tan juiciosamente en todos los asuntos mundanos, permanece sin embargo insensible á cuanto se refiere á los asuntos de la eternidad y le oirás decir friamente: "Todo esto es verdad, pero el esplendor del mundo me seduce y encanta y hace imposible que sirva á la vez á Dios y al mundo. No me creo nacido para la santidad y tengo que dar al mundo, á mis apetitos y corazón lo que de derecho les pertenece."

Procura hacer ver á esos jóvenes disipados y libertinos que es vergonzosa la ociosidad en que viven y la vida muelle que llevan sin otro fin que el de las satisfacciones corporales, olvidados por completo de

Dios, de su alma y de todo lo espiritual y eterno, y te responderán que es necesario que la juventud goce y se divierta, y que todos los de su edad viven del mismo modo y que la abnegación de la carne se queda para el claustro. Excita á ese magistrado, á ese comerciante ó banquero á que eleven sus oraciones á Dios con más frecuencia, á que no se apeguen tanto á las riquezas ni piensen tanto en sus negocios, á que frecuenten los Sacramentos, en una palabra, á que cuiden más de sus almas, y llenos de indignación te contestarán: "¡Eso es querer trastornar el mundo, para eso es necesario encerrarse en un convento y abandonar el cuidado de la hacienda y la familia."

Pues para que veas cuán errados van los que abrigan esas ideas, recuerda que la santidad la compara Dios N. S. al sol que lo ilumina todo, el palacio y la cabaña, el trono y el hospital. En segundo lugar, Jesucristo N. S. predicando á las turbas y á los hombres del pueblo, entre los que habría todo linaje de estados y condiciones, les decía que fuesen perfectos como el Padre celestial: y san Pablo confunde la vocación á la fe con la vocación á la santidad, porque en la idea y plan amoroso del Señor, el llamar al hombre á la fe es llamarlo á la gracia y á la gloria, y por Dios no queda, ciertamente, que todos los llamados á la fe no sean santos, pues á todos les da gracia para serlo.

Considera, pues, que si fuésemos fieles en todo á nuestra vocación de cristianos, como tenemos obligación de serlo, si cumpliésemos en lo grave y en lo leve los preceptos del Señor, dóciles á sus inspiraciones, si nos acordásemos de que por encima de todo está Dios, el alma, la salvación y la eternidad, sin dejar el lugar aquel, y aquel estado en que Dios nos hubiese puesto, podríamos sin cambiar ni de profesión ni de género de vida, llegar á aquella perfección cristiana que Dios tiene derecho á exigir de nosotros. La Sagrada Escritura confirma esto como todo lo

dicho anteriormente. Recuerda si no el testimonio de san Juan Bautista cuando al salir del desierto para predicar la palabra de Dios, pronunció estas terribles palabras: "¡Raza de víboras, pueblo rebelde á la voluntad de Dios, sabed que su brazo está levantado para heriros; la segur de la venganza se halla al pie de esos árboles infructuosos que serán cortados y arrojados al fuego!„ Lo que oído por los que escuchaban aquel sermón profético se arrojaron temblando á las plantas del Bautista, diciéndole con los ojos llenos de lágrimas: "¿Qué haremos para librarnos de la ira de Dios que nos amenaza?„ Pues nota bien la respuesta del Precursor del Señor. No dijo ni á los publicanos que cobraban los impuestos: "Dejad vuestros oficios,„ ni á los soldados: "Abandonad vuestras banderas„, ni á los pecadores: "Retiraos al desierto.„ Lo que les dijo fué: "Publicanos, no robéis á los pueblos; soldados, sed buenos soldados, pero no bandidos; pecadores, haced penitencia.„

Porque en efecto, nada hay, si bien lo consideras, en los distintos géneros de la vida cristiana, que impida á cada cual cumplir con las obligaciones de sus respectivos estados, porque no hay ninguno, y si no, no sería estado instituído por Dios, que sea incompatible con la santidad. ¿Eres casado? Moisés lo fué también, y nada te impedirá que, como él, te retires cada día algún tiempo para tratar con Dios el negocio de tu salvación. ¿Eres noble? Nobles eran también David, Josías y Ecequías, y en la nueva ley muchos santos príncipes y reyes, y el gobierno de sus estados no les impidió unirse á Dios por medio de la oración. ¿Eres juez? Juez era también Samuel, y si sigues su ejemplo, tu oficio te servirá para practicar las virtudes más heroicas. ¿Eres rico? Más que tú lo fué Abraham, y si eres rico según el corazón de Dios, serás santo. ¿Eres pobre? Lázaro lo fué y no por eso dejó de ser un varón justísimo. ¿Eres militar? Acuérdate entre mil del centurión Cornelio,

hombre lleno de piedad y temeroso de Dios, que no se dejaba vencer del mal ni se enriquecía con los despojos ajenos, sino que hacía muchas limosnas con los bienes propios, y del que el Espíritu Santo dice más de lo que pudiera decirse de un recogido solitario ó del más celoso y caritativo obispo.

Advierte, además, que por especial providencia de Dios, no hay profesión en la que no haya florecido algún santo para ejemplo, estímulo y confusión de los que en el mismo estado viven sin santificarse, lo cual significa que Dios ha querido enseñarnos que sólo de nosotros depende nuestra perfección, puesto que su gracia no nos falta nunca, cualquiera que sea el estado ó condición en que nos hallemos colocados, y que la sola vista del ejemplo de un justo de su misma profesión, debe bastar al pecador para cerrar su boca y obligarle á reconocer su culpa. Reconoce, pues, esta obligación clarísima pues antes que nada eres cristiano, redimido por Cristo y llamado por Dios á gozar de El en el cielo. Si no observas como puedes y debes la ley de Dios, no eches la culpa más que al abuso de tu libertad y al desenfreno de tus pasiones.

PUNTO II

La Providencia del Señor exige nuestra santificación en cualquier estado.

Considera que si bien es cierto que hay profesiones de suyo más santas y más perfectas que otras, todas ellas, con tal de que sean lícitas, están aprobadas por Dios y aun establecidas por su orden. Dios es, dice el profeta Baruch, el principal autor é inventor de todas las artes y de todas las ciencias. El es quien, por un efecto de su sabia providencia que gobierna al mundo, ha ordenado esta gran diversidad de estados y de profesiones sobre dos fundamentos, de los cuales es el primero, el bien uni-

versal de la sociedad humana y la necesidad recíproca que tienen los hombres unos de los otros, para atender á sus necesidades espirituales y temporales, y el segundo, el bien individual, según las complexiones, inclinaciones y talentos de cada uno.

Ahora bien, considera que como Dios es quien ha establecido esta diversidad de profesiones y las ha encaminado todas á nuestra salvación, nos da también los medios y gracias particulares para ejercer aquéllas á que nos llama; pero sin que sean obstáculo á nuestra salvación, á lo que la Providencia de Dios lo endereza todo, pues ese es el fin último para el que el Señor nos ha criado. Dios es, pues, quien por una dispensación maravillosa, distribuye á los hombres diferentes inclinaciones y talentos naturales; El da á cada uno la inclinación que le lleva á un estado en el que más fácilmente pueda salvarse, le da auxilios para que lo abrace con alegría y da, para cumplir sus obligaciones, el talento necesario á fin de que salga airoso en ellas.

Nada hay más santo que el sacerdocio y, sin embargo, Dios no llama á todos los hombres á ese estado y aun prohibe abrazarlo sin vocación, como lo demuestra el caso citado por san Mateo, de aquel hombre que subyugado por los discursos de Jesús se arrojó á sus pies y le dijo: "Maestro, te seguiré adondequiera que fueres„. Y el Hijo de Dios mirando á aquel hombre con indiferencia le despidió suavemente diciéndole: "Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza.„ Y al mismo tiempo, dirigiéndose á otro de sus discípulos que le pedía antes de seguirle permiso para enterrar á su padre, le dice: "Sígueme y deja que los muertos entierren á sus muertos„.

¡Mira qué caso tan singular! Jesucristo despide á aquellos que se le ofrecen y llama á los que menos lo esperaban. Así distribuye las vocaciones con una

particular providencia y conduce á cada cual á su último fin por caminos muy diferentes. Ojalá, decía san Pablo, que todos viviéseis como yo en castidad, pero eso no depende ni de mí ni de vosotros, depende de Dios que distribuye sus dones según su beneplácito; pero así como á todos os llamó para que seáis santos, así á todos os dará los medios y la gracia según la medida de su beneplácito y el plan divino de su Providencia.

Piensa también que Dios, que ha ordenado todos esos diferentes estados, y que á ellos llama y guía á los hombres, quiere también que en todos los estados y condiciones se observe su ley; y que esas diferentes condiciones, como otras tantas líneas diversas, vayan á coincidir en un mismo punto, que es primero la santidad y luego nuestro último fin que es el cielo, y por esto da á cada estado todas las gracias y todos los medios suficientes y absolutamente necesarios para ganar en ellos el cielo. A la manera de los reyes, que cuando crean los cargos, asignan al mismo tiempo honorarios y pensiones para que vivan los que los ejercen, así Dios, al hacer la distribución de las profesiones, da á cada uno los dones y recursos sobrenaturales que necesitan para santificarse, según su estado.

De aquí has de deducir, que si el infierno está lleno de gentes de calidad, de palaciegos, de soldados, de comerciantes, de artesanos y de malos ricos, es por su culpa y no por culpa de su estado. Su condenación provino de que en sus respectivas profesiones no buscaron las justificaciones del Señor, esto es, su voluntad, y al apartarse de la ley de Dios se apartaron de la salvación.

Deduce, pues, de todo lo dicho, que Dios te llama á la santidad cristiana sea cualquiera tu edad, sexo, profesión ó estado. Para llegar á ella sólo te basta observar la ley del Señor, que no es ley vacía, sino que está llena y acompañada de gracias para santi-

ficación de las almas. Si observas esa ley, aunque nada hagas extraordinario, ella te preservará del pecado y te conservará en la virtud y en el temor de Dios, y en los negocios de la familia y de la hacienda, y en los azares del mundo no encontrarás piedra de escándalo en que tropieces. Busca, ante todo, tu salvación, el reino de Dios, la paz del corazón y la justicia, y todo lo demás se te dará por añadidura. No importa lo que seas, dice Tertuliano, ni dónde mores; con tal de que estés con el corazón fuera del mundo, sus máximas y sus pecados, eres de Cristo y te salvarás.

PUNTO III

La gracia de Cristo pide nuestra santificación en cualquier estado en que el Señor nos haya puesto.

Considera que Jesucristo, como legislador soberano y santificador de las almas, da á éstas los medios de elevarse á la perfección en cualquier estado en que Él las haya colocado. Faltaría, si no, algo al plan divino de la elevación del mundo al orden sobrenatural, y algo también á la divina abundancia de gracias santificadoras que tenemos en Cristo. Además, Jesucristo, antes que nada, nos hace y nos quiere cristianos, ya que lo que busca ante todas cosas, y lo mismo debemos hacer nosotros, es nuestra salvación. Por esta razón, aunque seas rey ó príncipe, juez, soldado, mercader, artesano, pobre ó rico, sabio ó ignorante, eres aún algo más, porque eres miembro de Cristo por su gracia, y esta es la primera y la más noble de tus cualidades. Ahora bien; como el estado de cristiano es un estado de santidad, y como, por otra parte, no puedes separarle de tu profesión, y le llevas á la guerra, al palacio, al comercio y dondequiera que fueres, es forzoso, por una feliz necesidad, que esa tu condición de cristiano lleve á todas partes la santificación, y que haga de ti un

soldado santo, un juez santo, un mercader santo, ó un artesano santo, según la profesión que ejercieres. Eso exige de ti la gracia que te da Cristo, para que en todas partes lo confieses y obres como soldado suyo.

Para penetrarte más de esta verdad, has de considerar que es doctrina constante de san Pablo en todas sus Epístolas, "que el Hijo de Dios no es solamente jefe de su Iglesia, que es su cuerpo místico, sino que es también el alma de ella, pues comunica su espíritu á esta Iglesia„; y quien no tenga el espíritu de Jesucristo, dice el Apóstol, no pertenece á Jesucristo, ni es más que una sombra, un fantasma de cristiano.

Considera, por último, que así como el alma racional es necesaria para formar al hombre, el espíritu de Jesucristo es necesario para formar al verdadero cristiano; y del mismo modo que tu alma está unida siempre é inseparablemente á tu ojo y á tu mano para dar al uno la facultad de ver y á la otra la de tocar, del mismo modo puede decirse que el espíritu de Jesucristo está unido á los cristianos para comunicarles vida de fe, esperanza y caridad, y además, siempre y en todo, y en todas partes, una vida conforme á la profesión ó estado á que le ha llamado.

Y esta comunicación del espíritu de Cristo es el reino de Dios, que está en medio de ti como en medio de todos los cristianos. Con ese espíritu puedes adquirir la perfección evangélica, cualquiera que sea tu estado. Y si aun después de esto siguieras diciendo que tu profesión te impide ser bueno, á causa de los compromisos con que te liga con el mundo, desde luego estás engañado si piensas con esos pretextos frívolos engañar á Aquel para quien nada hay oculto, ni en los cielos ni en la tierra. Hazte, pues, santo, porque si no te haces santo, negociando tu salvación con los talentos que Dios te ha confiado para que lucres con ellos en el estado en que su adorable Providencia te ha colocado, tu condenación es segura, y

el reino de Dios te será quitado, según la amenaza que Dios te hace en el Evangelio.

Evita á todo trance esa desgracia irreparable, y trabaja en tu santificación cooperando á las gracias que Dios te ha dado en tu estado, para que tengas parte algún día en la gloria de los Santos.

Coloquio.—Dios mío y bien mío, que me criasteis á vuestra imagen y semejanza, y disteis vuestra sangre por mí, y para que yo fuese partícipe del precio y fruto de ella me disteis vuestro conocimiento y me lavasteis con el agua del santo bautismo, y me pusisteis en el número de vuestros fieles, y me hicisteis miembro de vuestra santa Iglesia católica, de la cual sois cabeza y gobernador, y me habéis enriquecido con otras muchas y singulares mercedes por las cuales yo os doy humildemente infinitas gracias. Bien sabéis Vos, Rey mío, que no basta el haberme Vos por vuestra sola bondad dispuesto tan gran bien, y criádome para que goce eternamente de Vos, si yo no os sirvo guardando vuestros mandamientos, y no hago lo que Vos queréis de mí; yo, por vuestra gracia, deseo acertar y hacer lo que os fuere más agradable; pero soy ciego, y por mí no puedo acertar; inspiradme Vos, dadme vuestra luz, alumbrad mi entendimiento para que entienda vuestra voluntad, y encended la mía con vuestro amoroso fuego, para que, entendiendo yo la vuestra, la abrace y siga y me resigne en vuestras manos, porque yo me echo totalmente en ellas y me entrego á vuestra paternal providencia. Sed Vos mi norte, mi gobernalle y piloto en esta navegación, para que llegue á aquel puerto de quietud para el cual Vos me criasteis; ninguna cosa quiero, sino la que Vos queréis; ninguna apetezco, sino la que Vos me mandareis; ninguna me será grave siendo encaminada por Vos. Ante todo, Señor, y por encima de honores y de riquezas, la salvación de mi alma. A eso sólo aspiro, con vuestra divina gracia.

Propósitos.—Recordar constantemente cuál es tu último fin al cual debes subordinar y enderezar todas las demás cosas.

8 DE SEPTIEMBRE

Fiesta de la Natividad de María santísima.

Preludios.—Imagínate á la Virgen santísima como una aurora purísima que se levanta del mar inmenso de la misericordia de Dios, trayendo la alegría á todo el mundo, y pídele que en este dulce misterio llene de paz y de gracia tu corazón.

PUNTO I

Nacimiento de María.

Considera cómo cumplidos nueve meses después de la concepción de la Virgen, nació esta criatura prodigiosa, para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia. Pondera la alegría que tendría la Santísima Trinidad viendo nacida á esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan prodigiosas para su gloria y bien nuestro. De creer es que en este día comunicaría á los ángeles del cielo, y á los justos de la tierra, y á los santos Padres del limbo una nueva alegría accidental, como pronóstico del gozo que recibirían con la venida del Dios al mundo, cuya Madre había de ser aquella Niña, á la manera que la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol. Porque si muchos se gozaron en la natividad de san Juan, porque era lucero y Precursor de Cristo, muchos más sin comparación se holgarían con el nacimiento de la Virgen que había de ser su Madre. Y con esta consideración, me moveré á afectos de alabanza y gozo, dando el parabién á la Santísima Trinidad del nacimiento de esta Niña: al Padre Eterno, porque le ha nacido tal Hija; al Hijo de Dios, porque ha nacido la que ha de ser su Madre; al Espíritu Santo, porque le ha nacido tal Esposa. ¡Oh Trinidad beatísima!, sea para bien el nacimiento de esta pre-

ciosa Niña; repartid conmigo del gozo que dais á otros, pues también nace para mí.

Del nacimiento de Nuestra Señora debemos sacar motivo de grande gozo espiritual, ponderando que así como el nacimiento de la Virgen causó alegría en el mundo, porque era señal de la venida del Salvador á redimirle, así también cuando la devoción de la Virgen nace en un alma, causa en ella grande gozo, porque es grande prenda de que vendrá Dios á ella y la salvará. Y por esto dice san Anselmo, que ser muy devoto de Nuestra Señora es señal de estar predestinado para el cielo, porque con su devoción entran los efectos de la predestinación, negociándolos Ella para sus devotos. Ella, como madre, nos solicita las inspiraciones del cielo, la vocación de Dios, la gracia de la justificación, la victoria de las tentaciones, la preservación de las caídas, el aumento de los merecimientos, la perseverancia en la gracia y la corona de la gloria. ¡Oh Virgen soberana, que por mandato de Dios echáis raíces en los escogidos para el cielo!, echad en mi alma tan hondas raíces de vuestra devoción é imitación, que sean prendas de mi eterna predestinación.

PUNTO II

De algunas circunstancias de este glorioso misterio.

Pasa á considerar ahora algunas circunstancias de la natividad temporal de la santísima Virgen.

Es doctrina común en la Iglesia que fué acompañada de cuatro privilegios considerables, que son: la impecabilidad, la plenitud de la gracia, el uso de la gracia y el esplendor de todas las virtudes.

Respecto del primer privilegio, la teología reconoce cuatro clases de impecabilidad: la primera, es necesaria, absoluta, y va unida á la santidad soberana que no pertenece más que á Dios; la segunda, es la llamada hipostática y personal, porque tiene su prin-

cipio en la persona divina del Verbo que hace subsistir la humanidad de Jesús y á la que se atribuyen todas sus acciones; la tercera, es de los bienaventurados en la gloria, que es una gracia consumada y una acabada santidad; la cuarta, es la de la Virgen María, que en el primer instante de su vida fué confirmada en el bien y en la gracia. No es esta impecabilidad como la de los santos, es decir, no es exterior por una providencia singular, sino interior por la gracia que le fué dada como dignísima Madre de Dios. María entra en el mundo, no sólo exenta de pecado é impecable, sino llena de gracia. Santo Tomás llama á esta primera plenitud, una plenitud de suficiencia, puesto que le fué dada con tanta profusión, que bastó para hacerla digna de las funciones y de los títulos augustos de que ha sido investida en su cualidad de Madre de Dios.

Por un tercer privilegio, María recibe en su concepción y en su nacimiento, el uso de esas gracias y el ejercicio de esos hábitos infusos, como un anticipo de su razón y de su libertad, con el que Dios suplió la debilidad de sus órganos. Del mismo modo que Dios en la creación del universo produjo los primeros árboles cargados de frutos y coronados de flores, y á los ángeles y á nuestros primeros padres en un estado perfecto, enriquecidos con todas las cualidades naturales é infusas que les eran necesarias para obrar el bien, así quiso Dios que María en su primera santificación, que empezó en su concepción y en su vida, tuviera el uso de la razón y de la libertad, y se hallase en estado de poder servirse de los dones que le había comunicado. Y como el Verbo en su generación inefable, vuelve al Padre por el mismo origen que recibe de El, y al volver lo hace abrasado por el amor personal, esto es, el Espíritu Santo, al cual produce con su Padre en la unidad de un mismo principio, así, en cierto modo María vuelve á Dios por la misma gracia que recibe de su mano, y al re-

cibirla, por el uso que hace de ella, le adora, le ama como principio de todos sus bienes, con un amor tan abrasado que sobrepuja en mucho al de los serafines.

Por último, María aparece revestida en su alma con el esplendor de todas las virtudes en tanto grado como convenía á la más santa y elevada de todas las puras criaturas. Por eso, al verla hoy, exclaman los ángeles y los hombres: ¡Oh ciudad admirable del Todopoderoso, santa Casa y Tabernáculo de Dios vivo! ¡Qué de cosas admirables nos dicen de Vos! Aunque todos los espíritus creados se unieran para alabaros, aun cuando tuvieramos todas las lenguas humanas y angélicas, jamás sabríamos explicar las grandezas que posee la Virgen bienaventurada desde sus primeros principios; serían precisos siglos infinitos para desenvolver todas las maravillas que fueron realizadas en el momento de su natividad.

¡Feliz mil veces! ¡Oh tierna Hija del cielo! ¡El primer instante de vuestra vida fué toda pura! ¡Felices las entrañas de santa Ana que no concibieron á una criatura pecadora, sino al objeto más amable y más digno de Dios que jamás apareció en la tierra! ¡Momento feliz aquel qne dió una reina á los ángeles, una señora á los justos, una abogada á los pecadores! ¡Que ese feliz instante, oh Hija de bendición, honor de nuestra sangre, gloria de nuestra raza, sea eternamente honrado con el regocijo público de los hombres y de los ángeles!

PUNTO III

De las gracias con que el Señor adornó en su natividad á la Virgen santísima.

Considera que la santísima Virgen desde aquel instante felicísimo de su nacimiento, no sólo fué santa, sino la más santa de todas las criaturas. "Cuéntanse muchas cosas gloriosas de ti, dice el Profeta. Tus fundamentos, ¡oh santa Ciudad de Dios! están

sentados sobre los montes más elevados„. Esto quiere decir, según lo explica san Gregorio, que María santísima fué más elevada en la gracia desde el principio de su vida, que los serafines más altos, y que los mayores santos en el colmo de su santidad y gloria. María santísima es, en efecto, aquel monte que vió el Profeta situado sobre la cumbre de los más altos montes. ¡Qué gloria para la Virgen santísima! ¡Pero qué gran motivo de consuelo y confianza para nosotros!

Para entender de algún modo esto, considera que la bondad y sabiduría del Verbo Eterno, estaba de alguna manera obligada á llenar á su Madre desde el primer momento de su vida de una gracia más abundante y mayor de la que han tenido todos los santos juntos en el instante de su muerte; porque María desde entonces debía ser llena de gracia, pues desde entonces estaba destinada á la excelsa dignidad de Madre de Dios. Dios se sirve, en efecto, de tres reglas en la distribución de sus gracias. La primera, es la dignidad de las personas, á quienes las reparte; porque debe proporcionar la gracia á la dignidad; porque si no lo hiciese así, desairaría de algún modo su dádiva, que debe ser digna del Señor infinito que la da y de la persona que la recibe. Pues siendo María la que debía exceder infinitamente en dignidad á todas las otras criaturas, por la calidad de Madre de Dios; ¿quién duda que las debía de exceder á todas en la gracia? Ni diga nadie que María santísima en su nacimiento no era aún Madre de Dios, porque lo era ya en los designios y en la eternidad de Dios, á la cual nada hay futuro y todo le es presente. Pero aún más; ¿no se proporcionan los fundamentos á la altura y magnificencia de un palacio que se quiere hacer, aunque aun no esté levantado? ¿Las disposiciones no deben guardar proporción con la excelencia de la forma que debe animar una cosa que aun todavía no existe? ¿Pues cuál debía ser la gracia que había de preparar á María para recibir en su pu-

rísimo seno á todo un Dios? Y ¿cuál deberá ser la nuestra, cuando recibimos todos los días en la Comunión al mismo Dios?

La segunda regla de que Dios se sirve para la distribución de las gracias que reparte á sus criaturas, es el amor que les tiene. Amar es querer hacer bien, y querer hacer bien y hacerle, en Dios es lo mismo. Pues si Dios quiso más á la Virgen santísima desde su nacimiento que á todas las criaturas, no pudo testificarla mejor su amor en aquel instante que comunicándole más abundantemente el mayor de todos los bienes, que es su gracia. El Verbo Eterno, no hay duda que desde entonces amó á la Virgen santísima como á la que debía de ser en breve su Madre, y á la cual debía tener más obligación que á todas las criaturas juntas.

En fin, la última regla de la medida de las gracias que Dios confiere á las criaturas, es el cargo para que las destina. Si consultamos esta regla para juzgar de lo casi infinito de la gracia de María, ¿hasta dónde nos llevará? Pues el Padre Eterno la había elegido para ser no sólo Madre de su Hijo, sino por este mismo título como la Reparadora del mundo perdido; calidad que María santísima había de algún modo merecido con el consentimiento que dió al Misterio de la Encarnación y al sacrificio de la Cruz, que ofreció con su Hijo. Por eso san Bernardo nos asegura que habiendo Jesucristo redimido al mundo con su sangre, puso todo el valor de ella en las manos de María santísima; ¿á quién podremos, pues, acudir mejor que á ella, dulcísima Madre nuestra, para alcanzar la gracia, que es el fruto de la redención?

Coloquio.—Qué grande gozo é incomparable alegría debe tener todo el mundo el día de vuestro sagrado nacimiento ¡oh niña benditísima! pues con la luz que Vos, como alba divina, le traíais, se bañó de nueva claridad y comenzó á respirar. Dios os salve, pues, María suavísima, tálamo del Esposo celestial,

templo de la sabiduría increada, sagrario del Espíritu Santo, huerto de delicias, paraíso de deleites, vena de aguas vivas y depositaria de todas las gracias y dones de Dios. Desde este momento y desde esta hora en que salisteis al mundo para bien del mundo, yo os reconozco y tomo por Señora mía y os doy el parabién y vasallaje como á Reina soberana del cielo y de la tierra. Tomadme por esclavo vuestro ya que yo con verdadero júbilo me gozo hoy de vuestro glorioso nacimiento.

Propósitos.—Saluda con afecto filial á María como llena de gracia desde su nacimiento, y ruégala que te comunique de esta plenitud cuanto necesites para la santificación de tu alma.

9 DE SEPTIEMBRE

De la verdadera devoción á la Virgen santísima.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del nacimiento de la Virgen santísima por la devoción en nuestros corazones.

Considera que, según una manera de hablar muy frecuente en la Sagrada Escritura, ya por los movimientos del temor saludable de Dios ó por las inspiraciones de la gracia, y mejor aún, por el ejercicio de la divina caridad, concebimos al Espíritu de Dios y hacemos nacer místicamente á Jesucristo en nuestras almas. Siguiendo esta manera de hablar, podemos también hacer nacer á María en nuestros corazones por la práctica de una sólida devoción hacia ella. Medita en esta idea tan dulce y consoladora. El Espíritu Santo nos enseña dos cosas importantes acerca de este asunto: La primera, que Dios ha ordenado á la bienaventurada Virgen María habitar en los corazones de sus predestinados. "El que me crió reposó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, ten

tu herencia en Israel y en mis escogidos echa tus raíces.„

Los intérpretes hacen notar que el Espíritu Santo en este pasaje se sirve de tres maneras diferentes de hablar para significar una misma cosa, es á saber, que Dios ha ordenado á la santísima Virgen tomar posesión de los corazones de sus elegidos, porque 1.° Quiere que tanto Jacob, que es la figura de los predestinados, como Esaú, imagen de los réprobos, sea el lugar de su agradable mansión. 2.° Desea que María considere á Israel, que significa pueblo llamado á la visión de Dios, como su preciosa herencia. 3.° Al explicar estos dos pensamientos más claramente, le manda echar profundas raíces, esto es, unirse por un amor singular á todos los elegidos.

La segunda cosa que la Sagrada Escritura nos revela en este pasaje, es que la bienaventurada Virgen, obediente á las órdenes de Dios, dice que está ella arraigada en el alma de todo el pueblo honesto, es decir, de todos los predestinados por Dios.

¡Felices, pues, mil veces los cristianos que han concebido á María en sus corazones por el amor, y la han hecho nacer en su alma por el ejercicio sólido de las virtudes! En esto, dicen los Padres y los teólogos, tienen ya una de las más importantes señales de su predestinación. La raíz no es una señal más cierta del germen que lleva en su seno y del fruto que ha de producir, como esta morada de María en el alma cristiana lo es de la eterna predestinación.

Mas pondera que para esto es necesario una devoción, no sólo aparente y superficial, sino sólida, y para serlo así hace falta que se halle bien arraigada en el alma. Esto quiere decir, que la verdadera devoción á la santísima Virgen debe tener las tres cualidades que tiene una raíz viva. 1.ª La raíz, para ser viva, debe estar oculta en la tierra, esto es, debe ligarse y adherirse á la tierra para sacar de ella el jugo y la virtud. 2.ª Debe ser firme y segura. 3.ª Debe ser fecunda.

Así debe ser también la verdadera devoción á la santísima Virgen, no debe concretarse á lo exterior. Es necesario que la sólida devoción á la santísima Virgen María sea interior y radique en el fondo del alma, de suerte que consista principalmente en un amor filial, en un deseo de servirla y de procurar su gloria, en una confianza amorosa en su protección, y en un deseo de imitarla en sus penas para participar de sus alegrías.

Además, esta devoción debe ser como la raíz, firme y constante, y no salir jamás del corazón; es necesario que el corazón del devoto se ligue y se adhiera de tal modo á la bienaventurada Virgen por sus fibras, es decir, por sus deseos y por sus piadosos afectos, que la unión sea recíproca; que María esté arraigada en el corazón de su devoto, y que el corazón del devoto esté arraigado en el de María, de modo que ni las tempestades de las tentaciones, ni las tormentas de las adversidades lo quebranten jamás.

Por último, es necesario que esta devoción sea fructuosa; de otro modo podría decirse lo que san Agustín, siguiendo á Santiago, dice de la fe, á saber: que sus obras son una raíz muerta. Si es viva, debe germinar y producir todas las virtudes de que la santísima Virgen ha dado tan extraordinarios ejemplos. Por esto la Iglesia aplica á nuestra Madre estas palabras: "He producido, como una viña profunda, un fruto de buen olor, esto es, de buen ejemplo, y las flores de un santo honor„, es decir, esperanzas de la gloria eterna. Pues estos frutos producirá en nuestras almas el nacimiento espiritual de la Virgen María si nos gloriamos de ser verdaderos devotos de nuestra santísima Madre.

PUNTO II

De la verdadera devoción á la Virgen santísima.

Considera que hay devociones á la Virgen santísima falsas las hay vanas y las hay imperfectas. La

falsa devoción nos engaña neciamente: la vana nos pierde y la imperfecta no nos justifica. Es devoción falsa á la Virgen santísima, honrarla y venerarla con los labios y ultrajarla con el corazón; pretender honrar á la Madre, cuando se ofende por el pecado al Hijo, y pedirle nos alcance gracias cuando abusamos de las que por su intercesión hemos logrado. Es devoción vana y presuntuosa creer que la Virgen santísima nos salvará sin que nosotros cooperemos á nuestra salvación. Aunque pudiera María más que el mismo Dios para salvarnos, es menester que contribuyamos nosotros mismos, porque el que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Es presunción dañosa servirse de la confianza que se tiene en la Virgen santísima para perseverar en el pecado, con la falsa esperanza de que ella nos alcanzará el perdón de su divino Hijo, porque esto es hacerla cómplice de nuestras maldades, y por consiguiente es ultrajarla. La devoción imperfecta es, reducir á algunas oraciones tibias é indevotas y á algunas ceremonias exteriores, el culto, que se da á la Virgen santísima. El ser perfectamente devoto suyo consiste en conocer, alabar é imitar sus virtudes. Toda otra devoción que no consistiere en esto, ni se encaminare á esto, es imperfecta. ¿Es así la tuya?

Dirás que un devoto de María no perecerá jamás: es verdad. Esta opinión está apoyada en el común sentir de los Padres, en la razón y en la experiencia; pero esto se entiende, del que verdaderamente sirve á María y es verdadero devoto suyo. ¿Puede, acaso, ser verdadero siervo de María, el que es voluntariamente esclavo del mundo y del demonio? ¿Puede ser verdadero hijo de María, el que es enemigo de su Hijo y no se quiere reconciliar con El? ¿Puede ser siervo de María, el que se deja dominar de los vicios á los que ella tiene horror? ¿Es ser siervo de María, romper insolentemente las leyes de su Hijo y pretender la protección de la Madre para librarse de las

penas que mereció por sus pecados? ¿Es ser siervo de María, llevar exteriormente su librea, ó sea su santo escapulario, teniendo interiormente un corazón totalmente opuesto al suyo y desobedecerla, desobedeciendo á su Hijo? María santísima quiere igualmente que su Hijo, la conversión y no la muerte del pecador. Si te opones á su deseo con tu obstinación, no te mirará ya como su siervo, sino como su enemigo; porque persistes en la obstinación de serlo de su Hijo.

Es verdad, que la devoción de María santísima es el refugio, y remedio de los mayores pecadores y que no deben desesperar por sus pecados, como tengan una justa y verdadera confianza en ella; y que esta devoción y esta confianza es, como una salvaguardia, que nos defiende de la indignación divina; pero si se abusa de esa devoción y se toma como salvaguardia y escudo para el mal y el pecado, la Virgen santísima tendrá que volver por su honra, que es la de su divino Hijo. Mira, pues, cuál es tu devoción á María, si es verdadera y sólida no temas, que María es Madre de pecadores contritos, pero si falsa, vana, presuntuosa y temeraria, teme y con razón, pues de nada te servirá creerte devoto de María, rezar un rosario, pertenecer á sus congregaciones, si tu corazón está lleno de pecados y nada haces por merecer la gracia y el perdón de Dios cambiando de vida. Pide á María nuestra Madre que te enseñe á ser hijo digno de su amor, y lo serás si en todo procuras darle gusto y en nada agraviarla ni ofender á su divino Hijo.

PUNTO III

Motivos de nuestra confianza en María santísima.

Considera y es el primero, que Jesús y María están tan unidos entre sí que no se les puede separar. No se puede honrar y amar al Hijo sin amar y honrar á la Madre; porque todo el mérito y gloria de la Madre

viene del Hijo, y toda la honra que á la Madre se hace, vuelve naturalmente al Hijo. La devoción, pues, que tenemos á María santísima, en lugar de apartar nuestro corazón le une más fuertemente á Jesús. La confianza que tenemos en la protección de María santísima no puede disminuir la que tenemos en el Hijo: al contrario, ésta la aumenta y la hace más justa y eficaz. María santísima, además, tiene tanto poder como su Hijo santísimo le ha concedido, y éste me le aplicará á mí, según lo que yo confiare en su patrocinio; pues siendo esto así, ¿en qué aprieto me podré hallar para que pierda la confianza en María? Siendo, como es, generosa y piadosísima, ¿puede dejar de aplicar su bondad á quien la sirve y ama? Jesús, que ama sumamente á María, ¿puede aborrecer á los que como buenos hijos la veneran? ¿Puede condenar á quien esta Señora querría que se salvase? ¿Cómo sufrirá Jesús que un corazón que estuviese encendido en amor de María santísima, ardiese eternamente en las llamas del infierno? ¿Puédese pensar esto sin dudar de lo que estima Jesús á María y de la piedad de esta gran reina para con sus devotos?

Por muy cargado, pues, que esté de pecados, no desesperaré jamás de la misericordia de Dios, mientras tuviere á la Madre de misericordia en mi favor y yo hiciera lo posible por salir de esos pecados y congraciarme, con mi arrepentimiento y buenas obras, la piedad de la Madre y el perdón del Hijo. Cuando mi corazón esté compungido de dolor, alegaré la misericordia de la Madre, contra la justicia del Hijo, y los ruegos de María santísima tendrán más fuerza para templar á Jesús que mis pecados para irritarle. Creeré mi salvación segura, cuando supiese ciertamente que es mi abogada María, porque si ella no me la alcanzara, sería, ó por falta de poder con su Hijo, ó por falta de piedad para conmigo. ¿Puédese dudar de lo uno ó de lo otro sin falta de respeto al Hijo ó á la Madre? ¿Es posible que no pueda

esto con su Hijo, María, á quien Jesús ha comunicado su omnipotencia, porque, como dice san Buenaventura, lo puede todo con su Hijo, y alcanza todo lo que pide á su Hijo? El que en sus Mandamientos puso que se obedeciese á los padres y á las madres, ¿sería el que quebrantase este precepto? Pues ¿cómo es posible imaginar que el Hijo menosprecie la intercesión de su Madre? Jesucristo, que paga con la vida eterna un vaso de agua que damos á un pobre por su amor, ¿puede dejar de obedecer á una Madre á quien debe todo lo que tiene en cuanto Hombre? ¿Y no sería faltar á este reconocimiento el negarle las gracias que le pide para sus verdaderos y buenos devotos? El poder de María, además, se debe medir por la dignidad de Madre de Dios, que logra, por lo que su Hijo santísimo la estima, por las grandes obligaciones que Cristo N. S. la tiene, por la calidad de mediadora de los hombres, con que la honra. Pues siendo esto así, ¿hasta dónde no llegará el poder de María, y hasta dónde no deberá llegar nuestra confianza en su amor y en su misericordia?

Considera, por último, que si á María no le falta el poder, tampoco le falta la misericordia. Es nuestra Madre: desde que fué Madre de Dios, es Madre de los hombres. Cuando su Hijo santísimo la dió por Madre á san Juan, la dió también á todos los hombres y desde entonces somos sus hijos por adopción. Y una madre, y esa la mejor de todas las madres, ¿puede dejar de querer á sus hijos? Es verdad que somos hijos miserables y pecadores; pero nuestras miserias aumentan su compasión y aumentan su amor y su ternura; porque es Madre de misericordia y refugio de pecadores. Hasta ahora, ninguno que verdaderamente se ha acogido á ella, ha sido desechado. Si se hallare uno á quien haya sucedido esto, dice san Bernardo, consiento en que ni honre, ni invoque á María; pero no se hallará jamás. Pues si ella no arroja de sí, ni desprecia á los más grandes peca-

dores, con tal que estén arrepentidos y contritos, ¿qué hará con los que fueren sus fieles devotos? ¡Ah! ¡Qué gran motivo de confianza para mí! María es Madre de Dios y es mi Madre: alcanza todo lo que pide á su Hijo. A mí me ama como una madre cariñosísima, pues ¿quién duda que sirviéndola yo fielmente y poniendo mi confianza en ella, en lugar de desesperar de mi salvación, debo vivir confiado en su intercesión y en su amor?

Coloquio.—¿Quién jamás, ¡oh benignísima Señora! os invocó que no hallase remedio en sus necesidades? Por eso todos los angustiados y afligidos acuden á Vos, porque sois nuestro refugio, nuestra esperanza y consuelo. Pues á todos acogeis, no sea yo desechado; pues para todos sois benigna, misericordiosa y suave, no sea yo sólo castigado como merezco por mis graves culpas, sino perdonado por vuestra santa intercesión. Mirad, ¡oh Reina del cielo y segura esperanza mía! que hoy es día de indulgencia y jubileo plenísimo, es día de gracias y mercedes, pues en él nacísteis al mundo, y tomasteis la quieta posesión de este reino vuestro, y todo lo criado se sujetó á vuestros piés. Levantadme y alentadme, para que mortificadas mis pasiones y crucificados mis viciosos apetitos, yo viva de Cristo, y en Cristo, y para Cristo vuestro dulcísimo Hijo, y estando con el cuerpo en la tierra, more con el corazón en el cielo, y merezca subir á donde Vos estáis.

Propósitos.—En todas tus acciones obra como corresponde á un buen hijo de María, sin hacer nada indigno de tal madre.

10 DE SEPTIEMBRE

Parábola del mercader que buscaba perlas.

Preludios.—Imagínate al mercader de la parábola buscando, con el afán con que buscan los avarientos el oro y las riquezas, perlas preciosas. Mira su alegría al encontrar aquella perla de tan subido valor; confúndete de que los munda-

nos sean más diligentes para los bienes de la tierra que tú para los del cielo, y pide á nuestro Señor saber conocer y apreciar el valor de tu alma y de tu eterna salvación.

PUNTO I

De cómo todos los hombres buscan en el mundo perlas preciosas.

Pondera cómo el oficio y empleo de todos los hombres en el mundo es buscar ricas perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque de diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan las perlas del arte y la ciencia humana por sólo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y humanas para vivir, como hombres de razón, en su república y comunidad. Pero el oficio y empleo del cristiano que pretende el reino de los cielos, debe ser buscar perlas de verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, pues que hacen al hombre bueno y precioso á los ojos de Dios. Y como las perlas se llaman en latín *uniones*, porque cada una es única en sus excelencias y singular entre las otras, así cada virtud es única y singular en alguna excelencia, aunque sin embargo de esta variedad, todas se unen con perfecta unión para enriquecer al que las halla, uniéndole con su Criador.

De aquí he de inferir que mi empleo principal, en esta vida, ha de ser buscar estas verdaderas y preciosas margaritas, persuadiéndome que, ya que soy mercader y tratante, no tengo de tratar en lo vil, apocado y poco ganancioso, y mucho menos exponerme á perder mi hacienda y mi vida. No ha de ser, pues, mi principal oficio buscar perlas de bienes temporales, porque éstas no me hacen bueno, ni bastan para entrar en el cielo, ni las he de tener por preciosas; antes debo hollarlas y despreciarlas de

corazón, puesto que son ocasión de soberbia mundana, de ambición, avaricia y de otros vicios. Ni tampoco mi principal intento ha de ser buscar perlas de ciencias humanas que hinchan y envanecen, y son cebo de curiosidad y vanidad, porque sin ellas puedo salvarme. Ni me tengo de contentar con buscar joyas de virtudes naturales, que muchas veces no son más que aparentes, porque resplandecen con obras exteriores delante de los hombres, ó son perlas falsas y contrahechas, como las de los hipócritas, que pretenden ser tenidos por buenos y virtuosos. Y si con éstas me contento, en la hora de la muerte me hallaré burlado, y, pensando que estoy rico, estaré muy pobre y miserable; sino principalmente tengo de buscar las margaritas preciosas de las verdades que Dios ha revelado, para entenderlas y creerlas con "viva fe, sin la cual es imposible agradar á Dios„, y perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, obediencia, paciencia, humildad, oración, religión y otras semejantes, con las cuales seré bueno y santo y entraré en el reino de los cielos; y esotros bienes temporales ó ciencias, puedo buscarlas en segundo lugar, en cuanto me pueden ayudar á mi perfección y santificación.

Pero, sobre todo, mi empleo ha de ser buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que como rocío bajó del cielo, y en las entrañas de la Virgen, por virtud del Espíritu Santo, se hizo hombre para honra y gloria de los hombres. Esta es la perla por excelencia buena, de quien procede toda la bondad, la cual he de procurar poseerla y tenerla siempre conmigo, y enriquecerme con los tesoros de sus gracias y virtudes.

PUNTO II

Cómo se buscan estas perlas preciosas.

Lo primero, se buscan con la oración, pidiendo á Dios que nos las descubra, no cesando de importu-

narle por ello, pues Él dijo: "Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán„.

Lo segundo, se buscan con la meditación del entendimiento, prevenido y ayudado de la divina ilustración, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas.

Lo tercero, se buscan con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiración, suspirando por estas riquezas celestiales y aplicando nuestro libre albedrío á que quiera buscarlas. Se buscan últimamente por los demás medios que Dios ha dejado para hallarlas, como son obras de penitencia, lección de buenos libros, frecuencia de sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo N. S. Y está allí para comunicarnos las demás perlas de las virtudes; esto es, para hacernos negociadores y hacer que consigamos nuestra eterna salvación que es, como dice san Pablo, "nuestro negocio„. Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas y se ponen á tantos peligros por obtenerlas, ¿cuánto más razón es que yo sea solicito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones y llamando con afectos y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? ¡Oh Salvador mío, hazme negociador diligente y codicioso, para que busque la perla de la divina sabiduría, con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometes que la hallaré si de esta manera la buscare.

Considera cómo "el mercader, en hallando una perla preciosa, vendió todo lo que tenía y la compró„.

Lo primero, se ha de ponderar que esta perla se llama una y preciosa, porque Cristo N. S. es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes son

muchas, todas están unidas y trabadas, como si fuesen una, con la caridad, que es vínculo y atadura de la perfección, y ella es la que une al hombre con Dios, y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen "un alma y un corazón„. Y así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como capitana á quien siguen las demás, y cogida ésta, es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las alcanza todas; porque, como dice el Apóstol, "la caridad todo lo cree, espera y sufre„, y en todas las cosas obedece.

Lo segundo, hallar esta perla preciosa es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad; la cual es tan grande, que arrebata el corazón del que la halla, el cual luego fácilmente vende, y da de mano á todas las cosas que le estorban el poseerla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas contrarias á ella, por comprarla y poseerla dentro de sí; y aun todo esto que da le parece poco, según aquello de los Cantares: "Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarlo ha como nada„.

En conformidad de esto, tengo de entrar dentro de mí mismo y examinar bien: Lo primero, si busco perlas fingidas y aparentes, llorando el tiempo que en esto he gastado y gasto. Lo segundo, si busco las perlas verdaderas con tanta tibieza que no las halle, por no poner los medios convenientes para ello. Lo tercero, si estoy resuelto á dar el precio que valen, que es la renunciación de todas las cosas que poseo, á lo menos con el afecto, mirando si hay en mi corazón algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma, porque la diminución de la codicia es aumento de la caridad.

PUNTO III

De otra perla más preciosa hallada por muy pocos.

Considera cómo esta perla, una y preciosa, de valor inestimable y buscada y hallada por muy pocos mercaderes, es la perfección evangélica que profesan los religiosos, á imitación de Cristo N. S.; la cual por excelencia se dice una, porque encierra con eminencia el cumplimiento de los dos preceptos del amor, "que son amar á Dios de todo corazón y fuerzas;„ y el otro, que llama Cristo semejante á éste, "que es amar al prójimo como á sí mismo„, ó como El nos amó. Y así como entre los hombres son de grande precio dos perlas del todo semejantes, así estas dos perlas de amor de Dios y del prójimo por Dios, que son semejantes y causan admirables uniones, son preciosísimas y muy estimadas de Dios y de sus ángeles. Pues en la religión se encuentran excelentemente, y con ellas se adornan como con joyas las dos virtudes del alma, que son la fe y la obediencia, acudiendo todos los religiosos á una en conformidad á todos los ejercicios de la religión, no por necesidad ni por fuerza, sino con obediencia de caridad y por amor; lo cual agrada tanto al celestial Esposo, que dijo: "Llagaste mi corazón, hermana y Esposa mia, con el uno de tus ojos„; esto es, con la unión que tienen tus justos; porque como los dos ojos del hombre son en todo semejantes y á una hacen sus obras, así los religiosos son semejantes en las costumbres, y á una acuden á sus obras religiosas. Finalmente, es tanta la preciosidad de esta perla, que cuando Dios la descubre al hombre con su ilustración, luego con grande gusto vende cuanto tiene, y deja el mundo y se sale de su tierra, y desapropiándose con afecto de todas sus cosas, las da por esta perla, para tomar estado de religión, en el que, si su vocación es verdadera, encuentra la paz del corazón, la alegría del

alma, abundancia de bienes celestiales, medios infinitos para santificarse, y una especie de cielo ó paraíso anticipado en donde el hombre ve á Dios en todas las cosas, y en todas sirve y agrada á Dios. Por eso dice san Lorenzo Justiniano, "de propósito no quiere nuestro Señor mostrar á todos la preciosidad de la vida religiosa, porque, si la viesen, todos querrían comprar esta perla y no habría quien quisiese vivir en el siglo."

Coloquio.—¡Oh Salvador del mundo, verdadero negociador de perlas, pues que bajaste del cielo á buscar las almas; perla preciosísima á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos! Pues viniste á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descúbremelas para que las busque, no con apariencia sola, sino con verdad, pretendiendo por ellas, no mi honra, deleite ó interés, sino agradarte y poseerte. Hazme buen mercader de bienes del alma, que venda todo lo terrenal y humano, fausto, riqueza, honra y placeres, por encontrarte y comprarte á Tí, que debes ser y serás en adelante para mí todo deleite y toda honra y toda riqueza, pues poseyéndote á Tí, lo poseo todo.

Propósitos.—Despreciar todo lo terreno y no poner tu corazón sino en las riquezas celestiales, que son las únicas dignas de llenar el corazón del hombre.

11 DE SEPTIEMBRE

Del infinito valor de la perla de nuestra alma y de la salvación.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Sobre el valor de nuestra alma.

Considera que la perla más preciosa que podemos adquirir, y para lo cual precisamente estamos en el

mundo, es nuestra alma. Para nosotros es de infinito valor, no sólo porque vale tanto como la sangre de Cristo y más que el mundo entero, sino porque si ganamos esta perla, lo ganamos todo, y si la perdemos, lo perdemos todo. Solo Dios, que formó y creó esta margarita preciosa conoce su valor: porque es la obra más digna de sus manos, la más excelsa y acabada y la que tiene más semejanza con su divina Majestad. Porque el alma es espiritual como Dios; inteligente é inmortal como Dios y la imagen más perfecta, aun en el orden natural, que Dios ha hecho de sí mismo. Por ser espiritual, el mundo entero por hermoso y perfecto que parezca, siendo, como es material, no puede igualarla en perfección ni entrar en comparación con ella, ni por consiguiente contentar ni llenar los deseos del alma. Por ser inmortal, todo lo que acaba, ó puede acabar, no puede constituir su dicha, es menester que el objeto de su felicidad sea inmortal, espiritual y eterno, y solo Dios lo es.

En segundo lugar, juzga del valor de nuestra alma por la estimación que Dios hace de ella; su juicio, sobre esto, debe regular el nuestro. Todo lo que hace Dios en el orden de la naturaleza y de la gracia, tiene relación con la salvación de las almas; todas las criaturas que ha producido no tienen otro fin; todos los cuidados de la providencia se dirigen á esto: *Omnia propter electos*, dice san Pablo. Enviar su Hijo al mundo; querer que se haga hombre y que después de treinta y tres años de trabajos de predicación y de milagros muera en una cruz, todo es por la salvación de las almas; parece que las prefiere á la vida de su Hijo, aunque era vida divina, pues quiere que la sacrifique para la salvación de los hombres. Su Hijo santísimo entra en todos los designios de su Padre, derrama voluntariamente toda su sangre para redimirlas, y cree adquirirlas á buen precio, aun á costa de su vida, pues se alegra de ello y quiere,

como se dice en otra parábola, que le demos la enhorabuena.

Considera, además, que si las almas son de tan gran valor en sí mismas, ¿qué serán después que han sido redimidas con la preciosa sangre de N. S. Jesucristo? ¡Qué valor tan infinito! Mira, por consiguiente, la opinión que Dios tiene del valor de tu alma y estímala tanto como ves que Dios la estima. Si la estimaras así, ¿arriesgarías todos los días el perderla por tan poca cosa? Dirías al demonio como dijo Judas á los judíos: "¿Qué me quieres dar y yo te entregaré mi alma y mi salvación?„ Dame este placer, esta honra ó esta conveniencia, que yo te daré mi alma. Pues ya que no estimas tu alma tanto como Dios la estima, estímala á lo menos tanto como la estima el demonio. ¡Por qué la consideras tan poco, cuando el infierno la mira como cosa tan preciosa! ¡Qué no hace, qué no da, ó á lo menos qué no promete, para ganártela y para condenarla! Y tú no quieres hacer nada, ni padecer nada, ni dar nada por salvarla, y eso que es tan tuya que eres tú mismo y en ella lo tienes todo. ¿Tienes por ventura menos interés en la salvación de tu alma, que tiene el demonio en su condenación?

Así, pues, cuando el demonio te tentare con lo halagüeño de algún deleite, ó con la esperanza de alguna conveniencia, dite á ti mismo: ¿Había yo de dar mi alma, que vale toda la sangre de un Dios, que vale una eternidad, por tan poca cosa? ¿Había yo de dar por un deleite de un momento una eternidad de bienandanza? No quiero comprar tan caro el arrepentirme y condenarme.

PUNTO II

Del valor de la salvación de nuestra alma.

Considera que el cuidado de nuestra salvación debe ser nuestro único anhelo, porque se trata de comprar la perla que más vale para nosotros. Los demás negocios deben estimarse como frivolidades en com-

paración de este único negocio nuestro, no como cosas importantes. Este es aquel único necesario de que habla el Salvador: "*Porro unum est necessarium*„ porque, fuera de eso, nada hay necesario en el mundo. No es preciso que tengas ni dinero, ni honores, ni este gusto, ni este lugar, ni este empleo, ni es necesario que seas sabio, ni ignorante, ni sano, ni enfermo, ni que vivas mucho ó poco: todo eso es indiferente: pero es forzoso, si no quieres ser eternamente desgraciado, el que te salves. Cuando ganases todos los bienes del mundo, si pierdes tu alma, no sólo no ganas nada, sino que lo has perdido todo. Cuando perdieses todos estos bienes y todos los del mundo, si fueran tuyos, si salvas tu alma, no sólo no has perdido nada, sino que lo has ganado todo. Esta ganancia repara todas las pérdidas; esto es lo único necesario, y no obstante, ¡parece un sueño! esto es lo único que tratas con negligencia y omisión. Todo lo demás lo solicitas con diligencia y actividad pasmosa, y sólo para cuidar de tu salvación no haces diligencia, ni aplicas tu talento y energía, ni te parece tienes tiempo. ¡Qué ceguedad!

Medita, además, que la salvación de nuestra alma debe ser nuestro único cuidado, por otra razón principalísima, porque no tenemos más que un alma, y por esto su pérdida es irreparable. Si la perdemos, lo perdemos todo. Todos los bienes y glorias son para ella; ella es quien los puede gozar. Si el alma se condena, no hay más bienes ni más gloria. No teniendo más que un alma, si se pierde, su pérdida es irreparable. Tengo dos brazos y dos ojos; si pierdo uno, el que queda puede suplir su falta y consolarme de la pérdida del otro; pero como no tengo sino una cabeza, si la pierdo, lo pierdo todo, porque pierdo la vida. Mi ambición podía hacerme comprar una corona á costa de un brazo, pero no á costa de mi cabeza: *Non emo capite coronam*, decía Tertuliano. No compraré una corona á costa de mi cabeza. Pues así, no teniendo

sino un alma, no debes comprar á su costa todas las honras y todos los bienes del mundo, porque el fin de todos ellos es el alma, y ¿de qué te servirán si la perdieses?

Sobre este principio está fundada aquella máxima del Salvador: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Ó ¿qué puede haber igual á ella?„ El alma, pues, según la opinión del Salvador, vale más que un mundo entero, y aún sería precio excesivo comprarle á esta costa; y ¿tú la arriesgas todos los días por el placer de un momento, por un falso honor, por un puñado de oro? ¡Qué locura! Ya lo conocerás bien á la hora de la muerte. Aunque hayas sido el hombre más grande, más rico y más dichoso de todo el mundo, si no has tenido cuidado de tu salvación, entonces te dirás á ti mismo: *¿Quid prodest?* ¿De qué me ha servido todo esto? Los condenados mismos confiesan esta verdad en el infierno: *¿Quid profuit nobis superbia?* ¿De qué nos sirvieron nuestras grandezas y opulencias? ¿De qué nuestros honores y placeres? Reconocen su locura, pero inútilmente, porque es ya tarde. ¿Por qué no aprendes á su costa y en cabeza ajena? ¿Esperas á desengañarte y arrepentirte cuando no tengas remedio?

Deduce, pues, de este punto, que pues el cuidado de nuestra salvación es sólo el negocio importante de tu vida, será perdonable la omisión en cualquiera otra cosa, pero no en lo que atañe á este negocio único, que debemos preferir á todas las otras cosas; nada nos importa sino lo que conduce á ésta, y, por consiguiente, nada debemos temer sino lo que la puede poner en peligro.

PUNTO III

Cómo se adquiere la perla preciosa de la salvación.

Considera que, según san Pablo, se compra esta piedra de infinito valor con el trabajo y el temor. "Trabajad, decía el Apóstol á los de Filipos, vuestra

salvación con temor y temblor„. Trabajad, porque se trata de un negocio cuyas consecuencias son tan importantes, las dificultades tantas, tan grandes los peligros y tan sinnúmero y tan grandes los esfuerzos que hay que hacer para vencerlos. Trabajad, porque son los peligros tan ciertos. que es menester una vigilancia y precaución continua para librarse de ellos. Y por ser el éxito tan dudoso, es menester tomar todas las medidas para asegurarse bien; la principal es el santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, de que rogaba á Dios el profeta le penetrase, porque el santo temor de Dios es el que nos puede asegurar en negocio de esta importancia.

Tenemos, dice el Apóstol, un tesoro preciosísimo en vasos muy quebradizos. Este tesoro es nuestra alma, cuando está en gracia de Dios, y es bien precioso, pues vale la sangre de Dios; pero aunque sea muy precioso, le llevamos en vaso muy quebradizo, y este vaso es nuestro cuerpo. Si un hombre llevase un licor sumamente precioso del cual dependiese la conservación de su vida, en un vaso de vidrio muy frágil, y hallándose este hombre sumamente débil le obligasen á caminar en una noche muy obscura por un camino muy áspero y difícil y muy lleno de precipicios, ¿con qué temor y precaución andaría, sabiendo que no era menester más que dar un mal paso para tropezar y caer y perderlo todo? Esta es una sencilla imagen del estado en que nos encontramos; pues si estamos en el mismo estado ¿no debemos tener el mismo temor y tomar las mismas precauciones? ¿Si alguno estuviere con tranquila seguridad en este espantoso peligro, ¿no será un temerario?

Nuestra salvación depende de Dios y de nosotros; si no dependiese más que de Dios, estaría en buenas manos, podríamos estar sin zozobra. Pero ¡ay! que para desgracia nuestra depende también de nosotros, y no puede haber peores manos que las nuestras.

Una voluntad débil, un espíritu ciego, un corazón corrompido que tiene grande inclinación al mal y grande repugnancia al bien, no ayudan, sino que al contrario, dificultan nuestra salvación; ya ves si tienes motivos bastantes para trabajar, y para velar y orar, como te lo encarga el divino Maestro.

Coloquio. – Confieso, Dios mío, que mi corazón está muy apegado y asido á las criaturas con amor desordenado. Confieso que voy erradísimo en el camino de la vida, que no doy á las cosas el valor que tienen, que vivo olvidado de mí, de mi alma y de mi salvación, y que si Tú, Dios y Señor mío, no vienes en mi auxilio, me pierdo miserablemente para siempre jamás. Abreme los ojos para que conozca la brevedad de la vida, el valor de mi alma y de mi salvación; sostén, con tu poder, mi flaqueza; ilustra con tu luz mi ceguedad, y dame fuerza para que, venciéndome á mí, te ame sobre todas las cosas á Ti, que eres mi salvación y el descanso y la felicidad de mi alma.

Propósitos.—Sea tu constante meditación aquella sentencia del Salvador: "¿De qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

12 DE SEPTIEMBRE

Parábola del Pastor que buscó la oveja perdida.

Preludios.—Imagínate á nuestro Redentor Jesús en la hermosísima figura del Buen Pastor con que se muestra en esta parábola, y pídele ser siempre de su rebaño, y que si por desgracia tuya te perdieres, que te busque con su infinita caridad hasta encontrarte.

PUNTO I

Del Pastor divino de las almas.

Considera el misterio de amor encerrado en esta divina parábola. Porque ¿qué ha podido obligar al divino Pastor á abandonar su cielo para buscar la pobre ovejuela de mi alma, sino la bondad infinita de

su corazón? Para ello advierte que dos pueden ser los motivos para buscar un objeto perdido. La necesidad y el amor. Buscamos lo que nos falta ó lo que amamos; buscamos ó para recibir ó para dar. Porque hay dos suertes de amor, un amor de pobreza y un amor de abundancia; el primero nos hace salir fuera de nosotros para encontrar lo que nos falta, y el segundo para hacer participar á otros de la abundancia de nuestros bienes. Ahora bien, es evidente que no la necesidad, sino su purísima caridad, es la que obligó al Hijo de Dios á salir del cielo para venir á la tierra. Un acto de bondad le hizo salir en cierto modo fuera de sí para crearnos y otro acto de mayor bondad le hizo bajar á la tierra para redimirnos.

Considera, pues, viniendo á la parábola, quién es este Pastor, qué ovejas sean éstas, cuál es la que se pierde y cómo la busca y halla su Pastor. El Pastor divino es Jesucristo que bajó del cielo para ser pastor de los hombres, el cual, con grande vigilancia rige sus ovejas y las conoce muy bien, y las señala con la señal de su gracia y caridad, va delante de ellas, dándoles ejemplo de santa vida y pasto escogido de doctrina y sacramentos, y es tan grande el amor que les tiene, que El mismo las apacienta con su propio cuerpo y sangre, cubierto con especies de pan y vino. Y finalmente, por su bien dió su propia vida.

Las cien ovejas en general, son todos los fieles, pero más en particular los justos. Estas ovejas, mientras están debajo de la sujeción de su Pastor, conócenle muy bien por la fe y contemplación; oyen su voz, siguen sus pasos, reciben el pasto de la doctrina celestial y sacramentos, gozándose de ser apacentadas con tan divinos pastos. Danle toda su lana, ofreciendo su hacienda á su servicio; danle todos los afectos de su corazón y los regalos de su cuerpo; danle sus corderos, ofreciendo sus obras para gloria suya, y si es menester, le darán su propia carne y

sangre y su vida, perdiéndola por su amor. De suerte que como el Pastor se da todo á ellas, así ellas se dan todas á su Pastor.

Considera después, que la oveja que se pierde es el pecador que se sale de la congregación de los justos, y de la sujeción y obediencia de su Pastor, no por falta del Pastor, sino por su dañada libertad, porque el Pastor ninguna oveja quiere detener en su rebaño contra su voluntad. Mas ¿por qué se sale y se pierde? Porque falta en las propiedades de leal y fiel oveja; es á saber: porque no conoce á su Pastor, ni los bienes que tiene en El, ni hace estima de lo que es estar debajo de su protección y en compañía de los justos. Siente mucho seguir los pasos del Pastor, que son escabrosos, de cruz y mortificación. Tiene hastío del pasto de doctrina y sacramentos, y gusta de los pastos del mundo y de la carne; y finalmente, quiere para sí la lana, la leche y los corderos, ordenando la hacienda, dignidades, oficios y todas sus obras, para su honra y provecho, amándose á sí mismo y rehusando dar á Dios lo que es suyo. Por estas causas, ó algunas de ellas, se sale del rebaño, y se pone á peligro de condenación eterna, dando en las bocas de los lobos infernales, que andan rabiando por despedazarla y tragarla. ¡Oh desdichada oveja, si la desamparase del todo su Pastor! ¡Oh miserable de mí, que tanto tiempo he vivido como oveja descarriada, siguiendo mis antojos y haciendo mi voluntad contra la de Dios! ¡Oh, qué de ovejas andan de esta manera por el mundo, siguiendo cada una su camino, cuyo paradero es el infierno! ¡Oh Pastor piadosísimo, llamadlas con el silbo de vuestra inspiración, y abridles los ojos interiores para que vean su yerro antes que se pase el tiempo del remedio!

Pondera la infinita caridad del Pastor que dejando las noventa y nueve ovejas á buen recaudo en el desierto, viene á buscar la oveja perdida y no descansa hasta hallarla. Así el divino Pastor bajó del cielo

á la tierra á buscar los pecadores, y en este ejercicio gastó los tres años postreros de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta recibir la muerte con terribles tormentos; y aunque es verdad que murió por todas las cien ovejas, porque en virtud de su muerte reciben todos los hombres cualquier bien sobrenatural que se les concede; pero con mayores ansias buscaba las ovejas, que en su tiempo estaban perdidas, no cesando de poner medios para hallarlas y traerlas á su redil.

También tengo de ponderar, el modo cómo ahora busca Cristo N. S. la oveja perdida hasta hallarla, cómo viene en su busca con inspiraciones é ilustraciones del cielo, ya con toques interiores al corazón, ya mueve las lenguas de los predicadores, para que le hablen y persuadan la penitencia, ya le habla por medio de los libros devotos, ó de los buenos ejemplos, ó de los castigos que pasan por otros. Mil medios intenta para buscarla, sin descansar hasta hallarla. Pues cuando yo sintiere algunas de estas inspiraciones en mi alma, tengo de imaginar que Cristo N. S. viene á buscarme; y reconociendo su divina presencia, tengo de obedecer á cuanto me mandare, para volverme con El al rebaño de donde salí.

PUNTO II

De cómo el buen Pastor, hallada la oveja perdida, pónela sobre los hombros, y la trae á su redil.

Considérese que algunas ovejas se pierden, y aunque Cristo las busca, no las halla. ¡Oh Pastor dulcísimo, no te canses de buscarme, por más que yo huya y me esconda, ni ceses de llamarme por más que te resista y contradiga! Compadécete de mi peligro y multiplica los auxilios hasta que me halles y me vuelvas al rebaño de tus escogidos, con los cuales goce de Ti para siempre.

Pondera la inmensa caridad de este divino Pastor,

el cual en topando con la oveja, no le dió con el cayado, ni la lleva arrastrando, sino la carga sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño. Eso significa que Jesús trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no los lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos como á esclavos, sino de su voluntad, mudada y trocada por la gracia: no les deja ir por sólo su pie, porque ellas á sus solas no pueden dar paso en el camino del cielo. El les sirve de ojos, dándoles luz de fe y sabiduría celestial, sírveles de pies, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina. Sírveles de manos, ayudándolos en todas las buenas obras; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga las deudas de sus pecados, aplicando sus satisfacciones y merecimientos por ellos. ¡Oh Pastor amorosísimo! ¿Qué te daré por tales favores y regalos como me haces? ¿Cómo no te serviré de buena gana, y llevaré tu yugo y carga sobre mis hombros, pues Tú me llevas sobre los tuyos? Con mucha razón dices "que tu yugo es suave y tu carga es ligera,„ pues así me ayudas á llevarla. Yo la llevaré con grande gozo por tu amor, pues llevándome Tú á mí, llevas también la carga que has puesto sobre mí.

Ponderaré, por último, á cuánto llega la caridad de nuestro Pastor soberano: pues no sólo se goza de buscar y llamar á estas ovejas extraviadas, sino que convida á todos los ángeles del cielo, y á los justos de la tierra, á todos los moradores de su casa y de su Iglesia triunfante y militante, para que se gocen y le den el parabién de haber hallado á la oveja perdida. ¡Oh Padre amantísimo, este parabién á la oveja se había de dar, porque á ella le importa el ser hallada; pero ¿queréis que os demos el parabién, porque la oveja es vuestra y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla? Yo, Señor, os doy el parabién de

los pecadores, que con vuestra gracia habéis sacado de pecado y me gozo del gozo que por ello tenéis: ojalá todos los que ahora hay en el mundo se convirtiesen, para que pudiese daros mil parabienes y gozarme del gozo que recibís con su conversión.

PUNTO III

Del gozo que hay en el cielo por un pecador que se convierte.

Considera la conclusión de esta parábola que es dulcísima y consoladora. Dice que así como un padre que tiene muchos hijos, sanos y dichosos, si uno de ellos cae enfermo de muerte ó en una grande adversidad, cuando sale de aquel peligro recibe un gozo nuevo actual y grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros; así cuando un pecador se convierte, los ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversión, diferente del que tienen por los demás justos, que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos.

De donde se ha de sacar, lo primero, que es voluntad de Cristo N. S. que nos holguemos de la conversión de los pecadores y trabajemos por ella, y no sólo no murmuremos, como los fariseos, del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversión, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha.

Lo segundo, que si yo fuere oveja perdida, procure reducirme al rebaño de Cristo, siquiera por darle esta materia de gozo, y por alegrar á los ángeles del cielo. Y si Dios me ha hecho merced de ponerme en gracia suya, procuraré no perderla, porque como la conversión del pecador alegra á los ángeles y entristece á los demonios, así la caída del justo alegra á los demonios, y cuanto es de su parte entristece á

los ángeles de la paz, que llorarían nuestra perdición amargamente si fueran capaces de lágrimas y amarguras.

Coloquio. — ¡Oh Pastor soberano, cuán caras te cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Tú perdías? Mas tu caridad, Dios mío, causa todo esto; y porque á ellas importa estar debajo de tu gobierno, dices que te importa traerlas á tu rebaño, "y á mí me importa recogerlas." Recógelas, Señor, y tráelas á tu obediencia, para que como es uno y muy perfecto el Pastor, así sea uno y muy cumplido su rebaño. ¡Oh, ángeles de la paz, suplicad al supremo Pastor, Príncipe de los pastores, me dé su santo amor, y en él me conserve! Y si por mi desventura lo perdiere, me ayude luego á recobrarle, para que mi conversión sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía.

Propósitos.—No te separes nunca de tu pastor y prelado en la doctrina y en las obras, si no quieres correr el riesgo de caer en las garras del lobo infernal.

13 DE SEPTIEMBRE

De la bondad y amor de Jesús para con los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la misericordia de Jesús en buscar al pecador.

Considera con cuánta razón nos debemos admirar de que Dios, no solamente quiera pensar en el hombre, sino de que quiera bajar á buscarle, así como el Pastor de la parábola busca la oveja perdida. Pero debe causar mucha mayor admiración el considerar el modo cómo busca al pecador. Porque primeramente, Dios es el primero que busca al hombre, aunque sea El el ofendido. El Evangelio, que manda con tan-

to rigor el amor de los enemigos, no llega á tanto. Sólo un Dios infinitamente misericordioso lo puede hacer así. Porque en efecto, Dios da los primeros pasos para buscar al pecador; porque si El no los diera, la infelicidad nuestra sería sin remedio; nosotros podemos alejarnos de Dios por el pecado, pero no podemos por nosotros mismos dar el más mínimo paso para volver á Dios. Es menester que Dios haga toda la costa; el pecador no puede volverse á Dios; es menester que El mismo dé á quien es por el pecado su enemigo, aliento y gracia para desagraviarle. Es menester que Dios solicite al pecador para que le pida perdón, y para que se ponga en estado de recibirle. ¿Quién vió jamás que un juez rogase al delincuente para que recibiese el perdón? Pues esto es lo que Dios hace cuando nos convida á la penitencia. ¿Y quién oyó jamás que un culpado se niegue á recibir la gracia del perdón? Pues esto es lo que haces cuando rehusas hacer penitencia y convertirte á Dios.

En segundo lugar, Dios busca al pecador como el Pastor á la oveja perdida, con ansia y solicitud, y eso que no tiene necesidad de él. Aun cuando todos nosotros estuviésemos en el infierno, no sería Dios ni menos grande ni menos dichoso de lo que es; y no obstante, al ver el afán con que Dios busca al pecador, diríamos que su dicha ó bienaventuranza dependía de su amistad con el hombre. Toda la solicitud del amante más apasionado, todas las inquietudes de la madre más tierna, no llegan al ansia que Jesucristo manifiesta cuando busca á un alma infiel, ni á la inquietud que tiene por habérsele descarriado ó perdido. La parábola del buen Pastor, y el ansia con que busca la oveja perdida; el ardor y la congoja de la mujer del Evangelio, que había perdido la dracma; las señales de excesiva alegría del uno, por haber hallado la oveja, y de la otra, por haber recobrado la dracma, no son sino representaciones imperfectas, del afán de nuestro Salvador en buscar

un alma infiel, y de su alegría por haberla hallado. Pero todo esto será terrible acusación contra tu indiferencia á vista de tanta bondad, y quizá de la resistencia que hayas hecho al divino Pastor para no volver al redil.

Por último, Dios busca al pecador valiéndose de trazas maravillosas, como si todo el interés y el bien fueran para Dios, y no para nosotros. Elige el tiempo más oportuno, estudia su humor, se acomoda á sus inclinaciones y deseos, se sirve aun de sus mismas flaquezas. En el Evangelio habla sólo de pesca á los pescadores, de comercio y tesoros á los interesados, de guerra y de reinos á los ambiciosos, y de amor y de ternura á un corazón tierno, como el de Magdalena. Aquel, dice san Crisólogo, que lo crió todo y se hizo todas las cosas por ti, aunque es inmutable, parece que se muda para mudarte á ti, y toma todo género de semejanzas para hallar alguna que sea propia para entrar en tu corazón. Atrae las almas interesadas con la esperanza de los premios, á las tímidas con el temor y á las más generosas con el reconocimiento. Repasa tu vida toda, y hallarás muchas acciones de Dios de admirable condescendencia hacia ti, y de una providencia especial para salvarte. ¡Qué obligación tienes tan grande de corresponderle!

PUNTO II

De la bondad y amor de Jesús para con los pecadores.

Considera que no hay afecto más tierno y dulce en el Corazón de Jesús, que el de su amor y bondad para con los pecadores. La parábola del buen Pastor es la prueba más consoladora. Pues, tampoco hay en su divino Corazón atributo que debamos amar más, porque no hay ninguno tan necesario para las miserias de los hombres. Pero entre todos los efectos del amor y bondad de Jesús, al que debemos estar más agradecidos, es á la paciencia con que sufre al peca-

dor y con que lo aguarda y lo busca pintándose á sí mismo en el Pastor que busca la oveja perdida. ¿Qué sería ya de nosotros sin la infinita bondad del Corazón de Dios? Para admirar más este divino atributo del eterno Pastor de nuestras almas, considéralo en todos sus grados.

Primeramente, Dios N. S. disimula con nosotros, con nuestras miserias y pecados á la manera del padre cariñoso que disimula con su hijo para no verse obligado á castigarlo. "Tú, Señor, tienes piedad de todos, dice el Sabio, porque puedes todas las cosas, y disimulas los pecados de los hombres para darles tiempo de hacer penitencia.„ ¡Qué cosa tan admirable! Dios lo sabe todo, lo puede todo, y sin embargo, disimula con el pobre pecador. Los hombres disimulan, ó por ignorancia, porque no conocen lo grave del mal, ó por flaqueza, porque no pueden castigarle ó impedirle. Todo esto es fácil á Dios y con todo disimula. ¡Oh exceso de amor y de bondad! El segundo grado, de amor y de bondad de Jesús, es que no solamente disimula el pecado, pero algunas veces le disculpa para atarse las manos y no castigarlo: ¡qué condescendencia en Dios que aborrece al pecado infinitamente! "Yo no castigaré más, dice el Señor, al mundo con el rigor con que lo hice en el diluvio; porque aunque su malicia es muy grande, su inclinación natural para el mal y su flaqueza no son menores.„ ¿Hubo jamás mayor pecado, ni menos disculpable, que el deicidio de los judíos? Pues no obstante el Salvador halló modo de disculparlos: "Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen.„

El tercer grado de la bondad consiste en que cuando Dios no puede ni disimular ni disculpar el pecado, hace brillar su paciencia en sufrir y esperar al pecador, suspendiendo, en cierto modo, todos los efectos de aquella santidad increada que tiene oposición infinita con el mal. Porque suspende y detiene los efectos de su justicia, que le solicita continuamen-

te á la venganza, y los del celo infinito que tiene por su gloria, que le insta á condenar á los que la desprecian tan indignamente. Sólo la bondad de Dios detiene los efectos de todos sus atributos, para librar al pecador de los castigos y penas que tan justamente mereció. El cuarto grado de la bondad de Dios consiste en que, cuando después de haber mucho tiempo, y sin efecto alguno, esperado al pecador, se ve obligado Dios N. S. á pensar en alguna venganza, su bondad le hace antes amenazar haciendo mucho ruido para espantar al pecador y obligarle así á prevenir los efectos de su enojo, librándose de la necesidad de castigarle. Por esta razón amenazó á los ninivitas de su cercana ruina por medio de Jonás, cuarenta días antes para que se librasen de ella convirtiéndose á Dios. Cuarenta días de amenazas convirtieron á los de Nínive; muchos años ha que Dios te amenaza y no te convierte.

El quinto grado de la bondad y amor de Dios hace que, cuando el pecador es tan insensato que no le mueven las amenazas, y por consiguiente, no solicita librarse del castigo por el arrepentimiento, busca Dios almas justas que se interpongan entre el pecador y su divina Majestad, como un padre que ama con exceso á su hijo y que se ve obligado á corregirle, da muchas voces, para que vengan los amigos suyos á quitarle el azote de la mano. Dios comunica á Abraham la idea que tiene de destruir las ciudades infames de Sodoma y Gomorra, para que le pidiese el perdón de estos miserables y suspender los efectos de su indignación: por eso Abraham, que conoció bien la voluntad de Dios, la ejecuta luego y consigue que Dios le dé palabra de que, si se hallasen diez justos en estas ciudades, perdonaría á todos los otros por su consideración. El sexto grado de bondad es, que cuando se ve Dios N. S. obligado contra su inclinación á castigar, parece que El mismo sufre el mal que quiere hacer, según lo mucho que lo siente su co-

razón divino. Tocado Dios, dice la Sagrada Escritura, de un vivo dolor, exclamó: "Me veré obligado á destruir al hombre que crié." Y por último, es opinión común de los teólogos, que siempre, y aun en el infierno, Dios castiga á los culpados menos de lo que merecen. Si una misericordia tan grande no nos mueve, somos muy insensibles. Si la paciencia de Dios llega á cansarse, deberemos temerla más que su justicia.

PUNTO III

De los afectos de amor y de confianza, frutos de esta divina parábola.

Considera que á la vista de un Dios que no contento con buscar al pecador, le obliga á volver al redil, como el pastor trae á la oveja descarriada, dos afectos deben brotar en nuestra alma. Uno, de amor á quien tanto nos ama, que por una oveja, esto es, por mí, hace lo que haría por todo el rebaño; otro, de confianza en quien tanto se afana por salvarme. A tanto amor debemos corresponder amando: á tantos afanes exclusivos de un Dios que dé su sangre por nosotros, correspondamos con confianza de buenos y verdaderos hijos. Para amar á Jesucristo piensa que este amor es nuestra dicha en la vida. Si Jesús nació para nosotros, nosotros debemos vivir para él; todo otro objeto puede sólo embelesar nuestro corazón; pero este solo amor puede llenarle. ¿Qué puede haber más dulce que amar y amar un objeto infinitamente amable; que poseer este objeto que encierra todos los bienes y que es la suprema gloria de los santos en el cielo, y poseerle con seguridad de que nada puede quitárnosle, y con la esperanza cierta de poseerle algún día más perfectamente. ¿No es un cielo en la tierra? Pues esta ventaja nos asegura el amor de Jesucristo, cuando es verdadero.

Además, el amor de Jesucristo es la prenda más segura de nuestra dicha futura y la señal más in-

falible de nuestra predestinación. La misericordia con los pobres, la devoción con la Virgen santísima, son señales muy seguras de la predestinación, pero no son del todo infalibles; mas es imposible tener un amor sincero á Jesucristo y no ser predestinado. El ángel exterminador que en las casas de los egipcios quitó la vida á todos sus primogénitos, no tocó las casas que estaban señaladas con la sangre del Cordero, que era figura de Jesucristo.

El amor de Jesús es, además, no solamente señal infalible de nuestra predestinación, sino que es su causa más cierta y eficaz. La predestinación es la distinción que Dios hace de los justos, separándolos de la masa de perdición, por el amor que les tiene, y á quién tiene este amor, sino á aquellos que aman con particularidad á su Hijo? El Padre le ama con un amor infinito, y así, ó no ama nada, sino á su Hijo, ó lo ama todo por respeto á su Hijo. Si amo mucho á Jesucristo, el Padre Eterno me ama mucho, y en virtud de este amor me predestina; si no le amo, el Padre Eterno no me ama, y por consiguiente no soy de los elegidos. Y ¿qué es un réprobo? Es un infeliz que no ama ni puede amar á Jesucristo.

El segundo afecto es, la confianza en el amoroso Pastor de nuestras almas. Los méritos de Jesucristo, del mismo modo que sus satisfacciones, son infinitos y superabundantes: ¡qué gran motivo de confianza para mí! Como el pecado tiene una malicia en algún modo infinita, porque ofende á una Majestad infinita, solo una Persona divina podía satisfacer dignamente por él y ofrecer una reparación igual á la ofensa. Siendo Jesucristo Dios, podía satisfacer por todos los pecados del mundo, con el más mínimo movimiento de su Corazón, y no obstante, ha querido padecer y derramar su sangre toda, hasta morir en una cruz. Y así, no sólo esta reparación es igual á la ofensa, sino que la excede con superabundancia; porque absolutamente hablando, la ofensa es finita, y la sa-

tisfacción verdaderamente infinita: es no sólo suficiente, sino superabundante, á fin de que, como dice el Apóstol: "adonde abundó el pecado, sobreabundase la gracia."

Puedes, pues, decirte á ti mismo: Los méritos y satisfacción de Jesucristo, son míos. ¡Qué gran motivo de confianza para mí! Los méritos y la satisfacción de Jesucristo son nuestros, en efecto, porque es nuestra cabeza y porque verdaderamente estamos unidos á El; y así como por la calidad de cabeza nuestra participó de todas nuestras miserias, asimismo nos comunica Él todos sus bienes. *Omnia, vestra sunt*. Además, como El no necesita merecer ni satisfacer por sí, nos ha traspasado su satisfacción y méritos y el Padre Eterno aceptó esta donación, porque los méritos de Jesucristo se hacen propiamente nuestros por la unión que tenemos con Él, y porque son infinitos.

Aplícate, pues, por el amor, la confianza y las buenas obras, los méritos de Cristo; ama á quien tanto te amó y sé oveja fiel del redil del divino Pastor de las almas, Cristo-Jesús.

Coloquio.—¡Oh piadosísimo y bondadosísimo Pastor de mi alma! ¡Oh Jesús, todo amor y dulzura para con los pecadores! Yo te alabo y bendigo millones de veces por esa vigilancia con que me cuidas, por la solicitud con que me buscas y por el amor con que me vuelves al dulce redil de tu corazón. Yo á mi vez, Señor, deseo amarte y ser sólo ya tuyo. En Ti sólo pongo ya mi confianza, seguro por tu misericordia de que no me abandonaras al lobo infernal que quiere devorarme. Quiero ser tuyo, y si es preciso, dar la sangre por ti, ya que tú, Pastor divino, diste la tuya por mi amor.

Propósitos.—Por miserable ó pecador que seas, no pierdas el ánimo, pues tienes en los méritos y satisfacción de Jesucristo un remedio á todas tus miserias.

14 DE SEPTIEMBRE.

Festividad de la exaltación de la Santa Cruz.

Preludios.—**Mira á la cruz del Redentor dominando desde el Calvario á todo el mundo. Pide gran amor á las tribulaciones y cruces que el Señor te envíe.**

PUNTO I

La cruz es la bandera de los predestinados.

Considera que á todos aquellos á quienes Dios ha predestinado para sí, los ha llamado antes á cobijarse y á luchar bajo la bandera de la cruz. No hay bandera ni más gloriosa, ni más sublime, ni más vencedora, ni más necesaria, pues en la cruz padeció Jesucristo por nosotros para darnos ejemplo y obligarnos á seguirle á la lucha y caminar sobre sus huellas. La vocación, pues, del hombre en este punto es, en cierto modo, doble, según enseñan los teólogos, porque primeramente somos llamados por Dios á los sufrimientos y después á la gloria; á aquéllos como medio necesario y á ésta como fin.

Medita luego cómo por la virtud de la cruz ha reunido Jesucristo á todos los elegidos que estaban esparcidos por toda la tierra, según lo predijo el profeta Isaías muchos siglos antes. "El levantará el estandarte para todas las naciones del mundo, reunirá a los fugitivos de Israel y congregará desde las cuatro partes del mundo á los de Judá que estaban dispersos por todo el mundo„. ¿Y cuál es este victorioso estandarte que debe reunir á todos los pueblos bajo el imperio de Jesucristo, sino la cruz, cuya figura como dice san Jerónimo, representa á las cuatro partes del mundo? Por eso, pues, todos los predestinados se han agrupado bajo este árbol de vida que estaba en el centro del paraíso. Bajo la bandera de la cruz debes tú alistarte y caminar á la conquista del cielo.

A ello te obliga también lo peligroso del camino que tienes que recorrer, lleno todo él de enemigos invisibles que te arman diariamente cien lazos para sorprenderte y hacerte su prisionero. Pues mira que la cruz es la única bandera que te protegerá para salir victorioso de ellos. Por esta causa aconsejaba san Cirilo á los cristianos que comenzaran todas sus obras y se armasen contra todas las tentaciones con la señal de la santa cruz, pues no hay más segura salvaguardia, ni más firme baluarte contra los ataques de nuestros enemigos. Por eso ninguno de los santos, experimentados en las luchas de esta milicia espiritual, fueron jamás al combate sin ser guiados por esa señal victoriosa, porque todos ellos sabían que quien se halla armado con la cruz, ni siente temor durante la batalla, ni duda de la victoria. Imítalos tú, y ten la seguridad de que todos los espíritus infernales que te asedien huirán ante la cruz poseídos del mayor temor.

El emperador León advertía que los soldados cristianos, cuando iban al combate, acostumbraban á gritar: "Victoria por la cruz„, y en el quinto concilio de Constantinopla, la aclamación común de los Padres que á él asistieron, después de la condenación de los herejes, era esta: "¡La cruz ha vencido!„ ¿Qué extraño es, si por ella Jesucristo venció también al mundo y al infierno? Ese mismo debe ser el pensamiento que te domine en todas las tentaciones y dificultades que te salgan al paso, pues el recuerdo de la cruz de Cristo te llenará seguramente de esperanza. Ella ha dado la victoria á los mártires sobre los tiranos; ha arrancado á los pecadores de la esclavitud del demonio; por ella los publicanos se han convertido en penitentes primero y luego en bienaventurados, y con ella participarás de su triunfo, si tienes valor para imitarlos. Armate, pues, de la cruz en todas tus peleas contra los enemigos visibles é invisibles; acude á ella, piensa en El que por ella venció al mundo, y

con la gracia divina tú saldrás vencedor del mundo, del demonio y de la carne y en ti será exaltada la cruz, como hoy lo fué en toda la Iglesia de Dios.

PUNTO II

Hay que recibir la cruz que el Señor nos manda con fe viva, respeto y agradecimiento.

Considera que las penas, las tribulaciones y toda suerte de trabajos, astillas y recuerdos de la cruz de Cristo N. S., á primera vista, espantan y turban á la naturaleza humana, porque, como ésta obra sólo por instinto y no se guía por la luz de la razón ni menos por la fe, se ocupa sólo en buscar el bien sensible que le es propio y natural y sin elevarse á fines más altos y celestiales, y por una consecuencia necesaria, rechaza con horror el mal sensible que le es contrario. De aquí has de deducir cuán importante es que así que la cruz se te presente en forma de pena, de tribulación ó de enfermedad ó de cualquier trabajo, abras los ojos de la fe y la mires como un efecto de la amorosa providencia de Dios, sin cuya permisión ó voluntad no nos puede sobrevenir ningún mal. El amor propio protestará contra cuanto signifique mortificación y trabajo, pero no debes hacerle caso; la naturaleza rechazará la cruz con terror, pero es necesario que la fe viva la sostenga y reanime; la razón tratará de librarse del dolor, pero es necesario que la sometas á la fe viva y purísima, diciéndole con Jesucristo en el huerto: ¿No queréis que beba el cáliz que me ha dado mi Padre? Si es Padre, todo lo hará por mi bien y santificación.

Es necesario también que recibas la cruz de manos de Dios con respeto y veneración, tanto por la que debemos á todo cuanto de El procede, cuanto por la unión y conformidad que nuestros sufrimientos deben tener con los de Jesucristo, de quienes somos miembros vivos por su gracia.

Considera, además, la obligación en que te hallas

de respetar á la Majestad divina en todo lugar, pero muy especialmente en aquellos en que más se ha manifestado su amor para con los hombres, ó que principalmente le están consagrados, ó que se digna señalar con pruebas más vivas de su presencia para ser en ellos honrado. ¿Y qué lugar hay sobre la tierra donde Dios se complazca más, donde esté más presente y más honrado que en la cruz que te envía por tu bien y santificación? Allí está Dios animándote á pelear y gozándose en tu valor y en tus victorias. Este respeto y honor que debes á la cruz, ha de ir acompañado de un amoroso agradecimiento por el bien y honra que te hace al querer sacar su gloria de tus sufrimientos y purificarte por ese medio de todas las manchas que afean la hermosura de tu alma y darte ocasión de merecer el cielo.

Si fueras fervoroso, verías que Dios no te puede hacer regalo más tierno ni más divino que la cruz, ni hay cosa por la que debas dar más gracias á nuestro Señor que por la cruz, esto es, por los sufrimientos y aflicciones que te envía, porque entonces se mira en ti, se retrata en ti crucificado, como Él lo estuvo, y pone á tu disposición minas riquísimas de méritos celestiales. Porque si te abrazas con amor y alegría con la cruz, si te sucede algún mal, dice san Juan Crisóstomo, no será ya mal si tú no quieres. Tu paciencia lo convierte en bien. Bendice á Dios, y mudarás ese mal en un gran tesoro de bienes. Y no digas que es difícil dar gracias á Dios cuando te arroja en la desgracia ó en la miseria, ó cuando te visita con enfermedades, pues por poco que ames á nuestro Señor, la práctica de bendecirle lo hará fácil, y con ella obtendrás el único consuelo sólido que se puede saborear en este valle de lágrimas. Fácil les fué á los santos, de los que, sin excepción, puede repetirse lo que la Escritura dice de Tobías: "que no se irritó contra Dios porque le había vuelto ciego, sino que permaneció en el temor del Señor con una constancia

inmutable y dando gracias á Dios todos los días de su vida„.

Recibe, pues, la cruz de manos del Señor como un inmenso beneficio, y forma la resolución de hacer buen uso de ella para tu santificación y mayor gloria divina. Obrando así, cumplirás los designios que la Providencia ha tenido sobre ti desde la eternidad, al unir la gloria suya con tu salvación, pues no hay medio más propio para conseguir la salvación y procurar la mayor gloria de Dios, que vivir y morir en la cruz de Cristo. Toma, pues, la cruz que el Señor te envía con este espíritu, y ten á gran gloria padecer alguna cosa por Dios y procurar su honor á costa de tus penas; porque si nuestro Señor tuvo en tanta estimación el morir por nosotros, miserables criaturas, que llamaba su gloria, no á estar sentado en el trono de su Padre y adorado de los ángeles, sino á encontrarse clavado en una cruz, agobiado de dolores y cubierto de infamia por nuestro amor, ¿qué mucho que sufras alguna cosa por El?

PUNTO III

Debemos llevar la cruz con valor, alegría y perseverancia.

Considera cómo al ser conducido san Policarpo, obispo de Esmirna, al anfiteatro para ser allí devorado por las llamas, se oyó claramente una voz que decía: "Sé fuerte, Policarpo, y muestra en este combate la grandeza de tu valor.„ Y así lo hizo aquel venerable anciano, al que por un milagro de la Providencia, respetaron las llamas en lugar de devorarlo, formando á su alrededor una hermosa bóveda y despidiendo de sí un agradable olor como de incienso. Pues bien, cuando te sobrevenga alguna aflicción, si te parece difícil soportarla, figúrate que nuestro Señor quiere hacer de ti un espectáculo digno de la vista del cielo y de la tierra, y aplicándote las palabras dichas á san Policarpo, sé fuerte y generoso y

procura hacer tu sufrimiento digno de la mayor gloria divina por la fuerza de tu valor.

Considera, además, que la impaciencia que se queja de la cruz, no hace á ésta más ligera, sino más pesada y enojosa. Guárdate, por tanto, de murmurar y de enojarte contra el mal que sufres, pues la cruz de que te quejas podría decirte lo que Moisés y Aarón, decían á los israelitas: "No murmuráis de nosotros, sino del Señor.„ Acuérdate de que Dios es tu Señor y Padre y por esto debes imitar su paciencia, porque es justo que los servidores obedezcan, y no está bien que los hijos degeneren de las virtudes de su Padre. Ten presente que la paciencia es uno de los frutos del Espíritu Santo y una señal de la presencia divina, y que si no tienes ese fruto, es señal de que no está en ti el árbol que lo produce. No pierdas, pues, el fruto, si temes perder el espíritu de Dios y piensa contantemente que donde Dios está le acompaña la paciencia.

Considera, además, que no hay caridad sin paciencia, porque la caridad siempre es sufrida; no es tampoco envidiosa ni insolente, ni busca su interés, y por tanto no puede dejar dentro de sí ningún lugar á la impaciencia. Esta estrecha unión de la caridad y de la paciencia te hará llevar la cruz, no sólo con valor sino con alegría, mirando no á la tristeza que parece causar á primera vista, sino más bien á los frutos que la cruz trae á los que prueba, y mayor alegría sentirás aún al llevarla, si al mismo tiempo que consideras los frutos de la paciencia, meditas en los peligros de la impaciencia y desesperación. Si así lo haces, recibirás, en medio de tus mayores aflicciones, los divinos consuelos y adquirirás ese admirable vigor que hace deleitables las cruces que el Señor envía, y el amor te hará que las lleves sin tristeza ni cansancio; porque sería inútil que llevases la cruz algún tiempo, si luego te resistieras á llevarla hasta la cima del Calvario.

Para evitar ese peligro, piensa que la corona no se

da á los que empiezan, sino á los que perseveran hasta el fin. Los judíos decían á Jesucristo: "Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz„; pero por esto mismo no bajaba, porque era Hijo de Dios. Imítale tú, si quieres ser uno de sus soldados y tener parte en su herencia. Si, pues, eres de Cristo y soldado suyo, haz profesión de llevar la cruz hasta la muerte, aunque tu amor propio te diga muchas veces: baja de la cruz, y aunque te lo rueguen tus amigos diciendo que haces demasiado, ó te insulten tus enemigos diciendo como los judíos: "¿Dónde está tu Dios que no te salva?„ A unos y otros respóndeles con Tobías: "No habléis así, porque somos hijos de santos y esperamos esa dichosa vida que Dios dará á los que perseveran inmutablemente en su servicio y no violan jamás la fidelidad que le deben.„

Puedes pedir á Dios que no te deje caer en la tentación, y bueno es que desconfíes de tus fuerzas, pero no debes temer que su auxilio te falte, si se lo pides con fervor, y si sucumbes en la tentación, tuya será la culpa. No le pidas en absoluto que te libre de las aflicciones, sino que te dé la gracia de cumplir su santa voluntad; pues jamás te harás fuerte huyendo de la cruz, sino más bien llevándola con valor y constancia. Ni la harás menos pesada quejándote y murmurando, sino tomándola de la mano de Dios con respeto y llevándola con denuedo en pos de tu divino Maestro.

Coloquio.—¡Oh cruz adorable! ¡Oh cruz preciosa! ¡Ojalá pudiera yo en este día en que la Iglesia celebra tu exaltación, celebrar tu victoria sobre el mundo y sobre todos los corazones y en especial sobre el mío! Que sea yo por tu virtud un hijo verdadero de la cruz, en la que yo veré en adelante la cátedra de mi Dios, el altar donde muere mi Salvador, el libro que encierra todo el amor y la misericordia de mi Señor, y el compendio de toda la sabiduría de Dios y del hombre. Sé para mí, ¡oh cruz divina!, consuelo en las penas, exaltación en las humillaciones, forta-

leza en mi debilidad, auxilio en la vida y esperanza única en la muerte.

Propósitos.—Cuando Dios te ofrezca alguna ocasión de sufrir, sea por enfermedad, por desgracias, ó por alguna pena del espíritu, piensa que es con el designio de que puedas glorificarle con tu paciencia y con la tranquilidad de tu alma y atesorar méritos para el cielo.

15 DE SEPTIEMBRE

Parábola del buen samaritano.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. explicando esta parábola, y pídele que te dé su gracia para que no seas sordo á sus divinas enseñanzas.

PUNTO I

Del hombre robado y herido.

Considérese que en aquel hombre que bajaba de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de ladrones que lo despojaron é hirieron, dejándole medio muerto en el camino, representó Cristo N. S. á cualquier hijo del Adán terreno que, á imitación de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable. A este hombre le salen al camino de la vida los demonios que son salteadores y enemigos nuestros, y con sus tentaciones pretenden destruirnos, y para esto se aprovechan del mundo y de la carne, esto es, de los malos que viven en el mundo y de las pasiones, y aquél cae en sus manos que miserablemente consiente en el pecado, admitiendo la culpa que llamamos mortal.

Los bienes que roban á este infeliz son la gracia de Dios, los dones del Espíritu Santo, la caridad con las virtudes morales que la acompañan siempre, y en especial, á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza ó la

obediencia, y á veces llegan á robar la misma fe, porque sus ansias son robar y destruir todo lo que tenemos de Dios.

Las heridas que hacen son los daños que dejan en nuestras potencias, la ignorancia del entendimiento, la debilitación del libre albedrío, la furia desordenada de los apetitos y pasiones, y tantas heridas recibe cada uno cuantas ignorancias, pasiones y malas inclinaciones tiene.

De este modo queda el hombre medio muerto, porque sólo le queda la lumbre de la fe ó la lumbre de la razón natural, y á pique de morir eternamente. Debo lamentar mi desventura y decir: Yo soy el que caí en manos de los demónios, mis enemigos; mía fue la culpa de caer en ellos, porque si yo resistiera, si yo no me pusiera en la ocasión y el peligro, si yo luchara como bueno, huyeran de mí, y si yo llamase en mi favor á Dios y á los ángeles, ellos acudirían á defenderme; porque tan lleno está el camino de ángeles que nos guardan como de demonios que nos tientan. ¡Oh Dios eterno, mira á este miserable con ojos de misericordia, y socórrele con tu gracia antes que acabe de morir desdichada muerte!

PUNTO II

Del buen samaritano.

Considera cómo pasaron por el camino en que yacía aquel pobre hombre herido y robado, un sacerdote y un levita, y viendo al infeliz tan triste y maltrecho, no se movieron á compasión ni le socorrieron. En este sacerdote y en este levita se han de ver á los hombres constituídos en cualquier dignidad, los cuales suelen pasar de largo junto al pecador y el necesitado, y aunque tienen ojos para ver su miseria, no hallan en sí posibilidad, ni virtud, ni caridad para remediarla. Porque algunos tienen poca compasión de los males ajenos, por estar muy metidos en sus

propias comodidades. Otros, por parecerles que tienen harto que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino, y que si se detienen á curar al herido, vendrán ellos á caer. Finalmente, ninguna criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas, por lo cual, si no le viene socorro del cielo es fuerza que llegue á perecer. Pero pasó también por allí un samaritano y éste fué el que se compadeció del herido. En este pasajero caritativo hemos de considerar al Verbo eterno, hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, el cual, visto nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre y bajar de la celestial Jerusalén á la Jericó del mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado, aunque conversaba y se acercaba á los pecadores, por lo cual fué tenido por pecador y por samaritano, y abominado de los judíos.

Considera cómo este divino samaritano se acercó al herido, porque si El no viniese á visitar al pecador, no podría el pecador ir á buscarle. Y después le vendó las heridas, sin dejar ninguna por atar, y echó encima de las llagas óleo y vino, esto es, sacramentos eficacísimos de misericordia y virtud celestial, con los cuales nos unge, y nos cura y sana, nos conforta y sustenta, y nos alegra el corazón. ¡Oh samaritano dulcísimo, cuán bien provisto viniste del cielo, pues luego tan á mano hallaste el remedio de nuestras llagas! ¿Qué son los sacramentos que instituiste sino vasos de óleo de gracia y de vino de caridad que derramas encima de nuestras llagas, y con tan divino bálsamo quedan ellas sanas? Ungeme, Señor, con este óleo de alegría, confórtame con este vino del espíritu, y sáname, para que todo me consagre y ofrezca en servicio de quien con tanta misericordia me sanó de mis heridas.

PUNTO III

De otras obras de misericordia del buen samaritano.

Considera que no contento el samaritano con lo que había hecho, viendo la flaqueza del enfermo, le puso sobre su jumento y lo sacó del camino, entrándole en un mesón honrado y seguro; y, cuando se ausentó, mandó al mesonero que cuidase del herido, dándole dos denarios para que atendiese á su cuidado. El divino samaritano también cargó sobre su cuerpo santísimo las cargas de nuestras culpas, y con los socorros de sus inspiraciones nos ayuda y lleva, como en pies ajenos, por el camino de las virtudes; y, sacándonos del camino, nos pone en el alcázar seguro de la Iglesia, donde tiene todo lo necesario para sanar perfectamente con grande seguridad y regalo. Finalmente, cuando este Señor se fué al cielo, aunque no perdió el cuidado que tenía de nosotros, manda al encargado de este alcázar divino, que es su Vicario, y á todos los prelados de la Iglesia y de las religiones, que tengan cuidado de este enfermo y de su cura y convalecencia, y para esto les da dos tesoros, que son el caudal necesario para gobernarle. Ofréceles virtud y ciencia, gracias de santidad y potestad, de orden y jurisdicción.

Ultimamente, se ha de considerar la conclusión de la parábola, porque preguntando Cristo N. S.: ¿Cuál de estos tres se mostró prójimo del que cayó en manos de ladrones, y le amó como á tal?„ respondió el doctor de la ley: "El que usó con él misericordia„. Y añadió Jesús: "Pues ve y hazlo tú de la misma manera„.

En lo cual se descubre aún mucho más la infinita caridad de este Señor. Lo uno, en querer que todos tengamos compasión unos de otros, usando entre nosotros de misericordia, y remediándonos nuestras necesidades corporales y espirituales como este sa-

maritano lo hizo, y con ser extranjero se apiadó del israelita llagado, más que los sacerdotes y levitas de su nación. Lo otro, en que tácitamente se nos pone por ejemplo de sí mismo, diciendo: Usad de misericordia unos con otros, como yo que soy figurado por este samaritano, la he usado con vosotros; mirad lo que yo hice con este enfermo pecador, y haced vosotros otro tanto con cualquier necesitado, remediando lo mejor que pudierais su trabajo de cuerpo y de alma; y en esto no seáis cortos, sino largos, haciendo mucho más de lo que estáis obligados por precepto, así como yo hice incomparablemente más de lo que era necesario para vuestro remedio, pagándome con esto el amor que os tengo; y cuando yo vuelva á juzgar, os pagaré muy copiosamente cuanto hubiereis hecho, con una medida de gloria llena, colmada, apretada y muy sobrada.

Coloquio.—¡Oh caridad infinita de Jesús!; ¿qué gracias te podré yo dar por tantos favores y regalos como me has hecho? Los ángeles te alaben por ellos, y mi alma se deshaga en tus alabanzas. Bendito seas por el óleo y vino con que curas mis llagas, y bendito mil veces, por el socorro con que alivias mis flaquezas, y cien mil veces bendito porque me has sacado de tantos peligros y puéstome en la morada gloriosísima de tu Iglesia. Y demás de esto, seas millones de veces bendito, porque también me has sacado de los peligros y tráfagos del mundo, y puesto de tu mano en los caminos de la perfección cristiana, el cual tienes dentro de tu Iglesia para acoger en ella á los que has escogido para más altos grados de santificación. ¡Oh Salvador dulcísimo! Yo propongo con tu gracia amar á mis prójimos, como Tú nos amaste, compadeciéndome de ellos como Tú te compadeciste de nosotros, por imitar á quien tanto debo, y á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Procura imitar con los pobres y enfermos la caridad del buen samaritano.

16 DE SEPTIEMBRE

Del amor al prójimo representado en el buen samaritano.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del precepto del amor al prójimo.

Considera que Jesucristo se retrató á sí mismo maravillosamente en la parábola del buen samaritano. Es tan egoísta nuestro corazón, le duele tanto todo lo que sea salir fuera de sí para darse y sacrificarse por los demás, que, no contento nuestro Señor con mandarnos mil veces la caridad, nos quiso enseñar por sí mismo cómo se practicaba. Considera, pues, que Dios N. S. había mandado en la ley antigua amar al prójimo, pero Jesucristo renueva este precepto en la ley de gracia, con su divino ejemplo primero, y luego en el sermón de la cena, que era como su testamento, lo repite hasta tres veces, para darnos á entender que este era el gran precepto de su corazón: Pondera qué duro y qué egoísta debe ser el nuestro, cuando Cristo N. S. juzgó que era preciso repetirnos tantas veces un mandato que nos debían imponer la naturaleza y la razón. Porque, ¿qué cosa hay más justa que amar á un hombre de la misma naturaleza que nosotros, criado á imagen de Dios como nosotros, reengendrado con el mismo bautismo que nosotros, y por esta razón miembro de Jesucristo y hermano nuestro; un hombre que ha recibido, como nosotros, el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que es un sacramento de unión y caridad, á quien Jesucristo en el sacramento de su amor, procura los mismos medios y la misma bienaventuranza que á nosotros, sacramento que fué instituído por Jesús para amarnos y para ser amado de nosotros du-

rante la eternidad si somos predestinados, como lo debemos esperar? ¿Qué debía de haber más fácil que guardar un precepto cuya observancia nos gana tantos amigos como hombres hay, y que haría del mundo un paraíso y á todos los que le habitan bienaventurados? Si este mundo parece un infierno, es porque los hombres se odian, en vez de amarse según lo quisiera Jesucristo.

Considera, en segundo lugar, que Jesucristo llama al precepto del amor del prójimo precepto suyo, para darnos á entender que es el que más desea que se observe. "Este es mi precepto„, dice El. Este es mi precepto más recomendado y de que os he dado más ejemplos durante toda mi vida, pues las otras virtudes han sido efectos de mi caridad para con vosotros. Este es mi mandamiento, porque este es el que constituye el purísimo ideal y el carácter distintivo de la ley nueva, el que contiene los deseos más ardientes de mi corazón y como el sello divino de mi espíritu, y por eso será la observancia de este mandamiento la que os hará conocer por discípulos míos.

Pondera que todo esto es como si Jesucristo quisiera decir: ni por los grandes milagros que obrareis en mi nombre, ni por el don de lenguas que recibiréis, ni por la fe misma que tendréis quiero que seáis conocidos por mis verdaderos discípulos, porque otros que no lo serán, tendrán, ó podrán tener esas mismas señales, sino únicamente seréis conocidos como discípulos míos por la caridad que tuviereis unos con otros. ¿Reconoces esta señal en ti? ¿Tienes este carácter del amor puro, noble, desinteresado para con tus prójimos, ó con amigos ó enemigos? Si no le tienes, aunque tu fe fuese tan grande que hicieses transportar las montañas, y tu fervor tan ardiente que sacrificases tu cuerpo con todo género de austeridades, no eres discípulo de Jesucristo porque no tienes su carácter, porque no tienes su espíritu, porque no tienes caridad.

Por último, Jesucristo nos asegura que el precepto de la caridad con los prójimos, es semejante al grande mandamiento del amor de Dios. ¿Puede haber comparación más alta y propia para hacernos concebir la excelencia de este precepto? Nada hay más difícil de entenderse, pero nada hay más cierto. El mismo hábito sobrenatural que me hace amar á Dios por sí mismo, me hace amar al prójimo por Dios. Son dos actos inseparables. El amor de Dios es causa necesaria del amor del prójimo. No puedo amar á Dios sin amar á mi prójimo, y si no amo á mi prójimo no amo á Dios. Porque donde no hay calor no hay fuego; de la misma manera, donde no hay amor del prójimo no hay amor de Dios. "Cualquiera, dice san Juan, que dice que ama á Dios, y no ama á su hermano ó prójimo, miente„. Y en efecto, ¿cómo se puede amar á aquel cuya orden y precepto se menosprecia, á aquel cuya imagen se pisotea? Juzga, por esta regla, del amor que tienes á Dios; pues si eres indiferente ó aborreces á tus prójimos, muy bien se puede dudar si le amas.

Pide á nuestro Señor, que pues el precepto del amor del prójimo es su precepto, fortifique el ejemplo que te ha dado, con su gracia, para que puedas observarle.

PUNTO II

De las reglas del amor del prójimo.

La primera regla de la caridad del prójimo es amarle como nos amamos á nosotros mismos, procurando que ese amor tenga las mismas cualidades que nuestro propio amor. El amor que nos tenemos á nosotros mismos es excesivamente delicado y tierno, y el primer efecto de esta ternura es lo mucho que sentimos nuestros menores males, ó por mejor decir, es persuadirnos que no son jamás pequeños los males que padecemos. Pues bien, la caridad debe producir este efecto en nuestro corazón hacia nuestros próji-

mos. Si los amamos, como á nosotros mismos, sentiremos mucho sus males por pequeños que sean, ó por mejor decir, la caridad hará que nos parezcan grandes los males y trabajos de nuestros hermanos; á ejemplo de san Pablo que insensible á lo mucho que padecía él, sentía vivísimamente cualquier mal de sus prójimos. Nuestra dureza y falta de compasión en los males de los demás, cuando tanto sentimos los nuestros, se opone mucho á la doctrina y ejemplo de san Pablo.

El segundo efecto de la ternura es ocultarnos nuestros defectos y hacer que nos parezcan leves. La caridad hará que también nos parezcan leves los defectos de nuestros hermanos; si no pudiéramos disculpar sus acciones, disculparemos la intención con que las hicieron; y si no podemos disculpar la intención, nos compadeceremos de su flaqueza. Considera cuánto se opone á estas reglas de la caridad tu modo de ser y de proceder, y procura enmendarte.

La segunda regla de la caridad del prójimo es amarle como quisiéramos que él nos amase. El mismo Jesucristo nos lo dijo: "No hagáis con los demás sino lo que quisiérais que ellos hiciesen con vosotros„. ¡Oh, qué regla tan divina! Si la cumplimos seremos santos, y cree que no hay cosa más fácil; porque mirando lo que dice nuestro amor propio, él nos servirá de regla segura de conducta: él es injusto en sí, mas nos hará hacer justicia á los otros; porque cada uno se puede preguntar á sí mismo: ¿Quisiera yo que usasen esto conmigo? ¿Que me tratasen con esta dureza? ¿Que me hablasen con menosprecio? ¿Que me mandasen con imperio? ¿Que murmurasen de mí con malignidad? ¿Que se burlasen de mí? ¿Que me hiciesen pasar por ridículo? ¿Que exagerasen mis faltas, aun las más leves? ¿Que culpasen mis acciones, aun las más inocentes? ¿Que interpretasen maliciosamente mis intenciones, aun las más rectas? ¿Que juzgasen mal de mi modo de vivir por frívolas apariencias? ¿Que no

condescendiesen con mis debilidades? ¿Que no sobrellevasen en nada mis defectos? Cierto que nada de esto querría, antes bien desearía hiciesen conmigo todo lo contrario, pues ¿por qué no lo haces así con los otros, cuando las reglas de la caridad ordenan que hagas con los otros lo mismo que quisieras que ellos hiciesen contigo?

La tercera regla de la caridad es amar á nuestro prójimo como Jesucristo nos amó. Este es el mandamiento que el mismo Cristo llama nuevo. Si cumpliésemos lo que nos manda esta regla, ¿hasta qué espíritu de sacrificio no nos llevaría? ¿Cómo nos ama Jesucristo? Sin ningun mérito de nuestra parte? ¿Qué había en nosotros que mereciese su amor, ó por mejor decir, qué había en nosotros que no mereciese su aborrecimiento, pues éramos sus enemigos? Pues Jesucristo nos amó sin interés. Nos amó hasta sacrificar por nosotros sus bienes, su reposo, su gloria y su vida. *Sic dilexit*; este es el modo con que nos amó Jesucristo. Este es el ejemplo que nos propone por regla de la caridad hacia el prójimo. Este es el mandamiento verdaderamente nuevo que deben observar los verdaderos cristianos. ¿Pero le he observado yo hasta ahora? ¿Estoy á lo menos en disposición de observarle en adelante? Era menester para esto ¡oh Salvador mío! tenerme á mí menos amor del que me tengo y amarte á ti mucho más de lo que te amo. Entonces amaría á mi prójimo con amor generoso, con ese amor, cuya práctica tú sólo me puedes enseñar, como tú sólo me has dado el ejemplo de él.

Acostúmbrate, sobre todo, á servirte de la segunda regla en todo lo que mira al prójimo, preguntándote con frecuencia: ¿Quisiera que hiciesen esto conmigo?

PUNTO III

De la práctica de la caridad para con el prójimo.

Considera que la caridad con el prójimo, para ser verdadera, debe estar llena de espíritu de sacrificio, y

para estarlo, necesita evitar todos los defectos que á la caridad se oponen y de que hace mención el apóstol san Pablo. Primeramente, la caridad vence la cólera y el resentimiento, domina las acciones que ofenden y las palabras que irritan, *non irritatur;* las emulaciones, que nos hacen mirar la elevación del otro, como propio abatimiento, *non aemulatur;* la vanidad, que nos hace despreciar á los demás, *non inflatur*; la ambición, que nos incita á derribar á otros para elevarnos sobre sus ruinas, *non est ambitiosa;* las sospechas y juicios temerarios de las acciones de los prójimos, *non cogitat malum;* las secretas y malignas alegrías en las aflicciones, ó trabajos ajenos, *non gaudet super iniquitate*; el asimiento excesivo á nuestros intereses, para que ocupándonos únicamente de ellos, lo miremos todo con relación á nosotros, como si fuéramos una especie de divinidad á quien sacrificamos las obligaciones más esenciales de justicia y gratitud y aun los deberes de la naturaleza, *non quaerit, quae sua sunt;* ¿no reconoces algo de estos defectos en ti, ó por mejor decir, no los encuentras todos? Si es así, debes confesar que no tienes caridad, ni se parece tu corazón al de Jesús, modelo y manantial perenne del amor cristiano.

Pero la caridad no debe limitarse solamente á no hacer mal al prójimo, sino que debe consolarle y aliviarle en sus penas y tribulaciones; debe aliviarle en sus dolores, sintiendo sus aflicciones, procurando disminuirlas tomando parte en ellas, afligiéndose y llorando con los que lloran, según el ejemplo de san Pablo, que padecía con todos los afligidos. También debe pedir á Dios el alivio ó consuelo de los males que él no puede remediar. La caridad, por último, sufre los defectos con paciencia: procura enmendar al culpado sin agriarlo; disimula lo que no puede corregir; emplea todas las buenas obras para templar la justicia de Dios, cuando está irritada; se ofrece

para descargar al culpado de una parte de la pena que merecía, haciéndose en algún modo víctima de la justicia divina, para hacer al pecador objeto de la misericordia; hasta aquí va la perfecta caridad; ¿llega aquí la tuya?

La caridad no solamente se emplea en impedir el mal del prójimo, sino que le procura todo el bien posible, porque es amiga de hacer favores y beneficios, según dice san Pablo: ella nos hace estimar, venerar y amar verdadera y eficazmente á nuestro prójimo, mostrándole estimación con hablar ventajosamente de él; el respeto, tratándole de un modo cariñoso y afable; el amor, deseándole todo género de bienes, alegrándose de los que posee, solicitándole los que le faltan y haciéndole todos los buenos oficios que puede desear, principalmente en lo que mira á la salvación de su alma, sin dejar nada por hacer de lo que pudiere contribuir á su santificación, estando pronto á sacrificar para esto, no sólo nuestros bienes, gloria y reposo, sino la vida misma á ejemplo de Jesucristo, al que san Juan nos propuso por modelo de toda caridad cuando dijo: "Pues Jesucristo nos amó hasta dar la vida por nosotros, debemos estar prontos á exponer nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos." La caridad llega, por último, algunas veces hasta olvidar, á ejemplo de Moisés y san Pablo, sus intereses espirituales por mirar por el alma de los prójimos, y arriesga todo, incluso la seguridad de la propia salvación, por atender á la salvación de los demás. Maravilloso espíritu de amor y sacrificio, al que sólo han subido pocas almas inflamadas del amor de Dios y de la salvación de los prójimos. Mira qué lejos estás de esta sublime perfección tú, que no quisieras sacrificar ni el más mínimo gusto ni la más mínima conveniencia por el bien de los demás.

Coloquio.—Deseo, Dios mío, amaros y amar á mi prójimo en adelante como vos me amáis. Desde este día comienzo á amaros, y os amaré constantemente,

puramente, tiernamente, prontamente, y generosamente; y quisiera poder decir infinitamente. Os amaré eternamente; os amaré en todos los lugares, y en todos los tiempos, en todos los estados, en toda suerte de personas, y con un perfecto cumplimiento de vuestra santísima voluntad. Os amaré sobre todo en mis prójimos, amigos ó enemigos. Como tu corazón, Dios mío, abraza y encierra dentro de sí á todos los hombres, á todos asistes y por todos velas, así el mío procurará imitar tu caridad infinita para parecerme á tu corazón divino, fuente inagotable de amor purísimo á todos los hombres.

Propósitos.—Examina seriamente por todos los efectos de la caridad, para juzgar si tienes alguno: este examen te confundirá y te causará mucho espanto.

17 DE SEPTIEMBRE

Parábola del siervo que debia diez mil talentos.

Preludios.—Imagina ver en el rey de la parábola al juez supremo de vivos y muertos y pide salir bien de su terrible juicio.

PUNTO I

Primera parte de la parábola.

Considera cómo esta parábola es un vivo dibujo de la misericordia liberalísima de Dios en perdonar fácilmente sus injurias, aunque sean muchas y graves, y de la dureza abominable del hombre que no quiere perdonar al prójimo las suyas, aunque sean pocas y pequeñas. Recuerda lo que sucedió á un rey que quiso tomar cuenta á sus criados, y en comenzando á tomarla le presentaron uno que le debía diez mil talentos, que es una cantidad exorbitante, y no teniendo de dónde pagar, mandó el rey que le vendiesen á él y á su mujer y á sus hijos y cuanto tenía para que pagase. Oyendo el siervo lo que el rey mandaba, postróse en tierra, y orando, le dijo: "Ten paciencia,

Señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que te debo.„ Entonces tuvo el Señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda.

Considera luego cómo Dios N. S. ha de tomar cuenta á todos los hombres de lo que han hecho en esta vida, la cual toma á cada uno en el instante de la muerte. Pero antes la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos y nos pide que le paguemos en vida con la penitencia, y en especial cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro, parece que es como comenzar á tomarnos la cuenta.

El siervo que debe diez mil talentos, es el pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos. La primera propiedad es, que son contra los diez mandamientos de la ley de Dios, quebrantándolos con injuria del legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, como dice Santiago apóstol, de tal naturaleza, que encierra alguna manera de injuria contra todos. La segunda, que son muchísimos ó innumerables, y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son más que los cabellos de la cabeza y que las arenas del mar. La tercera, que son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como un talento de los antiguos, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio y con destrucción de los talentos que Dios nos da con infinita caridad. La cuarta, que se sigue de las dichas, es que ningún hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para poder pagar á Dios un solo pecado mortal, cuanto más tantos; porque siendo enemigo de Dios nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto

le puede dar es nada respecto de lo infinito que le debe. La quinta, es estar sujeto á una pena tan terrible como es ser vendido él y su mujer é hijos y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad y ser perpetuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. Ponderando estas cinco cosas, despertaré en mi alma un gran dolor de las injurias que he hecho á nuestro Señor, viéndome cargado con tantas deudas, y un grande temor de su justicia, y del castigo que tengo merecido por ellas, acogiéndome al remedio con que este siervo alcanzó perdón de su Señor.

En la persona de este siervo que postrado en tierra pide el perdón de su deuda, pondera los medios que hay para negociar perdón de nuestros pecados, procurando aprovecharte de ellos. El primero, es no negar la deuda, sino reconocerla y confesarla con entereza y con gran arrepentimiento de haber incurrido en ella. El segundo, es humillarse delante de Dios con profunda reverencia y orar y pedirle humildemente misericordia y espacio de penitencia para satisfacer por las ofensas que contra El hemos cometido. El último, es un propósito eficaz de pagarle toda la deuda; esto es, de hacer de nuestra parte con su ayuda todo lo que pudiéremos para pagarle. Con estos afectos tengo de ponerme delante de Dios, y decirle: "¡Oh pacientísimo Señor, que con paciencia infinita sufres á los que tantas veces y tan gravemente te ofenden, añade esta paciencia á la que hasta aquí has tenido, dándome también esta vez lugar de penitencia para pagarte lo que te debo; y porque yo no tengo caudal para ello, aprovecharéme de la paga que mi Redentor hizo con el precio de su sangre, con la cual, favorecido de tu gracia, te pagaré lo que pudiere por mi deuda!"

Luego pasa á ponderar en la persona de este rey

la infinita misericordia y liberalidad de nuestro gran Dios en conceder á los pecadores humillados mucho más de lo que ellos se atrevieron á pedir y desear, pues de pura gracia revoca la sentencia del castigo que les había amenazado y les perdona la deuda, sin reparar que era mucha y muy gruesa; y todo esto de pura misericordia, porque el perdón de la culpa y de la pena eterna no se da por nuestro merecimiento.

PUNTO II

Segunda parte de la parábola.

Considera cómo saliendo este criado de la presencia de su señor, topó con otro criado, su compañero, que le debía cien denarios; y asiéndole por la garganta, le ahogaba, diciéndole: "Págame lo que me debes". Echóse á sus pies el deudor, y, orando, le dijo: "Ten paciencia en esperarme, y yo te pagaré todo lo que te debo". Mas él no quiso, sino echóle en la cárcel hasta que le pagase.

Pondera la crueldad de este mal siervo contra su compañero, la ira y rencor que mostró contra él, no contentándose con pedirle la deuda de palabra, sino que le asió con violencia y le apretaba la garganta para ahogarle. Mira cómo postrándose el compañero á sus pies y pidiéndole con humildad que le esperase, ofreciéndose á pagarle toda la deuda, no se compadeció de él, ni le quiso oir, ni perdonar, ni aun esperar un poco de tiempo, sino que le echó en la cárcel hasta que le pagase, usando con él de tanto rigor. Pondera la ingratitud que mostró el mal siervo contra su mismo señor, cuyo criado era aquel deudor: porque la injuria que hacía á este criado era en deshonor de su amo, y porque se mostró muy desemejante y contrario á la condición noble de su señor, pues no se movió á compasión por las palabras con que él se había compadecido. Todo esto se halla en los pecadores que no quieren perdonar á sus prójimos las in-

jurias que les hacen y deudas que les deben, antes se vengan de ellos con rencor.

Pondera la raíz de estos males, la cual significa la parábola, diciendo que este criado se salió de la presencia de su señor, porque llano es que en su presencia no se atreviera á oprimir á su compañero, que es decir: Que la causa de nuestros pecados contra Dios y nuestros prójimos, es salirnos de la presencia de Dios, olvidarnos de que está presente y que es nuestro juez y no hacer caso de las mercedes que nos ha hecho y del agradecimiento y servicio que por ellas le debemos; porque si esto tuviésemos en la memoria con fe viva, no nos atreveríamos á ofenderle. Por tanto, alma mía, mira que te mira Dios, anda siempre en su presencia, acuérdate de los beneficios que te hace y que te ha de pedir cuenta de ellos; porque, si de esto te acuerdas, también te acordarás de no ofender á quien por tantos títulos debes servir.

Pondera cómo viendo esto sus compañeros, entristeciéronse grandemente, y fueron á su señor, y contáronle todo lo que había pasado. Entonces le llamó el Señor y díjole: "Siervo malo, te perdoné toda la deuda porque me lo rogaste, ¿no fuera razón que tú tuvieras misericordia de tu compañero, como yo la tuve de ti?„ Y enojado el Señor, le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda„.

Considera también cómo el Señor mandó luego llamar al criado con el último llamamiento á juicio; porque en castigo de una maldad crecida, suele Dios acortar los días de la vida y llamar luego al pecador para tomarle la postrera cuenta; y hallándole culpado, le entrega á los atormentadores y verdugos infernales, hasta que pague toda la deuda; y como nunca puede acabar de pagar, así nunca le acaban de atormentar. ¡Oh, si tuvieses presente este último llamamiento, con cuánta suavidad tratarías á tus prójimos, para que Dios te trate con la blandura que deseas! ¡Oh si te acordases de los

atormentadores y tormentos que te esperan, por las deudas que en esta vida no pagares; sin duda las pagarías luego, negociando con Dios el perdón de ellas!

Finalmente, ponderaré cómo este mal siervo fué castigado, no sólo por el pecado presente, sino en cierto modo también por los pasados que le perdonaron, en cuanto creció grandemente su pecado, por haber sido ingrato al beneficio que recibió de su señor, y al modo que tuvo en perdonarle, no haciendo caso de él cuando había de perdonar á su prójimo; para que yo tiemble del vicio de la ingratitud contra Dios, la cual aumenta la gravedad de la culpa; porque cuantos son los pecados que Dios me ha perdonado, tantos desagradecimientos puedo imaginar en el pecado que después hago; y así, aunque es uno, virtualmente incluye muchos. ¡Oh ingratitud abominable, tras la cual entran en el alma siete demonios peores que el primero que salió de ella! Líbrame, Dios mío, de tal maldad, pues tanto te desagrada.

PUNTO III

Conclusión de la parábola.

Considera luego la conclusión de la parábola, que fué esta: "Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno á su hermano de todo corazón„. En lo cual se ha de ponderar la infinita caridad de N. S., que resplandece en querer que nos perdonemos unos á otros, no de cumplimiento, sino de corazón, fundándolo todo en leyes de caridad, sacadas de estas palabras que aquí dice.

Lo primero, porque así lo quiere nuestro Padre celestial, cuyos hijos somos, y esto basta para darle contento en lo que nos manda. Lo segundo, porque todos somos hermanos, hijos de un mismo padre, y es razón que un hermano perdone al otro. Lo tercero, porque cada uno tiene algo que su hermano le haya de sufrir y perdonar, y es justo que le perdone como quiere ser perdonado. Lo cuarto, porque el

Padre celestial nos perdona liberalmente deudas incomparablemente mayores; con lo cual nos obliga á que perdonemos las que otros nos deben, que son muy menores. Lo quinto, porque si la ley del amor no nos convence á cumplir esto, entrará la ley del temor y del castigo; el cual será terrible, porque no será perdonado otra vez quien con rebeldía no quiso perdonar, y, por consiguiente, será entregado á los demonios, verdugos de la justicia de Dios, para que le castiguen como merece. Considerando todas estas razones, tengo de sacar propósitos muy eficaces de tener misericordia de mis prójimos, y perdonarles cualquier injuria que me hicieron, deseando, si sin ofensa de Dios se pudiere hacer, ser injuriado sólo por tener ocasión de perdonar, para que Dios me perdone. De todo corazón perdona, pues, las deudas que te deben los que te han injuriado, por parecerte á Dios que tan liberal es en perdonar á los que le injurian, porque es justo que el hijo sea semejante á su padre. Ofrece al Señor esta buena voluntad y pide gracia, para que ofreciéndose la ocasión, la ponga luego por obra.

Coloquio.—¡Oh Rey misericordiosísimo, liberalísimo y magnificentísimo! Alaben los ángeles tu infinita misericordia, publiquen los hombres tu inmensa largueza, y mi alma te magnifique por tu inefable magnificencia. Menester era un Dios tan misericordioso como Tú para un hombre tan miserable como yo; necesaria era tanta liberalidad y magnificencia como la tuya para perdonar deuda tan grande como la mía, y pues tan liberal has sido en perdonarme la culpa y pena eterna, no cesaré de castigarme con penas temporales, pagando lo que pudiere en recompensa de las eternas que merecía, con deseo de nunca más ofender á quien tanta misericordia usó conmigo en perdonarme.

Propósitos.—Reconcíliate con cualquier enemigo que tengas, y si no los tienes, como es de suponer, vence cualquier antipatía ó frialdad con tus prójimos.

18 DE SEPTIEMBRE

Del perdón de las injurias.

Preludios—Oye á Cristo N. S. diciendo en el ara santa de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», y pide gracia para imitar á tu divino Maestro en el perdón y en el amor de los que te hicieren mal.

PUNTO I

Motivos para perdonar á los enemigos.

Considera que el ser de cristiano consiste en la filiación divina por medio de la gracia. Ahora bien, esta filiación divina no puede subsistir sin el amor á los enemigos, ya porque para ser hijos de Dios es preciso poseer la paz del corazón, que hace bienaventurados, ya porque la gracia nos debe hacer semejantes á aquel Dios que hace salir el sol sobre los buenos y los malos y tiende á asemejarnos á nuestro Padre, que es todo amor y caridad.

Además, tres cosas son necesarias para esta misma filiación divina: el perdón de nuestros pecados, la unión con Dios por su gracia y la inhabitación real y substancial del Espíritu Santo en nosotros; y ninguna de ellas puede subsistir con el odio á los enemigos, ya porque Dios no perdona á quien no perdona á su enemigo, ya porque la gracia, que es amor, no puede subsistir en un alma llena de odio, ya porque el Espíritu Santo, que es espíritu de unión, detesta las divisiones y las rencillas. Y así como los judíos no creyeron en Cristo hasta que le oyeron rogar por sus enemigos, y entonces exclamaron: "Verdaderamente era éste Hijo de Dios„, así el perdonar á nuestros enemigos y hacerlos bien es el sello real y verdadero de la filiación divina, pues Dios es luz y amor; y aquel que aborrece á su hermano, dice san Juan, está y anda en las tinieblas, y no está en él la caridad de Dios. Le falta la filiación divina, así como los

dos principales ejercicios de nuestra religión: la oración, que Dios no escuchará si no perdonas, y los sacramentos, que no puedes recibir.

Considera además, que existe, no un consejo, sino un precepto divino, absoluto, indispensable, general que nos manda amar á nuestros enemigos, perdonarles las ofensas que nos hayan hecho, y procurar con ellos la paz del corazón. "Amad á vuestros enemigos„. Esta sola reflexión debe bastarte para mirar el perdón de las injurias como una de tus principales obligaciones, porque siendo cosa que Dios quiere y manda, so pena de no tenernos por hijos suyos, no eres nadie para entrar en discusiones con nuestro Señor, rey y soberano del mundo; Señor del hombre y de nuestra voluntad.

Pero advierte que Dios no pretende obligarnos á la observancia de su ley por pura obediencia y sumisión forzada; más como bienhechor y como padre, que como legislador y maestro, nos excita á ello, y comprendiendo que si nos mandase amar y perdonar á nuestros enemigos por ellos mismos, su precepto podría parecernos duro y riguroso, por eso, haciendo que apartemos la vista de un objeto que nos hiere y molesta, nos ordena mirarle á El mismo, y nos dice: "Perdónale, porque yo he merecido que le perdones„. Y no dice: Ten en cuenta que debes el perdón á tu enemigo, sino: "No te olvides de lo que me debes, y de que soy yo quien te pide que perdones en consideración á mi nombre.„

Por eso mira cómo el ejemplo de Dios, la paciencia con que sufre á sus enemigos y la facilidad con que los perdona, es el motivo que cita Jesucristo para empeñarnos á amar á nuestros enemigos y á perdonarles las injurias que nos hacen. "Amad vuestros enemigos, dice, haced bien á los que os aborrecen para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer su sol sobre buenos y malos„. Nada hay más admirable que este ejemplo y nada debe animarnos

más si consideramos sus circunstancias. Las ofensas que se hacen contra Dios son grandes, son sinnúmero. Su divina Majestad aborrece infinitamente al pecado; este aborrecimiento le solicita siempre al castigo. Nada le es más fácil que castigarle, pues sólo con querer hará á los delincuentes infelices. Sabe que su paciencia en sufrir los pecadores les hará más atrevidos para ofenderle; y no obstante, los sufre, los espera, los ama, los proteje, les hace bien, aun cuando le agravian, y les ofrece el perdón, aun cuando sólo piensan en irritarle. ¡Qué clemencia! ¡Qué ejemplo! Si esto no nos mueve, ¿qué será capaz de movernos?

Pero el ejemplo de Jesucristo, Dios y hombre, subiendo á la cruz, nos debe mover más, porque es más sensible. Deja el Evangelio en el que se nos manda perdonar y mira al Calvario. Allí fué donde su clemencia se manifestó más, pues no solamente perdonó á sus enemigos y á los verdugos que le crucificaban, sino que sacrificó su vida por los mismos que se la quitaban con tanta crueldad, excediendo su caridad los límites á que llegó la rabia que tenían contra El. "Tú mismo, dice san Bernardo, no fueras ahora de sus amigos, si no hubiera dado la vida por ti cuando eras su enemigo„. *Vide pendentem,* dice san Agustín, *audi precantem:* mira á tu Salvador en la cruz, considera su paciencia, mira su caridad para con sus enemigos, pero aprovéchate de este ejemplo. El te ruega, ó por mejor decir, te manda que le imites: *Audi precantem, tanquam de tribunali praecipientem.*

Pero Jesucristo no se contenta con perdonar á sus enemigos; ruega por ellos y procura disculparlos. Estos crueles enemigos habían derramado toda su sangre por las llagas que le habían hecho; pero no obstante, casi desangrado, halla en su corazón abrasado del amor de sus enemigos, remedio contra su debilidad, y clama con alta voz para recomendar á

su Padre, no su Madre querida, sino sus enemigos y los verdugos que le atormentaban. *Pater dimitte illis.* ¡Ah! Padre mío, si me quieres dar pruebas del amor que me tienes, perdona á mis enemigos, á los que miro como mis hermanos, y que te ruego mires de aquí adelante como hijos tuyos. Su Padre le oye cuando ruega por sus enemigos, cuando ruega por ti; ¿le desecharás tú cuando te pide por tu hermano á quien injustamente miras como tu enemigo? ¿No te moverás con su ejemplo y con su ruego? Pues mira que no tendrás parte en sus méritos, ni en lo que por ti pide á su Padre; si no concedes lo que á ti te pide en favor de tu enemigo.

PUNTO II

«Perdonad y seréis perdonados.»

Considera que el hombre que no quiere perdonar las injurias y agravios que se le han hecho, debe desesperar del perdón de sus delitos, y por consiguiente de su salvación. Sólo el que no tuviese pecado alguno que Dios le hubiese de perdonar, podría vengarse, pero ¿dónde está ese hombre tan puro é inmaculado? Todos somos pecadores y por consiguiente no tenemos otro medio para nuestra salvación que el de la misericordia de Dios. Este es el fundamento sólido de nuestra confianza, ¿pero cómo puedo esperar en su misericordia, si no uso de ella con los otros? Vos no me la habéis prometido, Señor, sino bajo esta condición; y ¿qué seré yo sin vuestra misericordia, Dios mío, sino un infeliz y un condenado? Perdonad, habeis dicho, y se os perdonará. Con que no puedo entrar en el cielo, si no es por la puerta de la misericordia. Yo me cierro á mí mismo esta puerta cuando no tengo misericordia de mi prójimo; ¿mi más cruel enemigo podría hacerme mayor mal?

Un vengativo hace inútiles los medios de su salvación, aun los más eficaces. El se condena á sí mis-

mo; no hay oraciones, ni sacramentos, ni sacrificios para él; los remedios más saludables se le vuelven funestos; no puede rezar sin condenarse á sí mismo; sus oraciones son una verdadera imprecación; no abre la boca sino para pedir á Dios que le condene; porque él pide á Dios que le perdone como él perdona á su prójimo; con que no perdonándole ó no queriéndole perdonar, es tácito consentimiento, ó por mejor decir, es pedir claramente á Dios que no le perdone jamás, que le aborrezca, que le castigue y que le condene. ¿Su enemigo, el demonio mismo, podía hacerle ó desearle mayor mal que el que se desea á sí mismo? Grande debe de ser la ceguedad que el deseo de vengarse causa en el hombre, pues le reduce á este extremo; no se puede llamar pasión el deseo de venganza, sino desenfrenada y furiosa locura.

No hay sacrificio para el vengativo, el mismo Hijo de Dios lo destierra de su altar y lo arroja de él, si antes no va á reconciliarse con su enemigo. "*Vade prius reconciliari fratri tuo.*" La sangre de Jesucristo que se ofrece cada día en nuestros altares, adonde hace El oficio de sacerdote y víctima, aunque tiene valor infinito, no llega á alcanzar perdón á quien no perdona á su prójimo; al contrario, la sangre del inocente Abel clama por el castigo del sangriento y vengativo Caín. Los sacramentos no hacen su efecto para la justificación de un vengativo. Toda la virtud de los méritos de Jesucristo, toda la fuerza de su gracia que está contenida en estos saludables remedios, no pueden curar ni justificar su corazón, si no se ablanda y perdona á su prójimo; ni recibirá jamás la gracia, si no perdona antes la injuria á su hermano. La absolución que le da el sacerdote es su sentencia de condenación si no acompaña ó precede una sincera reconciliación con su enemigo.

Y no ha de servirte de disculpa alegar la justicia de tus resentimientos y de tus venganzas por la gravedad de las injurias que haya recibido. Por ofendido

que estés, Dios te prohibe seguir los impulsos de tu corazón iracundo y te manda que por muy violenta que sea la pasión que te anime, debes ahogarla en el amor, porque El sólo se reserva el vengarte y hacerte justicia cuando le agrade y según le agrade. Para conservar esta sociedad que ha fundado y mantener entre los hombres la caridad que es tan necesaria, te ordena que abandones en sus manos tu causa: descansa, descansando en El y reprimiendo hasta el más leve movimiento interior que puede llevarte á una fatal desunión. ¿Lo haces así? ¿Devuelves bien por mal? ¿Perdonas á los que de un modo ó de otro te ofenden? Si así no lo haces, eres indigno de llamarte hijo de un Dios crucificado por tu amor.

PUNTO III

Pretextos para no perdonar las injurias.

Considera que hay tres clases de malos cristianos que oponen diferentes pretextos á la obligación que todos tenemos de perdonar las injurias: Primero, los tímidos y cobardes. Segundo, los delicados y susceptibles. Tercero, los soberbios y orgullosos. Los primeros se niegan á perdonar las injurias, no dominados por el deseo de la venganza ni resentimiento del corazón. Su resistencia á perdonar nace del miedo al ¿qué dirán? al que subordinan todos sus actos. Pero ¿quién es ese ¿qué dirán? que tanto pavor les causa, hasta el extremo de no temer á Dios que les manda amar á sus enemigos y perdonar á los que le han hecho una injuria, cualquiera que esta sea?

A decir verdad, con nada puede comparársele mejor que con el camaleón de que habla Tertuliano, animal muy pequeño de cuerpo, pero grande de nombre. Lo mismo puede decirse del ¿qué dirán?, que cuando se habla de él parece que se trata de un monstruo capaz de devorarlo todo, pero que, visto de cerca, no es más que un espantajo que sólo puede

infundir temor en las almas tímidas y cobardes. Piensa lo que dirá Dios y los santos, y no te preocupes de lo que dirán los necios del mundo. ¿Pues qué, no hace falta más valor para perdonar que para vengarse?

Otros hay que se resisten á perdonar las injurias á causa de su delicada susceptibilidad, y aunque así fuera, el hecho de que sea difícil de cumplir la ley que ordena el perdón de las injurias, no quiere decir que sea imposible, pues de lo contrario quedaría justificada la trasgresión de la mayor parte de los Mandamientos de la ley de Dios, porque violentan las malas pasiones á que el hombre es propenso por el pecado original. Así, pues, á los que digan que es menester ser insensibles para no experimentar deseos de venganza contra quien les injuria, puede respondérseles con san Juan Crisóstomo: "Te felicito, querido hermano, de que tengas una ocasión para demostrar tu valor y hacer algo importante por Dios; está seguro de que la victoria que alcances sobre ti mismo será recompensada con una corona proporcionada á tu valeroso esfuerzo."

Pero quizá diga el hombre demasiado sensible á sus injurias: Ese que me ha ofendido no merece que le perdone, porque ni siquiera me pide esa gracia, y, lejos de eso, aún sigue ultrajándome. En efecto, desde el punto de vista de la razón humana, el argumento no carece de fuerza; pero si discurres con las luces de la fe, verás que el mismo Jesucristo te pide el perdón que tu enemigo no merece. Y Jesucristo que con ardorosas instancias lo pidió para ti á su Padre y que fué escuchado cuando abogó en tu favor, ¿no podrá obtener de ti que te reconcilies con tu hermano?

Quedan aún los soberbios y los orgullosos, cuyo altanero lenguaje es este: "Se quiere que yo perdone á ese hombre; pero ¿quién es? Un cualquiera, de quien ninguna persona de mi posición debe tolerar una ofensa." ¿Y quién eres tú, puede respondérsele, para

eplicar á Dios y negarle la obediencia que le debes? Dices que esa injuria es insoportable, ¿pero acaso la cólera y los castigos que Dios reserva á los que le desobedecen son más tolerables?

Que nadie se forje ilusiones ni se engañe, exclama san Agustín; cualquiera que conserve en su corazón odio á su enemigo, jamás tendrá parte en la amistad de Dios, ni entrará nunca en el cielo, sean las que fueren las obras buenas que hiciere.

Y para que no te quede la menor sombra de duda en este punto, piensa en lo que le sucedió al siervo de la parábola á quien su señor le perdonó una deuda de diez mil talentos y él no quiso perdonar á un compañero otra de cien denarios. "¡Malvado siervo, le dijo su señor, yo te he perdonado todo lo que me debías porque así me lo has rogado; ¿no debías tú también tener piedad de tu compañero?„ Y al mismo tiempo, añade el Evangelio, el señor, irritado, le puso entre las manos de los ministros hasta que pagara todo lo que debiera. Teme no te suceda lo mismo si no perdonas á los que te ofenden.

Coloquio.—Amansad vos, Señor, mi corazón con vuestros divinos ejemplos; echad el agua de vuestra gracia para apagar las llamas de la ira y de la indignación que me abrasan y consumen. Domesticad esta fiera bestia y sosegad las alteraciones y vientos que me combaten. Dadme vuestro favor, y alumbradme con vuestra luz, para que considerando mis pecados, conozca que es merced vuestra pagar lo que por ellos merezco en esta vida; y para que vos me los perdonéis, perdonar yo por vuestro amor las injurias y agravios que de otros me parece haber recibido. Imite vuestra admirable paciencia y bondad con la cual me sufrís cuando os ofendo, y me esperáis cuando tardo, y me llamáis cuando huyo, y me recibís cuando me vuelvo yo á vos, y como padre benignísimo, de enemigo me hacéis amigo, y me admitís al ósculo de paz, y me restituís en el número de vuestros hijos. Heme aquí, Dios mío, Rey mío, y

bien mío; heme aquí, en vuestras manos me pongo, en vuestros brazos me arrojo, todas las injurias y agravios que he recibido y puedo recibir de los hombres, los perdono por vuestro amor, y os suplico que vos se los perdonéis y les hagáis bien por el mal que á mí me hicieron ó pretendieron hacer.

Propósitos.—Examina tu corazón para averiguar, si tienes alguna tibieza ó resentimiento con alguno, y no hagas la temeridad de rezar el Padre nuestro, que el mismo Cristo nos enseñó, sin perdonar á tu enemigo.

19 DE SEPTIEMBRE

Parábola del mayordomo infiel.

Preludios.—Imagínate que Dios te llama de repente y te pide cuenta de tu vida. Entra dentro de ti mismo y ruega humildemente al Señor que te conceda la gracia de tener siempre tan ajustadas tus cuentas, que en cualquier momento que seas llamado por la muerte puedas rendirlas claras é íntegras ante el Juez de todos los hombres.

PUNTO I

Quién era el hombre rico, y quién el mayordomo.

Considera que aquel hombre rico de que habla nuestro Señor en esta parábola, y al que vinieron á decir que su mayordomo no le era fiel, representa al mismo Dios, del que son todas las riquezas del cielo y de la tierra: las riquezas materiales que sirven al cuerpo para su mantenimiento, vestido y adorno; las espirituales, que son la gracia y virtudes, y las eternas, con las cuales son premiados los justos en el cielo. Estas riquezas reparte Dios á los hombres, y de las primeras da á buenos y malos, fieles é infieles. De las segundas da sólo á los fieles, y algunas de ellas solamente á los justos. De las postreras, sólo gozan los bienaventurados. ¡Oh Dios soberano, rico en misericordia y rico para todos los que invocan tu santo nombre! Concédeme que de tal manera use de

las riquezas temporales, que no pierda las espirituales, y que de tal manera negocie con éstas que alcance las eternas.

Siendo Dios el hombre rico, el mayordomo de que trata la parábola, es el hombre á quien aquel soberano Señor ha entregado en administración las riquezas que posee, así en el cuerpo como en el alma, y se las ha dado en administración, y es el hombre respecto de ellas mayordomo y no dueño, porque su dominio no es absoluto, sino sujeto por entero al dominio de Dios, y no puede el hombre usar ni distribuir los bienes que tiene si no es conforme á la voluntad divina, y á Dios ha de dar cuenta y razón de todo, el día que se la pidiere; para lo cual hay libro de recibo y gasto en que se asienta lo que se nos da y el modo como lo distribuimos.

Considera que el mayordomo de los bienes divinos, ó sea el hombre, desperdicia y malgasta aquéllos, cuando los usa contra la voluntad del divino dueño, ó lo que es igual, contra los preceptos de su santa ley. Desperdicio el manjar si le como por gula, y el vestido si le uso por vanidad, y el dinero si le gasto en cosas prohibidas, ó no lo doy á los pobres cuando Dios lo manda; y de la misma manera desperdicio vida y salud, sentidos y potencias del alma cuando los empleo en cosa que sea ofensa del que me las dió.

Por todo esto viene á ser infamado el mayordomo delante de su Señor, porque nuestra buena ó mala fama para con Dios no depende de los dichos de los hombres, sino de nuestras obras. ¡Oh Dios eterno, que por tu infinita misericordia hiciste al hombre mayordomo de esta gran casa del mundo, y "pusiste todas las cosas debajo de sus pies!„ no permitas que yo siga los pasos del viejo Adán, que dió mala cuenta de su mayordomía en el paraíso terreno, sino ayúdame con tu gracia para que haga tales obras que me acrediten contigo, y por ellas me admitas en tu paraíso celestial,

PUNTO II

De la cuenta que pidió el Señor al mayordomo.

Considera la reprensión que el hombre rico, ó sea nuestro Señor, dirigió al mayordomo, diciéndole: "¿Qué es lo que oigo de ti? Rindeme cuentas inmediatamente, porque, con la sospecha que he concebido, ya no puedes continuar siendo mi mayordomo„. Y piensa en que, así como el hombre rico quitó antes de tiempo la mayordomía al mayordomo por las noticias que tuvo de lo mal que desempeñaba su oficio, el clamor de nuestros pecados es causa de que Dios nos acorte la vida y nos llame antes de tiempo á que le demos cuenta de ella. Y reflexiona en que este llamamiento inesperado puede ser de dos maneras: la una es terribilísima, cuando llama Dios á los pecadores tan de repente, que no tienen aviso de que se mueren, ni tiempo de prepararse para la cuenta que han de dar. La otra es cuando nos llama poco á poco por medio de alguna enfermedad, la cual es aviso de la muerte, y entonces es cuando nos dice aquella palabra: "¿Qué es lo que oigo decir de ti?„

¡Oh alma mía, oye la voz de Dios y enmienda con tiempo lo que Dios te avisa: porque si no estuvieres enmendado en la muerte, la palabra que ahora te dice para tu salvación, te la dirá entonces para tu condenación!

Considera la confusión del mayordomo, al oir: "Dame cuenta de tu mayordomía, porque no puedes seguir siendo mi mayordomo„. No se atrevería, de seguro, ni á levantar la vista del suelo por no tropezar con los ojos del Señor, que le pedía cuentas. Y reflexiona tú sobre lo que ha de sucederte cuando el Señor tuyo te diga: Dame cuenta de la casa y granja de este mundo que crié para tu morada; de las plantas y animales que hice para tu sustento; de los tesoros, riquezas, oficios y dignidades que has tenido;

de los años de vida, salud y fuerzas, y de los talentos que te he dado. Dámela de los pensamientos que has revuelto por tu memoria, de las palabras que han salido de tu boca, de las obras que has hecho con tus manos y de los pasos que has andado; de los afectos y deseos que has fraguado dentro de tu corazón. Dame cuenta, finalmente, de todo lo que pertenece al oficio de mayordomo, porque ya no podrás seguir ejerciéndole; pasó ya el día en que podías negociar, y viene la noche en que no se puede merecer; es llegada la hora en que, mal que te pese, has de ser presentado á mi tribunal para dar razón de lo que has hecho viviendo en ese cuerpo, y recibir premio ó castigo por ello. Ten siempre estas palabras delante de los ojos, pues es cierto que ha de llegar hora en que se te han de decir, y es gran cordura vivir tan bien apercibido que puedas dar cuentas en el mismo momento en que fueres llamado.

PUNTO III

De la conclusión de la parábola.

Considérese, por último, la astucia con que el mayormo infiel se granjeó amigos, repartiendo de los bienes que le quedaban del Señor, en lo cual se ha de mirar, por lo que se refiere á la corteza de la parábola, como hay mundanos que son astutos y sagaces para todo lo malo, y que ni quieren trabajar, porque son regalones y amigos de holgar, ni mendigar porque son vanidosos y enemigos de los oficios humildes, y así viven á costa de la hacienda ajena con engaños y trapacerías. Pero reflexiona que no trae Cristo N. S. este ejemplo del mayordomo para que lo imitemos, sino para que de la providencia que tuvo en remediar sus necesidades corporales, aprendamos á remediar las de nuestra alma. ¡Oh alma mía, mira la prudencia de los hombres en su modo de vida mundana, y confúndete de ver la que

te falta en la tuya religiosa y cristiana! Aquellos son diligentes para el vicio, y tú perezosa para la virtud; aquellos, sin dilación, hacen luego cuanto pueden, aunque sea trabajoso y difícil por alcanzar riquezas y honores, y tú, con dilaciones de día en día, no haces lo que puedes, aunque sea fácil y llano.

Considérese también que en el hecho de este mayordomo se encierra un espíritu en que se apuntan varios ejercicios provechosos para granjear la vida eterna. Unos se ganan esta vida trabajando, esto es, por la penitencia y mortificación de su carne, con grandes rigores y asperezas. Pero esta vida, aunque muy excelente, no es para todos; porque muchos son flacos y enfermos, y no soportan tanto rigor. Otros hay que granjean la vida eterna pidiendo siempre, esto es, por la contemplación y oración, en la cual no se hace otra cosa que mendigar á Diós y á sus santos lo necesario para la perfección y salvación Pero este modo, aunque también muy excelente, tampoco es para todos, y así hay otros que dicen como el mayordomo: "yo no puedo cavar, y tengo vergüenza de mendigar„, y toman otro tercer modo de granjear la vida eterna con limosnas y obras de misericordia, y con ellas se alcanza de nuestro Señor perdón de pecados y dones grandes de su gracia en esta vida, y después el premio de la vida eterna.

Esto es lo que Cristo N. S. infirió de esta parábola, diciendo: "por tanto yo os aviso que ganéis amigos con las riquezas de maldad para que cuando muriereis os reciban en las eternas moradas„, en cuyas palabras llama riquezas de maldad á las temporales, ó porque solamente los malos las tienen por riquezas, ó porque son ocasión de innumerables males de culpa y pena á los que las aman desordenadamente. Pero no se ha de olvidar que tales riquezas pueden ser instrumentos de ganar las espirituales cuando se sigue el consejo que da Cristo N. S. á los ricos, diciéndoles que con sus bienes ganen amigos, para

que, al salir de este mundo, los reciban en las eternas moradas, ó sea, ejerciendo con los pobres obras de misericordia.

Estas obras son amigos fidelísimos para negociar con nuestro Señor que si se muere muerte de culpa, nos libre de ella con las riquezas de la gracia, y si se muere muerte temporal, nos libre de la eterna, dándonos las riquezas de la gloria, las cuales exceden á las de esta vida, tanto en la grandeza como en la duración, y esto nos ha de mover á dar infinitas gracias al que tal cambio y trueque ha ordenado, dándonos facultad de poder con tanta facilidad trocar lo terreno por lo celestial, y con tan viles riquezas, como son las de la tierra, granjear dos suertes de amigos que nos negocien las del cielo, es á saber: obras de misericordia que puestas en el seno del pobre, como dice el Sabio, oran por nosotros; y los mismos pobres, cuyas oraciones oye Dios cuando ruegan por quien les hace bien.

Coloquio —¡Oh Dios misericordiosísimo, ilustra y enciende los corazones de los ricos de este siglo con el resplandor y fuego de su gracia y caridad, para que con las riquezas que les has dado "se hagan ricos en buenas obras„ y ganen por amigos á los pobres y justos de la tierra y á los ángeles y santos del cielo, por cuya intercesión sean recibidos en las eternas moradas. Dame gracia para que aprovechándome de los talentos y gracias que me has dado, de tal manera administre toda mi hacienda espiritual y material que esté siempre dispuesto á dar tan buena cuenta de mí que no me condenes, sino que me salves el día terrible del juicio.

Propósitos.—Vive de tal modo y de tal modo administrá lo todo, tus talentos, riquezas, salud y cuanto tienes, como que aun del último centavo has de dar á Dios cuenta estrechísima.

20 DE SEPTIEMBRE

De la limosna.

Preludios.—(Los mismos de la meditacion anterior).

PUNTO I

Obligación de la limosna.

Considera que Cristo N. S. dedujo de la parábola del mayordomo infiel esta consecuencia: "Por tanto yo os aviso que ganéis amigos con las riquezas de maldad para que cuando murieres os reciban en las eternas moradas.„ Los santos Padres ven en estas palabras una excitación á la limosna y á las obras de misericordia, ya que el modo de atesorar riquezas allí, donde no llegan ladrones ni polilla, es ponerlas en manos de los pobres, y ya que el único dinero que de este mundo se llevan los ricos es el que han depositado en las arcas de la misericordia. Si, pues, quieres ser prudente como el mayordomo y granjearte amigos para el dia de la cuenta, gánate á los pobres con la caridad, pues ganando á los pobres, te ganas á Cristo, que quiso en la Iglesia quedar viviendo y ser representado en los pobres.

Considera, pues, ante todo, la obligación de la limosna, y que Jesucristo, en el día del juicio, condenará á los que no la hayan dado según sus facultades; y esta es la prueba más concluyente de la obligación que tienes de darla, pues siendo Dios infinitamente justo, no ha de condenar por la omisión de una obra de puro consejo. Existe, por tanto, el precepto claro y terminante de dar limosna al necesitado, y se funda en estos dos principios: la soberanía de Dios y la indigencia del pobre.

Medita, en efecto, que Dios es el soberano dueño de todos tus bienes y que por tanto le debes por ellos un tributo. Ese tributo no quiere recibirlo para

sí y lo ha transmitido á los pobres, á los que no has de dar limosna solamente por deber de caridad hacia ellos, sino por deber de dependencia respecto de Dios. De aquí se deduce que el rico que niega al pobre la limosna, es un súbdito rebelde que niega á su soberano el tributo que le debe.

De esto has de sacar dos consecuencias, á saber: la primera, que es esencial que la limosna sea hecha con sentimiento de humildad, no con la soberbia con que la hacen muchos fariseos que sólo hacen el bien al sonido de trompeta, porque es una confesión que el hombre hace á Dios de su dependencia. Por eso Abraham, cuando al ver á tres pobres se disponía á cumplir con ellos los deberes de la hospitalidad, comenzó por adorar á Dios. La segunda consecuencia que has de sacar es, que la limosna debe ser proporcionada á tus bienes y calidad, pues Dios te exige ese tributo en proporción de tus haberes, y no es limosna, según dice san Ambrosio, dar poco cuando se ha recibido mucho. Piensa que incurres en un grave desorden al arreglar todos tus gastos según tus rentas, excepto el que se refiere á la limosna, para la cual no las tienes en cuenta. Porque tú bien quieres estar alimentado, servido, alojado y vestido en proporción á tus bienes, y sólo en la limosna no admites esa proporción; de lo que resulta que á veces los pobres atienden más á las necesidades de los pobres, que los mismos ricos.

Además de que el precepto de la limosna se funda en la soberanía de Dios, se funda también en la indigencia de los pobres. A este propósito considera que estás obligado á remediar las necesidades de los pobres á título de justicia y á título de caridad. A título de justicia, porque Dios no te ha hecho rico precisamente por ti mismo, sino por los pobres y no socorriéndolos deshonras á la divina Providencia, de la que los ricos son como administradores y canales, y autorizas las murmuraciones de los pobres contra

ella, lo que indudablemente te acarreará la venganza de esa misma Providencia á quien ofendes. A título de caridad, porque esos pobres son tus hermanos, hijos de Dios y á veces mejores que tú, y, como dice el discípulo amado, un hombre que ve á su hermano en la necesidad y no le socorre, no puede tener caridad. Teme los dos escollos en medio de los que se hallan los ricos, y que son, la avaricia y la sensualidad, que comunmente tienen su origen en la indiferencia para con los pobres, y procura evitarlos por medio de la limosna.

No seas tú, por Dios, ni de los que se enriquecen con el sudor y la sangre del pobre y tienen el corazón tan duro que no parece sino que también se ha trocado en vil metal como todo lo que les rodea; ni de los ricos á los que todo les parece poco para sus lujos y sus vicios y mucho para los pobres del Señor; de los que tratan mejor á sus perros y caballos que á sus criados y á los pobres de Cristo: de los que derrochan en una fiesta profana lo que haría la felicidad de muchas familias hambrientas y luego regatean una limosna al huérfano y á la viuda. Estos tales no tienen de cristianos sino el nombre y con su avaricia y dureza encienden la ira y la venganza de Dios y la de los pobres que, no viendo en el rico un hermano sino un explotador tiránico, se aprestan á tomar venganza y serán el azote providencial con que Dios castigará sus pecados y la dureza de su corazón. Examínate en esta materia y ve si haces todo lo que debes y todo lo que puedes en favor de tus hermanos menores, los pobres de Cristo.

PUNTO II

Materia de la limosna.

Considera que establecer el precepto de la limosna sin determinar su materia, es turbar á las almas escrupulosas, autorizar á las almas duras y asignar

al pobre sobre el rico una deuda sin límites. Ahora bien, ¿cuál es la materia de la limosna? Lo superfluo de los ricos; y esta es la razón por la que decía san Pablo á los corintios: "Que vuestra abundancia supla á la indigencia de los pobres„. Fundados en esto, enseñan los santos Padres que retener lo superfluo es un robo; así lo dice san Ambrosio, y santo Tomás añade, que no habría justicia en la repartición de los bienes de Dios si lo superfluo de los unos no debiese ser entregado á los otros. En este sentido nada superfluo existe en el mundo, porque lo superfluo para el rico es lo necesario para el pobre; y Dios quiere, añade el Apóstol, que eso necesario le sea dado para establecer entre los hombres una bienaventurada igualdad. En esto has de ver la providencia de Dios y su misericordia para con los ricos, pues si les fuera permitido guardar lo superfluo, eso superfluo sería el mayor obstáculo para su salvación. ¿Pero qué es lo superfluo? dirás, y aquí realmente está el punto de la dificultad. Porque desde luego se comprende que lo superfluo es todo aquello que no es necesario á cada cual en su respectivo estado; pero de ahí nacen mil pretextos; pues, según los ricos, todo lo que tienen, es necesario á su estado. Para resolver con acierto este asunto, has de examinar dos cosas: 1.ª Cuál es ese estado. 2.ª Qué es lo necesario para ese estado. ¿Y cuál es ese estado? ¿Es acaso un estado de ambición sin límites y que sólo está fundado sobre tus vastas ideas de orgullo y de codicia? Si así fuera, tendrías razón al decir que no tienes nada superfluo, ¿pero cómo siendo cristiano podrás exponer semejante excusa? Y si esa clase de estados estuviese autorizada, ¿á qué quedaría reducido el precepto de la limosna? Aparte de esto y aun cuando tu posición fuese la que te imaginas, debes, á lo menos, llamar superfluo á todo lo que no es para ti solamente inútil, sino perjudicial, esto es, lo que sirve para sostener tus desórdenes, tus excesos, tus placeres ver-

gonzosos, tus gastos excesivos, tu vanidad y tu lujo. Reduce todo esto y tendrás lo superfluo.

Pero tal vez dirás: ¿Acaso no tengo derecho á lo superfluo para engrandecer mi familia? Ahí precisamente está el escollo y la piedra de escándalo para todos los ricos mundanos; porque ese deseo es criminal en cuanto que tiende á beneficiarte con lo superfluo que pertenece de derecho á los pobres. Te es permitido engrandecer tu familia con tal de que te contengas en los límites de una razonable modestia y cuidando de que ese engrandecimiento no destruya el precepto de la limosna, y siempre que en la misma proporción que tu engrandecimiento crezcan tus limosnas, puesto que ellas constituyen una parte esencial de tu obligación.

No digas tampoco que tienes una familia é hijos á quienes sostener, porque no por eso debes abandonar á los miembros de Jesucristo, que son tu familia también. Y por otra parte, así como si Dios te hubiera dado una familia más numerosa, á toda ella la harías partícipe de tus riquezas, del mismo modo debes ver en el pobre á un hijo más que aumenta los gastos de tu casa.

Acuérdate, por último, de que á la hora de la muerte tendrás que perder eso superfluo, y empléalo ahora de modo que te atraigas las bendiciones de Dios, á quien nada moverá tanto á aumentar tus bienes temporales como el buen uso que de ellos hagas en favor de los pobres. Muévate á ser misericordioso con ellos el hecho mil veces repetido y comprobado por gran número de personas graves, que te aseguran no haberse dado el caso de que un rico que se haya mostrado generoso con los pobres, deje de experimentar á la hora de su muerte, ciertos efectos de la gracia y misericordia de Dios que han llenado de consuelo á los que le asistían en trance tan extremo, mientras, por el contrario, es muy común ver á ricos insensibles á las miserias del prójimo envejecer

en sus desórdenes, endurecérseles el corazón y morir al fin en la impenitencia. Y no puede menos de ser así, porque, según la sentencia del Espíritu Santo, no hay misericordia para quien no ha usado de misericordia.

PUNTO III

Premios de la limosna.

Considera que la limosna es una de las señales más ciertas de la predestinación, porque es una de las causas, ó la más eficaz, de la salvación, pues nos alcanza todos los medios para asegurarla y quita todas las dificultades que pueden impedirla. La misericordia de Dios es el fundamento más sólido de nuestra salvación; y ¿quién nos asegura de ella más infaliblemente que la misericordia con los pobres? "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia„. Jesucristo no puede dejar de tener misericordia de los que la hacen, sin faltar á su palabra. "Dad, y se os dará„; pero, ¿qué se nos dará? Una medida abundantísima; se nos dará mucho más de lo que diéremos; se nos darán bienes de otra naturaleza, de otro valor; se nos darán bienes espirituales, divinos, eternos; gracias abundantes, el perdón de nuestros pecados, la amistad con Dios, prendas seguras de nuestra predestinación. Estos son los bienes que la Escritura promete por un vaso de agua, por un bocado de pan dado á un pobre; ¿son, por ventura, caros ó costosos á este precio?

No solamente la limosna nos alcanza todos los medios para nuestra salvación, sino que quita todos los obstáculos ó impedimentos. Nuestros pecados son los que impiden nuestra salvación. "La limosna, dice Tobías, purifica nuestras almas de sus pecados, alcanzándonos el perdón de ellos„. "Dad limosna, decía el Salvador, y seréis purificados de todas vuestras culpas„. Deudores, pues, somos de diez mil talentos á la justicia de Dios, podemos redimir esta in-

mensa obligación con una pequeña limosna. ¡Qué dichosa, pero qué fácil compensación! Si quedamos deudores, es absolutamente por nuestra culpa. "Redime tus pecados con tus limosnas", decía Daniel á Nabucodonosor. La única ventaja que las riquezas dan á los ricos para su salvación, en medio de los impedimentos que les causan, es darles el medio de pagar lo que deben á la justicia divina, distribuyendo sus riquezas con los pobres; y esto, aunque ellos sean muy deudores, ó por el mal uso que han hecho de sus riquezas, ó por el sobrado gusto que en ellas pusieron.

Saca, pues, de todo lo que has leído y meditado como doctrina muy acomodada para curar las llagas del siglo y encender tu corazón en la caridad, que es verdad de fe que Jesucristo quiere ser reconocido en la persona del pobre, que reputa su pobreza como propia y que agradece y paga como hecho á El el bien que al pobre se hace. Si despreciamos al pobre es por efecto de nuestra poca fe, que nos hace olvidar la estrecha alianza de naturaleza y de gracia que al pobre nos une y la más estrecha que une al pobre con Jesucristo. Imbuídos en las máximas del mundo no hacemos caso sino de pompas exteriores, que ¡cuántas veces sólo sirven para cubrir la ignominia y el pecado! No mires al pobre, dice san Agustín, con ojos de carne sino con los de la fe, y entonces verás en él una especie de sacramento de nuestra religión que oculta grandes misterios debajo de especies despreciables. Haz como los Magos, adora á tu Dios en la pobreza ó como el buen ladrón, proclama á tu rey bajo una corona de espinas.

Considera, pues, que el Hijo de Dios se presenta á ti en la persona del pobre no tanto para recibir la limosna como para tener ocasión de hacértela. Si el pobre es ingrato, no te importe, Dios no lo es y el provecho siempre es para ti. La limosna te la haces á ti mismo y si tuvieses fe, debías de mirar al pobre

no como deudor sino como acreedor tuyo y en cierto modo como tu salvador, porque la limosna es la absolución de tus pecados. No amas á Jesucristo si sólo lo buscas en la prosperidad y huyes de El en la cruz. El amor divino no halla casa más agradable que la casa del pobre, que el hospital y la cárcel, porque sabe que Jesucristo se complace en esos centros del dolor y la misericordia más que en los palacios de los grandes. Ni puede ser la caridad delicada, ni menos altanera, porque la honra de visitar y curar los miembros doloridos de Cristo debe sobreponerse á los impulsos de nuestra naturaleza. Ve si son esos los sentimientos de tu corazón y si son esas tus ideas, porque si no, estás muy lejos de tener el espíritu de Jesucristo.

Coloquio.—Señor mío Jesucristo, que siendo riquísimo y Dios y Señor del cielo y de la tierra os hicísteis pobre por mí para hacerme rico, y nacísteis en un portal, y vivísteis en suma pobreza, y morísteis desnudo en una cruz sin tener donde reclinar vuestra cabeza, para enseñarme el menosprecio de las riquezas y de todas las cosas de la tierra; yo os suplico que me deis vuestro espíritu, y apaguéis en mí la sed y apetito desordenado de la hacienda, y arranquéis de mi alma la codicia y el deseo de aquellos bienes que no pueden henchir el vacío de mi corazón, ni hartarle, ni darle contento, y se adquieren con trabajo, y se poseen con cuidado, y se pierden con dolor, y las más veces se alcanzan y se gastan con pecado, y son lazos de las almas, y materia de muchos males. Yo, Señor mío y bien mío, desde hoy detesto la codicia de bienes temporales, y os suplico que me hagáis rico de los espirituales y eternos, y me deis vuestra gracia para que si tuviere hacienda la reparta largamente con vuestros pobres, é imite vuestra inmensa liberalidad; y si no la tuviere, me alegre de ser pobre por ser más semejante á Vos, y confíe en Vos y esté colgado de vuestra divina Providencia.

Propósitos.—Resuélvete á seguir el consejo de Daniel, redimiendo tus pecados, con limosnas

21 DE SEPTIEMBRE

Parábola de la viña.

Preludios.—Imagínate la ingratitud de aquellos renteros que debían colmar todo al Padre de familias, mataron, sin embargo, á sus criados y al mismo Hijo del Señor, y pide no ser tú nunca desagradecido á los beneficios infinitos de Dios.

PUNTO I

De la providencia de Dios con su Iglesia y con las almas figuradas por esta viña.

Considera la soberana providencia de Dios con la viña de su Iglesia, la cual resplandece señaladamente en tres cosas, figuradas por la cerca, el lagar y la torre. Cerca, es la protección de los ángeles, que la defienden de los demonios y de las fieras de los perseguidores, para que no la huellen, y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él solo fuera la viña; pero muy más fuerte cerca es la protección del mismo Dios, que está alrededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones y le tiene cercado con preceptos, fortificado con promesas de grandes premios para quien los guardare, y con amenazas de terribles castigos á quien los quebrantare.

Lagar, es la muchedumbre de sacramentos y sacrificios en que se recoge la sangre de Jesucristo, en cuya virtud se comunica el perdón de los pecados y el vino de la caridad. Y entre todos tiene la primacía el Santo Sacramento y sacrificio del altar, en el cual depositó su mismo cuerpo y sangre para embriagarnos con el vino de su amor. Lagar es también la divina ley, con sus preceptos y consejos de perfección, cuyo fin es el vino puro de la caridad, exprimido con la piedra de la mortificación y penitencia, y con la carga de la humillación.

Torre, es la providencia especial de nuestro Dios,

que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas, y el templo y casa de oración donde invocamos el nombre de nuestro Señor, que es torre fortísima para nuestra defensa; y también la muchedumbre de prelados y maestros que, como atalayas, guardan la viña para que ni las fieras la destrocen, ni las raposas la destruyan. Y finalmente, es torre la doctrina alta y soberana de la Sagrada Escritura y Evangelios, con la cual se levanta nuestro corazón de lo terreno á lo celestial, y tiene, como la torre de David, armas ofensivas y defensivas de grandes avisos y remedios contra las tentaciones y molestias de nuestros enemigos públicos y secretos.

Considera igualmente, cómo Cristo N. S. entrega esta viña á labradores y renteros, que son los hombres, no por venta, sino por arrendamiento, porque El se queda con el dominio y nos pide que la labremos para que lleve fruto de bendición, y cada uno ha de labrar la parte que le cabe, que es su propia alma y las almas de los que están á su cargo. Y hecha la entrega, dice que se parte muy lejos, para dar á entender que se trata como ausente, dejándonos en nuestra libertad, sin hacernos fuerza y como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo y está en todo lugar. Con estas consideraciones, hablando conmigo mismo, me diré: Procura ser liberal con Dios, como Dios lo es contigo; y pues Dios te ha hecho rentero de viña tan preciosa, vuélvele copiosos frutos, aprovechándote de la cerca, lagar y torre que hay en ella. Y pues se hace del ausente para probar tu fidelidad, sírvele fielmente como si le vieras, para que llegues á verle como deseas. ¡Oh Dios liberalísimo que me pides renta de esta viña, no por tu provecho, sino por el mío, concédeme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria, sino para la tuya, por todos los siglos!

PUNTO II

De la horrible ingratitud de los criados para con su amo y señor de la viña.

La segunda parte de la parábola refiere la indigna conducta de los renteros. Porque "llegado el tiempo de los frutos, envió el Padre de familias diversas veces muchos criados para recoger los frutos, pero los renteros los maltrataron. Visto esto, envió a su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo; pero ellos en viéndole dijeron: Este es el heredero, venid y matémosle, y nos quedamos con la viña y heredad. Y prendiéndole, sacaronle de la viña y lo mataron."

Considera la suave providencia de Dios con los renteros en solicitarlos a lo bueno por varios medios, y la maldad abominable de los renteros contra Dios en atropellarlos todos. Y hay que advertir que el tiempo de los frutos es todo lo que dura esta vida mortal; porque después del fin del mundo y de la muerte de cada uno, no es tiempo de fructificar, porque, si se pasa el tiempo, nos hallaremos sin remedio.

Esto supuesto, se ha de ponderar la infinita caridad de nuestro Padre de familias, el cual en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores que exhortasen a los renteros á trabajar en bien de sus almas; y aunque los hombres maltrataron y mataron a estos profetas y predicadores, El, por su infinita bondad, en lugar de abrasar a estos homicidas, les dió a su Hijo unigénito hecho hombre, para que viniese en persona a exhortarles lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros, que se atrevieron a querer matar a su Hijo unigénito y echarle de la viña que era suya, entregándole a los gentiles, de los cuales, como manso cordero, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalén, y con su sangre preciosa quiso regar la

viña, para que llevase fruto con abundancia. ¡Oh Padre Eterno! ¿Qué provecho te traen los frutos de esta viña, para que envíes á tu Hijo á solicitarlos, sabiendo cuán mal le habían de tratar sus renteros? ¡Oh Hijo de Dios vivo! ¿Por qué amas tanto á esta viña, que quieres morir por ella? ¡Oh amor excesivo del Hijo de Dios! Ahora, Señor, veo con cuánta verdad dijiste: "¿Qué más pude hacer por mi viña de lo que hice?" Verdaderamente hiciste lo sumo que podías en hacerte hombre y morir por el hombre. Pero el hombre ingrato y rebelde no puede hacer mayor mal del que hizo quitándote la vida, resistiendo á tu predicación y queriéndose alzar con los bienes que le diste. Mas todo esto me convida á que te ame y trabaje por darte el fruto que te debo, haciendo lo sumo que pudiere en tu servicio, como Tú lo hiciste en mi provecho.

Luego ponderaré el cuidado cotidiano que tiene Dios N. S. de avisarme que cuide de la viña de mi alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones, aunque yo soy tan malo, que muchas veces lo maltrato y ahogo el espíritu que me incita á lo bueno, y piso el dictamen de la conciencia que me reprende lo malo, y crucifico dentro de mí al Hijo de Dios, echándole fuera de mi corazón por dar entrada al pecado. Y habiendo sido tanta la bondad del Padre Eterno, que quiso que su propio Hijo estuviese en medio de la viña de la Iglesia, en el santo sacramento del altar, para que teniendo respeto á su presencia, me animase á trabajar y cultivar mi alma, ni esto ha bastado para que yo lo hiciese. ¡Oh dureza rebelde! ¡Oh rebeldía ingrata! ¡Oh ingratitud abominable de mi corazón! ¿Por qué no te ablandas con tantos favores, para servir como debes á este Señor, de quien tanto bien recibes? Ayúdame, Salvador mío, con tu gracia, para que desde luego comience nueva vida.

PUNTO III

Conclusión de la parábola.

Considera cómo los judíos respondieron á nuestro Señor que el Señor de la viña debía de destruir á los malos renteros, en lo que se ve cuán justo es Dios N. S: en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que El había de pronunciar, y cuán abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesta en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios justísimamente había de pronunciar contra él para castigarle como merece. ¡Oh Padre misericordioso y juez muy justo, templa tu justa ira con tu grande misericordia; y si con tales parábolas nos quieres convencer, no sea para condenarnos como á los fariseos, sino para que conociendo nuestras culpas como David, hagamos penitencia de ellas!

Pondera aquí el terrible castigo, pero justísimo, con que Cristo amenazó á los judíos diciendo que les quitaría el reino de Dios, que es lo mismo que la viña con su cerca, lagar y torre, desamparándolos por su pertinacia para que fuesen destruídos. Quitóles el derecho que tenían á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y leyes del reino del Mesías, traspasando todo esto en la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por tanto, ¡oh alma mía!, escarmienta en cabeza ajena antes que venga el castigo por la propia. Mira que Dios desampara á los que le dejan, y sabe pasar su fe de un punto á otro y los reinados y dignidades de una persona en otra, quitándolas por su culpa al que las tiene y poniendo otros en su lugar; y si uno falta en la fe ó religión que profesó, llamará otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. "Ten, pues, lo que tienes, porque no reciba otro tu corona."

Coloquio.—¡Oh Padre soberano, gracias te doy por los bienes que haces á esta viña que plantaste por tu mano; y pues me has puesto en ella, tómame debajo de tu protección y amparo, embriágame con el vino de tu amor, alégrame en la casa de tu oración, gobiérname por medio de tus ministros y dame luz para aprovecharme de tu santísima doctrina, de modo que alcance la perfección para que se ordena! Que no sea yo ingrato á tus beneficios, antes aprovechándome de ellos y cultivando con esmero y regando con mis sudores y mi sangre la viña de mi alma, consiga yo que dé frutos agradables á tus divinos ojos.

Propósitos.—Sé agradecido á los beneficios de Dios y fiel á sus inspiraciones, no sea que te quite lo que te ha dado y lo traspase á quien sea más fiel que tú.

22 DE SEPTIEMBRE

De la ingratitud del hombre para con Dios.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Cuán injurioso es á Dios el pecado de la ingratitud.

Considera que la ingratitud fué el primer vicio del mundo, y que cuando somos ingratos para con Dios, hacemos ver que somos los herederos del pecado del primer hombre, así como somos sus hijos. En la naturaleza de la ingratitud encuentra santo Tomás tres grados. El primero es, no hacer lo que se puede para agradecer el beneficio recibido, correspondiendo con otro beneficio recíproco. Y como á Dios ningún beneficio puede hacer el hombre miserable, porque El no tiene necesidad de nuestros bienes, los suplimos con la reverencia y el amor que le tributamos para corresponder á sus dones. El segundo grado de la ingratitud consiste, en no tributar gracias y ala-

banzas al bienhechor si no se puede hacer otra cosa, disimulando y dejando pasar en el silencio el beneficio recibido. El tercero, borrar el beneficio del corazón y darle al olvido. En rigor aún se podría añadir un cuarto grado, que es el de ultrajar y ofender á su bienhechor, valiéndonos de sus mismos beneficios. Además, considera que de dos maneras somos ingratos para con Dios; por omisión, cuando no le damos alguna muestra de nuestra gratitud, ó positivamente, cuando hacemos algo contrario al agradecimiento que le debemos. El que no hace algún acto de amor á Dios, cuando recibe algún beneficio, cae en el primer grado de ingratitud, y el que no reflexiona sobre las gracias recibidas y no las declara ni confiesa, ni da por ellas á Dios mil acciones de gracias y alabanzas, cae en el segundo grado. Pero si además de esto ultraja y ofende á Dios con sus mismos dones, entonces, cae en el último grado del abismo de la ingratitud é incurre en el horrendo pecado de los que, según el Salmista, devuelven mal por bien.

Con esta sola definición basta para que comprendas la gravedad de la ingratitud; pero hay otras dos razones que te harán ver claramente su enormidad. La una, nace del objeto á que se refiere; la otra, del sujeto que la produce. Esto es: de Dios, á quien ofende nuestro desagradecimiento, y del hombre, que comete la ofensa.

Nada, pues, desagrada tanto á Dios como la ingratitud, porque contraría y combate la inclinación más fuerte, y por decirlo así, más natural en Dios, que es el deseo de que su infinita bondad distribuya sus bienes en el seno de sus criaturas y derrame los tesoros de sus gracias en los corazones de los cristianos que ha escogido para sus hijos. Pero todavía hace la ingratitud á Dios otra ofensa, no menor que la primera, y es que le arrebata el único homenaje que puede recibir de la criatura inteligente, pues siendo de Dios, que lo ha creado, todo cuanto tenemos, con nada más

que con nuestro agradecimiento podemos pagarle los beneficios que nos hace.

Considera, también, que el ingrato, en cuanto está de su parte, priva á Dios del fin para que creó al mundo y á todas las criaturas. La Sagrada Escritura enseña que Dios crió todas las cosas para sí; ¿pero qué es lo que Dios se propone obtener más particularmente de la creación del mundo? No es ninguna alegría ni felicidad intrínseca, pues El es infinitamente feliz; tampoco ningún auxilio, porque es Todopoderoso; ni ningún bien, porque es Señor y Soberano de todos los bienes. ¿Qué beneficios, pues, le pudo reportar la creación del mundo? El único que puede obtener y el sólo fruto que puede de ella sacar, es su gloria. ¿Y quién puede tributárselo? Todas las cosas creadas, pregonan con su hermosura, con su bondad ó con su utilidad, la grandeza de Dios, pero sólo el hombre tiene voluntad y lengua para darle gracias y cantar sus alabanzas. Por consiguiente, el ingrato que por negligencia ú olvido ó por desprecio á su Creador, deja de cumplir este deber, frustra en cuanto está en su mano, el designio que Dios se ha propuesto en la creación y gobierno del mundo, y que no es otro que el de verse conocido, honrado y alabado por sus criaturas. ¿Cómo, pues, no ha de ser muy odiosa á los ojos de Dios esta conducta del ingrato que detiene el curso de su misericordia, seca las fuentes de la bondad divina y le roba el único bien que puede recibir de los hombres?

Y ¡oh dolor! El número de los que así proceden es infinito aun entre los mismos cristianos, muchos de los que, á semejanza de esos animales que devoran cuanto encuentran á su paso sin levantar la cabeza para ver de dónde procede, reciben incesantemente de la mano generosa de Dios los bienes de fortuna, de naturaleza y de gracia, sin reflexionar quién se los envía, ni levantar los ojos al cielo para adorar y bendecir á su magnánimo bienhechor.

No seas tú de ese número, abre tu corazón para recibir las dádivas de Dios, pero al mismo tiempo cumple con los deberes que te impone la gratitud, tributando á Dios las alabanzas y devolviéndole el único bien que de ti espera, ó teme si no el terrible castigo que merece tu desagradecimiento y no te portes con Dios como no te portarías con el más miserable de los hombres si este te hiciese algún favor de los infinitos que el Señor te hace.

PUNTO II

La ingratitud es perniciosa y dañosísima para el hombre.

Considera que según la opinión de muchos autores profanos, la ingratitud encierra en sí en grado máximo todos los vicios. Llamar á un hombre ingrato, es colmarle de todas las injurias; y si eso puede decirse del que es ingrato con los hombres ¿qué se podrá decir del que es ingrato para con Dios?

San Agustín en sus *Soliloquios*, dirigiéndose á Dios le dice: "Señor, yo sé y Vos me lo habéis hecho conocer, que la ingratitud encierra, no solamente la malicia de todos los pecados, sino todos los males y penas de que los pecadores están amenazados, y por esto podemos llamarla la raíz de todo el mal espiritual„. San Bernardo añade que la ingratitud es la grande enemiga de Dios, el anonadamiento de los méritos, la disipación de las virtudes y la pérdida de los beneficios recibidos.

Y así es, efectivamente, porque la ingratitud quita al hombre las primeras gracias y le impide recibir las segundas, puesto que el ingrato merece perder lo que ha recibido y no merece obtener lo que le falta. En él se verifica aquella terrible amenaza de Jesucristo en el Evangelio. "Al que no tiene se le quitará lo que tiene„; pues en el ingrato se encuentran á la vez estas dos condiciones tan opuestas. Porque, si bien lo consideras, verás que tiene los dones que

Dios le ha dado y las gracias que su magnanimidad le otorga; pero al mismo tiempo no los tiene para conocer y alabar á Dios ni para el buen empleo ni para el buen uso de ellos, puesto que los deja inactivos, á semejanza de los avaros que al ocultar bajo tierra sus tesoros sin atreverse á servirse de ellos, tienen bienes y no los tienen, porque tienen la propiedad, pero no el goce de sus riquezas. De aquí que Dios, viendo que los ingratos no hacen buen uso de las gracias que les ha dado, les quita lo que tienen ó los deja tan secos y áridos como si no lo tuvieran.

Y no sólo les quita esas primeras gracias, sino las segundas, porque justo es que aquel que impide que las gracias que ha recibido fructifiquen y vayan adonde deben ir, esto es, á Dios, de quien proceden, no reciba las segundas; del mismo modo que el que detiene el curso de un río impide que corran no sólo las aguas que estanca sino las que vienen detrás, que quedan igualmente detenidas.

Considera, por último, que este pecado de la ingratitud, desarregla y pervierte todas las potencias del alma. Hiere á la memoria con el olvido de Dios; llena el entendimiento con las tinieblas de la ignorancia y produce en la voluntad un desorden, un endurecimiento, una soberbia y una perversión que son terribles prenuncios de la eterna reprobación.

De aquí se sigue necesariamente que cuando la ingratitud se ha apoderado de un alma borrando de ella el recuerdo de los beneficios de Dios, le predispone á toda clase de pecados; porque del olvido de Dios, se cae bien pronto en su desprecio, de donde se precipita el pecador en el abismo de todos los crímenes. Tal sucedió al pueblo de Israel, que del olvido de las maravillas que Dios había obrado para librarle de la servidumbre de Egipto, pasó á la murmuración, luego al desprecio del Señor y después á la impiedad hasta caer en la más espantosa idolatría.

No caigas en semejante abominación. Muéstrate

con las palabras y las obras agradecido á la bondad infinita de Dios. Alábalo, sírvelo y ámalo, que eso te proporcionará el que cada día crezca para ti el torrente de sus gracias y favores.

PUNTO III

Medios de evitar los daños que causa la ingratitud.

Considera que el primero y principal remedio de toda enfermedad es conocer su intensidad y naturaleza. Confiesa, pues, delante de Dios, que perteneces al número de los ingratos y duélete de ello, porque en las enfermedades del alma el aborrecimiento del mal es casi la curación completa.

Mira también á qué grado de ingratitud perteneces, porque los hay de diferente gravedad, y según sea ésta así ha de ser la medicina. Los que viven habitualmente en pecado mortal y en él perseveran, son los mayores ingratos, porque pagan con el mayor de los ultrajes los beneficios recibidos de Dios. Los que salen con frecuencia de ese miserable estado por medio de la penitencia, pero luego vuelven á caer en él á causa, ó de su miserable flaqueza, ó de su perversa costumbre, no serán tan ingratos como los primeros; pero todavía lo son mucho, porque ofenden con frecuencia á su bienhechor, ahogando sus gracias en el veneno de la ingratitud y del pecado. Aquellos, por último, que evitan el pecado mortal, pero que se abandonan al venial, en mentiras, vanidades, impaciencias, cóleras y palabras ociosas, son menos ingratos que los demás, pero lo son aún, porque ofender á su bienhechor en la cosa más pequeña es, de todos modos, ser ingrato. ¿A cuál de esas clases perteneces tú? Examínalo con detención, pues en conocerlo estriba el principal remedio de tan terrible enfermedad.

El segundo remedio consiste en meditar detenidamente acerca de los beneficios recibidos de Dios, que

son de dos clases, á saber: los generales y comunes á todo el mundo, como la creación, la conservación, la redención, la fe en las cosas divinas y sobrenaturales, la esperanza en la vida eterna y el derecho á la corona de la gloria, y los particulares y personales, cuyo número es infinito, pues si llevaras la cuenta de los que Dios te ha hecho en el curso de tu vida, verías que son muchos más que los instantes de tu existencia. En la imposibilidad de contarlos, piensa al menos en las veces que Dios te ha apartado del pecado mortal y librado del infierno desde que recibiste el Bautismo, y piensa que cada vez que respiras debes de nuevo la vida á tu Dios.

Debes, en tercer lugar, después de haber meditado los beneficios que Dios te ha hecho, darle gracias por ellos, siguiendo el consejo de san Pablo, que dice: "que siendo infinitos y continuos los beneficios que Dios nos hace, continuas deben ser nuestras acciones de gracias." Dáselas, pues, por los bienes espirituales y por los bienes temporales que de El has recibido y continuamente recibes, y si la vista de toda la naturaleza, que á su modo alaba y bendice al Creador, no te bastara para unir tus alabanzas á las suyas, mira con los ojos de la fe á los innumerables millones de espíritus angélicos y á todos los santos, que manifiestan su gratitud á Dios con bendiciones y alabanzas perpetuas. Comienza desde ahora á hacer imperfectamente en este mundo lo que habrás de hacer perfectamente en el cielo, si tienes la dicha de penetrar en él, tributándole las debidas alabanzas para poder luego cantar eternamente sus misericordias y darle infinitas gracias por su bondad, para que de ti pueda decirse: ¡Oh, Señor; bienaventurados los que habitan en vuestra casa, porque ellos os alabarán eternamente!

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo y liberalísimo, cómo podré yo corresponder á los infinitos beneficios que me haces, y de los que vivo y me sustento! Yo

no quiero ser más ingrato con un Dios tan bueno y generoso. Y pues Tú me concedes el que pueda devolverte como mío lo que por cien títulos es tuyo, toma mi corazón, pues me le diste; tómale, pues me le pides, y porque yo no le puedo dar con la liberalidad y perfección que deseo, suple Tú mi falta para que te lo dé como deseas! ¡Oh Padre mío, toma para Ti mi corazón, que mejor y más seguro estará en tus manos que en mi pecho! Desde hoy más te ofrezco mis afectos, mis deseos y aficiones, mis obras y todas mis cosas; toda la fruta de este árbol quiero que sea para Ti, Dios mío: liberalmente te la doy, porque no quiero nada en mí que no sea para tu servicio y gloria.

Propósitos.— En todas cosas, prósperas y adversas da gracias al Señor. Todos son beneficios suyos, y el ser agradecido con Dios, es el medio de que aumente su largueza para contigo.

23 DE SEPTIEMBRE

Parábola de los convidados á las bodas y á la cena.

Preludios.—Imagínate el reino de los cielos como se propone en esta parábola, bajo la figura de un magnífico banquete de bodas, y pide al Señor que no seas tú por tus culpas de los arrojados á las tinieblas exteriores, sino que por los méritos de Cristo y tu correspondencia á la gracia, merezcas participar de aquellas eternas delicias de los bienaventurados.

PUNTO I

Del convite.

Considera cómo el Eterno Padre, Rey de cielos y tierra, quiso que su Hijo unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en un todo igual á su Padre. Pasó más adelante la bondad de este Padre celestial, porque también quiso que su Hijo se desposase con la Iglesia, que es la congrega-

ción de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes, cuales convienen á esposas de tan soberano Rey.

Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque llama á muchos, para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó pecador; aunque haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. Y para celebrarlo prepara un gran convite, y en él sirve tres manjares preciosísimos: la doctrina que es el sustento del entendimiento, los consejos de perfección que son alimento de la voluntad, y los sacramentos que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas, entre los cuales el más principal es el santísimo Sacramento del altar, en el cual el mismo Jesucristo da real y verdaderamente su cuerpo por manjar y su sangre por bebida. ¡Oh convite soberano! ¡Oh cena grande y sobre todas las que ha habido y habrá en el mundo! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero! ¡El es el que convida y El es el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que la coma, y llenándole de los deleites del cielo!

Considera que los predicadores son como los criados del Rey y del Esposo que llaman á los convidados á este banquete de bodas, y que también son solicitados estos por secretas inspiraciones, por toques interiores dentro del corazón, á pesar de lo cual, hay muchos que se excusan de asistir al banquete: Uno dice: "he comprado una heredad, tengo necesidad de ir á verla, te ruego, pues, que me tengas por excusado„; y otro: "compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos, ruégote me tengas por excusado„; y otro: "me he casado, y por eso no puedo ir„, en cuyas tres excusas has de ver los vicios que nos detienen é impiden convertirnos á Dios, es á saber: la soberbia de la vida, la codicia de los ojos y la concupiscencia de la carne.

Considera, por último, que aquellos desvergonzados que mataron á los criados del rey, son los que aborrecen á los predicadores y confesores y á cuantos les reprenden sus vicios, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra; y así, al pecado de no venir al banquete, añaden el de afrentar á los mensajeros. ¡Oh Rey eterno, ablanda la dureza de los rebeldes; refrena, Señor, tu ira, y ten de ellos misericordia! ¡Y ablanda también mi corazón para que no se haga sordo á los llamamientos de tu gracia!

PUNTO II

De cómo se llenó la sala del banquete.

Considera cuán grande es la liberalidad de Dios, que no se cansa de los hombres, aunque tantos desprecian sus convites, y aunque los ingratos sean, en general, los ricos y poderosos del mundo; y cómo viendo que éstos son indignos, quiere llamar á los más despreciados y á los que el mismo mundo tiene por indignos. Y admite á los buenos y á los malos, esto es, á los de buen natural y buenas inclinaciones, y á los que tienen malo aquél y malas éstas, para que todos se hagan buenos y santos gozando de su convite; y lo que más admira es que, en especial, manda llamar á los pobres y tullidos, á los ciegos y cojos, y que, si éstos no bastan, llamen á cuantos encontraren y les compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. Y el mismo Señor interiormente, con la luz de sus divinas y eficaces inspiraciones, les fuerza á venir con grande gusto y voluntad, rendidos á lo que quiere. ¡Oh Padre de misericordia, que á ninguno quieres forzar contra su voluntad á que te sirva; fuérzame, Señor, con esta fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la tuya! Mira, Padre soberano, que está este mundo lleno de ciegos y cojos, de tulli-

dos y miserables pecadores, que ni ven el camino por donde han de venir á tus bodas, ni tienen pies para andarle, ni fuerzas para emprenderle, ni constancia para proseguirle. Bien sé, Dios mío, que estás preparado para darles todo lo que les falta; pero á tu bondad suplico que des luz de fe á los ciegos, pies de recta intención á los cojos, fortaleza á los tullidos y caudal de gracia á los mendigos, forzándolos con la dulce fuerza de tu inspiración para que obedezcan á tu santo llamamiento.

PUNTO III

Del que no tenía vestido de boda.

Considera que habiendo el rey reparado en uno de los convidados que había tomado puesto en el festín sin el correspondiente vestido de boda, que según costumbre de aquellos pueblos había de llevar y el rey había proporcionado, le preguntó que cómo se había atrevido á presentarse así; y no sabiendo el audaz convidado qué responder, mandó el rey á sus ministros que lo echasen fuera. En lo que se ha de ver que no basta acudir al divino llamamiento y venir á su banquete con la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de bodas, esto es, con caridad y pureza de vida, que es lo que hace al hombre digno de estar en este convite. Con esta ropa se ha de comer el manjar de la doctrina y el de los sacramentos, especialmente del cuerpo y sangre de Jesucristo, S. N., y quien no la tiene, ha de llegar de tal manera á los sacramentos, que por ellos la reciba.

Considera que así como el rey advirtió al final del convite la mala traza de aquel infeliz convidado, del mismo modo el Rey de cielos y tierra verá al final de la vida de cada uno quién asistió á ella sin ropa de caridad y de pura vida, antes por el contrario, con traje manchado de pecados.

Y de este juicio nadie ha de escapar; porque el

Rey todo lo ve y examina, y así no pudo substraerse á su pesquisa aquel solo convidado, aunque estaba confundido en la multitud de los que iban bien vestidos. Del mismo modo, aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese más que uno solo malo que comulgase mal ó no guardase la ley de Dios, ese no se podría esconder, porque los ojos de Dios le descubrirían y condenarían.

Considérese, por último, la terribilidad de aquella reprensión de Cristo, dada no por odio de la persona, sino por celo de la justicia contra el pecado y el pecador obstinado, y por eso le llama "amigo„ y le dice: "¿cómo entraste aquí? ¿Quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan sucia y asquerosa?„ Y lo mandó arrojar fuera de la sala, condenándole á "cárcel perpetua„, que esto es lo que significa atarle de pies y manos, y á "tinieblas extremas y terribles„, así del alma por la privación de Dios, como exteriores del lugar infernal, cuyo fuego abrasará y no dará luz, y á "llanto y crujir de dientes„; porque llorará acordándose del convite adonde estuvo y de la facilidad que tuvo para salvarse, y de lo que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el lloro será con crujimiento de dientes por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos.

Todo esto mandará el Rey á los ministros, ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada.

Coloquio.—¡Oh Rey eterno y Juez justísimo, cuyos juicios son rectos, aunque terribles con los malos, yo me presento delante de tu Majestad, atado de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, dispuesto para no resistir á cuanto me mandares! Confirma, Señor, esta vo-

luntad con las ataduras de la caridad, para que siendo constante en amarte y obedecerte, llegue á verte y gozarte. Dame asiento y lugar en tu soberano convite que yo procuraré ir con el limpio vestido de la pureza de conciencia para que tú no me arrojes de tu lado, pues en estar junto á Ti está mi dicha en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos —Mira si tu conciencia está tan limpia que no tengas miedo de que el Señor te mande arrojar de su mesa.

24 DE SEPTIEMBRE

De la preparación que exige el banquete Eucarístico.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la preparación al convite Eucarístico.

Considera que la majestad y santidad del que viene á nosotros en la comunión, los grandes designios de amor que le traen, los infinitos milagros que obra para cumplir esos designios, y en fin, nuestra bajeza y nuestra indignidad, nos obligan á hacer todo lo que pudiéremos para prepararnos á recibirle menos indignamente y presentarnos en el divino banquete con el traje blanco de la pureza. Porque siendo el sacramento de la Eucaristía el más santo y el más augusto de todos nuestros sacramentos, la comunión que nos hace participar de él, es la más grande y la mas importante accion de toda nuestra vida. Si no hubiéramos de comulgar sino una vez en ella, toda nuestra vida, por santa y devota que fuese, no sería sobrado tiempo para prepararnos á una sola comunion, aun cuando la hubiéramos empleado en los ejercicios de la penitencia más austera, en la práctica de todas las buenas obras y de todas las virtudes y en continua y altísima oración.

¿Qué se debe, pues, pensar de nosotros que no que-

remos emplear un día siquiera para disponernos á recibir tan altísimo misterio? Y ¿qué digo un día? Ni aun algunas pocas horas dedicamos á prepararnos á la comunión. Pero á lo menos, ya que no empleemos tanto tiempo como corresponde á la grandeza del Señor que en ella recibimos, debemos suplir con nuestro fervor y espíritu el tiempo que nos falta y con una santa prisa hacer todo lo que podemos ya que es imposible á nuestra flaqueza el hacer más. Así lo practicaríamos si estuviésemos persuadidos de la infinita grandeza del que viene; de nuestra bajeza é indignidad, de los grandes designios que tiene el Señor al venir á nosotros y de los grandes bienes que podemos granjear con su visita. La tibieza y negligencia con que nos llegamos á estos divinos misterios, muestran, ó que no creemos con fe viva que Dios viene á nosotros, ó que no pensamos en ello: mas ¿cómo se pueden dejar de pensar cosas tan altas y sublimes cuando se creen? ¿Y cómo no nos anonadamos y nos confundimos de pavor y de respeto delante de esta suprema Majestad, cuando se piensa que viene á nosotros?

Eso en cuanto al tiempo de la preparación, que si luego miras al fervor de tu espíritu, pensando en el divino manjar que recibimos, debes deducir que aunque empleásemos todas las fuerzas de nuestra alma, toda la aplicación de nuestro espíritu, toda la ternura de nuestro corazón en prepararnos para el banquete del Señor, no deberíamos acercarnos á estos divinos misterios, sin un santo temor y una grandísima humildad nacida de la viva persuasión de nuestra indignidad para comer el pan de los ángeles. Porque si ese era el afecto y sentimiento de los mayores santos, de las almas más puras, ¿cuál deberá ser el nuestro? ¿Cuál debe ser nuestra confusión y nuestro temor, cuando nos atrevemos á llegar á estos adorables misterios con espíritu disipado, con los sentidos divertidos y con el corazón lleno de vanidad,

sin fe viva, sin afectos de amor á Jesús, ni de contrición de nuestros pecados? En lugar de emplear gran parte del día en prepararnos para la comunión, como hacía san Francisco de Borja, apenas empleamos algunos momentos; en lugar de hacer todos los esfuerzos para disponernos con el amor, la fe y la reverencia á la participación de misterios tan augustos, llegamos de suerte, que parece no recibimos á Jesucristo, sino para su escarnio y nuestra condenación. ¡Ah, Dios mío! Yo tengo tanto dolor como confusión de verme así tan indigno de Vos y de vuestra visita; pero mi consuelo, Señor, es, que así como el sol cuando entra en un calabozo, lleva toda su luz consigo, así cuando entráis en mi alma impura é imperfecta traéis toda vuestra gloria y santidad, sin perder nada. Preparadme, pues, Señor, para recibiros, pues solo Vos lo podéis hacer dignamente.

Saca de aquí que el principal cuidado de tu vida, debe ser la preparación para la comunión, y acuérdate que es una acción de infinita importancia, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios.

PUNTO II

De la práctica de la preparación para la comunión.

Considera que si no debiésemos comulgar sino una vez en la vida, deberíamos emplear todos los momentos de ésta en prepararnos, pues por grandes que fuesen nuestra fe y fervor y los esfuerzos que hiciésemos para disponernos bien, no nos excederíamos jamás, y podríamos decir siempre con tanta verdad como el humilde Centurión: "Señor, yo no soy digno„. El solo pensamiento de decir: un día he de comulgar, nos debía hacer estar en el más profundo éxtasis de amor, de temor y de atención pensando en Dios y en nosotros mismos; debíamos siempre vigilar hasta los más pequeños movimientos de nuestro

corazón, para que no hubiese alguno contrario á la pureza necesaria para recibir á un Dios que es la misma pureza. Pero como nuestro Señor, por su bondad, nos concede la gracia de comulgar más á menudo, debemos, á lo menos, emplear en prepararnos para cada comunión, todo el espacio que hay entre nuestras comuniones, siguiendo el ejemplo de tantos y tan grandes santos. Y ya que nuestra flaqueza no nos permite ni aun eso, y ya que Dios tiene la condescendencia infinita de condescender con nosotros, es menester, á lo menos, que no limitemos, como hacen muchos, nuestra preparación al poco tiempo que precede inmediatamente á la comunión, sino que empleemos á lo menos un día, empezando á prepararnos desde la víspera.

Empezarás, pues, desde la víspera de la comunión á pensar en ella, y para esto ofrecerás lo primero á Dios, desde por la mañana, todas tus acciones unidas con las de Jesucristo, para alcanzar la gracia necesaria para comulgar dignamente. En segundo lugar, procurarás todo este día conservar mayor retiro y mayor atención á los afectos y movimientos de tu corazón, para que no se levante alguno que pueda manchar la pureza de tu alma. En tercer lugar, usarás, por jaculatorias, de algunos afectos tiernísimos que expliquen tu deseo de comulgar, y lo indigno que eres de esta dicha. Lo cuarto, harás por esta intención algún acto de mortificación y de piedad, como una visita á los pobres, ya que es buen medio para prepararse á recibir la visita del Señor visitarle en sus miembros. Lo quinto, por la tarde visitarás al santísimo Sacramento, pidiéndole que disponga tu corazón con su gracia para que le recibas con fervor y con fruto. Lo sexto, antes de acostarte pensarás en la dicha que has de conseguir al día siguiente, rogando al Angel de la Guarda vele por ti para defenderte de tus enemigos interiores y exteriores, para que ni en sueños te suceda cosa ninguna contraria á la pu-

reza que pide el recibir á un Dios, que es la misma santidad.

Lo séptimo, por la mañana, luego que te despiertes, imaginarás que el Angel de la Guarda te dice: "Ya llega tu Dios, ya viene; levántate para irle al encuentro, prepárate para recibirle". Lo octavo, guardarás devoto silencio, cuanto te fuere posible, teniendo en gran recogimiento tu corazón y tus sentidos y desembarazándote de cualquiera otro negocio que no sea el de tu alma. Lo noveno, hasta el momento de la comunión meditarás estas ideas: ¿quién es el que viene? Es Dios. ¿Y á quién viene? A un hombre, á un gusano de la tierra, á un pecador. ¿Por qué viene? Para darse á mí totalmente y unirme á El y hacerme una cosa consigo. Lo décimo, asistirás á la Misa con el mayor respeto, atención y devoción, y cuando se acerque el tiempo de la comunión formarás actos de fe viva sobre este misterio, de adoración lleno de temor y de respeto, de profunda humildad y de gran confianza en la bondad del que viene á ti, con grandes ansias de recibirle y de unirte á su divina Majestad, renovando también los actos de amor con mucha ternura é igual humildad.

Resuélvete á observar siempre esta práctica para la preparación, si no tienes otra mejor, pues ya sabes que los cielos y la tierra no son bastante puros para recibir y hospedar á aquel Señor, que en su bondad nos dice: "Venid todos á Mí para recibirme".

PUNTO III

De la acción de gracias después de la comunión.

No debemos jamás descuidarnos de tomar algún tiempo después de haber comulgado para la acción de gracias. El beneficio que recibimos en la comunión, que es nada menos que venir un Dios á nuestro pecho, merece que lo agradezcamos. Un cortesano, á quien su príncipe, por particular amistad, concede

una audiencia, ¿dejaría perder ocasión tan favorable para pedirle alguna gracia? Pero si callase y dejase de hablar con su rey, y le volviese la espalda para hablar con otro cualquiera, del mismo favor que le había concedido el príncipe, ¿no haría motivo el rey de su ruina? ¿No sería digno de castigo? ¿Pues lo merecemos acaso menos nosotros, cuando después de la comunión en seguida nos divertimos á cosas profanas y dejamos á Jesucristo, para pensar sólo y ocuparnos de algún objeto frívolo y baladí como si ningún respeto mereciese el Señor que llevamos en nuestro pecho? ¡Oh, qué frialdad y tibieza tan insufrible! ¡Oh, qué fe tan fría y casi casi moribunda! Santa Teresa decía que el tiempo que se sigue inmediatamente á la comunión, es el más precioso de toda nuestra vida, como se sepa aprovechar bien. Es de aquellas favorables coyunturas que no se deben dejar perder y de aquellos dichosos momentos que se deben aprovechar; porque entonces Cristo nuestro Bien viene cargado de gracias; y es aliviarle el dulce peso que trae el darle el gusto de recibirlas; abrámosle nuestro corazón, que él le llenará de sus dones, pero ¡desdichados de nosotros si se lo cerramos con nuestra disipación!

Luego pues que hayas recibido el cuerpo de N. S. Jesucristo en la comunión, échate á sus pies, y animando tu fe sobre su divina presencia, adórale con el más profundo respeto, mezclado de admiración, por ver que el Dios de la gloria y de la majestad se digna descender hasta venir á habitar en el corazón del hombre, y de un hombre pecador; y con esta reflexión dirás con Salomón: "¿Pues cómo, Señor, si los cielos no son dignos de contener vuestra grandeza y Majestad, cómo podré yo recibiros?„ Después, pasando de la admiración y humildad á la acción de gracias y reconocimiento, en la imposibilidad que te hallarás de podérsele mostrar dignamente á tu Salvador, convidarás á que le bendigan todas las criaturas conti-

go; le ofrecerás el amor que le tienen todos los serafines y los bienaventurados, deseando amarle como ellos le aman; le presentarás el fervor con que tantas almas santas comulgan, para suplir el que te falta y desearías tener.

Después descubrirás á nuestro Señor todas tus flaquezas, miserias y necesidades, diciéndole: Señor, pues sólo el tocar tu vestido curó á tantos enfermos, ¿cómo el tocar tu cuerpo, que tantas veces he recibido, no me ha curado de mis enfermedades? ¿Eres acaso menos bueno, ó menos poderoso de lo que eras entonces? Pero ¡ay! que soy yo el que tengo menos fe; pero vuestra divina Majestad me la puede dar. Otras veces, hablando con Él con viva confianza, le dirás como Marta: "Señor, el que amáis está enfermo„, y yo no puedo dudar de vuestro amor, viendo lo que hacéis por mí en este santo Sacramento. Vos me amáis, veis mis enfermedades, me podéis curar, y ¿no lo haréis? Otras veces, imitando á la Magdalena, te quedarás en silencio á sus pies para escuchar, ó las quejas cariñosas que te da, ó los avisos caritativos con que te amonesta. Otras veces unirás tu corazón al suyo para adorar, amar y venerar á su Eterno Padre, tanto como merece, con los afectos de su divino Corazón, que por la comunión es en alguna manera tuyo; y en fin, no dejes nunca de hacerle el sacrificio ó de alguna criatura que aparta tu corazón de Dios, ó de alguna pasión, que sea obstáculo á sus designios, ó de aquel pecado á que tengas más asimiento ó inclinación.

Coloquio.—Gracias te doy, Señor Dios Padre todopoderoso por todos tus beneficios, y señaladamente porque quisiste admitirme á la participación del sacratísimo cuerpo de tu unigénito Hijo. Suplícote, Padre clementísimo, que esta sagrada comunión no sea para mi alma lazo ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón; séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis

vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, paciencia y verdadera humildad, y de todas las virtudes: sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensa de todos mis enemigos visibles é invisibles, y perpetua unión contigo solo, mi verdadero Dios y Señor; y ten por bien de llevarme á aquel convite inefable donde tú eres luz verdadera, hartura cumplida y gozo perdurable en los siglos de los siglos.

Propósitos.—Prescríbete la ley de no dejar jamás de emplear un cuarto de hora, á lo menos, para la acción de gracias, después de la comunión.

25 DE SEPTIEMBRE

De los afectos con que nos hemos de disponer á la sagrada comunión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De los afectos con que hemos de comulgar.

Considera que el primer afecto debe ser el deseo de nuestra santificación. Basta una buena comunión para hacer un santo; y para una buena comunión no se requiere otra cosa que una excelente voluntad de santificarnos por medio del augusto Sacramento del altar. Los que piden una santidad perfecta, como disposición necesaria para este divino Sacramento, pensando honrarle más, en cierto modo le quitan su virtud y lo deshonran; porque lo hacen, por decirlo así, enteramente inútil á los que le reciben, y á los que no lo reciben. ¿Qué bien me produciría este Sacramento si hallase en mí una santidad consumada, y quién le recibiría si hubiese de tener esta santidad? ¿Y á más es ser santo creer que se ha llegado á la cumbre de la perfección? ¿No es más bien una refinada soberbia? Si medimos nuestro mérito y dignidad por la excelencia de este Sacramento, no comulgaríamos jamás;

pero si le medimos por nuestra necesidad é indigencia, comulguemos con cuanta frecuencia podamos. Jesús no está en este Sacramento para hacerse temer, sino para hacerse amar; no ha tomado la apariencia de pan para que sólo le contemplemos, sino para que le comamos. ¿Cuál es tu disposición? ¿Te acercas con frecuencia á la sagrada mesa? ¿Qué te impide que lo hagas?

El segundo afecto debe ser el conocimiento de nuestras miserias con una firme esperanza de que nuestro Señor, por su bondad, suplirá lo que nos falte, y con un deseo afectuoso de recibirle. Porque Jesús, en este divino Sacramento, es para nuestras almas comida y remedio; y si como manjar nos alimenta, como remedio nos cura. Pues si estás enfermo no debes apartarte, sino más bien acercarte al médico divino. Se puede recibir el efecto principal de este Sacramento, esto es, el aumento de la gracia santificante, sin recibir todos los efectos que produce. Para recibir el aumento de la gracia es preciso estar exento de culpa grave; mas para recibir todos los frutos maravillosos de una comunión perfecta, no se debe tener ninguna afición al pecado venial. Pero no confundas la inclinación al mal con el consentimiento en el mal; porque así como puedes ser vicioso, aunque sientas grandes inclinaciones al bien, también puedes ser santo, combatido de grandes inclinaciones al mal, con tal que no consientas. Las tentaciones no nos deben apartar de la sagrada mesa, antes bien deben acercarnos para cobrar fuerza, y remediar nuestros males. No querer vestirse porque se siente frío, ni querer comer porque se tiene debilidad, ni tomar medicina porque se está enfermo, ¿son resoluciones estas de una persona discreta, y que quiere vivir, ó de un desesperado que quiere morir?

La devoción sensible tampoco es necesaria para comulgar bien, porque no siempre depende de nuestra

voluntad, y Dios la niega muchas veces á los mayores santos, para que no le cobren excesiva afición, y conciban alguna presunción de sí mismos. La verdadera devoción no consiste en esas ternuras, sino en una pronta y constante voluntad de hacer todo lo que Dios quiere, y de no hacer cosa alguna de las que prohibe. Haz todo lo que puedas con la gracia de Dios, y con tu humildad suple, como dice san Bernardo, lo que falta á tu caridad; de esta manera estarás muy bien preparado. Sin la gracia no puedes obrar bien alguno, ¿y en dónde la adquirirás sino en este Sacramento, que es el alimento del alma, y la fuente y el celestial conducto de todas las gracias?

El tercer afecto es de humildad. La humildad y el vivo deseo de unirnos con Jesús, ¡cuán bien disponen al alma para recibir la comunión! La humildad nos hace ver nuestra indignidad, y los deseos de comulgar nuestra indigencia; la humildad nos aparta de la sagrada mesa, y el deseo nos acerca á ella; aquélla nos hace decir con el Centurión: "Señor, yo no soy digno„; y con san Pedro: "Señor, apartaos de mí, que soy un pecador„; mas ésta nos hace decir con el mismo Apóstol, cuando los demás se retiraban de la compañía de su Maestro: "Señor, ¿á quién iremos sino á Vos? Vos tenéis palabras de vida eterna.„

Para humillarse delante de Dios basta considerar estas dos palabras: "Quién sois Vos, Dios mío, y ¿quién soy yo?„ Vos sois mi Criador, yo vuestra criatura; Vos el ser por esencia, yo la nada; Vos sois la luz, yo las tinieblas; Vos la fuerza y la bondad misma, yo la debilidad y la malicia; Vos sois el Santo de los santos, yo el mayor de todos los pecadores. Para desear recibir á Jesucristo debemos considerar el honor y provecho que nos resulta de comer su cuerpo sacratísimo en su celestial banquete; el amor infinito que nos profesa; el deseo que tiene de entrar en nuestro corazon, y comunicarnos su gracia; la extrema miseria á que estamos reducidos y la necesi-

dad que tenemos de su auxilio para resistir á las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne y caminar por las sendas de la perfección.

¡Felices los que son llamados á las bodas del Cordero! ¡Más felices los que asisten á ellas algunas veces! ¡Y mil veces felices los que comen en esa mesa celestial con frecuencia y se acercan dignamente preparados! Tienen la gran señal de su eterna salvación, y la prenda casi segura de su predestinación.

PUNTO II

De los pretextos para apartarnos de la sagrada comunión.

Considera que es cosa verdaderamente extraña, que los que habíamos de buscar razones para acercarnos con frecuencia á la comunión, que debía de ser nuestra vida, las busquemos para apartarnos de ella. Lo peor es que, ordinariamente, son pretextos y no razones. Yo no soy digno de comulgar, se suele decir. ¿Esperas á comulgar, cuando juzgues que lo eres? Según eso, nunca comulgarías. ¿Qué hombre hay, por santo que sea, que se pueda juzgar digno de comulgar? Una de las mejores disposiciones para comulgar bien y con fruto, es juzgarse indigno de acercarse á recibir el pan que no merecen los ángeles, aunque haciendo de su parte todo lo posible para merecerlo; nuestra humildad, entonces, suple en lo que cabe á nuestra indignidad. Si renuncias al pecado con un dolor verdadero y una resolución eficaz de no cometerle más, la Iglesia te juzga digno de comulgar. Muy bueno fuera que todo el mundo tuviese una perfecta y altísima santidad para acercarse á la comunión; pero poner la santidad y perfección como condición precisa y necesaria para comulgar, es excluir á casi todo el mundo de este convite general que á todos los hombres, y principalmente á los débiles y enfermos, hizo el Salvador; es poner, por disposición de la comunión, lo que debe ser su efecto y su fruto.

Cuando el Salvador comulgó á sus discípulos, ¿eran ya todos perfectos?

Pero yo soy muy frío en el fervor, muy cobarde y muy débil. Es decir, que te disculpas de arrimarte al fuego, porque tienes frío; de comer, porque sientes hambre y necesidad, y de aplicarte remedios, porque estás enfermo. Si estás frío, no con el hielo de la culpa mortal, que excluye la caridad, sino con aquella tibieza que se opone al fervor, ¿cómo puedes mejor calentarte que acercándote á este horno del divino amor? Si estás débil, ¿cómo puedes fortificarte mejor que comiendo el pan de los fuertes? Si estás enfermo, aplícate este remedio tan eficaz y tan universal para todos los males del alma.

Otros dan por razón, para apartarse de la sagrada comunión, el poco provecho que de ella sacan; pero ¿de qué procede que aprovechen tan poco? ¿De quién se quejan? Y, después de todo, ¿quiénes son los que adelantan más en la virtud? ¿Los que comulgan con frecuencia, ó los que comulgan de tarde en tarde? Puede ser que Dios te oculte el provecho que haces para mantenerte en la humildad; además de que estos progresos algunas veces no dejan de ser muy grandes, aunque no sean sensibles. Si tu concupiscencia es menos violenta, y tus pasiones menos fuertes; si resistes con más valor á las tentaciones; si caes con menos frecuencia y menos gravedad en las culpas, efecto es de tus comuniones. Compárese la vida de los que sólo comulgan una vez al año con la de los que comulgan cada ocho días: ¡qué gran diferencia se hallará entre unos y otros!

Para la tranquilidad y paz de tu alma, y para que veas á qué altura de perfección estás, y, por consiguiente, cuándo te debes llegar á la sagrada mesa, considera las reglas que dan en general los santos respecto á esta materia importantísima para las personas que aspiran á la perfección. Ante todo, es claro que la comunión frecuente es, por sí misma, pre-

ferible á comulgar de tarde en tarde, y es temeridad insufrible, después de la declaración del Concilio de Trento, desaprobar la frecuente comunión. En segundo lugar, la comunión debe ser más ó menos frecuente, según la necesidad que se tiene, la disposición en que se está y el fruto que de ella se saca. Pero la disposición absolutamente necesaria para comulgar, es la que declara el Concilio de Trento, que consiste en una confesión entera de los pecados mortales, en un dolor verdadero de haberlos cometido, y en un firme propósito de no volver á cometerlos más. Tercero, pretender, como algunos quieren, que todos los que se hallaren en esta disposición pueden comulgar todos los días, es absolutamente opuesto á la razón, al sentir de los Padres y á la práctica de los más sabios directores. Y por último, los que ordinariamente no incurren en pecados mortales, aunque cometan algunas veces pecados veniales, pueden comulgar con más frecuencia, la que puede aumentar á medida que crezca tu odio al pecado venial deliberado, tu desasimiento del mundo, tu práctica de las virtudes sólidas y tu amor fervoroso á Jesucristo.

Procura imponerte la obligación, y como ley inviolable, de guardar estas reglas en tus comuniones, y de seguir sobre esto lo que dijere un confesor prudente, piadoso y letrado. ¡Ah Dios mío! ¡que muchas almas no comulgan con más frecuencia, porque no quieren resolverse á vivir con más recogimiento y con mayor despego de las cosas terrenas! Esta es la verdadera causa de no querer comulgar con más frecuencia. Conocen que la frecuente comunión no está en armonía con el deseo de figurar, ni con la vanidad en el vestir, ni con la afición á convites, comodidades y conversaciones ociosas: conocen que entonces habría que dedicar más tiempo á la oración, darse más á la mortificación interna y externa y vivir con más recogimiento; y por esto se

avergüenzan de acercarse con más frecuencia á la sagrada mesa. No hay duda que tales almas deben abstenerse de la frecuente comunión, mientras se hallen en este miserable estado de tibieza, porque comulgar casi cada día como hacen algunas personas, mundanas en sus ideas y en su vida, es un escándalo de la piedad y una profanación de la Eucaristía; pero de esta tibieza debe cuanto antes salir el que, siendo llamado á una vida más perfecta, no quiere arriesgar su eterna salvación.

PUNTO III

De las malas comuniones.

Considera que así como nada honra más á Dios, ni nada nos aprovecha más, que una buena comunión, así nada lo deshonra más ni nada nos es más dañoso que una mala comunión. El que quebranta la ley del príncipe, es culpable, porque realmente le ofende; pero el que ofende á su persona es reo de lesa majestad. Todos los pecados ofenden á Dios, porque quebrantan su ley, pero el sacrilegio ofende á su persona misma, y hace al hombre reo de lesa Majestad divina. No solamente se injuria al mismo Dios, sino que se injuria á un Dios Salvador, cuando precisamente hace este oficio en el Sacramento, y cuando Jesús lleva el amor al hombre hasta el límite á que lo pudo llevar el mismo Dios. ¿Qué puede haber más horrible? Por eso san Pablo no halla términos con que explicar bastantemente la maldad de este delito. Comulgar indignamente, según él dice, es hacerse reo del cuerpo y sangre de Jesucristo, comer nuestro juicio y condenación, profanar su divina sangre y pisar al mismo Jesucristo.

Considera después que así como no hay delito que más ofenda á Dios que una comunión sacrílega, ninguno hay tampoco que Dios castigue más severamente. Dios castiga este horrible pecado con dos gé-

neros de castigos: espirituales y corporales. San Pablo atribuye las frecuentes enfermedades y las muertes infelices de los cristianos á sus malas comuniones. San Cipriano y san Crisóstomo atribuyen las calamidades públicas de sus tiempos á la profanación de este Sacramento; pero las penas espirituales con que Dios castiga á los que comulgan indignamente, son mucho más terribles. La ceguedad del espíritu, la obstinación del corazón y la impenitencia final, son las consecuencias más ordinarias, como se vió claramente en el desgraciado Judas.

Medita, por último, que el sacrilegio es el delito que Dios perdona más dificilmente; porque la obstinación, que es su efecto ordinario, lleva al alma á la impenitencia final y la hace incapaz de perdón. La sangre de Cristo solamente puede lavar nuestros delitos; pero si del sacrificio mismo hacemos un sacrilegio, si pisamos esta preciosa sangre; esta víctima, este sacrificio y esta sangre, en lugar de aplacar á Dios, pedirán justicia y venganza contra nosotros.

Coloquio.—¡Oh maravilloso Sacramento, que eres vida de nuestras almas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el amor divino, medio para recibir la gracia. prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana! Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con este se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción. derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma aliento para caminar hasta el monte de Dios. No permitas, Señor, que por mi culpa se convierta en daño de mi alma, lo que con amor inmenso me dejaste para mi remedio y salud.

Propósitos.—Huir, como de un gran peligro para tu santificación, de la rutina en tus confesiones y comuniones.

26 DE SEPTIEMBRE

De los designios de Dios en la Eucaristía.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De los designios de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que las grandes cosas que Jesucristo hace para venir á nosotros en la Eucaristía, dan bien á entender que tiene grandes designios al querer unirse con nosotros en dicho Sacramento; porque si se manifiesta la omnipotencia de Dios haciendo de nada cosas muy grandes, no es propio de su sabiduría el hacer grandes cosas para fines mezquinos. Dios renueva y junta en el Sacramento de la Eucaristía los mayores milagros que ha obrado jamás. Porque los más grandes esfuerzos de la omnipotencia de Dios, y las invenciones más admirables de su sabiduría, son la creación del mundo, la Encarnación del Verbo y la redención de los hombres, y Jesucristo renueva y reune en el sacramento de su amor todos los milagros que estos misterios encierran. Renueva el milagro de la creación, porque el sacerdote produce independientemente de ningún sujeto el cuerpo de Jesucristo tantas veces cuantas pronuncia las palabras de la consagración, sucediendo al mismo tiempo otro milagro no menos difícil, que es ver subsistir los accidentes en sí mismos y conservarse sin la substancia que los sustenta.

Renueva Dios en la Eucaristía el milagro de la Encarnación, y esta es la razón porque los Padres llaman á la Eucaristía una extensión de la Encarnación del Verbo de Dios. En efecto, el mismo Verbo que se unió á la humanidad de Cristo en la Encarnación, se une á cada uno de nosotros en particular en

la Eucaristía; con esta diferencia, que constituye la gloria de la Eucaristía: que en la Encarnación, la unión del Verbo con la santísima humanidad de Cristo N. S. hace una persona de dos naturalezas, pero no hace una sola substancia, más en la Eucaristía el que recibe el cuerpo de Jesucristo se hace en alguna manera una misma substancia con Jesucristo. En la Encarnación, Dios se hizo hombre; en la Eucaristía, el hombre se hace Dios en cierto modo: "*Non Dii, sed divini*", como dice san Dionisio. Y, en fin, Dios renueva en este Sacramento los milagros que se hallan en el misterio de la redención de los hombres y en el sacrificio de la cruz; porque la Eucaristía es, no solamente un Sacramento, sino también un sacrificio, y el mismo sacrificio que fué ofrecido en el Calvario. ¡Qué de milagros, qué de misterios encierra este divinísimo Sacramento!

Pues considera que Dios, infinitamente sabio, no puede hacer grandes cosas sin grandes designios. ¿Cuáles serán, pues, los designios que tiene cuando hace tan grandes milagros para venir á nosotros en la Eucaristía? Nosotros no podríamos creerlos si él mismo no nos lo asegurase. El primero es darnos, no solamente la vida del alma, sino una vida abundante, una vida toda divina, de modo que vivamos con la misma vida que él. El segundo designio, es unirnos á sí con una unión la más íntima y la más perfecta que se puede imaginar. El tercer designio es que, así como Jesucristo vive únicamente por su Padre y para su Padre, así el que le recibe en la Eucaristía viva sólo por Jesucristo y para Jesucristo, viviendo con la misma vida que él. Dios, en todo omnipotente, ¿puede proponerse más grandes designios en favor del hombre? Y el hombre, por ambicioso que sea, ¿puede llevar sus pretensiones más allá? ¡Qué flaqueza y qué ingratitud no corresponder á las miras más sublimes que el mismo Dios puede tener sobre nosotros! Y ¡qué terquedad y locura el resistir al amor infinito del

corazón de Dios! Y ¡cuántas veces he sido ingrato á quien tan infinitamente me ama!

Resuélvete á hacer de tu parte cuanto pudieres para prepararte á recibir á Jesucristo en la Eucaristía, de modo que puedas corresponder á los grandes designios que Jesucristo tiene al venir á tu pecho.

PUNTO II

De los obstáculos que ponemos á los designios de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que si los grandes milagros que Jesucristo hace en la Eucaristía para venir á nuestro pecho dan bien á entender que tiene grandes designios sobre nosotros, el poco provecho que sacamos de la comunión después de todos estos esfuerzos, manifiesta que nosotros ponemos los mayores obstáculos á su amor. No parece sino que el hombre quiere disputar con Dios y hacer ver que su resistencia puede ir más lejos que el poder divino, y que su ingratitud puede exceder á su bondad infinita. Enemigo de su propia dicha, se opone el hombre á todos los esfuerzos que Dios hace sólo por su bien, y detiene el curso de las gracias que su divina Majestad quiere dirigir hacia su alma. Una sola comunión debía hacer á cada uno de nosotros un santo; y no obstante, ¿en qué paran tantas comuniones? Parece que sólo consiguen hacernos más tibios y más imperfectos. ¿De dónde procede todo este increible desorden? Viene de que ponemos tres impedimentos que se oponen á los tres designios que Jesucristo tiene cuando se da á nosotros en la Eucaristía. El primer designio del Salvador es de dar, conservar y aumentar la vida de la gracia, y nosotros nos oponemos á este adorable designio del Señor acercándonos á este Sacramento con desordenado afecto al pecado mortal, ó á lo menos al venial.

El segundo designio que ha tenido el Hijo de Dios

en darse á nosotros en la Eucaristía, es el unirnos totalmente consigo, y nosotros nos oponemos á ese designio ya con las inclinaciones desarregladas, ó sobradamente fuertes, ó excesivamente sensibles que tenemos á las criaturas. Muchas veces parécenos poca cosa; pero esto poco prueba nuestra mezquindad para con el Señor y basta á trastornar todos sus designios en la santificación de un alma. Y ¿se puede tener por poca cosa lo que detiene el curso de las liberalidades de Dios, y lo que impide la perfecta unión que pretende Jesucristo con nosotros? Unión, que es el efecto más admirable, más divino y más útil de una buena comunión. Te crees libre de esta culpa, porque no estás apegado fuertemente á las criaturas; pero lo estás á ti mismo, á tus gustos, á tu vanidad, á tu sensualidad y, en una palabra, á tus pasiones, y esto sólo basta para privarte de todo el fruto de la comunión. Sin duda es esto lo que hace inútiles tus frecuentes comuniones y puede ser que las haga dañosas.

El tercer designio del Salvador en la Eucaristía es hacer que vivamos por El del mismo modo que El vive por su Padre; de manera que así como su Padre es el principio y fin de todas sus acciones, así Jesucristo sea el principio y fin de todas las nuestras y que podamos decir con El: Yo nada hago por mí mismo, Jesucristo es quien obra en mí y yo no obro sino por El. Ponemos un grande obstáculo á este designio, viviendo sólo para el mundo, para las criaturas ó para nosotros mismos. ¿Cómo podremos al mismo tiempo vivir para Jesucristo? ¿Cómo se puede unir á Jesucristo y Belial? La naturaleza, el gusto ó la pasión son el principio de la mayor parte de nuestras acciones. Y la conveniencia, el deleite, la vanidad y respeto humano son el fin. ¿Cómo puede, pues, ser su principio el espíritu de Jesucristo que es el que debe de animar en todo al que comulga con tanta frecuencia como tú? ¿Cómo podrá la voluntad de Cristo ser la regla de su vida? ¿Cómo podrá su

gloria ser el fin? ¿Pues de qué nos admiramos si se ve tan poco fruto en tantas comuniones, y si en lugar de sacar de ellas provecho no sacamos sino espantosa responsabilidad delante de Dios?

PUNTO III

De los frutos y efectos de la fervorosa comunión.

Considera que en los demás sacramentos Jesucristo nos comunica su gracia por medio de signos sensibles de ella, pero en este se da á sí por sí mismo, nos confiere su gracia, y por consiguiente en mayor abundancia que en los otros sacramentos. ¡Qué dicha la de recibir, como san Simeón, á Jesús entre nuestros brazos! ¡Hacerle entrar en nuestra boca y después en nuestro pecho! ¡Cambiar también, en cierto modo, con él nuestro corazón! ¡Quién es el médico, que se dé á sí mismo al enfermo por medicina para sanarle! ¡Que entre en su pecho, y que visite todas las potencias de su alma, para fortalecerla en la salud!

Además de aumentar la gracia santificante comunica al alma el don de fe, iluminándola con luces celestiales, para que crea tan grande misterio, y las demás verdades de nuestra religión con fe vivísima, haciéndole gustar lo que no puede comprender. Cuanto más uno se acerca al sol, tanta mayor luz recibe. Los dos discípulos que caminaban á Emmaús reconocieron á Jesucristo en el partir el pan: acércate á aquella mesa, come con fervor ese pan y se abrirán los ojos de tu alma.

La esperanza recibe de este divino sacramento un vigor y una fortaleza maravillosa. Nuestros pecados nos llenan de temor, y frecuentemente nos hacen desconfiar de nuestra eterna salvación: mas el uso de este sacramento alienta nuestro espíritu y fortifica nuestra esperanza con las promesas que nos hace nuestro Señor: "Quien come de este pan, vivirá eternamente. Quien come mi carne, y bebe mi sangre,

está en mí y yo en él. Como yo vivo por mi Padre, que me ha enviado, así quien me come, vivirá por mí, y no tendrá hambre ni sed; no morirá, sino que vivirá siempre. Tiene la vida eterna en sí, y yo le resucitaré en el último día„. Todas son palabras de Jesucristo que fortifican nuestra esperanza. ¿Y quien nos da lo más, nos negará lo menos? ¿Y quien se da á sí mismo, rehusará darnos sus bienes? ¿Aquellos que están bien unidos con Jesucristo en esta vida, serán separados de él en la otra?

Mas el principal efecto de este sacramento de amor es producir el amor en el corazón de quien le recibe; aumentar la caridad y la devoción; enriquecerle de los dones del Espíritu Santo, y de las virtudes infusas; y esto de un modo más espeial que en los otros sacramentos. A la manera que un cuerpo, que todo es fuego, quema á quien le toca, así el corazón de Jesús, que todo es amor, entrando en el nuestro, le abrasa y le enciende todo. ¡Qué hielo puede resistir á aquel fuego divino, que nos penetra y rodea por todas partes! Si nos encontramos tibios y fríos, es porque no nos disponemos, como conviene, ó porque nuestro corazón está encendido en algún amor profano y enemigo del de Jesús.

Este sacramento nos fortifica también contra todas las tentaciones de nuestro enemigo. Como el demonio es soberbio, y ha sido vencido por medio de la cruz, no puede sufrir el sacrificio del altar. Jesús, con una sola palabra hizo sosegar los vientos, y puso en calma la más furiosa tempestad. ¿Y qué tempestad no podrá calmarse á la sola presencia de Jesucristo? ¿Qué pasiones no reprimirá cuando entrando en nuestro pecho, diga: La paz sea con vosotros, no se turbe vuestro corazón, yo soy; yo soy el que os ha preparado una mesa contra todos aquellos que os persiguen y afligen.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y bien mío, Jesús mío dulcísimo y amabilísimo! Mi alma desfallece en la

consideración de este inefable Sacramento, y de la entrañable caridad con que le instituísteis, y os dejasteis debajo de esas especies visibles para nuestra compañía, consuelo y remedio. Mi entendimiento se agota, mi lengua enmudece, mis sentidos no están en sí y pierden sus fuerzas contemplándoos aquí y sabiendo que estáis con nosotros en el altar. Reconozca yo este soberano beneficio, agradézcale con profunda humildad, aprovécheme de esta medicina de mi alma, coma de este pan de vida, y embriágueme con este cáliz del Señor: acuérdeme que murió por mí, y que no soy mío, sino esclavo suyo, y comprado con su sangre; y alentado con este memorial de su pasión, y con las prendas de la bienaventuranza, corra en pos de él con paciencia, fortaleza y alegría, hasta que por su gracia le vea cara á cara como él es.

Propósitos.—Dices que no comulgas con más frecuencia por hallarte indigno. Procura, pues, hacerte digno de comulgar más á menudo, practicando lo que has meditado en este día.

27 DE SEPTIEMBRE

Parábola de las diez vírgenes.

Preludios.—**Imagínate en el juicio de Dios dando cuenta de todas tus acciones y pide que se te abran las puertas del cielo y que jámás te diga el Señor aquella terrible palabra: «No os conozco».**

PUNTO I

De las cualidades de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes.

Recuerda la parábola que dice: "lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que sucedió á diez vírgenes, que tomaron sus lámparas para salir á recibir al esposo y á la esposa. Las cinco de ellas eran necias y no se proveyeron de aceite; las otras cinco eran prudentes y proveyeron sus lámparas de aceite."

Considera cómo en la Iglesia hay justos y pecado-

res, figurados por estas diez vírgenes, y los unos y los otros están esperando la venida de Cristo N. S. á juzgar al mundo y celebrar las bodas con su esposa la Iglesia triunfante. Todos se aperciben con la fe y obras comunes y exteriores que pide el ser cristiano; pero en diferente manera, porque unos son prudentes y se proveen de todo lo necesario para la venida del esposo, otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras muy necesarias.

Los necios son como las cinco vírgenes locas, que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ni lo tienen en las vasijas para cebarlas; esto es, tienen fe y no caridad; tienen luz de verdades y no el óleo de las virtudes; tienen lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de obras interiores; tienen á veces devoción sensible de lágrimas, que duran poco, y no la devoción interior y substancial que dura mucho; tienen virginidad y entereza del cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. Finalmente, conténtanse con tener lo bueno, que no dura más que la vida presente, y dejan lo que ha de durar en la futura por la eternidad; y, por consiguiente, cuando viene la muerte se hallan desapercibidos de lo que habían menester para recibir al Esposo. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que esperar con tan corta preparación la venida de un Juez tan riguroso y de un Esposo que tiene ojos de lince, y penetra lo exterior y lo interior, y no se paga de cosas exteriores si están todas vacías de la virtud interior?

Los cuerdos son como las vírgenes prudentes, que tienen lámparas llenas de aceite y sus vasijas bien proveídas para irlas cebando, porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu; y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni

con lo lucido y apacible á los hombres que para en la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu y la piedad que vale para todo, y la caridad que nunca desfallece ni se acaba, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan! ¡Oh Dios de mi alma, dame esta prudencia y discreción, para que de tal manera aperciba y adereece la lámpara de mi corazón con luz de verdades y óleo de heroicas virtudes, que tenga todo lo necesario y bastante para esperar tu venida y parecer dignamente en tu presencia.

PUNTO II

De la súbita venida del Esposo.

Tardando el Esposo, las diez vírgenes se durmieron; pero á la media noche sonó un gran clamor, que decía: "Mirad que viene el Esposo, salidle á recibir„.

Considera cómo la venida del Esposo tarda, al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace; de donde procede que los buenos dormiten con el sueño de la pereza, dando cabezadas de pecados veniales, y los malos duerman con el sueño del pecado mortal, muy descuidados de la venida del Juez.

Considera luego cómo todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad, ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este sueño último, sin que ninguno se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño; porque, como el sueño, mal que nos pese, nos vence por más que le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos y de todas las cosas deleitables de esta vida,

así también la muerte; y como viendo la imagen me acuerdo de la cosa que representa, así siempre que me acomete el sueño ó voy á dormir, tengo de acordarme de la muerte y traerla delante de los ojos lo más que pudiere, y, por consiguiente, en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, me debería entonces acordar de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto.

Pondera cómo á media noche sonó aquella clamorosa voz: "Mirad que viene el Esposo, salidle á recibir". Porque de repente, cuando estuviéremos descuidados, seremos llamados al juicio, así al juicio particular que se hace al fin de la vida de cada uno, como al universal, que se ha de hacer al fin del mundo; y aunque el que viene es Esposo de las almas justas, pero también es juez, y así viene con adorno de esposo para los buenos, y con rigor de juez para los malos. Viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y preparados, y para excluir y desechar á los que hallare mal apercibidos. ¡Oh alma mía, suene á menudo en tus oídos esta temerosa voz, y procura estar preparada, pues no sabes el día ni la hora en que ha de sonar! Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar; y para oirla entonces con seguridad, óyela también cuando vas á comulgar, imaginando que te dicen: Mira que viene tu esposo; sal á recibirle bien preparado, pues viene para desposarse contigo en misericordia y caridad.

PUNTO III

Lo que hicieron las vírgenes á la llegada del Esposo.

Considera cómo todas las vírgenes, en oyendo la voz, se levantaron y prepararon sus lámparas. Las necias echaron de menos el aceite; pidiéronselo á las prudentes, y ellas respondieron que no podían dárse-

lo porque todo lo que tenían habían menester para sí, que lo fuesen á comprar. Y entre tanto que fueron llegó el Esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas.

Considera cómo los buenos y malos han de resucitar y comparecer en el juicio universal; y antes de esto, en muriendo han de abrir los ojos como quien despierta del sueño que tenían en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar consigo su lámpara con lo que se granjeó en esta vida, ó sin aceite, ó con aceite, poco ó mucho, "porque sus obras le han de seguir", malas ó buenas, tales cuales fueron, y según ellas ha de ser juzgado.

Es cierto que los malos y necios en aquella hora se hallarán burlados, y caerán en la cuenta de su necedad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesión, no habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá harto que ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de la intercesión por otros; antes como por escarnio les dirán: Id á comprarlo de los que lo venden; que es decir: tarde os habéis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora de la compra. ¡Oh alma mía! sé cuerda, comprando con tiempo este aceite, pues Dios está preparado para vendértele, y El mismo te da el precio con que le has de comprar, que es como dártelo de balde; El te convida con su gracia y caridad, con sus virtudes y dones celestiales, y El te dará la disposición para alcanzarlas, previniéndote con sus divinas inspiraciones; oye con tiempo lo que te inspira, y haz lo que te manda. Ahora tienes intercesores que rogarán por ti, y serán sus ruegos admitidos; la Virgen sacratísima nuestra Señora, los Apóstoles, los mártires y los santos del cielo, con todos los coros angelicales, serán tus abogados; acude ahora á

esta muchedumbre de espíritus prudentes, que todos te favorecerán; porque después de la vida, ni querrán ni podrán.

Luego considera cómo llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes que están preparadas con la gracia que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas celestiales en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh, qué contentas se hallarán, por haberse apercibido con tiempo! ¡Oh, qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh, qué dulzura será la suya, y qué consuelo cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con El á su mesa los manjares de la eterna dicha y beban del río de sus deleites! ¡Oh, qué resplandeciente estará la lámpara de su alma, con la lumbre de su gloria! ¡Qué ardiente con el fuego de la caridad! ¡Qué devota y alegre con el óleo de la divina consolación! ¡Qué segura de no quebrar con la protección de Dios! ¡Oh dichosos trabajos, que llevan á tan preciosos descansos!

Por último, medita cómo en entrando el Esposo con las vírgenes prudentes, se cerró la puerta, y viniendo las necias á llamar, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos„; El respondió: "Digoos de verdad, que no os conozco.„ Mira cómo la puerta del cielo se cierra el día del juicio universal, de tal manera, que nunca más se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpetua mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo ni recelo de perderle. En esta vida algunas veces Dios nos visita y consuela con inspiraciones; pero siempre queda la puerta abierta; y cuando menos pienso, me echan fuera ó me salgo; pero en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta de modo que nadie me echará de él ni yo querré salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! ¡Oh lugar seguro! Entre yo, Dios mío, en esa gloria celestial de los bienaventurados, para estar siempre contigo, alegrándome con ellos.

Finalmente, se ha de ponderar la conclusión de la parábola que es el fin é intento de ella, en aquellas palabras: "Velad, porque no sabéis el día ni la hora." Las cuales he de tener impresas en mi memoria, pues, como refiere el evangelista san Marcos, á todos y á cada uno en particular se dicen.

Coloquio.—¡Oh Juez soberano, líbrame de este mal sueño, no dormite mi alma, porque no venga á dormir del todo! No se descuide en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. Despierta, ¡oh alma mía!, que duermes, y clama á Cristo para que te resucite y vivifique con su gracia muy copiosa, para que vivas eternamente. Alma mía, vela en oración y penitencia, y en continuo ejercicio de buenas obras; y si dormitares por tibieza, despierta luego con diligencia, pues no sabes si la hora presente será la postrera de tu vigilia, en que serás llamada para las bodas, y si estás desapercibida, para siempre serás excluida, y si preparada, para siempre serás admitida, para que te goces con su Esposo Jesús por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Fija profundamente en tu mente esta terrible sentencia: "Velad y orad, porque no sabéis ni el día ni la hora".

28 DE SEPTIEMBRE

Del santo temor de Dios.

Preludios.—**Imagínate que estás en el juicio divino expuesto á que el Señor te diga por tus pecados y tibiezas lo que á las vírgenes necias: «No os conozco», y pide con David que el temor santo de Dios clave tu carne y tus apetitos en la cruz de Cristo y en el exacto cumplimiento de tus deberes.**

PUNTO I

De los frutos del santo temor de Dios.

Considera, ante todo, que los teólogos señalan cinco géneros de temor: natural, humano, servil, filial é inicial. El natural es común á hombres y animales,

dado por Dios para que huyan de lo que les puede dañar y por esto es bueno, aunque moralmente hablando, es indiferente, y puede ser bueno ó malo, según la inclinación que le dé el que lo tiene.

El temor humano, comunmente llamado mundano, es el que mueve á los hombres á temer el mal de la pena más que el de la culpa y la pérdida temporal más que la espiritual, y este temor es malo y mal ordenado, y nace de mala raíz y es causa de que el alma atropelle muchas veces la ley de Dios, por no padecer alguna mengua ó pena temporal.

El temor servil es el que teme la pena, en especial la eterna, y este temor es bueno y de Dios, aunque tal vez se halle en el pecador junto con la mala voluntad de pecar, si pudiera hacerlo sin riesgo de incurrir en la pena, porque el dicho temor no es causa ni efecto de la mala voluntad, antes la detiene para que no se abalance al pecado por lo menos en lo exterior, y dispone al pecador para la piedad y perfecta conversión.

El cuarto es el temor filial, casto y reverencial, el cual es perfecto, santo y don del Espíritu Santo, porque con él teme el hombre cometer cualquier culpa por no ofender á Dios y está dispuesto á padecer cualquiera pena antes que ofenderle en la cosa más mínima, y aunque por no ofenderle hubiera de padecer castigo, lo cual dispone y da fuerzas para no ofender á Dios, sólo por ser quien es. Se llama este temor, filial, porque es propio de hijos, casto, porque es temor de esposa, y reverencial, porque es de amigo inferior á superior, que con suma voluntad le reconoce y reverencia.

El quinto temor señalado por los teólogos, se llama inicial y está compuesto de filial y servil, pues el que lo tiene teme ofender á Dios al mismo tiempo por el mal de la culpa y de la pena. Llámase inicial porque el que lo tiene ha empezado el camino de la perfección, aunque no ha llegado á aquel grado de

ella que aleja todo temor de pena. Y de ese temor habla san Juan cuando dice: "El que teme no ha llegado á la perfección de la caridad„, porque la perfecta caridad desecha todo temor y se entrega de tal suerte á Dios que se olvida de toda comodidad é interés propio, y de tal suerte coloca toda su confianza en Dios que no teme otra cosa sino ofenderle.

Sentado esto, has de considerar los frutos de este santo temor nacido de la meditación de los castigos de Dios en contra del pecador. Dichos frutos los puedes reducir á cuatro. El primero, que el temor servil, aunque ínfimo entre todos los buenos temores, es principio de la sabiduría, y esta utilidad es tan grande, que sería cosa de dar por ella cuanto tuviéramos si pudiera ser comprada. Y llámase con razón principio de la sabiduría, porque entonces es cuando el hombre empieza á saber usar de su razón, estimando las cosas verdaderamente grandes con el aprecio que merecen, y teniendo en poco las necedades y locuras mundanas.

Es, además, este temor el principio de la sabiduría, porque es el primero de los afectos de la voluntad cuando quiere la criatura convertirse á su Criador, porque este santo temor hace que comience á aborrecer el pecado por el cual corre el peligro de caer en las manos de Dios vivo é irritado contra él. Nace el temor de Dios de conocer cuán perfecto y justo sea en sí, y cuán terrible en sus afectos, así temporales como eternos; con lo cual teme el pecador la justicia de Dios, tiembla de su ira y estremécese de su furor.

El segundo fruto que produce el santo temor de Dios, es que defiende al hombre de los peligros de pecar, conservando la gracia adquirida por la penitencia. Este fruto lo explican los santos de varios modos, y entre ellos san Basilio compara el temor de Dios á unos clavos agudos que tienen preso y clavado al hombre, sin poderse mover á una parte ni á

otra, porque con cualquier movimiento qué intente se le rasgarían las heridas con gran dolor. Así el hombre, poseído del temor de las penas del infierno, está como clavado, sin atreverse á extender la mano á cosa mala, y hasta los pensamientos tiene ceñidos para no desmandarse.

Otro fruto produce en el espíritu el temor de Dios, aunque sea servil, y es que le libra de la tiranía del temor humano y del mundo, enfermedad la más incurable en el hombre, pues nace con él y no le deja hasta la vejez. El temor y respeto humano al qué dirán engendra las traiciones y todo linaje de vicios, impide la corrección fraterna y es causa de venganzas y homicidios. Y no solamente esto, sino que muchos que conocen la torpeza de los pecados no tienen valor para abstenerse de ellos por temor á que el mundo los moteje de devotos y religiosos, como si la templanza, la modestia, la religión y las demás virtudes fueran vicios dignos de la mayor reprensión. Ese temor tan dañoso desaparece con el temor de Dios, porque la experiencia enseña que el temor grande quita otro menor, y así el temor á las penas del infierno destierra y consume el temor de perder la estimación de los hombres.

El cuarto fruto que produce el santo temor de Dios, es el alejamiento de los vicios á que inclina al hombre su natural flaqueza; pues cuando ese santo temor se apodera del hombre, le sirve de freno para no caer en el vicio, y de espuela para ejercitar las virtudes. Conviene, pues, que vayas poco á poco aprovechando y creciendo en el temor de Dios, hasta que llegues á su colmo y perfección y sean poseídos de él totalmente tus ojos, tus manos, tu lengua, oídos, pies, entendimiento y voluntad, sin que quede en ti sentido ni potencia que no se llene de ese santo temor, y puedas decir como Job: "Todas mis obras hacía con temor„. Porque de este modo, y poseído de la plenitud de ese santo temor, nunca pensarás ni

harás cosa mala, porque siempre estarás temeroso de ofender á Dios.

PUNTO II

Necesidad del santo temor de Dios para emprender el camino de la virtud.

Considera que el santo temor de Dios es necesario al pecador como principio de su salvación. Aquella palabra de Cristo: "En verdad os digo, amigos míos, que temáis á Aquel que puede matar vuestros cuerpos y arrojar vuestras almas al infierno„, bastan para ablandar, si bien se meditan, los pechos más duros. Dos razones encuentra Tertuliano para explicar por qué un Dios de bondad como el nuestro quiere infundirnos ese temor: la primera, porque Dios se ve glorificado cuando contempla á sus criaturas humilladas ante El. Dios quiere, que el hombre le tema, porque este temor es el fundamento de su salvación. Porque quien presume de sí, teme menos, y quien menos teme está menos vigilante, y por consecuencia más en peligro, pues la desconfianza es la madre de la seguridad.

Has de considerar también que el pecador es un ciego á quien hay que devolver la vista y un ignorante á quien hay que instruir, y como el temor de Dios es, como dice el Espíritu Santo, el principio de la sabiduría, de aquí se sigue la necesidad de esta saludable medicina para que disipe las tinieblas que le ciegan y la ignorancia que le embrutece.

Este temor es el que enseña al pecador que es necesario ser santo ó condenarse, hacer penitencia ó arder en los infiernos, y que la fe sin obras es una fe muerta. Abre, pues, tu pecho á ese temor saludable y pide á Dios que te lo conceda para la salvación de tu alma.

En segundo lugar, considera que el temor de Dios es necesario para buscar y adelantar en el camino de la salvación. Para esto, son necesarias la gracia

actual y la cooperación á esta gracia. Por la humildad recibe el hombre la primera, por la vigilancia y el cuidado coopera á ella, y ambas se consiguen por el temor de Dios, según esta palabra de san Pablo: "Trabajad en vuestra salvación con temor y con temblor."

La experiencia, dice san Agustín, nos enseña que las aguas que corren y pasan por la cima de las montañas son ordinariamente estériles, al paso que las que se detienen en los valles los ablandan y fertilizan. Lo mismo puede decirse de la gracia, pues los rocíos y lluvias de dones del Espíritu Santo, corren y pasan inútilmente por los espíritus orgullosos y llevan la abundancia de las virtudes á las almas humildes. Esto por lo que toca á la humildad, que en lo que al cuidado y solicitud se refiere, el temor de Dios consiste en velar atentamente sobre nosotros mismos, y en hacer todas las cosas con una santa solicitud para evitar el pecado. El sabio, dice el Espíritu Santo, todo lo teme, y este temor le hace vivir sobre aviso, no solamente para no perder la gracia de Dios, sino para acrecentarla por la práctica de las buenas obras y de las virtudes cristianas.

Imita el ejemplo de las vírgenes prudentes del Evangelio, que son el símbolo de los predestinados, y que velaban noche y día para impedir que se apagaran sus lámparas, y no menos presente debes tener que este santo temor de Dios es, según san Agustín, como el centinela puesto para evitar las sorpresas y emboscadas del enemigo. Ese temor, dice san Basilio, sirve de freno á las almas para impedir que den rienda suelta á sus codicias, y es también como un prudente piloto que no abandona nunca el timón y tiene constantemente los ojos bien abiertos para prevenir las tormentas y conducir el barco á puerto seguro.

Por el contrario, el alma presuntuosa que se cree segura de su salvación, no vela sobre sí, y es como aquel que monta en un caballo fogoso, que, al des-

bocarse, lleva á su ginete adonde le place. Si le escuchas te dirá, aunque vive en el olvido de Dios y hundido en el cieno de los vicios, que él nada tiene que temer, que se burla de todas las amenazas de la fe acerca de la eternidad, y que espera irse derecho al paraíso, como los más inocentes y más austeros solitarios del desierto. En lo que se ve el cumplimiento de esta sentencia del Espíritu Santo: "Hay impíos que viven en la misma seguridad que si tuvieran la inocencia y las buenas obras de los justos, y todo esto no es más que locura, vanidad é impiedad„.

PUNTO III

El temor santo de Dios es necesario para perseverar en la gracia final.

Considera que el Espíritu Santo que llama al temor de Dios el principio de la sabiduría, lo llama también su plenitud y coronamiento. Deduce de ahí que el temor servil arranca el pecado de las almas y el temor puro y filial les da el aumento y la perfección de esa misma gracia. O lo que es lo mismo, que si por el temor de Dios empieza el hombre el negocio de su salvación, también por el temor lo acaba y perfecciona. Y aunque á primera vista parece una paradoja decir que el temor fortifica y que los valientes tiemblan, pues el temor es señal de debilidad y flaqueza de corazón, esto es verdad cuando se trata del temor meramente humano, pero no lo es cuando se trata del divino; porque en los designios de Dios es necesario empezar por este temor para llegar á la fortaleza. San Efren lo dice: "Si este temor reina bien en tu corazón, echará de él todos los demás temores y por consecuencia te hará al mismo tiempo valeroso y fuerte, porque no temerás á nadie más que á Dios„. "El que teme á Dios, dice el Espíritu Santo, no temblará jamás, ni será presa de ningún pavor á la vista y aproximación del mal, cualquiera

que éste sea„. Y fíjate bien en la razón que da para ello y es, que el Dios á quien teme es al mismo tiempo su esperanza.

Ve, pues, con cuánta sabiduría obra la Iglesia al recordarte tantas veces los novísimos del hombre, porque hay momentos terribles en que el abismo atrae y el peligro hace vacilar á un santo, y sólo el infierno nos detiene y además para enseñarte que por el temor de Dios debes comenzar, proseguir y acabar la obra de tu salvación. Para excitarte á tenerlo, debes considerar, por último, cuánta sería tu turbación y hasta qué punto subiría tu sobresalto, si supieras que un poderoso de la tierra, irritado contra ti, había jurado tu pérdida. ¡Qué inquietud no sentirías y cuánto sería tu apresuramiento para aplacar su cólera! Y si esto lo harías tratándose de un hombre miserable y mortal como tú y cuyas venganzas por grandes que fueran, forzosamente habrían de tener término, ¿qué no debes hacer para aplacar á un Dios que es eterno y que está en todas partes y del que, vayas adonde fueres, no podrás librarte por toda una eternidad?

Piensa un momento en lo que tú eres y en quién es Dios. Qué consejo puedes oponer al consejo de Dios. Qué brazo podrás levantar contra el brazo de Dios. De qué escudo te servirás contra los dardos de Dios.

Despierta, pues, tu fe, presta oído á la voz de la Iglesia que te dice con san Pablo: "Ahora es tiempo de despertar del profundo sueño en que nos hallamos: dejemos las obras de las tinieblas y tomemos las armas de la luz.„ Esto es: teme al pecado y huye de él, y vence por la fe y el temor de Dios á todos los enemigos de tu eterna salvación.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Tremenda cosa es á todo hombre caer en vuestras manos para ser juzgado, porque, como sois poderosísimo, nadie puede escapar de ellas; como sois sapientísimo, nadie se puede esconder de vuestros ojos, y, como sois justí-

simo, nadie puede torcer la vara de vuestra rectitud. ¡Cómo no temblaré delante de Vos, siendo acusadora la conciencia, reo mi alma, abogada la razón, testigo la memoria, y todo el mundo, y Vos el juez! Por eso os temo, Dios mío, y quiero temeros, para que el temor me haga convertirme á Vos y me estimule á serviros después, y siempre á amaros.

Propósitos.—Meditar con frecuencia en los terribles castigos del pecado y los pecadores.

29 DE SEPTIEMBRE

Parábola de la higuera infructuosa.

Preludios.—**Mira al amo de la viña en la que estaba la higuera infructuosa, mandando cortarla y arrojarla al fuego, y pide al Señor tiempo para hacer verdadera penitencia de tus muchos y graves pecados.**

PUNTO I

Esterilidad de la higuera.

"Tenía un hombre plantada en su viña una higuera, mas vino á recoger su fruto y nada encontró." En ese árbol infructuoso, plantado en la viña de la Iglesia, regado con tantos afanes, puedo ver retratada á mi alma.

Consideraré que después de los infinitos cuidados que conmigo ha tenido el Señor, debía esperar de mi alma frutos de virtud y de santidad; pero hasta la hora presente, ¿qué es lo que ha encontrado? Hojas pomposas de vanidad, de orgullo y de amor propio, y á lo más inútil follaje de obras exteriores, pero sin ningún fruto.

Imagínate, pues, estar viendo aquella hermosa higuera con sus extendidas hojas y sus tallos vigorosos. Abrigada de los vientos por una sólida cerca, regada sin cesar por río caudaloso, sepulta sus raíces en una tierra excelente. ¿Qué le falta? Jamás árbol alguno se vió en condiciones más favorables para producir

abundantes frutos, y á pesar de ello la higuera es estéril. Pues ese árbol infructuoso soy yo. Dios me plantó en el campo de su Iglesia, y colocado desde mi nacimiento junto á las fuentes de la gracia, sólo en mí ha consistido si no me he aprovechado continuamente de los tesoros inagotables de la infinita misericordia. ¿No me ha regado Jesús, además, con sus lágrimas y con su sangre? ¿No ha llorado por mí? Los Sacramentos que he recibido ¿no reciben su eficacia de sus padecimientos y de su muerte? Por un efecto de la Providencia divina pasé del seno de mi madre al seno de la Iglesia, donde fuí alimentado sucesivamente con la leche de los niños y con el pan de los fuertes. Y después ¡qué de atenciones y de cuidados; cuántas mercedes, cuántas inspiraciones, cuántas singulares gracias y especiales favores he recibido de Dios! Y á pesar de eso ¿qué he sido yó sino una planta inútil y tal vez nociva en la viña del Señor? ¿Acaso mi tibieza no ha inutilizado estos dones de Dios? ¿Mis faltas y mis escándalos no han perjudicado á su gloria y á la salvación de muchas almas? ¿Qué fruto he sacado de tan fecundo y maravilloso cultivo? ¿Qué se ha hecho de tantas comuniones y de tanta sangre divina como se ha derramado sobre mi alma en el tribunal de la penitencia? Tiembla de tu esterilidad y de la cuenta terrible que de ella tienes que dar al justo juez de vivos y muertos.

PUNTO II

Castigo que amenaza á la higuera infructuosa.

Dijo el amo al guarda de la viña: "He aquí que ha tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala, pues, ¿por qué ha de ocupar en vano la tierra?„

Considera que ni el castigo podía ser más merecido, ni la reconvención más justa. Y considera también que esta es la amenaza espantosa que Dios lanza

contra las almas estériles en la virtud y en los frutos de santificación. ¿Pues qué, pretenderemos acaso que la paciencia de Dios se haga cómplice de nuestra rebeldía y tibieza, alentando eternamente nuestra ingratitud? Si la misericordia concede plazos, la justicia exige que no sean eternos. ¡Y hace ya tanto tiempo, oh Dios mío, que me burlo de vuestra paciencia! Si hoy mismo el Señor escudriñase el árbol estéril de mi alma, recorriendo todas sus ramas, el entendimiento, la memoria, la voluntad, y buscase los frutos que tiene derecho á esperar ¿qué encontraría en mí? ¿Cuáles han sido y son mis pensamientos, mis deseos, mis recuerdos y mis afectos? ¡Por cuántos motivos merezco que se cumpla en mí la terrible sentencia, y que la espada de la justicia divina corte el hilo de esta vida inútil para el cumplimiento de los designios de la infinita misericordia! ¿Qué hace en la viña del Señor un árbol que sólo es fecundo para el mal? ¿Que no tiene más que hojas sin ningún fruto? ¿Obras que engañan á los hombres, pero vacías de pureza de intención, de caridad, de espíritu de fé y de mortificación? Examínate despacio y penetra hasta el fondo de tu alma. ¡Cuán bien merezco, Señor, que esas gracias que malgastáis en mí, las concedáis á almas más generosas y que mejor correspondan á vuestra bondad! Pero no me las quitéis, Dios mío, que yo os prometo serviros con más fervor, yo os prometo que mi corazón no será ya tierra estéril, sino que producirá en adelante frutos de penitencia y santidad.

PUNTO III

Misericordia del amo de la higuera.

Mas el guarda de la viña le dijo: "Señor, déjala un año más, que yo la cuidaré y abonaré, y así tal vez dará fruto; y si no, luego la podrás cortar."

Considera en este precioso cuadro la bondad infinita del Señor, que parece no se cansa nunca de dar plazos á nuestras ingratitudes y pecados, así como

no se cansa nunca de perdonar al pecador arrepentido. Me figuraré que Dios me concede lo que se pide aquí para la higuera estéril. "Todavía un año, dice el cultivador; no me neguéis este último plazo. En este tiempo redoblaré mis esfuerzos y cuidados para combatir la perversa naturaleza de este árbol; quizá os indemnizará de los gastos que habéis hecho, dando abundantes frutos; pero si una vez más vuelve á engañar nuestras esperanzas, será sin remedio arrojado al fuego, que bien lo merece."

Aplíqueme ahora este pasaje al estado actual de mi alma. Yo he sido esta higuera tanto tiempo infructuosa. Yo también he encontrado para con Dios una mediación poderosa, una Madre cuya ternura y patrocinio me permiten esperar mi salvación. Porque en el plan divino entra el que todo bien nos llegue por conducto de María, y ¿puedo dudar que á su intercesión debo este nuevo plazo que Dios me otorga? Iba á perecer en la tibieza y en la ceguedad y en el endurecimiento de corazón; pero María ha visto el peligro que yo corría, y su Corazón maternal se ha conmovido. "Hijo mío, ha dicho á Jesucristo, tened piedad de ese cristiano tibio, hijo mío también. Mil veces ha merecido vuestra cólera y grande ha sido vuestra paciencia soportándole tanto tiempo; pero se ha refugiado en mis brazos, yo también soy su Madre, pues por hijo me lo habéis dado cuando estabais en la cruz; más de una vez se ha consagrado á mi amor y devoción, y me ha invocado en sus peligros. Por estas razones no puedo abandonarle y os pido que suspendáis aún la sentencia que le condena. Dejadme que le prodigue mis maternales cuidados, y á fuerza de clemencia quizá llegaré á salvarle." María habla aquí más que como suplicante como soberana de cielos y tierra, según san Pedro Damián; y por efecto de sus ruegos de madre y de su poderosa intercesión, se concede un plazo nuevo al pecador, y con él nuevas gracias.

¡Oh alma mía! Bendice á tu Salvador y á su benditísima Madre, y madre nuestra María; pero apresúrate á sacar partido del precioso tiempo que para convertirte se te concede, y no olvides que el exceso de la bondad divina, si de él abusas, puede convertirse en terrible venganza. Figúrate que este es el último año de tu vida, y haz frutos de penitencia que sean dignos de Dios y de su infinita bondad y perseverante misericordia, y propios, por consiguiente, para reparar la triste vida que hasta aquí has llevado.

Coloquio.—Ahora, Señor, es cuando se trata de cortar la mano y de arrancar el ojo que me han servido de escándalo; de empezar de veras el camino de mi salvación, y nunca como en este momento me hace falta gracia y valor para ello. De Vos lo espero, ¡oh Dios mío! Venid en el Sacramento de vuestro amor ¡oh Jesús! verdadero pan de los fuertes, fuente y principio de toda fe y de toda fortaleza, para ayudarme á realizar lo que pide mi salvación. Venid á mí con gracias abundantes, que ya no las despreciaré como hasta ahora; antes os prometo, Jesús mío, hacer en lo que me resta de vida frutos dignos de penitencia, y no ser por más tiempo árbol estéril en el jardín de vuestra Iglesia.

Propósitos.—Figúrate que cada día es el último de tu vida, y hazlo todo como si inmediatamente de ello hubieras de dar cuenta á Dios.

30 DE SEPTIEMBRE

Del abuso de las gracias.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO I

Gravedad que encierra el abuso de las gracias.

Considera cuán grave es el abusar de las gracias de Dios, porque es, en primer lugar, despreciar al mismo Dios en sus dones más generosos y gratui-

tos y porque el alma que así corresponde al Señor, hace para ella inútil todo cuanto hizo y sufrió Jesucristo por nuestra redención, y cuanto hace Dios para salvarnos.

Para persuadirnos de esta verdad, comenzaremos por considerar que si debemos temer y respetar á Dios por ser infinita su autoridad y poder sobre nosotros, le debemos obedecer con más prontitud y gusto, si cabe, cuando nos llama á sí valiéndose del amor y de la dulzura. Cuando manda, nada puede dispensarnos de someternos á sus mandatos, sin que nos sirva de excusa el decir que el precepto es superior á nuestras fuerzas ó que es demasiado riguroso. Todos los pretextos vanos de la pasión en nada disminuirán el pecado que encierra la desobediencia. Pero sean los que fueren los pretextos que busquemos, siempre seremos en este caso reos del pecado de menospreciar las leyes del Señor. ¿Pero no somos aún más ingratos y más rebeldes y duros de corazón cuando despreciamos sus gracias? Si Dios me manda como dueño, mi deber es obedecer; pero si me busca como tierno y cariñoso padre para ofrecerme beneficios y favores y yo le rechazo con desdén ¿no será esto herir su corazón, despreciar sus favores y mostrarme al mismo tiempo el más cruel enemigo de mí mismo?

Cuando me veo colocado ya en la pendiente del pecado y del infierno, arrastrado á su fondo por el peso de mi naturaleza corrompida y oigo la voz de Dios que me tiende su mano y por medio de la inspiración de su gracia me toca al corazón y me llama á sí para que no me pierda, ¿será posible que cierre los oídos á tan dulce invitación y que rechace auxilio tan poderoso para no escuchar sino el grito abominable de mis pasiones? ¡Qué odiosa preferencia! ¡Qué insultante desprecio de la bondad divina!

Pero lo que colma la medida de mi maldad, cuando rechazo la inspiración de Dios es, que al abusar

tan indignamente de los dones del Señor, destruyo y aniquilo, en lo que de mí depende y con relación á mí, la obra magnífica de nuestra redención. Un Dios que se anonada tomando la forma de esclavo; un Dios que nace en la pobreza, que vive en medio de los mayores trabajos y humillaciones y muere padeciendo innumerables tormentos y oprobios para ganarme las gracias indispensables para mi salvación, esas gracias que yo rechazo desdeñando la voz de Dios y haciéndome sordo á sus divinas inspiraciones, ¿puede darse mayor ingratitud? ¿Cabe mayor dureza en el corazón ni mayor ceguedad en el entendimiento? Esas gracias que rechazo son el precio de la sangre de Jesucristo; con mi dureza y obstinación hago inútil para mí una redención á tanta costa comprada.

PUNTO II

Cómo castiga Dios en esta vida el abuso de las gracias.

Considera cómo aun en la vida presente Dios nos retira sus gracias para castigar el abuso que de ellas hacemos, y este castigo es tan justo como terrible. Ese castigo ha sido claramente anunciado y con frecuencia repetido en los sagrados libros. "Mi pueblo no ha escuchado mi voz; Israel no ha prestado atención á mis palabras; por eso lo he abandonado á los deseos de su corazón para que siga su capricho, sus inclinaciones perversas.„ Y en otro lugar dice la Sagrada Escritura: "Dios los ha cegado y endurecido su corazón para que teniendo ojos no vean y teniendo oídos no oigan, de tal suerte, que jamás se conviertan ni puedan serles remitidos sus pecados.„ "En verdad, os digo, que se os quitará el reino de Dios y se le dará á un pueblo que lo haga fructificar.„

La Escritura está llena de estas terribles amenazas, y multitud de ejemplos demuestran cómo Dios castiga el desprecio de sus gracias. Helí, Saúl, Judas y mil otros casos demuestran esta espantosa verdad,

cómo Dios se retira de los ingratos y cómo permite se endurezcan los corazones que se hacen sordos á los llamamientos y toques de la gracia. Helí, era un pontífice que no parecía responsable más que de un exceso de condescendencia para con sus hijos; Saúl, un rey elegido por el Señor; Judas, un apóstol llamado por Jesucristo. Pues todos ellos son así rechazados porque rechazaron la gracia que se les ofrecía. Y este castigo, ¿acaso no es frecuente en nuestros días? ¡A cuántos cristianos no deja Dios dormir tranquilamente en la tibieza, y aun caer en la ceguedad y dureza de corazón para castigar así el abuso que han hecho de sus gracias!

Y este castigo, fuerza es confesarlo, no puede ser más justo. La gracia es un testimonio que Dios nos da de su amor. Para favorecernos nos llama con cariño de Padre, insiste en sus llamamientos con ternura á fin de que no nos neguemos á recibir sus gracias y favores. Pero al ver que resistimos á sus invitaciones, cansado de ofrecer en vano sus beneficios, cesa de instarnos, y, por último, viéndose despreciado, se retira. ¿No es esto justo? Osaríamos todavía pretender que recompensase nuestros insultos, ofreciéndonos con más instancia y siempre las gracias que rechazamos? Se quita el reino; pero, ¿á quién? A aquel que se hace indigno de llevar una corona que rechaza, además, con desdén y con orgullo. ¿Y no es esto lo que piden de consuno la equidad y la sana razón?

Castigo terrible, porque la gracia, ó más bien, Dios que se retira, es el soberano Bien que se aleja de nosotros, y el mal supremo, el pecado, el infierno en su lugar se acercan y se apoderan de nuestra alma. La más espantosa de todas las desdichas, la de morir siendo enemigo de Dios, no es en sí misma otra cosa que la negativa de la gracia decisiva y eficaz con que antes de morir, se convertiría un pecador á sentimientos de verdadera penitencia. La gracia que se retira es la luz, es la fuerza que nos abando-

nan, es la virtud de Dios que desaparece, y es, por último, en cierto modo, la esperanza de nuestra salvación que se va y se retira de nosotros.

¡Oh, no, Dios mío! Todavía no ha llegado, y si yo quiero, no llegará jamás la hora de desesperarme; porque aun hoy, además de que tengo vuestra promesa de acoger siempre con bondad al pecador que vuelve sinceramente á Vos, recibo de vuestra misericordia una gracia de las más preciosas que podéis darme, el terror que me inspira el criminal abuso que hasta aquí he hecho de tantas otras gracias vuestras. Esta gracia me aproximará á Vos, ¡oh Dios mío!, pues ya siento renacer en mí la estimación que debo hacer de vuestras inspiraciones, y con vuestra gracia me propongo firmemente no hacerme por más tiempo sordo á vuestras divinas inspiraciones.

PUNTO III

Del juicio y penas del abuso de las gracias.

Considera que cuanto uno es más amado, es más deudor de quien le ama: aquel que más beneficios recibe más estrecha cuenta tiene que dar de ellos. Así, pues, cuando llegue á presentarme ante el terrible juez de vivos y muertos, ¿cómo podré resistir á las reconvenciones que merezco por mi ingratitud y mi dureza? Tú serías, podrá decirme el Señor, menos culpado si te hubiera distinguido menos en la distribución de mis beneficios. La multitud y la excelencia de las gracias que mi amor te ha ofrecido y que tu tibieza ha malogrado, te han convertido en un pecador sin disculpa alguna y á Mí en un juez sin piedad para contigo. ¿Y cuánta no será mi vergüenza cuando á las reconvenciones de mi Dios se junten las voces terribles de un gran número de réprobos cuyos medios de salvación hayan sido inferiores á los míos? ¡Ah, si el Señor hubiera hecho por otros lo que ha hecho por mí! ¡Qué comparaciones tan aterradoras! ¡Cuántas quejas! ¡Qué desesperación! Mientras

más vea lo fácil que me habría sido ir al cielo, más el infierno me parecerá una horrible é insoportable mansión. ¡Qué poco me hubiera costado salvarme! ¡Si casi me costó más sinsabores el condenarme y perderme! Pero entonces no será ya tiempo de reconocer la causa de mi desdicha para ponerle remedio. ¡Oh, si tuviese todavía, exclamaré, una sola de aquellas gracias que tuve á mi disposición con tanta abundancia, y que con tanta insensatez despreciaba! Pero ¡ah! ya no es tiempo ni de gracias ni de misericordia. Todas han desaparecido para no volver más: la fuente que las producía se ha secado, y si ahora me encuentro devorado por este fuego inextinguible, en estas tinieblas desoladoras y en este lugar de tormentos eternos, es porque así lo he querido. A tan terrible extremo me ha conducido el abuso de las gracias y mi increible locura é ingratitud.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Vos habéis disipado las nieblas de mi entendimiento con las luces de vuestra inspiración: sed por ello bendito. Conozco por vuestra gracia la pérdida inmensa de mi alma al rechazar las que hasta aquí me habéis prodigado, el ultraje que os he inferido y el espantoso peligro á que tan temerariamente me he expuesto. Comprendo con qué atención debo en adelante estudiar los movimientos de vuestra gracia para seguirlos y hacer que produzca en mí frutos de fidelidad. Así debo hacerlo ¡oh Dios mío! y así lo quiero á todo trance. Perdonadme, ¡oh Salvador mío!, adorable autor de la gracia, el abuso que de ella he hecho. Y ya que la Iglesia quiere que pida ser librado de mis males pasados, presentes y futuros, olvidad mis negligencias y pecados, curad mis dolencias presentes y para lo sucesivo, otorgadme la merced de que yo me aproveche del talento de vuestra gracia con una prudente economía y una fidelidad perseverante.

Propósitos.—No hacerte nunca sordo á las divinas inspiraciones, sino corresponder á ellas con prontitud y fidelidad.

MES DE OCTUBRE

DÍA PRIMERO

Parábola de Lázaro el pobre y del rico avariento.

Preludios.—Mira á Lázaro, ó llagado y pidiendo limosna á las puertas del rico, ó llevado por los ángeles al seno de Abraham, y pide parecerte más mil veces al mendigo y enfermo que se salva, que al rico y orgulloso que se condena.

PUNTO I

De Lázaro el pobre.

Considera la vida del mendigo Lázaro, la cual fué un ejercicio continuo de paciencia, por medio de la que llegó á grande santidad y perfección. Porque se señaló en padecer graves dolores de llagas; y lleno de ellas de pies á cabeza y tendido á la puerta del rico avariento, sufrió todo esto con gran conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor, ni murmuración ni queja. Señalóse, además, en sufrir extremada pobreza, mendiguez y hambre; mas con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino sólo con la demostración de sus llagas. Padeció también sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque siendo tanta su hambre que "quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las diese"; y ni por esto se quejaba de la crueldad del rico ni de la dureza de sus criados. Por último, llegó á tanto su miseria, que los po-

rros se acercaban á lamerle las llagas, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí ni había quien se los desviase. Y si decimos que esto era piedad natural de los perros, esto mismo aumentaba su pena, viendo que tenían de él piedad los perros, pero no los hombres.

Por estos escalones de maravillosa paciencia llegó Lázaro á tal santidad, que Cristo N. S. se quiso hacer cronista de su vida y de sus trabajos, y proponerla por ejemplo de virtud á todos; y en ella parece que dibujó su pasión, y nos enseñó que el camino breve para la santidad es padecer dolores, pobrezas, desamparos y desprecios de los hombres, conformándonos en todos nuestros trabajos con la divina voluntad.

Considera luego la gloriosa muerte de Lázaro, de quien dice Cristo N. S. "que en muriendo, los ángeles le llevaron al seno de Abraham„. En lo cual pondera cómo la muerte de Lázaro fué fin de todos sus dolores, y principio de su descanso y honra. Porque aunque en cuanto al cuerpo fué vil y despreciada á los ojos del mundo, en cuanto al alma fué preciosa á los ojos de Dios, el cual envió sus ángeles para que le llevasen al seno de Abraham á descansar con los justos. Mira la gloria altísima de que goza ahora el alma de este mendigo tan alabado, canonizado y dado á conocer por Cristo N. S., y la que gozará su cuerpo en la resurrección. Por las llagas, recibe ahora gozos inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de gloria; por el hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus ángeles. ¡Oh, por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece que cuanto padeció fué poco y momentáneo, comparado con lo mucho y eterno que le han dado. Anímate, ¡oh alma mía! á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra.

PUNTO II

Del rico avariento.

Considera la vida del avariento, en todo contraria á la de Lázaro, porque toda ella fué un continuo ejercicio de soberbia y avaricia: de regalo para consigo, y dureza de corazón para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad, y de holanda por regalo; en la comida, haciendo cada día banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería; la avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos, ni darles las migajas que caían de su mesa; y sin compadecerse del llagado y hambriento Lázaro que tenía á su puerta, siendo más cruel que sus mismos perros; y dando de comer á los perros, no lo daba á los pobres. De aquí procedía que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, bebiendo todo el espíritu del mundo maligno, el cual se funda en codicia de carne y de hacienda, y en soberbia de la vida, todo contrario al espíritu de Cristo.

Por todo esto fué sumamente aborrecido de Cristo N. S. y cuando contó su vida no quiso nombrarle siquiera, en señal de que le aborrecía y despreciaba, y de que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni quería que hubiese de él memoria entre los hombres. Y del mismo modo Cristo aborrece á todos los que tienen este espíritu buscando la vanidad y sensualidad, y las propias comodidades, aunque sea con daño de sus prójimos. Por donde se ve cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro, en los ojos del mundo era desdichado, en los de Cris-

to dichoso. Al contrario el rico, en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo.

Considera luego la desventurada muerte de este rico y los tormentos que padece; porque en muriendo, "fué sepultado en el infierno„; de suerte, que su muerte fué fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó sino los vicios y pecados que habían de ser cebo de sus tormentos: y así, se verificó en él lo que dice Job: "Pasan los días en deleites, y en un punto bajan al infierno„; porque aunque murió con apariencia de muerte tranquila, pero el punto último de su vida fué principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar. Si en este punto bajo al infierno, "¿de qué me servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas, ¿de qué me aprovechará?„ Mejor me está pasar los días en trabajos y en la hora de mi muerte subir al cielo á gozar el premio de ellos.

PUNTO III

De las penas del rico en el infierno.

Considera que Cristo N. S., para declarar las penas de este miserable, dice "que estando en los tormentos, levantó los ojos y vió á Lázaro en el seno de Abraham, y á voces dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía á Lázaro, para que con la punta de su dedo mojado en agua, refresque mi lengua, porque soy muy atormentado en esta llama.„

En lo cual se nos avisa que los condenados padecen tormentos proporcionados á sus culpas; y así, este desventurado padecía cuatro terribles castigos. El primero, de llamas que le cubrían de pies á cabeza, por la vanidad y regalo de la púrpura y holanda con que se vestía. El segundo, en la lengua, que fué el instru-

mento de sus gustos y glotonerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa. El tercero, de envidia, viendo por revelación la buena suerte de Lázaro; y así, no se atrevió á pedirle nada, sino que se dirigió á Abraham. El cuarto, de desamparo y desprecio de todos, en castigo de su crueldad, porque no halló misericordia en Abraham, ni se le concedió la gota de agua que pedía, porque había negado la migaja de pan al pobre, y no mereció alcanzar misericordia porque no tuvo misericordia. ¡Oh justísimo Dios, cuán justos son tus juicios, y cuán proporcionados tus castigos con nuestros pecados! ¿Cómo no temo el rigor de tu justicia? ¡Y cómo no tiemblo de las penas del infierno! Líbrame, Señor, de tus ofensas, porque no descarguen sobre mí tus iras; abre los ojos de los ricos, para que escarmienten en cabeza de este rico; y abre también los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos.

Considera la respuesta de Abraham, notificándole la sentencia inmutable de la divina justicia, por estas palabras: "Acuérdate, hijo, que recibiste bienes en tu vida y Lázaro semejantemente males; pero ahora éste es consolado y tú atormentado, y en todas estas cosas hay entre vosotros y nosotros un grande caos ó abertura muy profunda, de modo que los que están aquí, no pueden pasar adonde vosotros estáis, ni vosotros venir adonde estamos nosotros."

Dos partes abraza esta sentencia. La primera, que el rico recibió en esta vida bienes temporales, poniendo en ellos toda su felicidad, y aceptándolos como premio de algunas obras buenas, y al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia y purgando con ellos las culpas en que tal vez cayó, y en premio de las buenas obras que hizo se trocó su suerte y ahora recibe grandes bienes y regalos. Y así, cotejando las suertes de estos dos hombres, tengo de escoger para mí

la de Lázaro, pues no es posible tener en esta vida la suerte del rico, y en la otra la del mendigo; y si tuviere la del mendigo, me consolaré con que no me cabrá después la del rico. ¡Oh alma mía, mira bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra; tiembla de las prosperidades temporales, porque quizá serán premio de tus obras y se trocarán después en adversidades eternas! Y al contrario, gózate de las adversidades de esta vida, pues Dios te las envía como prendas de las prosperidades que te dará en la otra.

La segunda, es que no hay paso del infierno al cielo, ni del cielo al infierno, porque el decreto de Dios en esto es absoluto, firme é inmutable, con lo que queda bien probada la terrible eternidad de las penas del infierno.

Ultimamente, pondera otra petición que luego hizo este miserable á Abraham, y también se le negó: "Ya que Lázaro, dice, no puede venir adonde yo estoy, envíale á casa de mi padre, para que avise á cinco hermanos que tengo que no vivan como yo viví, para que no vengan á este lugar de tantos tormentos, donde yo estoy„.

Respondióle Abraham: "Allá tienen á Moisés y á los profetas que les avisan de ello, óiganlos, y esto les basta.„ Replicó el rico: "Creo que no bastará, como ni me bastó á mí, pero si alguno de los muertos va á decírselo, harán penitencia.„ Respondió Abraham: "Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán al muerto que resucitare„ para decírselo, porque también podrán decir que es fantasma ó mentira. Y mucho más cierto es el testimonio de la Escritura revelada por Dios, que el de los muertos. De donde tengo de concluir, cuánto me importa entender y creer con viva fe lo que Dios ha revelado de la otra vida en su Escritura y Evangelio, y conformar mi vida con esta creencia, escarmentando en cabeza ajena; porque si me ciego y endurezco para no oir lo

que la fe me dice, también me cegaré y endureceré para no creer lo que me dijeren los muertos, si viniesen á hablarme. Y si quiero creer lo que dicen los muertos, mejor es oir lo que la Escritura cuenta de ellos como si á ellos mismos los oyera, pues siempre nos están diciendo aquello del *Eclesiástico*: "Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo. Lo que pasó ayer por mí, pasará hoy por ti."

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, con todo mi corazón abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la holanda, pues Tú estuviste vestido de vil púrpura por escarnio, y desnudo en una cruz! No quiero banquetes, ni regalos en la comida, pues Tú comías pan de cebada y en tu hambre te dieron hiel, y en tu sed te dieron á beber vinagre. No quiero que mi nombre sea vanamente pregonado en el mundo, porque no le borres del libro de la vida, ni te olvides de mí, echándome de tu santo reino. Quiero más bien parecerme al pobre Lázaro en las llagas, en los desprecios y en la pobreza, para que haciéndome como él copia tuya, merezca que Tú me alabes y me lleven los ángeles á tu gloria.

Propósitos.—Ten misericordia y caridad con los pobres y nunca los desprecies, que tal vez ante Dios ellos se parezcan á Lázaro y tú al rico avariento.

2 DE OCTUBRE

De las riquezas espirituales del alma en oposición con las de los ricos del mundo.

Preludios.—Oye al otro rico del Evangelio, que se dice á sí mismo: «Come, bebe y banquetea, porque tienes muchas riquezas», y que en medio de su alegría escucha aquella voz aterradora: «¡Insensato, esta noche morirás! ¿De quién serán los bienes que has amontonado?» Pide al Señor no poner tu corazón más que en El y en los bienes eternos.

PUNTO I

Sólo merece llamarse rico el que posee á Dios.

Considera que, aunque tuvieras todos los tesoros de la tierra, estarías en la indigencia si de esos teso-

ros no pudieras sacar algún fruto, ni lograras con ellos procurarte una vida regalada, y llena de todos los bienes que deseas. Pero ¿dónde encontrar esa suma de bienestar que ahuyente todo temor y satisfaga todas tus aspiraciones? Fuera de Dios no la encontrarás en ninguna parte; porque todo lo que es creado, por grandes que sean sus apariencias de bondad, puede dañarte mucho y servirte de muy poca cosa para tu felicidad.

Mira, en efecto, que si te hallas enfermo, las riquezas no pueden devolverte la salud; si eres necio, tampoco te darán talento; si eres ignorante, no te harán sabio; si estás calificado de infame, no te devolverán la honra perdida, y en ninguno de esos casos te servirán de nada tus riquezas. En cambio, pueden dañarte y aun constituir tu desgracia, porque en muchas ocasiones se convertirán en el verdugo de tu alma y aun te quitarán el reposo y la paz del corazón, haciéndote exclamar como al rico del Evangelio: "¿Qué haré de mis bienes?„ Otras te arrebatarán el honor, en ocasiones pondrán á peligro tu conciencia, y á veces hasta la misma eternidad y la salvación de tu alma. Por eso los sabios dicen que los venenos más violentos se encuentran en las minas de oro, y realmente parece que los malos ricos encuentran su perdición y muerte en las riquezas que buscan con tanta ansia.

Considera, por el contrario, que el bien que se halla en Dios es un bien que jamás te puede dañar, y que es útil para todo lo que puede hacerte dichoso. Y no es solamente útil para tu dicha; es, por decirlo así, tu misma felicidad. No es solamente un medio, es el fin; porque poseer á Dios y su gracia, como la poseían los santos, es el colmo de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno. Si te hallas agobiado por la enfermedad, El es el médico que puede sanarte. Si el hambre te devora, El es el pan del cielo que alimenta tu alma, dándole la inmortalidad, y el Dios que también

puede darte el pan de la tierra. Si estás amenazado de muerte, El es la fuente de la vida, y puede devolvértela cuando le agrade, y nadie puede quitártela sin su permiso. En una palabra: no tienes que multiplicar tus cuidados para buscar fuera de El lo que necesitas, pues en El encuentras el remedio de todos tus males, el consuelo y descanso en todos tus trabajos, la alegría en todas tus penas, la hartura de todas tus ansias y el cumplimiento de todos tus deseos.

¿Qué mal puede sucederte, ni qué bien faltarte, si posees á tu Dios? Un alma posee todas las cosas cuando posee al autor de ellas, y lo tiene todo cuando tiene por patrimonio al que es todo bien y felicidad para los que le temen, y no les deja carecer de nada. No dividas, pues, tus afectos. El bien que buscas es único, y Dios contiene todo bien y toda dicha. ¡Oh venturoso amor! ¡Oh comercio maravilloso! ¡Oh secreto extraordinario, que te hace encontrar de una vez cuanto deseas!

PUNTO II

Utilidad de las riquezas del alma en oposición con las de la tierra.

Imagínate á un hombre dueño de grandes bienes. Si es virtuoso, puede servirse de ellos para ganar el cielo, pero ha de ser distribuyéndolos entre los pobres. Al vender sus bienes, compra el cielo; dando, atesora, y cuando parece que ha perdido todos los medios para proporcionarse goces, halla venturas inefables. Si ese hombre es, por el contrario, avaricioso y mundano, puede servirse de sus riquezas para procurarse amigos y servidores que le asistan y adulen, pero siempre será obligando á los primeros con sus liberalidades y recompensando con largueza á los segundos. De aquí se sigue, que tanto en uno como en otro caso, no es la posesión de las riquezas la que puede sernos útil, sino su empleo; no la posesión sino el gasto, pues mientras más se guarden las riquezas,

son más inútiles, y mientras más ahorres, serás más pobre, porque menor será el provecho que saques de ellas. Un avaro, que sólo sabe guardar lo mucho que posee, no es más rico que el que nada tiene. Las aguas son vivas mientras corren por su canal, y las riquezas lo son igualmente cuando pasan al seno de los pobres. Sólo en este caso, pueden ser llamadas riquezas vivas, porque sólo entonces pueden santificar el alma del que las posee y darle la vida eterna, por el buen uso que ha hecho de ellas.

Hay una santa avaricia, de todo punto contraria á la de los pecadores. Los que se hallan dominados por la avaricia del mundo, atesoran ahorrando, y los que siguen las inspiraciones de la caridad y misericordia cristiana, acumulan dando. La liberalidad de los buenos es, pues, una especie de avaricia que les hace apropiárselo todo, no reservándose nada, al parecer, porque no hay mejor usura que aquella que se aprovecha de sus larguezas, pero sin esperanza de devolución en la tierra. De todos modos, las riquezas de la tierra para el bien y para el mal, sólo nos son útiles desprendiéndonos de ellas. No sucede lo mismo con el tesoro que se encuentra en la posesión de Dios. Si bien lo consideras, verás que su gracia es un tesoro que te sirve sin dejarte, que te aprovecha sin salir de tus manos, que no se disipa por el empleo ni se consume por el uso, y del que nunca obtienes mayores beneficios que cuando cuidadosamente lo guardas. Bien sabes tú, que frecuentas los sacramentos, que no hay tiempo más precioso que el de la sagrada comunión, después de haber recibido tan rico tesoro y cuando lo llevas en tu seno. Entonces, si sabes conservarlo en el silencio y en el recogimiento, no es posible calcular los bienes y riquezas espirituales que deja en tu corazón, donde hace su morada, siendo tanto mayores esos preciosos dones mientras mayor es tu unión con Jesucristo sacramentado.

Considera, además, que ese tesoro te proporciona

la ventaja de enriquecerte sin que te veas obligado á mendigar el bien ajeno para salir de tu indigencia, pues la gracia de Dios te hace rico sin empobrecer á nadie, porque Dios es un bien infinito que no puede agotarse nunca. Antes al contrario, mientras más santos le poseen, mayor parte toca á cada uno y todo esto sin el inconveniente de despojar á los demás, inconveniente que tienen todas las riquezas de la tierra, por muy puras que sean las manos en que se encuentren. Porque si bien lo consideras, verás claramente que para tener oro y plata hay que registrar hasta las entrañas de la tierra. Para tener ricas vestiduras es preciso que los gusanos se abran el seno á fin de producir la seda. Para cubrir tu mesa de apetitosos manjares hay que despoblar casi todos los elementos. Y por último, así como los grandes árboles no se elevan sino chupando el jugo de la tierra, del mismo modo el hombre no aumenta sus riquezas sino á costa de los bienes de sus semejantes. De lo cual se siguen grandes trastornos, la envidia, el odio y todo linaje de males entre los hombres.

Pero Dios es riqueza universal, y los tesoros que derrama en los corazones de los hombres, vienen á ser como una fuente pública donde todo el mundo puede saciar su sed. La multitud de concurrentes, lejos de disminuir tu dicha, la aumenta considerablemente, porque la caridad que te une á tus prójimos te hace más rico, mientras más compañeros tengas en tus riquezas, como que tu felicidad se aumenta con la de tus semejantes, según la proporción con que los ames.

Deduce, pues, de todo esto, que la riqueza que verdaderamente merece ese nombre no es el oro ni la plata, sino la gracia de Dios, la fe viva, las virtudes sólidas y perfectas, que son las que intrínsecamente te hacen bueno, y te sirven no sólo para la dicha eterna, sino también para la felicidad temporal, que sólo la encontrarás en el servicio de Dios y en el exacto cumplimiento de tus deberes.

PUNTO III

Felicidad de las riquezas del alma en oposición con las del mundo.

Considera que así como es propio de la luz iluminar, del color hacer las cosas visibles, de la hermosura embellecer, así es igualmente propio del bien hacernos mejores y más dichosos. Estas condiciones sólo puedes encontrarlas en la posesión de Dios que es el Bien sumo, pues la de los bienes terrenos se halla mezclada con grandes males y sinsabores. Ser rico y no experimentar grandes turbaciones en el espíritu y en el corazón, por los peligros del lujo, la molicie y el regalo, puede considerarse como un milagro, cual lo sería estar en medio del fuego sin quemarse y amasando espinas sin punzarse. Y si la voluptuosidad es un escollo tan peligroso para la virtud, no lo es menos el orgullo. Ser rico y no ser presuntuoso con los que tienen menos medios de fortuna, es milagro no menos extraordinario que el precedente. Lo general es, que el rico tenga su corazón en un perpetuo movimiento, cuyo extremo más alto es el orgullo y el más bajo la voluptuosidad. Todo contribuye á su engreimiento, porque el mundo los aplaude siempre y se convierte en idólatra de los ricos por muy perversos que sean.

Nada de esto, sin embargo, es causa de felicidad para ellos, porque nada, fuera de un bien universal, espiritual y eterno, puede ser buscado sin error, ni amado sin inquietud ni poseído sin temor. Ahora bien, mira cuánto te engañas en la estimación de tus riquezas, puesto que no te hacen dichoso, sino que te turbas é inquietas al amarlas, pierdes la paz del corazón al poseerlas y si te hallas en peligro de perderlas, tu gozo no puede ser duradero.

No sucede así con el soberano bien, del que ni puedes hacer nunca mal uso, ni abrigar temor de perder.

lo jamás, porque sólo de ti depende conservarlo por toda una eternidad. Todas las riquezas del mundo son como torrentes que pasan, y si no las perdieres durante tu vida, forzosamente has de quedarte sin ellas á la hora de la muerte. Te engañas, pues, si las estimas en demasía; te acongojas si las buscas con ansia y te pierdes si te adhieres á ellas con apego desordenado y mereces oir á la hora de la muerte esta terrible reconvención que escuchó el rico de la parábola del Evangelio: "¡Insensato: tu alma te será reclamada esta misma noche. ¿De quién serán los bienes que has amontonado?„

Considera á este propósito la locura é insensatez de ese rico. Dice dentro de sí mismo: ¿Qué haré de mis riquezas? porque no se fía de nadie. No tengo, añade, lugar alguno donde encerrar lo que he atesorado. Tiene tantos bienes y á pesar de ellos está pobre, pues le falta lugar para guardarlos. Tan ocupado está en destruir y en edificar, que ni piensa en dar gracias á Dios por sus dones, ni sabe servirse de ellos para su gloria. He aquí, dice, lo que haré: destruiré mis graneros y los haré más grandes; en lugar de decir: Haré bien á los pobres, daré limosnas, repartiré lo que me sobra, que para eso me enriqueció el Señor. Si este pensamiento hubiera acudido á su imaginación, habría puesto término á sus inquietudes y obtenido las bendiciones del cielo. Pero mira lo que dijo aquel ciego: "Diré á mi alma: Tienes muchos bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida.„ ¡Oh palabras llenas de locura, dice san Basilio, más propias de una bestia que de un hombre! Llama bien de su alma á lo que es su veneno; descanso á lo que ha de ser su tormento; se promete muchos años de vida, cuando sólo le queda una sola noche. ¡Noche funesta que es el fin de una vida brutal y el principio de una eternidad desventurada! ¡Feliz aquel á quien Dios ha librado de tan mala pasión! Huye tú de ella y si quieres ser

rico, sé rico de los dones de Dios. Si tienes muchos bienes, no pongas en ellos tu corazón; si tienes pocos, no desees más; si no tienes ninguno, conténtate con Dios y aprende á vivir sin todo lo demás, resignándote con la voluntad del Señor y dejándole que disponga de todo lo que te pertenece, pues si Dios está contigo no puedes llamarte pobre.

Pobres son los que se hallan privados de su amor, aunque tengan la casa llena de bienes, y ricos aquellos á quien Dios ha escogido para sí por los méritos de su Hijo, y que pueden decir con David: "Señor, Vos sois mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos„. Este es el solo bien que puede hacerte feliz, y, por consecuencia, el único tesoro que debes estimar y en el que debes poner tu corazón.

Coloquio.—¡Dios y Señor mío, única riqueza de mi alma, porque nada la puede llenar y satisfacer más que Vos, que sois todo bien, toda verdad y toda hermosura! Otorgadme, Señor, la gracia de que mi corazón viva despegado de todo lo terreno, en el menosprecio de mí mismo, en la mortificación de mis pasiones, en la humildad, en la pobreza, al menos de espíritu, en la oración ferviente, y, sobre todo, en la contemplación de los bienes celestiales, para que, enamorado de ellos, se anegue mi alma en el abismo de aquella felicidad sin fin, tras la cual alienta y suspira mi corazón. No quiero más riqueza que á Vos, ni más tesoro que vuestra gracia y vuestro amor, que con ellos soy bastante rico, ni pido cosa alguna.

Propósitos.—Si las riquezas y bienes temporales son obstáculo á tu salvación, pide al Señor con fervor te las quite y te deje pobre y desamparado.

3 DE OCTUBRE

(De algunas meditaciones sobre obras milagrosas que hizo Cristo N. S. sanando enfermos, resucitando muertos y convirtiendo pecadores.)

De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo N. S. del demonio.

Preludios.—Mira á esta mujer admirable á los pies de Cristo y pide saber orar y obtener como ella lo que deseas.

PUNTO I

De cómo la cananea salió al encuentro de Jesús.

Considera las virtudes de esta mujer para imitarlas, porque son excelentes. Primeramente fué grande su fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo N. S., confesándole por Señor y por Mesías y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso que sólo bastaba quererlo ó mandarlo para que todo le obedeciese. Por eso, no dice, ruega por mí, sino ten misericordia de mí y ayúdame, proponiendo en breves palabras su miseria al que creía que la podía remediar. Además, fué grande su caridad, con la cual tenía los males de su hija como propios; y así no dijo, ten misericordia de mi hija y ayúdala, sino ten misericordia de mí y ayúdame. Y sobre todo resplandeció la humildad de esta dichosa mujer, porque quizá atribuía á sus pecados, más que á los de su hija, el ser esta atormentada del demonio. En estas dos virtudes se señalan siempre los santos, haciendo propios los males de sus prójimos: el padre los de sus hijos, y el superior los de sus súbditos, y los súbditos, los del superior, confesando que sus pecados son también causa de los trabajos que padecen otros. De esta humildad profundísima nació también la reverencia suma con que oró; porque, como dice san Marcos, "se postró á los pies de Cristo", y le adoró.

Finalmente, oró la cananea con grande afecto y constancia, como lo denotan así los clamores que

daba salidos del afecto del corazón, como el seguir á Cristo, yendo tras El, y multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes he de acompañar mi corazón; y cuando me viere tentado de algún vicio, de soberbia, gula ó ira, postrado á los pies de Cristo, le diré una y muchas veces: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi alma está atormentada del demonio de la soberbia. Ayúdame, compadécete de mí y líbrame de ella. Y de la misma manera cuando vea algún prójimo estar rendido al vicio y al pecado tomando su miseria por propia, diré á Cristo N. S.: Hijo de David, ten misericordia de mí, porque el alma de mi hermano está atormentada del demonio; ayúdame, pues al compadecerte de él, te compadeces de mí, porque su miseria es mía y mis pecados son la causa de ellos.

PUNTO II

De cómo Jesús probó la fe de la cananea.

Considera cómo no quiso Jesús responder palabra á la cananea, y perseverando ella en clamar, le dijo para probar su fe y su constancia: "No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros„; esto es, los beneficios que se hacen á los judíos, que son hijos de Dios, no conviene darlos á los gentiles, que son desconocidos y extraños. Ella respondió: "Así es, Señor; pero los cachorrillos también comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores„.

Aquí se ha de considerar lo que hizo Cristo N. S. en este caso, y lo que hizo la cananea. Lo primero, ponderaré cómo Cristo N. S. callaba, como quien, al parecer, no hacía caso de la petición de esta mujer, no por desprecio, sino para que con esta dilación creciese más su deseo y afecto. Y pasando más adelante, le dió muestras de negarle lo que pedía, motejándola de indigna de ello; lo cual hizo Cristo N. S. para probarla y humillarla, y con esto disponerla

mejor para recibir lo que pedía; porque la humillación de Dios, como dice san Bernardo, es señal de que nos quiere ensalzar, y también es señal de que halla corazones capaces de su gracia y dones, porque á los flacos suele dar luego lo que piden, como á niños; pero á los fuertes, cuya virtud tiene conocida, pruébalos con dilaciones y ásperas respuestas, como probó á su misma Madre en las bodas, para que con este ejemplo aprendamos á no desanimarnos si no fuéremos oídos tan presto como deseamos.

Ponderaré después las virtudes insignes en que probó Cristo N. S. á la cananea, que son la piedra de toque de la perfección, es á saber: la probó en paciencia, en humildad y en perseverancia, las cuales virtudes ejercitó admirablemente la cananea con gran prudencia; porque, lo primero, aunque oyó palabras tan duras y ásperas, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, perseverando en ella con gran constancia. Lo segundo, con rara humildad confesó lo que era, diciendo: "Así es, Señor, que soy gentil, y aun perrilla desaprovechada„. Y pasó más adelante, porque aunque los perrillos suelen comer de las migajas que caen de la mesa, ni aun de éstas se tuvo por digna, y así no pidió que le diese alguna migaja, sino calló, dejándolo á la liberalidad y misericordia del Señor. Lo tercero, con gran prudencia, de las mismas palabras de Cristo y de su propia bajeza sacó títulos para negociar lo que pedía; como quien dice: Si soy como una perra, también los señores sustentan, no sólo á los hijos, sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa. Con este espíritu diré á Cristo N. S.: ¡Oh Rey del cielo, que estáis en vuestro reino sentado á la mesa de vuestra bienaventuranza, dando espléndidamente de comer á vuestros hijos! No es vuestra mesa como la del rico avariento, de cuyas migajas no hubo quien diese alguna al mendigo y hambriento Lázaro; porque, aunque sois rico, no sois avariento, sino dadivoso; no escaso, sino

largo y manirroto. A vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando algún mendruguillo de pan de lo que de esa mesa se cae para los que viven en la tierra. Confieso, Señor, que no se ha de dar lo santo á los perros cuando lo quieren para morderlo y despedazarlo; pero yo, Dios mío, lo deseo para dejar de serlo, y así pido el Pan celestial que tiene virtud de convertir los perros en hijos vuestros; dadme algo de este Pan, aunque no lo merezca, pues tan generoso sois en dar lo que tenéis á los de vuestra casa.

PUNTO III

De cómo Jesús premió la fe de la cananea.

Considera cómo Jesús, habiendo oído la fervorosa réplica de la cananea, dijo: "¡Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres!; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija„; y al punto salió y quedó sana la endemoniada.

Donde se ha de ponderar el gusto grande que recibe Cristo N. S. con una alma humilde, sufrida y confiada; cómo la alaba y engrandece, y cómo le cumple sus deseos y le da cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamación: "¡Oh mujer, grande es tu fe!„ ¡Oh qué grande sería, pues un Dios tan grande la califica por grande! A los Apóstoles les llamó Cristo muchas veces hombres de poca fe; á esta cananea llama mujer de gran fe. ¡Oh Señor, dame esta grandeza de fe viva y confianza cierta en tu bondad, para que te agrade con ella!

También ponderaré, que alaba Dios y honra á los que tienen esta grandeza de fe, porque ellos con esa fe viva honran á Dios y le glorifican, sintiendo de El en bondad altamente, y arrojándose en su providencia, y es propio de Dios honrar á los que así le honran.

Finalmente, se ha de notar aquella palabra: "Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de

tu hija.„ En lo cual Cristo N. S. atribuye la salida de este demonio á la palabra humilde de la cananea; porque la humildad espanta á los demonios y les hace huir de los cuerpos y de las almas.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío, pon en mi corazón y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales en virtud tuya destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que libres de su servidumbre, te sirvamos en justicia y santidad. Enséñame, Señor, á orar con la viva fe, la profunda humildad y la perseverancia constante de esa bienaventurada mujer, de tal manera que en mis tribulaciones y trabajos merezca yo oir de tus divinos labios la palabra que ella oyó: "Hágase lo que quieres„ y mi alma quedará curada de sus enfermedades por tu virtud y misericordia.

Propósitos.—Orar siempre como la cananea, con fe, humildad y perseverancia, poniendo en manos de N. S. tus peticiones, pues El es el único que sabe lo que te conviene.

4 DE OCTUBRE

Sobre la necesidad de la oración.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La oración es necesaria para conseguir la divina gracia.

Considera que lo único que nos es absolutamente necesario es la salvación eterna, y que para lograr esta salvación, nos es indispensable el auxilio de la divina gracia, y que para conseguir este auxilio, la oración es el medio necesario y el más fácil, más adecuado y eficaz. Por esto, Cristo N. S., nos dijo: "Conviene orar siempre.„ Considera, para entender bien esto, que la oración es un acto de la voluntad por la cual se expresa un deseo y se expone una necesidad á Dios. ¡Y qué cosa más fácil que de-

sear y manifestar el deseo! ¿Acaso le cuesta mucho trabajo al pobre pedir limosna al rico? Admírate de que Dios haya puesto á tan bajo precio cosa de tanto valor como la gracia. Ni podía ser de otro modo dada nuestra suma pobreza y su infinita liberalidad que se contenta para enriquecernos con la confesión de nuestras flaquezas y la confianza en su infinito poder y amor.

Porque aunque hay gracias que Dios nos concede sin que se las pidamos, y á veces contra nuestro propio deseo é inclinación, como fué la que concedió á san Pablo y la gracia de la vocación á la fe, pero fuera de este y otros casos señalados, en el curso ordinario de la providencia de Dios, á toda gracia ha de preceder una humilde y fervorosa petición, y Dios ha puesto esa condición precisa para todos los hombres: "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.„ Así nos ha dicho el Señor. *Pedid*: esto es, reconoced que toda gracia viene de lo alto, y que Dios es el soberano dispensador de todas las mercedes. *Pedid;* porque el que ama pide naturalmente al que es amado, y esta petición es de por sí un acto de amor. *Pedid;* porque así confesáis que no tenéis, y que necesitáis del Señor, y esta confesión es un acto de humildad. *Pedid;* porque así habláis con Dios directamente y lo tratáis como hijos á su Padre, y de esta suerte quiere Dios ser tratado por nosotros.

Y recibiréis, esto es, si me pedís de este modo, humilde, confiada y amorosamente, como hijos cariñosos á su Padre amantísimo, Yo os concederé todo género de gracias espirituales, y aun las materiales si os convienen, y vuestro gozo espiritual será cumplido, y entre vosotros y Yo se establecerá una dulcísima correspondencia de afectos, una unión estrecha de amor que anticipará para vosotros los goces inefables de la bienaventuranza. ¿Qué mayor prueba de amor puede habernos dado Jesús, que enseñarnos esta necesidad de la oración?

Pero considera, además, que la oración es necesaria para honrar á la Majestad de Dios, y rendir homenaje á su infinita grandeza: para reconocer su providencia sobre todo el universo, y principalmente en los trabajos y necesidades de los hombres; para demostrarle nuestra dependencia; para granjearnos sus gracias, disponernos á recibirlas y dilatar nuestro corazón por medio de los santos deseos y hacerle capaz de los beneficios que Dios quiere dispensarnos. Si eres pobre, lo eres porque no haces oración ó porque no la haces como conviene.

Además, la oración nos une con Dios, que es el manantial de todos los bienes; nos acerca á El para que saciemos nuestra sed en el manantial de sus gracias; nos enriquece con sus tesoros; nos socorre en todas nuestras necesidades; nos provee en nuestra indigencia, nos hace poderosos y fuertes con el poder y la fortaleza de Dios, y, en cierto modo, nos hace triunfar de Dios mismo. Muerto está el cuerpo que no respira y lo está también el alma que no tiene oración. Por eso dice la Sagrada Escritura que la oración penetra los cielos y alcanza de Dios cuanto le pide. Como Dios por su naturaleza es todo bondad, desea incesantemente difundirse; es una fuente que rebosa y quiere derramarse y como salir de sí; es un sol, todo luz, que quiere iluminarnos. Dios está siempre buscando un corazón vacío para llenarle de sus bienes; y la oración nos vacia de nosotros mismos con el conocimiento de nuestra pobreza, y nos llena de Dios y de sus gracias. Jesús ha empeñado su palabra, que recibiremos todo lo que pidamos en su santísimo nombre. Nos ha comunicado su Espíritu, que ruega en nosotros y por nosotros; nos ha conferido sus méritos, que, en cierto modo, deja á nuestra disposición. ¿Qué no alcanzaremos de Dios por los méritos de su Hijo, que le ofrecemos?

¿Pues de dónde proviene, dirás, que no logro nada de lo que pido á Dios? Entra dentro de ti mismo y

examina si tal vez depende de que acaso le pides cosas perniciosas; ó si son buenas y útiles, las pides en mal estado, esto es, en pecado mortal; y siendo así enemigo de Dios, no es extraño que Dios no te oiga, ó depende tal vez de que las pides sin humildad, sin atención, sin devoción, ó, por último, las pides, quizá, sin confianza y sin perseverancia.

PUNTO II

La oración es necesaria para obrar el bien.

Considera, en segundo lugar, que la oración nos es indispensable para obrar el bien, guardar los Mandamientos de la ley de Dios, y ejercitar las virtudes. Dios no puede mandarnos, siendo como es la justicia infinita, cosa imposible de cumplir. Por eso al darnos su ley, al exigirnos que seamos perfectos, nos previene que le pidamos á El humildemente la fuerza y los medios de cumplir cuanto nos manda. No siempre tenemos el poder de llevar á cabo todo género de buenas obras; pero siempre tenemos el poder de orar, y por la oración alcanzar la gracia que hemos menester. Por esto se puede afirmar que en la oración están, como en germen, todas las gracias y las virtudes todas, todos los dones y excelencias que vienen de Dios, y que por ese amplio y hermoso canal se derraman en nuestras almas.

Si alguno, dice Santiago el menor, necesita sabiduría, pídala á Dios, que á nadie la rehusa. Esta sabiduría es la divina gracia, el buen espíritu, que, según la promesa de Jesús, infunde su Eterno Padre en todos los que verdaderamente lo pidieren. Si, pues, estamos menesterosos de un bien tan grande y tan necesario como es el verdadero espíritu cristiano, á nadie podemos quejarnos, porque basta que lo pidamos, como Dios quiere, para que seamos al punto abastecidos de él. Y ¡con qué magnanimidad y largueza! Cuanto es el hombre pobre, ignorante, duro

é inflexible, es Dios rico, sabio, tierno y liberal. Conoce nuestra indigencia infinitamente mejor que nosotros mismos, y se compadece de ella con una compasión infinita. A pesar de esto, admírate de lo que pasa por ti mismo y por la mayor parte de los hombres. Los pobres piden á los ricos, y los hombres, sean ricos ó sean pobres, no piden á Dios; sin embargo de que hay más diferencia entre Dios y los hombres, que entre los hombres ricos y los hombres pobres. Los hombres son todos indigentes y miserables, Dios es infinitamente rico y opulento; los hombres ignoran nuestras miserias, Dios conoce todas nuestras necesidades; los hombres son duros é inexorables, Dios es infinitamente tierno y liberal; no gustan los hombres de que les pidan, Dios se agrada de que le roguemos. La oración es un sacrificio de alabanza y un perfume de todas las virtudes, que se ofrece á Dios. La fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, la perseverancia, la resignación, la conformidad con la voluntad de Dios, la devoción, el fervor y la obediencia, componen el sagrado bálsamo de la oración. Además, la oración es todopoderosa porque nos une á Dios, que, siendo infinitamente rico, gusta difundirse y comunicarse; porque incluye la esperanza, que fortifica al hombre, juntándole á la omnipotencia de Dios; porque se funda en la promesa que hace Jesucristo, y la confirma con juramento de que nos concederá cuanto le pidiéremos, la cual imprime en la oración una virtud omnipotente, porque se sirve de los méritos infinitos del Salvador, ofrece á Dios el sacrificio de todas las virtudes, que le es tan agradable, y, en suma, procede del Espíritu Santo, que ora en nosotros y por nosotros con gemidos inenarrables.

Pues ¿por qué oramos tan poco, con tanta frialdad y desconfianza? No conocemos nuestra miseria, ó nos complacemos en ella; no sabemos la eficacia de la oración, ó somos soberbios y no queremos humillarnos

ante Dios. Somos impacientes, y nos repugna el que el Señor nos haga esperar; desconfiamos de su sabiduría, ó de su poder, ó de su bondad; por una especie de letargo no sentimos nuestros males; tememos, más bien que amamos, las verdaderas virtudes, porque sabemos que son penosas á la naturaleza, y así no las pedimos á Dios, y en fin, no tenemos fe, ni esperanza, ni caridad, ni humildad, ni devoción, ni perseverancia para evitar el mal, y para librarnos de él cuando en él hemos caído. Esto nos lo enseñó muy claramente Jesucristo, poniendo como última petición de la oración de "El Padre Nuestro", "líbranos de mal", en cuyas palabras se contienen todos los males que pueden sobrevenirnos, físicos y espirituales; pero muy especialmente aquel mal que es el supremo de todos, y tal, que comparados con él no son males los otros, aun los más terribles que pueden afligirnos. Semejante mal es el pecado, y para evitarlo no hay otro medio más que la oración; porque nosotros somos naturalmente débiles y propensos al mal; y la oración es la que nos fortifica y reprime la inclinación viciosa de nuestra carne; es luz para hacernos ver los peligros y ocasiones, y gracia para detenernos y para no caer. Por esto Jesucristo N. S., previniendo la terrible tentación que iban á sufrir sus discípulos viendo á su Maestro en los trances dolorosísimos de la Pasión y afrentosa muerte, les dijo: "Velad y orad, para que no caigáis en la tentación". Y lo mismo nos dijo á nosotros: "Conviene orar siempre y nunca cansarse."

Saca, pues, de todo esto, cuánto te importa acudir á Dios en todas tus necesidades, pues nunca adelantarás en el camino de la virtud, ni harás cosa de provecho para tu alma, si antes no te das de lleno á la vida de oración y trato con Dios. ¿Lo haces así? ¿Y qué harás en adelante?

PUNTO III

La oración es necesaria para evitar el mal.

Considérese en tercer lugar, que si para conseguir el bien es tan necesaria la oración, no lo es menos, como deciamos poco ha, para evitar el mal. Ni conocemos los peligros ni tenemos fuerzas ni virtud para huirlos, ni podemos resistir á las tentaciones sin el auxilio de la gracia y esta gracia sólo por la oración se nos comunica. Es más, el hombre no puede dar un solo paso para buscar su salvación; su voluntad fué bastante para apartarle de Dios; pero no es suficiente, ni mucho menos, para volverle á Dios, pues sin la gracia de Dios ni aun el nombre de Jesús podemos pronunciar ni hacer la más pequeña acción que nos sirva para la vida eterna. Así que puede compararsele á un paralítico, imposibilitado de todos sus miembros; no puede levantarse, ni andar. Sólo le queda libre la lengua para quejarse de su desdicha, decírsela á Dios, y rogarle que le libre de ella, esto es, que, aunque no participe de las gracias que Dios concede á los justos, está en su albedrío pedir y lograr la gracia de la oración. Y por medio de esta gracia conseguir la de su conversión. Por esto decia David: "Bendito sea el Señor que dejándome el poder de orar, me ha dado un medio seguro de alcanzar su misericordia."

Coloquio.—¡Oh Dios mío! ¡Cuánto amáis á los pobres que son humildes, y cuánto aborrecéis á los pobres que son soberbios! No me admiro si no alcanzo cosa alguna de vuestra bondad; pues no conozco mi miseria, ni quiero conocerla; no quiero humillarme en vuestra presencia, ni acudo á Vos en mis necesidades y peligros. Y cuando acudo, os pido con frialdad, con negligencia, con hastío y con poca fe; y mi oracion no es un perfume de virtudes, que sube al cielo, sino un negro vapor que se levanta á lo alto para provocar vuestra ira. Señor, miradme con ojos de

misericordia, y no desechéis mi oración, porque de ella depende la salvación de mi alma. Yo la tendré en adelante con más frecuencia, con más humildad y con más constancia, confiado en que siempre me concederéis lo que os pida en el orden espiritual y aun en el material, si me conviene.

Propósitos.—Acudir siempre á Dios pidiéndole gracia para no caer en todos los peligros y tentaciones.

5 DE OCTUBRE

Sobre las condiciones de la oración.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Dios no escucha nuestras oraciones porque no oramos como debemos.

Considera que la eficacia infalible que á la oración, cuando tiene las condiciones debidas, atribuyen los santos, se manifestó por manera admirable, en el milagro de la hija de la cananea. Esa eficacia provino sin duda de la fe, humildad y confianza con que oraba esta admirable mujer. Escúchala cómo sale al paso de Jesús gritando: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí; mi hija está malamente atormentada del demonio„; mas de tal manera clamaba, que el mismo Dios quedó sorprendido y lleno de admiración, ante la fe vivísima de aquella mujer, que idólatra y todo como era, nos debe servir de modelo para aprender á orar. "¡Oh mujer, exclama al oirla el Salvador del mundo, grande es tu fe!„ ¿No revelan estas divinas palabras que en la fe de esta cananea y en el fervor de su oración había algo de sorprendente y nuevo aun á los ojos del mismo Dios?

Considera después, cómo Jesús, luego de haber mostrado así su admiración por la fe de la cananea, no solamente libró á su hija del poder del demonio,

sino que además santificó á la madre con estas palabras: "Hágase contigo como quieres„. Deduce de aquí que nada hay más eficaz delante de Dios que la oración, pues su fuerza, como dice san Juan Crisóstomo, parece como que vuelve la palabra del hombre tan poderosa y aún más poderosa todavía que la palabra de Dios. Tan poderosa, porque así como Dios, con una palabra hizo todas las cosas, el hombre no hace más que hablar y pedir y todo le es concedido. Más poderosa aún, en cierto modo, porque si Dios se hace obedecer de los seres creados, por la virtud de la oración, el Señor obedece, según la frase de la Escritura, á la voz del hombre.

Pero ten en cuenta para no engañarte en este punto tan importante para tu salvación, que para que la oración sea infalible, es necesario que sea perfecta y que se haga con todas las condiciones que deben acompañarla; en una palabra: que sea como la oración de la cananea y que como ella, unas á la palabra la práctica de todas las virtudes que puedan ganar é interesar el corazón divino del Salvador del mundo.

Deduce de ahí cuál será la causa de que habiendo concedido Jesucristo á la oración hecha en su nombre un poder infalible, tengan las nuestras ordinariamente tan poco efecto. Esto nace, de que cuando oramos no somos amigos de Dios, porque estamos en pecado, y, por consiguiente, no tenemos derecho alguno para pedir nada á Dios, puesto que no estamos unidos á Jesucristo y somos enemigos suyos. La primera condición para que nuestra oración sea eficaz, es el estado de gracia. Un pecador que ni siquiera desea convertirse, no puede decir la oración que Jesucristo nos enseñó, y que es la que remedia todas nuestras necesidades, sin contradecirse y condenarse á sí mismo. Pide el pecador que el nombre de Dios sea santificado, y glorificado, y al mismo tiempo está deshonrando este nombre con sus accio-

nes y sus vicios. Pide que venga á él el reino de Dios, y al mismo tiempo huye de ese mismo reino, haciendo reinar en su corazón el pecado. Pide que la voluntad de Dios se cumpla, y al mismo tiempo se opone á ella, quebrantando sus Mandamientos. Pide también que Dios le dé el pan sobresubstancial, ó pan de vida, y esto para recibirle indignamente. Pide, en fin, que su divina Majestad le libre del mayor mal de los males, que es el pecado, y quiere perseverar en él. ¡Qué extraña contradicción! ¡Pero qué gran motivo de condenación! Mira si oras tú así, y no te extrañe si tus oraciones no son atendidas por Dios.

PUNTO II

Dios no escucha nuestra oración porque no pedimos lo que debemos pedir.

Considera que la cananea pidió al Hijo de Dios que librase á su hija del demonio. ¿Son cosas tan justas las que pides á Dios en tus oraciones, ó le pides por el contrario cosas que consoliden en ti el dominio del demonio y aun quizá de tantos demonios como son las pasiones que te dominan? ¿Qué es lo que pides generalmente á Dios? Le pides ó cosas perjudiciales para tu salvación, ó bienes puramente temporales, y todo lo más, gracias sobrenaturales, pero de la manera que tú las entiendes y quieres, y que, lejos de servir para tu santificación, servirían más bien para alejarte del camino de la salvación.

Uno de los vicios de los paganos, consistía en pedir á sus dioses, ó la muerte de un pariente á quien heredar, ó la de un competidor que le estorbaba ó el patrimonio de algún huérfano ó pupilo. Seguramente que esto te parecerá abominable, ¿pero acaso, si bien te examinas, no aparecerás á tus propios ojos tan abominable, en este punto, como ellos? Ellos, al fin, adoraban á divinidades viciosas y corrompidas, pero tú como cristiano, sirves á un Dios no menos santo,

que poderoso y grande. Y sin embargo, las oraciones que le diriges, son en el fondo, las mismas que los paganos dirigían á sus falsas divinidades, si bien en la forma procuras disimular su injusticia. Examina si no cuáles son tus ordinarias peticiones á Dios N. S. cuando oras.

Si eres hombre mundano, le pides á Dios medios para sostener y acrecentar tu condición; si padre de familia, medios con que encumbrarla: si estás enfermo, la salud del cuerpo; si litigante, la ganancia de tu pleito; todo ello en la apariencia muy conveniente, pero tal vez nocivo para tu salvación en el fondo, porque sólo buscas el interés, la ambición ó el goce. ¿Cómo, pues, te admiras de que Dios no escuche tus oraciones? Otras veces, aunque con mejor intención, le pides bienes temporales, y aunque éstos en sí sean dones de Dios y puedan pedírsele lícitamente, Dios te los niega, porque no se los pides ni según el orden, ni la condición que el Señor ha establecido, ni con relación al fin que les ha señalado. No se los pides en el orden que Dios ha establecido, porque no le pides más que gracias temporales, como si la oración fuera sólo para eso y sin pensar en las espirituales, que son las que deben ocupar el primer lugar en tus oraciones. Como Antioco, no pides ni el espíritu de penitencia, ni el don de piedad, ni la gracia de Dios, ni el respeto de las cosas santas, ni el vencer tus pasiones, sino la salud temporal que prefieres á todo esto. Con lo cual nada pides, porque todas las gracias temporales separadas de la salvación eterna, nada son delante de Dios. Por esto el Hijo de Dios dijo á sus discípulos al prometerles su mediación con el Padre: "Si alguna cosa pidiereis„, añadiendo que nada habían pedido todavía, porque todo cuanto habían pedido hasta entonces se reducía á favores humanos y transitorios. ¡Cuántas veces podrías hacerte esa misma reconvención!

El orden de la oración exige, pues, que busques

primeramente el reino de Dios, y si así lo hicieres, Jesucristo te promete que tendrás lo demás como añadidura. Piensa, pues, que si trastornas ese orden, no debes invocar los méritos de Cristo, porque tus oraciones no son según la regla que El nos ha prescrito, que es pedir siempre los bienes del alma y lo demás pedirlo, si nos conviene para nuestra salvación y santificación.

Para comprender mejor esto y por qué Dios no escucha nuestras oraciones, considera que carecen de virtud, si no van unidas á las oraciones de Jesucristo. ¿Y qué es lo que pide Jesucristo para los hombres? Los bienes espirituales. ¿Y por qué los pide? Por el fin para que fué enviado El al mundo, que es la salvación del género humano. Compara las peticiones de Cristo con lo que tú pides, riquezas, honores, una vana reputación, una vida cómoda. ¿Y para qué lo pides? Para fines que ninguna relación tienen con la salvación de tu alma. No existe, por tanto, ninguna conformidad entre tus oraciones y las de Jesucristo y no debes, pues, extrañarte, si no consigues lo que pides.

Y esto te sucederá aunque pidas gracias sobrenaturales, si de la manera que las entiendes y pides, lejos de conducirte á tu santificación, sirven más bien para apartarte del camino de la virtud. Porque si con atención lo examinas, verás que esas gracias las pides según tus gustos y según las falsas ideas que acerca de ellas tienes, y que tal como tú las imaginas, de tal modo allanan á tus ojos el camino de la salvación, que crees con eso que ninguna medida te resta por tomar, ni ningún esfuerzo que hacer para salvarte, y en eso precisamente consiste tu engaño, en que aun en el camino del cielo quieres encontrar una senda ancha y cómoda y muy distinta del camino del Calvario, que es el enseñado por Cristo.

Imita al santo profeta, cuya plegaria consistía en pedir una sola cosa al Señor, y era morar siempre en

su santa casa, y dale gracias, como san Agustín, de que no te haya escuchado según tus deseos, proponiéndote en adelante no pedirle más que los bienes del alma y todo lo demás, con tal que te conduzca á tu santificación.

PUNTO III

Dios no nos escucha porque no le pedimos con las condiciones con que es necesario pedir.

Considera que las condiciones que Dios pone para que nuestras oraciones sean eficaces, no son tan difíciles que deban servir de obstáculo para el cumplimiento de nuestros deseos. El Señor á quien rogamos, es demasiado generoso y demasiado bueno para regatearnos sus gracias, y si examinamos bien las condiciones de la oración, hallarás que no hay ninguna que no sea fácil en la práctica y de una absoluta necesidad. Estas condiciones son cuatro: humildad, confianza, perseverancia y atención.

Humildad, ¿hay algo más razonable? ¿Puede tenerse una idea exacta de la oración, y olvidarse al orar de esta regla? ¿Ruegas, de otro modo, á los ricos, grandes y príncipes de la tierra? ¿Halló la cananea la menor dificultad en postrarse delante de Jesucristo y adorarle? ¿De qué modo recibió la negativa que primeramente le dió Cristo y en términos tan humillantes para ella y tan capaces de hacerla desistir de sus súplicas? Su oración fué humilde, y las tuyas van acompañadas del espíritu del orgullo, de la presunción, de un boato mundano, de un espíritu de rebeldía, que llevas hasta el mismo santuario. Pides á Dios gracias, no como gracias, sino como deudas, dispuesto á murmurar de su providencia, si te las niega, y pronto á ensoberbecerte y olvidarlas si te las concede. Confianza; ¿hay algo más justo? ¿Qué de milagros no ha obrado Dios para premiar esta confianza? ¿No es á ésta, aún más que á su misericordia, á

la que atribuyen mil pasajes de la Escritura la virtud omnipotente de la oración? ¿Qué confianza no tuvo la cananea en Jesucristo? ¿Qué hubiera hecho si, ya cristiana, le hubiera conocido como tú le conoces? ¡Avergüénzate de que, cristiano y todo como eres, desconfías de Dios y de sus promesas más solemnes, y de que te turbas, te inquietas y te abandonas á secreta desesperación, y sólo recurres á la oración en último extremo y cuando todo otro auxilio te falta.

Perseverancia. Considera que las gracias de Dios son bastante preciosas para que merezcan que las pidas á menudo y durante largo tiempo. La cananea no cesó de orar, aunque Jesucristo no le respondía ni una palabra, y sólo por su perseverancia triunfó, en cierto modo, de la resistencia del Hijo de Dios. Pero esta asiduidad te fatiga y te molesta, y no pocas veces, cuando están ya á punto de cumplirse tus deseos, pierdes, por no insistir en tus peticiones, todo el mérito y provecho de la oración.

Atención del espíritu y afecto del corazón. ¿Hay nada más necesario y esencial en la oración? Piensa, si no, ¿qué es la oración? Un coloquio del alma con Dios, que supone, desde luego, un recogimiento y un sentimiento interior. De aquí has de deducir que, donde no hay atención ni afecto, no hay oración, de lo cual se desprenden tres consecuencias: 1.ª Que el ejercicio de la oración se halla casi extinguido entre los cristianos, porque la mayor parte ora, como los judíos, de labios afuera, y no de corazón. 2.ª Que en las oraciones que son obligatorias, la atención es de precepto, porque los actos religiosos no son una práctica puramente exterior, y la Iglesia, así como cuando nos manda la confesión nos manda la contrición, del mismo modo cuando nos manda orar, nos ordena la atención del espíritu. 3.ª Que no sin razón desprecia Dios tus plegarias, porque nada tienen de oraciones, pues quieres que Dios te atienda, mientras tú no atiendes á Dios ni á

ti mismo. Propón enmendarte en este punto, y enmendarás toda tu vida. Para ello di á Dios, como los Apóstoles: "Señor, enséñame á orar„.

Mira, por último, de dónde provienen las distracciones que te roban la atención y el afecto. Proceden del demonio, que quiere que concibas tedio de la oración; de tu imaginación, ligera y voluble; de tu mente, que durante el día se ocupa en vanos pensamientos; de tu corazón, que estando aficionado á las criaturas, vuela adonde se halla su tesoro y trata con quien ama que es el mundo; así no gusta de Dios, porque le tiene poco afecto. Proceden también del cuerpo, que muy poco mortificado, hace pesado al espíritu: proceden de lo poco que atiendes á tu perfección; de tu delicadeza y falta de mortificación, de tu infidelidad y cobardía, porque es axioma en la vida espiritual que el alma inmortificada, no puede ser alma de oración.

Coloquio.—¡Jesús y Señor mío! Ciego he debido estar cuando he pretendido alcanzar de Vos lo que necesitaba orando tan mal. No me escuchabais porque os pedía cosas contrarias á mi salvación, ó lo pedía sin humildad y sin fe, sin atención y sin respeto. En adelante oraré como Vos queréis que ore. En cualquier estado en que me encuentre cumpliré con esta obligación. Reconoceré humildemente mi miseria; esperaré con paciencia vuestra visita; la pediré con fervor; sufriré la aridez y sequedad, y me tendré por muy honrado con hallarme en vuestra presencia. ¿No es estar en el paraíso estar con Vos? Yo me contento con eso sólo, y aunque esté sin consuelo y sin gusto sensible, quiero serviros y vivir en vuestra presencia, para estudiar el modo de hacer vuestra santísima voluntad.

Propósitos.—Examina si oras con estas condiciones y si tu oración se parece á la de la cananea y si no propone imitarla en adelante.

6 DE OCTUBRE

Del centurión cuyo criado sanó Cristo N. S.

Preludios.—Oye el precioso diálogo entre Jesús y el afortunado centurión, y aprende de éste á decir con viva fe y profunda humildad, cuando recibas á Jesús en tu pecho, aquellas palabras: «Señor, no soy digno de que entres en mi morada.»

PUNTO I

De cómo el centurión pidió á Jesús la curación de su siervo.

Considera la piedad de este centurión, pues tan solícito estaba de la salud, no de su hijo, como la cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras buenas obras que hacía, reparando las sinagogas y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil. Mira su profunda humildad, con la cual se tenía por indigno de parecer delante de Cristo N. S., y de ir en persona donde El estaba, pareciéndole que era tan malo, y Cristo tan bueno, que no era digno de estar delante de El; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese lo que le pedía, por las buenas obras que les había hecho, él, olvidado de estas buenas obras, se tiene por indigno de todo. Pondera su grande fe y confianza, contentándose con declarar á Cristo la necesidad de su criado, que estaba perlático y muy atormentado, creyendo que Jesús era poderoso para sanarle en ausencia, y teniéndole por tan misericordioso, que bastaba representarle aquella necesidad, sin pedirle que la remediase. De donde tengo de sacar el modo de negociar con Cristo N. S., que es, no tanto con palabras como con afectos, no con llegarme presuntuosamente á El, sino con retirarme humildemente de El; porque este modo de retirarse es acercarse. Y así, san Mateo dice "que el centurión se llegó á Cristo„, para dar á entender

que á Cristo no se llega ni acerca uno con pasos del cuerpo, sino del espíritu; esto es, con actos y afectos de fe y confianza, de humildad y reverencia, con caridad.

¡Oh Dios de mi alma, dame luz de propio conocimiento, como á este centurión, para que olvidado de cualquier bien que hubiere hecho, me tenga por siervo desaprovechado é indigno de parecer en Tu presencia, pero de tal manera, que no me retire tanto con pusilanimidad, que deje de acercarme á Ti con verdadera caridad! Mira, Señor, que mi siervo, que es este cuerpo que me sirve, está perlático y muy torpe para obedecer al espíritu, tullido y desfallecido para las obras de virtud; si Tú no remedias mi necesidad, no hay quien pueda librarme de ella.

PUNTO II

De cómo el Señor prometió curar al siervo del centurión.

Medita la benignidad de Cristo N. S. y lo mucho que favorece á los humildes y pequeñuelos, desfavoreciendo á los poderosos y soberbios. Al reyezuelo que le pidió fuese á su casa á sanar á su hijo, aunque era tan principal, y él mismo en persona venía á pedírselo, le respondió con aspereza notándole de incrédulo; pero á este centurión que con humildad no se tenía por digno de pedirle tal cosa, se ofreció á ello, y de hecho iba á su casa, y no para sanar á su hijo, sino á su esclavo. ¡Oh humildad, cuán grande es tu poder, pues así atraes al Hijo de Dios y le mueves á que venga á visitar la casa donde tú moras! ¡Oh, si mi corazón fuese morada tuya, para que el Hijo de Dios gustase de entrar y morar en ella!

Pondera cómo con esta merced que Cristo ofrecía al centurión, no sólo no se envaneció, sino creció más en humildad y en la fe de la omnipotencia de Cristo, que con una sola palabra podía sanar á su criado: de donde tomó la Iglesia estas palabras para

decirlas antes de la comunión. Y así las tengo de decir con estos dos afectos de humildad y confianza, de reverencia y viva fe. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra, ¿quién soy yo para que Tú vengas á mi pobre morada?; ¡no merezco tanto bien, ni casa tan vil es digna de aposentar huésped tan soberano! Basta, Señor, que digas una sola palabra para sanar mi alma y hacer cuanto quisieres en ella.

Considera cómo el centurión, por el propio conocimiento, subió á otros actos excelentes de virtud, engrandeciendo á Cristo N. S. por las palabras que añadió: "Yo soy, dice, un hombre, que tengo superior, y debajo de mi mando tengo soldados, y en diciendo á uno ve, luego va; y en diciendo á otro ven, luego viene„; que es decir: Yo soy un hombre terreno, sujeto á otros por razón de mi estado; pero Tú eres hombre celestial y Dios infinito, superior á todos, por lo cual no soy digno de que Señor tan alto venga á casa de hombre tan bajo; y si á mi palabra obedecen los soldados y criados que me sirven, mucho mejor obedecerán á tu palabra todas las criaturas y las mismas enfermedades; y en diciéndolas Tú ven, vendrán; y en diciéndolas, idos, se irán. A imitación de este centurión, de lo que por mí pasa, sacaré la ciencia admirable de lo que puede Dios, gozándome de su excelencia y poder.

PUNTO III

De cómo Jesús premió la fe y piedad del centurión.

Considera primeramente, la admiración de Cristo N.S., pues de ella dió señales exteriores, para significarnos cómo la humildad y la fe son virtudes heroicas y tan admirables, y mucho más cuando las tales se hallan en personas del mundo, en capitanes y soldados, sacando de aquí grande amor y estima de estas virtudes. Mira cómo Cristo N. S. alabó la fe de este centurión gentil para honrarle, diciendo: "Que des-

pués que predicaba no había hallado otro tal en el pueblo judaico„, y con ella confunde á los que por razón de su estado habían de ser más humildes y piadosos y rendidos á Dios, sacando de esto temor grande de mi dureza en responder á los beneficios recibidos. ¡Oh Rey mío, no permitas que habiéndome llamado para tu fe y para ser hijo tuyo por la gracia, yo venga por mi culpa á perderla y á ser desheredado de tu reino, y echado en las tinieblas exteriores, fuera de tu luz y de tu amistad en los lagos tenebrosos del infierno donde todo es llanto y rabia! ¡Oh, si viniesen á tu santa fe todos los impíos y los incrédulos del mundo, para que tu Iglesia y tu reino celestial se pueble de muchos justos; pero no permitas, Señor, que los fieles que están ya dentro de tu Iglesia, salgan de ella y sean desechados del reino para que los llamaste!

Pondera, por último, cómo Cristo N. S. cumplió su deseo al centurión, sanando á su criado con sola una palabra, que dijo: "Hágase como quieres„; porque como dice David, "cumple Dios la voluntad de los que le temen.„ Aprende, pues, del centurión á pedir á Cristo con fe viva y confianza ilimitada, que El no desechará tu oración, si es como la suya, humilde y perseverante.

Coloquio.—Gózome, Salvador mío, de que seas supremo Monarca, á quien todos obedezcan, y que sea tan grande tu poder, que en diciendo con eficacia hágase esto, todos cumplan tu mandato. Dame, Señor, este poderío sobre mis potencias, para que en mandándoles algo de tu servicio, luego me obedezcan; que me obedezca mi corazón, mis apetitos, mi razón, todo mi ser, para que todo en mí te alabe y glorifique.

Propositos.- Imita la caridad del centurión con los humildes y pequeños, y trata á tus criados no como á esclavos, sino como á hijos de Dios y hermanos tuyos en Jesucristo.

7 DE OCTUBRE

Sobre la virtud de la humildad.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Bienes que acarrea al alma la humildad.

Considera en el centurión los bienes que trae consigo la humildad. ¡Cómo robó el amor y el corazón de Cristo! ¡Cómo consiguió inmediatamente del Señor aún más de lo que pretendía! Fundándote en este milagro de Cristo, medita para tu provecho algunos de los bienes que acarrea al alma esta virtud, cimiento y base de todas ellas. Y en primer lugar, la humildad nos alcanza la gracia del Señor. Dice la Escritura, que "Dios resiste y se opone á los soberbios, y da su gracia á los humildes. Llena los valles y abate los montes„. En efecto, la mejor disposición para recibir la gracia y los dones de Dios es ser humilde. "¿En quién pondré los ojos, dice el Espíritu Santo, sino en el pobre y humilde de espíritu?„ Lo que mira Dios con más complacencia, así en el cielo como en la tierra, es á los humildes; por eso la Virgen santísima asegura que su humildad fué causa de que Dios pusiese en ella los ojos para hacerla Madre de Dios, siendo la más elevada de todas las criaturas por haber sido la más humilde. Si hubiera habido en el mundo otra criatura más humilde que María, más humilde que la Virgen santísima, esa hubiera sido preferida. Pues si soy pobre y estoy desnudo de gracia, sólo me debo quejar de mí mismo, porque mi soberbia y mi vanidad son la causa de mi pobreza.

En segundo lugar, la humildad nos consigue la dicha y la paz del corazón. "Aprended de mí á ser humildes, dice Cristo, y hallaréis la paz para vuestras almas„. ¿Y quién jamás tuvo paz resistiendo á Dios,

como lo hace el soberbio? ¿Y á quién le ha faltado jamás la paz, que haya sido verdaderamente humilde? La paz es la herencia de los humildes, de la misma manera que es patrimonio de la buena voluntad; porque el que es humilde tiene también buena voluntad, no pudiendo nuestra voluntad ser buena si no es humilde. ¿Cuál es la causa de nuestros disgustos, congojas é inquietudes? La más ordinaria es nuestra soberbia. Murmúrase de nosotros, ó se nos menosprecia; se nos iguala á este, ó nos posponen al otro; niégasenos el lugar ó estimación que creemos merecer, y, como esto se opone á nuestra vanidad y á nuestro amor propio, desaparece de nuestro corazón la paz y sólo sentimos congojas y turbaciones. Pero quien es verdaderamente humilde, está libre de todos estos sinsabores; porque si se le menosprecia, cree se le hace justicia, porque él mismo se menosprecia; si le posponen á otros, él los prefiere también á sí mismo: si se olvidan de él, él se tiene olvidado y despreciado, y por esta razón, como tiene lo que pretende, está siempre en paz y vive contento.

La humildad, por último, haciéndonos huir de las honras, nos da la mayor honra que podemos desear. "El que se humillare, dijo el Salvador, será exaltado„. Si quieres merecer el primer lugar del convite, empieza tomando el último. La humildad es un camino tan breve y tan seguro para llegar á la gloria, que aun los soberbios parece le toman para conseguirla. Aunque no sean humildes, lo fingen, y aunque no tengan la realidad de esta virtud, procuran demostrarlo en la apariencia, persuadidos de que es el único modo para adquirir la estimación de los hombres. Así encubren su vanidad y disimulan su orgullo, porque saben que nada les haría más despreciables que aparecer soberbios. Dios se sirve de los humildes para sus mayores designios; les confía con facilidad el cuidado de su gloria, por saber que no se quedarán con ella, y siempre y en todo caso son los

humildes los grandes instrumentos de la gloria de Dios. Y Dios paga y recompensa la humildad con una gloria que está sobre toda gloria; y los santos más pequeños á sus ojos y á los del mundo, son hoy venerados por reyes y emperadores, y sus nombres están sobre los nombres de los grandes y poderosos de la tierra.

Cuando Jesucristo se humilló en el bautismo, entonces el Padre Eterno declaró que su Hijo era el objeto de su eterna complacencia. Nunca podemos ser mayores, ni más gloriosos, que cuando estamos más cerca del principio de la grandeza y de la gloria, que es Jesucristo; con que nunca somos más grandes, y nunca nos acercamos más á él que cuando somos humildes y humillados, y amamos por su amor nuestra humillación.

Si queremos, pues, ser perfectos y santos, seamos humildes y aceptemos voluntariamente la humillación. Nuestra santidad y nuestra perfección consiste en la semejanza con Jesucristo, y en la conformidad de nuestro corazón con el suyo. ¿Se puede ser cristiano y dudar de esto? ¿Y podemos tener esta conformidad, si no estimamos, amamos y abrazamos lo que Jesucristo estimó, amó y abrazó sobre todas las cosas, esto es, la humildad, los menosprecios y las humillaciones?

PUNTO II

Necesidad de la humildad.

Considera que hay algunos que tienen la virtud de la paciencia; otros, la de la caridad y la prudencia; otros son generosos con los pobres; otros son penitentes y pacíficos; pero verdaderamente humildes de corazón, amantes de humillarse y ser humillados, se hallan muy pocos. Y sin embargo, las otras virtudes sin la humildad, pueden hacer hombres buenos, según el mundo; pero no pueden hacer verdaderos

cristianos. Sin humildad no hay verdadera ni sólida piedad, ni perfección levantada sobre cimiento sólido. Sólo el verdadero cristiano puede ser humilde; pero si el hombre no es verdaderamente humilde, no podrá ser verdadero cristiano. Los antiguos filósofos, que dijeron tan admirables cosas de todas las otras virtudes, de la humildad, ignoraron hasta el nombre. Esta es la razón porqué Jesucristo nos dijo que sólo de él se podía aprender la humildad: *Discite á me*. Aprended de mí á ser humildes de corazón. De esta necesidad absoluta de la humildad deduce que sin humildad no podemos salvarnos, de la misma manera que sin el bautismo. La una no es menos necesaria que el otro. ¿Por qué crees que el bautismo es necesario para salvarse? Porque Jesucristo dice, que "el que no renace del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios„. Pues el mismo Jesucristo asegura á sus discípulos "que si no se vuelven pequeños y humildes, como los niños, no entrarán jamás en el reino de los cielos„. ¿Por qué crees lo uno, si no crees lo otro? O á lo menos, ¿por qué vives como si no lo creyeras, ó como si estuvieses persuadido de lo contrario? Lo uno y lo otro está igualmente apoyado sobre la palabra de Dios, que no puede engañarnos. La fe nos enseña, que no nos podemos salvar sin la conformidad ó semejanza con Jesucristo. El Evangelio y la razón nos convencen de que no podemos tener esta semejanza con Jesucristo, sin la humildad; con que la fe y la razón condenan nuestra soberbia y vanidad, haciéndonosla mirar como principio de nuestra reprobación.

Considera, además, que la humildad es una virtud propia de todos los estados y de todas las condiciones. Los grandes no están menos obligados que los pequeños. La práctica les es más difícil, pero la obligación no es menor. Los pequeños están muchas veces humillados, sin ser humildes. Los grandes quisieran ser humildes, sin humillarse, mas todos los

hombres, por muy grandes que sean, deben humillarse debajo de la mano omnipotente de Dios, reconociendo que todos dependen absolutamente de su divina Majestad; que todo el poder y la riqueza y todos los bienes de la tierra vienen de Dios, y que deben emplearlos en extender la gloria de Dios, ya que para eso estamos todos en el mundo, persuadidos de que son nada delante de Dios; que los pequeños no son menos que ellos; que Dios es Señor de todos; que ellos solamente tienen la distinción de ser los primeros vasallos de Dios; y aun por eso deben ser los más obedientes; pues no hay otro Evangelio, otra ley, ni otras verdades para los ricos que para los pobres. Deben humillarse los grandes con la idea de que no les servirá de nada el serlo, si no son grandes delante de Dios; esto es, si no son pequeños á sus propios ojos, y verdaderamente humildes, y que los pobres serán algún día más grandes que ellos si tuvieren más humildad. Deben humillarse los ricos con el pensamiento de que su estado es un estado que está en oposición con la vida de un Dios pobre y humilde, y que su elevación es, por consiguiente, un gran motivo de humildad; porque es un grande obstáculo á la semejanza con Jesucristo y á su salvación.

Saca, pues, de todo esto, que grande ó pequeño, rico ó pobre, necesitas ser humilde ante tus ojos, si quieres tener el verdadero espíritu de Cristo.

PUNTO III

De la práctica de la humildad.

Considera cómo todos deseamos ser humildes; pero no podemos ser humildes sin humillaciones, porque en vano se pretende conseguir la humildad por otro camino que el de la humillación y el abatimiento. ¿Por qué, pues, huyes con tanto horror del único medio que tienes para conseguir una virtud que tú mismo conoces que te es tan necesaria, como que es la

base y fundamento de todas ellas? Pues considera que, aunque huyas de la humillación, ella te seguirá á tu pesar, siendo como la sombra que sigue á los que huyen. Porque las humillaciones nos vienen, ó de las criaturas, ó de Dios, ó de nosotros mismos; y tiene el hombre en sí propio tantos motivos de humildad, que es menester separarse de sí mismo para no humillarse; y siendo esto imposible, ¿por qué no procuramos aprovecharnos aceptándola, si no con alegría, á lo menos con paciencia? Los santos que merecían la gloria y los aplausos de los hombres, los huían, y buscaban con la mayor ansia la humillación; ¿y yo que sólo merezco el desprecio, busco los aplausos? ¡Qué locura, y qué contradicción entre mis ideas y mis obras!

Verdaderamente nada hay más difícil á nuestra naturaleza, nada que se oponga más á nuestro orgullo y á nuestras inclinaciones, que la humillación; pero tampoco hay nada que concuerde más con nuestra fe, ni que se conforme más con las luces de la gracia que nos hacen mirar la humillación como uno de los medios más seguros de nuestra salvación y más conducentes para la gloria de Dios. La gloria de Dios consiste en el anonadamiento de la criatura, y nuestra gloria en hacernos semejantes á Jesucristo, cuya vida fué una continua humillación. Las humillaciones nos llevan al conocimiento y amor de Jesucristo, y al altísimo premio que El da á los que le imitan y le hacen el difícil sacrificio de su honra y estimación. Si no tenemos bastante virtud para amar la humillación, tengamos, á lo menos, bastante fe para recibirla sin murmurar. Sólo vuestro amor, ¡oh Salvador mío!, puede hacerme amar la humillación que Vos mismo habéis tan tiernamente amado; pero sólo el amor que yo tuviere á humillarme por Vos, es la prueba infalible de que os amo, pues toda otra prueba es débil y sospechosa.

Deduce, pues, de todo esto que es necesario sufrir

el menosprecio y aun amar el ser menospreciados. Debemos sufrir el menosprecio, porque es un mal imaginario; y le debemos amar, porque es un bien positivo y solidísimo. Deseémosle como un verdadero bien, y busquémosle porque es un bien inestimable y necesario para alcanzar la humildad. Escondamos nuestros tesoros en el seno de la humildad para que el demonio no nos los robe. Así como es natural guardar lo que aprovecha y arrojar lejos de nosotros lo que perjudica, reserva tus virtudes y arroja lejos de ti cuanto puede contribuir á fomentar tu vanidad ó tu orgullo. Toma todos los medios para ser humilde aunque no lo parezcas; esconde los dones de Dios, no hables nunca ni bien ni mal de ti mismo, porque si hablas bien, es para parecer santo; si mal, es para parecer humilde. Ama generalmente todo aquello que te mantenga en la humillación. Nuestro centro es la bajeza y la nada; á ella nos debemos encaminar y en ella buscar nuestro descanso. Examina, despacio, qué opinión tienes de ti mismo; qué sientes de los otros; si hablas bien de ti y mal del prójimo; si gustas de comparecer en público, si aspiras á engrandecerte, ó bien huyes el menosprecio y miras con horror la confusión; si envidias á tus semejantes y disminuyes la gloria y la estimación de tus competidores; si eres arrogante, vanidoso ó soberbio; si te perturban tus faltas é imperfecciones; si temes los respetos humanos; si todo esto pasa por ti, eres un cobarde y un soberbio y no tienes el espíritu de Jesús, que es espíritu de humildad.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Señor mío! ¡Cómo es posible que yo estime en tanto la humildad, y aborrezca tanto la humillación, siendo así que sin la humillación no puedo adquirir la humildad! Dadme á cualquiera costa esta virtud, aunque sea con pérdida de mi honor y de cuantos bienes poseo en esta vida. Hacedme la gracia de que yo ame el menosprecio, por lo menos de que yo le sufra con paciencia, para que

os posea en el cielo, adonde no entraré jamás, si no soy verdaderamente humilde de corazón y humilde de entendimiento.

Propósitos.—Buscar en todo el último lugar, y sufrir hasta con alegría el ser menospreciado y tenido en poco por los hombres.

8 DE OCTUBRE

De la mujer á quien sanó Cristo N. S. del flujo de sangre.

Preludios.—Mira con qué fe y confianza toca esta triste mujer la orla de la vestidura de Cristo N. S., y cómo al punto quedó sana. Pide esa fe viva para que sientas en tu alma los efectos de la virtud, que sale de los santos Sacramentos bien recibidos.

PUNTO I

Cómo la hemorroisa tocó la vestidura de Jesús N. S., y quedó sanada.

Considérese la miseria de esta mujer y el poco remedio que halló en los médicos de la tierra, permitiéndolo así nuestro Señor para que acudiese al Médico del cielo. En la persona de esta mujer tengo de considerar á mi alma que padece todo linaje de males, esto es, de amor propio, de codicias y aficiones desordenadas, de soberbia, de ira y de otros innumerables vicios y pecados que se alcanzan unos á otros, y salen con tanta fuerza, que no hay remedio en la tierra para detener su corriente tan furiosa, si Dios no la detiene. ¡Oh Médico soberano y todopoderoso! Mira este cúmulo de pecados y de vicios que padezco, y pues en la tierra no hay remedio para reprimirle, envíale del cielo para sanarle.

Pondera la grande fe y confianza de esta mujer, porque con ver que su enfermedad era incurable, en oyendo la fama de los milagros de Cristo, concibió tanta fe de su santidad y omnipotencia, que creyó la

sanaría sin pedírselo y sin que la tocase El con sus manos, sino sólo con tocar ella su vestido, por ser vestido de persona tan santa. Con esta confianza juntó grande humildad, devoción y reverencia, llegándose á Cristo por la espalda y con secreto; y tocando el ruedo del vestido, al punto quedó sana.

Este milagro puedo aplicar á la comunión, considerando tres puntos, es á saber: la miseria de mi alma, la virtud infinita de Cristo y el modo como tengo de tocarle, ponderando: Que Cristo N. S. quiso quedarse entre nosotros cubierto con la vestidura de aquellas especies sacramentales, para que, tocándola los que le comen y reciben, queden sanos de sus codicias y pasiones desordenadas, y quizá por esto se quedó en forma de pan, para que tocase, cuando es comido, nuestro cuerpo y lo sanase. Toca la lengua para sanarla de parlerías, murmuraciones y otros muchos pecados que de ella nacen; toca la garganta, para reprimir gulas y glotonerías de la sensualidad; toca el pecho, para reprimir pensamientos y codicias demasiadas de ira y de soberbia. Y aunque todo esto parezca incurable, hallará remedio en la omnipotencia y misericordia de Cristo, que allí está encerrado. Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Jesús! porque te quedaste con nosotros para remediar nuestros males. ¡Oh fuente de misericordia, seca en mi corazón la fuente de mi miseria, y muestra conmigo tu omnipotencia, favoreciéndome para que te toque y reciba de tal manera, que cese del todo este abominable mal que yo padezco.

Luego ponderaré el modo cómo tengo de tocar y recibir á Cristo, porque tengo de llegar como esta mujer, por una parte con gran fe y confianza en la bondad y omnipotencia de este Señor, y por otra parte con gran reverencia y temor por mi indignidad, juzgándome por indigno de tocarle, ni aun de mirarle. ¿Quién soy yo, Señor, para tocaros y recibiros? Merecía que de vuestro vestido y de este san-

to Sacramento salieran rayos de fuego que me abrasaran; pero de vuestra misericordia espero que saldrán rayos de amor que sequen esta corriente de mis malas inclinaciones, y con esta confianza me llego á recibiros.

PUNTO II

De cómo Jesús proclamó el milagro que había hecho.

En este punto consideraré cómo Cristo N. S. unas veces encubría sus milagros y mandaba que se callasen, para darnos ejemplo de su humildad: pero esta vez quiso descubrir este prodigio que la mujer encubría, para grandes provechos que de aquí sacó en bien de ella y de todos; en especial tuvo tres motivos para darlo á conocer.

Primeramente, para que se echase de ver la diferencia que hay entre los que tocan á Cristo, y se llegan á sus sacramentos con humildad, reverencia y devoción, y los que le tocan sin ella; porque los primeros agrádanle mucho, y de El sale virtud de gracia, dones y favores que les comunica. Los segundos le desagradan, y así no participan de su virtud como la muchedumbre de los que comulgan sin espíritu. Y haciendo reflexión sobre mí mismo, tengo de llorar las veces que toco á Cristo afligiéndole con mi poca reverencia y devoción, ponderando cómo por esto saco poco fruto de las comuniones y misas que digo ó que oigo, y de las obras que hago. ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo te toque y trate tus cosas sin la reverencia y devoción debida! No es justo que toque tu divino cuerpo, y coma el pan de los ángeles, sin hacer diferencia de él al pan ordinario de los hombres. Mira, ¡oh alma mía!, cómo le tocas y recibes, siquiera porque no se convierta en enfermedad y muerte, lo que se instituyó para tu salud y vida.

Pero tengo de ponderar que aunque sale virtud de Cristo para santificar á todos los que dignamente le

tocan y reciben sacramentalmente; pero tanto sale mayor virtud, cuanto más dignamente le tocan. Y esta virtud que sale es la caridad, humildad, obediencia, paciencia, oración, devoción y las demás virtudes y dones del Espíritu Santo; y también sale virtud de paz, gozo y consuelo espiritual, inspiraciones é ilustraciones celestiales. Todo lo cual comunica este Señor á la medida de nuestra disposición, dando mayores dones de su gracia al que le recibe con mejor disposición.

Además, Cristo N. S. quiso curar la imperfección é ignorancia de esta mujer, la cual, aunque devota, pensó que podía tocar á Cristo sin que El lo echase de ver, tocándole á bulto cuando muchos le tocaban; y por sacarla de esta ignorancia, dijo: "¿Quién me tocó?" Para que yo entienda que Cristo N. S. sabe y conoce todos los que le tocan y se llegan á El, aunque sea muy en secreto, y aunque sean muchos; y ve quién le toca y comulga con reverencia y devoción, y quién sin ella. Por tanto, ¡oh alma mía!, abre los ojos, y mira cuando comulgas, que aquel Señor á quien tocas, aunque está encubierto con el velo del santo Sacramento, ve tu corazón y sabe el modo como le tocas: no te puedes encubrir, ni quedará secreto lo que ahora haces. El lo manifestará para tu honra, si fuere bueno; y para tu confusión si fuere malo. Por tanto, procura recibirle y llegarte á El con tanta pureza y limpieza de corazón, como quien es visto de Dios y como si fueres visto de todo el mundo.

Por último, quiso también Jesús curar otra imperfección de esta mujer, que era la vergüenza y empacho que tenía de manifestar su enfermedad, pareciéndole que era asquerosa y que todos la desecharían como inmunda. Para quitarle este empacho, y para que se fundase en humildad, hizo Cristo N. S. que ella misma se manifestase, para que yo entienda cómo no le agrada la vergüenza demasiada que yo

tengo de manifestar mis culpas en la confesión, ni las ganas que tengo de encubrir mis faltas y flaquezas, y las cosas que me pueden humillar, haciéndolo esto por vano temor de la humillación; antes quiere que rompa esta vana vergüenza, para que mi salud espiritual sea durable y perfecta. Y si alguna vez con la contrición de mis pecados en lo secreto de mi corazón alcanzare perdón de ellos, todavía es necesario declararlos al confesor, y que él, con su sentencia de absolución, ratifique lo que Dios hizo.

Líbrame, ¡oh buen Jesús!, de la mala confusión que trae consigo el pecado y cierra la puerta á su remedio, y favorece mi pusilanimidad, para que tenga brío en manifestar mis culpas, sin temor de la ignominia de ellas, pues esta confusión traerá gloria para Ti y gloria para mí, quedando yo glorificado con la gracia que recibiré de Ti.

PUNTO III

De cómo el Señor despidió á la hemorroisa.

Considera la caridad de Cristo N. S. en consolar á sus escogidos, porque como esta mujer estaba congojada y temerosa, no sabiendo si le había desagradado en tocarle, ó si le había de quitar la salud que le había dado; para consolarla y asegurarla en todo, con amor la llama hija, y le dice, que por la fe que tuvo alcanzó la salud, y así que no se la quitará. De donde sacaré, primeramente, cómo es propio de buenas almas temer culpa donde no hay que temer, y recelarse si agradan á Dios con sus comuniones y devociones; y así andan con dudas si se llegarán á Cristo, y le recibirán ó no. Permitiendo esto nuestro Señor, para labrarlos y fundarlos en humildad y en diligencia de aprovechar cada día más en la virtud, y para que se preparen mejor para la comunión.

Sacaré, por último, cómo Cristo N. S. gusta más de que nos lleguemos á El con amor, que no de que

nos retiremos con temor; y así, aprobó el espíritu de esta mujer y la llamó hija, porque el espíritu de amor y de confianza es propio de los hijos de Dios, el cual muestra su infinita bondad en mirar con buenos ojos nuestras cosas, aunque vayan mezcladas con algunas imperfecciones, como alabó la fe de esta mujer y atribuyó á ella la salud que había recibido, aunque fué imperfecta, para que yo no desmaye cuando viere mis obras mezcladas con alguna imperfección. Pues como dijo el profeta David, también escribe Dios á los imperfectos en el libro de la vida, y después de juzgados los admite en su gloria.

Coloquio.—¡Oh virtud inefable de la humilde confianza, que tanto alcanzas tocando con espíritu á Jesús! ¡Oh virtud infinita de Jesús, que tales maravillas obras en los que te tocan con humilde confianza! "Cuantos enfermos tocaban el ruedo de su vestidura, quedaban sanos, porque de El salía virtud para sanar á todos.„ ¡Oh, dulce Jesús, quién te tocase con tal espíritu, que saliese de Ti virtud para sanar mis enfermedades y llenarme de tus virtudes!

Propósitos.—Huir la rutina y la falta de preparación en la frecuencia de tus confesiones y comuniones.

9 DE OCTUBRE

Sobre la fe como principio de nuestra salvación.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La fe, principio de nuestra salvación.

Considera que á cada uno de los cristianos dice Cristo N. S. lo que á la mujer del Evangelio: "La fe te ha hecho salva„, porque es dogma de nuestra religión que "sin fe es imposible agradar á Dios„ y que para acercarse á Dios y convertirse á El, lo primero es creer„. Es, pues, error falsísimo lo que cada día

oirás decir á gentes perversas y descreídas, que Dios mira á las buenas obras y no á las creencias. El buen cristiano debe horrorizarse de esta blasfemia y decir que en el orden sobrenatural y con relación á la vida eterna, ni hay ni puede haber buenas obras sin fe, virtud divina por la que sin ver creemos lo que Dios ha dicho y la Iglesia nos propone. Sin la fe, pues, nadie se puede salvar, porque creer en su palabra confirmada por tantos prodigios y tantos motivos de credulidad, es el primer tributo que Dios pide al hombre y por eso es la fe la primera piedra fundamental de la justificación y salvación.

Considera luego que de dos modos has de considerar que te salva la fe, ó como perfección de tus buenas obras, ó como principio de ellas. Te salva como perfección de tus buenas obras, porque de la fe, sobre todo, reciben para la vida eterna su eficacia y valor. Así lo enseñan terminantemente san Pablo y san Agustín, el uno, contra los judíos que sólo confiaban en las buenas obras de la ley de Moisés, y el otro, contra los pelagianos que atribuían la salvación á sus buenas obras naturales. Del mismo modo todos los padres de la Iglesia han demostrado que fuera de la Iglesia, y sin la verdadera fe, no hay obras meritorias ni, por consecuencia, salvación. Agradece, pues, con toda tu alma á Dios N. S. la gracia de tu vocación á la fe y tenla en grandísima estima y guárdala contra todos los peligros que la rodean, porque sin ella todas las buenas obras serían inútiles para el cielo.

La fe te salva, también, como principio de tus buenas obras, porque de la fe es de donde debes sacar ese ardor que te lleva á practicarlas, pues ella es, según el Apóstol, la causa activa que hace obrar á todas las virtudes, y aun va más lejos todavía, pues añade, que la fe es la que produce en nosotros los actos mismos de todas las virtudes. Por esta razón el Concilio de Trento llama á la fe, el principio, el fun-

damento y la raíz de nuestra justificación. Si te preguntas cómo, siendo esto así, hay tantos cristianos que se condenan, puedes responderte que aun entre los mismos cristianos hay muy pocos, por desgracia, que tengan verdadera fe. Son cristianos de nombre, pero no lo son en realidad, porque muchísimos carecen de fe, y otros, aunque la tengan, obran contra las luces y las máximas de la fe. Es una fe muerta, y no es esa la que salva, sino la fe viva informada por la caridad y que se manifiesta por las buenas obras que brotan de la fe como de raíz y de principio vital.

En vano, pues, alardearás de tener fe si te abandonas al pecado, á la sensualidad, á la avaricia, á la ambición, á cualquier vicio, como pudiera hacerlo un pagano, y aún más todavía; porque con esos actos abominables, desmientes y deshonras tu fe y das á entender que no la tienes; y aun quizá sería más honroso para la Religión que no la tuvieras, que no tenerla tan débil y tan apagada que, lejos de resistir con las armas de la fe á tus malas pasiones, te dejas arrastrar de los más vergonzosos desarreglos y las más horribles abominaciones, y la fe, en vez de ser tu salvaguardia y escudo, es ocasión de tu ruina y condenación.

PUNTO II

La fe nos condena.

Considera que al tener fe y obrar contra sus luces y sus máximas, la fe, en lugar de salvarte, te condena, porque no vives según sus preceptos, sino en contradicción con la misma fe; lo que hace que la tengas cautiva en la injusticia, según la expresión de san Pablo; que le arrebates el más hermoso fruto, que es la fecundidad de la virtud, esto es, de las buenas obras, y que, según el sentir del mismo Apóstol, la hagas morir dentro de ti mismo.

Todo esto será causa de que la fe te condene en el día del juicio, acusándote de tres cosas, á saber: de que has podido vivir como la fe te enseñaba; de que has debido vivir según sus máximas, y de que no has querido vivir como buen cristiano.

Considera que para vivir como la fe te enseña, nada te falta. Ni luces, pues ella misma con sus máximas divinas te sirve de guía, revelándote todas sus verdades para iluminarte, haciéndolas resonar en tu corazón, unas veces excitándote por la esperanza, otras por el amor, y siempre para enseñarte y conmoverte; ni auxilios, porque en los Sacramentos tienes todos los tesoros de la gracia; tantos medios, además, para purificarte, fortificarte, reconciliarte con Dios y alimentarte; tantos ministros del Señor para enseñarte y santificarte, tantos buenos consejos, tantos ejemplos, en una palabra, tantos medios para salvarte.

Te convencerá, además, de que has debido vivir como cristiano, pues con la más solemne palabra te habías comprometido á ello en las sagradas aguas del bautismo y al pie de los altares. Habías solemnemente renunciado al demonio y á todas sus obras, al mundo y á todas sus pompas, á la carne y á todos sus apetitos sensuales. Esta renuncia hecha en tu nombre, la ratificaste al llegar al uso de la razón, y desde entonces estabas sometido á la ley y á la fe, obligándote de una manera irrevocable á vivir como cristiano y según las máximas del evangelio.

La fe, por último, te convencerá y será el último testimonio que dará contra ti, de que no has querido vivir como cristiano, y para ello expondrá todos sus principios y sus máximas y los comparará con tu vida. ¡Qué contraste entre los unos y la otra! ¡La fe enseñándote á despreciar las riquezas, y tú empleando toda tu vida en adquirirlas con avaricia, en conservarlas con apego desmedido y acumularlas por todos los medios, aun los más injustos que son los que te

inspira una codicia insaciable! ¡La fe enseñándote á humillarte, á huir del mundo y de sus falsas grandezas, á tomar la cruz de la mortificación, á orar, á domar los apetitos de tu carne, y tú ensoberbeciéndote, viviendo vida mundana y dando rienda suelta á tus pasiones!

Ante acusaciones tan tremendas y justificadas ¿qué puedes esperar sino una sentencia sin misericordia? Piensa en ello y cuida de que tu misma fe no sea el más terrible instrumento de tu condenación, sino la vida de tu alma, de tu corazón y sobre todo de tus obras. Pídeselo así fervorosamente á Cristo Jesús, autor divino y consumador de nuestra fe.

PUNTO III

Debemos escoger entre que la fe nos salve ó nos condene.

Considera seriamente que si no te salva la fe, has de ser condenado por la fe, porque si la fe no es el principio de tu justificación, forzosamente lo ha de ser de tu condenación.

Pero considera que sólo de ti depende, ya que la gracia de Dios no te falta, el que tu fe te sirva de medio para tu salvación, porque sólo tú puedes hacer de ella el uso conveniente para dar á Dios lo que Dios te pide. En tu mano está aprovecharte de las luces y enseñanzas de la fe, ajustando tu vida á ellas, y rigiéndote en todo por sus máximas y principios y no por las del mundo, enemigo de Cristo. Mira que todo pasa y muy en breve; que ahora Dios te da tiempo para ello; mañana quizá sea tarde. Para excitarte á obrar según las máximas de la fe, piensa cuán grande será tu confusión cuando fuera del mundo, cuyas falsas máximas te retienen, te veas á solas con la fe y el Evangelio delante del tribunal de Dios, si no has vivido sujeto á sus preceptos. ¿Qué responderás á la fe cuando Jesucristo te reconvenga de que pudiendo y debiendo hacerlo no has vivido como cris-

tiano? ¿Qué disculpa darás que no sea rebatida con argumentos invencibles y que serán otras tantas condenaciones de tu conducta?

Medita en esto todos los días y aunque te cueste violencia, reforma tu vida de tal modo que se conforme en un todo á las promesas y renuncias que hiciste en el bautismo y sólo así podrás evitar que tu propia fe se levante contra ti en el tremendo día del juicio. De no hacerlo así, ten por seguro que más te hubiera valido no haber tenido jamás fe, que haberla profanado con una vida llena de pecados. Pero ni aun eso estará ya en tu mano, pues á pesar tuyo será eternamente verdad que has sido bautizado y tendrás que sufrir eternamente la pena deno haber sido cristiano más que de nombre y de una manera puramente especulativa y no por las costumbres y por las obras.

Para preservarte de esa terrible reconvención y del espantoso castigo de que estás amenazado, sólo te queda un partido que tomar, y es, avivar la fe en tu alma y vivir según ella y no como tantos cristianos en perpetua contradicción con sus creencias.

La fe, es cierto, enseña cosas que repugnan á tus sentidos, pero con el auxilio de la divina gracia vencerás esas repugnancias y merecerás un día oir de la boca de Jesucristo lo que dijo al enfermo del Evangelio: "La fe te ha salvado.„

Coloquio.—¡Oh Jesús! divino autor, consumador y objeto de mi fe. Creo, Señor, te diré con el ciego del Evangelio, pero aumenta mi poca fe. Creo, pero, haz, Dios mío, que mis obras correspondan á mi fe; que viva yo conforme á las máximas de mi fe, que sea la fe la luz de mi vida y el áncora de mi esperanza. Que por la fe esté dispuesto á derramar mi sangre y nada haga que la ponga jamás en peligro, para que la fe informada por tu caridad me salve de los peligros de la vida y me lleve al puerto de la eterna dicha.

Propósitos.—No leer ni libros, ni periódicos, ni

tratar, sino lo absolutamente indispensable, con personas cuyas máximas y obras estén en oposición con la fe que profeso.

10 DE OCTUBRE

Del espíritu de fe, como principio de nuestra santificación.

Preludios.—Oye á Dios que dice: «Mi justo vive de fe», y pídele vivir siempre de esta vida sobrenatural y divina para que tus obras sean perfectas en el acatamiento del Señor.

PUNTO I

En qué consiste el espíritu de fe.

Consiste en una convicción tan profunda y tan viva de las verdades sobrenaturales, que aquel que vive de este espíritu, está siempre más ó menos ocupado en ellas, de ellas vive, por ellas obra y trabaja y á ellas lo refiere todo. Este espíritu de fe le debe animar en todas las acciones de su vida, así como el alma es el principio de todos los movimientos del cuerpo. Eso es lo que el apóstol san Pablo llama vivir de fe y lo que forma al verdadero justo. En el alma que así vive, no se manifiesta solamente la fe por actos pasajeros, sino que el espíritu de fe consagra todo el conjunto de la vida sobrenatural, haciendo circular en cierto modo en todos sus pensamientos, palabras y obras el espíritu de Jesucristo; de suerte que si nos dejásemos dirigir por ese soplo divino nos convertiríamos en verdaderos hijos de Dios, que harían siempre la voluntad suya y como El quiere y desea. ¡Qué dignidad, qué mérito y qué santidad hay en el hombre animado por este divino espíritu! Separada del espíritu que la vivifica y la hace practicar santas obras, la fe es un cuerpo separado del alma, esto es, una fe muerta. Santiago lo repite tres veces en un mismo capítulo de su carta.

Además, vivir de fe es mirar los objetos naturales

ó sobrenaturales, como los mira Dios; es apreciarlo todo según su conocimiento divino y conformar á El nuestra conducta. Es, en una palabra, considerar los honores, oprobios, la riqueza, la pobreza y todos los acontecimientos de la tierra, no según las luces de nuestra débil razón, ni por el falso prisma con que las ve el mundo, sino á la luz de la verdad divina y como Dios mismo juzga de ellos. De aquí se sigue que si la fe es común á todos los cristianos, vivir vida de fe, tener su espíritu, ó sea fe viva, es, por desgracia, muy raro, y por eso es tan rara la santidad. Si no creyese, no haría nada por mi salvación; pero si tuviera espíritu de fe, ¿haría tan poco por mi santificación como hago? Y sin embargo, de este espíritu de fe habla Cristo, cuando promete la salvación á quien crea. Porque no habla nuestro Señor de una simple adhesión de nuestro entendimiento á las verdades que nos enseña, habla de aquella fe viva que "obra por la caridad." Esa fe es la que nos salva y santifica por el influjo que ejerce en nuestros pensamientos, en nuestros afectos y en nuestras obras, poniendo en los primeros la verdad, en los segundos la santidad y el mérito en todos nuestros actos, hasta en los más insignificantes.

Por eso san Pedro compara á la fe con una lámpara que sirve para alumbrarnos en las tinieblas, mientras llega la luz del día. Cuando el gran día de la eternidad aparezca, absorberá la luz de la fe con su luz, infinitamente más esplendorosa; hasta entonces estamos en las tinieblas. ¿Quién no compadecerá á un hombre que camine sin una antorcha durante la noche y en una senda rodeada de precipicios? Triste imagen de la fe de un gran número de cristianos; fe vacilante y muerta, porque carece de obras, y que sólo arroja una luz pálida é incierta sobre el camino que recorren; de lo que se siguen no pocas caídas y una lamentable ceguedad. Al mal, le llaman bien, vicio á la virtud, lloran cuando debían reir

y se regocijan cuando deberían llorar. Muy diferente es la conducta de quien tiene siempre en la mano la antorcha de la fe y siempre se guía por su claridad. Aprecia las cosas en su justo valor, las ve como son, pues que las ve con las luces, y por decirlo así, con los ojos de Dios.

Además, como el entendimiento es el que da al corazón sus afectos, si mi conocimiento, unido al de Dios, participa de su infalible verdad, mis afectos, al tener el mismo origen que los suyos, habrán de participar también, de su infinita santidad. Pues estimaré lo que Dios estime y tanto como El lo estime; despreciaré lo que El desprecie y amaré lo que El ame. Eso es vivir de fe y esa es la vida de los justos. ¿Es esa, acaso, tu vida espiritual? Pues, si no lo es, estás muy lejos del camino de la virtud.

Procura, pues, si quieres realmente ser alma espiritual que como el pan acompaña todos los manjares, así esa fe viva sea como el manjar universal de tu espíritu. Pan de vida, porque con él vivirás vida de gracia; pan del entendimiento porque con la vida de fe lo verás todo á la luz de Dios que es la verdad; pan del corazón y del alma porque sus verdades son las únicas que sustentan y vigorizan. No basta la razón, ni la fe ó apagada ó vacilante; hace falta la fe viva para poder en medio de tantas tinieblas atinar con el camino de nuestra santificación. Como el mundano vive con los sueños de su ambición y las sombras de la mentira, y el avariento no piensa sino en el oro, y el militar en sus glorias y honores, y el traficante no sabe hablar sino de sus negocios y todo lo encamina á ellos, así el justo que vive de fe, por la fe lo mide todo, de ella alienta y vive hasta acabar por sustentarse no con la apariencia del bien, sino con la misma substancia y vida de Dios, ya que según san Pablo, la fe es substancia y no sombra, como los bienes de la tierra. Esta luz es vida al justo, y porque lo ve todo á su verdadera luz, la honra, es

vanidad para él; la deshonra, gloria; el deleite, basura; la tribulación, regalo; las riquezas, carga y espinas; la pobreza, descanso. Así lo ve todo el justo con la luz de la fe, porque no se contenta con tener la fe en el corazón y en la boca; como es fe viva, brota y sale á las obras, que son las que nos han de salvar.

PUNTO II

La vida de fe es necesaria para evitar el pecado.

Considera que es oráculo del Espíritu Santo, que todos los hombres en quienes la ciencia de Dios, esto es, la fe, no es como el sostén, el fundamento, la base y el principio secreto de su vida, son *vanos* é *inútiles*, porque carecen de fuerza para practicar la virtud ó para defenderse del pecado. La vida de fe es, por tanto, necesaria para huir del mal y para mantenernos en el santo temor de Dios. La Sagrada Escritura y la experiencia te enseñan esta verdad, cuando te muestran de una manera clara que la falta de esta fe viva y actual es la causa de todos los desórdenes de tu vida, de tus pecados y de tus tibiezas.

Para penetrarte bien de esta verdad, considera que para contener á una voluntad débil é inclinada naturalmente al mal y rodeada de mil ocasiones que la solicitan á que sucumba á todas las tentaciones del mundo y de la carne, es necesario que la gracia la suministre sus auxilios actuales con abundancia. Pero como este socorro no llega generalmente más que por el conocimiento que la fe nos proporciona, este conocimiento por medio de la fe debe ser más poderoso que los estímulos del mal y las seducciones de los bienes sensibles que á la voluntad solicitan. Pero este conocimiento, para ser verdadero y poderoso, presupone ó encierra el ejercicio activo de una fe viva y enérgica que nos habla alta y claramente de Dios, de nuestros deberes para con El, de las verda-

des eternas, de todo aquello que nos pueda contener en el camino del pecado; luego por una consecuencia necesaria, aquél que se priva del ejercicio de la fe y no acude á ella en los peligros, si encuentra á su alrededor atractivos que le seduzcan y ocasiones que le comprometan, seguirá, ordinariamente, los movimientos de la naturaleza corrompida, se olvidará de Dios, y por consecuencia caerá en el pecado mortal. ¡Cuántas veces, desgraciadamente, habrás tú experimentado esto!

Piensa también, que aunque la fe no sea el solo medio que Jesucristo te ha dado para fortificar tu debilidad, es, sin embargo, la virtud que te hace acudir á todos los demás, á la oración y los sacramentos; la que aplica todos los demás medios por el conocimiento que te da de su necesidad y excelencia, de su fuerza y energía para luchar y vencer contigo; y por tanto, aquel que deja que su fe languidezca y duerma en su alma, se aleja de todos los demás medios de salvación, haciéndolos inútiles ó ineficaces. Por esta razón san Pablo exhorta á los fieles á tomar en todas las ocasiones el escudo de la fe. Cualquiera que sean, dice, las armas que toméis, no abandonéis nunca el escudo de la fe. ¿Lo haces tú así? ¿Mides todas tus obras por esa divina medida? ¿Lo ves todo á esa divina luz? ¿Cuál es tu criterio para juzgar de las cosas?

PUNTO III

La vida de fe es necesaria para adquirir la perfección.

Considera que todo hombre que quiere acercarse á Dios, debe necesariamente y ante todo creer, porque toda la vida sobrenatural está fundada en el conocimiento que tiene de Dios por la fe. Pero sería una ilusión manifiesta imaginarse que este primer conocimiento de Dios por la fe, es solamente necesario para la justificación, que es como la primera aproxi-

mación del hombre á Dios, pues no es menos necesaria la fe para llegarnos á El por medio de la práctica de la virtud y buenas obras, que son como los pasos sucesivos hacia este gran término. Porque así como en el movimiento natural, para que éste no sea inútil, es necesario proponerse un término, del mismo modo en el movimiento sobrenatural de la gracia es necesario que el cristiano se proponga un término que sea proporcionado á su cualidad de tal y á su último fin. Ahora bien, como sólo la fe es la que le descubre ese término, el cristiano que descuida el acudir á su divina luz para que le ilumine, descuida lo que debe determinar y perfeccionar sus actos, para que éstos le sirvan y aprovechen para la vida eterna; de lo que lógicamente se sigue que ó no practicará las virtudes ó lo hará con una tibieza impropia de las cosas del servicio de Dios ó se cansará muy pronto de recorrer el árido camino de la perfección.

Mira si no cómo de la falta de esa vida actual de fe, nacen tu poca devoción, tu frialdad en los ejercicios espirituales, tu cobardía para resistir á las tentaciones, y otros mil defectos que son causa de tus caídas en el pecado, y de lo poco ó nada que aprovechas en la senda de la virtud.

Penetrado ya, pues, de las excelencias de esta vida de fe, examina cuidadosamente si existe en ti ó si por el contrario, yace tu fe medio muerta en el lecho de la tibieza, como el paralítico de que habla el Evangelio. ¿Tienes esa fe viva que te enseña la obligación estrechísima de vivir siempre y en todo según Dios, en el seno de tu familia, trabajando en la educación de tus hijos y en la instrucción cristiana de tus criados? ¿Crees que Dios te pedirá cuenta de tus hijos y servidores? ¿Crees que por el hecho de vivir en el mundo no estás dispensado de la necesidad de mortificar tus pasiones, de violentar tus apetitos y de renunciarte á ti mismo? ¿Crees en las máximas de la moral del Evangelio, con la misma fe con que crees

en sus misterios? ¿No participas de ese desorden tan común entre los falsos cristianos de creer á medias y de rechazar en el orden práctico todo aquello que te moleste ó te humille?

Para remediar ese mal, decía Tertuliano que deben los cristianos nutrirse, esto es, vivir de la substancia de la fe, lo cual pide tres cosas: Primera, creer en todos los objetos de la fe sin excluir ninguno, y no como hacen algunos insensatos, que como si todos los dogmas no se fundaran en la palabra de Dios, creen en un misterio y no creen en otro. Segunda, creer en las virtudes prácticas con la misma firmeza que en las especulativas, á saber: lo mismo en los mandamientos de la ley de Dios y en las palabras de Cristo en su Evangelio, que en los misterios de la Religión, pues para nutrirse de la substancia de la fe es necesario ser fiel en la práctica, como serlo en las creencias. Tercera, que la fe sea entera y comprenda lo mismo lo interior que lo exterior del cristiano; que sea, como dice el Apóstol, una fe no fingida, una fe que no sólo tenga la apariencia, sino la substancia viva, plena, activa, llena de fervor y de sacrificio.

Examina cuidadosamente tu conciencia y mira si tienes esa fe entera y substancial, ó si por el contrario, eres como esos malos cristianos, fieles á la Iglesia en sus casas, pero infieles y traidores á Cristo en público y delante de sus enemigos; fieles al parecer, por sus actos de piedad y por la frecuencia de Sacramentos, pero no en la caridad con sus prójimos, en el amor á la cruz y á la abnegación interior; fieles en su vida privada, pero no en su vida pública, sin tener en cuenta que el juicio de Dios no entiende de semejantes distinciones.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! enséñame ese gran secreto de la santidad. Que viva yo de ese espíritu de fe que fué el gran alimento de las almas santas. Que te vea yo, Señor, en todo, dentro y fuera de mí; que

tus máximas sean la luz de mis pasos, que mi alma aspire ese ambiente divino que le dará vida y fortaleza para caminar sin cansarse hasta llegar al cielo. Mas puesto que yo puedo tan poco por mí mismo, aliéntame con tu gracia para que pueda realizar lo que en este momento es el deseo y el propósito de mi corazón.

Propósitos.—En todas tus obras procura mirar siempre á Dios y á tu último fin, y no á los hombres ni á fines puramente naturales y humanos.

11 DE OCTUBRE

Del enfermo á quien sanó Cristo N. S. en la probática piscina.

Preludios.—Imagínate el concurso de enfermos que se agolpaba en la probática piscina en busca de la salud corporal, y pídele á Dios ser tú sanado en la piscina espiritual del sacramento de la penitencia.

PUNTO I

De la probática piscina.

Considera que esta piscina era una figura de la penitencia en la que N. S. nos prepara un baño con su sangre preciosa, la que mezclada con nuestras lágrimas y aplicado por el sacerdote, que es el ángel del nuevo testamento, borra todos los pecados y cura á todos los pecadores. El mundo es como un gran hospital que á semejanza de la piscina de Jerusalén, contiene inmensa muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos y víctimas de todo linaje de enfermedades. Mira aquí el estado de la mayor parte de los cristianos y una imagen de las enfermedades de sus almas. Unos languidecen en el camino de la virtud, otros son ciegos para no ver más que las cosas de la tierra; otros cojos, inclinándose á ratos á Dios y á ratos á Satanás; otros pasan la vida en perpetua pciosidad; otros están áridos y secos sin saborear ja-

más las dulzuras de la devoción. Mira á qué clase de enfermos perteneces tú, si ya no perteneces á todos, y aviva tu fe para que puedas ser sanado en la celestial piscina de la penitencia y confesión.

Considera después, que aquella piscina que había en Jerusalén, adonde iban los ciegos, cojos y debilitados, esperando que el Angel del Señor bajase á mover el agua, y entonces, el primero que entraba en ella quedaba sano, era figura de los sacramentos que Cristo nuestro bien había de instituir con la sangre que derramaría en el sacrificio de la cruz. Estos sacramentos son el bautismo de agua y la penitencia, que es bautismo de fuego y lágrimas, cuyas excelencias más principales eran figuradas en aquel milagro. La piscina sanaba todas las enfermedades del cuerpo, pero no se dice que resucitase muertos; para sanar, bajaba un ángel; porque el agua no tenía naturalmente tal virtud, y bajaba, no cuando lo pedían los enfermos, sino cuando Dios lo enviaba. Finalmente, en la piscina sólo se sanaba de cada vez á un enfermo, y era este el primero que entraba en el agua, en premio de su diligencia.

Tales propiedades eran un símbolo pobre y mezquino de las que adornan á los sacramentos del bautismo y de la penitencia. Porque estos tienen virtud de lavar todos los pecados y sanar todas las enfermedades del alma, y lo que es más, de resucitar de la muerte de la culpa á la vida de la gracia; y además, el Angel del gran consejo, que es Cristo N. S. está preparado para venir á santificarnos en estos sacramentos siempre, en todo tiempo, y esto lo ha puesto en voluntad de sus ministros y de los mismos enfermos.

Se ha de mirar, sin embargo, que principalmente sanan estos sacramentos á los primeros que á ellos acuden, esto es, á los más diligentes y mejor dispuestos en dolor y examen de conciencia. Todos deberíamos procurar ser los primeros en esto, como cuida-

dosos de nuestra salud y para recibir más copioso fruto de los sacramentos; mas es tanta la bondad de Dios que también sana á los imperfectos y tibios que no llevan tan excelente disposición, supliendo con la gracia del santo sacramento la falta de nuestro perfecto dolor. Pero yo, Señor, con vuestra ayuda deseo ser el primero en todo lo que toca á vuestro servicio y al bien de mi alma, sacudiendo toda pereza, aventajándome á los demás para gloria vuestra.

PUNTO II

Del milagro de Jesús.

Considera aquí, lo primero, la gran misericordia de Cristo N. S. que entrando en los patios en que estaba la piscina, sólo y desconocido, como nadie le pidiese nada, puso los ojos en el enfermo más necesitado de todos y más desamparado, para curarle; porque cuanto es mayor la miseria, tanto más provoca á la misericordia del Corazón de Jesús para remediarla. Pondera la razón porque Cristo N. S. preguntó al enfermo: "¿quieres ser sano?„ pues era evidente que deseaba sanar; pero quiso significar que en el negocio de nuestra salud espiritual son necesarias dos voluntades, la de Dios y la nuestra, y esta última ha de ser verdadera y eficaz y no de cumplimiento. El paralítico de la piscina confesó su voluntad y juntamente su imposibilidad de sanar; porque no tenía quien le ayudase, ni fuerzas para entrar en el agua, en lo cual se nos avisa que debemos confesar humildemente nuestra flaqueza. ¡Redentor mío, tullido estoy, sin fuerzas para buscar salud y sin ayuda de criaturas para procurarla! ¡Y no puedo decir que no tengo hombre, pues os tengo á Vos que sois hombre, y me podéis ayudar! Ay idadme, Señor, pues no confío en otro hombre, sino en Vos, Dios y hombre verdadero, cuya es la salud y la bendición, por todos los siglos de los siglos.

Considera después la omnipotencia y misericordia

infinita del Salvador que, usando de la plenitud de su poder y bondad, no pidió fe al paralítico, ni le tocó con la mano, ni le lavó con el agua de la piscina, sino con sólo su palabra le dió entera y perfecta salud, diciéndole: "toma tu lecho y anda"; para que se entienda que la salud que da Dios, así la corporal como la espiritual, es perfecta y vigorosa, y el enfermo que tiene su alma tullida, como el paralítico tenía su cuerpo, en virtud de Cristo se levanta sano, y con todas sus pasiones domadas y sujetas á la razón, que esta es señal de haber sanado perfectamente. ¡Oh buen Jesús, di á mi alma: "toma tu lecho y anda„, para que ande por los caminos de tu santa ley!

Mira por último, la obediencia perfectísima del paralítico; porque con ser sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo, "toma tu lecho y anda,„ rindió su juicio, y con gran presteza y alegría comenzó á caminar. Los que le encontraban, le decían: "mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga„, y él respondía: "El que me sanó me dijo: "toma tu lecho y anda.„ Como si dijera: Quien fué tan santo y poderoso que pudo sanarme, me mandó esto, y será lícito, pues El me lo mandó, y esto sin conocer que era Cristo, el cual quiere que obedezcan los súbditos á los superiores y los penitentes á los confesores con semejante obediencia, pronta, puntual, alegre y rendida. ¡Oh Dios mío, salud verdadera de mi alma!, mándame cuanto quisieres, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, porque á todo me rendiré de buena voluntad, y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios que me sanó, me lo manda, bástame que El lo mande, para que yo lo cumpla.

PUNTO III

Del agradecimiento del paralítico.

Considera el ejemplo de humildad que nos dió Cristo N. S., escondiéndose y huyendo las alabanzas

de los hombres, y el cuidado con que acudió al templo, no sólo para dar gracias á su Padre por aquella obra, sino para perfeccionarla con los avisos que dió al paralítico, sabiendo que iba allá.

Y véase también el buen afecto de agradecimiento que tuvo este enfermo, pues en viéndose sano, la primera cosa que hizo fué ir al templo á dar gracias á Dios por la merced que le había hecho. De donde tomaré ejemplo de acudir luego, después de confesado, á dar gracias á Dios por la merced que con aquel sacramento me hizo, recogiéndome en el templo, ó en otro lugar conveniente, á considerar esta merced y agradecerla.

Considera en segundo lugar, aquellas palabras que dijo Jesús al paralítico: "no quieras pecar más, porque no te suceda otra cosa peor„, en las que hay encerrados tres avisos importantes: el primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de nuestros pecados, y así lo he de pensar yo de las mías; el segundo es, que no quiera más pecar: no dice que no peque más, porque de hombres es pecar, especialmente en culpas ligeras, sino que no quiera más pecar, esto es, que haga un propósito firme y tenga voluntad muy resuelta de no pecar más con la divina gracia, y este propósito se ha de renovar en la confesión con verdadero deseo de enmendarse. El tercero es, que la recaída será peor que la caída, por el desagradecimiento que muestra en ofender á quien le perdonó y en hacer poco caso de la salud perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor.

Se ha de considerar, por último, la prudencia del paralítico juntamente con su agradecimiento al Redentor, lo que se manifestó en el modo como proclamó que Jesús lo había sanado. No dijo: "Jesús, el que me mandó llevar á cuestas el lecho, sino, el que me sanó„, por no dar ocasión á los judíos de calumniar á Cristo N. S., de quien habían comenzado á murmu-

rar porque curaba en sábado. He de sacar de aquí el recato que debo tener en las palabras, y en contar lo bueno que he sabido, sin mezclar cosa de que puedan asir los malos para cebo de su maldad.

En cuanto á su gratitud, he de aprender con este ejemplo el celo y fervor de los verdaderos penitentes que han recibido de Dios singular beneficio de salud, los cuales desean que Dios sea conocido y venerado de todos, publicando el bien que de El han recibido, conforme á lo que dijo nuestro Señor al hombre de quien echó la legión de demonios: "vuélvete á tu casa y publica cuantas mercedes Dios te ha hecho." Y así, puedo decir á nuestro Señor con David: "Vuélveme, Dios mío, la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal, porque si esto haces, yo enseñaré á los malos tu camino y los pecadores se convertirán á Ti."

Coloquio.—¡Oh Maestro verdadero, cuyas obras son perfectas, y cuyos desengaños son ciertos y provechosos!, he oído tus avisos; ayúdame, Señor, para guardarlos en mi corazón y ordenar mi vida según ellos: líbrame de las recaídas y dame firme voluntad de nunca más pecar, y conservar lo que me has dado para que siempre viva con pureza y santidad. Sáname de mis infinitos males de alma y de cuerpo en el agua purísima de tu bondad y misericordia para que todo mi ser te alabe y se regocije en ti que eres mi esperanza, mi auxilio y mi única alegría.

Propósitos.—No poner nunca tu confianza en los hombres ni esperar en ellos, sino únicamente en Dios, único amigo fiel y verdadero.

12 DE OCTUBRE

De la paciencia que hemos de tener en las enfermedades y demás tribulaciones.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO I

De cómo debe el cristiano mirar las enfermedades y tribulaciones.

Considera que las enfermedades son uno de tantos castigos que impuso Dios al linaje humano por el pecado de Adán y Eva, y que de generación en generación se ha transmitido á nosotros con la culpa que fué su origen y su causa. Y siendo el pecado de todo el linaje humano, á todo él alcanza este género de castigo, sin que se eximan de él ni los buenos ni los malos, ni los ricos, ni los pobres, ni los reyes, ni los súbditos, ni los que vienen al mundo con cuerpo robusto y aun exuberante de fuerzas físicas; porque cada temperamento y cada humor tiene dolencias que le son propias ó peculiares, y lo mismo padece el anémico por la ruindad de su sangre, que el pletórico por la abundancia y riqueza de la suya.

Considera que las enfermedades que á cada individuo aquejan, pueden ser castigo de sus propios pecados ú originadas muchas veces de sus propios desórdenes. Pero ya miradas como castigo del linaje humano, ya como pena merecida por el sujeto particular que las sufre, son las enfermedades castigo y pena, como todos los temporales, mezclados con muchísima misericordia, pues tiran á evitarnos el castigo y pena eternos que merecemos por nuestros pecados, y así, lejos de ser un mal, son un bien para nosotros y una señal ciertísima de que Dios no quiere perdernos para siempre, sino que amorosamente nos avisa por medio de esos dolores y miserias para que volvamos en nosotros y nos volvamos á El y nos

salvemos. Y lo mismo di de las tribulaciones en general. Porque una de las mejores pruebas que Dios nos da de su amor, es enviarnos trabajos; porque éstos nos hacen pensar en nuestra salvación. Así como la prosperidad y delicias nos hacen olvidar nuestro principal cuidado, que es el de salvarnos, de la misma manera las adversidades y trabajos nos lo recuerdan. El que vive rodeado de felicidades y entregado á placeres, poquísimo se acuerda de Dios y de su salvación; pero cuando llega la adversidad, cuando vienen los trabajos, cesamos de amar al mundo; porque ¿cómo podemos poner la voluntad en bienes de cuya vanidad nos convence la experiencia? Nuestro corazón no puede estar sin amar; cuando no está apegado al mundo, tiene disposición para entregarse á Dios: en desembarazándose del cuidado de la fortuna, por conocer su inconstancia, se pone en condiciones de pensar en salvarse. David, tan santo como era, no resistió en la prosperidad; cayó miserablemente porque era muy dichoso; pero si la prosperidad le derribó, la adversidad le hizo volver sobre sí. "Yo hallé la tribulación, dice también, y al mismo tiempo recurrí al Señor„. Tú mismo, ¿cuándo has olvidado más á Dios y cuándo has omitido más el cuidado de tu salvación? ¿No ha sido en el tiempo de la prosperidad? ¿Cuándo has pensado en convertirte? ¿No ha sido en el tiempo de la tribulación?

También son prueba del amor de Dios los trabajos, porque nos facilitan el poder satisfacer por nuestras culpas y puesto que es menester satisfacer por los pecados pasados, y no cometerlos en adelante, la tribulación nos facilita estas dos obligaciones. Porque preciso que las culpas sean castigadas, ó por Dios justiciero ó por el hombre penitente. Si Dios nos dejase este cuidado siempre á nosotros, la mayor parte de los hombres faltarían ó por exceso ó por defecto, y esto último sería casi lo general. Para prevenir estos dos inconvenientes, Dios, que sabe

perfectamente lo que podemos sobrellevar, nos envía trabajos proporcionados á nuestros pecados, á nuestras necesidades y á nuestras fuerzas, y sólo hemos menester sujetarnos voluntariamente á la voluntad de Dios y así queda El satisfecho. ¿Qué puede haber, ni más fácil, ni más seguro? Pero es menester no incurrir en adelante en nuevos pecados, y eso mismo nos lo facilitan las adversidades. Aquel hubiera usado mal de las riquezas, y Dios le aflije con la pérdida de bienes: el otro tenía sobrado asimiento á alguna criatura y Dios se la quita de delante. Yo abusaría de mi salud, pues Dios me envía enfermedades que me privan de ella. ¿Cuántos pecados excusa Dios N. S. con esta providencia? Y siendo esto así ¿cuánto deberemos agradecer á Dios N. S. el que nos constituya en la dichosa imposibilidad de ofenderle? Vos sois misericordioso, Señor, decía san Agustín, cuando nos afligís de este modo; y el que resistiere después de esta consideración á las aflicciones que le enviareis, merece en castigo que no le aflijáis, sino que le hagáis dichoso con esa dicha falsa temporal que ha hecho temblar siempre á los santos.

PUNTO II

De cómo debemos aceptar las enfermedades y tribulaciones.

Considerando las enfermedades según queda dicho, debemos recibirlas y aceptarlas como un precioso don que nos regala Dios, como un amoroso llamamiento de su gracia y como un castigo justo de nuestros pecados, muy pequeño si se le compara con la enormidad de aquéllos, y muy suave si consideramos los que pueden evitarnos, si las sufrimos con paciencia. Ofrece á Dios la enfermedad como una satisfacción pequeña del pecado original, que fué la causa de todas las enfermedades, que hace tantos miles de años vienen afligiendo al género humano, y han de

afligirle aún hasta el fin de los tiempos; piensa que de este diluvio de las enfermedades y dolencias no ha habido un Noé que se haya salvado, ni arca donde pueda escapar ningún nacido; que los mayores santos las sufrieron, y algunos terribilísimas y espantosas. ¿Cómo querías tú exceptuarte de esta ley universal? Lo que te conviene es aprovecharte de ella para tu salvación, y, con la paciencia, convertir ese mal temporal en bien eterno.

Pensando en tus pecados, recibe la tribulación con espíritu de penitencia, y di como Job: "Yo he pecado, Señor, y siendo tan gran pecador como soy, por grandes que sean los males con que me afliges, son livianos en comparación de lo que merezco„. Bendice la misericordia de Dios, que viendo cuán necesaria te es la penitencia, y cuán flaco tu valor para practicarla, te da en la enfermedad el medio de hacerla. Admira la bondad del Señor, que se contenta con que admitas de buen grado esa dolencia, mereciendo por ella como si fuese voluntaria, aunque no la puedes excusar. Si has incurrido en alguna destemplanza ó desorden, en que casi todos incurren, de los que producen las enfermedades, reconoce y adora la mano de Dios que te hiere, privándote justísimamente de la salud que habías empleado tan mal, y confiesa, con san Gregorio, que mejor es padecer los ardores de la calentura que los de la concupiscencia. Recuerda que tu cuerpo ha sido instrumento de tus pecados, y que justo es que sea también instrumento de tu penitencia. Alégrate, por último, que se destruya en ti el reino del pecado, y de que la enfermedad te ponga en la dichosa imposibilidad de ofender á Dios.

Pero si eres fervoroso debes aspirar á aceptar las tribulaciones de todo género, no ya sólo con resignación sino con alegría. Para ello te ayudará el pensar que ellas son las que nos dan seguridad moral de nuestra bienaventuranza, por ser prendas y señales

de nuestra predestinación. "Todos los predestinados, dice el Apóstol, deben conformarse y ser semejantes á Jesucristo„. ¿Y qué cosa nos hará tan parecidos á nuestro Redentor, crucificado por nosotros, como los trabajos? Por eso dice el mismo Apóstol, "que si padecemos con Cristo, seremos con El mismo glorificados; que si le acompañamos ahora, llevando con El la cruz, reinaremos con El en el cielo„. Nuestro mismo Salvador nos lo aseguró diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos„. No pueden hallarse dos expresiones más claras que éstas, con que Jesucristo asegura que las adversidades son prenda segura de la salvación; dudar de ello es dudar de la fidelidad de Jesucristo, y es menester ser infiel para dudar de la verdad de Dios. Anímate, pues, á sufrir no sólo con paciencia, sino con alegría, sabiendo que Dios no te puede hacer mejor obsequio y regalo que el que hizo á su divino Hijo, y el que siempre ha hecho á las almas más predilectas y queridas suyas.

PUNTO III

De las consideraciones que nos ayudan á sufrir con paciencia las enfermedades y tribulaciones.

Considera que, comparado con el infierno, el mal físico de la más terrible dolencia que puede afligirnos en este mundo, es dolor y mal tan liviano, que ni parece realmente mal. Todo mal es ligero si se le pone en parangón con el infierno; un condenado creería hallarse en el paraíso, si le sacasen de su eterna cárcel y lo sometieran á los más espantosos dolores y á las más crueles adversidades de la vida. Nada debe parecer duro á un hombre que ha meditado sobre el infierno, y que sabe á ciencia cierta que lo ha merecido.

También, cuando te afligen los dolores y achaques propios de la enfermedad, debes llevar el pensamiento á la cima del Calvario y comparar tus dolores con los de Jesucristo S. N., y entonces tendrás vergüenza de quejarte. Jesucristo N. S. no se quejaba, porque sabía que sufría por la redención y salvación del género humano, y tú ¿te atreves á quejarte, sabiendo que padeces por tu propia salvación? El padeció siendo la inocencia infinita, y no se quejaba, sin embargo, ¿tú padeces porque has pecado, y te quejas? Sus dolores en su Pasión fueron infinitos y sin consuelo, y no se quejó; tus penas son cortas, Dios te consuela, y, no obstante, te estás siempre quejando. Jesucristo pudo evitarse todos sus dolores, pudo bajar de la cruz, y no lo hizo; tú no puedes excusar ni alejar de ti la tribulación, no necesitas para santificarte sino aceptar con paciencia el mismo dolor que sufres, y ni aun esto quieres hacerlo. ¡Qué corta es tu fe, y qué pobre y miserable tu corazón!

La consideración del paraíso es, por último, un grandísimo motivo de paciencia en las enfermedades y trabajos. "Mira al cielo, decía la madre de los macabeos á uno de sus hijos, y esta vista endulzará tus penas." "Un momento de dolor bien sufrido, dice san Pablo, alcanza un inmenso colmo de gloria eterna." Considérese lo que es esta gloria, y parecerán, no ya tolerables, sino apetecibles los mayores padecimientos de este mundo, con tal que nos merezcan la gloria ó nos faciliten el camino de llegar á poseer la eterna bienaventuranza. Pues mira que el prepararnos para ella es uno de los efectos maravillosos del dolor y de la tribulación. Porque ella limpia el alma y la purga de sus vicios y pasiones, la alumbra con luz divina para hacerle ver en su ser verdadero las cosas de la tierra y las del cielo y la perfecciona y purifica como el crisol aquilata el oro. Y no hay escuela de sabiduría donde el hombre sea mejor y más pronto enseñado que la tribulación, porque como dijo el *Eclc-*

siástico: "El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?„ Por eso los santos que estudiaron esa ciencia divina, que al fin y al cabo no es otra más que la ciencia oculta al mundo, de la cruz de Cristo, llaman á la tribulación y al dolor, trilla admirable que separa la paja del grano, lima áspera que pule el hierro de nuestra voluntad y albedrío, fuego y fragua que la ablanda, crisol que afina el oro de las virtudes, sol que conserva la gracia de Dios en el alma, martillo que nos labra, agua con que se apaga el fuego de la concupiscencia, viento con que más se enciende el fuego del amor divino y con que más presto llegamos al puerto, y por omitir otros preciosos títulos, la llaman librea de los hijos de Dios y la prueba cierta del siervo fiel del Señor. Bendice, pues, la mano de Jesús que vino á este mundo á sanar todas las enfermedades, á cicatrizar todas las heridas del alma y á calmar sus dolores para transformarlos, transfigurarlos y convertirlos en manantiales de placer inefable.

Coloquio.—¡Oh Dios misericordiosísimo que nos envías dolores y enfermedades para acrisolar nuestra fe y nuestra virtud y para que hagamos penitencia por nuestros pecados; que nos castigas así temporalmente para evitarnos el eterno castigo del infierno; yo te suplico que me des tu gracia para sobrellevar estos males pasajeros con paciencia y resignación, y convertirlos en bienes perdurables de vida eterna! En sufrir con paciencia y aun con gusto cuantos trabajos me envíes, quiero probarte que mi amor hacia Ti no es interesado, pues bendiciré tu mano si me aflige lo mismo que si me bendice. Sólo te suplico que si me quieres llevar al cielo por el camino seguro del Calvario, que no me desampares; sino que tu gracia y tu cruz me ayuden y fortifiquen para que nunca decaiga ni mi corazón ni mi espíritu.

Propósitos —Mirar siempre en toda suerte de trabajos la mano de Dios que ó te castiga ó te purifica ó te ofrece medios de aumentar tu corona.

13 DE OCTUBRE

De la curacion del leproso.

Preludios.—Mira al pobre leproso postrado con fe y amor á los pies de Jesús y diciendo aquellas palabras: «Si quieres, puedes limpiarme.» Pide á Cristo oir tú también de sus divinos labios que quedas limpio de la fea lepra de tus pecados.

PUNTO I

De cómo un hombre cubierto de lepra se prosternó ante Jesús y le dijo: "si quieres, puedes limpiarme".

Considera las virtudes de este leproso en su oración. La primera grande reverencia xterior é interior, hincando las rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo y llamándole Señor. La segunda grande fe en la omnipotencia de Cristo, confesando que con sólo quererlo podía sanarle; no dice, si lo pidieres á Dios, sino, si quisieres, puedes sanarme, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Ni dijo "si quieres" por dudar de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo merecían ó si le convenía aquella salud corporal. La tercera, fué gran resignación, porque no pidió alguna cosa expresamente, pues no añadió límpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con vivísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo y remitió á su voluntad el sanarle.

Con estas virtudes tengo de ponerme delante de Cristo N. S., como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de mis potencias y sentidos, y de toda mi alma, que es la ira, gula, soberbia y los demás vicios, y luego con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe y gran resignación le diré: Señor, si quieres, me puedes limpiar. Y en lugar de la palabra Señor, puedo poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia y á mí me provoquen á reveren-

cia; y en lugar de la palabra limpiar, puedo poner otras en que le pida remedio de algunas miserias, diciendo: Padre mío, Médico mío, Salvador mío y todo mi bien, si quieres, me puedes sanar de mi soberbia, de mi gula y de mi amor propio. Si quieres me puedes alumbrar y abrasar con tu amor. Si quieres me puedes hacer paciente, manso y humilde. No dudo de tu omnipotencia, porque todo lo puedes, ni de tu voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseas: por mi indignidad dudo, en tus manos me arrojo, y en tu voluntad pongo mi remedio. Esta es una oración de las que llaman jaculatorias, admirable para repetirla á menudo entre día; y á imitación de ésta, podemos hacer otras, y aprovecharnos de las que el Señor nos inspirare.

PUNTO II

De cómo el Señor se compadeció del leproso y lo sanó.

Pondera las maravillosas virtudes y excelencias de Cristo N. S. La primera, su misericordia. Luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilación alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compadece de las miserias del cuerpo, ¿cuánto más se compadecerá de las del alma? Porque la lepra de pecados, que provoca la ira é indignación de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida, y deseamos sanar de ella. ¡Oh misericordioso Jesús, ten misericordia de mí, pues de tu misericordia nace ser yo libre de mi miseria! Y pone esta palabra el Evangelista, para que se vea que la causa del milagro no fué vana ostentación, sino compasión.

La segunda, fué una rara muestra de su bondad y omnipotencia, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole: "Quiero, sé limpio." Tú dices si quiero, pues digo que quiero. Tú dices si puedo, pues digo sé limpio, y así fué. ¡Oh grandeza de la

bondad y omnipotencia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confían en Él Di, Señor, á mi alma: "Yo soy tu salud„; quiero, sé limpia, porque tu decir es hacer, y diciéndolo será sana.

La tercera fué gran benignidad, porque sin tener asco de la lepra, de que tenían tanto asco los judíos, que ni la tocaban, ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba, su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y pondera el Evangelista, que extendió la mano, para significar que la había de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne sacratísima tenía virtud de sanar á los que tocaba; y que cuando Dios extiende y abre su mano, á todos hinche de bendiciones y dones. Por donde se ve la eficacia de la oración que se hace con las condiciones debidas y el fin á que tengo de enderezarla, que es alcanzar de Cristo N. S. un quiero, y un sé limpio, y un abrir la mano que tenía cerrada y apretada, y un tocar nuestras miserias con que sane la lepra de mi alma.

PUNTO III

Por qué Jesús envió el leproso al sacerdote.

Pondera, ante todo, el celo que tenía Cristo N. S. de que se guardase la ley vieja mientras duraba, queriendo que los leprosos guardasen lo que les estaba mandado, que en siendo sanos, se presentasen al sacerdote y ofreciesen dones y sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced que les había hecho, como en testimonio de que estaban limpios; y quien tanto celo tenía de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿cuánto le tendrá mayor de que se obedezca á los de la nueva?

Después mandó esto al leproso para significar el sacramento de la Penitencia de la nueva ley, en la cual se manda que cualquier pecador con lepra de

pecados, aunque haya por la contrición alcanzado perdón de ellos, se presente al sacerdote y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca el sacrificio del espíritu atribulado y del corazón contrito y humillado, y oiga la sentencia de absolución, con la cual se confirma el perdón recibido y se purifica y perfecciona más el alma mediante la gracia sacramental, y queda hábil para recibir el sacramento de la Comunión, como antiguamente los leprosos, presentándose al sacerdote, se raían los cabellos y lavaban sus vestidos y su carne, y ofrecían en sacrificio un cordero sin mancilla, y de esta suerte quedaban limpios de la inmundicia legal y eran admitidos al trato común con todos. De donde sacaré dos avisos importantes: uno, que cuando me recojo á examinar la conciencia y prepararme para la confesión, he de procurar tal dolor, que allí quede limpio de la lepra en virtud de la contrición, porque esta es la mejor disposición para la confesión. El segundo, que luego con humildad me presente al sacerdote y le diga mis pecados con nuevo sacrificio de corazón contrito, procurando lavar con agua de lágrimas mi alma y sus vestiduras, que son las obras, y ofrecerme á que el confesor, con la penitencia, corrección y mortificación, me ayude á purificarme, y de esta manera llegaré limpio á ofrecer el sacrificio del cordero sin mancilla, Cristo-Jesús, y á recibir su santísimo cuerpo.

Finalmente, ponderare cómo Cristo N. S. mandó á este leproso que no divulgase este milagro; y san Marcos dice: "Que se lo mandó con amenaza„, ó con brío y vehemencia, para darnos ejemplo de humildad, y para que le viésemos cuán de veras huía de las alabanzas de los hombres. Pero el leproso, sin embargo de esto, predicó y publicó el milagro, y fué causa de que concurriese mucha gente á oir á Cristo, en lo cual no fué desobediente, ni erró; antes lo hizo ovido de buen espíritu, y por celo de la gloria de

Dios y de agradecimiento al que le había sanado, para que fuese venerado de todos, y muchos se aprovechasen de su doctrina, porque el mismo Cristo N. S. gusta que no faltemos á las leyes del agradecimiento y de la gloria de Dios; y en este hecho nos avisa, que si el justo por su humildad quiere encubrir sus obras, yo, cuando no hay inconveniente, las pregone y ensalce para ejemplo de otros y honra suya.

Coloquio.—¡Oh benignísimo Jesús, que te compadeciste del leproso, y lo sanaste, compadécete de mí y sáname; limpia mi alma de la inmunda lepra del pecado, infundiéndome tu gracia para que confiese mis culpas y enmiende mi vida! Límpiame de la lepra de la sensualidad y de la soberbia, de la lepra de mi pasión dominante, para que me convierta de veras á Ti y merezca oir de tus divinos labios aquella dulce palabra: "Sé limpio„.

Propósitos.—Prepararte siempre á la confesión, como si aquella hubiera de ser la última de tu vida.

14 DE OCTUBRE

Sobre la confesión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO I

De la misericordia de Dios en este sacramento.

Considera que en nada brilla tanto la misericordia de Dios y su piedad como en el sacramento de la penitencia, porque basta confesar los delitos con un corazón contrito y humillado, para conseguir el perdón. Múdase en inocente el que se reconoce culpado, y merece ser absuelto por Dios el que se acusa á sí mismo. ¿Qué delincuente de lesa Majestad habría que no quedase libre, si para obtener la gracia del perdón le bastase confesar su delito? ¿Se tendría dificul-

tad en decir la enfermedad á un médico, si no fuera menester más que decírsela para quedar sanos? Pues ¿por qué nos ha de costar trabajo el descubrir las llagas de nuestro corazón al confesor, estando seguros de que mostrándoselas como se debe, hallamos pronto y perfecto remedio? Verdaderamente merece eterna condenación quien se deja de curar, por omitir un remedio tan fácil y tan seguro.

Considera luego que tener reparo en confesar los pecados, es trastornar enteramente el orden de la misma naturaleza. La vergüenza debe estar naturalmente unida al pecado, la gloria debe seguir á la confesión humilde del pecado. No obstante, cuando se ofrece ocasión de pecar, la aprovechamos con osadía y atrevimiento; y cuando es menester confesar la falta y el pecado, andamos con vergüenza y temor. Pues esta vergüenza y este temor los debíamos aceptar como expiación de la facilidad con que pecamos y ofendemos á Dios, y serán remedio de la culpa y parte de la penitencia. Y pues la soberbia es el origen del pecado, que sea su medicina la humildad unida con una sincera confesión; porque atacar al mal en su origen, es pena por lo pasado y preservación para lo por venir.

No tengas, pues, vergüenza, en declarar tus pecados al sacerdote, que tiene el lugar de Jesucristo, y que, ó no te conoce, ó aunque te conozca, está obligado á guardar un secreto inviolable, y que no te oye, sino para absolverte, y en lugar de estimarte menos, concibe más amor, admiración y compasión por un alma, que ve prevenida de la gracia, penetrada de un vivo dolor de sus pecados y en quien reconoce los efectos visibles del valor de la sangre de Jesucristo, y la fuerza de los auxilios de su divina gracia. Además, que este hombre, ó es pecador ó es santo. Si es pecador, como tú, la experiencia de sus flaquezas le hará compadecerse de las tuyas; si es santo, tendrá el espíritu de Jesucristo, y el espíritu

de Jesucristo es todo compasión y misericordia para los pecadores, y jamás desechó á ninguno. Mira que la fe te dice que es menester, ó descubrir los pecados á un sacerdote en secreto para recibir el perdón, ó que un día sean publicados á la faz de todo el universo, para recibir la sentencia de condenación: ¿cuál de los dos partidos te parece más ventajoso?

PUNTO II

De las disposiciones para recibir bien y con fruto este sacramento.

La primera condición es el examen. Sobre esto pondera que hay algunos que no se examinan bastante, y otros que se examinan con sobrada prolijidad. Los primeros son los que no entran dentro de sí mismos, ni dan el tiempo necesario para indagar sus pecados, y los segundos ocupándose sólo en pensar sus faltas, no se aplican á veces á concebir el dolor que deben inspirarles. Esta es una astucia del demonio, al que no le importa nada que te confieses con tal que no tengas arrepentimiento, y para impedir que formes actos de verdadera contrición, te ocupa sin cesar la mente con las cosas que tienes que decir y no te deja que pienses ni en la bondad de Dios, ni en tu ingratitud, ni en tu perfidia, ni en las causas de tus desórdenes, ni en los medios de salir de ellos y de enmendarte de veras de tus culpas y pecados. ¿Eres tú de esos penitentes inquietos y escrupulosos que se creen perdidos si se olvidan de un solo pecado venial, y que están muy satisfechos de su confesión, cuando han hecho una exacta manifestación de sus culpas; pero que, en cambio, se confiesan sin ningún dolor, ni contrición, ni menos propósito de la enmienda?

Si has hecho el examen de tu conciencia con el tiempo y la calma precisa, y con el deseo sincero de confesarte bien y de todo, ¿por qué te inquietas? ¿Pue-

des declarar tus pecados si Dios no hace que te acuerdes de todos ellos? Dios conoce todos tus pecados, y si quiere que los confieses, te los dará á conocer; pero si no te concede este conocimiento cuando has empleado el tiempo conveniente para examinarte, es prueba que se contenta con lo que has hecho y te perdona los que has olvidado. Más le agrada que trabajes con tu voluntad que con tu entendimiento; que detestes tus pecados más bien que te acuerdes de ellos y que hagas más esfuerzos con el corazón que con la memoria. Quiere que te humilles en su presencia; que le hagas el sacrificio de tu propia voluntad; que te entregues á su misericordia, y que te apliques más á lo que debes hacer que á lo que tienes que decir. Corrígete seriamente de tus defectos, y pide perdón á Dios de lo profundo de tu alma y tu confesión será muy agradable á los ojos del Dios de las misericordias.

No es necesario que la contrición sea sensible para que sea verdadera. Debemos concebir un grande dolor de las propias culpas; pero no juzguemos de la grandeza de este dolor por el efecto natural y sensible que nos cause. Aquel muestra que tiene verdadero arrepentimiento, que no quiere engañar á Dios ni hacer un sacrilegio; que detesta con todo su corazón todos los pecados, y que está resuelto á no cometer ninguno. El demonio acostumbra á persuadir á los penitentes que no tienen verdadero arrepentimiento, cuando no lo sienten interiormente, y así llenándolos de turbación é inquietud, miran con verdadero temor el sacramento de la penitencia y permanecen tristemente esclavos de sus pecados. ¿Eres tú de esos penitentes que creen que no tienen contrición cuando no la sienten? Corrígete, pues, de este defecto que es muy peligroso; trata con Dios con sencillez y verdad, no vayas materializando tu devoción, porque El ama la sencillez en el corazón del hombre. Haz cuanto puedas para concebir dolor de tus pecados; y si este

dolor no es sensible, no te inquietes por eso, y suple la falta de las lágrimas exteriores con una profunda humildad y con una confianza filial en la misericordia de Dios.

La recaída no es una señal cierta de que el arrepentimiento anterior haya sido defectuoso y falso. Los sacramentos no nos hacen impecables; aunque nos impiden el caer con tanta frecuencia y tanta gravedad como antes y este es su efecto. La verdad de un acto precedente no se destruye por la verdad de un acto que le sigue, y cualquiera puede caer enfermo después de haber recobrado la salud. ¿San Pedro no había hecho una buena comunión? ¿Pues qué pecado tan grave no cometió aquella misma noche? No obstante, cuando se reincide continuamente y sin enmienda en pecados graves, y cuando no se observa ni mas vigilancia ni mas fidelidad, es mucho de temer, que todavía haya en el corazón afecto y apego al pecado mortal, que no se hayan puesto todos los medios para destruirlo, y entonces hay mucho que temer por nuestras confesiones y comuniones. La naturaleza es frágil, mas el corazón es muy perverso, y no hay que fiarse ni de su amor ni de su odio. Mira, pues, si la rutina ha entrado en tus confesiones y comuniones; si no sacas provecho de ellas; si cometes todas las semanas los mismos pecados, y tiembla de la responsabilidad que este proceder tuyo te acarrea en el acatamiento divino.

PUNTO III

De la sinceridad de la penitencia y del propósito de la enmienda.

Considera que no basta el tener dolor de los pecados cometidos, es menester resolverse sinceramente á no cometerlos en adelante. La verdadera señal para conocer el dolor, es la firme resolución de no pecar más: cuando no volvemos á caer en el mismo

pecado, podemos creer que estamos verdaderamente arrepentidos. Es la mejor señal de arrepentimiento, porque si volvemos á caer fácilmente en las mismas culpas, podemos desconfiar con razón, de no haber estado verdaderamente arrepentidos de ellas. Dice san Gregorio: "No es penitente, sino embustero, el que se deleita en incurrir en las faltas que un momento antes lloraba á los pies del confesor„. Examina por esta regla la sinceridad de tus propósitos, y la de tus confesiones.

El propósito de no pecar más debe ser absoluto, y no de esas pasajeras y frívolas resoluciones que llamamos veleidades, porque de éstas está lleno el infierno. Estas ligeras impresiones nos entristecen, nos inquietan; pero no nos hacen verdaderos penitentes. Estos débiles sentimientos del pecado y débiles deseos de la virtud, pueden divertirnos y engañarnos, pero no justificarnos. Para ser penitente no basta decir: Yo quisiera; sino, yo quiero y lo haré á cualquier precio. Las veleidades son deseos condicionales que nada sólido producen en el alma. Yo quisiera, equivale á decir; yo consintiera renunciar al pecado pero con tal ó cual condición. Y es este un deseo, ó mejor dicho, una veleidad que ni te justifica ni puede agradar á Dios, porque encierra en sí una contradicción. Yo quisiera, quiere decir: Dios me solicita por sus inspiraciones á dejar el pecado; pero yo, á la verdad, no hago más que resistirme; me resisto á los movimientos de la gracia por el abuso de mi albedrío; los gritos de mi conciencia los juzgo consentimientos de mi voluntad al bien, y los deseos ineficaces de convertirme, los tomo como efectos de mi conversión. ¿No es esto lo que te ha lisonjeado hasta aquí? ¿Lo que haciéndote formar fingida é imaginaria idea de penitencia, te ha embarazado para no tener un verdadero arrepentimiento? La poca firmeza que has tenido en tus propósitos, te convencerá de ello bastantemente.

El propósito, además, debe ser eficaz. El perezoso, dice la Escritura, quiere y no quiere; porque formando débiles resoluciones, cree querer; pero como no pone la mano al trabajo, y no ejecuta nada de lo propuesto, es evidente que no quiere. Querer con eficacia apartarse del pecado, es aplicar todos los medios, por difíciles ó poco gratos que sean, para conseguirlo; es aplicarse á vencer todas las dificultades que se oponen á nuestras buenas resoluciones; es huir de la ocasión de volverlo á hacer; es acudir á Dios en los peligros; es darnos á la penitencia; es volver las espaldas al mundo; es vivir verdadera vida de espíritu. ¿Has hecho esto tú cuando has querido apartarte del pecado? Si lo has hecho así, tu propósito es sincero y tu penitencia verdadera; pero si no, ¿qué valor tendrán tus confesiones? Quiera Dios que no tengas un día que arrepentirte de tus mismos arrepentimientos.

Coloquio.—¡Oh bondad de mi Dios, cuán obligado os estoy por haberme presentado en la penitencia esta favorable tabla de salvación después de mi naufragio, y de haberme provisto de un remedio tan fácil para curar mis llagas! ¿Qué sería de mí, si no tuviese este refugio? ¿En dónde estaría yo ahora? ¿Qué sería de mí en lo venidero, si no tuviera este medio de volver á vuestra gracia? ¡Bienaventurados los que se lavan con frecuencia en este baño sagrado de vuestra sangre! Desgraciados los que quieren más bien morir eternamente que tomar este remedio, y más desgraciados todavía los que, abusando de la clemencia divina, hacen servir para sus crímenes el sacramento que debiera purificarlos y santificarlos. Yo cantaré eternamente, con vuestro Profeta, aquel sublime cántico de amor y de reconocimiento: "Bendice, alma mía, al Señor, y todas las cosas que hay dentro de mí alaben su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de todas sus misericordias. El perdona todas tus maldades; El sana todas tus enfermedades. El redime tu vida de la muerte; El te corona de misericordia y piedad. El llena de

bienes tu deseo, y hará que se renueve tu juventud como la del águila.„

Propósitos.—Procura ser constante y fiel en guardar tus propósitos, y, por el modo con que los guardares, juzga de la sinceridad del dolor y de la bondad de tus confesiones.

15 DE OCTUBRE

Festividad de santa Teresa de Jesús.

Preludios.—**Contempla á esta Santa admirable extasiada en la oración ó en el momento en que un ángel transverbera su corazón y pide á la insigne doctora te anime á amar á Jesús como lo amó la Santa.**

PUNTO I

Santa Teresa, prevenida por el amor de Jesucristo.

Considera cómo el amor de Dios que había escogido á Teresa para consumada maestra de la sublime ciencia de la caridad divina y para poblar los claustros de serafines en carne humana, la dotó con todas las extraordinarias cualidades que pueden conducir á dicho fin, dándola un excelente natural, un espíritu levantado y excelso, un alma generosísima y un corazón grande y muy apto para todos los extremos del amor.

Este santo amor imprimió también en el entendimiento de santa Teresa, desde su más tierna infancia el pensamiento de la eternidad de tal manera, que niña aún no cesaba de repetir: "Para siempre, para siempre, para siempre; ó eternamente feliz ó eternamente desventurada. Escoge Teresa.„

La vista de esta inmensa eternidad le descubrió todas las vanidades de las criaturas, por las que concibió tal menosprecio, que su único placer consistía en vivir retirada con Dios en las ermitas, que ella misma fabricaba en la casa de su padre y donde pasaba días enteros, suspirando por su amado Jesús y

repitiendo muchas veces con la samaritana: "Señor, dadme el agua de vuestra gracia y apagad la sed de mi corazón con las aguas de vuestro amor."

Previno, también, el amor de Dios á Teresa con la divina vocación de padecer por Jesucristo, inspirada en la lectura de los combates y padecimientos de los mártires; muy niña aún, persuade á su hermano á salirse de la casa paterna para buscar el martirio entre los infieles. Le infundió, también, tal devoción á la santísima Virgen, que la hacía postrarse á los pies de una imagen de la excelsa Señora pidiéndole con ardientes súplicas y bañada en lágrimas, que le sirviera en adelante de madre, cuando á los doce años de edad perdió á la suya, favor que obtuvo de la Virgen María, que desde aquel momento la adoptó por hija.

Admira aquí la bondad inmensa de Dios que con tantas gracias y favores va preparando á las almas que le son fieles para que le sirvan de santuario, pero al mismo tiempo considera con gran temor en qué poco estuvo que todos aquellos tesoros puestos por Dios en el alma de Teresa se perdieran. El demonio, envidioso de tanta santidad, inspírale la curiosidad de leer libros de caballería, que eran las novelas de aquellos tiempos, poniéndola en trance de perder su alma y de privar al mundo de los frutos de sus maravillosa santidad y celo y de la fundación de dos grandes Órdenes que han poblado la tierra de tantas vírgenes y tantos sabios y el cielo de tantos santos. Mira adónde puede llevarnos una infidelidad á la gracia de Dios y cómo una falta leve puede ponernos en peligro de perdernos para siempre. Fruto de aquellas profanas lecturas fué el retirarse las luces del Espíritu Santo del entendimiento de Teresa, que de recogida y entregada á la oración, se transformó en aficionada al bullicio del mundo y á perder el tiempo con la curiosidad de sus vanidades. Sus ojos, antes fijos casi constantemente en las imágenes del Re-

dentor y de su santísima Madre, contemplan ahora en un espejo los atractivos de su propia hermosura, y la que sólo hablaba del valor invencible de los mártires y de las virtudes heroicas de los santos, ahora no habla de otras cosas que de las locas vanidades de que el mundo ha llenado su imaginación.

Pero admira aquí una vez más la fuerza incontrastable del amor divino que armado de todas sus armas persigue á la fugitiva Teresa y le sale al encuentro en todas sus diversiones mundanas, hasta tal punto, que la misma santa confiesa que en todos sus pensamientos se le presentaba á la imaginación la vanidad del mundo y temblaba á pesar suyo ante la idea de la sorpresa de la muerte y de las amenazas del infierno.

Quince meses duró esa lucha en la que á veces sintió santa Teresa dolores tan vivos que le parecía que le dislocaban los huesos y le arrancaban el alma del cuerpo; pero el amor divino triunfó al fin y la joven Teresa seducida breve tiempo por el amor propio y por la vanidad del siglo, volvió á echarse en brazos de la Virgen santísima su Madre, tomando el hábito de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

Pero todavía considera cómo aun siendo extraordinaria esta muestra del amor divino, tampoco se rindió por completo á ella el alma de santa Teresa, que si renunció á las vanidades del siglo no se entregó del todo á Jesús, sino que en el claustro, prosiguió dejándose llevar de las sugestiones de su amor propio, incurriendo en vanas curiosidades, pérdidas de tiempo, omisiones en la oración y familiaridades peligrosas. Cansado de tantas resistencias, Jesús, resolvió darle un golpe decisivo valiéndose de una imagen suya. Presentósele coronado de espinas, el cuerpo desgarrado por los azotes, y mientras santa Teresa detenía su vista en tal cuadro de sublimes dolores, obró tan poderosamente el amor divino en su interior, que aquellas llagas quedaron impresas en su

alma y sus espinas la hirieron tan profundamente que la fuerza de un amor compasivo hizo penetrar en su corazón todos los instrumentos y todos los dolores de la Pasión de Jesucristo. Y entonces fué cuando el amor transformado en serafín, armado de una flecha de oro, con punta de fuego atravesó profundamente el corazón de santa Teresa y obtuvo por medio de tan grave herida, la gloriosa y completa victoria que durante tanto tiempo había buscado. Saca de aquí adónde te pueden conducir tus infidelidades á la gracia de Dios y de qué méritos y, tal vez, de qué altísima perfección y santidad te privas por no ser generoso con Jesús que tan generoso es y desea serlo aún más contigo, si tú le correspondes como El desea.

PUNTO II

Santa Teresa herida por el amor de Jesucristo.

Considera, para apreciar el carácter de esta maravillosa herida que el amor hizo en el corazón de Teresa, que con ella experimentó dolor y goce al mismo tiempo; dolor, porque es propio de toda herida producirlo; goce, porque fué el amor divino quien la produjo. Para convencerte de ello has de reflexionar en que, si como afirma san Gregorio Nacianceno, las lágrimas son la sangre del alma, fácil es de ver que el alma de santa Teresa quedó gravemente herida, pues la santa quedó bañada en ellas, y los suspiros y sollozos de su pecho daban testimonio elocuente del dolor que sentía. Pero, al mismo tiempo, con aquella herida recibió más dulzura y mayor consuelo que en todo el resto de su vida.

Esto lo comprenderás si reflexionas que el dolor de Teresa nacía de tres profundos conocimientos con que Dios iluminó sensiblemente su mente en el momento de su perfecta conversión. El primero fué el de la grandeza de Dios, la majestad de su ser, de sus infinitas perfecciones, y, sobre todo, de su so-

berana bondad y de su inmortal belleza. El segundo fué una representación sensible de todo lo que un Dios tan grande y tan adorable había hecho en el espacio de dos años, para apartar su corazón de las criaturas y para hacerse dueño de él, y la paciencia amorosa con que había soportado sus tibiezas, sus negativas y sus ingratitudes. El tercero fué una visión clara y distinta del número de sus faltas y del abuso de las gracias de Dios y de sus terribles consecuencias.

Estos conocimientos llenaron su alma de amargura y de una perfecta contrición que la hizo exclamar desde el fondo de su corazón, con san Agustín: ¡Oh Dios mío, y todo mi bien! ¿Quién es Teresa para estrecharla así á que os ame? ¡Oh soberana grandeza, oh Majestad infinita! ¿Es posible que durante dos años hayáis estado empeñado en buscar á una tan ruin criatura? ¡Oh ingrata y desdichada Teresa! ¿Puedes sufrirte á ti misma, reconociéndote culpada de tan cobarde y negra ingratitud? ¡Oh Dios mío! ¿Era necesario que Vos fueseis tan bueno y yo tan miserable é ingrata? ¡Oh, cuán tarde os he conocido, pues tanto he tardado en amaros!

No puede negarse que hay un gran dolor en un corazón que suspira y se lamenta de esta suerte; pero, si bien lo consideras, hay igualmente mucha dulzura. Esta dulzura consiste en que el ardiente fuego que va unido á la punta del áureo dardo, no bien abrasa el corazón de Teresa, se funde y corre suavemente por esta herida hasta el corazón de Dios. Y ¿qué dulzura, ni qué delicias pueden compararse con las que encuentra un alma cuando se ve mezclada y absorbida en las suavidades y delicias del corazón divino?

Piensa, para que mejor te penetres de esta idea, que la dulzura que experimenta un alma en estas condiciones, consiste en la estrecha unión que se establece entre el amor divino y el corazón humano durante tanto tiempo solicitado; pues como dice san

Gregorio Niseno, si esa sagrada flecha ha herido y abierto ese pecho, ha sido para entrar en él y hacer allí su morada. Considera, además, que donde se encuentra el amor se encuentran la alegría y el goce; pero si se trata de un amor conquistador y triunfante, entonces los goces y alegrías que le siguen son inefables.

PUNTO III

Santa Teresa transformada en el amor de Jesucristo.

Considera que de esta flecha de amor puede decirse que al traspasar las entrañas del hombre, ahoga en ellas todos los vicios, destruye las pasiones y de un solo golpe da la muerte al hombre antiguo y hace nacer al nuevo, que es Jesucristo.

Esto fué lo que sucedió á santa Teresa. De aquella divina herida salieron aquellos arrobamientos y éxtasis, aquellos transportes de caridad y todo cuanto se admira de grande y perfecto en el resto de la vida de santa Teresa, cuyas palabras fueron desde entonces otros tantos carbones encendidos del santuario para abrasar los corazones, ó como las chispas de aquel dardo de fuego que abrasaba el suyo.

Advierte también que el principal efecto que produce ese amor es la estrecha unión que hace contraer con Dios al alma de tal modo herida; de lo que se sigue que á causa de esta alianza, Teresa ya no es sino de su Esposo, y ni en ella tienen ya parte ni las demás criaturas ni su amor propio. No quiero, le dice el amor divino al herirla, que tengas más familiaridades con los hombres, sino únicamente conmigo y con mis ángeles. Y Teresa entra de este modo en comunidad de bienes con su Jesús, y participa de su divina sabiduría y así ella por sus elevados y sublimes conocimientos que sobrepujan con mucho á las luces de toda humana ciencia, por la perfección y sublimidad de su doctrina ha llegado á ser la maestra

de los santos y de la teología mística, y ha sido destinada á iluminar al mundo y á acrecentar en él la piedad.

Igualmente Teresa fué investida de la virtud y del poder de su Esposo, que la hizo invencible para todos sus enemigos, infatigable en los trabajos y constante é inquebrantable en medio de toda clase de persecuciones, cumpliéndose en ella ese prodigio tan raro, según el Espíritu Santo, y que consiste en hallar una mujer fuerte. Prueba patente de la fuerza de su corazón, fué aquella heroica paciencia, aquel amor á la cruz que, en medio de las mayores pruebas, la hacía exclamar: "Vivamos en la cruz ó expiremos en la cruz. O padecer ó morir.„

Considera también que el celo por la gloria de su Padre que constituyó la vida de Jesús, se transmitió á Teresa por medio de aquella divina herida, hasta el punto de obligarse por voto expreso á hacer siempre lo que le pareciese que era de más gloria de Dios. Y este celo la hizo acometer empresas temerarias desde el punto de vista humano y realizar proyectos tenidos por imposibles. Este celo la hizo en su cualidad de esposa de Jesucristo, madre fecunda de dos célebres órdenes religiosas, y en una palabra, este celo como era el celo que hizo vivir á Jesús y luego morir en el Calvario, produjo en la debida proporción tales ansias en el alma de santa Teresa de padecer por la gloria de Dios, que la hizo hallar á la hora de la muerte el martirio porque tanto había suspirado en los comienzos de su vida.

Tales son los efectos de esa maravillosa herida, y el fruto que debes sacar de esta meditación es el deseo de que tu alma sea herida de la misma manera, pues como dice san Agustín, nadie llegará á la vida eterna si no fuese herido ó por la espada del temor de Dios ó por la de su amor. Considera que hay tres clases de personas que yerran acerca de este punto: A la primera pertenecen los que temen ser tocados

en el corazón por Dios y ni quieren oir la divina palabra, ni leer buenos libros, ni tratar con personas piadosas para no experimentar ni aun el deseo de su conversión. Otros hay más criminales todavía y son los que de tal modo se endurecen que todos los dardos de amor son impotentes para herirlos. Y por último, existen otros de cuya salvación hay todavía esperanzas y son aquellos que desean ser heridos por los dardos del amor divino y lo son, en efecto, pero que arrancan demasiado pronto la flecha de la herida y no conservan mucho tiempo los toques interiores y santos movimientos que han recibido de Dios. Procura tú ser herido de ese divino amor y pídele á Dios que te de la gracia de conservar abierta esa venturosa llaga, á fin de que sea en ti, como lo fué en santa Teresa, un manantial fecundo de gracias.

Coloquio.—¡Poderosísima protectora mía y abogada santa Teresa, Doctora mística, vivo ejemplo de perfección, restauradora de la piedad y celadora del honor de Dios! Postrado á vuestras plantas, vengo, lleno de confianza, á implorar vuestra poderosa protección, deseando imitar vuestras heroicas virtudes, especialmente la generosidad y gran corazón para con Dios, con que, despreciando el qué dirán y las burlas y persecuciones del mundo, atendisteis únicamente con todo empeño á promover en vos y en los prójimos la mayor gloria y alabanza de Dios, y la tierna y sólida devoción á María santísima y á su casto esposo san José. Protejedme desde el cielo, haciendo que crezcan en mí el espíritu de fervor, y alcánzame que, libre de mis pasiones, sirva con generosidad y constancia á Dios en el estado de vida en que por su divina voluntad me hallo, mereciendo llegar por este medio al felicísimo fin de la eterna bienaventuranza.

Propósitos.—Imitar la grandeza de alma, el celo por la gloria de Dios y la generosidad de corazón de santa Teresa.

16 DE OCTUBRE

Del ciego que curó Cristo N. S. camino de Jericó.

Preludios.—Imagínate la fe vivísima del ciego de Jericó, y su constancia en pedir al Señor su curación, á pesar de que las gentes lo mandaban callar. Pide la misma fervorosa insistencia en tus oraciones, y luz divina para conocer á Jesucristo y conocerte á ti.

PUNTO I

Oración del ciego de Jericó.

Un ciego, en el camino de Jericó, gritaba: "Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.„ Y aunque le mandaban que callase, él seguía repitiendo lo mismo dando cada vez mayores voces.

Considera las virtudes que descubrió este ciego en su oración. La primera, fué grande fe y confianza en Cristo N. S., creyendo que era hijo de David y Dios todopoderoso. La segunda fué gran fervor, nacido del conocimiento de su ceguedad y miseria, y de la esperanza que tenía en Cristo N. S.; y este afecto declaraba con aquel clamor. La tercera fué gran constancia, sin hacer caso de los que le mandaban callar; antes tomaba ocasión de esto para alzar más la voz y repetir su oración.

En persona de este ciego imaginaré verme á mí mismo, ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasión, las cuales ciegan los ojos del alma, y que san Bernardo llama conocimiento y amor. De donde se sigue que toda la vida estoy ocioso, sin atender á las obras de virtud, ocupándome en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo alguna cosilla de deleite, honra ó interés que me entretenga la vida, lo cual todo es poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta miseria de mi alma, ciega, ociosa y mendiga, he de clamar á mi único remedia-

dor, Cristo-Jesús, diciéndole: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí". Esta oración tengo de acompañar con las virtudes que se han dicho, persuadiéndome que cuatro cosas han de impedir mi oración si valerosamente no las resisto, es á saber: tropel de pensamientos, y varias imaginaciones que pasan por mi corazón y no lo dejan atender á lo que ora. Muchedumbre de remordimientos de los pecados que he cometido, los cuales me reprenden y me dicen que cómo tengo atrevimiento de clamar á Dios, siendo quien soy. También el tropel de las miserias del cuerpo, y el de las ocupaciones del siglo, y á veces algunos de los que van con Cristo me quitan la oración, llevándome tras sí á sus negocios con capa de piedad. Pero, sin embargo de todo esto, he de orar y clamar con el corazón y á tiempos con la boca, diciendo: "Jesús, hijo de David, compadécete de mí"; líbrame, Señor, porque soy necesitado y mi corazón anda muy turbado; voyme deshaciendo como sombra cuando declina el día, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosiégalos, Señor, con firmeza, para que ore y te alabe con fervor.

PUNTO II

Petición del pobre ciego á Jesús.

Jesús preguntó al ciego qué es lo que quería, y el ciego respondió: "Señor, ver". Y replicó Jesús: "Ve".

Considera qué preciosa súplica la del pobre ciego, y qué poder tuvo en el corazón de Jesús. Obliga á llamar á aquel pobre para saber de él mismo lo que desea, resuelto á concederle cuanto le pida. "¿Qué quieres que te haga?" Como si dijera: No puedo negarte cosa alguna. ¡Oh bondad de Dios, que pregunta á un hombre qué quiere que haga! Antes bien, ¡oh Jesús mío! nosotros debemos decirte con san Pablo: "Señor, ¿qué queréis que hagamos?" Pero son muchos aquellos á quienes Dios se ve precisado, en

cierto modo, á decirles: "¿Qué queréis que haga de vosotros?„ Pocos, pocos son los que le dicen con el santo Apóstol: "Señor, ¿qué queréis que haga?„

Considera, además, cómo Cristo N. S., aunque desde el principio entendió el clamor de este ciego, hizo como que no lo oía, para probar su perseverancia y para que creciese más el deseo de la salud. Y lo mismo hace con nosotros, para que nuestra perseverancia en el pedir nos disponga á recibir lo que pedimos. Pero luego mostró su clemencia en detenerse á la voz de un mendigo, aunque iba ocupado con mucha gente, haciendo que todos parasen y se le trajesen para sanarle. ¡Oh buen Jesús, Sol de justicia, que obedeces á la voz del hombre y te detienes en medio de tu carrera para darle la luz que desea, oye mi clamor y alumbra mi ceguedad, pues no puedo tener gozo si no es viendo la luz del cielo!

Pondera luego, cómo el ciego, en oyendo decir que Jesús le llamaba, dejó su vestido al punto, y saltando de placer, fué donde estaba el Salvador. En lo cual se representa el gozo del alma que siente la interior vocación de Dios, con lo cual deja luego todas las cosas para acudir á obedecerla, esperando que hallará seguramente lo que desea para su salvación y perfección, como lo experimentan los que son llamados por Dios á estado de religión.

Considera luego el misterio de aquella pregunta: "¿Qué quieres que haga contigo?„ Y la respuesta del ciego: "Señor, que vea.„ "Pues ve.„ Y con sola esta palabra cumplió Cristo N. S. su deseo, correspondiendo á la grande fe con que le pidió la vista con otra palabra semejante. ¡Oh, Dios de mi alma, bien sé que preguntas al ciego lo que quiere, para significar que no quieres dar los dones de tu gracia, si no es al que quiere disponerse para recibirlos! ¡Oh si me dijeses ¿qué quieres que haga contigo? Yo, Señor, respondería: que vea con ojos de fe muy viva, que te vea á Ti para que te conozca y ame, pues en este

conocimiento amoroso está la vida eterna. Más te pido, Señor: que vea tu divina voluntad y tu santa ley, que vea á mí mismo para reconocerme de modo que me aborrezca y me humille, que vea las criaturas, con ojos del alma por la contemplación, mirando en ellas á Ti, mi Criador, de quien tantos bienes recibo. Y finalmente, que á su tiempo vea claramente tu divinidad con la Trinidad de las Personas, con cuya vista quede mi ánima bienaventurada en tu dulce compañía.

PUNTO III

De cómo el Señor curó al ciego.

Pondera cómo Cristo N. S. atribuyó á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia, para honrarle y aficionarnos á esta virtud, pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedían vista: ¿Creéis que puedo dárosla? "Sí, Señor.„ "Pues según vuestra fe se haga con vosotros„; y tocándolos, vieron luego. Y es mucho de notar, que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista en un momento por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veía no más que bultos de hombres, como árboles que se movían, y después vió claramente todas las cosas. En lo cual también se nos representan dos modos que tiene nuestro Señor de comunicar la luz espiritual y la perfección de espíritu: uno extraordinario y de repente, como la comunicó á Saulo; otro ordinario, comunicando primero un conocimiento obscuro de sus misterios; después otro más claro, creciendo la claridad como crece la disposición. De modo que vea las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas como si las viese, subiendo, como dice el Apóstol san Pablo, de una claridad en otra, hasta transformarse en la imagen de su gloria.

Finalmente, ponderaré cómo el ciego, viéndose sano, seguía á Cristo glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que olvidado de todas las cosas, se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual también se representa que la luz interior que Cristo N. S. comunica en la oración, tiene por fin seguirle, imitando sus virtudes con perfección, y ocupándose en sus alabanzas con acción de gracias por los beneficios recibidos.

Coloquio.—Señor, que yo vea, que os conozca, y que me conozca; que reconozca vuestra bondad, y que reconozca mi malicia; que entienda que Vos sois el todo y yo la nada, y que comprenda vuestras perfecciones y mis defectos. Señor, yo soy un ciego, yo no sé lo que deseo; os pido ver lo que necesito y para salvarme me conviene. ¡Oh dulce Jesús mío! Concededme lo que os pido: que yo os vea, os alabe y os ame. Hacedme humilde, sufrido, pacífico y caritativo; hacedme un hombre á medida de vuestro corazón y que cumpla siempre vuestra voluntad.

Propósitos —Procura imitar la oración constante, la fe viva y la correspondencia á las inspiraciones de la gracia del ciego de Jericó.

17 DE OCTUBRE

De la ceguedad espiritual.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

En qué consiste la ceguedad espiritual.

Considera que Dios, que es luz increada, no puede ser causa positiva de la ceguedad de los pecadores, porque no es propio del sol cubrir la tierra de tinieblas, sino iluminarla y esclarecerla. Pero como en el orden natural sucede que el sol nos deja en la obscuridad, ó porque voluntariamente cerramos los ojos á

la luz, ó porque nos ciega con el fulgor de sus rayos, ó porque se oculta y se pone de nuestra vista, de la misma manera por un terrible castigo que nos atraemos sobre nosotros mismos, el sol de eterna justicia, Cristo-Jesús, que vino á iluminar á todo hombre, deja á éste en espantosa obscuridad y en noche obscurísima, no infundiendo errores ó tinieblas en nuestra alma sino de una de estas tres maneras, ó por estas tres causas: ó porque ponemos obstáculos á las gracias, ó porque abusamos de ellas, ó porque Dios se retira de nosotros en castigo de nuestras infidelidades y pecados. "He venido, dice el mismo Cristo, al mundo para hacer un juicio, á fin de que los que no ven, vean, y los que ven, queden ciegos (1). Porque, en efecto, Cristo es luz del mundo; pero es luz voluntaria, y libremente y con justicia deja de esclarecer á los que ni aman, ni buscan más que las tinieblas. La causa, pues, de esta ceguera es el hombre mismo. La prosperidad, semejante al sol que nace, le descubre los bienes de la tierra y le oculta los del cielo; la vanidad, ofusca; la avaricia y el amor desordenado de riquezas es terrible escollo en que naufraga la fe, según el Apóstol, y por último, la concupiscencia de la carne hace al hombre semejante á la bestia, que nunca levanta sus ojos al sol, y es aquel pozo del abismo de donde brota todo error y toda impiedad, y el pecador, víctima de ella, acaba por no ver ni á Dios ni verse á sí mismo.

Considera, además, que la ceguedad espiritual es la causa más ordinaria y frecuente de los pecados. Todo pecador es un ciego, ó por mejor decir: es pecador porque es ciego. Si viese á Dios, si se viese á sí mismo, si viese el pecado á la luz natural de la fe, ¿cometería pecados jamás? Era preciso que estuviera loco. Por ventura, si conociese á un Dios tan grande, tan bueno, tan justo, tan hermoso, tan amante

(1) Joann., IX, 39.

de los hombres, tan deseoso de su felicidad, ¿podría ofenderle? ¿Podría menospreciarle, aborrecerle y ultrajarle? Y si se viese á sí mismo tan vil, tan miserable, tan dependiente de Dios y por Dios tan amado, ¿podría preferirse á Dios, como lo hace, cuando peca mortalmente? ¿Podría tampoco cometer ningún pecado, si viese en su horrible desnudez lo que es el pecado, si lo conociese en su espantosa realidad, tan feo, tan repugnante, tan monstruoso, tan opuesto á Dios y tan contrario al fin y destino del hombre; si lo viese como el sumo y el único mal, la negación de Dios, el destructor de la naturaleza y de la gracia?

El pecador no conoce, no ve la maldad del pecado; no conoce que pecando ofende á Dios, creador, conservador y Padre amoroso de los hombres, sin razón y sin justicia; no ve que pecando se declara enemigo del que le ama infinitamente, que se sirve de sus beneficios para hacerle guerra, que peca en su presencia y que prefiere al demonio, enemigo de Dios y enemigo suyo; no comprende que escoge al tirano por rey, que se alista en el bando de Satanás al mismo tiempo que Dios le colma de gracias y le soporta con una paciencia infinita aun en el momento en que peca.

¡Oh ceguedad espiritual, y qué dañosa eres! ¡Y qué culpable, pues pecamos en plena luz y somos ciegos voluntarios! ¡Abridme, Señor mío y Redentor mío, los ojos del alma; que vea quién eres tú, quién soy yo y qué es el pecado! ¡Alumbrad mi espíritu, curad mi ceguedad, haced que vea yo vuestra bondad para reverenciarla y amarla; mi bajeza, ruindad y miseria, para menospreciarla, y la fealdad del pecado para huir de ella y aborrecerla!

PUNTO II

La ceguedad espiritual efecto del pecado.

Considera que la ceguedad del alma, no sólo es causa, sino también efecto del pecado, dándose aquí una especie de prodigio, en cuya virtud ella lo pro-

duce, y es producida por él. Es efecto, en primer lugar, del pecado original, y por este pecado todo el linaje humano es propenso á esta ceguera, y como que nacemos todos con los ojos del alma tiernos y débiles, y en situación muy adecuada para perder del todo la vista de ellos, cualquier ocasión ó pasión hace que ceguemos y no veamos. Pero con el auxilio sobrenatural de Jesucristo y las gracias que superabundantemente nos comunica, los ojos del alma se fortifican, y ven cada vez con más claridad, á medida que la gracia es mayor, y así los justos llegan en esta vida á ver muy clara y distintamente la bondad y grandeza de Dios, las cosas del alma, del cielo y la eternidad, la pequeñez y miseria propia y la fealdad y horror del pecado, y como tan claramente lo ven todo esto, aman á Dios sobre todas las cosas, se menosprecian á sí mismos, y huyen del pecado como del más espantoso mal que puede sobrevenirles. Son hijos de la luz y viven en ella, así como los pecadores son hijos de las tinieblas y de la muerte.

Al revés los malos, á medida que se van alejando de Dios y perdiendo su gracia, se les va debilitando cada vez más la vista del alma, y cada nuevo pecado que cometen es como nueva venda que se ponen voluntariamente en los ojos y ven cada vez más turbio y borroso lo que debieran ver claro para no pecar; y de la grandeza y bondad de Dios sólo les queda una idea confusa, y pierden la noción de su propia pequeñez, y se les representa el pecado, no como monstruo, feo y horrible, sino bello y deseable.

De suerte que la ceguedad, efecto de sus pecados, engendra en ellos nuevos pecados; porque se olvidan de Dios, y no piensan en El jamás; y de sí propios se forman la idea más ventajosa, creyéndose buenos y prudentes, y fiándose de su parecer en todo y apeteciendo su regalo y comodidad, y que los demás los alaben y ensalcen, y pierden todo horror al vicio, figurándose que no es malo, sino cosa natural

ó por lo menos tolerable; y van de mal en peor, cada vez más ciegos, hasta llegar á creer que Dios no castiga los pecados, y que después de esta vida, han de pasar las cosas como aquí, con lo que la ceguedad está ya en su punto, habiendo perdido absolutamente los desdichados la vista del alma.

Considera que esa terrible ceguedad del alma, es una de las penas mayores con que Dios castiga á los hombres, privándolos de sus luces, y dejándolos entregados á las tinieblas y negruras de su razón y de sus pasiones. Pondera que este es el castigo de Dios más riguroso y lo que le hace tan terrible es que esa ceguedad en que viven tantos mundanos, es un mal sin mezcla alguna de bien; porque todos los demás males pueden ser, si nosotros queremos, medios de salvación, á modo de penas, ó medicinales, ó satisfactorias, ó meritorias, mientras la ceguedad es un mal estéril, que no sirve ni de remedio, ni de penitencia, ni de mérito, sino que se parece al castigo que sufren los condenados.

Deduce de ahí el error en que están aquellos que dicen que Dios no castiga en esta vida, especialmente á los pecadores, y que nada en este mundo los distingue de los elegidos. "Dios juzga á los mundanos, según san Agustín, aun en esta vida, y en esta vida establece entre ellos y los elegidos una terrible diferencia. No espera hasta el fin de los siglos para separar el trigo de la cizaña, pues en el tiempo presente les impone una pena que basta para esa separación y es, la ceguedad espiritual."

Piensa con temor desde este momento, que si Dios no ha permitido aún que caigas en esa ceguedad que tal vez has merecido, quizá está resuelto á no esperar más y que sólo aguarda á que cometas un nuevo pecado para extinguir en ti sus luces y cegarte. ¿Cómo no te espantas al considerar que hay un pecado que Dios ha señalado como el último término de su gracia? ¿Cuál será ese pecado? No puedes saberlo.

¿Después de qué número de pecados vendrá? Tampoco lo sabes. ¿De qué naturaleza será? Otro misterio para ti. ¿Será un pecado especial y extraordinario? ¿Será, por el contrario, un pecado ordinario y común? Arcano es este que ningún hombre logrará descubrir. Lo único que sabes es que no debes nada olvidar, ni nada omitir para evitar esa desgracia que te amenaza. ¡Feliz tú, si Dios te hace ver el peligro y está dispuesto todavía á ayudarte! ¡Soberanamente dichoso, si desde ahora en adelante caminas siempre iluminado por sus divinas luces!

PUNTO III

La ceguedad espiritual castigo del pecado.

Considera en tercer lugar, que la ceguedad del espíritu no es sólo causa y efecto, sino también castigo, y muy terrible, del pecado. El pecador, dice Jesucristo, huye de la luz y busca las tinieblas, y Dios, para castigarle, le deja en ellas perpetuamente.

No puede el mismo Dios castigarle con mayor rigor que dándole lo que desea, y lo que el pecador desea es la ceguera que no le permita ver á Dios justamente irritado contra él, ni la fealdad del pecado que ama. El pecador, pues, hace consistir su dicha en su ceguedad, y Dios hace consistir en la misma ceguedad el mayor castigo del pecador. Así, pues, privándole Dios de la luz del alma, le impone la más terrible y justa pena de la ceguedad voluntaria en que incurrió, y que busca con afán como único medio de que no le perturben los remordimientos. "Si quieres, Señor, castigar á este pueblo, como Dios omnipotente que eres, decía el profeta Isaías, ciégalo de modo que mire sin ver.„ Luego viene la dureza del corazón, el letargo, la indiferencia é insensibilidad en el asunto de la salvación, señal inequívoca de ceguera del alma y otra terrible consecuencia del mismo castigo de Dios. Considera cuán terrible es este castigo. La ceguedad del cuerpo es mucho menos

densa que la del espíritu; el ciego corporal sabe que está ciego; pero el espiritual, mientras menos ve, cree que ve más, y toma las quimeras de su fantasía extraviada por realidades y se figura que tiene vista de lince cuando nada ve.

Sólo una gracia extraordinaria y singularísima disipa alguna vez esta ceguera en que caen tantas almas desventuradas. ¡Milagro mil veces más portentoso que el que por ministerio del arcángel san Rafael llevó Dios á cabo con su siervo Tobías!

Coloquio.—¡Oh Dios que eres luz, y que lo iluminas todo con tu inefable resplandor y con los rayos de tu gracia; no permitas que mi pobre alma caiga en la ceguera espiritual, y si caigo por el pecado, sáname; sáname pronto, para que nunca pierda de vista tu grandeza y tu bondad, para que no pierda la noción exacta de mi pequeñez y miseria, y para que vea siempre al pecado, como él es en sí, esto es, horrible y espantoso, el único mal sin mezcla de bien alguno, porque es la muerte eterna del alma! Sé tú, Señor y Dios mío, mi luz, mi verdad y mi vida, que todo lo vea con la luz de tus palabras, que mi entendimiento no se nuble con las sombras del pecado, sino que vaya creciendo de claridad en claridad hasta llegar á verte en la eterna luz de los cielos.

Propósitos.—Decir con frecuencia al Señor las palabras del ciego: "Señor que yo vea„.

18 DE OCTUBRE

Del milagro que hizo Cristo N. S calmando la tempestad del mar.

Preludios.—Represéntate á Jesús calmando la tempestad en el lago de Tiberiades, y pídele que calme las tempestades que en tu corazón remueven las pasiones y afectos desordenados.

PUNTO I

Del sueño de nuestro Señor en la barca.

"Habiendo Cristo N. S. predicado á mucha gente, siendo ya tarde, entró en una nave y mandó á sus

discípulos que navegasen, y El se echó á dormir en la popa; al mismo punto se levantó una grande tempestad, de modo que las olas entraban dentro de la nave y la llenaban de agua con peligro de hundirla.„ Acerca de este sueño de Cristo N. S. consideraré las tres condiciones que en él concurrieron. La primera, que fué después de largo trabajo, mostrando que era hombre verdadero y necesitado de este alivio. La segunda, que no se fué á dormir como Jonás al profundo del navío, sino en la popa donde diesen con El y fácilmente pudiesen despertarle. La tercera, que aunque dormía el cuerpo, velaba su corazón, conociendo lo que pasaba, como si estuviera despierto. Con estas tres condiciones he de acompañar mi sueño, procurando que no sea por regalo y ociosidad, sino forzado de necesidad, con moderación y modestia, y si fuere posible, mezclado con santos afectos para que pueda decir lo del Salmo: "Aunque duermo, vela mi corazón.„

Luego ponderaré el misterio de este sueño, cómo Cristo N. S., en la nave de su Iglesia y de cada alma, se hace algunas veces el dormido, como quien se descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que parece está cerca de ser anegada; porque no solamente las olas la combaten por de fuera, sino entran dentro y casi llenan la navecilla del alma con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no por eso hemos de pensar que está Dios ausente, ni que deja de ver todo lo que pasa en el mundo y los peligros de sus escogidos, sino que se hace el dormido para probar nuestra fe y confianza. Nunca desconfíes del triunfo de la Iglesia aunque las olas del mar parezcan anegarla. La nave de Pedro, en la que está Jesús, flotará siempre, y todos sus enemigos se hundirán en el abismo. ¡Oh Salvador dulcísimo, que fuiste combatido en el mar de este mundo con terribles olas de trabajos, entrando en tu alma

las aguas amargas de las tristezas, esfuérzame con el ejemplo que me diste para que no me anegue la tribulación interior y exterior que me combatiere!

Ultimamente consideraré, que Cristo N. S. permite estas borrascas también en nuestra alma, como aquí se apunta, para probar nuestra fe y avivar nuestra confianza, fundarnos en humildad, purificarnos de vicios, y provocarnos al ejercicio de la oración y de varias virtudes; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar, aprende á orar, y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillación, sale el viento de la soberbia, y entrando la congoja, sale la tibieza.

PUNTO II

De cómo hay que acudir á Jesús en la tribulación, y cómo Jesús acude á nuestro llamamiento.

Considera cómo los discípulos fueron á Cristo N. S. y despertáronle, diciendo: "Señor, sálvanos, que perecemos.„ Díjoles: "¿De qué teméis, hombres de poca fe?„ Dos cosas se han de considerar aquí: una de parte de los discípulos, los cuales en este aprieto acudieron al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oración. Unos, usando de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, le dijeron: "Señor, líbranos, porque perecemos.„ Otros, con un modo de queja amorosa, dijeron: "Maestro, ¿no te toca mirar que perecemos?„ Como quien dice: A Ti pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en Ti tenemos puesta nuestra confianza; pues, ¿cómo nos dejas en tanto peligro? A imitación de estos discípulos, he de acudir á Cristo N. S. en mis trabajos con estas dos oraciones, diciéndole: Señor, sálvame, porque perezco. Maestro mío, á Ti pertenece librar mi alma, porque más es tuya que mía. Yo soy tu discípulo y

debajo de tu protección vivo. Tuyo soy, sálvame. Levántate, Señor, ¿por qué duermes? Levántate, y no me deseches hasta el fin: ¿por qué vuelves tu rostro y te olvidas de mi pobreza y de mi tribulación?

De parte de Cristo N. S. se ha de ponderar cuán presto despertó, como quien tenía gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndolos de la poca fe y confianza que tenían en su omnipotencia. Y por esto les dijo: "¿De qué teméis, hombres de poca fe?„ Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas, hay razón de temer; pero mirando que estáis en mi compañía, no hay por qué temáis si tenéis fe de quien soy Yo. ¡Oh Salvador mío dulcísimo!, confieso que mirándote á Ti no tengo por qué dudar ni de tu poder, ni de tu saber, ni de tu querer para mi remedio, porque Tú eres infinitamente poderoso, sabio y bueno; en tus manos me arrojo de todo corazón, y cuanto fuere mayor mi tribulación, tanta será mayor mi confianza para que muestres en mí tu omnipotencia.

PUNTO III

Del imperio de Cristo sobre los elementos.

Considera cómo luego Cristo N. S. mandó á los vientos y al mar que se sosegasen, diciendo: "Calla, enmudece„; y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar.

Lo primero, admiraré la omnipotencia de Cristo N. S., el imperio que tiene sobre sus criaturas, y la obediencia tan puntual que ellas tienen á lo que les manda, gozándome de todo esto por ser gloria de mi Redentor, y confundiéndome de mi poca obediencia y mucha rebeldía. Pero tienen misterio estas dos palabras: "Calla, enmudece„; porque las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no sólo manda callar, sino enmudecer, ue es más, sanando la turbación de raíz y causando

perfecta paz. Y así, cuando me viere turbado con varios pensamientos ó pasiones, he de suplicar á nuestro Señor les mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca más me turben en la materia en que me turbaron, y si me conviniere, así lo hará, de modo que con grande admiración de lo que en mí experimento, diga lo que decía la gente del navío: "¿Quién es éste á quien así obedecen los vientos y el mar?„

Coloquio.—¡Oh Salvador omnipotentísimo! Mi corazón es un mar turbado con mil borascas de tentaciones é inquietudes, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones; mándale que sosiegue. Dile: "Calla, enmudece„; porque tu decir es omnipotente, y luego te obedecerá. ¡Oh piloto sapientísimo, gobierna como quisieres la nave de mi alma con tal que no te ausentes de ella; porque si Tú estás presente, aunque sea combatida, no será hundida, sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de todas las virtudes!

Propósitos.—En todos los peligros acude á nuestro Señor con las palabras de los Apóstoles: "Señor, sálvame, que perezco„.

19 DE OCTUBRE

De las turbaciones y borrascas que se levantan en nuestras almas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La tempestad se levanta en presencia de Jesucristo y por su mandato.

Considera que la tempestad de que nos habla el Evangelio no sobrevino por casualidad, ni como accidente fortuito, sino por un designio de la providencia de Dios, de lo que se deducen dos verdades muy importantes. La primera, que sea cualquiera el es-

tado en que te halles y por muy seguro que estés de que tienes á Jesucristo en el corazón, no debes por eso considerarte libre de peligros, turbaciones y tentaciones, mientras te halles en el mar borrascoso de la vida, donde la tempestad, esto es, los escrúpulos, las congojas, los temores y las agitaciones del ánimo sobrevienen cuando menos piensas, como las olas de un mar enfurecido que amenazan sepultarte en su seno. La segunda es, que debes permanecer tranquilo y sin perder la confianza en Dios mientras dure la borrasca, sin que te desalientes ni turbes porque parezca que Jesucristo te ha abandonado. Mira con los ojos de la fe que El es quien te guarda y que se encuentra á tu lado amparándote con su protección, pues si El no te sostuviera no tendrías fuerza para resistir.

No mires, pues, en tus trabajos interiores al enemigo infernal que te ataca, sino al brazo de Dios que te proteje y que te dice por su Profeta, que cuando andes por entre las olas estará contigo y no permitirá que seas tragado por las aguas. No temas al mal que el demonio quiere hacerte, y considera, sí, el socorro que Dios quiere darte, ni abata tu espíritu la tentación ó prueba del demonio, la persecución de los hombres, sino eleva tu espíritu hacia Dios, pensando en que la protección divina te fortifica por medio de la fe viva y firmísima en su protección.

Considera, después, que la tempestad no se levantó solamente en presencia de Jesucristo, sino por su mandato, obedeciendo al poder de Aquel que manda en los vientos y la bonanza. No obedeció aquella tormenta á causas naturales, sino al mandato de Jesucristo que quiso mostrar que las buenas almas se hallan con frecuencia afligidas no sólo por los espíritus malignos que las tientan, ni por los hombres que las persiguen, ni por su propia miseria, sino también por Dios que las prueba con amor, con sabiduría, con santidad y con justicia.

Las prueba con amor, para hacerlas merecer tesoros de gracias por medio de la prueba y tribulación. Con sabiduría, destruyendo todos los cálculos humanos y haciéndolas caminar por vías desconocidas y conduciéndolas por sendas invisibles á la altura de la perfección. Con santidad, apartando á las almas poco á poco del comercio del mundo, de las satisfacciones de los sentidos, privándolas de los gustos y consuelos sensibles, á fin de desligarlas de todo lo que es humano, y si la debilidad de nuestra frágil naturaleza las hace caer en algunas imperfecciones y faltas durante la tempestad, la justicia divina juntándose á la santidad, no deja pasar nada sin la debida corrección, á fin de que el castigo que les impone en esta vida, dé lugar á la misericordia que les prepara ricas coronas en el cielo.

Deduce de esto que cuando sientas turbaciones y congojas en tu espíritu no debe flaquear tu fe, sino aumentarse en ti el espíritu de oración para acudir á Jesús con la confianza de los Apóstoles, diciendo: "Señor, sálvame„, y El te salvará, pues no desea otra cosa y para eso está en medio de tu corazón.

PUNTO II

Jesús duerme en medio de la tempestad.

Considera que este sueño de nuestro Señor en medio de las tempestades que te envía, no significa otra cosa sino el aplazamiento del socorro que te es necesario, con lo cual te enseña que no has de verte libre de la borrasca cuándo y como tú quieras, sino cuando su divina voluntad lo juzgue conveniente. Este aplazamiento te es útil, porque te enseña á ser humilde y á recurrir á Dios en la aflicción y á ver que nada puedes por ti mismo.

También á veces difiere Dios el socorrernos en los trabajos, tanto interiores como exteriores, para hacer resplandecer la grandeza de su poder por la gran-

deza del peligro ó del mal de que nos quiere librar, ó para probar nuestra fe y fortaleza, así como Cristo N. S. trató á sus discípulos como á generosos atletas á quienes ejercitaba en el combate para la conquista del mundo. Deduce de aquí que la vida de los servidores de Jesucristo es un ejercicio continuo de paciencia, y que el ideal de la santidad es encontrar el descanso en medio de las tempestades, ó mejor dicho, no turbarse en ellas, como en otro tiempo san Esteban que se durmió con el sueño dulce de la muerte bajo la granizada de piedras que sobre él cayeron. ¡Oh. qué tranquilo y apacible sueño! Aquel que pueda hallar su reposo entre el furor de los que le apedrean y maltratan, ¡de qué tranquilidad de vida no gozará en medio de sus tribulaciones!

Ten tú, pues, una conciencia tranquila sostenida por una firme confianza en Dios, y dormirás un sueño apacible, exento de temores y de inquietudes, en medio de las mayores tempestades y nada te turbará y nada te espantará sabiendo que Jesús está contigo.

¡Oh Dios mío! A Vos sólo quiero buscar, y mejor estoy solo con Vos que acompañado de alguna criatura. Pues cuando sólo os tenga á Vos, mi corazón no estará dividido, y os amaré sin restricciones ni reservas. Y entonces, y sólo entonces, mi corazón gozará de paz en medio de las mayores borrascas, porque si Vos estáis conmigo, ¿quién contra mí?

PUNTO III

Medios de que es necesario servirse contra las tempestades que se levantan en el alma.

Considera que es gran medio contra esas tempestades el conocimiento del peligro en que te hallas. Fácil cosa es de ver este peligro en lo que toca á los bienes temporales que perdemos, ó á los males físicos que sufrimos. Pero no sucede así respecto de los bienes espirituales, pues más de una vez te halla-

rás en medio de la tempestad y creerás gozar de absoluta calma. Muchas veces te dormirás, como Jonás, en el fondo del barco, mientras el viento te impulsará contra los escollos y las olas estarán próximas á sumergirte. Otras veces te imaginarás que la tempestad te es favorable, y, lejos de combatir la tentación, la secundarás y aumentarás su fuerza con peligro de perecer, si no acudes prontamente al remedio.

Este remedio no es otro que el de acercarte á Jesucristo por medio de la oración y penitencia, y decirle como los discípulos: "¡Señor, que perecemos!„ despiértale con el recuerdo de su Pasión, é implora su auxilio con el fervor de tus oraciones. Pero has de acercarte á Jesús en primer lugar con un sincero dolor de haberle ofendido, y con un firme propósito de enmendar tu vida, pues, como dice san Gregorio, es señal de gran locura que un hombre no quiera poner término á sus vicios, como es justo, y que quiera injustamente que Dios deje de castigarle por ellos.

Para despertar á Jesucristo con el recuerdo de sus trabajos y sufrimientos has de procurar imitarlos, pues como dice san Agustín, Jesús duerme para nosotros, cuando nosotros le olvidamos. "Si os infieren una injuria, dice este santo Padre, esa injuria es un viento que sopla en contra vuestra: á causa de esto, vuestra cólera se exalta; es una ola que os impulsa; y ese viento que sopla, esa ola que impulsa, ponen á vuestro barco en peligro de perecer y vuestro corazón corre el riesgo de perderse en el abismo. Después de haber recibido la injuria, meditáis la venganza y la tomáis inmediatamente; ya estáis en el naufragio. Pero ¿de dónde procede esa desgracia? De que Jesucristo duerme en vosotros, porque vosotros le habéis olvidado. Despertad, pues, á Jesucristo, acordaos de El y de su Pasión y pensad en El frecuentemente y con atención y se calmará vuestra alma.„

Te es necesario, además, implorar el auxilio de Dios con el fervor de la oración. "Levantaos é invocad á Dios„, dice el piloto á Jonás, viendo á su barco en peligro de perecer. Esa conducta debe ser la tuya, pues la oración es el canal por el que nuestro Señor hace correr desde sus llagas las gracias necesarias para resistir al pecado y soportar todas las penas que nos aflijan. Pero has de orar con plena confianza de ser escuchado, porque la fe y la confianza en Dios son las dos virtudes que dan valor á la oración y le comunican la fuerza necesaria para obtener lo que pide. "¿Por qué tembláis, hombres de poca fe?„, dice el Salvador á sus discípulos. "¿Dónde está vuestra fe?„ Tales son las reconvenciones que Jesucristo hace á sus discípulos, y con muchísima razón. Tienen á Jesús con ellos y temen perecer en su compañía; lo han dejado todo por seguirle y recelan que les falte su asistencia y amparo; son testigos de los milagros que ha hecho, y tiemblan, como si dudasen de su poder. Todo esto revela falta de fe y de confianza.

¡Hombres de poca fe! ¡Ah! Con más razón aún que á sus discípulos puede decirte eso á ti nuestro Salvador. Tú sabes que lo ve todo, que todo lo puede, que á todo está presente, y en lugar de recurrir á El y de apoyarte en su bondad, murmuras, te aflijes excesivamente, parlamentas con la serpiente tentadora, y dudas entre el temor y la confianza. ¿Dónde está aquí tu fe? ¿Dónde tu esperanza? ¿Dónde tu paciencia? ¿Dónde tu resignación y fidelidad? ¡Oh alma mía! ¿Qué puedes responder á estas preguntas? Nada más sino acusarte de tu cobardía, confundiéndote en la presencia de Dios y proponiéndote seguir siempre la luz de la fe aun en medio de las más espesas tinieblas, temiendo que el Hijo de Dios se ofenda al encontrarse con un corazón tan cobarde y tímido que tiembla ante una ola del mar teniendo á su lado al Señor de todo lo criado.

Coloquio.— ¡Oh Salvador mío! Si dormís mientras yo estoy combatido por la tempestad, no permitáis que mi fe y mi esperanza duerman en el peligro en que se halla mi alma. Que no me falte la confianza en Ti; que acuda á Ti, ya que tú eres el sol que serenas todas las tormentas de mi corazón. Contigo, Señor, no las temo, pues sé que ellas sólo me servirán para empujarme con más vigor al puerto de mi salvación.

Propósitos.—Servirte de las tribulaciones, para que crezca en ti el espíritu de fe y de oración.

20 DE OCTUBRE

Sobre la conversión de la samaritana.

Preludios.—**Imagínate el pozo de Jacob, y á nuestro Señor sentado junto á él, diciendo á la samaritana: «tengo sed», y prométele que harás por tu parte cuanto puedas para satisfacer su sed de justicia y de santidad.**

PUNTO I

De cómo Jesús llegó fatigado al pozo, se sentó junto á él á la hora de sexta y llegó allí la samaritana.

Pondera los trabajos de Cristo N. S. en sus peregrinaciones por el bien de las almas, caminando á pie, con soles de mediodía y jornadas largas y penosísimas. En prueba de esta caridad no se sentó junto al pozo tanto para descanso de su cuerpo, cuanto para ganar un alma que tenía para sí escogida, porque nunca perdía ocasión de hacer bien á los hombres. Admira los secretos de Dios en la conversión de los pecadores, porque era la samaritana mujer pecadora y carnal, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvación, allí encontró á Cristo que le hizo extraordinarios favores con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condición de la persona con quien trataba.

Considera cómo primeramente Jesús pidió de be-

ber á la samaritana, y extrañándose ella de que, siendo judío, pidiera de beber á una mujer de Samaria, el Señor le replicó: "Si conocieras el don de Dios y quien te pide de beber, tú quizá se lo pedirías, y El te daría agua viva." En este primer coloquio se representa muy al vivo quién es el hombre para con Dios, y quién es Dios para con el hombre. Porque Cristo N. S., aunque tenía sed corporal, porque llegó allí fatigado del camino y bajo el sol del mediodía; pero tenía mucha mayor sed espiritual de la salvación de aquella alma, como cuando dijo en la cruz: "Sed tengo." Y como el que tiene sed, con mucho gusto bebe el agua fresca y cristalina, así Cristo N. S. con grande gusto busca las almas, incorporándolas consigo con el amor y gracia divina, y con este deseo le dice: "dame de beber." La samaritana negó á Cristo el agua, y aun le reprendió porque hablaba con ella. En esto se representa la cortedad y villanía de los hombres con Dios, negándole lo que les pide, ora se lo pida por secreta inspiración, ora por su santa ley ó por medio de los superiores, ó tal vez por los pobres que les piden limosna y nunca les faltan achaques para no dar á Dios aquello que nos pide. Y todo esto procede de que los hombres no conocen, como la samaritana, quién es Dios que se lo pide, ni tienen de El la estima que fuera razón, por tener la fe muy amortiguada y el corazón y la mente anublados por las pasiones.

Considera cómo en la respuesta de Cristo N. S., se descubre su infinita caridad y liberalidad para con el hombre. En lugar de vengarse de nosotros, de nuevo nos convida á que le pidamos los bienes que nos faltan. Desea que conozcamos quién es Dios y cuán grandes son sus dones para que los deseemos y apreciemos. Y por esto dijo á la samaritana: "¡Oh, si conocieses el don de Dios, que tienes presente, que es su Hijo unigénito, dado al mundo graciosamente para comunicarle el don del Espíritu Santo y los otros do-

nes de su gracia; y si conocieses la ocasión que te ofrece ahora de tu salvación, y quién es Este que te pide de beber, tú quizá se lo pedirías á El, y El es tan liberal que no te lo negaría como tú se lo niegas; antes te daría una agua, no muerta, sino viva, de la cual depende tu misma vida!„ Y en esto muestra su infinita liberalidad, porque muestra mayor deseo de darnos sus dones, que los hombres de pedírselos.

Cinco propiedades maravillosas pone Cristo N. S. del agua viva de su gracia, contraponiéndola al agua corporal. Porque la gracia quita la sed para siempre, mientras que el agua corporal es corruptible y pronto se consume. En segundo lugar, de tal manera harta el alma, que quita la sed de los demás bienes de la tierra. Además, es la gracia agua viva que siempre mana, porque dentro del alma está el Espíritu Santo, fuente de las gracias. Añádase que del alma del justo sale esta agua viva bullendo y saltando con ímpetu hacia el cielo: quiere decir que la gracia nos inclina á las cosas celestiales, porque no consiente ser detenida en las cosas terrenas. Y por último, salta la gracia hasta la vida eterna, en lo cual, no solamente se diferencia de los bienes corporales, sino también de algunos espirituales que se acaban con la vida y con el tiempo, como es la virtud de la fe y de la esperanza.

De estas consideraciones he de sacar una grande estima de este don de Dios, y grandes ansias de procurarle, acudiendo con gran gozo á las fuentes del Salvador, que son los sacramentos, de donde se saca esta agua y el aumento de ella, si los recibimos con las disposiciones debidas.

PUNTO II

Cómo dispuso nuestro Señor á la samaritana para que fuese recibiendo su divina gracia.

Considera la maravillosa destreza con que Cristo N. S. fué disponiendo á la samaritana para que quitase lo que le estorbaba recibir el agua viva de la

gracia, porque viendo su deseo, le dijo: "Llama á tu marido„. Respondió ella que no tenía. Díjole Jesús: "Bien dijiste, porque cinco varones has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo: verdad has dicho„. En lo cual se ha de presuponer que esta mujer es figura de las almas que están apegadas á las criaturas por medio de sus apetitos perversos. De donde resulta que no están por entonces capaces para recibir el agua viva de la gracia y el don del Espíritu Santo. Pero Cristo N. S., para sanar de raíz á esta mujer, abrió la postema del pecado que tenía encubierto, reprendiéndola, no con palabras ásperas, sino con espíritu de blandura, diciendo: "Con haber tenido cinco varones, tienes ahora otro que no es tuyo„. Como quien dice: Razón fuera poner freno al apetito insaciable de tus deleites y apartarte ya de ellos. ¡Mira cuán bien llevó la samaritana esta reprensión! Porque no negó la verdad, ni se indignó contra Cristo; antes le veneró, llamándole Señor y creyendo que era profeta. Y con esta humilde confesión de sus culpas dió principio á su conversión; porque cerca está de ser curado quien lleva bien el ser reprendido.

Luego dió otra segunda señal de su arrepentimiento, queriendo ser enseñada por Cristo N. S. en materia de fe y religión de que estaba dudosa; y así, le dijo: "Nuestros padres adoraron á Dios en este monte, vosotros decís que se ha de adorar en Jerusalén.„ Respondióle Jesús: "Mujer, créeme que vendrá hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre, y ya es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores le adorarán en espíritu y en verdad, porque el Padre busca quien le adore de esta manera; Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad le han de adorar.„ Que fué decirle: ya no es necesaria esta tu pregunta cuanto al lugar de adorar á Dios con los sacrificios y ceremonias con que hasta ahora ha sido adorado, porque todos han de cesar, y Dios ha de ser adorado con el espí-

ritu y verdad que estaba encubierto en esas sombras y figuras exteriores.

Pero ponderando más el espíritu de estas palabras, en ellas nos enseña Cristo N. S. el modo cómo quiere ser adorado de los fieles en la ley evangélica, especialmente con la adoración que cada uno hace á Dios á sus solas. Lo primero, esta adoración se puede hacer en todo lugar, porque aunque hay templos en cualquier lugar y rincón puedes y debes adorar á Dios, porque El está en todo lugar.

Demás de esto, esta adoración se ha de hacer dentro de nuestro espíritu, que es templo espiritual de Dios en el cual nos manda Cristo entrar para orar en lo escondido á nuestro Padre celestial, que está allí y nos ve cómo le adoramos. Lo tercero, esta adoración ha de ser en espíritu y en verdad, porque ha de proceder de la inspiración del Espíritu Santo y de la verdad, que es Cristo, y seguir su dirección conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento alguno; porque como Dios es espíritu y es la misma verdad, busca adoradores semejantes que sean espirituales y verdaderos como El lo es. Y, por consiguiente, no he de contentarme con el culto exterior, sino principalmente he de procurar los actos interiores de las virtudes que le dan vida, como son fe de las grandezas de Dios, esperanza de las divinas promesas, amor de Dios con actos de devoción, alabanza y acción de gracias. De este modo es Dios adorado como desea: "Porque el Padre celestial busca tales personas que así le adoren„. ¡Oh Padre de misericordias, pues en tu mano está hallar lo que buscas y hacer lo que deseas, haz que muchos te adoren con el espíritu y verdad con que quieres ser adorado! Y pues me has hecho tan dichoso que viva en la ley de gracia, concédeme que te adore, no en un lugar solo, sino en todo lugar; no con sólo el cuerpo, sino con el espíritu; no

con apariencias, sino con verdad, siguiéndote á Ti, que eres camino, verdad y vida, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

PUNTO III

Conversión de la samaritana.

Considera la maravillosa conversión y mudanza de la samaritana, la cual, como ruda en las cosas de Dios, no alcanzó la alteza de la doctrina de Cristo; y así, le dijo: "Sé que ha de venir el Mesías; cuando El venga, nos enseñará todas estas cosas„. Respondióle Jesús: "Yo soy, que hablo contigo„. En las cuales palabras se ha de ponderar primeramente la infinita caridad de Cristo N. S., el cual quiso descubrir tan claramente una verdad tan alta á una mujer tan pecadora, habiéndola encubierto á los escribas y fariseos, ó declarádosela no más que por rodeos y parábolas en castigo de su soberbia. Pero no menos resplandece su amorosa omnipotencia en las maravillas que obró en esta mujer, en virtud de esta palabra: "Yo soy, que hablo contigo„.

Con lo cual, lo primero ilustró su entendimiento con verdadera fe para que conociese quién era el que hablaba con ella y le creyese por Mesías; y juntamente le habló al corazón, enterneciéndoselo para aborrecer la vida pasada. Tras esto le dió el agua viva de la gracia que le había pedido. Lo tercero, llenóla de tanto gozo interior, que se olvidó del agua corporal por que había venido, y dejando el cántaro en el pozo, se volvió con presteza á la ciudad á dar noticia de Cristo N. S. á sus ciudadanos, para que viniesen á gozar de lo que ella gozaba. En lo cual se ve el fervor del alma tocada de Dios, que deja todo lo que tiene para estar libre y suelta para las cosas del divino servicio, como lo hicieron los Apóstoles. Lo cuarto, dióle una perfecta humildad, por la cual no se desdeñó de infamarse á sí misma en razón de

honrar á Cristo, publicando que le había descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta. Lo quinto, dióle grande prudencia y el agua viva de la sabiduría en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo: Creedme, he visto un profeta, sin duda es el Mesías; sino conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecía ser creída, les decía: "Venid y vedle„. Y aunque dijo, "ved si por ventura es Cristo„, no fué dudando, sino deseando con modestia que viniesen ellos á verlo y probarlo, confiada en que Cristo los enseñaría como la enseñó á ella. Finalmente, le comunicó tanto fervor y espíritu en su palabra, "que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo N. S., y por su causa creyeron en El„.

Coloquio.—¡Oh riquezas de la divina gracia! ¿Quién otro que Tú, Dios mío, pudiera tan presto trocar el corazón de esta mujer, y obrar en ella y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza cuando veo el fervor de esta gran pecadora. Ilústrame, Señor, enciéndeme y múdame como á esta samaritana, para que te sirva y predique tus grandezas, de modo que sea digno instrumento de tu gloria.

Propósitos.—Saca gran entereza y deseo del agua viva de la gracia y desprecio de los charcos cenagosos de los placeres del mundo.

21 DE OCTUBRE

De tres propiedades de las aguas de la gracia ofrecidas á la samaritana por Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Las aguas de la gracia se sacan con facilidad y se reparten con abundancia.

Considera que sólo Dios, encuentra en su origen y en sí mismo la fuente inagotable de su soberana fe-

licidad. Pero todas las criaturas nacen sedientas y espoleadas por un violento deseo de acudir á la fuente de la vida, para apagar allí su sed y para hallar en ella su satisfacción y dicha. Las hay que quieren vivir de sí mismas, hallar en sí la dicha y beber en su propia fuente; pero las que así proceden se embriagan con las aguas de su amor propio que las envenenan y las matan. Otras hay que obligadas por la sed, salen fuera de sí mismas, como la samaritana, en busca de una fuente que apague su sed, pero su desgracia consiste en que, pudiendo beber fácilmente las aguas de una fuente divina, buscan, á costa de grandes trabajos, las turbias aguas de los pozos y cisternas cenagosas del mundo, según Dios se lo echa en cara por medio del profeta Jeremías.

La diferencia que existe, dice san Agustín á este propósito, entre una fuente y un pozo, consiste en que las fuentes se hallan ordinariamente levantadas sobre la superficie de la tierra y con sólo inclinarse y á veces sin necesidad de hacerlo, pueden los hombres acercar su boca al caño, al paso que los pozos son profundos y se saca de ellos el agua con dificultad. Considera aquí la primera diferencia que existe entre el agua de la gracia que Jesucristo te ofrece y el agua de las satisfacciones y alegrías que buscas entre las criaturas. El pozo es hondo, decía la samaritana y bien puedes decir otro tanto de todos los manantiales del mundo, cuya profundidad es tal que sólo á costa de grandes penalidades puedes sacar agua de ellos.

Pregunta á ese avaro, cuánto tiempo hace que cava la tierra para encontrar el agua que le libre de la sed de su avaricia; pide á ese ambicioso que te diga cuántas turbaciones é inquietudes le cuesta esa gotilla de vanidad, esa mirada ó esa palabra amistosa de un poderoso. Examina la vida de un cortesano, pregúntale algo acerca de este asunto y seguro estoy de que te dirá lo que, según san Agustín, decían

aquellos dos favoritos de un emperador romano: "¿Qué pretendemos? ¿Qué buscamos con estos trabajos y estas abyectas humillaciones? ¿Cuántos peligros no corremos para llegar á un peligro mayor? ¿Cuánto tiempo durará esa engañosa felicidad buscada con tantos peligros y penas?„ Piensa en todo esto y considera que con sólo quererlo puedes ser amigo de Dios, gozar de sus favores y beber de las fuentes purísimas de su gracia. Piensa, también, en que además de ser el pozo del mundo muy hondo y no poderse sacar agua de él sino á fuerza de brazo, su boca es muy estrecha y como junto á ella hay muchos que desean beber, se empujan unos á otros alrededor del pozo, estorbándose los unos á los otros, de lo que nacen las envidias, las contradicciones, los altercados y los procesos.

No sucede así con el agua que Jesucristo ofrece á la samaritana, que no es de un pozo, sino de una hermosísima fuente, cuyos dorados canales son anchos y sacian á los que beben en ellos, todo cuanto permite su capacidad. Sólo esta fuente, no se agota ni se estanca ni disminuye su corriente jamás.

Es, además, una fuente pública y de aprovechamiento común, abierta á toda la casa de David, pues así como no hay punto de la tierra tan apartado del sol que no vea llegar el día, ni pueblo tan seco donde no se encuentre algún hilo de agua, del mismo modo, según dice san Cipriano, no hay alma tan perdida ni pecador tan obstinado que no pueda beber en esta fuente del espíritu de Jesús, que brota por todas partes y corre por muchos canales. Porque no sólo se comunica por los sacramentos de la Iglesia, sino que fertiliza todas las virtudes y acciones que se practican por la caridad en la Iglesia. No hay tampoco que ahondar ni hacer largos viajes para encontrarla, pues ella es la que busca á todos los hombres, y Jesucristo hace invisiblemente todos los días lo que hizo visiblemente con la samaritana, siendo de notar que sus

aguas no solamente nos siguen y nos convidan á beber, sino que si nosotros lo queremos, esta fuente la tendremos dentro de nosotros mismos, pues vendrá á colocarse en medio de nuestro mismo corazón.

¿Podrás extrañar después de esto que esta fuente adorable de amor, al verse despreciada por ti, se mude en manantial de amarguras para tu alma? Ten presente, ¡oh alma obstinada! esta amenaza que Dios fulmina por medio de Jeremías. "A causa de esto, dice Dios, les alimentaré con el ajenjo de mi odio y les haré beber la hiel de mi cólera„.

Medita bien estas amenazas, y huye de que, por tu obstinada negativa en beber las aguas de la gracia, se cumplan en ti.

PUNTO II

Los que beben las aguas de la gracia, no tendrán jamás sed.

Considera cómo apenas dijo Jesús estas palabras á la samaritana, la convirtió y la ganó para sí, y la que momentos antes respondía con una especie de desprecio al Salvador, así que le oyó hablar de un agua que quitaba la sed para siempre, exclamó: "Señor, dame esa agua„. Y, realmente, motivos había para que la pidiese, porque la calidad de esa agua es tan extraordinaria como preciosa. El mundo, engañador como es, confiesa ingenuamente que sus pozos no tienen esa propiedad. El avaro, el lujurioso, el soberbio, beben de las aguas del mundo hasta hincharse, y á pesar de esto cada vez están más sedientos.

Tres son las razones que hay para que así suceda. Primera: que esas aguas no son propias de la alteza y dignidad del alma racional, pues son comunes á las bestias, que es lo que significa el pozo de la samaritana, del que dice que bebían Jacob, sus hijos y todos sus ganados. Es necesario, pues, para aplacar la sed del alma, una bebida que le sea propia y confor-

me á su nobleza. Segunda: las aguas del mundo no aplacan la sed, porque son la sed misma. "Todo lo que hay en el mundo, dice san Juan, no es más que concupiscencia„ ¿Y qué es la concupiscencia sino un deseo ardiente, y, por consecuencia, una sed rabiosa de un corazón irritado? Piensa, á este propósito, que el mundo no te puede dar más que lo que tiene; y como no tiene otra cosa más que sed, y la sed, si fuera cosa que se pudiera beber, más se aumentaría mientras más bebieras, de aquí resulta que cuanto más bebas de las aguas del mundo más atormentado estarás por la sed de los vanos deseos que te consumen. Tercera: para aplacar la sed, es necesario que el que bebe se una realmente y de una manera íntima á la bebida que toma, porque si sólo se une en apariencia como el que se imagina beber en sueños, jamás apagará su sed. Nada de cuanto las criaturas pueden darte, es capaz de unirse inmediatamente á tu corazón, esto es, á tu alma, que es una substancia simplicísima y espiritual. Así el corazón del avaro, por ejemplo, está en su cofre y en su tesoro; pero ni el cofre ni el tesoro están en su corazón, porque sólo Dios es capaz de entrar en el alma y de unirse inmediatamente á ella y de vivir en ella. El que tiene sed no se mete dentro de la fuente, sino que el agua de la fuente es la que penetra dentro de su pecho.

Considera también que las aguas de la gracia no han de ser solamente el objeto de tus deseos. Es necesario que corran dentro de tu corazón y que rieguen todas las potencias de tu alma, y la fortifiquen, la tranquilicen y la consuelen. Pero aquí asaltará á tu ánimo una dificultad, y es que si se tratara de las aguas de la gloria, y no de las de la gracia, desde luego comprenderías que apagasen la sed por toda una eternidad; mas las almas de los santos, mientras han vivido en este mundo, han sido las más sedientas. Y si esto es así, ¿cómo puede decirse que las aguas de la gracia apagan para siempre la sed?

Para responder á esta dificultad bastará que pienses que hay una sed buena y una sed mala; una sed que atormenta con el deseo de los bienes del mundo, y otra sed que, según el juicio de Jesucristo, hace al alma bienaventurada; y esta sed bienhechora que se tiene bebiendo las aguas de la gracia, es la que extingue la mala sed de las concupiscencias carnales. Los que han gustado las dulzuras de las aguas de la gracia, jamás vuelven á tener sed de las aguas saladas y corrompidas del mundo. Mira á un san Francisco todo sumergido en esa divina fuente, que ya no quiere más que sus dulces y riquísimas aguas. Contempla á David, que tampoco quiere otra cosa más que vivir en la casa de Dios. Represéntate á san Pablo, que ha gustado esas aguas celestiales y antes probó las aguas turbias de los bienes del mundo, y él te dirá: "Todo lo tengo por basura con tal de ganar á Cristo„. Y á la vista de la felicidad de los santos en medio de sus trabajos y penas y de la desdicha de los mundanos, á pesar de sus placeres y riquezas, saca la consecuencia que aun en este mundo no hay más dicha que la que acarrea el poseer á Dios por la gracia, fuente inagotable de la paz del corazón.

PUNTO III

Las aguas de la gracia son aguas vivas que saltan hasta la la vida eterna.

Considera que todas las aguas del mundo son aguas muertas y estancadas y componen ese mar muerto de que habla Ezequiel; y no sólo son aguas sucias y muertas sino que ordinariamente contienen un veneno mortal, porque todo lo que el siglo nos ofrece respira la muerte y al morir nos mata con la muerte de la culpa.

Admirable es san Antonio de Padua, cuando dice que todas las criaturas en las que el pecador busca

su felicidad y satisfacción y de quien se hace idólatra, dicen contra él las palabras que los judíos profirieron contra Jesucristo: "Tenemos una ley y según esa ley debe morir.„ Hermosura mortal, dice el mismo santo, he aquí un hombre que tiene por ti un amor inmenso, que no piensa más que en ti, ni mira á nadie más que á ti, y que todo, aun su misma alma, la da por ti. ¿Y qué das á ese hombre tan apasionado por tu hermosura? "Tengo una ley, responde esa belleza mortal, y según esa ley, todo aquel que deja la hermosura inmortal, para adherirse á la mortal, debe morir.„ Lo mismo te dicen las riquezas, los honores y todos los goces mundanos.

Las aguas de Jesucristo, son por el contrario, vivas y vivificantes. Vivas, porque contienen el espíritu de vida y vivificantes, porque tienen la virtud de dar la vida al pecador muerto. Esto es lo que significaban las aguas que Ezequiel vió salir del templo y que corriendo por el mar muerto, no sólo endulzaba sus aguas, sino que daba la vida á todo lo que estaba muerto.

Así son las aguas de la gracia que como vienen de un manantial tan vivo y tan alto como el cielo, saltan y corren hasta la vida eterna y todo lo que es regado por ellas merece por recompensa los bienes infinitos de la gloria. ¡Ah! Si conocieras el valor de las aguas de la gracia, seguramente que no estarías sediento. Pide á Dios este conocimento y básalo en la meditación y en las buenas obras. Dios te lo concederá y desde ese momento suspirarás por esa agua, despreciarás la de los pozos corrompidos del mundo y no te apartarás de esa fuente que te conducirá felizmente á los manantiales de la vida eterna.

Coloquio.—¡Oh Señor de cielos y tierra! Dame esta agua viva para que nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de

agua viva! Pon dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna. ¡Oh Maestro del cielo, que por medio de tu Iglesia, figurada por la fervorosa samaritana, nos das noticias de esas divinas aguas! Dánosla también Tú por Ti mismo dentro de nuestros corazones. Está con nosotros, enseñándonos bien los preceptos de tu amor, para que, guardándolos con entereza, lleguemos á ver con claridad que Tú eres nuestro Dios y Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—No buscar nunca tu felicidad en las criaturas, sino sólo en Aquel que es el único manantial de todas las dichas puras del corazón.

22 DE OCTUBRE

De la mujer adúltera á la que Cristo N. S. perdonó los pecados y libró de los acusadores.

Preludios.—Imagínate á nuestro Señor confundiendo con su prudencia y sabiduría á los acusadores de la adúltera, y á ésta con su inefable misericordia, y pídele que te perdone como perdonó á esta pecadora.

PUNTO I

Presentan á nuestro Señor una mujer adúltera y le preguntan si debían apedrearla.

Pondera la mansedumbre de nuestro Señor en conversar con los pecadores, y su misericordia en perdonarlos; pues sus mismos enemigos quisieron hacer de ella lazo para tentarle, haciéndole juez de esta adúltera, pareciéndoles que con su misericordia la perdonaría, atropellando, según ellos, la ley de Moisés, y así, tendrían ocasión de acusarle de contrario á Moisés y á su ley; ó si la condenaba, publicarían que no era tan misericordioso como se decía. De donde sacaré gozo de tener tan manso y misericordioso Salvador y maestro.

Considera cómo nuestro Señor, sin contestar á la

pregunta que le hacían, inclinándose, escribía en la tierra. Lo hizo, primeramente, para significar que no hacía caso de aquella pregunta, porque no le tocaba entonces ser juez de tales causas en juicio exterior, ni se quería meter en ellas; y, además, también para traerles á la memoria cómo El era el mismo Dios, que con su dedo escribió la ley de Moisés en las tablas de piedra; y así, que sabía y conocía bien á todos aquellos fariseos que la quebrantaban con pertinacia, "y los había de escribir en la tierra y no en el cielo, porque se apartaron de Dios y dejaron la vena de las aguas vivas„. Y, por consiguiente, que á ellos también los escribiría en la tierra, pues acusando á la mujer por quebrantadora de la ley, ellos la quebrantaban en el modo de acusarla y en la intención perversa que traían de acusarla. ¡Oh Juez justísimo que escudriñas los corazones de los hombres!, escribe en el mío con tu dedo tu santa ley de modo que la cumpla enteramente, porque no venga á ser escrito como los condenados en la tierra, sino como los escogidos en el cielo.

PUNTO II

"*El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.*„

Considera lo primero, la prudencia divina y entereza de Cristo N. S. en esta respuesta; porque sin ir contra la ley, ni condenar á la mujer, confundió á sus acusadores, y esto con gran rectitud; lo cual significa haberse levantado y puesto derecho cuando pronunció esta sentencia. Pondera luego cómo Cristo N. S. con esta sentencia revolvió las memorias de aquellos falsos y corrompidos acusadores, para que se acordasen de sus pecados que tenían olvidados, para que viéndolos, cesasen de acusar á la pobre mujer, y también para que todos aprendan á compadecerse de los pecadores, pues también son pecadores como ellos.

Y yo puedo caer en el mismo pecado en que cayó mi prójimo, y no es justo que yo tire contra él piedras de murmuraciones, calumnias ó afrentas, como no querría que otro las tirase contra mí. Luego, Cristo N. S. se inclinó segunda vez para escribir en la tierra, para darles lugar de que hiciesen lo que habían de hacer, dejándoles en las manos de su conciencia, para que ella aplicase la sentencia. Pero los desventurados, aunque conocieron sus culpas, no quisieron confesarlas delante de Cristo, pidiéndole perdón de ellas, sino corridos se fueron de su presencia, para que se vea cuán terrible es el tormento de la propia conciencia y cuánto temor tiene de estar delante del supremo Juez; mira en esto la diferencia entre varios pecadores, porque unos, muy obstinados en su pecado, aunque le conocen y se confunden, no le confiesan, sino huyen de Dios y quiérense esconder de El, como lo hizo Adán; pero otros, tocados de la divina inspiración, van á Dios á pedirle perdón, como el publicano. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez justo, aunque conozco mis culpas, no quiero huir de tu presencia, como huyeron estos hijos del Adán terreno, imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á tu presencia como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedas entero perdón de ellas.

Y considera, por último, cómo estos desventurados fariseos, aunque habían venido unidos contra Cristo, no se fueron juntos, sino uno á uno; porque cada uno se confundió tanto de sus pecados, que sin hacer caso del otro, le dejó y se fué, y comenzaron los más ancianos; porque como eran mayores pecadores, así cayó en ellos más presto la maldad y la confusión para irse de allí. De donde sacaré cuán grande será la confusión que tendré en la hora de la muerte y del juicio, y cuán poca parte serán para ayudarme y consolarme los que tuve por compañeros de mi maldad. Y con esta consideración atenderé al ne-

gocio de mi salvación, apartándome de cualquiera mala compañía por juntarme con Cristo N. S., de quien depende mi remedio temporal y eterno.

PUNTO III

De cómo Jesús perdonó á la adúltera.

Considera cómo Cristo N. S. se levantó dos veces de donde estaba inclinado para escribir en la tierra: una para mirar á los fariseos y confundirlos como Juez terrible; otra para mirar á esta mujer y darla por libre con su misericordia. Medita cómo los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; y en ambas cosas es Dios recto, justo y santo, pero después que miró á los fariseos, se tornó á inclinar para no verlos, como indignos de su vista; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. ¡Oh dulcísimo Jesús!, mírame con estos ojos de misericordia, y nunca los apartes de mí, pues de tu vista misericordiosa pende que yo nunca me aparte de Ti.

Estando, pues, la adúltera libre de sus acusadores y viéndose sola delante de Cristo N. S., se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero El la consoló diciéndola: "¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?„ Como quien dice: De mí has recibido este bien; que tus acusadores se vayan y te dejen libre. Y pues ellos no te condenaron, no seré Yo más cruel que ellos; y así, ni Yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto, vete de paz; con las cuales palabras la libró no solamente de la muerte temporal, sino de la eterna, perdonándole todos sus pecados; porque las obras de Cristo N. S. fueron perfectas, y en decir que no quería condenarla entendió, que ni la condenaba con la con-

denación temporal, ni con la eterna, sino que la absolvía de la causa por la cual merecía una y otra condenación.

Ultimamente, pondera aquella postrera palabra que Cristo N. S. dijo á esta mujer: "No quieras más pècar.„ Como quien dice: Pues te he librado de este peligro, entiende que no es para que vivas en la libertad de la carne que hasta aquí has tenido, sino para que vivas con templanza, limpieza y castidad, no volviendo más á pecar como solías. Y es de creer que así como sus acusadores nunca más se atrevieron á proceder contra ella, porque Cristo N. S. así lo quiso, también ella nunca más volvió á sus antiguos pecados, sino que perseveró en servicio de Dios N. S., no ya por temor de castigo, sino por amor del mansísimo Jesús, que tanto bien le hizo.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores!, ¿con qué te pagaré, Señor, el amor y cuidado que conmigo tienes? ¿Quién se atreverá á acusarme ó condenarme si tú me justificas y das por libre? ¿Cómo no me fiaré de tu misericordia pues en tu presencia se deshace toda mi miseria? Tú me libras de las calumnias de los hombres y de las acusaciones de mis enemigos, perdonándome liberalmente la culpa para que no tenga lugar la condenación á la pena; y pues es tan copiosa tu misericordia, nunca cesaré de alabarte ni me cansaré de servirte por ella. ¡Oh Maestro del cielo, esclarece los ojos de mi alma para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos, y aviva mi espíritu para que atienda á las amarguras y amenazas que escribes contra mí en esta vida, de modo que me enmiende y alcance la vida eterna!

Propósitos.—Huye de acusar á tus prójimos, ni de juzgarlos temerariamente. Harto tienes en qué ocuparte, pensando en tus propias faltas y miserias

---

23 DE OCTUBRE

Sobre las palabras de Jesús á la adúltera: «No quieras pecar más.»

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De las reincidencias en el pecado.

Considera que al decir Cristo N. S. á la mujer adúltera aquellas misteriosas palabras: "No quieras más pecar„, le indicó, para nuestra enseñanza, los terribles peligros de la reincidencia en el pecado. El, que tan fácilmente había absuelto á la adúltera, parece amenazarla con la mayor dificultad del perdón si continuaba en su vida de recaídas en el mal y en el escándalo. Medita sobre estas palabras, para que tiembles de los peligros á que te expones cuando, después de perdonado por Dios en el tribunal de la penitencia, vuelves fácilmente, y sin enmienda ninguna, á reincidir en lo mismo que has confesado.

Y, ante todo, mira si no hay motivo para pensar que tu arrepentimiento no ha sido tan sincero como era preciso para la validez del sacramento. Para esto hacía falta un arrepentimiento verdadero, esto es, debías haber prometido á Dios sinceramente no volver á caer en el pecado. Esta promesa que debió ser firmísima ha tenido que ser hija de una voluntad también sincera y firme, porque no es creible que un hombre haya tenido un propósito concreto y absoluto de renunciar al pecado, y que inmediatamente después, cobardemente y sin resistencia alguna, vuelva á caer en él; pues como dicen san Bernardo y Tertuliano á este propósito, una voluntad bien resuelta es más eficaz que todo eso, como lo mostramos mil veces en las cosas materiales. El que cayó enfermo por su culpa, ¿qué no hace una vez curado para no volver á caer en la misma enfermedad?

Ciertamente que tu voluntad puede mudarse; pero aunque esta mudanza es posible, hay que tener presente que, cuando las recaídas son inmediatas y frecuentes y en cosas graves, no hay motivo racional para suponer que sean consecuencia de una mudanza de la voluntad, por más frágil que sea, sino más bien falta de verdadero arrepentimiento, y esto puedes comprobarlo en ti mismo sin más que considerar que en los demás actos de tu vida no has dado muestra de una veleidad tan sorprendente.

Tampoco puedes decir, para disculpar tus recaídas, que eres débil y que, á pesar de la sinceridad de tus resoluciones, la violencia de tu pasion te arrastra á recaer en el pecado; porque aunque es cierto que las pasiones son poderosos enemigos, si la promesa que has hecho á Dios de perseverar en su gracia hubiera sido sincera y firme, poniendo los medios prácticos para no recaer, tu resolución ha debido ser más fuerte que esos supuestos enemigos, pues la firmeza del propósito incluía el querer y poder vencerlos. ¿Cómo podrás hacer creer á nadie que tu arrepentimiento ha sido verdadero cuando sus efectos no duran casi nada, y apenas te levantas del confesonario vuelves á la ocasión y al peligro, ó á caer en el pecado? Juzga por ti mismo. Cuando sales de una enfermedad y temes recaer en ella, ¿qué no haces para evitarla? Pues ten en cuenta que el propósito que has hecho de no recaer en el pecado ha debido ser más eficaz que el deseo natural de conservar tu vida. ¿Te atreverás á decir que ha sido así? Si esas mismas pasiones, á las que con tanta frecuencia sucumbes, atacaran tu fortuna, tu salud, tu honra ó cualquiera otro de tus intereses materiales ¿no las resistirías hasta vencerlas?

Quizá digas, por último, que has gemido y dado muestras de dolerte de tus culpas hasta derramar lágrimas, y que esto prueba la sinceridad de tu arrepentimiento. Te engañas miserablemente. Todo lo

más esos son deseos de penitencia; pero no es la penitencia verdadera. Los judíos creían en Jesucristo, y le seguían viendo los milagros que hacía. Pero el Salvador, según hace notar san Juan, no se fiaba de ellos, porque penetraba en el fondo de sus corazones. Esto, tal vez turbe tu conciencia; pero bueno es que se turbe, para que salga del sopor en que quizá se halla.

Saca, pues, de aquí, que mientras no huyas la ocasión y no pongas los medios todos que la conciencia y el confesor te aconsejan para no volver á caer, corres mucho riesgo de que tus confesiones sólo te sirvan para hacer mayor tu responsabilidad en el acatamiento del Señor.

PUNTO II

La recaída en el pecado es un obstáculo para el arrepentimiento verdadero en lo futuro.

Considera atentamente que hay cuatro cosas que hacen el verdadero arrepentimiento muy difícil después de la recaída frecuente y habitual en el pecado. 1.ª La recaída en el pecado aleja á Dios de nosotros; velo si no en Sansón, el cual, después de haberle cortado Dalila los cabellos, se creía tan fuerte como antes; y es que no sabía, según dice la Sagrada Escritura, que el Señor se había retirado de él. 2.ª La recaída en el pecado fortifica la inclinación que tenemos al mal y hace que por la fuerza del mal hábito, el vicio se trueque en una segunda naturaleza y corrompa y pervierta la voluntad con la costumbre del pecado. 3.ª La recaída en el mismo pecado debilita la virtud de la gracia, hasta el punto de que las más terribles verdades apenas hacen mella en el corazón del pecador. Mil veces las oye el pobre reincidente y otras tantas se aferra á sus primeras abominaciones, y el alma que en principio miraba el pecado como un monstruo, á fuerza de recaídas se familiariza con él,

hasta cometerlo sin escrúpulo, convirtiéndose en su esclavo, desesperanzado ya de poderlo vencer. 4.ª La recaída en el pecado es en sí misma y por su naturaleza, esencialmente opuesta á la gracia de la conversión, porque añade á la malicia del pecado, la ingratitud para con Dios y el desprecio de sus dones. Ingratitud que consiste, no sólo en olvidarnos de las misericordias de Dios en lo pasado, sino en aprovecharnos de ellas para pecar con más atrevimiento en lo sucesivo. Si estuvieras seguro de que el perdón de tus culpas te ha sido concedido por última vez y que en adelante las puertas de la misericordia divina han de estar cerradas para ti, ¿no harías todos los esfuerzos imaginables para evitar una recaída que indefectiblemente te habría de acarrear la condenación eterna? Cesa, pues, de hacer del remedio mismo de la penitencia un motivo para reincidir en la culpa, y considera despacio que ser malo precisamente porque Dios es bueno y emplear el medio único que te ha dejado para volver á El y entrar de nuevo en el camino de la salvación, como cebo y razón para entregarte á los extravíos de la pasión y á la corrupción de tus costumbres, es un pecado horrendo y el mayor obstáculo, por tanto, para volver á la gracia de Dios.

Encierra, además, ese pecado, aparte de su malicia, un desprecio manifiesto de la soberanía y majestad divina; porque, ¿qué es lo que hace el pecador al convertirse la primera vez? Según la expresión de Tertuliano, destruir en su corazón el imperio del demonio para hacer reinar en él á Dios. ¿Y qué hace al recaer en el pecado? Desterrar á Dios de su corazón y restablecer en él el imperio de Satanás. El hombre, en estas alternativas de penitencia y de recaída, parece como que quiere comparar á Dios con Satanás y como la penitencia es un acto satisfactorio, la recaída viene á ser una especie de arrepentimiento de la penitencia y satisfacer al demonio á costa de Dios.

Mira, pues, el terrible peligro en que te ponen tus constantes recaídas, tiembla por ti y pues aun te da Dios tiempo, procura con la gracia divina tomar todos los medios para permanecer fiel á tu Dios y Señor.

PUNTO III

La conversión de los que recaen con facilidad en el pecado, es sumamente difícil.

Considera con gran temor las palabras de san Pablo, acerca de los pecadores reincidentes de los que dice que "es imposible que aquellos que han sido iluminados una vez con las luces de la salvación y han vuelto á caer en las tinieblas de la culpa, puedan levantarse por medio del arrepentimiento y la penitencia." Y aunque esta imposibilidad de que habla el Apóstol, debe tomarse, en opinión de los doctos, en el sentido de suma dificultad, mira si te importa no recaer en un pecado cuya reparación es tan difícil, que el Apóstol la llama imposible. Redobla en este punto tu vigilancia, y escarmienta en cabeza de tantos pecadores, cuyas almas se perdieron y se pierden todos los días por sus constantes recaídas. Considera que alguna vez ha de ser la última en que tus culpas te sean perdonadas, y que si desde entonces hasta la hora de tu muerte, que no sabes cómo ni cuándo te sorprenderá, recayeres en el pecado, tu pérdida será segura é irremediable.

Examina cuidadosamente tu conciencia para conocer las flaquezas de tu alma, las inclinaciones y pasiones que la dominan, y, lejos de contar con tus propias fuerzas, desconfía de ellas, porque en esa saludable desconfianza de ti mismo, está tu mayor seguridad. Ten siempre presente que la mejor manera de evitar los peligros que te cercan, es, con la gracia divina, la fuga, y por esto debes tener especial cuidado en huir de las malas compañías, de las malas lectu-

ras, de los peligrosos espectáculos y de toda ocasión de pecar.

Y si por desgracia te encontrases tristísimamente sumergido en el pecado á causa de tus muchas recaídas, no por eso desesperes, porque si la conversión del pecador reincidente es sumamente difícil, para la omnipotencia de Dios y para su infinita misericordia no hay nada imposible. Redobla, pues, tus esfuerzos para salir del miserable estado en que te hallas y anímete la consideración de que si por ti solo no puedes hacerlo, la gracia de Dios todo lo puede. Recurre para obtenerla á la oración, solicítala por intercesión de la santísima Virgen, que es la Madre de los pecadores y busca un guía fiel, un director espiritual, docto y desinteresado; exponle tu situación sin temor de que conozca toda la extensión de tus culpas, antes por el contrario, temiendo que no la conozca bastante: y siguiendo con docilidad sus consejos, te mantendrás en el camino del arrepentimiento y la penitencia si ya has entrado en él, ó entrarás con paso firme si no has penetrado en él todavía. De no hacerlo así, corres el riesgo de endurecerte en el pecado hasta llegar al miserable extremo de dejar del todo á Dios, hasta cansarte de su servicio y sacudir por último el yugo de su ley, llegando á hacer realmente imposible el levantarte de la culpa por medio de la penitencia, porque tras las recaídas en que se incurre por sorpresa y debilidad, vienen luego esas otras recaídas premeditadas, que después de conversiones edificantes y públicas, deshonran y hacen llorar á la Iglesia y escandalizan á las almas piadosas.

Coloquio. – ¡Oh Señor y Dios mío, y con qué terrible claridad veo el triste estado de mi alma! Si no fuera porque confío en vuestra infinita misericordia, se apoderaría de mí la desconfianza y la desesperación. Mi vida entera es un tejido de culpas, de caídas y de recaídas tantas y tan graves, que al ver mi

poca enmienda después de tanta frecuencia de sacramentos, dudo si los he recibido ó si los he profanado. ¿Dónde ha estado mi dolor? ¿Dónde mis propósitos? ¿Dónde la huída de las ocasiones? ¿Dónde el recurso á Vos en mis peligros para no caer? Señor, perdonadme, que en adelante no será así. Este mismo deseo prueba que aún no me habéis abandonado al endurecimiento de mi corazón. Pero si para convertirme hace falta un milagro de vuestra gracia, lo espero, Señor, de Vos. Yo bien sé que no lo merezco; pero también sé que vuestro Hijo santísimo lo mereció por mí.

Propósitos.—Resuélvete á evitar toda culpa, sobre todo la grave; pero está cierto que no la evitarás si no huyes antes de las ocasiones, en que tan ciega y desatentadamente te precipitas.

24 DE OCTUBRE

Sobre la conversión de Zaqueo, príncipe de los publicanos.

Preludios.—Imagínate á Jesús recibido en Jericó por una muchedumbre inmensa, y después en casa de Zaqueo, perdonándole sus pecados, y pídele que te conceda su gracia para que seas tú siempre de los que oigan su voz y salgan á recibirle, y que venga á morar en tu alma como se hospedó en casa del príncipe de los publicanos.

PUNTO I

De cómo Zaqueo recibió á nuestro Señor.

Considera cómo Zaqueo, hombre rico y poderoso, pero gran pecador y el principal de los codiciosos arrendadores del tributo que en el pueblo hebreo eran tenidos por grandes pecadores, tuvo el deseo, inspirado por Dios, de ver á Jesús, imaginando que esta sola vista le dejaría medrado, y este fué el principio de su conversión; porque el principio de nuestro remedio está en ver con viva fe á Cristo. Pero Zaqueo no se contentó con el deseo, sino que puso en cumplirle extraordinaria diligencia, atropellando

la honra mundana y el qué dirán, y siendo hombre rico y principal corrió como un niño y se subió á un sicomoro, donde es de creer que los pasajeros se reirían de él, y más viéndole tan pequeño, y por este ejemplo entenderé que cuando Dios me inspirare buenos deseos he de atropellar, por cumplirlos, la honra del mundo, y hollar sus regalos y sus riquezas y honras, abrazando lo que el mundo tiene por locura, que es la cruz de Cristo.

Considérese la infinita caridad y misericordia de Jesús S. N. colmando los deseos del publicano, no sólo dejándose ver de él, sino ofreciéndosele por convidado. Le llamó por su nombre, Zaqueo, para que entendiese que, aunque nunca le había visto, le conocía bien; le dijo que se diese prisa á bajar del árbol, para significar que no quiere perder un punto de tiempo, ni la ocasión que se le ofrece de justificarle, antes que se enfríe su buen deseo; y añade, por último: "hoy quiero entrar en tu casa„, no mañana ú otro día, sino hoy; porque no gusta que se dilaten los buenos propósitos para el día siguiente, pues el de hoy es seguro y el de mañana incierto.

Considérese, finalmente, la obediencia de Zaqueo, puntual, justa y gustosa en cumplir lo que le dijo Cristo N. S., y aunque teníase por indigno de convidarle, oyendo las palabras tan amorosas que le dijo, lleno de gozo y perdido el temor, le obedeció y hospedó. Y véase con cuánta ignorancia y malicia murmuraron algunos de este hecho de Cristo N. S., juzgándole temerariamente por indiscreto en hospedarse en casa de un pecador, porque no sabían el fin que le movía, y tenían por indigno de la persona de Cristo lo que era propio de su oficio, pues no es indigna cosa del médico que vaya á casa del enfermo á curarle. ¡Oh médico soberano, que vinisteis del cielo á llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores! Venid á visitar mi alma, que está enferma, para que la sanéis con vuestra gracia.

PUNTO II

Confesión de Zaqueo.

Considera la confesión perfectísima de este pecador, y sus propósitos tan eficaces, que daba ya por hecho lo que se proponía hacer. No dice: "Daré y pagaré„, sino "Doy y pago„; y luego lo ejecutó. Con esta eficacia he de procurar la enmienda de mi vida con la divina gracia, de modo que empiece á renovarla desde luego; porque si de verdad digo que ahora quiero comenzar, inmediatamente se seguirá la mudanza del corazón, accediendo la mano de la divina omnipotencia á favorecerme con su gracia.

Y aún hay que ponderar más la eficacia de este propósito de Zaqueo, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria, sino voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico y haber estado muy pegado á sus riquezas, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere darla á los pobres, haciendo limosna por sus pecados, y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo, no sólo lo que tomó, sino cuadruplicado por más asegurarse, y, por consiguiente, le quedaba tan poco, que era como deshacerse de todo su caudal para seguir á Cristo con perfección.

Considérese, finalmente, que Zaqueo dió á Cristo N. S. esta cuenta, no por vanidad, sino con humildad, para que le enderezase en lo que debía hacer y aprobase aquel propósito, si era bueno, enseñándonos con este ejemplo á dar cuenta á nuestros confesores de semejantes resoluciones para proceder con más acierto y seguridad en lo bueno; y en especial he de presentarlos al mismo Dios, diciéndole: Señor mío, estos propósitos tengo por vuestra gracia; si os agrada que los cumpla, ayudadme á ello, pues quien comenzó la obra, la ha de acabar y poner en perfección.

PUNTO III

Aplicación de esta historia á la sagrada Comunión.

Considérese que la historia de Zaqueo se puede aplicar á la comunión en esta forma: Zaqueo deseó mucho hospedar á Cristo en su casa, pero no se atrevió á pedírselo teniéndose por indigno de tanto bien, y este deseo provocó al Redentor para que se le diese por convidado; porque más gusta de ser convidado con deseos que con palabras, y así he de tener yo grandes deseos de recibir á Cristo N. S. en este sacramento, y procurar, como Zaqueo, verle primero con los ojos de la fe, ponderando los incalculables bienes que hacía en este mundo, dondequiera que entraba. Y luego me subiré sobre el árbol de la cruz, abrazando algunas mortificaciones que provoquen á este Señor para que guste de entrar en mi alma.

Después he de imaginarme que me dice aquellas amorosas palabras: "Date prisa y baja, porque me conviene estar hoy en tu casa„, ponderando cómo, antes de entrar, quiere que yo con gran prisa y fervor entre en ella y la prepare, barra y limpie con la confesión, y la aderece y adorne con virtudes, como conviene para recibir tan alto huésped, admirándome de que un Señor tan grande diga que le importa hoy estar en mi casa siendo yo tan vil y miserable. De donde sacaré, que aunque en este sacramento viene á convidarme, comunicándome los dones de su gracia, también viene para que yo le convide, como Zaqueo: y el convite de que El gusta es hacerle grata su presencia con encendidos afectos de amor, agradecimiento, alabanza y gozo, con esperanza grande de quedar sano y salvo con su entrada.

Ultimamente he de hacer grandes ofrecimientos á este Señor, con propósitos muy eficaces de servirle en obras de misericordia y de justicia, no sólo en las de precepto, sino en las de consejo, y ofreciéndole

cuanto tengo, y á mí mismo, pues El se me da á sí mismo, y, presentándole estos propósitos, le pediré que los apruebe.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío, daos prisa á justificarme y á justificar á todos los pecadores que habéis tocado con vuestra inspiración! ¡Oh Hijo del Padre Eterno, con el cual venís al alma que os ama y hacéis morada en ella; venid, Señor, á la mía y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejéis ni ella dé en tal locura que os eche de sí! ¡Oh dulce Jesús; pues entráis por este divino sacramento á estar en mi pobre morada, decidle con vuestra omnipotente palabra: "Hoy se ha hecho salud en esta casa", santificando todas sus potencias, para que gustéis de morar en ellas por todos los siglos!

Propósitos.—Preparar siempre que hayas de comulgar tu corazón y tu alma con el esmero con que prepararía Zaqueo su casa para recibir al Señor.

25 DE OCTUBRE

Sobre las palabras de Cristo N. S. á Zaqueo: «Baja pronto, porque me conviene morar hoy en tu casa.»

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Sobre la pronta correspondencia á la gracia de Dios.

Considera cómo Cristo N. S. invita á Zaqueo á que baje *pronto* del árbol, porque quería aquel *mismo día* ir á su casa para llevarle la salvación y la vida. Fíjate en todas las circunstancias, porque todas ellas te indican cuánto te conviene oir la voz de Dios, no hacerte sordo á las inspiraciones, bajar pronto de la altura de tu soberbia, porque hoy quiere Cristo generosamente ir á tu alma, y no sabes si querrá ir mañana, esto es, no sabes si volverá á llamar á tu corazón con el golpe dulcísimo de su gracia abundantísi-

ma. Deduce de esto, cuál ha de ser tu fidelidad en corresponder á ese llamamiento, y ve las razones que te obligan á ser fiel á las inspiraciones de la gracia.

Y, en primer lugar, considera que la gracia es la voz de Dios que nos llama, es una visita que Dios nos hace, es una amonestación y recuerdo suyo. Pues si no queremos escuchar á Dios cuando nos habla, ¿qué desaire le haremos? Si no quisiésemos recibirle cuando nos visita, si le arrojásemos cuando nos busca, ¿cuál sería nuestra insolencia é ingratitud? Pues esto es lo que hacemos todas las veces que no somos fieles á la gracia. ¡Y cómo vengará Dios este desprecio! Si nosotros no le queremos escuchar, El callará; pero su silencio es más digno de temer que todas sus amenazas. Si nosotros no le recibimos, El se retirará de nosotros; mas este apartarse Dios de nosotros, es el mayor castigo y la peor de todas las penas. No ceséis, Señor, de hablar, porque aquí tenéis á vuestro siervo que desea escucharos; no os canséis de buscarme, pues conozco que ya vuestra gracia se va haciendo dueña de mi corazón.

Considera, en segundo lugar, cuánto merece la gracia que le seamos fieles, porque es el precio de la sangre de Dios y el fruto de su muerte. Pues si es el precio de la sangre de Dios, ¡qué gran valor tendrá! ¡Qué estimación deberemos hacer de ella! Si es el fruto de su Pasión y muerte, ¡qué virtud divina no encerrará! ¡Qué cuidado debemos tener para no dejarla perder y que no sea inútil para nosotros! Ser infiel y resistir á la gracia de Dios, según el Apóstol, es pisar la sangre de Jesucristo. ¡Qué horrible profanación! Esterilizar por culpa tuya la divina virtud de la sangre de Cristo y de su cruz, ¡qué ingratitud tan espantosa! Esta sangre pisada por mí clamará más alto que la de Abel, no para pedir misericordia para nosotros, como lo hubiera hecho si la hubiésemos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan; Y si yo soy de este número, ¿cómo no tiemblo?

Porque si el principio de nuestra salvación y el fundamento de nuestra esperanza se vuelve para nosotros y por culpa nuestra, ocasión de nuestra condenación é instrumento de nuestra ruina, ¿adónde podremos acudir?

Considera, por último, que la gracia es el principio de todos nuestros méritos, el origen de nuestras virtudes y la semilla de nuestra eterna bienaventuranza. Si soy fiel á la gracia, no hay méritos que no pueda juntar; no hay virtud que no pueda adquirir, ni certeza de la eterna bienaventuranza en que no pueda confiar. Pero al contrario, menospreciar la gracia, es menospreciar ó abandonar al mismo Dios, que es el valor y precio y premio de la gracia. Ser infiel á la gracia es privarse del único medio de juntar tesoros inmensos de merecimientos eternos, y resistir á la gracia es renunciar la esperanza de la bienaventuranza del cielo. ¡Ay de mí! Si abandono la senda de la virtud, si pierdo el cuidado de juntar méritos para la gloria en las frecuentes ocasiones que se me ofrecen, si abandono la esperanza de la bienaventuranza eterna, de quien la gracia es prenda segura, ¿qué puedo ser, sino un mal cristiano ahora, y después un infeliz y un condenado?

Pide al Señor luz para conocer cuánto te conviene no hacerte sordo jamás á los llamamientos de Dios, sino como Zaqueo oir inmediatamente la voz divina y no negar al Señor nada de lo que te pida.

PUNTO II

De la medida de las gracias de Dios.

Considera que es doctrina del Apóstol que hay una cierta medida de las gracias divinas y sobre todo de las más eficaces y poderosas, y que en llegando á la medida señalada por Dios, es por demás esperar otras. Dios, dice el Apóstol, nos dió su gracia, "según la medida determinada por Cristo." Y es natu-

ral, porque Dios, infinitamente sabio, hace todas las cosas con número, peso y medida; y si no se cae una hoja del árbol sino por orden de su providencia, ¿cómo podemos creer que abandonará sus gracias, preciosas sobre todo cuanto existe, al azar ó al acaso? Además si conforme á la doctrina de la Sagrada Escritura hay una medida para los pecados, por igual razón la debe haber para las gracias, con que aquellos se perdonan. Aunque estaba Dios muy irritado contra los habitadores de Sodoma, dice que no les puede castigar todavía, porque aun no habían llenado la medida de su iniquidad. Así también promete perdonar tres géneros de pecados á la ciudad de Damasco; mas le amenaza que si pecare la cuarta vez, colmará su medida y pondrá término y fin á su misericordia. Habiendo, pues, una medida para los pecados, no hay duda que habrá también medida para las gracias. La una está llena, cuando la otra está vacía. San Pablo llama á la primera tesoro de ira y á la otra la llama tesoro de misericordia. ¿El abuso que has hecho de las misericordias, y de tantas gracias como Dios te ha concedido, no te hace temer que tu medida esté vacía y tu tesoro agotado? Pues mira, que la gracia que te hace ahora Dios N. S. puede ser la última de que te puedas aprovechar.

Esta medida no es igual para todos, y Dios es el único dueño absoluto y repartidor de las gracias. La medida de los pecados de Saúl, se llenó con uno solo, y éste al parecer no muy grande. La de David, no se llena con dos pecados mucho mayores. Manasés, después de una vida abominable durante cuarenta años de reinado, se convierte y alcanza el perdón de sus culpas; su hijo imita sus desórdenes, y no su penitencia; pero se halló su medida llena en sólo dos años que reinó. Pero ¿por qué esta diferencia? *Oh homo, tu quis es, qui respondeas Deo.* ¿Quién eres tú, hombre, para preguntar á Dios el por qué de estos terribles misterios? Su divina Majestad es el due-

no de la gracia, obra contigo según su misericordia, cuando te la concede; y obra según su justicia, cuando te la niega, para castigo del abuso que de ella haces. Quiere con eso hacerte humilde, y obligarte á ser fiel á la gracia que te diere por el temor que debes tener de que sea la última la que te da ahora.

El colmo á esta medida se pone ordinariamente con una gracia extraordinaria de que el pecador abusa. Los grandes efectos de la justicia, suelen seguir á los grandes abusos de la misericordia, y la abundancia de gracias, cuando se abusa de ellas, suele ser seguida de un alejamiento y abandono del Señor, que deja al hombre en poder de sus pasiones y apetitos. Puede darse mayor gracia de predilección que la que tuvo Dios con Saúl eligiéndole con preferencia á tantos otros para ser el primer rey de su pueblo? Pero no correspondió con fidelidad á esta gracia, y Dios le abandonó justísimamente en su vida y en su muerte. ¡De qué gracias no fué colmada la ciudad de Jerusalén, mientras estuvo en ella Jesucristo! Era este el tiempo de su visitación, como él mismo lo dijo; mas no lo supo conocer, y mira las consecuencias que se le siguieron. Tu obstinación y resistencia á tantos auxilios y gracias que te solicitan para que te conviertas, ¿no es justo castigo del abuso que de ellos has hecho? Dichoso si sientes aún las saludables inspiraciones de la gracia, y más dichoso todavía si correspondes á ellas fielmente; pero eres infinitamente desgraciado si las resistes y obras contra ellas; puede ser, que con esta obstinación pongas el colmo á la medida de tus gracias. Este solo pensamiento te debe hacer temblar y obligar á corresponder fielmente á las gracias del Señor.

PUNTO III

De la substracción de la gracia de Dios.

Considera que la substracción de la gracia es la más justa pena del menosprecio que de ella hacemos.

La gracia es una visita del Señor, mas si tú le cierras la puerta y no le quieres recibir, el Señor se retira y no tienes motivo para quejarte, ni puede castigarte más justamente. La gracia es un don que Dios te ofrece por su liberalidad gratuita, pero un don que encierra todos los bienes; si tú le desechas, cesa de ofrecértela. ¿Qué puede haber más razonable? Sólo te debes quejar de ti mismo. La gracia es además, una luz divina, el sol nace para alumbrarte; si tú cierras las ventanas y te quedas á obscuras, ¿quién tiene la culpa? Dios te ha enviado muchas veces sus luces, más tú has cerrado los ojos; si Dios se retira y tú te quedas ciego, bien merecida tienes tu ceguedad.

Pero mira que la substracción de la gracia, es la más terrible pena con que Dios puede castigar el menosprecio que de ella se hace. Cuando nos impone este castigo, nos trata como enemigos suyos. Porque Dios nos castiga algunas veces como Padre y entonces el castigo es de misericordia, pues es para nuestro bien y nos ama cuando nos castiga. Otras veces nos castiga como Juez, queriendo que se satisfaga á la justicia, y entonces quiere castigar la culpa, pero no al culpado. De esta manera castiga en el purgatorio. Pero alguna vez castiga como enemigo, vengando la ofensa y condenando al que la cometió. De este modo castiga á los réprobos en el infierno, y de este modo nos castiga cuando nos priva de sus gracias. Entonces nos castiga como enemigos. Los otros males pueden ser para nosotros grandes bienes; pero este es puro mal, que no puede terminarse sino con nuestra pérdida y reprobación. ¡Ay, Señor! Yo me sujeto voluntariamente á las otras penas como no me castiguéis con esta; todas las demás serían para mí verdaderas gracias si me preservara de tan funesto castigo.

Por último, considera que la substracción de la gracia es la pena con que Dios castiga más frecuentemente el menosprecio que de ella hacemos. Murmu-

ramos algunas veces de la paciencia que Dios tiene en sufrir á los pecadores; pero piensa que ejerce Dios con ellos una justicia secreta que, aunque haga menos ruido, no deja de ser sumamente severa, esto es, retira sus luces á los que las resistieron, y los deja en la más funesta ceguedad. ¡Qué frecuente es este castigo entre los cristianos! Y verdaderamente, si la mayor parte no fueran ciegos, ¿vivirían en tan grande olvido de Dios? ¿Con tanta negligencia de su salvación? ¿Con tan poco temor de los juicios divinos? ¿Con tan poco cuidado de prevenirlos, exponiéndose todos los días á las consecuencias de una eternidad infeliz por un placer de un momento, por un vil interés, viviendo años enteros con profunda tranquilidad en gravísimos pecados, que los hacen objeto de la ira de Dios y de sus más terribles castigos, seguros de ir al infierno si mueren en este estado, y no teniendo un día seguro de vida? Cierto que esta ceguedad en un cristiano parece increible, y con todo esto, ¡cuántos están en ella! ¡Y quién sabe si tú eres de ese número! Si temes vivir en tan espantosa ceguedad, tienes menos causa de temer.

Coloquio.—Señor, castigadme con cualquier pena, como no sea con la privación ó disminución de vuestras gracias. No me hagáis, Dios mío, blanco de vuestras secretas justicias, permitiendo la ceguedad en mi entendimiento y la dureza en mi corazón. No me arrojéis de vuestra presencia, ni me quitéis vuestro espíritu, ni permitáis que me haga sordo á vuestras divinas inspiraciones. Yo os prometo seros fiel, y por esta fidelidad merecer que cada día crezca y se aumente en mí el tesoro de vuestras divinas misericordias.

Propósitos.—Estudia qué sacrificio pide de ti la gracia del Señor, y no se lo niegues.

26 DE OCTUBRE

De la conversión de la Magdalena.

Preludios.—Mira á la santa penitente á los pies de Cristo y pide para ti una chispa del amor á Jesús que abrasaba el pecho de María Magdalena.

PUNTO I

La Magdalena á los pies de Jesús.

La conversión de Magdalena es uno de los grandes milagros de la gracia. No es difícil, sin embargo, averiguar la causa. Las nubes se elevan sobre la tierra porque las atrae el sol: la llama se desprende de la materia que la nutre porque vuela á su centro, y la penitente Magdalena vuela á los pies de Cristo porque Jesús es su sol y su centro. Magdalena es el corazón más amante que ha existido y Jesús el objeto más amable que puede existir. Jamás se vió mayor atracción entre dos almas. Magdalena no podía encontrar un objeto más digno de su amor, ni Jesús un corazón más digno del suyo. Medita la narración evangélica, que ella en su admirable sencillez te dice más que todas las consideraciones humanas.

Considera que estando Jesús convidado por Simón "una mujer pecadora, cómo lo supo, fué á casa del fariseo á buscarle.„ Pondera las calidades de esta pecadora; porque en llamarla con este nombre se da á entender que sus pecados eran escandalosos, y por lo que después dijeron san Lucas y san Marcos, que Cristo "echó de ella siete demonios„, se saca que tenía innumerables pecados, significados por los siete pecados mortales. Saca de ahí dos afectos: uno de temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en pecados muchos y muy graves; y lo que pasó por ella puede pasar por ti. Otro de confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confian-

do que tú también lo hallarás, si como imitaste á la que pecó, imitas á la que se arrepintió.

Pondera luego la ocasión que tuvo esta mujer de acudir á Cristo N. S., que fué oirle algún sermón y saber la mansedumbre con que recibía á los pecadores, y, sobre todo, la inspiración del cielo, que la tocó con una grande luz, no por temor, amenazándola con castigos, sino por amor, descubriéndole las obligaciones que tenía de amar mucho más al Criador que á las criaturas. Mira la obediencia á la inspiración de Dios, porque no aguardó á que Jesús se recogiese á su posada, sino en sabiendo dónde comía, aunque era en casa ajena y en medio de un gran convite, luego fué á buscarle, para que aprendas á no dilatar los buenos propósitos y á corresponder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de tu conversión. Entrando Magdalena donde estaba Jesús, llegó y postrada á sus pies, comenzó á regarlos con lágrimas y á limpiarlos con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos con un ungüento precioso que llevaba consigo en un vaso de alabastro.

En este hecho tan insigne se ha de ponderar la perfecta penitencia de esta mujer, y las virtudes excelentes que aquí mostró. La primera fué una grande fe y estima de la divinidad y misericordia de Cristo N. S., porque creyó que era Dios á quien sólo pertenece perdonar pecados, y creyó que sin hablarle palabra, como no se la habló, la entendía y penetraba el corazón, y sabía á lo que venía y lo que le pedía. Medita cómo otros venían á Cristo para pedirle remedio de enfermedades corporales: de esta sola mujer pecadora, leemos que hubiese venido por sólo el remedio de los espirituales y por el perdón de sus pecados. La segunda virtud fué una heroica humildad, despreciando su honra, y el qué dirían los convidados viéndola de aquella manera. Nicodemus vino á consultar con Cristo N. S. su duda, "pero vino de noche„ y lleno de temor humano; la Magdalena vino

á pedir á Cristo la salud de su alma, pero de día, y llena de amor divino, atropellando temores humanos, y lo que dirían los hombres, porque todo su corazón tenía puesto en aplacar á Dios. Y no sólo tuvo el grado de humildad para con los hombres, ofreciéndose á ser despreciada de ellos, sino también el otro grado de humildad para con Dios, no atreviéndose á parecer delante del rostro de Cristo, por vergüenza de sus pecados, sino llegándose por detrás, y echándose á sus pies. La tercera, fué un dolor interior amorosísimo, junto con grandes afectos de oración y devoción declarados por aquellas señales exteriores: regaba los pies de Cristo con lágrimas, llorando sus malos pasos y suplicándole que la lavase con su gracia; limpiábalos con sus cabellos, pidiéndole que la limpiase de sus culpas; besábaselos, pidiéndole que la reconciliase consigo y la diese beso de paz y perdón; ungíaselos, suplicándole la ungiese con sus virtudes, quitando de ella el mal olor de sus pecados, y sin hablar palabra derramaba su corazón mucho más que el ungüento en la presencia de Cristo, y le manifestaba todas sus miserias con grande sentimiento y dolor de ellas. La cuarta virtud fué la penitencia exterior, convirtiendo en instrumentos de satisfacción las cosas que habían sido ocasión de su perdición, empleando en servicio de Cristo sus ojos, cabellos, labios, olores preciosos, y á sí misma toda, olvidada de sí y de todo lo que no era aplacar á su Señor. Cumpliendo lo que después dijo el Apóstol san Pablo: "Como empleasteis vuestros cuerpos en servir á la inmundicia y maldad para vuestra perdición, así empleadlos ahora en servir á la justicia para vuestra santificación„. ¡Oh penitente fervorosa! ¡Oh eficacia de la divina inspiración! Tócame, Señor, con tal eficacia, que todas mis entrañas se estremezcan y todas mis potencias y sentidos se ocupen en aplacarte, convirtiéndome á Ti diez veces más que me aparté de Ti.

PUNTO II

Defiende Jesús á María Magdalena.

El fariseo que convidó á Jesús, viendo lo que pasaba, decía dentro de sí: "Este, si fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca, porque es pecadora." Entendiendo Jesús los pensamientos del fariseo, le dijo: "Simón, una palabra tengo que decirte." Respondió Simón: "Maestro, di."

Ponderaré la sabiduría de Cristo N. S., Juez universal de todos los hombres, el cual, mirando á esta pecadora y á este fariseo, penetró sus pensamientos, así los buenos de la penitente, como los malos y temerarios del fariseo, y entre ellos ejercitó un juicio admirable, justísimo y misericordiosísimo, aprobando los unos y condenando los otros, y todo para bien de ambas personas. Porque con soberana prudencia volvió por aquella mujer para honrarla, anteponiéndola al fariseo, y reprimió la temeridad del fariseo para curarle, dándole á entender que era Profeta, y que conocía quién era aquella mujer.

La parábola del Redentor fué ésta: "Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo de qué pagarle, perdonóles la deuda. ¿Cuál de los dos te parece que con razón le ama más?" Respondió Simón: "Pienso que aquel á quien perdonó mayor deuda." Díjole Jesús: "Bien has respondido."

Sobre esta parábola se ha de considerar primero, que el acreedor es Dios, que es ofendido por nuestros pecados, y tiene contra nosotros la escritura de obligación, como dice el apóstol san Pablo. Carta y obligación fundada en el decreto de Dios, por el cual los pecadores quedamos obligados á pagar la pena temporal y eterna que nuestros grandes pecados merecen. Y como es infinitamente sabio y poderoso, ni el deudor le puede engañar, ni tampoco se le puede

escapar. Los deudores somos los hombres, entre los cuales unos deben más que otros, porque han hecho más graves pecados. Estos deudores no pueden pagar su deuda, porque es imposible con humanas fuerzas satisfacer á Dios por nuestras culpas, ni merecer que nos las perdone ni que rasgue la escritura de obligación que tiene contra nosotros, la cual siempre estuviera entera si el mismo Dios, por su infinita misericordia no se hiciera hombre, y con su Pasión y muerte la rasgara.

De aquí es, que quien ha sido mayor pecador, después que Dios le ha perdonado, queda por esta parte obligado á amarle más, porque ha recibido mayor beneficio en haberle esperado á penitencia, perdonándole mayores injurias y librándole de más graves penas, y si tiene luz del cielo para conocer esta merced, así lo hace, mostrándose agradecido á quien se la hizo, y á esto va enderezado el intento de la parábola; porque amar mucho ó poco á Dios no depende tanto de haber sido mayor ó menor pecador, cuanto de tener mayor ó menor conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y como los soberbios, cual era este fariseo, en su estima deben poco á Dios y tienen poco conocimiento de sus culpas, pareciéndoles pequeñas, así aman poco á Dios, porque tienen por pequeño el beneficio de haberles perdonado; pero los que se tienen por grandes pecadores y tienen profundo conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados, aman mucho á Dios cuando se los perdona, porque reconocen este beneficio por muy grande.

Luego consideraré, cómo Cristo N. S. aplicó la parábola á la mujer que se tenía por grande pecadora, y al fariseo que se tenía por justo y menos pecador, porque vuelto á la mujer, dijo á Simón: "¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies para que yo siquiera me los lavase; pero ésta los regó, no con agua, sino con lágrimas,

y los limpió, no con toalla de lienzo, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y ésta desde que entró no ha cesado de besar mis pies; no ungiste con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis pies con ungüento precioso. Por tanto, Yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho; y al que menos se le perdona, menos ama„; que es decir: Esta mujer siente de sí que debe mucho, y así espera de Mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por las obras, y Yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdón de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y, por consiguiente, también amas poco.

Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos suele Dios confundir á los que presumen de justos; y así, nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: "¿Ves esta mujer?„ ¿Ves sus lágrimas y suspiros, su humillación y confusión, y las invenciones que halla para aplacar á Dios? ¿Ves todo esto? Pues considéralo bien y confúndete de lo poco que haces para que Dios te perdone; "porque de verdad os digo, dice Cristo N. S., que muchos publicanos y pecadores han de preceder en el reino de los cielos á los que presumen de justos„.

Lo segundo, ponderaré que un gran pecador, con un acto fervoroso, suele subir á más excelente caridad y santidad, que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y juntamente veré cuán generoso modo de alcanzar perdón es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdón de los pecados, anda con él, y con él crece y se aumenta, viéndose obligado á amar á quien le perdona.

PUNTO III

«Perdonados te son tus pecados.»

Luego dijo Jesús á la mujer: "Perdonados te son tus pecados„. Y turbándose los circunstantes de esta palabra, decían dentro de sí: "¿Quién es este que perdona los pecados?„ Pero Jesús dijo segunda vez á la mujer: "Tu fe te ha hecho salva; vete en paz„.

En lo cual se ha de considerar la eficacia de aquella palabra: "Tus pecados te son perdonados„; con la cual la absolvió á culpa y pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose grandemente la Magdalena en oirla. Y también nosotros hemos de regocijarnos, pues también ahora por medio de los confesores, cuando nos absuelven, nos dicen la misma palabra, y tendrá en nosotros el mismo efecto si lleváremos la misma disposición.

También resplandece la modestia de Cristo N. S. en este caso; porque viendo que reparaban en que perdonaba los pecados, quiso atribuir este perdón, no á su liberalidad, sino á la fe de la pecadora, diciéndola: "Tu fe te ha hecho salva„, esto es, la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia ha sido causa de tu salud.

Finalmente, ponderaré cuán asida estaba la Magdalena á los pies de Cristo, pues con haber alcanzado el perdón que pretendía, no se quería apartar de allí hasta que le dijo Cristo: "Vete en paz„, pues ya estás pacificada con Dios, y dentro de ti con la plenaria indulgencia de tus pecados y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la liberalidad de este Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no le dijo como decía á otros pecadores, no quieras más pecar, como quien conocía la grande firmeza que en esto tenía, por la mucha gracia y amor que le había dado,

¡Oh, dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los pies de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! Llégate, ¡oh alma mía! á aquéllos con grande confianza; abrázalos con grande amor; propón seguir sus pisadas con gran firmeza, y no te apartes de ellos hasta que te diga: "Vete en paz„.

Coloquio.— ¡Oh Dios liberalísimo y misericordiosísimo! Con todo mi corazón deseo amarte, pues en lugar de castigarme porque te ofendí, quieres perdonarme para que te ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volverte muchos y muy grandes servicios. ¡Oh Redentor mío! Confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lava, Señor, las manchas de esta hija de Sión, mi pobre alma, "con espíritu de juicio y con espíritu de ardor„, dándome espíritu de justicia y fuego de caridad para que te ame mucho, pues me has perdonado mucho.

Propósitos.—No tener jamás respetos humanos cuando se trate de demostrar tu amor y tu agradecimiento á Cristo N. S.

27 DE OCTUBRE

Sobre el amor del mundo, sus pompas y vanidades.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El mundo es diametralmente opuesto á Dios y á Jesucristo.

Considera cómo el ejemplo de María Magdalena debe moverte á odiar con toda tu alma un mundo que de ella hace una insigne pecadora, y amar intensamente á Jesús, que de una pecadora hace tan pronto una insigne santa. Para que detestes y huyas del mundo como Magdalena, considera en primer lugar, que así como en la Santísima Trinidad adoramos á un Padre que engendra á un Hijo que es la verdad mis-

ma, de igual modo Satanás, que es padre de toda mentira, engendra un hijo que es también la misma mentira, según la expresión de san Agustín.

Este hijo del diablo, esa mentira, no es otra cosa que el mundo engañador y engañado, y del mismo modo que Dios engendra por medio de su Hijo, que es la palabra de verdad, á sus predestinados y funda sobre la verdad y con la verdad gobierna la Jerusalén celestial, así el diablo forma á los réprobos y funda su Babilonia mundana sobre la mentira. Esta es la república maldita por Dios que el mismo santo Doctor llama la ciudad de Satanás, opuesta á la ciudad de Dios, y que, fundada en el amor al mundo, se eleva hasta el desprecio del mismo Dios. Llámanla los Santos Padres Babilonia, porque como en ella no rige la ley divina, sino el desarreglo de las pasiones, todo es allí confusión y desorden bajo la dominación de sus gobernantes, que, como dice san Pablo, son los mismos demonios.

La maldad intrínseca del mundo la puedes ver con fijarte en que allí sólo imperan un completo olvido de Dios, de la eternidad, del alma y de todas las cosas santas, una negligencia grosera en lo que toca á la salvación de las almas, y una persistencia continua y práctica constante del orgullo, la molicie, la ira, la vanidad y de todos los demás pecados elevados á la categoría de divinidades en el altar de un mundo paganizado: reinan allí máximas completamente opuestas á las del Evangelio y por eso san Juan prohibe á los fieles cristianos amar al mundo, porque el amor del mundo es incompatible con el amor de Dios; y Santiago afirma, que así como el efecto formal de la blancura es blanquear, del mismo modo el efecto del amor al mundo es hacernos enemigos de Dios; y el mismo Jesucristo nos enseña que el mundo le aborrece, porque El da testimonio de que sus obras son malas.

Y realmente, ¿qué puede haber más opuesto á la

santísima y adorable Trinidad que ese monstruo de tres cabezas al que ofrecen diariamente sus sacrificios todos los mundanos? La avaricia, que todo lo toma y no da nunca nada, es esencialmente opuesta al Padre Eterno, que nos comunica todos los tesoros de su divinidad, de naturaleza y de gracia y que por su divino Hijo distribuye sus bienes entre todas las criaturas; la concupiscencia de la carne, toda podredumbre y corrupción, se opone al Hijo á quien la Sagrada Escritura llama la blancura de la luz eterna, y cuya generación temporal, lo mismo que la eterna, es esencialmente pura; y, por último, el orgullo, que es el manantial de las querellas, de los odios, y de las divisiones, es opuesto al Espíritu Santo, autor de la paz y Dios de la unión.

Esa misma oposición entre Dios y el mundo existe también, particularmente, entre el mundo y Jesucristo; porque Jesucristo, como Dios, es la oposición esencial á todo lo malo; como Verbo, es la luz de todas las luces; como Dios hecho hombre, es el manantial inagotable de la verdad, y como ungido del Señor y enviado del Padre, es el destructor del pecado; al paso que el mundo es lo mismo en sus máximas que en sus obras, todo malicia, tinieblas, vicio, y el defensor y partidario de todos los crímenes.

Piensa, por tanto, que si en tu cualidad de fiel cristiano perteneces á Jesucristo; si eres su discípulo, soldado suyo é imitador de su doctrina y de sus ejemplos, siendo tan evidente la contradicción que existe entre Jesucristo y el mundo como la que hay entre la verdad y la mentira, la virtud y el vicio, Dios y el demonio, no puedes ligarte al mundo sin abandonar á Cristo.

Dolor grande causa considerar, conocida la solidez de esta doctrina, que haya quien al escuchar la palabra de Dios, que clama contra los odios, las calumnias, las divisiones y las venganzas, y que enseña la necesidad del perdón de las injurias, que toda-

vía haya quien responda: "Pero ¿qué dirá el mundo?„ Y que cuando se hace ver la inconveniencia peligrosa de los espectáculos mundanos, sus riegos de todo género, la desenvoltura y poca honestidad de los vestidos, la licencia en las palabras y aun en las obras, se excusen muchos diciendo que así lo quieren la moda y las costumbres del siglo. Semejantes respuestas y excusas son otras tantas burlas hechas á la ley de Dios, á Jesucristo y á su Evangelio; es también olvidarse de que, al recibir de manos de la Iglesia el glorioso título de cristiano, queda el que lo recibe obligado, por medio de juramentos solemnes, á renunciar al mundo, á sus pompas y sus vanidades, de igual modo que al diablo y á su malicia.

Procura, pues, con todas tus fuerzas huir del mundo para que no seas del número de esos réprobos, cuya pérdida eterna, por medio de una mala muerte, predice Jesucristo en el Evangelio.

PUNTO II

La profesión de cristiano es incompatible con el amor del mundo.

Considera que para merecer el título de cristiano es necesario profesar la fe de Cristo, amando lo que El ama, aborreciendo lo que El aborrece, y siguiendo en un todo su doctrina y sus preceptos. Esto sentado, mira que Jesucristo dijo á todos los cristianos, y no sólo á sus Apóstoles: "Os he entresacado del mundo„ y para dar más fuerza á esta expresión, añade, que ha venido al mundo á separar al hijo de su padre. De aquí se deduce que la gracia de la vocación al cristianismo nos acerca á Dios y nos separa del mundo, á fin de que Dios pueda decir á sus escogidos: "Os he escogido para ser santos, porque os he separado de los demás pueblos profanos.„

Ahora bien, si la gracia del cristianismo significa de parte de Dios, una vocación que separa al hombre

del mundo, es evidente que la correspondencia á esta gracia exige del hombre esa separación, pues la correspondencia debe ser proporcionada á la gracia. Por esta razón jamás serás verdaderamente cristiano ni corresponderás á la gracia de tu vocación, si no haces lo que Dios quiere hacer en ti; y como en el bautismo Dios te separa del trato malo con el mundo y de sus pompas para hacerte cristiano, preciso es que de tu parte hagas lo mismo.

Para mejor convencerte de esta verdad, has de pensar que por el amor se aproxima el hombre al objeto amado y por el odio huye y se aparta del objeto aborrecido; luego, estando como estás obligado á separarte del mundo, debes aborrecerle, y aunque tu condición, como enseña san Agustín, te obligue á permanecer corporalmente en el mundo, debes alejarte de él con el entendimiento y la voluntad.

¿Pero de qué mundo, dirás tal vez, debo separarme? Debes separarte del lujo, de la ambición, de las intrigas, de las diversiones pecaminosas; en una palabra, de las vanas pompas y principios y máximas del mundo; pues desde el momento en que recibiste el título de cristiano, debes separarte de todo eso, ó de lo contrario has de renunciar á las promesas hechas en el bautismo y ratificadas mil veces después.

Y este es el motivo por el que los antiguos Padres de la Iglesia, procuraban apartar á los cristianos de los espectáculos paganos, sin darles otra razón sino la de que eran cristianos y por consiguiente, separados del mundo. Así lo declara terminantemente Tertuliano: "Sois cristianos, dice, y por tanto, estáis separados del teatro profano.„ Y el mismo autor, queriendo persuadir á las matronas cristianas, la necesidad de ser modestas en el vestir, les decía: "Sois cristianas, y, por consiguiente, estáis separadas de las malas modas del mundo; no pertenecéis á esas asambleas soberbias y mundanas, ni á esas

reuniones ni á esas danzas, donde reinan el orgullo el amor profano y las demás pasiones desordenadas del siglo.„

Piensa, por último, que es absolutamente imposible que un alma cristiana se convierta á Dios, si no se resuelve á divorciarse del mundo, y que yerran grandemente los que procuran llegar á un acuerdo quimérico é imposible con Jesucristo y con el mundo, como lo vas á meditar ahora.

PUNTO III

Ceguedad de los falsos prudentes del siglo que quieren concertar al mundo con Jesucristo.

Considera que el mundo se compone de tres clases de personas: de cristianos fervorosos y celosos de su salvación, que según dice san Agustín, no se han dejado arrastrar por las aguas del río de Babilonia: de impíos abandonados á toda clase de vicios y que tienen á gala el pertenecer al mundo: de los prudentes y sabios del siglo, que se llaman gentes honradas, según el mundo, y que pretenden adoptar un término medio entre el mundo y el Evangelio; esto es: que no quieren ser enteramente del mundo, pero que no tienen el valor suficiente para seguir en todo las máximas de Jesucristo.

Es cierto, dicen, que no tenemos ese espíritu de fervor ni ese despego de las cosas de la tierra que pide el Evangelio, pero no hacemos daño á nadie; es verdad que la honestidad y pureza de nuestras costumbres dejan bastante que desear, pero ni atentamos contra el pudor ni contra el honor de mujeres honradas; no somos de los violentos desenfrenados que se dejan arrastrar por la ira á insultar y maltratar á sus semejantes, pero por nada del mundo sufriríamos una afrenta, ni toleraríamos una injuria; sabemos, en una palabra, que no debemos caminar por la ancha senda de los grandes pecados, pero el estrecho camino de la virtud nos causa espanto.

Así hablan esos semicristianos á los que muy bien puede decirse lo que san Agustín á Pelagio, á propósito de otro asunto: "Créeme y apártate de ese término medio tan peligroso y además quimérico é imposible; pues cuando Jesucristo nos habla del juicio, no establece más que dos categorías; la de los que están á su derecha y la de los que están á su izquierda, y no habla de una tercera que se encuentre en medio de estas dos. El, que conoce tan bien todos los caminos del cielo, no habla más que de un camino ancho y de otro estrecho; no de uno que no sea ni muy estrecho ni muy ancho. Y no me digas que en el medio está la virtud, porque eso es bueno para la doctrina de Sócrates ó de Platón, pero no para la de Jesucristo; bueno para la moral, pero no para la fe cristiana. Necesario es creer todas las verdades reveladas y no dudar de ninguna para tener fe; y es necesario para tener caridad, guardar todos los Mandamientos y evitar todos los pecados mortales; porque no hay término medio, ó amar á Dios con todo tu corazón, ó no amarle de ninguna manera."

Esto no quiere decir que para ser cristiano sea necesario imprescindiblemente tener todas las virtudes en grado heroico; pero sí que esos sabios del siglo, esas gentes mundanas no tienen una sola virtud verdaderamente cristiana, ni una mediana caridad, porque en ese término medio en que se quieren colocar y en ese pacto que quieren hacer con el mundo y con Jesucristo, hay casi siempre pecado mortal, pues la Ley de Dios resulta violada sin que sea preciso para ello cometer gravísimos y enormes pecados.

Ten presente, por último, que el que guarda los mandamientos de la Ley de Dios no puede ser del mundo, porque ese marcha por el camino estrecho, y como eso no lo hace el que busca un término medio entre Dios y el mundo, su posición no puede ser más peligrosa, pues aunque no quiera ser del todo malo, el hecho es que cesa de ser bueno.

Trabaja, pues, seriamente en tu conversión en este punto. Huye de ese peligroso término medio y comienza desde ahora por renovar las promesas y renuncias hechas en el Bautismo, diciendo con voz firme á los que quieran apartarte de la práctica del Evangelio estas palabras de Jesucristo: "Vosotros sois de este mundo, pero yo no soy de este mundo."

Coloquio.—Arranca, Señor de mi corazón el amor del mundo, de mi mente sus máximas erróneas opuestas á tu Evangelio; que todo lo vea yo, no á la luz engañadora de las ilusiones mundanas, sino á la de los severos principios de la verdad. Así viviré separado del mundo y unido á Ti; viviré en la paz, en la pureza, en el retiro y soledad, y Tú me amarás porque no soy del mundo, perpetuo enemigo de tu Evangelio y de tu cruz.

Propósitos.—Ser todo de Dios, y no partir tu corazón, ni tu tiempo, ni tus obras entre Cristo y el mundo, su enemigo irreconciliable.

28 DE OCTUBRE

Del milagro de la resurrección de Lázaro.

Preludios.—Contempla á Cristo llorando ante el cadáver de su amigo, presencia la maravillosa resurrección, y pide á Jesús que resucite tu alma si está muerta ó la despierte si esta dormida.

PUNTO I

Antes de la resurrección de Lázaro.

Considera cómo cayendo enfermo Lázaro, sus hermanas enviaron á Jesús un recado, diciendo: "Señor, mira que el que amas está enfermo." En estas palabras se nos enseña un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figurados por Marta y María: y con él tengo de decir á Jesús á menudo: "Señor, el que amas está enfermo": Señor,

el que amas está triste, está desconsolado, tibio, seco é indevoto; está tentado de ira, de impaciencia y de soberbia; está desterrado de tu cielo, está con peligro de muerte y de condenarse para siempre.

Recuerda cómo respondió Jesús al recado de Marta y María: "Esta enfermedad no es de muerte; sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella„; y detúvose dos días en donde estaba, y en este tiempo murió Lázaro. Trazó Cristo N. S., esta respuesta para consolar por una parte á estas devotas mujeres, y por otra parte para probar su virtud fuertemente, porque se viese cuál era la fe y resignación que mostraba su oración.

Pondera el modo cómo Cristo consuela á estas hermanas afligidas, con la razón de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decirles, que la enfermedad de Lázaro y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo como del espíritu, todas son para gloria de Dios y suya, y que sabe el suceso que han de tener antes que vengan, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos, con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosa paciencia y maravillosos dones de su gracia.

Mira luego la grande prueba y aflicción de estas hermanas viendo que su hermano murió, habiéndoles Cristo enviado á decir que su enfermedad no era de muerte; lo cual hizo nuestro Señor para probar su fe y rendimiento de juicio en sujetarse á lo que no entendían, y para probar su paciencia y resignación, viendo por la obra lo contrario de lo que deseaban. En estas dos cosas prueba Dios á los grandes santos, como probó á Abraham cuando le mandó sacrificar á su hijo, de quien le había prometido sucesión innumerable, y como dice san Pablo: "creyó en la esperanza contra la esperanza„, pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Y lo mismo pretendió Cristo N. S. que hiciesen estas hermanas de Lázaro;

y lo mismo he de hacer yo cuando nuestro Señor me diere lo contrario de lo que pido, como si le pido salud y humildad, y permite que crezca la enfermedad, y sea más tentado de soberbia, entonces le he de decir: ¡Oh Salvador dulcísimo!, en tus manos me arrojo, á Ti rindo mi juicio y mi voluntad y me ofrezco á pasar por todo lo que ordenares! Aunque me mates no perderé la esperanza de que me puedes resucitar; y si dijeres que tengo de morir y me viere morir, creeré en la esperanza contra la esperanza, porque entenderé que esta muerte será para darme mejor vida.

Pasados dos días, dijo Jesús á sus Apóstoles: "Volvamos otra vez á Judea." Y diciéndole ellos: "Maestro, poco ha que te querían apedrear los judíos en Judea, ¿y quieres volver allá?" El, sin embargo de esto, dijo que sí, porque en atravesándose la gloria de su Padre, rompía por todas las dificultades del mundo; y para animarlos á otro tanto, les dió dos razones maravillosas. La primera: "¿Por ventura el día no tiene doce horas?" Que es decir: como el día tiene doce horas y es imposible que no las cumpla, así el día de mi vida y el de la vuestra, y el de la vida de todos, tiene tasadas las horas por la divina ordenación, y ninguno podrá cortarlas antes de tiempo. La segunda razón fué: "Quien anda de día y con luz, no tropieza, porque ve la luz." Que es decir: Quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librará de caer y de morir mientras Dios quisiera que viva. Con estas dos razones he de animarme á no dejar las cosas del servicio de Dios por temor de los hombres y de sus persecuciones; pues como no pueden añadirme un día, ni una hora de vida á las que Dios ha señalado, tampoco me la podrán quitar contra su ordenación; y si soy hijo de la luz, agradable á Dios, no hay por qué tema á los hombres.

Dicho esto, declaró Cristo N. S. á sus Apóstoles

la muerte de Lázaro, poco á poco y con palabras muy misteriosas, diciéndoles primero: "Lázaro, nuestro amigo, duerme; voy á despertarle de su sueño„. En las cuales palabras llamó sueño á la muerte de Lázaro, no solamente porque le era tan fácil resucitarle, como lo es despertar á un dormido, lo cual es común á la muerte de buenos y malos, sino también para significar la diferencia que hay entre la muerte de sus amigos y la de sus enemigos; porque como el dormido con el sueño descansa, y luego vuelve á vivir la vida que solía, así los amigos y queridos de Dios mueren para descansar de sus trabajos y para resucitar á vida que, por excelencia, merece nombre de vida, cual es la vida eterna, en que se les da la herencia de la gloria. Pero los enemigos mueren para quedarse muertos para siempre, porque su resurrección no será para vida, sino para muerte eterna.

PUNTO II

El milagro de la resurrección de Lázaro.

Llegando Jesús á Betania, halló que Lázaro estaba muerto y enterrado hacía cuatro días, y saliéndole á recibir Marta, le dijo: "Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano„.

En lo cual se representa, que como Lázaro enfermó y murió en ausencia de Cristo, así también cuando nuestro Señor se ausenta de nosotros, escondiendo su rostro y cesando de hacernos los favores del espíritu que suele, suelen brotar las pasiones y tentaciones y las enfermedades de tibiezas y flaquezas espirituales, las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa; pero cuando El está presente, todo cesa, y con su presencia lo ataja.

Luego añadió Marta: "Sé que te dará Dios cuanto le pidieres„. En lo cual mostró tener muy corta fe de la divinidad de Cristo N. S., creyendo ser menester que pidiese á Dios lo que había de hacer; y así, an-

tes de hacer el milagro quiso curar su imperfección, diciéndole entre otras cosas: "Yo soy resurrección y vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y cualquiera que vive y cree en Mí, no morirá para siempre„. Que es decir: Yo soy autor de la resurrección de las almas muertas por la culpa, dándoles la vida de la gracia y después la de la gloria. También soy autor de la resurrección de los cuerpos muertos, restituyéndoles cuando y como quiero la vida que perdieron, y muy mejorada de como antes la tenían; y el que con fe viva creyere esto, no quedará muerto para siempre. ¿Crees esto que te he dicho? Ella, con gran fervor, como quien corregía su corta fe y estaba corrida de la cortedad que había tenido, respondió: "¡Oh, Señor, sí que lo creo y he creído que Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, que viniste al mundo!„ Por consiguiente creo que eres resurrección y vida, y que puedes resucitar á mi hermano, no sólo rogando como hombre, sino mandándolo como Dios. Por donde se ve cómo los verdaderos discípulos de Cristo son dóciles y fáciles en corregir sus yerros, y de ellos toman ocasión para hacer nuevos actos en la virtud que faltaron, por recompensar con ellos las faltas pasadas.

Considera luego las cosas señaladas que hizo Cristo N. S. antes del milagro. La primera, fué llorar ó gemir con señales exteriores de dolor, turbándose á sí mismo y sollozando; luego mandó quitar la losa que cubría el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto. Quitada la losa, levantó Cristo N. S. los ojos al cielo, de donde había de venir la vida de Lázaro, enseñándome que mi remedio consiste en ver mis miserias, no á bulto y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de mis pecados; y luego he de levantar la vista á Dios, de quien me ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. Luego dijo: "Padre, gracias te hago porque me oiste; bien sé que siempre me oyes; pero

digo esto por los circunstantes, para que crean que Tú me enviaste„.

Esto fué especial en Cristo N. S., dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese. Y á este gusto y conformidad de voluntades llama ser oído. Pero también nos enseña, que quien desea recibir de Dios nuevas mercedes, ha de comenzar dando gracias por las recibidas, porque con este agradecimiento se dispone para recibirlas.

Después de esto, levantó Jesús la voz, como quien hablaba con persona que está muy lejos, como lo estaba el alma de Lázaro, representando también con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio, y con gran imperio dijo; "Lázaro, sal á fuera„. Y al mismo punto el alma salió de donde estaba y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro atado como estaba con su mortaja y cubierto el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y la salud perfecta y el movimiento con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino mandó que le desatasen y le dejasen ir, para que los mismos que le desataron fuesen testigos del milagro. Saca afectos de admiración y de gozo por la virtud y omnipotencia de este Señor y pídele te resucite á ti también y te saque del sepulcro del pecado y levante de tu corazón la losa de tus tibiezas é imperfecciones, proponiendo tú cooperar eficazmente á la voz y gracia de Cristo.

PUNTO III

De las maravillosas consecuencias de este milagro.

Considera en la persona de Lázaro á un pecador que antes había sido justo, y ausentándose de él Dios N. S. para probar su fervor y constancia, no

supo corresponder á la gracia del Señor, sino que primero enfermó de tibieza, luego murió por consentimiento en la culpa; fué enterrado, porque se rindió á las aficiones de las cosas terrenas, y se sumió en ellas, después cayó sobre él la losa de la dureza de corazón por la costumbre de largos días en pecar, y últimamente, estuvo hediondo por el mal ejemplo que dió de sí á otros á quienes escandalizó. De donde procede, que ni él llama á Cristo para que le ayude, ni tiene cuidado de esto. Pero luego ponderaré cuán propio es de los justos, con afecto de hermanos, rogar á Dios por los pecadores, y cuán propio es de Cristo oir sus oraciones, y venir á resucitarlos para gloria de su Padre, descubriendo la eficacia de su palabra interior, que es la inspiración, en sacarlos con vida del sepulcro, manifestando la eficacia de su palabra, sacándolos de sus abominables pecados, para que con esto no desesperemos de la conversión de ninguno por malo que sea. Mas así como Lázaro salió del sepulcro vivo, pero atado con sus mortajas, las cuales le quitaron los Apóstoles, así suelen los pecadores resucitar á la vida de la gracia atados con muchas reliquias de los pecados y costumbres viciosas de la vida vieja, de las cuales se van desatando después con la industria y dirección de los confesores, á los cuales también dejó Cristo N. S. sus veces, como lo prometió á san Pedro, para que con la voz de la absolución sacramental desaten á los pecadores, á quienes El mismo con la voz de su inspiración despierta para que confiesen sus pecados.

Coloquio.—¡Oh poderosísimo Salvador, pues tus obras son perfectas, sácame del sepulcro de mis culpas y líbrame de las ataduras viciosas que resultaren de ellas! Tú eres, Señor, mi resurrección y mi vida, mi salud y mi fortaleza, mi consuelo y única esperanza. Si por alejarme de Ti, enfermé de tibieza y morí con la muerte de la culpa, en adelante viviré á

tu lado, para que te dignes contarme entre tus amigos. Mándame salir fuera de todas mis miserias é imperfecciones para que por mi conversión muchos te conozcan y crean en Ti, como creyeron los judíos por la resurrección de Lázaro.

Propósitos.—No alejarte nunca del Señor en la oración y demás ejercicios espirituales, si no quieres primero enfermar y luego morir miserablemente.

29 DE OCTUBRE

Lázaro en el sepulcro, imagen de un alma en pecado mortal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El pecado mortal muerte del alma.

Considera que, según dice el Espíritu Santo, el pecador se bebe la iniquidad como agua, pero es el pecado un veneno tan fatal que mata el alma del que lo comete, pues la priva de la gracia de Dios que es su vida. Los bienes mal adquiridos, los lazos pecaminosos, las pasiones desenfrenadas son, según la Escritura, leones cuyas crueles garras despedazan el alma, ó como espada de dos filos con la que el hombre pecador mata á la vez su alma y su cuerpo. Su alma, por la pérdida de la gracia, y su cuerpo, privándole de los derechos de una resurrección gloriosa y á veces de la misma vida material. A este propósito recuerda que san Gregorio dice que el alma es inmortalmente mortal y mortalmente inmortal. Según su vida física y natural, no puede morir, pero según su vida sobrenatural, muere con frecuencia, y aunque muera para Dios, es de tal manera inmortal, que sobrevive á su misma muerte y eternamente siente y padece.

De aquí se sigue que el hombre pecador aunque vive para la naturaleza, está muerto para la gracia.

Para que comprendas bien cuál es la naturaleza de esta muerte espiritual, considera los estragos y la mudanza que la muerte temporal hizo en la persona de Lázaro. Era rico, noble, bueno, pues que fué amigo de Jesús, tenía, en una palabra, todas las cualidades que hacen amable á un hombre. Míralo ahora en el sepulcro. Es un cadáver infecto, un saco de podredumbre. Sus ojos apagados y vidriosos, su boca lívida, su rostro ajado, su frente cubierta por las sombras de la muerte, causan horror á todos cuantos le miran. Sus hermanas, que tanto le quieren, no pueden soportarle un día entero en su casa y quieren encerrarle lo más pronto posible en un sepulcro. Momentos antes poseía magníficos castillos y era seguido por un lucido cortejo; ahora está solo y no posee más que un sudario. ¿De dónde procede esta mudanza? De que está muerto, responderás sin duda. Te engañas, sólo está dormido, según lo afirma Jesucristo. Y es que esa muerte del cuerpo que tanto horror te causa, no es propiamente muerte, sólo es su imagen, porque la verdadera muerte es la muerte del alma, esto es, el pecado.

Penetra si no dentro de un pecador con los ojos de la fe, y verás aquella alma sin vida y sin movimiento para Dios y para el cielo y más cambiada todavía que el cuerpo de Lázaro después de muerto. Aquella alma antes tan hermosa, con la hermosura de la gracia divina, está ahora más negra que el carbón, según la expresión del profeta Jeremías; su deformidad es tan horrible que los ángeles no pueden mirarla y Dios que la mira, la considera como un objeto de abominación. Era antes esposa del Altísimo, templo de Dios vivo, asiento de la sabiduría, trono de la santísima Trinidad y heredera del paraíso: ahora no es otra cosa más que la adúltera de Satanás, una esclava del demonio, un vaso de abominación, una caverna de todos los espíritus inmundos; en una palabra, una triste y funesta víctima del infierno. Los

cielos han visto esta mudanza y se han extremecido; los ángeles se han admirado; los santos han llorado; sólo el pecador se ríe de ella á pesar de que pregona su muerte.

Considera cuántos Lázaros andan por el mundo, muertos vivos y vivos muertos. Están vivos con la vida común á las bestias; vivos en la parte más baja de sí mismos; pero están muertos en el alma, muertos á la vida divina de la gracia. A ellos habla Jesucristo en el *Apocalipsis*. "Os conozco bien, dice Dios„. Aunque seas sabio elocuente, rico y poderoso entre el pueblo; aunque lleves una vida fastuosa y brillante, si estás en pecado mortal, Dios dice que estás muerto, mucho más muerto que Lázaro. Sólo tienes de vivo una falsa apariencia; y ese cuerpo que llevas tan adornado, y del que estás tan envanecido, no es otra cosa más que un sepulcro corruptible que encierra un alma muerta.

¿Qué horror no sentirías, como dice san Juan Crisóstomo, si tuvieras que llevar durante algunos días un cuerpo muerto entre tus brazos? La infección de esa carga te haría muy pronto morir, y ahora mismo, con sólo la representación de esa escena, tu corazón se oprime con angustia y tu estómago se levanta con asco. Y, no obstante eso, hace ya mucho tiempo que tal vez llevas á todas partes un alma muerta y más infecta que todos los cadáveres, á los ojos de Dios.

Saca de aquí verdadero horror al pecado mortal y en su comparación no temas ningún mal de la tierra ni á nadie que pueda quitarte la vida del cuerpo. Teme sólo á Aquel que puede arrojar tu alma y tu cuerpo en los abismos del infierno.

PUNTO II

El alma del pecador está sepultada y corrompida.

Considera, con san Agustín, que hay tres muertes de cuya resurrección se habla en el Evangelio. La

primera, es la de la hija del príncipe de la sinagoga en la casa de su padre; el cadáver estaba aún caliente, pues la hija de Jairo acababa de expirar. La segunda, es la del hijo de la viuda de Naim, cuyo cuerpo era ya conducido á la sepultura, y representa á los que han cometido pecados, pero que no pecan por costumbre. La tercera, es la de Lázaro sepultado, el cual representa al pecador acostumbrado á cometer el pecado. Lleva ya cuatro días de muerto. El primero, cuando consintió en el pecado; el segundo, cuando lo ejecutó; el tercero, cuando reincidió, y el cuarto, cuando se acostumbró á pecar. Está ya en la tumba. "¿Y cuál es esa tumba, pregunta san Ambrosio, sino vuestras malas costumbres?„

Tumba del hombre pecador es su avaricia ó su gula, y todas y cada una de sus pasiones desarregladas; y á esa tumba es á la que el Espíritu Santo llama profundidades de iniquidad.

Examina bien, siguiendo al santo Doctor citado, las maravillosas semejanzas que se encuentran entre el cuerpo de Lázaro en la tumba y el pecador empedernido. Primero, Lázaro está ligado de pies y manos; el pecador empedernido está agarrotado con las cuerdas y cadenas de sus malas costumbres. Segundo, Lázaro tiene el rostro cubierto con su sudario, y el pecador que cae en el abismo de sus malas costumbres está rodeado de tan espesas tinieblas, que no ve ni la fealdad del vicio, ni la hermosura de la virtud, ni las terribles desgracias que le amenazan. De su ceguedad procede su insensibilidad, que es la tercera semejanza con el cadáver de Lázaro, que no siente ni los gusanos que le roen el cuerpo, del mismo modo que el pecador endurecido por la costumbre no se cuida de las amenazas de la justicia de Dios.

Pero hay más todavía. Ese pecador empedernido, no sólo está muerto y sepultado, sino que hiede, como el cuerpo de Lázaro. Este hedor, como dice san Bernardo, representa el mal olor de un pecador

escandaloso, cuyo cadáver hay que enterrar apresuradamente para que no inficione á cuantos á él se acerquen. Tus desenvolturas permanecieron, en sus comienzos, secretas, y sólo dañaban á tu alma; pero ahora *hieden*, porque han llenado las casas de tus amigos y conocidos con el mal olor de tu vida escandalosa, y por dondequiera que vas, exhalas ese olor pestilente de muerte eterna.

Y si por desgracia tuya has llegado al libertinaje, del cual al principio te ruborizabas, ahora que estás sepultado en el crimen y el vicio, haces de ello gala y te vanaglorias, y como esos cadáveres que arrojan sangre corrompida, sólo despides olor de iniquidad y de muerte eterna. Por eso mira cómo el pecador impenitente, sepultado y corrompido, se halla también cubierto con una piedra que da entrada á su sepulcro y que no es otra cosa, que el endurecimiento de su corazón. De este endurecimiento es del que habla san Pablo, y al que acompaña la impenitencia que le hace atesorar la ira de Dios en el día de su venganza. ¡Oh Dios mío, y cuán difícil es que el hombre se levante cuando se halla debajo de esa piedra

PUNTO III

Del milagro de la resurrección del pecador.

Considera las semejanzas entre la resurrección de Lázaro y la de un pecador endurecido. Para comprender cuán funesto es el estado en que se halla ese pecador, mira los esfuerzos que hizo Jesucristo para resucitar á Lázaro. A los otros dos muertos los resucitó Cristo N. S. con la mayor facilidad y sin preparativo alguno. A la hija del príncipe de la sinagoga le dijo dulcemente: "Levántate„, y la niña se levantó. Detuvo al paso el cadáver del hijo de la viuda de Naim, pone la mano sobre su féretro y sólo pronuncia estas palabras: "Joven, levántate„, y queda resucitado.

Considera ¡de qué manera tan diferente procedió en la resurrección de Lázaro! Por tres veces, Jesucristo tembló, Jesucristo se turbó, Jesucristo lloró: habla á su Padre; hace quitar la piedra del sepulcro y emplea la fuerza de su pecho para clamar con voz fuerte: "¡Lázaro, sal fuera!"

Esto ha de darte idea de lo que es preciso hacer para convertir á un pecador contumaz. Para resucitar á los que están liados y envueltos en sus sudarios, se necesitan grandes gracias, auxilios abundantes, socorros milagrosos. El mismo Jesucristo se turba, se extremece, vierte lágrimas de sangre de todo su cuerpo. ¡Qué misterio y cuántos esfuerzos que muchas veces son inútiles! Porque el Lázaro del Evangelio, sale del sepulcro cuando se le manda, mas de aquellos de quienes es la figura, pocos son los que obedecen.

No; no pienses que la vista de un Dios trémulo, de un Dios lloroso, sea capaz de conmover á esos pecadores contumaces. ¡Ah! ¡cuánto tiempo hace que la Iglesia por medio de sus ministros les grita: ¡Lázaro, sal fuera! ¡Lázaro, pecador empedernido, en nombre de Dios Padre que te ha creado, de Dios Hijo, que ha muerto por salvarte, de Dios Espíritu Santo que tantas veces te ha justificado; por los sudores, por las lágrimas, por la sangre, por los últimos suspiros de un Dios moribundo, por los intereses de tu eternidad, sal de la tumba de tus pecados! Todo es inútil; el desgraciado no se mueve; porque más fácil es hacer salir á los muertos de un cementerio por orden de Dios, que á los pecadores contumaces de la fosa de sus pecados.

Pídele á Dios fervorosamente la conversión de esos pecadores, y si tú perteneces á ese número, obedece sin más dilación á la voz de Cristo y de su Iglesia y sal del sepulcro de tus vicios, antes de que la muerte de tu alma sea eterna.

Coloquio.—Señor y Dios mío; no permitas que se

endurezca mi corazón hasta hacerte derramar lágrimas y necesitar de tus divinos esfuerzos para resucitarme. Que conozca los peligros de la enfermedad, de la tibieza y del pecado venial que poco á poco me lleva á ese sueño mortal del que sólo tu voz poderosa puede despertarme. Que me horrorice de los espantosos estragos que el pecado puede causar en mi alma para que cada vez sea yo más fiel y fervoroso en tu santo servicio.

Propósitos.—Odiar al pecado mortal sobre todos los males y huir más que de la muerte de sus ocasiones y peligros.

30 DE OCTUBRE

De la resurrección de la hija del príncipe de la sinagoga y del hijo de la viuda de Naim.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. haciendo uno de estos dos milagros estupendos, y pídele que resucite á todas las almas muertas por el pecado.

PUNTO I

De cómo un príncipe de la sinagoga fué á Jesús y le suplicó que pusiese sus manos sobre una hija suya que había muerto.

Considera la calidad de esta difunta y la causa de su muerte, porque aunque era hija única de padres ricos y nobles, y, por consiguiente, muy querida y regalada de ellos; sin embargo de esto, la salteó la muerte sin que pudiesen atajarla ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad; para que yo entienda que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad para mi vida, sino que de repente me sorprenderá la muerte. Pondera luego que la muerte de los jóvenes, unas veces sucede por castigo de los padres, otras por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y quiere Dios atajarles esos pasos, porque no se conde-

nen. Otras veces es un gran favor de Dios, arrebatándolos, como dice el Sabio, "antes que la malicia mude su corazón y el fingimiento engañe su alma„. Otras veces por causas secretas de la gloria de Dios que no alcanzamos. De donde sacaré temor de la culpa por la cual entra la muerte, y me arrojaré en la providencia paternal de Dios, suplicándole me envíe la muerte en aquel tiempo y coyuntura que conviniere más para mi salvación y para su gloria.

Considera después cómo en oyendo Jesús la petición del archisinagogo, se levantó de donde estaba y se fué tras él, y llegando á su casa, viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres Apóstoles, Pedro, Diego y Juan. Mira la benignidad de Cristo N. S. que no reprendió al príncipe porque le vió humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone.

Luego consideraré la omnipotencia del Salvador, pues con sola una palabra, mandando con imperio, da vida á los muertos; y al punto el alma del difunto, dondequiera que estuviere, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo sin que pueda resistir ni haya quien pueda detenerla. Gózome, Salvador mío, de que seáis tan poderoso, "que llaméis á las cosas que no son como si fuesen„. y los muertos oigan vuestra voz y la obedezcan. Llamad, Señor, á todos los que están muertos por la culpa con la voz de vuestra inspiración para que resuciten á la vida de la gracia; y si ellos, por su libre albedrío resistieren, porque á nadie queréis forzar, tornad á llamarlos con más eficacia, porque si queréis usar de vuestro poder, ¿quién habrá que no se rinda á vuestra voluntad? Lo segundo, ponderaré la causa por qué tomó de la mano á esta difunta y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con los otros difuntos. Todo fué para significar que los pecadores que mueren y

pecan por flaqueza, figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer su flaqueza. Pide al Señor te de su mano para no caer, y tú propón asirte siempre de ella, para que su poder supla tu debilidad y flaqueza.

PUNTO II

De la resurrección del hijo de la viuda de Naim.

Pondera la caridad y providencia de Cristo N. S. en venir á Naim en tal coyuntura que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso, sino sabiéndolo, y con deseo de resucitarle; ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese. A la hija de Jairo resucitó á petición de su padre; á Lázaro por petición de sus hermanas; pero á éste, por sola su bondad, para significar la grandeza de su misericordia en buscar las almas muertas, salirles al encuentro y ofrecerles el remedio, aunque no se lo pidan, movido de la compasión que tiene de ellas.

Considera luego cómo el Señor tuvo misericordia de la triste madre, cuyas tiernísimas lágrimas movieron á compasión á Jesús, y así le dijo: "no llores„; y luego tocó las andas, parándose los que las conducían. Mira cómo las lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo N. S. á que resucitase á su hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, ó por los ajenos, son un modo de oración poderosa con Dios, para moverle á remediar nuestras miserias. Llora, pues, tus pecados; llora los de tus prójimos; llora por tantos motivos como hay de lágrimas, que tu llanto enternecerá el corazón de Jesús.

Pondera cómo Cristo N. S. se llegó á las andas y las tocó, y se pararon los que las llevaban, para significar que antes de resucitar al pecador toca su corazón con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el ímpetu de

las pasiones que le arrastraban, las cuales por más bravas que sean, se rindan al toque é imperio de Cristo.

Considera cómo Jesús dijo al muerto: "levántate„, y al punto el joven resucitó, y Jesús se lo dió á su madre.

Admira la omnipotencia del Salvador en este milagro, porque, no tuvo necesidad como Elías y Elíseo de tenderse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro y ojos con ojos; ni aun le tocó con la mano, como á la hija del príncipe de la sinagoga, sino con sola su palabra omnipotente, hablando con el muerto como si estuviera durmiendo.

Pondera cómo este mancebo no comenzó luego á andar como la hija del príncipe, sino sentándose en las andas comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados de sus pasiones van sanando de ellas poco á poco; primero reciben la vida de la gracia y apartan el afecto desordenado de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de afición que les pega el corazón con ella, pero después vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Luego comienzan á hablar confesando sus yerros, pidiendo perdón de ellos, proponiendo la enmienda y alabando á Dios por las mercedes que les hace. De donde sacaré aviso para no indignarme contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja; pues aunque la justificación se hace en un momento, la perfección de ella va poco á poco.

Finalmente, pondera la caridad de Cristo N. S. en devolver el hijo á su madre viuda, aunque pudiera tomarle para sí, pero no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez y para que su consuelo fuese cumplido, para significar que es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo, que salió de casa de su madre muerto y llevado de otros, se volvió á ella

ivo por su pie con alegría de su madre, así el peca-
dor que sale de la congregación de los justos, lleva-
do de sus pasiones, vuelve á ella vivificado por Cris-
to, con libertad del espíritu y alegría de la Iglesia.
Alaba la infinita bondad y compasión de Cristo y pí-
dele que por su sangre preciosa resucite y vuelva al
amor y al seno de la Iglesia tantas almas como ya-
en muertas por haberse alejado de Jesús que es la
única vida de ellas.

PUNTO III

Resurrección del alma por la gracia de la justificación.

Pondera que el Evangelio sólo habla de tres resu-
recciones visibles operadas por Jesucristo; pero son
infinitas las que ha obrado invisiblemente, según dice
san Agustín, ¡y éstas son mucho más gratas que
aquéllas á su divino Corazón! Todo lo que la muerte
del pecado había arrebatado á un alma, hermosura,
méritos, dignidad, derechos adquiridos, todo le es
devuelto con la gracia santificante, cuando tiene la
dicha de recobrarla. Es como un rey cautivo que
consigue restablecerse en su trono. Si la resurrec-
ción de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naim
y de Lázaro, fueron ocasión de grande alegría para
sus familias, ¡cuánto mayor es el júbilo que causa en
el cielo la conversión de un solo pecador! Imitando
á aquel jefe de la sinagoga cuyo dolor y consuelo
nos recuerda la Iglesia, puede todo cristiano ser ins-
trumento de esa santa alegría. Jairo ve á su hija en
el último extremo, y recurre con ardor al dueño de
la vida. Aproximándose al Salvador, lo adora, y sin
temor á interrumpirle, pues su aflicción le sirve de
excusa, pronuncia estas palabras llenas de fe: "Se-
ñor, mi hija ha muerto; pero venid, poned vuestra
mano sobre ella, y vivirá„. Según san Marcos, Jairo
rogó mucho. Aproxímate tú también á Jesús, y pí-
dele la conversión de todos los pecadores, diciéndole
con fervor lleno de celo: "Señor, muchos de nues-

tros hermanos han muerto; el pecado los ha separado de Vos, ¡oh principio de la verdadera vida!; pero venid, esparcid sobre ellos el soplo de vuestro espíritu, y saldrán de sus tumbas„.

Considera, por último, cuán vivamente desea Jesús la resurrección de las almas muertas por el pecado. Admira con qué condescendencia atendió el Hijo de Dios la súplica de Jairo. Siguióle, y en el camino fortificó su fe curando á la mujer que se acercó á pedirle la salud tocando la orla de su túnica. Entró en la casa, y aunque los extraños que en ella había le faltaron al respeto, no por eso dejó de hacer el milagro que se le pedía. ¡Ah! si sólo por lástima de las lágrimas de un padre Jesús resucita un cuerpo que habrá de morir de nuevo, ¿cuánto más le moverá el deseo á resucitar las almas que han de vivir eternamente?

Acudamos al templo á postrarnos ante el trono de su misericordia, reanimemos allí nuestra fe, despertemos nuestro celo y roguemos con instancia por todos los muertos en el alma, cuya resurrección pide la Iglesia, y muy especialmente por aquellos cuya salvación, por razón de los vínculos que á ellos nos unen, más nos interesa. No olvidemos que Dios mide su misericordia por la extensión y firmeza de la esperanza con que la solicitamos.

Coloquio.—¡Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el bien que haces á tantas almas resucitándolas á la vida de la gracia! ¡Oh, si todos los pecadores se volviesen á juntar con la congregación de los justos, para que la Iglesia se goce de tener muchos hijos vivos! Pues Tú, Señor, puedes darle este gozo, no la prives de él para que tu nombre sea glorificado y todos los hombres le conozcan y amen y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro: "Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo.„

Propósito.—Orar constantemente por la conversión de los pecadores.

31 DE OCTUBRE

De la educación de los hijos.

PUNTO I

Dios hace partícipes á los hombres de su paternidad para que procuren á sus hijos el ser de la naturaleza y el de la gracia.

Considera la inmensa prueba de bondad que ha dado Dios á sus criaturas haciéndolas partícipes de su omnipotencia y escogiéndolas para ser causas de maravillosos efectos, pues pudiendo hacerlo todo por sí mismo, quiere templar su poder infinito y moderar la actividad de su virtud, comunicándonos la gloria de sus obras y haciéndonos ejecutores de los designios concebidos por El. Dos clases de poder, uno natural y sobrenatural el otro, distingue en Dios la teología. El primero, mira á las producciones comunes y ordinarias de la naturaleza, y el segundo, á los milagros y á los efectos de la gracia y del orden sobrenatural, y de estas dos clases de poderes ha hecho Dios partícipe al hombre llamándole á cooperar con El, no sólo en la obra de la creación, sino también en la de la redención. De esta verdad vemos un ejemplo en la viuda de Naim, de la que no sólo se sirvió Dios para dar la vida temporal á su Hijo, sino que quiso que contribuyera á su resurrección con su fe y sus oraciones.

Este ejemplo puede ser aplicado á todos los padres y á todas las madres, á los que Dios honra queriendo que cooperen á la generación de sus hijos, cuando pudo haber poblado de una vez toda la tierra como pobló el cielo y producir al mismo tiempo á todo el género humano como produjo á los ángeles. San Agustín dice á este propósito, que Dios quiso dar fecundidad á los hombres, á fin de que estas alianzas de padres é hijos fueran un motivo poderoso

para unir al género humano. San Juan Crisóstomo, afirma que la causa de esto fué enseñar á los padres, por el amor que tienen á sus hijos, el amor que Dios nos tiene, y á los hijos, por la obediencia que deben á sus padres, la sumisión debida á Dios.

Debes, pues, considerar al matrimonio bajo tres aspectos, que incluyen tres providencias de Dios para con los hombres, á saber: la providencia natural, la política y la sobrenatural. Por la primera, el matrimonio ha sido instituído para la propagación de la especie; por la política, para dar ciudadanos á la república, súbditos á los príncipes, magistrados al Estado, y por la providencia sobrenatural, para que los padres sean los instrumentos de la salvación de sus hijos. Por esto es el matrimonio un sacramento, no sólo destinado á consagrar el fuego del amor conyugal, sino para inspirar también á los padres el deseo de transmitir la santidad á sus hijos, haciéndolos partícipes de los bienes de la gracia en esta vida para disponerlos á la gloria.

De muchas maneras contribuyen los padres y las madres á los designios de Dios en orden á la salvación de sus hijos, y la primera de ellas es procurándoles el Sacramento del bautismo, que los libra de la esclavitud del demonio y los engendra á la vida de la gracia. Pero no deben concretarse sólo á librar á sus hijos del pecado original, pues mayor cuidado todavía, si cabe, deben poner en librarlos del pecado actual que los hace incomparablemente más criminales, y si con tanto celo procuran sacarlos cuanto antes del estado de hijos de cólera en que se hallan antes del bautismo, ¿será pedirles mucho que empleen ese mismo celo en librar á sus hijos de la esclavitud del demonio, si ha llegado á poseerlos por el vicio?

Un ejemplo te hará comprender más claramente esta obligación que tienen los padres de evitar á todo trance que sus hijos caigan en pecado, ó de procurar por cuantos medios están á su alcance, que salgan de

tan miserable estado, si han tenido la desgracia de caer en él. Si por permisión de Dios, el demonio se apoderase visiblemente del cuerpo de uno de tus hijos, y le vieras retorcerse en las convulsiones de furor propio de todos los poseídos, ¿qué no harías para librarle de tan triste situación? Seguramente que te apresurarías á llamar á los sacerdotes y religiosos para que, con sus oraciones y sacrificios, libertaran á tu hijo de semejantes tormentos. ¡Qué de ofrendas no llevarías á los altares del Señor! ¡Cuán fervorosas serían tus plegarias! Nada omitirías para salvar de las garras del demonio al cuerpo del hijo de tus entrañas. Y, sin embargo, la posesión del cuerpo por el demonio no siempre se opone á la gracia, al paso que la posesión del alma lo es siempre, y, no obstante esto, un padre sabe que el demonio de la impureza ó de la gula se ha apoderado del alma de su hijo; una madre ve que su hija está poseída por el demonio de la concupiscencia ó de la vanidad, y el padre y la madre, que nada omitirían para librar á sus hijos de un peligro temporal, permanecen muchas veces inactivos ante este peligro, cien veces más terrible para sus almas. ¿Puede darse mayor ceguedad?

PUNTO II

El amor de los padres hacia sus hijos debe ser una expresión del amor de Dios.

Considera aquí, que así como los hijos deben á sus padres honor, servicio y obediencia, los padres deben á sus hijos amor. Pero, ¿cómo debe ser este amor? Para que sea una derivación de la paternidad de Dios, ese amor debe ser necesariamente una expresión de la caridad con que este soberano Padre nos ama. Sentado esto debes considerar que el amor y la providencia de Dios respecto de sus hijos mira principalmente al bien espiritual y eterno, y de una manera secundaria al bien temporal. Y en verdad que

al llegar á este punto hay motivos de admiración al leer las magníficas promesas que ese bondadoso Padre hace en la Sagrada Escritura á los justos. Dice que les proveerá abundantemente de todo, que los conservará como á las niñas de sus ojos, y, no obstante esto, vemos con frecuencia á los más queridos de sus hijos reducidos al hambre y á las mayores miserias. Y es que Dios da testimonio del amor que tiene á sus santos por esa providencia sobrenatural que protege al alma, que la consuela y enriquece con bienes espirituales, negándoles, cuando esto conduce á su santificación, los bienes materiales, y probándolos con la tribulación como se prueba el oro en el crisol.

Con este amor deben los padres y madres amar á sus hijos, puestos en sus manos por Dios como depósitos de su providencia, según dice san Juan Crisóstomo; y como, según las leyes, debe mirarse un depósito como una cosa sagrada, debes tener presente que Dios, que ha engendrado á tus hijos á la gracia en las aguas del Bautismo, te los ha confiado en depósito, y tú serás responsable del estado en que se los devuelvas. Si eres fiel en la conservación de un depósito tan precioso, y correspondiendo á los designios de Dios é imitando su amor, se los devuelves agradables por medio de una santa educación, te honrará con una triple corona, según lo declara el Sabio al decir que el buen hijo es la corona de su padre. Corona de gloria en el tiempo, pues el padre que ame á sus hijos según el espíritu de Dios, será coronado de honor y lleno de consuelo por la virtud y santa vida de sus hijos; corona de gracia, pues la buena educación de los hijos es la causa de la salvación de los padres; pues san Juan Crisóstomo y Teofilacto, explicando estas palabras de san Pablo: "Se salvará por los hijos que dará al mundo„, dicen que en la palabra generación está comprendida la educación, y que la salvación de los padres está muchas veces fundada en el cuidado que ponen en la salva-

ción de sus hijos; porque habiéndolos llamado Dios al estado del matrimonio, al obligarlos á trabajar en la santificación de sus hijos, les da también gracias más abundantes para su salvación.

La tercera corona será una corona de gloria en el cielo, pues así como los Doctores aseguran que los pueblos convertidos darán una gloria accidental á los Apóstoles, lo mismo puede decirse de los padres, que la buena educación dada á sus hijos ha contribuído á que éstos alcancen la vida eterna.

PUNTO III

Tremenda responsabilidad de los padres que no educan santamente á sus hijos.

Considera en primer lugar, que si el buen hijo es corona de su padre, el malo tiene que ser por el contrario motivo de oprobio y de dolor para los autores de sus días. Testigos de esta terrible verdad son muchos padres y madres que atentos únicamente á la salud temporal y al bienestar material de sus hijos no se cuidaron de su salvación eterna, dejándolos crecer en el vicio, con su debilidad unas veces, con su indiferencia otras y algunas con su mal ejemplo y aun con sus abominables consejos. Padres hay que creen excusarse diciendo que ruegan á Dios por sus hijos, que les dan buenos consejos, que les ponen en colegios donde pueden recibir una cristiana educación. Bueno es todo eso, pero no es bastante.

Sabed, padres y madres, dice á este propósito san Agustín, que sois en vuestras casas como los doctores y predicadores y que, como ellos, estáis obligados á anunciar á vuestros hijos la palabra de Dios á fin de ganar y conservar sus corazones para el cielo. Pero has de tener en cuenta, además, que la predicación por sí sola es estéril, sino va acompañada del ejemplo, cuyo lenguaje elocuente, es el que persuadirá á tu familia á obrar como Dios quiere. Si tus

hijos ven, por ejemplo, que nunca dobla la rodilla para orar, si saben que no te confiesas más que una vez al año y que eres el primero en reirte de las cosas que atañen á la devoción, ¿cómo quieres hacerlos santos, como Dios desea?

Otros padres hay que por procurar á sus hijos brillante posición en el mundo comprometen á sabiendas la salvación de sus almas, ya torciendo su vocación, ya negociando enlaces matrimoniales con personas sin religión ó de malas costumbres; padres, en fin, que tientan á sus hijos con todas las tentaciones con que Jesucristo permitió ser tentado por el demonio. Y no faltan por desgracia otros padres que en lugar de ser los instrumentos de la salvación de sus hijos, lo son del infierno para procurar su eterna condenación. Esos padres son los que no solamente con sus malos ejemplos, sino con sus consejos y á veces abusando de su autoridad, pervierten á sus hijos encenagándolos en toda clase de pecados y vicios de los que sólo pueden salir milagrosamente, llevándolos á espectáculos escandalosos, permitiéndoles malas lecturas y peores compañías, y, en una palabra, descuidando por completo el alma de aquel hijo de cuya salvación son los padres responsables ante Dios.

Tremenda es la responsabilidad de esos padres desnaturalizados ante los ojos de Dios; sus mismos hijos depondrán contra ellos en el terrible día del juicio, pidiendo el castigo que sus omisiones y faltas en la educación que debieron darles, merecen; pues esos hijos clamarán contra ellos, como dice san Cipriano: Nuestros padres han sido nuestros parricidas, pues su impiedad y sus vicios, más aún que los nuestros, nos han condenado. Sus perniciosos ejemplos y sus abominables máximas nos han impedido seguir la doctrina de la Iglesia, tributar á Dios la debida obediencia y salvarnos, como debíamos.

Tiembla, pues, si por desgracia te hallares en el caso de esos padres y de esas madres que no educan

á sus hijos como Dios quiere que sean educados, y pide á su divina misericordia te dé las luces de la gracia que te son necesarias para que, siendo el salvador de tus hijos, seas también un día coheredero del Salvador del mundo en la gloria.

Coloquio.—Piadosísimo Criador, conservador y Redentor del linaje humano, que honraste las bodas con la presencia de tu precioso Hijo, y con el primer milagro que por nosotros hizo, y con haber instituído el matrimonio por uno de los sacramentos de su Iglesia, y por el apóstol san Pablo nos enseñas el amor, la paz y unión que los casados deben tener entre sí: yo te suplico, pues, Dios y Señor mío, que ya que has sido servido de darnos hijos, los cuales son tuyos, y de tu liberalísima mano y benignidad los conocemos, guárdalos tú, Señor, críalos para ti, y danos tu favor, para que con nuestro buen ejemplo, con nuestras palabras, consejos, amonestaciones y cuidados crezcan en toda virtud y resplandezcan en tu obediencia y santo temor, y ellos y nosotros gocemos para siempre de ti. Apártalos, Señor mío, de cualquier peligro de alma y cuerpo, de todo pecado mortal, de tu desgracia y ofensa, y pierdan antes la vida temporal que la eterna. Alúmbralos para que sigan el camino que tú les enseñares, y te sirvan en el estado que tuvieres por bien. Tuyos son, Señor, y no míos, y como cosa tuya yo te los encomiendo y ofrezco.

Propósitos.—Vigilar la educación cristiana de tus hijos, como cosa de que depende tu salvación y la suya.

MES DE NOVIEMBRE

DÍA PRIMERO

Festividad de todos los Santos.

Preludios.—**Imagínate ver la gloria de los Santos en el cielo, y pide ser algún día de los que gocen de aquel conjunto de todas las eternas dichas que se pueden pensar.**

PUNTO I

De la gloria eterna del paraíso de los santos.

Considera que la gloria de que gozan los santos es un lugar exento de todos los males y lleno de todos los bienes imaginables, en donde los bienaventurados gozarán para siempre de una paz y descanso inalterables, y de una dicha eterna é infinita. Discurre cuanto quieras en goces y en venturas purísimas; imagina cuanto puedas en maravillas y grandezas, todo eso es nada, pues dice san Pablo, que ni el ojo jamás vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano pudo jamás concebir lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman. Pondera, en efecto, que allí es donde Dios quiere hacer brillar y resplandecer toda su grandeza y magnificencia para honrar, premiar y enaltecer á sus amigos. Deduce, pues, la hermosura de la ciudad de los santos de la hermosura de este mundo; porque si Dios da una habitación tan hermosa y tan noble á las bestias y á los hombres malvados y enemigos suyos, ¿qué no reservará para sus escogidos y sus amigos? Mira cómo la estimaron y apreciaron los

santos, que algo entrevieron de aquella felicidad sin término ni medida. No se pueden leer sin espanto los tormentos de los mártires, y, con todo, ahora tienen por nada cuanto han sufrido por lograr esta tierra de vivientes. Para conocer el cielo en su justo valor, es necesario saber cuánto vale la sangre de un Dios, porque El la derramó hasta la última gota para merecérnoslo. ¿Qué será, pues, el paraíso cuando costó la sangre de un Dios, que no pensó daba mucho á trueque de comprarnos el cielo aun á costa de su vida? Pondera luego, para poder de algún modo darte cuenta de la eterna dicha de los santos, que Dios, que es la suma bondad, no es menos liberal en sus recompensas que justiciero en sus castigos. Infiere, pues, de lo terrible de los tormentos del infierno cuál y cuán grande será la felicidad de los bienaventurados. Embriagados de un torrente de deleites celestiales, serán llenos de alegría purísima y de contento que sobrepuje á todo goce de la tierra; tendrán cuanto pueden desear, y no tendrán nada que temer. Su bien será sin mezcla alguna de mal, su placer sin dolor, su abundancia sin defecto, su reposo sin inquietud, su vida sin muerte, y su felicidad sin fin. ¡Oh paraíso de eterna y sin igual bienandanza! ¡Oh patria de los que viven de la vida y de la dicha de Dios! ¡Si yo no te puedo comprender, te puedo, y te deseo merecer aun á costa de mi sangre y de mi vida! ¡Dichosos, Señor, aquellos que moran en vuestra casa! Ellos os alabarán por los siglos de los siglos.

Deduce, además, la hermosura del cielo y su dicha, del objeto infinito que allí hace la felicidad de los santos. Porque el objeto de nuestra bienaventuranza será Dios, que en sí encierra todo lo bello, todo lo bueno y todo lo deleitable. Dios llenará nuestro entendimiento con la plenitud de sus luces y de su verdad; nuestra voluntad, con la abundancia de su paz y de su amor; nuestra memoria, con la extensión de su eternidad; nuestra substancia toda, con la ple-

nitud de su ser; todos nuestros sentidos y todas nuestras potencias con la inmensidad de sus bienes. Nosotros veremos y amaremos: veremos la primera hermosura, y su vista arrebatará nuestro espíritu; amaremos la primera bondad, y su posesión y goce saciará nuestro corazón. ¡Qué ocupación tan dulce! ¡Oh inestimable felicidad! Alma mía, ¿qué haces tú en la tierra? ¿Qué buscas entre las criaturas? ¿Acaso son capaces de llenar tu corazón? ¿Crees, por ventura, que los deleites brutales podrán contentar y saciar un espíritu inmortal? Dios mío, jamás se saciará mi corazón hasta que Vos me manifestéis vuestra gloria, y me saciéis con el infinito torrente de vuestras celestiales delicias.

PUNTO II

De la posesión de Dios, gloria esencial de los santos.

Considera que la felicidad substancial de los santos consiste en la posesión de Dios que es nuestro último fin, y por consiguiente, la completa y cabal satisfacción de todas nuestras aspiraciones y deseos. Porque gozaremos de Dios poseyéndole pacíficamente como á una herencia que jamás nos será disputada, uniéndonos estrechamente á El como á dulcísimo esposo de nuestra alma, sin temor de ser jamás separados de El; y por esta unión seremos, dice san Juan, semejantes á Dios, esto es, puros, santos, poderosos, sabios y felices como Dios. Nos transformará en El, no destruyendo nuestro ser, mas uniéndolo Dios al suyo sin confundirnos jamás. Nos comunicará por medio de la visión beatífica que nos hará semejantes á El cierta participación de su misma naturaleza y de sus atributos, de su grandeza, de su poder, de su conocimiento, de su santidad, de sus riquezas y de su felicidad. A la manera que el hierro puesto al fuego, parece fuego, y un globo de cristal puesto al sol, semeja otro sol, así nosotros una vez que por la lum-

bre de la gloria y la visión beatífica estemos unidos á Dios, sin perder nuestra naturaleza y las propiedades esenciales de nuestro ser, vendremos á transformarnos en imágenes perfectísimas de Dios. Entonces sí que podremos decir mejor que san Pedro: ¡Oh, Señor, qué bueno es que nos estemos aquí! ¿Quién podrá jamás explicar la alegría de un alma que entra en el paraíso y que descubre al soberano y sumo bien? ¡Oh, qué éxtasis y qué arrebatos de amor! ¡Qué alabanzas y qué acciones de gracias por toda la eternidad!

Considera, después, cómo el cuerpo también tendrá su felicidad, que consistirá en cuatro cosas: La primera, en la belleza del lugar donde habitaremos, que es la casa de Dios; la segunda, en la compañía de los santos, quienes estarán todos unidos por la mutua é inviolable caridad, y por el comercio de amor que hará sus bienes, su alegría y su felicidad comunes á todos; la tercera, en los dotes del cuerpo glorioso, que son la inmortalidad, claridad, agilidad y sutileza; la cuarta, finalmente, en los placeres limpísimos de los sentidos, que tendrán todos satisfacciones muy puras sin disgusto ni fastidio. Todo esto nos está preparado para que neguemos á nuestro cuerpo los deleites vedados de la tierra, y le aflijamos con ayunos y penitencia, porque es imposible que tenga sus consuelos en esta vida y también en la otra.

Mas lo que formará el complemento de nuestra bienaventuranza, es la certeza de que jamás se ha de acabar. La eternidad es una duración sin término que no tiene ni pasado ni futuro, mas todo lo tiene presente. De aquí es que los santos gustarán en cada momento todos los gozos de la eternidad, aunque no totalmente; porque encontrarán siempre en Dios nuevos motivos de placer y de alegría. ¡Oh Sión santa, donde todo permanece, y nada pasa; donde todo se encuentra y nada falta; donde todo es dulce y na-

da amargo; donde todo es quietud y no hay agitación! ¡Oh tierra dichosa donde las rosas no tienen espinas; los gustos son sin dolor; la paz sin guerra, y sin fin la vida! ¡Oh santo monte Tabor! ¡Oh palacio de Dios vivo! ¡Oh celestial Jerusalén, donde entonaremos eternamente los armoniosos cánticos de Sión! ¿Quién tendrá dificultad en trabajar sabiendo que vos, oh bellísima ciudad de Dios, sois la recompensa de nuestras fatigas? ¿Quién rehusará el combatir viendo las ricas coronas que nos preparáis? ¡Ay de mí! Y yo estoy acá abajo sobre las riberas del río de Babilonia, donde mezclo mis lágrimas con la corriente de sus aguas. Me encuentro en una infeliz esclavitud, donde gimo bajo la tiranía de mis pasiones. Los señores á quienes sirvo me tratan con un rigor desapiadado. Por más que hago para contentarlos, no los contento jamás. Cuanto más les doy, más me piden. ¡Oh! ¿y cuándo, Dios mío, vendréis á librarme de esta esclavitud? ¿Cuándo me sacaréis de este destierro? Cuándo romperéis las cadenas que me tienen atado á esta tierra? ¡Muera yo presto, oh Dios mío, para veros, pues que no puedo veros sin morir! Bienaventurados, oh Señor, los que habitan en vuestra casa, porque os alabarán por toda la eternidad.

PUNTO III

El ejemplo de los santos.

Considera que el ejemplo de todos los santos, nos debe animar á ser santos como ellos, porque si hoy son bienaventurados, es porque fueron santos, mas piensa que no podemos participar de su gloria, sino imitando su santidad. Pero no nos imaginemos que su santidad sea efecto de su dicha, y no de su trabajo, de su mortificación y de sus lágrimas y penas; porque á todos les ha costado mucho el ser santos. Todos ellos tuvieron los mismos obstáculos que nosotros tenemos que vencer si queremos ser santos, y en cambio,

nosotros tenemos sus mismos medios para venderlos. Si pretendemos el mismo premio, puesto que tuvieron los mismos obstáculos que allanar y los vencieron, no podemos disculparnos con la imposibilidad de conseguir la santidad que ellos alcanzaron. Si tenemos los mismos medios para santificarnos que ellos, tampoco podemos alegar la dificultad; pero aun cuando las dificultades fueran mucho mayores, ya que deseamos la misma recompensa, debemos tener el mismo valor y constancia que tuvieron los santos para vencerlos ó renunciar el premio.

Recuerda que dice la Escritura para consolarnos, que Elías era un hombre sujeto á las mismas flaquezas que nosotros. Los Santos, en efecto, no fueron impecables; tuvieron flaquezas, defectos y pasiones, como nosotros, mas todo ello ha contribuído á su santidad; porque, si tuvieron flaquezas, supieron elevarse sobre ellas venciéndolas; si tuvieron pasiones, pelearon contra ellas y las superaron, y si incurrieron en defectos, se supieron corregir y enmendar. Pues siendo esto así, ¿qué es lo que podrás alegar para eximirte de trabajar en tu santificación? ¿Por ventura tu temperamento? ¿Será, acaso, más pronto que el de san Pedro, ni más violento que el de san Pablo? Pues mira cómo ambos hicieron servir la energía y viveza de su temperamento para la santidad. ¿Acaso será lo tierno y sensible de tu corazón? ¿Quién le tuvo, jamás, más tierno é inclinado hacia las criaturas que la Magdalena? ¿La fuerza de tus malos hábitos? ¿Quién los tuvo más fuertes, ni más arraigados que san Agustín? Y, no obstante, los venció y sujetó con el socorro de la gracia. ¿La multitud y duración de tus pecados? El buen ladrón no dejó jamás de pecar hasta la cruz, y en un instante fué santo y bienaventurado. ¿Es, por último, tu calidad, tu estado, tu empleo, tu edad ó tu sexo lo que te impide llegar á aquel grado de santidad á que te llama Dios N. S.? El cielo está lleno de muchos santos de tu misma calidad, de

tu mismo estado, de tu mismo empleo, de tu misma edad y de tu mismo sexo; ¿por qué no harás tú lo que ellos hicieron? ¿Por qué no trabajas para ser santo, como ellos trabajaron? Pero puede ser que no hayas tenido los mismos medios para tu santificación que tuvieron los santos. ¿Te atreverías á decirlo así, desmintiendo al testimonio de tu conciencia? ¿No sirves al mismo Señor? ¿Es este, por ventura, menos bueno para contigo, menos poderoso ó menos liberal que era entonces? ¿Debemos, acaso, tener menos confianza en los socorros del cielo, ó servir á Dios con menos fervor? ¿No tenemos al mismo Salvador? ¿Merece menos nuestro amor que el amor de los santos? ¿No tenemos el mismo Evangelio? ¿No es este también nuestra regla? ¿Tiene menos luces para alumbrarnos que las que tuvo para ser la antorcha que dirigió á los justos todos por los senderos de la virtud? ¿No tenemos los mismos Sacramentos que ellos? ¿La virtud de la sangre de Jesucristo, que está en ellos, tiene menos fuerza para santificarnos? Las gracias, que son el fruto de su sangre, ¿son menos eficaces para movernos ó convertirnos? ¿De qué procede, pues, que los mismos medios no produzcan en nosotros los mismos efectos que produjeron en los santos? Sólo depende de que no tenemos las mismas disposiciones que ellos tuvieron; de que abusamos de las gracias del Señor y de que los medios que habían de servir para nuestra salvación, los convertimos en obstáculos contra ella, por lo mal que de ellos usamos.

Coloquio.—No permitáis, Señor, que me suceda esto, antes os suplico, que la misma bondad vuestra, que me concede tantos medios para mi santificación, os obligue á concederme la gracia que necesito para aprovecharme de ellos. Haced, Señor, que la vista de vuestra gloria y el ejemplo de los santos me estimulen y animen á luchar conmigo mismo, y á no perder ocasión ni momento para ganar y asegurar-

me aquella dicha sin fin, ante la cual son nada los trabajos y tribulaciones del mundo.

Propósitos.—Pues no puedes ser bienaventurado sin ser santo, ni ser santo sin violentarte, propón hacer guerra sin cuartel á cuanto te podría impedir el conseguir tu eterna felicidad.

2 DE NOVIEMBRE

(Novena en honor de las almas del purgatorio.)

Meditación para el día de difuntos (1).

Preludios.—Imagínate oir el lastimero clamor de las campanas, que tocan á muerto sin cesar. Mira el templo de Dios cubierto con paños negros, y al pueblo silencioso y recogido que llena la iglesia ó camina triste hacia el cementerio. Escucha por todas partes el tremendo *Dies irae*, y pide al Señor que todo esto te haga pensar en el día de la eternidad y en la vanidad y locura de las cosas humanas.

PUNTO I

Visita al cementerio.

Considera cómo hoy el mundo todo se pone en camino para el cementerio, como si una fuerza extraña y sobrenatural arrastrase hacia él, lo mismo á los que creen y rezan, que á los mundanos y á los incrédulos. La ciudad de los vivos se traslada á la ciudad de los muertos, ó mejor dicho, una vez al año nos trasladamos á nuestra propia casa, que es el cementerio. Las demás no lo son, ó lo son, á lo más, alquiladas y como de paso, porque aquí vivimos nada más que en fondas ú hospederías, no tenemos ciudad permanente y caminamos "á la casa de nuestra eternidad„. Ese paseo al cementerio no es más que recuerdo y como símbolo del viaje forzoso que hacemos durante la vida, pues continuamente, y sea cualquiera la dirección en que vayamos, siempre caminamos

(1) Muchas de las ideas de esta meditación están tomadas del Dr. Sardá y Salvany en su precioso *Año Sacro*.

hacia esa casa ó región de la muerte. Velando ó durmiendo, sentados ó paseando, enfermos ó sanos, siempre avanzamos hacia el cementerio, y cada momento que pasa nos encontramos más cerca de él. Y es el único viaje del cual nunca se vuelve, la única casa cuya posesión nadie nos disputará. Entremos, pues, hoy en el cementerio á orar por los muertos, y á visitar á los que fueron y serán nuestros conciudadanos y compañeros. Allí, en aquel silencio, aprenderemos más que en el bullicio del mundo; allí está la cátedra de la verdad, la biblioteca en donde se aprende á conocer la vanidad de las cosas humanas, el gran libro de meditaciones, la idea madre de las grandes virtudes, la que ha poblado los claustros y los desiertos; para el incrédulo el fin de la vida, para el cristiano el principio de la eternidad.

El cementerio es, además, como el templo, lugar de oración. Es recinto sagrado, y es sacrílega profanación cuanto en él se haga opuesto á este su elevado carácter. No deben llevarte, pues, al recinto de los muertos otras ideas que la de reflexionar lo que muy en breve serás, y la de rogar por los que, como tú, han sido y no han hecho más que precederte algunos pasos. No debes, pues, llevar á él, como hacen los mundanos, ni la ostentación de una loca vanidad, que va más allá de la muerte, ni demostraciones paganas de coronas y de flores que la Iglesia condena, ni un lujo escandaloso que sólo sirve para profanar la santidad del cementerio y la seriedad de la muerte. Lleva allí tus sufragios por las almas de tus difuntos, y ve á buscar desengaños y lecciones para bien vivir en ese lugar en donde está el término de todas las locuras y vanidades. Pero el término final no se halla aquí; no se termina aquí tu existencia definitiva: el desenlace definitivo de ella se encuentra en la eternidad; en la eternidad, que no terminará jamás. Para tu dicha, si mueres en gracia; para tu desdicha, si mueres en pecado mortal.

Por los que murieron en gracia, pero con deudas que satisfacer aún al divino Juez, se te pide un sufragio. Sufragios son la oración, la Misa bien oída, los santos Sacramentos, la limosna dada al pobre por amor de Dios, la mortificación practicada, la tribulación resignadamente sufrida, el buen ejemplo, y toda clase de obras satisfactorias. Mucho bien se les puede hacer á las almas del purgatorio, con sólo obrar bien y aplicarles toda clase de buenas obras.

Con estos fines debes ir al cementerio, con otros no. ¡Feliz quien, dócil, escuche y con fidelidad practique las elocuentes lecciones que allí se dan al cristiano!

PUNTO II

En el cementerio.

Estamos en la región de la muerte y de la verdad. Se quedan en sus umbrales todas las ilusiones, se queda todo, menos las buenas ó las malas obras. ¡Qué silencio tan imponente, qué igualdad tan absoluta, qué humillación tan profunda para la soberbia humana! Ningún tema más sublime de meditación para la reforma de tu vida, que esas calaveras, esos huesos áridos y secos que todos pisan sin saber si fueron de un rey ó de un mendigo...

¡Cuántos hermanos nuestros descansan aquí! ¡Como nosotros vivieron ellos, y gozaron y sufrieron unos breves momentos en este lugar de tránsito y peregrinación! ¡Como á ellos nos arrebatará á nosotros la mano inexorable de la muerte, para sumirnos dentro de poco ¡dentro de muy poco! en los obscuros abismos de la eternidad! Nada aquí de vana teoría ó de hueca exageración. Si algo hay seguro y cierto y fuera de toda duda, es esto: murieron los que conmigo vivían ayer; moriré mañana, yo que tal vez me siento hoy día lleno de vida y de esperanzas y de juventud. ¡Hemos de morir, hemos de morir y muy pronto!

Como se suceden y se renuevan en el campo las cosechas, y caída una bajo la hoz del segador, nace y crece otra, á la cual aguarda inmediatamente el mismo destino, así se cambian y se renuevan en el mundo las humanas generaciones, bajo la afilada guadaña de la muerte. Otros recorrieron tiempo atrás estas plazas y calles, otros habitaron estas casas, otros llenaron estos templos, otros ejercieron estas artes y oficios, otros cometieron tus mismos pecados. ¿Dónde están? Con sus buenas ó malas obras, con sus vicios ó virtudes, recibieron la señal de partir, y desaparecieron de la escena del mundo como si bajo sus pies se hubiese abierto la tierra. Ocupamos hoy nosotros su lugar, vivimos como ellos vivieron, hacemos lo que ellos hicieron; como ellos nos juzgamos tal vez dueños de la salud, de la vida y de lo porvenir; como ellos quizá tenemos olvidado á Dios, y somos bastante temerarios para desafiar su justicia.

Pues considera que mañana se dirá de nosotros lo que decimos de ellos hoy: ¡Murieron! Y de nuestro fausto, de nuestra vanidad, de tu hermosura ¡oh mujer mundana! de tus millones, ¡oh rico sin Dios! de tu ostentoso renombre, ¡oh sabio sin fe! de tus envidias y rencores, ¡oh pobre sin resignación! no quedarán otro rastro ni huella que los que deja en el aire el ave fugaz que cruza por él un momento y desaparece para siempre á nuestros ojos.

Pero eso que morirá y se pudrirá y desaparecerá de la comedia del mundo, es tu cuerpo no más, la vil corteza que te cubre, no tu alma, no tu espíritu inmortal, que ese para siempre ha de vivir; ¡para siempre feliz, si mueres en gracia de Dios! ¡Para siempre, y horriblemente desventurado, si mueres en pecado mortal! Eso quisiera el incrédulo sin juicio, morir del todo un día para poder hoy embrutecerse del todo, sin temor al Juez que lo ha de condenar, sin la negra pesadilla del remordimiento, que amarga su

vida escandalosa ó descuidada. Eso quisieran los impíos, poder morir como mueren el perro y el caballo, para escapar así de las manos del Dios vengador á quien blasfeman y maldicen. Eso quisieran, pero no lo lograrán. Queramos ó no, somos inmortales, nos aguarda la eternidad y en los umbrales de la eternidad nos espera Dios para pedirnos estrecha cuenta de nuestras buenas ó malas obras.

El fúnebre clamor de las campanas te recuerda hoy estas tremendas verdades. Y te pide para los que murieron un piadoso recuerdo, una devota plegaria; para ti, que como ellos vas caminando á morir, enmienda formal de vida, reconciliación con Dios. Reza por ellos, oye la Misa, frecuenta la santa Comunión, ofrece al pobre una limosna. Pero no olvides ¡infeliz! tu alma propia, y haz desde hoy por ella lo que mañana tal vez vas á necesitar. Haz las paces con tu Dios y con tu conciencia. Te convida su voz por medio de esto mismo que lees quizá indiferente; es su mano bondadosa la que está ahora mismo dando aldabadas á tu corazón; te aguardan sus brazos llenos de misericordia.

PUNTO III

Consideraciones y propósitos.

Ayer se festejó á todos los santos: no le bastaba á la Iglesia dedicar cada uno de los días del año á algunos héroes de la fe y de la virtud cristiana. Millares y millares de hijos suyos, cuyos nombres sólo Dios conoce, no habían de pasar inadvertidos para la Religión, así como pasaron desconocidos para el mundo. Para todos ellos fué la fiesta de ayer el homenaje debido á sus merecimientos. Ni uno solo, por desconocido ó por olvidado, quiere la Iglesia que quede sin alabanza pública, así como ni uno solo, por desconocido ó por olvidado, queda delante de Dios sin recompensa y sin corona. Por esto se llamó la fiesta de ayer la de *Todos los Santos.*

Pues bien. Por la misma razón es hoy el día de *todos* los difuntos. Cada día se ruega por el amigo, por la madre ó por los hermanos; cada día se alza ante el trono de Dios, por seres queridos, la Hostia inmaculada, precio y satisfacción de su vida pecadora. La ley de la caridad exige, empero, que sea hoy un día de oración por todos, así como ayer fué un día de alabanzas por todos. Ayer, para los que en el seno de Dios reinan. Hoy, para los que en poder de su justicia expían. ¡Cuán cariñosa madre es nuestra madre la Iglesia católica! Madre es de todos, y por esto nos convida hoy á que oremos por todos como hermanos. ¡Rogad por ellos! ¡Rogad por todos! No le fijéis límite al alcance poderoso de vuestra oración. ¡Rogad por todos, que ese es el día de todos! Por los que yacen sin epitafio en la profundidad de los mares, por los que cayeron sin nombre en el horror de los campos de batalla, por el salvaje infeliz cuyo cadáver insepulto devoraron las fieras del desierto, por las mil y mil víctimas obscuras que arrebata cada día el brazo airado de la muerte sin que les cierre los ojos una mano amiga, ni rece á sus pies una voz llorosa.

¡Nadie se acuerda de ellos! habéis exclamado tal vez en un momento de irreflexiva compasión. Y felizmente os equivocabais, porque de ellos se acuerda la Iglesia. Y se acuerda y nos los recuerda. ¡Qué hermoso es el día de hoy en medio de su lúgubre aspecto! ¡Qué grandiosa es hoy nuestra augusta Religión! Henchidos los templos y postrada en sus enlutadas naves muchedumbre inmensa; un pueblo entero poseído de una sola idea, movido por una sola inspiración, la de la fe en la otra vida, la de la esperanza en la divina misericordia, la de la caridad por sus pasados. Las campanas rasgando los aires con el incesante clamoreo, que ora parece remedar el quejumbroso grito de auxilio de los que sufren en la otra vida, ora el fervoroso himno de súplica que por ellos

elevamos al cielo los que vivimos en la presente. El ministro de Dios, multiplicando al pie del ara santa sus ofrendas y sacrificios, y el murmurio suave del rezo popular no cesando un momento de acompañar en torno de él la oblación incruenta del Cuerpo y Sangre preciosísimos. ¡Con qué fe reza en ese día el pueblo cristiano! El susurro de la colmena no es tan agradable al labrador, como debe de serlo al Padre celestial el susurro incesante del *Padrenuestro* y el *Avemaría* con que se mueven durante el Sacrificio todos los labios.

Bendita seas, ¡oh cruz! que en medio del camposanto te levantas humilde y silenciosa, mudo centinela de la ciudad de los que fueron. Con mucha mayor elocuencia hablas tú que esos cien y cien letreros que en sencillas tumbas ó en lujosos mausoleos vienen, tal vez, á halagar el orgullo del hombre aun en el sitio que debiera ser de su mayor humillación y vergüenza. Todo es mentira, ¡oh cruz! todo esto es mentira. Mienten las alabanzas, aun después de la tumba; miente el oro, miente el mármol, miente el cincel del escultor, miente la profana corona de flores, frívolo obsequio, más que del afecto, de la vanidad. Tú sola ¡oh cruz! no mientes ni adulas. Tú sola dices la verdad. Quiero sentarme junto á tu rústico pedestal, que encubre la hierba y tapiza el musgo, quiero, á tu sombra, recoger las elocuentes lecciones que severa y majestuosa, pero á la vez dulce y consoladora, comunicas á todo el que te quiere oir. Tu tronco firme y enhiesto le veo clavado en tierra, y le rodea la podredumbre y horror de este osario; pero tus brazos se extienden en dirección á todo el mundo, y tu frente mira serena al cielo, que extiende sobre ti su inmenso pabellón.

¡Oh cruz! Eres el emblema de todo hombre, eres el jeroglífico inmortal que aclara y explica todo el misterio de mi ser. Mi pasado, mi presente, mi porvenir están descifrados en ti. Estás clavada, ¡oh

cruz! en el lodo de la tierra, y te rodean malezas, gusanos y corrupción. Así me ha criado á mí la providencia de mi Dios. En la tierra vil ha colocado mis pies, y me ha rodeado mientras vivo en ella de espinas y dolores, de miseria y de debilidad. Soy, por lo que mira á mi parte inferior, barro que vive en el barro; pero conozco que soy algo más, porque el barro que piso... este barro... no me acaba de contentar. Dios no me ha criado para cosa que tan poco vale. Este mundo, que es mi suelo, sólo lo ha criado Dios para que durante unos breves momentos lo huellen mis pies. Me insulta quien me diga que no soy sino un gusano más perfecto destinado á revolcarme y ensuciarme en más ancho lodazal. Por vasto que sea el mundo, ¿qué es al fin sino un gran charco de lodo para quien, ciego, no acierte á divisar algo más allá?

¡Tú me lo dices también, ¡oh cruz! con esa tu frente erguida, que mira constantemente al cielo! ¡Tú me lo señalas día y noche, y me muestras mi verdadero destino final! En vano te azotan lluvias y te sacuden vientos y te envuelven nieblas y rugen en torno de ti deshechas tempestades. Impávida, y sin vacilar, sigues mirando á lo alto, y no se dobla tu gloriosa frente ni cambia tu dirección. Así soy yo, pobre y deleznable mortal, pero con un alma hija del cielo, y que mi fe y mis obras, por la divina gracia, han de conducir allá. Clavados mis pies en tierra, busco anhelante el cielo, siento hambre y sed de lo infinito, tengo ambición inmortal, juzgo indigno de mí todo lo que no es Dios, porque me reconozco de la estirpe de Dios. ¡Animo, corazón mío, que pronto ha de llegar tu suspirado ideal! Muéstramelo siempre, ¡oh cruz bendita! Señálame siempre como faro luminoso estos rumbos, dirígeme siempre á ellos como certero timón.

Me aterra la enormidad de mis culpas, y temo hallar cerrado con cerrojos de bronce el cielo, á causa

de la muchedumbre de mis iniquidades. Imagen de Dios soy, que nací para el cielo; pero pecador me he hecho, y como tal me hice reo de condenación. Contemplo, empero, tus brazos de par en par abiertos, y ellos me hablan también, ¡oh cruz! palabras de aliento y de amor. Imagen son de los de mi divino Redentor, que en ti extendió los suyos para abrazar á todos los arrepentidos. Así tu tronco me advierte mi vileza, tu frente me recuerda mi dignidad, tus extendidos brazos me resuelven el enigma de estos dos extremos con esta sublime palabra: perdón. Gusano soy de lodo, pero la misericordia de Dios me devolverá limpias mis alas para hacerme ángel del paraíso. Por ti, ¡oh cruz! y en tus brazos, me logró Cristo la redención. Por ti, y apoyado en ellos, subirá mi alma del fondo de su actual miseria á la cumbre de su eterna felicidad.

Eso me dices, ¡oh cruz! y eso me estás á todas horas predicando, y eso sólo es la verdad. Y miente el mundo, y miente el oro, y miente el placer, y miente el humano orgullo. ¡Sólo no mientes tú!

Coloquio.—Señor, abridme los ojos del alma para que, en la visita al cementerio, aprenda y vea lo deleznable de mi ser, lo ridículo de mis vanidades y lo fugaz de mi existencia. Que aprenda á no amar al mundo, sus pompas y miserias, sino sólo á Ti, que eres el único Señor que nunca mueres.

Propósitos.— Despreciar y mortificar cada día más una carne que ha de ser pasto de gusanos.

3 DE NOVIEMBRE

Sobre la devoción á las almas del purgatorio.

Preludios.—Imagínate ver la cárcel del purgatorio y allí penando con increíbles penas de toda suerte y linaje á las benditas almas. Pide al Señor compasión para con ellas y para ti, que las llamas de tan terrible cárcel te iluminen para que evites las faltas é imperfecciones que son el pábulo de tan terrible fuego.

PUNTO I

Las almas del purgatorio son dignísimas de nuestra compasión.

Considera para avivar en ti esta hermosa devoción, en primer lugar, lo que son las almas benditas del purgatorio: lo que sufren en aquella espantosa morada y su impotencia absoluta para proporcionarse por sí mismas algún alivio en sus penas y dolores. Pondera, por qué la Iglesia viene hoy, especialmente, á excitar nuestra conmiseración hacia ellas despertando nuestra fe y nuestros recuerdos. Viene á solicitar nuestro auxilio en favor de almas santas y que son dichosas en medio de sus dolores, de almas cuya herencia es el reino de los cielos y del que nadie puede desposeerlas. Pacientes y resignadísimas en sus penas, bendicen á Dios como al más tierno de los padres, aunque las trata como Juez inexorable, pues reconocen que harto merecido tienen aquel castigo. Esas almas tienen, además, con nosotros relaciones de naturaleza y de gracia que no nos permiten ser insensibles á sus sufrimientos. De gracia, porque pertenecen á la misma Iglesia, tienen el mismo Padre y están salvadas y redimidas con la misma sangre. De naturaleza, porque ¿no habrá en aquellas tristes mansiones del purgatorio, personas de nuestra familia, amigos ó bienhechores nuestros? ¿No estarán allí nuestros padres, nuestros hermanos, los seres más queridos de nuestro corazón? ¡Quién sabe si de mil maneras no hemos contribuido á sus penas! ¿Quién puede asegurar que con sus malos ejemplos ó consejos ó con su falta de celo, por la salvación de sus prójimos, no ha sido causa de que hayan aumentado sus faltas y pecados, las infidelidades á la gracia divina, que esas almas expían ahora en el fuego del purgatorio?

Pero lo que hace todavía á las almas del purgato-

rio más dignas de compasión, es que en su extrema aflicción no tienen, por decirlo así, otra esperanza más que la que fundan en nosotros. Un pobre remedia con el trabajo su indigencia; si no puede trabajar, mendiga, y la pintura que hace de sus desgracias conmueve los corazones. Aun á los más miserables les queda siempre algún recurso, y el más seguro es invocar al cielo, que jamás es sordo á la oración del pobre. Pero á las almas del purgatorio todo les falta, si les falta nuestra caridad. ¿A quién pueden recurrir? ¿A la misericordia del Señor? El plazo de la misericordia ha expirado, y ahora sólo reina la justicia á la que hay que pagar toda la deuda. ¿A nuevos méritos? Ya no hay más tiempo, y no se puede sembrar en el otro mundo. ¿A las almas compañeras de infortunio? Todas están igualmente imposibilitadas para socorrerse. Sólo nosotros podemos aliviar sus males; y si no oimos sus gemidos ni vemos correr sus lágrimas, ahí está la Iglesia para recordarnos esas penas; escuchemos su voz, y no seamos, por nuestro olvido é indiferencia, tan severos para con esas almas como Dios ha sido justo al castigarlas. Acuérdate de aquella conmovedora palabra que nos dirigen: "Tened compasión de mí, al menos vosotros mis amigos, porque la mano de Dios me ha herido„.

PUNTO II

La devoción á las almas del purgatorio es muy agradable á Dios N. S.

Considera que esta devoción agrada muchísimo á Dios, no sólo por la caridad que nos une con las almas benditas, esposas suyas queridísimas y de la que esta devoción es un excelente ejercicio, sino por la gloria que le procura al mismo Dios. Pondera, en efecto, cómo esta devoción glorifica á su Providencia, que por el hermosísimo dogma de la comunión de los santos ha provisto de esta manera al bien de todos

sus hijos; de los muertos por los vivos y de los vivos por los muertos, convertidos estos en nuestros más celosos intercesores. Glorifica su santidad, de que el purgatorio nos da tan grande idea; su justicia que recibe de este modo entera satisfacción por la aplicación de los méritos del Redentor; pero, sobre todo, glorifica su misericordia y su amor que se muestran así por manera admirable y que son de todos sus infinitos atributos los que más quiere Dios manifestar á los mortales.

Medita á este propósito cómo descuidarte en socorrer á las almas del purgatorio y no fomentar tú la devoción hacia ellas, es no tener ningún celo por Dios que, hallando su gloria extrínseca en la libertad de aquellas almas justas, quiere procurársela por medio de nosotros y tiene derecho á reconvenirnos, si se ve frustrado ese designio de su misericordia. Porque si mucho admiramos á los hombres apostólicos que atraviesan los mares y van á países bárbaros á ganar para Dios almas de infieles, debemos saber y creer que la devoción á las almas del purgatorio, es un celo purísimo de la gloria de Dios que, con relación á su objeto, en nada cede al de la conversión de los paganos y lo sobrepuja en cierto modo, porque se trata de almas santas, predestinadas por Dios, confirmadas en gracia, de almas muy queridas por Dios y que están en un estado más propio para glorificarle, que las de todos los hombres que pudiéramos convertir.

El más leve alivio que llevemos á los sufrimientos de las almas del purgatorio, es además, un aumento de gloria extrínseca para la santa humanidad de Jesucristo, por el honor que se tributa á su preciosa sangre, pues en vista de sus méritos se otorga á las almas benditísimas ese alivio en sus penas Y mientras más pronto salen de su triste morada, más pronto recoge el Salvador el fruto de todo lo que ha hecho y sufrido por su salvación. María, madre de mi-

sericordia, los ángeles y los santos, que se regocijan tanto por la conversión de un pecador, muestran mayor júbilo aún cuando un alma del purgatorio hace su entrada triunfal en el reino de los cielos. Practica, pues, con espíritu y fervor una devoción tan agradable á Dios y á todos los amigos de Dios, y que tanto contribuye á su gloria, poblando el cielo de almas que lo conozcan y amen.

PUNTO III

La devoción á las almas del purgatorio, es muy ventajosa para nosotros.

Considera que esta devoción, bien entendida, es un ejercicio perfecto de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Nos ejercitamos en la fe, porque esta devoción nos hace entrar en la inteligencia de altísimos misterios, incomprensibles á la humana razón y en un mundo invisible á los sentidos, y trabajar para el cielo con tanta firmeza y convicción como si lo tuviéramos delante de los ojos. Nos ejercitamos en la esperanza, porque con la mayor firmeza y el mayor desinterés esperamos para esas almas tan penosamente probadas por la justicia de Dios los frutos de la sangre divina de Jesucristo, que cambiará sus gemidos en cánticos de júbilo. Por último, ejercitamos la caridad, no solamente hacia ellas, sino para con Dios N. S., amándolas porque El las ama, y apresurándonos á abreviar sus sufrimientos para aumentar la gloria de Dios y el júbilo de María, de los ángeles y de los santos.

San Francisco de Sales advierte que en esta devoción están reunidas todas las obras de misericordia, tan recomendadas en la Sagrada Escritura. Porque, efectivamente, con nuestra piedad hacia los muertos saciamos el hambre y apagamos la sed infinita de esas almas, santamente impacientes por poseer á Dios. Pagando su rescate las redimimos de la cauti-

vidad en que yacen, y acogemos á esos peregrinos dándoles hospitalidad en el mismo cielo. ¿Puede darse mayor ejercicio de virtudes?

Piensa también en la fuente de gracias que nos abre esta consoladora devoción. Porque Dios ha prometido medir su misericordia por la nuestra, y derramar sus dones con abundancia sobre aquel que socorra á su hermano indigente. Ahora bien, si por imposible, pudiera Dios olvidar esa promesa, se la recordarían en el cielo esos cautivos cuyas cadenas hemos roto, y cuya gratitud será para nosotros, en la vida, en la muerte, en cualquiera situación en que nos hallemos, un recurso poderoso y seguro.

Aquellas almas bienaventuradas pedirán y obtendrán para nosotros cuanto nos sea útil y necesario. Así estuviésemos en el último trance de la vida y aun en peligro inminente de perdernos, ellas rogarán con tanta instancia por nosotros, que Dios se dejaría ablandar. Las almas á quienes has librado del purgatorio se interpondrán entre ti y la justicia divina, diciendo al Señor, si es necesario: "¡Oh Dios mío! ¿Permitiréis la pérdida de quien nos ha consolado con sus sufragios en nuestra profunda aflicción? ¿Rehusaréis vuestra misericordia á ese bienhechor generoso que ha practicado por nosotros tantas obras buenas?

Haciendo bien á los fieles difuntos y pensando en sus penas, aprendemos también á temer la justicia divina, más quizá, que meditando en el infierno. Porque en el infierno Dios se muestra terrible, ¿pero sobre quién cae su cólera? Sobre pecadores endurecidos cuyas bocas sólo se abren y se abrirán para la maldad y la blasfemia. Pero en el purgatorio se ve á justos que se han dormido en la paz del Señor, elegidos á quienes el cielo espera, almas que lejos de murmurar bendicen y adoran á Dios. Ahora bien, si obedezco á la inspiración de la gracia, huiré del mal y hasta de la sombra del mal; abrazaré el cami-

no de la penitencia, persuadido de que Dios ha de castigar en el hombre aun las faltas más ligeras y todo aquello que no haya sido castigado mediante la penitencia por el hombre.

Coloquio.—¡Oh Jesús! Sea vuestro nombre bendito porque habéis querido confiarnos el alivio y la libertad de esas almas santas que tantos derechos tienen á nuestra compasión y á nuestros sufragios. ¡Cuán dulce nos es poder enjugar sus lágrimas y convertirnos en sus bienhechores, con la dulce esperanza de que ellas, en el cielo, serán luego nuestros más poderosos intercesores! Desde este momento os ofrezco por ellas todo lo que yo haga y sufra hasta el fin de mis días. Hoy, sobre todo, derramad los méritos infinitos de vuestra sangre á torrentes sobre las llamas que las consumen, y escuchad el grito de la plegaria que en todos los templos resuena.

Propósitos.—Hacer alguna oración ó sufragio por el alma más olvidada y desamparada del purgatorio.

4 DE NOVIEMBRE

Sobre el dogma del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Existencia del purgatorio.

Considera que el purgatorio es un lugar de pena y tormento, en donde las almas de los que han salido de esta vida, en amistad y gracia de Dios, pero sin haber enteramente satisfecho á la divina justicia por la pena temporal que sus pecados, cualesquiera que hayan sido, mereciera, acaban de purificarse, pagando esa deuda antes de poder entrar en el cielo, en donde, como dice la Sagrada Escritura, nada impuro y manchado puede entrar. El dogma del purgatorio está claramente fundado en la Sagrada Escritura. Recuerda si no como el Antiguo Testamento nos pre-

senta á Judas Macabeo recogiendo doce mil dracmas, botín y despojo de una señalada victoria contra los enemigos del pueblo de Dios, y enviándolas á Jerusalén, para que en el templo se ofreciesen al Señor sacrificios expiatorios por las almas de los soldados muertos en el campo de batalla, añadiendo estas palabras: "Santo y saludable pensamiento es el orar por los muertos, para que sean libres de sus pecados.„ También el Nuevo Testamento nos refiere estas palabras tan claras y tan precisas, salidas de los labios de Jesucristo: "Hay pecados que jamás serán perdonados, ni en este mundo ni en el otro.„ De donde se sigue evidentemente, que habrá pecados que serán perdonados en la otra vida; y aquellas otras, en la parábola del acreedor: "Hay una cárcel de la cual no se saldrá, hasta que se haya pagado el último denario.„

Además, san Pablo, en su epístola á los corintios, enseña "que en el último día habrá y arderá un fuego que destruirá las obras de algunas almas, que entonces solamente serán salvadas„. La segunda fuente de pruebas en favor de la existencia del purgatorio, nos la franquea toda la tradición, fortalecida de una manera infalible por el santo Concilio de Trento, con estas palabras: "Si alguno pretende que todo pecador penitente, cuando recibe la gracia de la justificación, obtiene la remisión de la culpa y de la pena eterna, de tal manera que no queda deudor de ninguna pena temporal que debe sufrir, ó en el siglo presente ó en la vida futura, en el purgatorio, antes de poder entrar en el reino de los cielos, sea anatema.„

Considera, además, cómo la misma razón apoya este dogma tan combatido por la herejía y la impiedad. Medita las razones con que lo defiende un santo padre: La primera es, como lo nota san Agustín, que hay tres clases de hombres. Los hay enteramente malos, á los cuales de nada sirven los sufragios

de la Iglesia. Hay otros que son enteramente justos, y éstos no necesitan de ellos, y, por último, hay otros, que ni son del todo malos, ni tampoco del todo buenos. A éstos están reservadas las penas temporales del purgatorio, porque sus pecados son veniales. La consideración de la justicia misma de Dios, es la segunda prueba; y, en efecto, si la bondad soberana no sufre que el bien y la virtud queden sin galardón ni recompensa, ¿cómo ha de permitir la justicia suprema de Dios, que el mal y el pecado queden impunes? La tercera razón puede tomarse de la sublime y santísima dignidad de la luz divina, la cual sólo pueden contemplar ojos enteramente limpios y puros. Atendida esta santidad altísima de Dios, es necesario volver á la pureza é inocencia del bautismo antes de poder aparecer delante de los divinos ojos. Todo pecado, y esta es una cuarta razón, todo pecado es una ofensa á la majestad divina. Es un perjuicio y daño contra la Iglesia, y una mancha que afea en nosotros la imagen de Dios.

Ahora bien, si toda ofensa exige un castigo, todo daño una satisfacción, y toda mancha que afea, una reparación que limpie, ¿quién no ve claro, como la luz del día, que al pecado correspondan en esta vida ó en la otra estas tres cosas: castigo, satisfacción y reparación? Además, ordinariamente, en las enfermedades, los contrarios se curan con sus contrarios, y como el pecado nace del placer, la pena, que es su contrario, viene á ser como su remedio natural. Nadie debe sacar provecho del descuido y de la negligencia, que es un defecto; ahora bien, si este defecto no se castigase, parecería ventajoso para la vida futura el haber sido descuidado y negligente en hacer penitencia durante la vida mortal. Aviva, pues, tu fe en este dogma, defiéndelo contra todos sus enemigos y persuádete que el modo de adelantar en virtud es que lo traigas siempre ante los ojos, porque así evitarás aun las faltas más ligeras é insignificantes.

PUNTO II

El dogma del purgatorio es sumamente consolador.

Considera que es sumamente consolador el dogma católico del purgatorio, cuya existencia, sacada de la divina Escritura, confiesa la Iglesia universal, declaran los Concilios, predican los santos Padres y abraza la misma razón natural como verdad indubitable, conforme á los fueros de la justicia y á las entrañas de la divina misericordia. Y á la verdad, como has meditado en el primer punto, todos sabemos que, cuando muere el hombre, ha de presentarse el alma ante el Juez y oir la sentencia de su futura suerte. Ahora bien; esta alma puede quizá ser el alma de un apóstol como san Pablo, ó de un mártir como san Esteban, que haya cruzado el erial del mundo hollando espinas de trabajos y sembrando flores de virtudes, hasta sellar con su sangre la fe que predicaba; y es justo y puesto en razón que al presentarse á Jesucristo con las vestiduras salpicadas con su sangre y el alma enjoyada con las ricas preseas de todas las virtudes, la reciba El con los brazos abiertos y el semblante amoroso, y la introduzca sin detención en el cielo.

Pero puede suceder también que el alma, cuyo cadáver yace aún insepulto y horroroso, haya volado desde el lecho del crimen ó estrépito de la orgía al tribunal inexorable de Dios, y se presente, sin haberse arrepentido, á dar cuentas allí de la sangre injustamente derramada, del despilfarro en la hacienda, de los escándalos no reparados, de las almas enviadas al infierno. Y el alma, que aparece ante la presencia del Juez desposeída de la vestidura de la gracia, ¿qué otra sentencia puede oir sino la sentencia de los réprobos, que sea entregada á Satanás para ser eternamente afligida con suplicios infinitos? ¿No pide esto la justicia? ¿No dicta esto la razón?

¿Había de caber la misma suerte á Nerón y á san Pedro, á Herodes y al Bautista, al rico Epulón y á Lázaro el mendigo? No puede ser.

Pero entre estas dos suertes diametralmente opuestas, la de los justos que nada tienen que expiar y la de los réprobos que, por haber muerto en pecado mortal, carecen de toda esperanza de salvación, hay un intervalo y distancia muy grandes donde caben infinidad de almas: todas aquellas que salen de este mundo en gracia de Dios, pero con alguna culpa venial ó resto de pena merecida y aún no satisfecha.

Ahora bien; ¿qué hará Dios de estas almas? ¿Las arrojará al infierno y confundirá con los espíritus infernales? Esto repugna á la divina bondad y justicia. ¿Las introducirá en el cielo? Esto se opone igualmente á la santidad y pureza infinita del Criador; pues sólo aquel cuyas manos sean inocentes y cuyo corazón esté limpio, subirá al monte del Señor. Nada manchado puede entrar en el reino de los cielos.

Y he aquí por qué el dogma del purgatorio es un dogma consolador. Dime, si todos los que en acabándose esta vida, hubiesen de estar limpios de toda mancha, so pena de ir al infierno, ¿qué suerte podríamos esperar la mayoría de los hombres, quienes por desgracia con tanta frecuencia, y ya que no por malicia, por fragilidad al menos, faltamos en muchas cosas?

Imagínate además, que un hombre, que ha llevado una vida disipada y sale de este mundo con una confesión buena, pero sin tiempo bastante para hacer penitencia, si no hubiese purgatorio ¿qué consuelo tendrían su esposa y sus hijos, sabiendo que en el cielo no entra nada impuro y que su marido ó padre no ha hecho penitencia de sus extravíos? ¿Pensarían que bastaban esas señales de arrepentimiento para creerle ya en el cielo, junto á san Hilarión, ó á san Antonio Abad, ó á los Padres del yermo?

Mas ahora pueden esperar que Dios le habrá aco-

gido en el seno de su misericordia, si como es de suponer y aquí suponemos, se dolió de sus pecados con contrito corazón.

Sucede con frecuencia, dice santo Tomás, que los justos mueren antes de haber hecho por sus culpas suficiente penitencia: sin embargo, no por esto puede negárseles la vida eterna que tienen merecida; mas porque sus faltas no deben quedar impunes, pues la justicia exige que el pecado se repare y ordene con la pena, es absolutamente necesario que, si no han satisfecho del todo, padezcan alguna pena temporal antes que obtengan el premio de la vida eterna. Y con razón: porque de esta manera, tanto el pecador que ha pasado una vida afeada con culpas y se arrepiente á la hora de la muerte, como el justo que no ha cuidado bastante de evitar los pecados veniales, encuentran debida y correspondiente sanción en el purgatorio, lo cual manifiesta la justicia, santidad y misericordia de Dios, y nos da una idea muy alta de la limpieza que se necesita para entrar en los palacios de la gloria.

PUNTO III

Del lugar destinado por Dios para purgatorio de las almas.

El lugar destinado á la expiación de las culpas veniales y de la pena temporal no satisfecha aún, de que eran deudores por los pecados ya confesados, llámase purgatorio, porque en él "como en crisol se purifican y afinan las almas, hasta que abrasada con el fuego de su tormento la escoria de sus culpas, esto es, pagadas las penas á que por ellas quedaron obligadas, cobran entero lustre y hermosura con que se hacen dignas de parecer en la presencia de Dios, agradables á sus divinos ojos, participantes de los goces eternos, compañeras de los ángeles y hermanas de todos los espíritus celestiales„.

Este lugar, según la opinión común y recibida, ya

que con certeza no consta ni la Iglesia lo ha definido, es un lugar fijo, tenebroso, profundo, desierto, situado en las entrañas y concavidades de la tierra. Conceden los teólogos, y los hechos lo atestiguan, que alguna vez, por divina dispensación, y ocultos designios de Dios, visitan las benditas almas del purgatorio la mansión terrena, recorren varios lugares ó se detienen en uno determinado; pero fuera de estos casos excepcionales y de suyo poco frecuentes, lo ordinario es que estén encarceladas en aquella cárcel tenebrosa, próxima al infierno y encima de él, privadas de la vista del firmamento estrellado, y en noche perpetua.

No hacen diferencia entre el día y la noche; porque ni hay sol, ni aparece la luna que distingan los tiempos: continuamente en vela, sin dar tregua á sus tormentos ni un instante de reposo á su penar, ignorarían la sucesión de los días, semanas, meses y años, si no fuera por la llegada de otras almas que han de expiar en aquella cárcel sus culpas, y por las frecuentes y consoladoras visitas de los ángeles custodios y de la soberana Madre de Dios, que es también la reina de aquellas tristes moradas, y á la que principalmente deben el alivio que reciben en sus grandes solemnidades.

Millones y millones habitan las silenciosas cárceles del purgatorio, y no es improbable decir que el número de los que expían en él sus faltas puede compararse, si no excede, al número de los que componen la Iglesia militante. Tan grande es el pueblo de esos justos, amantísimos todos de Dios y de María inmaculada, ciudadanos de un imperio que puede llamarse "el imperio de la perfecta resignación„.

En ninguna parte como allí se verifica la palabra del Salmista: "La justicia y la paz se dieron ósculo cariñoso„. Mientras en el cielo, entre dichas sin fin, bendicen los bienaventurados el triunfo de la misericordia, y en el infierno, entre indecibles tormentos,

rinden los condenados homenaje al rigor de la justicia divina, en el purgatorio aman, adoran y bendicen las almas la misericordia y bondad de Dios, que, por la sangre de Jesucristo, les perdonó las culpas y les dió derechos al cielo, y su justicia inexorable, que les cierra las puertas del paraíso de la gloria y las detiene en el reino de la expiación hasta que se hayan purificado del todo y pagado el último maravedí de la pena contraída. Y con tanto amor y gusto aceptan este fallo de la divina justicia y sentencia del soberano Juez, que ellas mismas, sin ser para ello forzadas, al reconocerse impuras se van al purgatorio, al lugar de la purificación, como palomas que en la aspereza del monte vuelan ansiosas en busca de su nido. Porque viendo en sí la herrumbre del pecado, que es el impedimento para ver á Dios, impedimento que sólo el purgatorio puede quitar, lánzanse á él las almas por voluntad propia; y entre ir de repente al cielo conservando tal impedimento, ó dirigirse al purgatorio, es tal el amor que tienen á la pureza y santidad de Dios, que escogieran sin vacilar arrojarse al lago y crisol donde se purifica la herrumbre de la culpa.

Por esto en los abismos de aquel reino misterioso no se oye propiamente una queja, ni se descubre acción alguna que revele impaciencia, ira ó enojo contra los decretos de Dios ó las penas horribles que padecen. Cuando oímos, pues, que se lamentan de su suerte y nos compelen á que las socorramos, al representarnos la viveza de sus tormentos y las ansias insoportables que tienen de volar al seno de su Amado, no quieren significarnos que se agota su paciencia, que desfallecen sus fuerzas para padecer, que se acaba su resignación. Quieren, sí, excitar nuestra compasión, mover nuestra piedad, enfervorizar nuestro celo en la práctica de la virtud, y, puesto que estos son los deseos de Dios, obligarnos á contribuir con nuestras obras y sufragios á su pronto rescate y

libertad. Por lo demás, ellas están perfectamente resignadas y conformes con la divina voluntad en medio de los más exquisitos suplicios y torturas inauditas á que la justicia eterna é inflexible de Dios las ha sometido.

Coloquio.—¡Qué grandes y maravillosas son tus obras, oh Dios mío y cómo nos atraes con las esperanzas del premio y nos atemorizas con el miedo de tus castigos! ¡Oh purgatorio! Tú nos llenas de compasión por tus penas, pero nos inspiras confianza en la misericordia divina. Oid, ¡oh Dios mío! nuestras súplicas; cerrad para todos los fieles la puerta del horroroso abismo del infierno; abrid para ellos las de la eterna gloria, y librad ¡oh Señor! de sus penas á cuantas almas se encuentran en el purgatorio, llevándolas á gozar con Vos de la inmortal corona de la bienaventuranza.

Propósitos.—Servirte de la memoria del purgatorio como estímulo para el trabajo, como esfuerzo para el desfallecimiento y como freno contra tus pasiones.

5 DE NOVIEMBRE

Sobre las terribles penas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Pena de daño.

Considera que la perfectísima resignación en que viven las almas del purgatorio, no impide que sus penas sean intensísimas, sobre toda humana comprensión. Como las de los réprobos, se reducen á la pena de *daño* y á la de *sentido*. Son las del infierno eternas: las del purgatorio temporales: carecen los moradores del infierno de toda esperanza de poseer á Dios: tiénenla las almas en el purgatorio, y ciertísima, de que han de ver un día su divino rostro: lo

contemplaron ya amoroso cuando fueron de él juzgadas: conservan impresa en sí mismas su imagen hermosísima: le pertenecen: le aman como nunca le amaron: son esposas suyas queridísimas, pero están separadas de él: las murallas de aquella cárcel tenebrosa se levantan hasta tocar con el cielo y les impiden atravesar los umbrales del palacio glorioso de su Amado. Esta separación es su mayor martirio: constituye la pena de *daño*. Tormento es este que nosotros, mientras estamos en esta vida, no podemos apreciar, pero cuyo suplicio excede á los padecimientos imaginables de este mundo. Cabe afirmar que la intensidad de esta pena se mide con rasero divino, pues la causa de su padecer es cabalmente el amor que tienen á Dios: amor tanto más encendido y vehemente cuanto conocen mejor la incomparable hermosura é infinita bondad de su dueño y señor. ¡Oh! ¡qué ansias, qué arremetidas, qué llamaradas de deseos las suyas de verle, de poseerle, de gozarle eternamente! Nada habremos dicho con llamarlas hambre, ni sed, ni fiebre: estas palabras significan cierto padecimiento limitado; y las almas tienden con ímpetu, propio de los espíritus separados y con violencia necesaria, á un objeto de infinita bondad, á quien no pueden ya dejar de amar, para quien únicamente viven, como que es el término único y exclusivo de todos los pensamientos de su mente y de los ardores de su voluntad.

Puedes formarte alguna idea de este tormento, por el de una madre que, llamada por su hijo, á quien va á devorar una fiera, se sintiese detenida por una fuerza invencible, en el momento mismo en que se lanzaba á socorrerle, y esto no una vez sola, sino diez y cien veces más.

Hay en este suplicio, dicen los santos, una angustia, en cierto modo, más sensible que la misma angustia del infierno. Los infelices condenados no aman á Dios; su deseo insaciable y siempre renaciente, es

de ver á Dios aniquilado y destruído; pero las almas santas del purgatorio aman á Dios, y le aman tanto más cuanto más le conocen; le han visto; han comprendido el amor que las tiene, han experimentado su bondad, y saben cómo cerca de El y unidas á El serán dichosas: y sin embargo, son detenidas lejos de El, en la cárcel del purgatorio. Este tormento es una sed que nada puede apagar, es un hambre que nada puede aplacar, es un peso enorme que ahoga, y del cual no se pueden desembarazar.

Algo experimentó santa Teresa de estas misteriosas angustias. En vano, dice, me esforzaría en hacer entender y conocer la naturaleza de esta pena inexplicable: algunas veces el alma siente un deseo irresistible de Dios, deseo que le lanza á un profundo desierto, en el cual no ve cosa alguna en que reposar. No saborea las delicias del consuelo del cielo, porque todavía no está en él, ni las de la tierra, á la cual no pertenece. Está realmente entre los confines del cielo y de la tierra, presa de un terrible tormento, sin alivio de ninguna especie; he aquí las angustias de la muerte. ¡Oh Jesús mío! exclamaba esta Santa, ¿quién podrá pintar exactamente este estado del alma? Es un martirio que la naturaleza apenas puede soportar, quedan como dislocados todos mis huesos, no puedo unir mis manos rígidas, y hasta el día siguiente me queda un dolor vehementísimo en todo mi cuerpo, como si todo él estuviera dislocado. Un solo deseo me abrasa y consume: el deseo de morir, morir, ir á gozar de la vista de Dios. Este es el estado, añade la Santa, este es el estado en que se hallan las almas del purgatorio.

Mira lo que pasa en los corazones que han amado mucho en la tierra, cómo quedan despedazados y afligidos por la pérdida de los objetos de su cariño. No es nada esa pena, porque no hay amor comparable al que las almas tienen á su Dios, que es el centro de sus deseos, ni hay torrente ni río contenido y

represado que así tienda á la mar, como aquellos espíritus purísimos tienden hacia su último fin y dicha.

Tiende tú á Dios siempre y en todas las cosas; míralo en todas partes, que sea El el fin y norte de todas tus acciones y así conseguirás salir purificado de esta vida miserable y poseer muy pronto la eterna felicidad por la que suspiran las almas en el purgatorio.

PUNTO II

Pena de sentido.

Considera que á la pena de daño se junta la de sentido. Fuego real y verdadero como el del infierno, obrando milagrosamente sobre las almas, es el instrumento que Dios ha tomado por ejecutor de su justicia. En su comparación, el fuego de este mundo parece pintado: como que éste fué criado por Dios para servicio y utilidad del hombre y aquél para castigo de sus culpas. Cuanto en este mundo se puede padecer, cuantos suplicios ha inventado la crueldad de los tiranos, cuantos la imaginación más exaltada puede reunir y amontonar, son como sombra y refrigerio, si se cotejan con la pena de sentido que padecen las pobrecitas almas del purgatorio. Recorre, si quieres, con la fantasía todos los hospitales esparcidos por el ámbito del mundo: penetra en esas moradas donde todo dolor tiene su trono y asiento, en donde los enfermos son muchos y las enfermedades no tienen número: cuantas tristezas, amarguras, dolores y crueldades te representes, no llegarán á la pena que sufre un alma en el purgatorio. Es más penoso aquel fuego que todo cuanto el hombre puede padecer en esta vida, dice san Agustín: más duro y acerbo que cuantas penas se pueden ver, pensar ó sentir en este siglo. De iguales expresiones se valen para significar la acerbidad de aquellos tormentos san Gregorio Magno, el venerable Beda y otros santos Padres: san Anselmo, tratando de las penas del purgatorio,

asegura que la pena menor que allí se padece excede á la mayor que en esta vida se puede pensar, y santo Tomás, conformándose con la célebre frase de que uno mismo es el fuego que acrisola el oro y abrasa y devora la paja, dice terminantemente que unas mismas llamas atormentan á los condenados en el infierno y á los justos en el purgatorio.

"Juntad, dice santa Catalina, juntad en una todas las penas que los hombres han sufrido, sufren y sufrirán, desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos. Unid á ellas todos los tormentos con que los tiranos y los verdugos afligieron á los mártires; todo esto no es más que una pálida imagen de los tormentos del purgatorio, tanto que, si se diera á escoger á las pobres almas allí detenidas, elegirían padecer todos esos tormentos, durante muchos años, antes que estar un día más en el purgatorio." No me digas que el cuerpo no se halla en el purgatorio. "El dolor, dice santo Tomás, no es el golpe que se recibe, sino la sensación dolorosa de ese golpe. Cuanto más delicada es esa sensación, más vehemente es el dolor, y el alma, que está sola sin el cuerpo, acometida por ese fuego, experimenta el dolor que le haría padecer cada uno de los miembros del cuerpo, invadido, por separado, de ese mismo fuego."

Este fuego del purgatorio, cuya naturaleza nos es del todo desconocida, ha sido dotado por Dios con una especie de juicio é inteligencia, para investigar los senos del alma, y consumir todo lo que en ella hay de herrumbre de pecado, y por eso obra al mismo tiempo en la imaginación, en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad.

No pasemos más adelante; prestemos oídos atentos y oigamos esos gritos desgarradores que salen de aquel abismo de fuego. "*Crucior in hac flamma*". "Me abraso en estas llamas." "Compadeceos de mí, al menos vosotros mis amigos, porque me ha herido la mano del Señor."

PUNTO III

La pena del gusano de la conciencia; ó sea del remordimiento.

La tercera pena del purgatorio, más cruel si se quiere que el mismo fuego, es la del gusano de la conciencia, ó sea del remordimiento, que se siente por los defectos de la vida pasada. Tres dolorosas miradas echa el alma sobre sí misma: con la primera ve todo el mal que podía haber evitado, y no lo evitó. ¡Cuántos pensamientos consentidos, cuántos afectos desordenados no reprimidos! ¡Cuántas palabras ociosas, cuántos actos indecorosos, cuántas distracciones no desechadas! ¡De cuántas debilidades y de cuántos escándalos podía haber huido! Y no pudiendo menos de reconocerse reo, se entristece sumamente, no tanto por el daño ocasionado á sí misma, cuanto por la ofensa que ha hecho á Dios. ¡Oh, mil veces feliz aquel á quien la conciencia no le arguye de algún delito!

Con una segunda y más penetrante mirada, conoce el alma en el purgatorio el bien que podía haber hecho en vida y que no hizo. ¿Qué más pudiera el Señor poner de su parte para que aquella viña suya produjera frutos de vida eterna? La hizo nacer en el seno de la fe, la adornó de entendimiento y de libertad, se dignó nutrirla con los santos Sacramentos, fortalecerla con gracias celestiales, atraerla á Sí con el ejemplo de los buenos. Con tantos estímulos y auxilios debía, como gigante, haber corrido velozmente por el camino de la santidad y llegado á la cumbre de la perfección. Mas, á pesar de todo, muchas veces se paró en el camino; otras anduvo á paso lento, se enfrió en los ejercicios de piedad, dejó pasar muchas ocasiones de bien obrar é hizo, por culpa suya, ineficaces muchas gracias del Señor. En vista de tanta negligencia, llora y suspira por no tener ya

tiempo de reparar lo perdido. Mas tú puedes todavía repararlo con un fervor más íntimo y con una exactitud más constante en el servicio de Dios; ¿y por qué no lo haces así?

Con otra mirada más sublime dirigida hacia el cielo, divisa, por último, el alma desde el purgatorio el puesto que le está destinado en el reino eterno; pero de paso ve y conoce con dolor, que con evitar á su tiempo, como estaba en su mano, tantos defectos, y con haber obrado todo el bien que le fué posible, sería mucho más glorioso y resplandeciente su trono en el cielo. Porque es indudable que habiendo muchas moradas en aquella patria feliz, cada grado de mérito aumenta á proporción los grados de gloria, y cuanto más se acerca á Dios el alma por la perfección de la caridad en esta vida, tanto más cerca de El estará en la otra. ¿Deseamos gozar de la más sublime gloria en el cielo? Esforcémonos en ser los más virtuosos y perfectos en la tierra.

Coloquio.—Dame gracias abundantísimas ¡oh Señor! para que me haga, cual Tú deseas, perfecto y semejante á Ti; para que huya de toda falta por pequeña que sea, para que crezca en toda clase de bienes y merezca un puesto distinguido á tu lado en el cielo. Las almas del purgatorio, porque faltaron á algunas de estas cosas, pagan rigurosamente la pena en aquella cárcel de dolores, entre los continuos remordimientos de su espíritu. Tranquiliza, Señor, su conciencia; aquiétalas con el perdón de sus pecados, con la remisión de la pena que deben por ellos, con llamarlas á la corona y á la gloria para que, gozando de Ti en el cielo, cese finalmente el arrepentimiento y la aflicción, de que amargamente se alimentan en medio del fuego del purgatorio.

Propósitos.—Antes de cometer las faltas infinitas que constituyen tu vida, piensa que no haces más que hacinar leña con que alimentar el fuego del purgatorio.

6 DE NOVIEMBRE

Sobre otros tres motivos de pena de las benditas almas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La vista de sus pecados.

Considera cómo las almas del purgatorio ven las cosas de Dios de distinta manera que nosotros. Iluminadas con luz divina, conocen cuán acreedor es Dios á nuestro amor, á nuestro respeto y obediencia, y todo lo que ha habido en ellas de flojedad, de ingratitud y de falta en los pecados que cometieron en la vida. Esta flojedad y tibieza, que tienen siempre delante de los ojos, las llena de tanta confusión y vergüenza, que buscan, aunque en vano, huir de las miradas de sus compañeras en las penas. Tienen siempre ante sus ojos su ingratitud para con Dios, y esta vista las remuerde tanto, que su corazón está á cada momento despedazado y herido, y hasta experimentan inmensa satisfacción en sufrir para expiar su falta de amor. Se parecen á un hombre que, en medio de un calor abrasador, está rodeado, apretado, oprimido con un manto ó capa, cuyo peso le abruma. Bajo ese manto se hallan encerrados, como en un nido, gusanos que se alimentan de la carne de ese hombre, y le atormentan con su mordedura, sin que él pueda librarse de ellos. Ese manto está desgarrado, sucio, y el que lo lleva se ve obligado á permanecer delante de una persona muy fina y delicada, que siente á su vista un sentimiento de profundísima aversión. ¡Oh, qué estado este tan terrible, qué dolor para el cuerpo, qué vergüenza y qué confusión para el alma! Este es el estado constante, esta la pena continua, esta la confusión de las almas deteni-

das en el purgatorio, acordándose de sus faltas delante de Dios y de sus ángeles.

A esta vergüenza se junta el pensamiento de cuán fácilmente pudieron evitar los pecados, por los cuales ahora padecen. ¡Ah, repiten, si hubiera obedecido al mandato divino en tal ocasión, en que tan poco me costaba! ¡Si no hubiera rehusado hacer aquel ligero sacrificio que Dios me pedía! ¡Si no hubiera proferido aquella palabra que mi conciencia decía que era contra la caridad! ¡Si hubiera ganado aquella indulgencia tan fácil de ganar, no me vería en el triste estado en que me veo, no sufriría lo que sufro!

¡Remordimientos tardíos é inútiles! Las lágrimas no tienen virtud de purificar cuando se ha dejado pasar el tiempo de la misericordia. ¡Oh almas queridas, que á lo menos vuestras penas sean para nosotros provechosísima lección!

PUNTO II

El olvido en que se las deja, segundo motivo de pena.

Considera que ser olvidado en la tierra, y olvidado de aquellos que nos han amado y á quienes nosotros hemos amado también, es un torcedor terrible para el corazón. ¡Pero ser olvidado cuando se está en el purgatorio, cuando el corazón se ha hecho más delicado y sensible, y nada puede apartarle de este pensamiento, debe ser un dolor mucho más agudo! ¡Oh! y ¡cuán justas son estas quejas que un religioso oyó á esas pobres almas abandonadas y olvidadas! ¡Oh hermanos! ¡Oh hermanas! ¡Oh amigos! ¿Es posible? Tanto tiempo ha que os esperamos, y no venís; os llamamos, y no nos respondéis. Padecemos tormentos, con los cuales ningunos se pueden comparar, ¿y no os compadecéis? lloramos, ¿y no nos consoláis? ¡Ah, todos aquellos á quienes en la tierra amábamos con todo nuestro corazón, nos han olvidado en esta noche sombría, lloramos y gemimos, y no

hay quien nos consuele! ¡Se acabó todo! ¡Se acabó para siempre! ¡Todos me han echado en olvido, ni un solo recuerdo me liga con la tierra! ¡Por todas partes el olvido; se olvida toda mi vida; se olvida mi nombre, que nadie pronuncia; se olvida mi sepulcro, que nadie visita para rezar en él; se olvida mi muerte, que nadie llora! ¡Olvido total en el mundo y por todas partes!

Las últimas palabras de despedida, al separarnos para venir á este mundo, estaban empapadas en tristeza, protestas tiernísimas, juramentos de un recuerdo eterno, lágrimas más ó menos sinceras, lápidas que al poco tiempo nadie lee, sufragios más de ostentación que de piedad; pero al poco tiempo nadie se acuerda del abandonado difunto, y se puede asegurar que hay en los vivos un olvido casi universal de los muertos. A los pocos días, á lo más, á los pocos meses nadie ora, nadie se acuerda de ellos. Pero no, que hay en la tierra un corazón que jamás olvida, un corazón dispuesto en todo tiempo á socorrer á las almas de los muertos olvidados. Este corazón es el corazón de la Iglesia, el corazón de una madre. Esta madre pide todos los días al Señor que les dé el reposo eterno, la libertad y la luz. Y nosotros, hijos de ella; nosotros, hermanos de los que sufren en las cárceles del purgatorio, que por mucho tiempo los tuvimos olvidados, debemos unirnos á las oraciones y buenas obras de la Iglesia, nuestra madre.

Considera luego otra causa de terrible sufrimiento para las benditas almas. La incertidumbre del tiempo que han de estar detenidas en el purgatorio. Si es espantosa la incertidumbre para los que están encarcelados en la tierra, ¿qué será con los encarcelados de ese otro mundo invisible, obscuro y lleno de todo linaje de dolores? ¿Quién será capaz de explicar lo que es para las almas que padecen en el otro mundo, el tiempo y la duración? Porque, para nosotros, la duración no es el tiempo que pasa, es la su-

cesión de cosas que sentimos nosotros pasar, y la lentitud de ese paso crece en los que sufren, en proporción de su dolor. Esto es lo que hace que para las almas del purgatorio, los minutos sean días, los días años muy largos, y los años siglos interminables.

Considera cómo los que están detenidos en el purgatorio, mucho más que los encerrados en las cárceles del mundo, contarán esas horas interminables, que irán pasando lentas, lentas, y que el tormento y el dolor las hará más que pesadas, eternas é interminables. ¡Y si á lo menos esas pobres almas pudiesen saber la hora en que se han de ver libres de aquella espantosa cárcel! Si pudiesen decir: Después de tantos años de padecimientos se acabarán mis dolores, y volaré al cielo. Pero no. Saben muy bien que ha de llegar la hora de su libertad, y esta esperanza y el amor de Dios que arde en su corazón, dicen los santos, que distingue el purgatorio del infierno; saben muy bien que ha de sonar esa hora; pero ¿cuándo sonará en el reloj divino? No lo saben. Y hasta el momento determinado por Dios, les parece oir una voz abrumadora que cada vez que ellos preguntan: ¿Cuándo será? les responde infaliblemente: "¡Todavía, todavía más dolores. Aún hay que expiar y purificarse más!„ Este pensamiento nos debe mover á no dejar nunca de rogar y pedir á Dios por las almas del purgatorio.

"Temo mucho, dice san Francisco de Sales, temo la buena opinión que de mí han formado mis amigos. Creerán después de mi muerte que estoy en el cielo, y me van á dejar abandonado en el purgatorio.„

PUNTO III

Incapacidad de merecer en las almas del purgatorio.

Considera que si es duro el padecer en este mundo, no le faltan consuelos que lo hacen llevadero y aun apetecible á los santos y á las almas justas. En

pántase la naturaleza á la sola idea de sufrir; pero la consideración de perfeccionarse uno á sí mismo en medio de los trabajos, y de recibir un eterno galardón en el cielo, hacía rebosar de júbilo á los mártires á la vista de los potros y cuchillos, y poblaba los desiertos de fervorosísimos penitentes. Mas el padecer del purgatorio es un padecer que no admite tales consuelos; es una pura satisfacción de deuda, y podría llamarse un puro padecer. ¿Pues cuán digno no será de nuestra compasión y de nuestro socorro?

La virtud no nace con nosotros, sino que se adquiere; la naturaleza nos da la disposición para las virtudes; Dios nos da los hábitos de ellas, la gracia nos comunica estímulos y auxilios, mas con todo, la virtud no se adquiere sino con los actos, y, á proporción de lo que aquellos se multipliquen, crecerá en nosotros la virtud y perfección. El empeño del cristiano consiste en perfeccionarse lo más que pueda con la práctica de las virtudes. Pero este ejercicio no dura sino cuanto dura la vida; en la muerte, se pone el sello á todo aumento de merecimientos, y no se pasa adelante de donde se llegó en vida. Sea mucho ó poco lo que se haya padecido; háyanse practicado ó no actos virtuosos, no se gana mayor mérito en la otra vida. Por muy grandes y terribles que sean las penas que sufran las almas del purgatorio; por muy heroicos que sean sus sentimientos, su virtud no crece, sus méritos no se aumentan. Apresurémonos, pues, á acumular merecimientos durante nuestra vida, y no dejemos pasar un solo día sin dar un paso más en la carrera de la virtud.

A proporción del progreso en la virtud y de los méritos que se adquieren en la vida, se sube más alto en el cielo y se obtienen mayores grados de gloria. Quien hubiera ganado más en la tierra, brillará allí con más bellos resplandores; y ninguna obra, ninguna palabra, ningún deseo quedará sin la correspondiente merced por parte de Dios, como El mismo lo

ha prometido. Las almas del purgatorio, no creciendo en méritos, no pueden tampoco prepararse un grado de gloria más subido del que ya les pertenece. Su estado es fijo; el puesto que han de ocupar les está ya destinado. Esta reflexión, que hace los padecimientos mucho mayores, muévanos, á lo menos, á ser más cautos y solícitos en procurarnos un lugar más elevado en el cielo.

Coloquio.—Señor, dadnos gracia y tiempo para acumular en esta vida copiosos frutos de buenas obras, para obtener junto á Vos un puesto más elevado en vuestra gloria; pero al mismo tiempo dignaos abrir las puertas á vuestras queridas esposas del purgatorio, para recibirlas en aquellos tronos que ganaron en vida con sus obras de virtud y de merecimientos. Quitad todo lo que sirva de obstáculo á su libertad; perdonad toda deuda que les quede aún por expiar entre las llamas del purgatorio, y haced que después de tantas penas sufridas en tan dura cárcel, lleguen, finalmente, á recibir de vuestras divinas manos aquella corona de justicia y de gloria que, en la celestial Sión, habéis preparado para su eterna recompensa.

Propósitos —Haz hoy alguna mortificación extraordinaria en sufragio de las almas benditas.

7 DE NOVIEMBRE

De tres lecciones que nos dan desde el purgatorio las almas benditas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Primera lección: el amor á la pureza de conciencia.

Considera que son muchas las lecciones y enseñanzas que podemos sacar, para nuestro provecho, de la meditación del purgatorio. La primera lección, y la que más nos importa entre todas, es el amor de

la pureza en general, y, como consecuencia, el temor de ofender á Dios, el huir de las ocasiones de pecar, el deseo de mortificarnos para expiar las faltas cometidas, el empeño en ganar indulgencias, en una palabra, tomar todos los medios posibles para librarnos cuanto nos sea posible de las llamas del purgatorio.

Apenas se separa el alma del cuerpo, se encuentra, sin darse cuenta de cómo, *delante de Dios,* á quien ella ve y conoce, y por un ímpetu irresistible de su naturaleza, se siente atraída á El como á su último fin y á su eterna felicidad, y eso con una fuerza á la cual en la tierra nada se puede comparar. Pero de repente aparece á sus ojos *la pureza de Dios,* esta pureza infinita y perfectísima, incapaz de explicarse con lengua humana; y entonces, al verse el alma manchada con la culpa, aunque sea muy ligeramente, se siente poseída de un horror tal, y al mismo tiempo de un deseo de purificarse para unirse á Dios, que se lanza impetuosamente á las llamas del purgatorio como al crisol en donde ha de purificarse el oro de su caridad.

Así lo explica santa Catalina, la cual añade: "que si conociese el alma otro purgatorio más terrible en el cual pudiese ser purificada más pronto, á él se precipitaría con toda la fuerza del amor que tiene á Dios. Mil veces preferiría el alma despeñarse en el abismo del infierno, antes que comparecer ante la Majestad divina con la menor mancha de pecado.„ Porque en el purgatorio, esta alma justa y amante no ve más que dos cosas: "la pureza y santidad de Dios, á quien ama, y la necesidad de hacerse digna de esa pureza.„ Padece, sin embargo, mucho más, y es más vivo su dolor por no saber cuándo acabará para ella ese destierro que la tiene alejada de Dios.

Dice santa Catalina "que esta pena es tan grande, que ni la lengua puede explicarla ni el entendimiento concebirla. Dios, con su bondad, me ha permitido

entreverla un instante, y con todo eso mi lengua no acierta á darla á entender, no obstante, si un alma sin acabar de purificarse fuese admitida á la vista de Dios, sufriría *diez veces más* que en el purgatorio, porque no podría en aquel estado soportar esta bondad excesiva y esta severísima justicia.„

¿No es verdad que estas palabras nos hacen concebir un grande horror á toda falta, por pequeña que sea, y un deseo grande de conservar la pureza y limpieza de corazón? Pidamos á las almas del purgatorio que nos alcancen de Dios sumo horror á todo pecado.

PUNTO II

Segunda lección: la enmienda de las faltas ordinarias.

Considera cómo santa Brígida vió un día delante del soberano Juez, á un alma del purgatorio, toda lemblorosa y confusa. Le ordenó el Señor que declarase públicamente los pecados de los cuales no había dado á la divina justicia satisfacción suficiente, y por los que había merecido la pena que padecía; y esta alma clamaba con acento que desgarraba el corazón; ¡desventurada de mí, desventurada de mí! Y entre sollozos y suspiros iba enumerando todo lo que afeaba su alma y la retenía apartada lejos de Dios.

No es preciso reproducir aquí aquella visión. Haz únicamente una sencilla enumeración de las principales faltas que, como gusanos roedores, atormentarán á una pobre alma del purgatorio para que tú procures evitarlas. Figúrate que ves á un alma arder en las llamas del purgatorio y le oyes exclamar con acento que debe herir tu corazón.

Estoy aquí porque no hice el caso que debía de aprovechar el tiempo. ¡Cuánto perdí inútilmente! Ese tiempo tan precioso en que podía yo expiar mis pecados, ejercitarme en la virtud, merecer el cielo, lo perdí en conversaciones frívolas, en vanas ociosi-

dades, en largas lecturas de libros curiosos y livianos, y por esta pérdida de tiempo estoy aquí padeciendo.

Olvidé descuidadamente las penitencias que me impuso el confesor; si las cumplí lo hice con ligereza; las acepté sin espíritu de fe, y por todo eso padezco lejos de Dios.

Dejé deslizar mi lengua en murmuraciones contra los superiores, contra mi director espiritual y contra mis padres; murmuraciones pequeñas, es verdad; pero hijas de mi amor propio, de falta de respeto ó de envidia, y de mil pasiones que me hicieron cometer infinidad de culpas y de faltas veniales.

Me dejé llevar de la complacencia y de la vanidad en el vestir, en el excesivo adorno de la casa y de la familia. Fuí orgullosa, amante exagerada de la moda, gastando en esto el dinero que pude y debí dar á los pobres de Cristo.

Busqué y procuré mi gusto con excesiva sensualidad en la comida y fuera de ella sin necesidad alguna. Fuí muelle y delicada en extremo en todo mi porte, en el andar y estar sentada, perezosa por la mañana al levantarme, y muy diligente en huir de todo aquello que podía contrariarme y más amiga del regalo que de la mortificación.

Si en algunas conversaciones hablé de cosas espirituales y santas, fué con la intención de ser por ello alabada, estimada y tenida en más que los otros, pero aunque sin incurrir en culpas graves, mis palabras encerraban muy poco de gravedad, de caridad y de propia abnegación.

No favorecí á mi prójimo, pudiendo hacerlo. No lo consolé, ni lo defendí, ni le hice bien alguno; voluntariamente conservé en mi corazón sentimientos de rencor y de envidia, que no procuré arrancar de raíz, pues luché poco con mis pasiones y con los afectos torcidos de mi corazón.

Por abandono y falta de cuidado, omití muchas

comuniones que mis directores me permitían hacer. En mis oraciones fuí indevota, poco amiga de rezar el Santo Rosario y de meditar seria, atenta y devotamente, y por estas y otras faltas análogas sufro hoy lo que no se puede comparar con aquellas penitencias que tanto me horrorizaban.

¡Oh Dios mío, cuánta luz derraman sobre mi alma estas confesiones! Haced que se graben profundamente en ella para la total enmienda de toda mi vida.

PUNTO III

Lección tercera: La gravedad del pecado venial.

Oye todavía una lección, pero de las más provechosas que puede haber para nuestra alma.

Es la queja en que prorrumpen casi todas las almas del purgatorio, pues que casi todas padecen en esa cárcel penas terribles por no haber entendido prácticamente la gravedad del pecado venial.

"Esto no es más que un pecado venial„, decíamos en el mundo, y nos dejábamos ir por la resbaladiza pendiente de los deseos de nuestro corazón y de nuestros sentidos; pero ese engaño se deshizo cuando después de la muerte hemos visto á la luz de Dios los amargusísimos frutos de esas faltas. Y dichosas nosotras porque no nos han acarreado males más terribles aún. ¿Y qué, puede haber cosa más terrible que ser devoradas por las llamas del purgatorio? Sí, que la hay. Esos pecados veniales podían habernos despeñado en el infierno. Por los pecados veniales ninguno se condena, es cierto; pero cuando se cometen con conocimiento, con malicia y en gran número, y sin que se trate de borrarlos por medio de una sincera penitencia, poco á poco arrastran al alma por una pendiente suave é insensible, hasta el abismo del pecado mortal, que merece las penas del infierno.

Conducen á este término fatal, porque poco á poco se van gastando y debilitando todas las fuerzas del-

alma. Llevan á ese estado tristísimo de la culpa, porque con la repetición de esos pecados se va disminuyendo en el alma el horror á todo lo que es ofensa de Dios: conducen al pecado mortal, porque con ellos las pasiones crecen y se desarrollan más pujantes, porque Dios nos va sustrayendo ciertas gracias especiales de las cuales necesitamos; en fin, conducen á ese término por mil caminos, y cuando un alma familiarizada con el pecado venial no se convierte, la muerte tan sólo, llegando á tiempo, puede detenerla para que no ruede hasta el fondo del abismo; pero Dios N. S., en sus justos designios, no envía siempre á las que así viven esa muerte que les impidiría caer en la última desgracia del pecado mortal.

Dios nos concedió esta gracia á nosotras mismas á tiempo, es verdad; pero ¡oh, qué terrible castigo el que sufrimos! A cada uno de nuestros pecados veniales corresponde una medida de penas. Pues si Dios ve en nosotros miles de esos pecados veniales, ¿cuál no será todavía el rigor y la duración de las penas que nos aguardan?

Y reparad, los que vivís aún en la tierra y pedís por nosotras, reparad que el purgatorio no es solamen para castigar los pecados veniales con que están manchados los hombres á la hora de la muerte, sino también todos los pecados cometidos, y de los cuales no se ha dado plena satisfacción á la Justicia divina. ¡Oh! Sed justos, sed santos y temerosos de Dios, y aprovechad los medios infinitos que ahora tenéis para libraros de venir á caer en estas cárceles, de donde no se sale hasta pagar á la divina justicia hasta el último cuadrante.

Coloquio. — ¡Oh, Señor! Gravad en mi corazón esas lecciones que me dan para provecho de mi alma aquellas esposas vuestras á las que purificáis en el fuego terrible del purgatorio. Que á la vista de lo que ellas padecen aprenda yo á vivir una vida fervorosa, limpia de esas manchas diarias que tanto os

desagradan. Que sea yo fervoroso, mortificado, humilde, enemigo del mundo, callado, dominador de mis pasiones, para que, agradándoos mucho, merezca vuestra gracia y veros muy pronto en el cielo.

Propósitos.—No tener por faltas ligeras las que merecen penas tan graves como son las del purgatorio.

8 DE NOVIEMBRE

De tres medios eficacísimos para aliviar á las almas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO I

Del primer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el ayuno.

Recuerda las grandes alabanzas que han dicho los santos acerca del ayuno. Porque no cabe dudar, que el ayuno es una de las obras que más satisfacen á la justicia de Dios por las penas que debemos por nuestros pecados, principalmente si lo hacemos en unión del que N. S. Jesucristo ejercitó en el mundo. Dice el venerable Beda, enumerando los medios con que podemos aliviar y socorrer á las almas del purgatorio: "A muchos ayudan para alcanzar la libertad antes del día del juicio las preces de los vivos, las limosnas, los ayunos y principalmente el santo sacrificio de la misa.„ Esto sentado, hemos de tomar por regla general, que todas las obras que nos pueden servir á nosotros mismos, pueden servir también á la satisfacción de las penas, que los pecados de nuestros prójimos merecieron, si queremos aplicarlas por ellos, privándonos nosotros de este bien. Así obra la caridad, que teniendo á todos como miembros de un mismo cuerpo unidos entre sí, extiende y comunica á todos el medio de obrar y de sufrir los unos por los otros.

Un alma animada del Espíritu Santo y del fuego de la caridad, contribuye cuanto puede, con el bien que hace ó con el mal que sufre, al socorro de las almas de sus hermanos, y se daría á sí misma si pudiese, para abreviarles el tiempo de su pasión y ponerlas presto en estado de gozar de la presencia y bienaventuranza de Dios. Y ya que no puede darse á sí misma, da á lo menos sus penas; determina hacer algún ayuno cada semana y ofrece también por ellas los que le manda nuestra Madre la Iglesia católica.

Por esto los primeros cristianos ayunaban muchos días, después de la muerte de sus padres, confiando en la divina bondad que aceptaría esta pena para disminuir ó acabar del todo aquel arduo y penosísimo ayuno que padecen las almas del purgatorio, mientras se les dilata la admisión y entrada en el reino y banquete de la gloria.

Esta era la especial devoción de santo Domingo de Guzmán, en cuya vida se lee que se atormentaba y afligía su carne con ayunos, disciplinas y todo género de austeridades, movido de tres fines: el primero, para hacer penitencia de sus pecados; el segundo, por la conversión de los herejes, en que trabajaba incansablemente; el tercero, por la liberación de las almas del purgatorio: y probablemente se cree que este ejercicio fué la causa, porque le salian tan favorables las empresas, coronadas con éxito felicísimo.

Claro es que, según leyes de justicia, el mismo que cometió la culpa debiera padecer la pena; pero la misericordia templa sus rigores. Escrito está que cada uno llevará el peso de su carga. Mas también dice la Escritura en otra parte: llevad los unos alternativamente el peso de los otros. Y los santos Doctores concilian ambos textos, diciendo que, si se mira á la culpa del pecado, cada uno lleva su peso; mas si se considera la pena, podemos y aun debemos llevar con caridad la carga de los otros. Ejemplo de esto nos da Cristo N. S., quien por el infinito exceso

de su caridad, cargó sobre sus espaldas las penas debidas por nuestros pecados.

Podemos formar este pensamiento, y nos servirá no poco, que las almas del purgatorio siempre nos están alargando la mano, pidiéndonos limosnas, y que casi todas nuestras acciones en la vida cristiana son como unas pequeñas limosnas, que les podremos dar. Pues ¿será posible que se las neguemos? Si bien lo consideramos, no tendremos corazón para ello. Al fin y al cabo, ¿qué nos cuesta ayunar? ¿Tan grande sacrificio será para nosotros pasar un poquito de hambre por aquellas almas santas y justas que esperan de nosotros esta obra de misericordia?

Pero advierte aquí, que bajo el nombre de ayuno, que es el primer medio de socorrerlas, no solamente se entiende la abstinencia del manjar, sino también todas las otras obras que afligen la carne, como la aspereza del vestido, el dormir sobre la tierra, el vestir cilicios, macerarse con disciplinas, sufrir el estar enfermo, ir en peregrinación, pasar las noches en vela, y asimismo todas las penalidades que atormentan el espíritu, como tristezas, tentaciones, malestar, persecuciones, desprecios que nos vienen del prójimo ó del demonio, siniestros sucesos en los negocios, pérdidas de bienes, y en una palabra, todas las cruces que la divina Providencia nos envía. De esta suerte incesantemente practicamos la caridad, sin que nos cueste nada más, ni perdamos en cosa alguna el mérito de nuestras buenas obras y padecimientos, antes al contrario, crece y se perfecciona más. Anímate, pues, á hacer algo en sufragio de las benditas almas, á mortificarte y á sufrir por ellas, ya que tan generosamente ellas te lo han de pagar cuando estén en el cielo, si tú las ayudas á conseguirlo con tus penitencias y ayunos.

PUNTO II

Del segundo medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la limosna.

Considera que la limosna, entre todas las obras buenas que se pueden hacer, es el remedio especialísimo que Dios nos ha dado para compensar las penas que debemos por nuestros pecados. Porque el Espíritu Santo expresamente en la Escritura nos dice que la limosna es un agua que apaga el fuego del pecado. Así que cuando uno da la limosna por las almas del purgatorio, echa agua sobre las llamas que las abrasan. Y si continúa este piadoso ejercicio, infaliblemente las acabará de apagar. Ahora bien; muy inhumano había de ser quien negase un poco de agua al que en su misma presencia se abrasase; y no muestra ser muy tierno de corazón el que pudiendo arrojar el agua de la limosna sobre el fuego del purgatorio, no vierte siquiera una gota.

¡Oh! ¡si supiésemos las virtudes que se encierran en una limosna hecha por amor de Dios en alivio de las almas del purgatorio! Cierto que si se conocieran, todos querrían socorrer á los pobres con ese fin. Porque primeramente, con la limosna dada con dicha intención, el pobre á quien se da, queda socorrido y remediado con ella, lo mismo que si se la diesen sin esa intención. Lo segundo, el mismo Cristo en la persona del pobre es honrado, y nosotros lo seremos algún día después, cuando Él, lleno de gloria y majestad, venga en la consumación de los tiempos á juzgar á todos los hombres, y nos diga en su presencia con acento suave y rostro benigno: "Lo que hicísteis con uno de estos pobres, lo habéis hecho conmigo: venid á poseer el reino de mi Padre."

Estas y cuantas alabanzas se digan de la limosna en general, convienen, como es claro, á la que se da al pobre con la intención de aliviar á las benditas al-

mas del purgatorio. Es, por tanto, excelentísima obra de misericordia, con la cual nos hacemos semejantes á Dios en lo más glorioso que hay en El para con los hombres, que es la bondad difusiva, derramadora de sus bienes: por ella somos familiarmente amados de Dios, como personas más semejantes á El; por ella tenemos dispuesta y merecida la misericordia de Dios cuantos usamos de misericordia con los hombres; con ella se obtienen el perdón de los pecados, el acrecentamiento de méritos, un tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en la oración, defensa para el día del juicio, salud y vida perdurable. A lo cual se junta la provisión de bienes temporales que Dios promete al que partiere lo que tiene con los pobres.

Todo esto es común á cualquier limosna hecha á los pobres por amor de Dios. Pero hay una tercera cosa especial, cuando la limosna se hace al pobre con intención de librar de la cárcel del purgatorio á las benditas almas que en él penan, y es que, en hecho de verdad, ellas son aliviadas y socorridas, y según los juicios de Dios, libertadas de aquellos calabozos y por tanto quien la hace, se hace acreedor á su reconocimiento, gratitud y valimiento con Dios. Y que esto sea así, lo ha creído siempre la Iglesia, y por esto ha exhortado y exhorta á que en los días de luto se den vestidos á los pobres y pan á los hambrientos y dinero á los necesitados, para que éstos, soliciten con mayor eficacia la misericordia divina á favor de las almas, que estarán sentenciadas por la justicia de Dios á padecer en el purgatorio.

Porque considera que si Jesucristo dice expresamente en el Evangelio que el reino de los cielos pertenece á los pobres; si ellos lo tienen en las manos, y cuando nos las ofrecen abiertas para recibir la limosna, nos ofrecen más que piden; y si todo esto se verifica aun cuando por ventura tenga vicios el pobre y sea de condición áspera y de ánimo olvidadizo

¿qué no podrá esperar el que dé la limosna con la intención de socorrer á almas justas, amadísimas de Dios, en las cuales ni cabe olvido ni ingratitud?

Además, si dice el Señor: "Granjead amigos con el dinero de la maldad, para que cuando se descubran vuestras quiebras é injusticias os reciban en los tabernáculos sempiternos„, ¿quién no ve que haciendo la limosna al pobre con el fin de aliviar á las almas del purgatorio, nos granjeamos la amistad no sólo de los pobres, á los cuales socorremos, sino también de las almas que por aquella limosna saldrán del purgatorio? ¡Oh maravillosa fecundidad la de estas limosnas, por las cuales las almas justísimas del purgatorio y los pobres de Cristo son amigos nuestros, y Dios mismo es nuestro deudor! Feliz quien en esta vida se ha sabido conquistar tales amigos, que tanto se aventajan á los mejores del mundo. ¡Ah! ¡cuánto menos cuesta dar una limosna á los pobres para ganar su amistad y la de las almas, y obligarles á rogar á Dios por nosotros y nuestros hijos, que hacer un espléndido convite y recibimiento á un personaje ó á un grande de la tierra para alcanzar su benevolencia, siendo así que de ordinario no hará caso de nuestra humildad y habremos de creer que le estamos muy obligados!

Medita cómo se duelen ahora las almas del purgatorio de haber gastado tanto en su vida para ganar falsos amigos, que ahora las desamparan en sus necesidades; de haber cuidado tan poco de obligar á estos verdaderos amigos que en la hora de la muerte los hubieran recibido en la gloria. Ya no se hallan en estado de poder suplir por sí mismas esta falta; mas podemos nosotros hacerlo por ellas. Pon, pues, en cuanto tus facultades te lo permitan, abundantes limosnas en las manos de los pobres, y será como si ellas mismas las pusiesen en las manos de Jesús, que quiere ser reconocido en la persona de los pobres. Hazlo así, con intención de sacar del purgatorio á

las benditas almas en él encarceladas, y habrás hecho una obra muy grata á Dios, muy útil para ellas y para los pobres y muy meritoria para ti.

PUNTO III

Del tercer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la oración.

Considera que es la oración el medio más ordinario que aplica la santa Iglesia, gobernada del Espíritu Santo, para obtener de Dios la liberación de las almas del purgatorio. Esta madre caritativa tiene un celo tan vivo, tan ardiente de procurar el alivio de las penas que sus hijos padecen en aquella cárcel, donde la justicia de Dios ejercita con ellos su severidad, que no termina oficio divino alguno sin que ruegue incesantemente por ellos, diciendo aquellas palabras: "*Et fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace:* Descansen en paz por la misericordia de Dios las almas de los fieles difuntos."

La Iglesia tiene, además, destinados sus días para hacer públicas rogativas por ellos. Reza un oficio sublime, todo él enderezado á ese único fin. No contenta con esto, admite fundaciones, en que se obliga á continuar para siempre sus sufragios; ha erigido en muchos lugares cofradías, llenas de piadosa caridad, que se emplean con grandísimo celo en procurar por todos los medios posibles el alivio de las almas del purgatorio.

Fúndase esta piadosa práctica de la Iglesia en la palabra de Dios, porque puedes recordar á este propósito cómo alaba la sagrada Escritura este ejercicio de la oración por los difuntos. Habían quedado muertos en el campo de batalla algunos soldados de Judá; y concluído el combate, Judas Macabeo que conducía las tropas, fué con su gente á traer los cadáveres para darles honrosa sepultura. "Y como hallasen debajo de la ropa de los muertos algunas

ofrendas de las consagradas á los ídolos, conocieron todos evidentemente, dice el texto sagrado, que esto había sido la causa de su muerte. Y enseguida poniéndose en oración, rogaron á Dios que echase en olvido el delito que se había cometido. Y habiendo recogido en una colecta que se mandó hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalén, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo como tenía buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección; pues si no esperara que habían de resucitar, habría tenido por cosa superflua é inútil el rogar por los difuntos. Y porque consideraba que á los que habían muerto en una vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia.„ Y concluye con esta sentencia: "Es, pues, un pensamiento santo y saludable, el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de las penas de sus pecados.„

No hay para ello tiempo que no sea oportuno, y cualquiera oración puede servir para alivio de las almas. El *Padre nuestro* es la más común entre todas, y es también la más excelente, porque nos la enseñó el mismo Jesucristo. Y es al propio tiempo tan eficaz para socorrerlas, que reveló Dios á santa Brígida que les sirve más que un gran peso de oro al más necesitado. Pues ¿quién hay que no pueda rezar á menudo por ellas el *Padre nuestro* y el *Ave María?* Y la razón por la cual deba preferirse á cualquiera otra súplica, además de su excelencia y mérito, es porque siempre está en nuestra mano y es sobre manera fácil.

Las oraciones jaculatorias ó aspiraciones del alma á Dios, que salen como saetas del pecho de los justos, y vuelan al cielo sin tropezar, también son muy buenas y oportunas, mayormente si tienen concedidas indulgencias aplicables á las almas del purgatorio.

Notan los doctores católicos que las oraciones di-

rigidas á Dios en favor de las almas del purgatorio' son de ordinario más eficaces que las hechas en favor de los vivos: préstales Dios oídos con mayor facilidad y benevolencia. Y se comprenden sin dificultad las causas ó razones de esta preferencia. Cuando se ruega por los difuntos, generalmente hablando, hay más desinterés por parte del que ruega, y la gracia que se pide también es más espiritual sin mezcla de humanos y terrenos sentimientos.

Además, muchas veces quiere Dios despachar favorablemente las peticiones que se le dirigen en provecho de los vivos; pero con una condición, y es que la persona en cuyo favor se hacen ruegue también por sí. Y como no raras veces sucede que deja de cumplirse esta condición, nace de ahí que tampoco se obtiene siempre lo que se pide.

Ahora bien; las oraciones dirigidas á Dios en sufragio de las almas del purgatorio no tropiezan con estos impedimentos. El Corazón piadosísimo de Jesús conoce la imposibilidad en que se hallan estas almas justas de ayudarse por sí mismas; y al inspirar á los que pueden socorrerlas que hagan oración por ellas, ve con agrado subir hasta el trono de su piedad el perfumado incienso de oraciones, y muéstrase inclinado á escuchar los ruegos puros y desinteresados de hijos suyos en favor de unas almas queridísimas, en las cuales ve ya logrado el precio y merecimientos infinitos de su preciosísima sangre.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Son para mí dignísimas de veneración vuestras palabras; son dignísimos de ser cumplidos vuestros deseos. Deseáis Vos y nos pedis que rescatemos del purgatorio á las almas que allí penan para que vuelen á ser dichosas en vuestro seno. Henos, Señor, prontos á empeñarnos de todos modos en corresponder al anhelo de vuestro corazón. Nada dejaremos por hacer de cuanto pueda contribuir á tan santo objeto, y cuando veáis, ¡oh Señor! que nuestra caridad va entibiándose, os pedimos que con vuestra gracia nos enfervoricéis de nuevo para

que podamos llegar, finalmente, á romper aquellas abrasadas cadenas, y á conseguir con nuestros sufragios para vuestras esposas la eterna felicidad de los santos.

Propósitos.—Practicar alguna mortificación exterior ó dar alguna limosna en sufragio de tus difuntos.

9 DE NOVIEMBRE

De otros tres medios de ayudar á las almas benditas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Cuarto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el santo sacrificio de la misa.

Considera que el sacrificio que se ofrece en la santa misa, es el mismo que se ofreció en el altar de la cruz sobre el monte Calvario, con la misma aceptación y valor que allí tuvo. Tan fresca está hoy en el divino acatamiento, á los ojos del Eterno Padre la sangre de su Hijo en este sacrificio, como el día que se derramó; y con tanta suavidad sube desde nuestros altares la fragancia divina de esta víctima inmolada por el rescate del mundo, como subió en el Gólgota á serenar las iras de Dios y apaciguar su enojo contra el linaje de los hombres. El sacrificio es el mismo, pero la manera como se ofrece distinta: en el Calvario fué visible y cruento: en el altar es invisible, incruento, sacramental.

Este adorable sacrificio es á la vez *latréutico*, porque se ofrece á Dios como homenaje de suprema y rendida adoración en reconocimiento de absoluto y soberano dominio: *eucarístico*, para darle gracias por sus beneficios: *impetratorio*, para solicitar de su inagotable bondad mercedes y favores; y finalmente, *propiciatorio*, para expiación de los pecados.

Más pondera que cuando ordenan á un sacerdote y le consagran para que pueda ejercer este divino ministerio, que en cierto modo le eleva sobre la alteza de los ángeles, á quienes no se concede la gloria y potestad de convertir el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo N. S., se le dicen estas solemnes y asombrosas palabras: "Recibid la facultad de ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, tanto por los vivos como por los difuntos en el nombre del Señor„. ¡Poder inmenso que deja atónitas á las jerarquías de los ángeles, estremece al infierno, libra á las almas de la esclavitud del pecado, reconcilia la tierra con el cielo, y al hombre, miserable gusanillo de la tierra, da esperanzas de ser más honrado y feliz que si hubiese conquistado la diadema de cien imperios.

Ahora bien; teniendo el sacrificio de la misa el mismo valor que el sacrificio de la cruz, cuyo efecto fué abrir el cielo á los que lo tenían cerrado, y no estando nadie en tanta necesidad de que se le abran sus puertas como las ánimas detenidas á sus umbrales, que por esto padecen tanto, no se puede dudar que ha de tener la misa especial eficacia para ellas.

Pruébalo así una larga experiencia de hechos indubitables. Varias almas que con ningún sufragio habían podido salir del purgatorio, salieron con pocas misas que se celebraron para obtener su libertad.

¿Qué devoción no deben inspirarnos estos ejemplos? Si oyéramos á las almas clamando bajo el altar y viéramos legiones de santos, á quienes invoca el sacerdote, que unen sus preces á las del celebrante, y á los ángeles que recogen con cálices de oro la sangre de Jesucristo para derramarla gota á gota sobre las llamas del purgatorio con tanta mayor abundancia cuanta es mayor la devoción de los asistentes, ¿permaneceríamos fríos é insensibles sin procurar con nuestros ruegos alguna gota, para aliviar á la madre que nos dió el ser y al padre que nos ga-

nó la vida? ¿Arden y se abrasan nuestros amigos, y teniendo toda la sangre del Señor para apagar aquellas llamas, no haremos uso de ella? ¡Oh! inspirémonos en las ideas y sentimientos de nuestra santa madre la Iglesia. Penetren hasta el fondo de nuestra alma aquellas notas severas y lúgubres al par que consoladoras, con las cuales pide á Dios en el oficio solemne de los difuntos el eterno descanso de las almas y la luz perpetua é indeficiente que ilumina á los moradores de la bienaventurada ciudad de Dios.

PUNTO II

Quinto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que son las indulgencias.

Considera cuán amable es Dios y cuán admirable en sus santos designios. ¡Cuán justo y recto en sus obras! Sin embargo, El se complace en hacernos probar en esta vida mayores efectos de su misericordia que de su justicia; pues no sólo cuanto á la culpa nos perdona nuestros pecados por el sacramento de la penitencia, mas nos remite frecuentemente también toda la pena por ellos debida, por medio de las indulgencias, no dejándole á la justicia divina algo que castigar en nuestra alma.

Llámase indulgencia la remisión de la pena temporal debida á los pecados actuales, perdonados ya en cuanto á la culpa y al castigo eterno, remisión hecha fuera del sacramento de la penitencia por los que tienen el poder legítimo de concederla. Es *plenaria* la indulgencia que remite toda la pena, y *parcial* la que sólo remite parte de ella.

Esta remisión ó condonación de la pena se verifica mediante la aplicación de las satisfacciones y merecimientos de Cristo N. S., de la Virgen santísima y de los santos: merecimientos y satisfacciones que constituyen lo que se llama el tesoro de la Iglesia, y del cual participamos por las indulgencias. Los teó-

logos explican así esta consoladora creencia católica: Jesucristo, en el solo hecho de rescatarnos, ha satisfecho por nuestros pecados de una manera superabundante, pues hubiera bastado una humillación suya ó una gota de su preciosísima sangre para redimir al género humano y á mil mundos que hubiese: por parte, pues, del divino Salvador ha habido exceso, superabundancia de satisfacción. Además, el continuado ejercicio de las virtudes y obras excelentísimas de la inmaculada siempre Virgen María, las mortificaciones y actos meritorios de un crecido número de santos, han adquirido satisfacciones que ciertamente no les exigía la justicia de Dios. Ahora bien; de estos merecimientos y satisfacciones superabundantes de nuestro Redentor Jesús, de su bienaventurada Madre y de la multitud innumerable de santos, se forma en la Iglesia católica un tesoro preciosísimo, al cual van llegando cada día nuevas riquezas espirituales, acrecentándose por consiguiente, sin cesar con los merecimientos de los santos, que al correr de los tiempos florecen en el campo feracísimo de la Iglesia.

Pues considera que aunque la Iglesia no puede conceder sus gracias á las almas del purgatorio por el ejercicio directo de su jurisdicción, con todo, inspirada de su tierna é industriosa caridad concede indulgencias á los fieles vivos, y éstos las presentan á Dios en favor de los difuntos por *vía de sufragio,* suplicándole que las acepte para la remisión de la pena temporal debida por aquéllos, esperándolo confiadamente de la divina misericordia. Si la indulgencia se concede exclusivamente para que se aplique en favor de los muertos, no podemos ganarla para nosotros mismos, y cuando se concede exclusivamente á los vivos, tampoco podemos aplicarla en sufragio de los difuntos. Frecuentemente la aplicación de la indulgencia se deja á la voluntad de los fieles, los cuales deben en este caso determinar bien su intención,

Para poder aprovecharnos de la gracia inmensa de las indulgencias, que Jesucristo ha dejado en su Iglesia, es preciso: Primero, hacer cuanto prescriba el superior eclesiástico que las concede. Segundo, hallarse en estado de gracia; pero esta última condición no se considera como esencial para el cumplimiento de todos los actos que se prescriban, pues se cree que basta hallarse en estado de gracia al terminar la última práctica ó acción exigida para la indulgencia, porque entonces es cuando se hace su aplicación. También se requiere la intención siquiera virtual, que aplique las obras á la indulgencia que se quiere ganar, dirigiéndolas á este objeto; para lo cual basta formar la intención al principio del día de ganar cuantas indulgencias se pueda.

En cuanto á la indulgencia en favor de los difuntos, es necesario ante todo que el superior eclesiástico la conceda con esta intención determinada ó que deje á los fieles la libertad de aplicársela. No se considera esencial el estado de gracia, á menos que lo exija la naturaleza misma de los actos prescritos, como la comunión, que á veces viene comprendida entre sus condiciones. Aunque ¿quién no ve la suma importancia de ser amigos de Dios y estar en paz con El? ¿Y más, cuando se trata de aliviar á unas almas que si bien justas, están con todo detenidas en el purgatorio por no haber satisfecho plenamente por sus culpas ya perdonadas?

Esta es la doctrina cristiana que profesamos acerca de las indulgencias. Ahora bien; enseñándonos nuestra santa Madre la Iglesia que las almas del purgatorio pueden ser ayudadas con los sufragios de los vivos, cumpliendo por ellas y en su nombre los requisitos para ganar las indulgencias, y siéndonos, por otra parte, tan fácil y hacedero poner unas condiciones de las que resultan á dichas almas bienes tan estupendos como los de la gloria, ¿quién, si tiene una centella de razón, no se determinará efi-

cacísimamente á ganar cuantas indulgencias pueda en favor de los fieles difuntos? ¿Quién no querrá cooperar á su dicha y libertad?

¡Oh, qué júbilo para un alma que recibe este gran beneficio! ¡Cuán obligada quedará á quien la saca de las crueles penas que la atormentan y la pone en la eterna posesión del bien infinito á que tan ardientemente aspira!

¿Dónde, pues, está nuestro corazón, si pudiendo tan á poca costa socorrerlas, no lo hacemos? ¿Dónde hay una chispa de aquel fuego de caridad, de que habíamos de estar todos abrasados? Sabemos que las almas de nuestros hermanos padecen espantosos suplicios en el purgatorio, y ¿ni una sola vez levantaremos á ellas el pensamiento? ¡Tenemos tantos medios fáciles para socorrerlas con ayunos, limosnas, oraciones y misas, y ninguno aplicaremos! Tenemos el poder admirable de las indulgencias, que tan frecuentemente podemos ganar, y querremos tal vez ganarlas veinte veces, si es posible, para nosotros, y ¿no reinará en nuestro corazón una chispa de caridad para ganarlas una vez por las almas del purgatorio? ¿No sería esto tener el corazón de piedra y las entrañas de bronce, mostrándonos insensibles á la extrema miseria en que sabemos gimen las pobres almas, desterradas del cielo?

PUNTO III

De otro medio excelente para socorrer á las almas del purgatorio, muy fácil á todo el mundo.

Considera que dos grandes bienes ganan los justos por cada una de sus buenas obras; porque, lo primero, ganan un derecho á la posesión eterna de Dios, pero derecho que, no tanto se funda sobre el valor de ellas, cuanto sobre la promesa del mismo Dios, que nos asegura en el Evangelio que la mínima acción hecha por su amor, aunque no sea sino dar un vaso

de agua fría á un pobre, no ha de quedar sin recompensa. El segundo bien, que con la obra buena alcanzan, es el poder satisfacer, ó sea, desobligarse de las penas que tenían merecidas por los pecados de su vida pasada. Cuanto con más amor se hace una acción, tanto es más meritoria; y cuanto es más fatigosa, tanto es de ordinario más satisfactoria. Pero siempre resulta que el *mérito* y la *satisfacción* son dos deliciosos frutos, que cogemos en cada una de nuestras buenas acciones.

El primer fruto, ó sea el mérito, no hay que comunicarlo á ninguno. Pero el otro fruto, que es la satisfacción, bien puede cualquiera privarse de él, y darlo por caridad á otro que sabemos necesita más que nosotros, como son las almas del purgatorio, que actualmente padecen penas cruelísimas, sin poderse remediar.

Y este es el ejercicio ó práctica que se te propone aquí. Cuando no te halles en estado de poder socorrer á las almas con alguno de los medios propuestos antes, ni con ayunos, limosnas, oración, misas ó indulgencias, aquí tienes uno que está en tus manos, que no te obliga á hacer ni más ni menos de lo que acostumbras hacer ó padecer; y, por consiguiente, que te será facilísimo en cualquier estado, con tal que tengas generosa y ardiente caridad.

¿No puedes acaso presentar á Dios cada día ó en muchos de la semana todos los frutos de tus buenas obras? ¿O decirle del fondo del corazón, desde el principio de la mañana cuando haces el ofrecimiento del día, esta súplica? "¡Dios mío! yo os ofrezco toda la satisfacción infinita de la Pasión de vuestro Unigénito Hijo, y toda la de los santos, y deseo juntar á ella, en cuanto puedo, toda la satisfacción que habrá en todo el bien que hoy con vuestra gracia hiciere, y os la ofrezco con todo mi corazón por las almas del purgatorio. Recibidla, Dios mío, en satisfacción de las penas de las benditas almas del purgatorio".

¡Oh, qué riquísima mina se descubre aquí para los pobres, que pasan su vida trabajando en el campo ó en el taller! Con ofrecer diariamente al Señor por las almas del purgatorio nuestro trabajo y ocupaciones, podemos ser verdaderos apóstoles de esa porción escogida, libertadores de ese pueblo que gime.

Verdad es que, cediendo de esta suerte toda la satisfacción de tus buenas obras, te privas de ellas; y parece que sirves á las almas que padecen, pero las sirves con tu daño. Te equivocas; antes bien, sobre que este es un acto heroico de caridad, pues quien eso hace ama á su prójimo más que á sí mismo, á ejemplo de Jesús, que nos amó más que á su vida, sucede aquí por un prodigioso secreto de aquel acendrado amor que, dándolo todo, te quedas más rico que si nada dieras. Porque, mira los bienes que sacas de eso:

Primero, el mérito de todas tus buenas acciones se acrecienta por el nuevo motivo de caridad que les das, haciendo de ellas otras tantas limosnas espirituales. Segundo, dando tus satisfacciones no las pierdes, sino que las cambias por otros tantos méritos por virtud de la caridad que practicas, que es de grandísimo mérito. Y esto es una admirable ganancia, cambiar de esta suerte una simple satisfacción en un mérito extraordinario. Pues un grado solo de merecimiento que te da derecho á la posesión de Dios, excede en valor á un gran número de satisfacciones. Tercero, aquellas almas del purgatorio á quienes socorriste á tu costa, ¿cuánto piensas que te quedan obligadas por gratitud y justicia, teniendo ellas estas virtudes en sumo grado? ¡Ah! No dejarán de ser poderosas intercesoras para favorecerte en la corte del cielo. Ellas ven siempre la cara de Dios, en quien descubren todas tus necesidades como en un espejo tersísimo. Ten por seguro que no dejarán pasar ocasión alguna, cuando te vean necesitado de una gracia extraordinaria, para procurarla con toda eficacia

Cuarto, si por tu desdicha caes en pecado y llegas á descuidarte de tu salvación, aquellas almas que has socorrido en su extrema necesidad, viéndote en tan gran peligro, rogarán á la misericordia de Dios que se compadezca de tu miseria, y esto, sin que tú se lo pidas ni aun lo pienses. Y así, la devoción que habrás tenido de socorrerlas, será la ocasión de tu salud espiritual.

Coloquio.—Cuán grande es ¡oh Señor y Dios mío! vuestra dignación en proveernos de medios abundantísimos para aliviar las penas de vuestras esposas queridísimas las almas del purgatorio. El tesoro de vuestros merecimientos está siempre abierto, como está abierto vuestro corazón para que, en provecho nuestro y en provecho de los difuntos, participemos de sus riquezas infinitas. Pues he aquí, Señor, que yo hago intención de ganar cuantas indulgencias pueda, y por medio de ellas aliviar las almas que os son tan queridas. Vos, Señor, prevenidme, acompañadme, asistidme siempre con vuestra gracia para que, por mi fervor y pureza de corazón, merezca ser el medio de que os valgáis para que muchas almas vayan pronto á veros y gozaros.

Propósitos.—Hacer grande aprecio de las santas indulgencias, é intención de ganar cuantas puedas en provecho tuyo y en sufragio de los difuntos.

10 DE NOVIEMBRE

Del pecado venial como materia y pábulo del fuego del purgatorio.

Preludios.—Represéntate un hombre cubierto de úlceras que le desfiguran horriblemente y hacen penosa su vista hasta para sus mejores amigos, y pide á Dios que te haga conocer la malicia del pecado venial, sobre todo si aspiras á la perfección cristiana ó religiosa.

PUNTO I

Qué es el pecado venial según los principios de la fe.

Considera que el pecado venial es un desorden de pensamiento, de palabra ó de obra, ya por acción ó

por omisión, contrario á la ley divina, aunque no lo bastante grave para hacernos incurrir en desgracia de Dios, ni para colocarnos en el número de los réprobos. Pondera cómo en la esencia del pecado venial se encuentra todo lo que constituye la malicia del pecado. Una ley divina conculcada, un horrible abuso de la libertad, Dios que manda, y el hombre que se niega á obedecer. La única diferencia entre el pecado mortal y el venial, consiste en la materia más ó menos grave, en el consentimiento más ó menos completo, en la advertencia más ó menos formal, ó finalmente en que la ley violada obligue con mayor ó menor gravedad. Aparte de esto, por cualquier lado que se mire, es una indigna preferencia dada á la voluntad del hombre sobre la voluntad de Dios, á quien sólo por esto se ofende. Y ¿por qué causa? Por una vil criatura ó por un vil motivo.

Hay, pues, en el pecado venial un verdadero menosprecio de Dios, una injuria real á todas sus perfecciones, leve, si se la compara con el pecado mortal, pero de gravedad infinita, en cierto modo, si se la considera en sí misma, puesto que ataca á la infinita majestad de Dios. Pues esto es lo que yo hago cuando me entrego á pasajeros accesos de cólera, á envidias secretas y á ligeras intemperancias, ó cuando me permito esas murmuraciones que, sin hacer grave daño á la fama del prójimo, hieren la caridad, ó esas mentiras más ó menos oficiosas, ó esos arranques de amor propio, esas disipaciones, esas curiosidades que me desvanecen y me destierran de mi propio corazón, y esos defectos de devoción en mis prácticas religiosas, que son otras tantas faltas de respeto contra Cristo N. S., y otras tantas faltas de correspondencia á las inspiraciones de su gracia.

Deduce de todo esto, que siendo el pecado venial verdadera ofensa de Dios, le debes temer más que á todos los males temporales; porque lo que priva á Dios de su gloria, lo que es verdadero mal de Dios,

es infinitamente mayor que cualquier otro mal que mire á las criaturas. No llames, pues, jamás cosa liviana y de poca monta lo que entraña tanta malicia; aprende, no del mundo, sino de los santos, á mirar como se debe lo que tanto daña á tu aprovechamiento espiritual, y pide al Señor luz para ver cómo estará tu alma de fea y de manchada cuando tan poco caso haces del pecado venial. Propón á los pies de Cristo crucificado, cuya sangre fué necesaria para borrar un solo pecado venial, cambiar en adelante de ideas y de conducta.

PUNTO II

Efectos del pecado venial.

Meditaré, si los pecados veniales no me alarman, que esta falta de sensibilidad, por sí sola, debe alarmarme, pues es prueba evidente de que los pecados veniales deliberadamente cometidos disminuyen la luz de mi entendimiento y hacen menos vivos los resplandores de la fe. Así es, efectivamente. Todo pecado venial es como una ligera nube que se levanta entre la inteligencia del hombre y el sol de la eterna verdad. Es, por tanto, evidente, que mientras más se multiplican los pecados veniales, más se espesa la nube, hasta que acaba por interceptar los rayos de ese divino sol, dejándonos en las tinieblas de la frialdad y de la tibieza habitual. Esta es la causa de esa casi extinción de la fe con la que tratamos las cosas más santas, y de esas ilusiones engañosas con que solemos adormecernos y dormirnos en el camino de la virtud, sin dar jamás un paso adelante, sino muchos hacia atrás; sin sacar fruto alguno de nuestras confesiones y comuniones, viviendo una vida rutinaria sin méritos delante de Dios, sin fruto alguno de nuestros trabajos delante de los hombres.

Otro de los efectos del pecado venial, es el enflaquecimiento de la voluntad. Cada uno de estos peca-

dos, por leve que sea, es un alimento que damos, ó una concesión que hacemosá alguna mala inclinación, y, por consiguiente, lo que concedemos al amor de las criaturas, lo quitamos al amor de Dios. Y como esos dos amores son como dos fuegos contrarios y enemigos, lo que uno gana en ardor necesariamente lo pierde el otro. La multiplicación de esas infidelidades multiplican las cadenas que nos ligan á nuestras pasiones, y de aquí ese estado de languidez y esa especie de inercia ó de impotencia para el bien y para la lucha de la virtud, pues aunque no nos falten buenos deseos, de nada nos sirven, porque no los realizamos jamás.

También desfigura y degrada el pecado venial una de las más hermosas obras del Creador, esto es, el alma, revestida de la justicia, y es, por tanto, el pecado venial una mancha hedionda sobre una túnica de resplandeciente blancura, ó una úlcera fea y asquerosa sobre un hermoso rostro. Priva igualmente el pecado venial de un grado más de gracia, y del derecho, por consiguiente, á un grado más de gloria. Merecíamos uno y otro grado resistiendo á la tentación y los hemos perdido sucumbiendo á ella. ¿Y en qué consiste esta pérdida? En un Dios eternamente menos conocido, menos amado y menos poseído en el cielo. He aquí las consecuencias de un solo pecado venial. Nos priva, además, de las gracias singularísimas que son la recompensa del fervor, y puesto que escatimamos á Dios nuestra fidelidad, nada más justo que El nos escatime sus beneficios.

El pecado venial turba la paz de nuestra conciencia y nos sume á veces en crueles angustias. ¿Estamos siempre seguros de no haber franqueado el límite que separa el pecado venial del mortal? ¿Acaso hay tanta distancia del uno al otro que nos permita en ciertas materias y ocasiones fácilmente discernirla?

Por último, el pecado venial conduce necesariamente y por el peso natural de las cosas al pecado

mortal. La experiencia siempre ha confirmado estas palabras infalibles del Evangelio: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá en las grandes." Los grandes incendios empiezan por una chispa, las enfermedades mortales por achaques ligeros que se descuidan, los edificios no se arruinan de pronto. ¿Por dónde han comenzado todos los grandes crímenes, las horrorosas apostasías? ¿Por dónde comenzaron los atentados contra la Iglesia y contra la fe? Nada menos alarmante que sus principios. ¡Qué de ultrajes habría Lutero ahorrado á Dios, cuánta sangre á Europa, cuántas lágrimas á la Iglesia, si á tiempo hubiese reprimido un leve movimiento de vanidad y de envidia! Un torrente que anega provincias enteras no es en el lugar de su nacimiento más que un hilo de agua; unas gotas de agua son causa de un naufragio. Acabas de meditarlo; cada pecado venial disminuye nuestras fuerzas para el bien, aumenta nuestra inclinación al mal y siempre Dios nos trata como nosotros le tratamos á El.

PUNTO III

Los castigos del pecado venial.

Considerémoslos en este mundo y en el otro. En la vida presente, Dios ha tomado, á veces, terribles venganzas de esas infidelidades que nosotros nos perdonamos tan fácilmente. Moisés y Aarón fueron excluídos de la tierra prometida por una falta de confianza, que nosotros quizá habríamos tenido por un exceso de humildad. Un profeta, después de haber hecho milagros, después de haber derribado con su sola palabra el altar profano que Jeroboam había erigido á sus ídolos, fué extrangulado por un león porque creyó demasiado fácilmente á otro profeta que le invitó á comer en su casa contra la prohibición del Señor. Cuarenta y dos niños fueron despedazados por dos osos porque se burlaron del profeta Eliseo. Estos y otros ejemplos ¿no son más que sufi-

cientes para que conozcamos lo que Dios piensa acerca del pecado venial? Y no obstante, todos estos castigos son nada en comparación de aquellos con que el Señor castiga el pecado venial en la otra vida.

Trasladémonos en espíritu á las tristes prisiones del purgatorio y veamos allí lo que la fe nos descubre. Almas justas, predestinadas y queridas por Dios, que esperan impacientes el momento de asociarlos á su gloria. Y esas almas se hallan desterradas del cielo por un tiempo dado, á veces larguísimo, y condenadas á los rigores de un fuego, que á juicio de santo Tomás, es el mismo que el del infierno. ¿Y por qué una expiación tan rigurosa? Porque hay en esas almas algunos restos del pecado y Dios que tiene al pecado una aversión infinita, no las admitirá á su gloria mientras no queden purificadas.

¡Cuánto, pues, no deberé yo temblar considerando el gran número de pecados veniales que he cometido y cometo diariamente por ignorancia voluntaria ó por negligencia, ó por la disipación de mis pensamientos, ó por la licencia de mi lengua; todo ello á causa de no ejercer sobre mí la vigilancia á que estoy obligado!

Coloquio.—¡Oh Dios mío! perdonadme mis innumerables pecados y dadme en lo sucesivo aquella delicadeza de conciencia que se turba ante la sola apariencia del mal. No ignoro que para marchar por este camino, tengo necesidad de una continua vigilancia sobre mí mismo y que debo privarme de gran número de satisfacciones de los sentidos, al parecer inocentes, ¿pero qué supone esto, ¡oh Salvador mío!, si puedo comprar á tan poco precio la doble ventaja de ofenderos menos y de librarme de las deplorables consecuencias de tantas infidelidades? Así os lo prometo contando siempre con los auxilios divinos de vuestra gracia.

Propósitos.—Tomar una enérgica resolución de morir mil veces antes que decir una mentira, ó faltar á la caridad ó de cometer un solo pecado venial.

11 DE NOVIEMBRE

MEDITACIONES PARA EL SANTO TIEMPO DE ADVIENTO (1).

(Primera semana de adviento.)

Del fin para que fué criado el hombre, y las demás cosas que le sirven.

Preludios.—Imagínate á Dios N. S. sentado en un trono de infinita majestad, como un mar inmenso de donde salen los ríos de las criaturas, volviéndose todas á El y trayéndolas El á sí como á su último fin y lugar de su perpetuo descanso, y pide luz para conocer tu último fin, y enderezar, según El, los pasos de tu vida.

PUNTO I

Del fin del hombre.

Trae á la memoria el fin para que fué criado el hombre, que es para alabar, hacer reverencia y servir á su Dios, y mediante esto salvar su alma. Así lo dijo san Pablo á los romanos: "Tenéis por fruto la santificación, y por fin la vida eterna„. Esto es: El blanco y fin de vuestras obras en esta vida es servir á Dios con pureza y santidad, y el fin último á que se ordenan ó deben ordenarse todas vuestras obras, es alcanzar la vida eterna. Sobre esta verdad ponderaré cómo la infinita majestad de Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, por sola su bondad, que quiso como salir de sí por la creación para hacer participantes de su misma bondad á todo cuanto existe, me crió á su imagen y semejanza, no para que

(1) Ponemos para el santo tiempo de adviento, que suele caer hacia fines de Noviembre, las meditaciones que san Ignacio llama de la primera semana de ejercicios y que son las que reclama el espíritu de la Iglesia en esta época del año. Pero adviértase en esta y semejantes ocasiones que no siendo el plan del venerable P. La Puente, ni el nuestro acomodarnos al de los santos ejercicios, cosa muy difícil en unas meditaciones para todo el año; ni en el método en general ni en el desarrollo de las meditaciones en particular, nos podemos ajustar siempre como lo desearíamos al método y plan del divino libro de los ejercicios de N. S. Padre.

viviese siguiendo mis antojos, ni para que buscase honras ó dignidades, riquezas ó regalos, fin indigno de Dios y de mí, sino para que le reverenciase y alabase, para que le amase y obedeciese en esta vida mortal y después alcanzase la vida eterna. Y aunque bastara darme por fin el que mi naturaleza pedía, no se contentó Dios con esto, sino por sola su misericordia me ordenó y levantó á otro fin más alto y soberano, que es verle claramente y gozarle y ser bienaventurado como lo son los ángeles y como lo es el mismo Dios. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es esto, Señor, que hacéis? ¿A una criatura tan miserable como el gusanillo del hombre levantáis á un fin tan alto, como es veros claramente en vuestra gloria? ¿Por ventura no estaba yo obligado á serviros de balde como esclavo? pues, ¿por qué me señaláis tan esclarecido galardón? Bendita sea vuestra infinita misericordia y os alaben los ángeles por esta soberana merced. ¿Qué os daré yo, Señor, por tan grande beneficio? Yo me ofrezco á serviros toda mi vida de balde, sin pretender otro interés más que serviros, porque servir á Dios es reinar. Y pues sois mi primer principio y mi último fin, dad luego principio á mi nueva vida, y ayudadme con vuestra gracia para que alcance el último fin de ella.

Después ponderaré cuán mal he buscado este fin en la vida pasada, viviendo como si fuera criado, no para servir á Dios, sino para servir á mis gustos, y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de mi vocación hubiera sido, no la "santidad, sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne." ¡Oh miserable de mí, cuán ciego y errado he andado en lo que más me importaba saber! ¡Oh, cuán ingrato he sido para con quien me crió para tan alto fin, y cuán mal he correspondido á quien tanto bien me hizo! ¡Oh Criador mío, quién nunca te hubiera ofendido! Perdona, Señor, mis [illegible]

eres, y ayúdame á salir de ellos para que enderece lo restante de mi vida, conforme al fin para que me la has dado.

Consideraré los daños grandes que se me seguirán si pierdo este fin, pues perder mi último fin equivale á perder el alma, á perder la divina gracia, á perder la paz y alegría de la conciencia, y perder la bienaventuranza, pues que la felicidad de toda criatura racional está en alcanzar su fin. Y como no puedo perder este fin último sin ser eternamente desgraciado, de esa pérdida vendría mi eterna condenación y la pérdida del mismo Dios. Y ¿qué me aprovechará ganar todo el mundo si pierdo mi alma y pierdo á Dios que es y debe ser todo para mí? Al contrario, si alcanzo este fin, alcanzo la posesión del mismo Dios, salvaré mi alma, tendré paz y alegría de corazón y hallaré quietud y descanso perpetuo, como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como es, anímate, ¡oh alma mía! á buscar el fin para que Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay cosa que más te importe. Conviértete á Dios que es tu descanso, porque fuera de El todo es tormento. Si sirves á Dios, ¿qué más quieres? Si tienes á Dios ¿qué más buscas? Si Dios es tu posesión, ¿qué te falta? Dale gusto en buscarlo y confía alcanzarlo, porque Dios ama infinitamente á sus criaturas, y gusta de que alcancen el fin para que las crió.

PUNTO II

Del fin de las criaturas.

Trae á la memoria el fin para que fueron criadas todas las demás cosas de la tierra, es á saber: para que ayuden al hombre á conseguir su fin último, tomándolas el hombre por medio para servir á Dios N. S., y salvarse. Ponderaré cuán liberal se ha mostrado Dios conmigo en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas para mí,

porque no solamente crió las necesarias para conservar mi vida, sino otras infinitas para mi regalo y entretenimiento, por lo cual tengo de darle gracias infinitas, pues el bien que hizo á estas criaturas, más le hizo á mí que á ellas, pues que las hizo para mí y para que con su uso, contemplación y abstinencia me ayudaran á la consecución de mi último fin. Luego ponderaré, cuán bien cumplen las criaturas con el fin para que Dios las crió, sirviéndome y regalándome porque Dios se lo manda; y al contrario, cuán mal he cumplido y cumplo yo con mi fin, usando mal de ellas para ofender á Dios, poniendo en ellas mi último fin, como si fuera criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Porque si discurro por mis sentidos, hallaré que están tan apegados á las criaturas, que usan de ellas sólo por el deleite y no para glorificar á Dios que me las dió. Por lo cual justamente merecía que N. S. me las quitara y que ellas se volviesen contra mí ya que las saco de su fin natural, aprovechándome de ellas contra su inclinación para ofender á su Criador. Oh Criador justísimo, ¿cómo no has hecho justicia del que tal agravio hizo á tus criaturas, usando de ellas contra Ti? Oh alma mía, ¿cómo no te confundes con semejante alevosía? ¿Y cómo no te avergüenzas de tan gran vileza como has hecho, apocándote á poner tu último fin en cosa tan vil, como es la criatura, con injuria del Criador? ¡Oh Dios mío, cuán ingrato he sido á tus soberanos beneficios, pues lo que me diste para servirte lo convertí en ocasión de ofenderte! Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame para que de aquí en adelante no use tan mal de lo que me diste para mi bien.

También puedo considerar cómo estas criaturas tan infinitas, tan bellas y magníficas, fueron criadas, como dice la divina Escritura, para que por ellas conociese yo las perfecciones y excelencias del Criador, y le amase de todo mi corazón; y así puedo ima-

ginar, que cada una me está dando voces y diciendo: esta perfección que tengo, mejor está en Dios que en mí: El me la dió, conócele, ámale, y usa de ella por su servicio, y con esta consideración me provocaré á ver á Dios en todas las cosas y á subir de las criaturas visibles, al Criador invisible, para unirme con él como con mi último fin.

PUNTO III

Conclusión práctica de los puntos anteriores.

Deduciré de todo lo que he meditado el modo cómo tengo de usar de aquí en adelante de las criaturas, y la indiferencia que ha de tener mi voluntad en el uso de ellas. Puesto que todas son medios para llevarme á Dios, y no me es posible valerme de todas al mismo tiempo, he de procurar hacerme indiferente á todas ellas, no queriendo tomar sino aquellas que me ayudaren para servir al Criador y alcanzar el fin para que fuí criado. Procuraré, pues, cuanto es de mi parte, no querer más riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta, sino solamente lo que de esto más conviniere, según el beneplácito de Dios, para salvarme; pues en buena prudencia cae no tomar de los medios más de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma más cantidad de la necesaria para la salud.

Con esta consideración tengo también de entrar dentro de mi corazón y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, á la propia salud y vida, procurando mover mi voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas; porque si me apego demasiado á ellas me aparto de Dios, y porque es ciertísimo que Cristo N. S. cumplirá la palabra que nos dió cuando dijo: "Buscad primero el reino de Dios y su

justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura„. Que fué decir: Buscad en primer lugar el reino de Dios, que es vuestro último fin, y su justicia, que son los medios para alcanzarle; y si esto hiciereis, estad ciertos que la providencia de vuestro Padre celestial os proveerá de las cosas temporales necesarias para pasar la vida.

De los mismos principios se ha de sacar otra conclusión práctica como fundamento de la vía purgativa, conviene á saber: que tengo de aborrecer el pecado sobre todas las cosas aborrecibles del mundo, porque sólo el pecado mortal es contrario á mi último fin, y por sólo él se pierde. De suerte, que ni la pobreza, infamia, deshonra, dolor ó enfermedad, ni la vileza de linaje, ó rudeza de ingenio, ó falta de ciencia ó dotes naturales, ni todas las miserias del mundo son contrarias directamente á mi fin último, ni le perderé por ellas, sino sólo por el pecado mortal; por el cual, cuanto es de mi parte, destruyo el verdadero último fin, que es Dios, negándole, como dice san Pablo, *con las obras*, y finjo otro último fin para mí mismo, que es la criatura, á la cual tomo por Dios.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Porque yo no puedo por mis fuerzas alcanzar esta santa indiferencia á todo lo criado, tengo de acudir á Ti, que me la puedes dar, pidiéndotela muy de veras. Confieso, Dios mío, que mi corazón está muy apegado y asido á las criaturas con amor desordenado, y pues yo soy tan miserable y flaco, favorece con tu omnipotencia á mi flaqueza, destruyendo mis perversas inclinaciones y arrancando de mí este desordenado amor, para que te ame y sirva con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, pues eres mi fin y mi descanso, mi único bien y eterna felicidad.

Propósitos.—Ponte por completo en manos de Dios, dispuesto siempre y en todo á hacer únicamente su voluntad.

12 DE NOVIEMBRE

De la grandeza y excelencia del fin del hombre.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Que sólo Dios puede ser el fin del hombre.

La razón y la fe me dicen que un ser primero, universal y sapientísimo fué el autor de mi existencia, porque, si de esto dudo, no soy racional. Luego si Dios me crió, soy de Dios, ni pertenezco á otra criatura ni á mí mismo, y Dios tiene sobre mí tales derechos, tan eternos, tan absolutos, tan imprescriptibles, de criador sobre su criatura, que todo derecho humano, aun el de los padres, los dueños, los artífices, los señores, no son tales derechos en comparación de los de Dios, de quien todo derecho desciende. Pero si Dios me crió y en mí empleó todos sus atributos y me hizo la más noble de las criaturas, siendo El infinitamente sabio, algún fin me tuvo que dar, y ese fin tenía que ser digno de Dios y digno de mí. Repasa todo cuanto hay y existe en la tierra y en los cielos, repasa tu corazón, repasa la experiencia tuya y ajena, y verás que todo te dice que tu fin no puede ser más que Dios, conocido y amado, y que Dios no pudo criarte sino para su gloria.

Luego mi último fin es ver y poseer á Dios, ser feliz con la felicidad de Dios, y, en una palabra, salvarme para siempre jamás. Negocio para mí el único necesario, ante el cual todos me deben ser indiferentes; negocio personal, que me atañe á mí y que depende de mí; negocio importantísimo, porque en él se arriesga toda una eternidad. Para conseguir ese fin último, que es ver á Dios, tengo un fin próximo en esta vida, que es servir á Dios, y para eso sólo estoy en el mundo. Luego no estoy en el mundo para

conseguir en él fortuna alguna temporal, ni para adquirir reputación y fama, ni para vivir entre delicias, y á mi antojo. Todo esto ni es ni puede ser mi fin. Estoy en el mundo para buscar á Dios, para servir á Dios, y para cumplir la voluntad de Dios. "En esto, dice el Sabio, consiste el hombre, y todo hombre."

Verdad fundamental sobre la cual descansan todas las demás verdades en el orden moral, y no obstante, esta es la verdad que hasta ahora no he conocido, ó por lo menos, en la que jamás he pensado con la reflexión debida, viviendo casi como si no la conociera. Porque habiendo sido criado para Dios sólo, con enorme abuso de la razón y de mi libre albedrío, he vivido sólo para mí, no he pensado sino en mí, no he trabajado sino para mí, y todo lo he ordenado á mí. En una palabra, me he portado como si yo fuera mi último fin. ¿Por ventura no me veo obligado á confesarlo? Esta es, pues, la horrenda ceguedad en que he pasado, ó toda mi vida, ó la mejor parte de ella. Si hubiera conocido bien, y tenido presente mi último fin, á él hubiera yo ordenado y dirigido cuanto soy. Pues del olvido de ese último fin mío han nacido mis errores todos, mi relajación y mis desórdenes. Han nacido de que he olvidado mi fin, de que mil veces, y en mil ocasiones importantes he menospreciado el hacerme esta reflexión: mi fin es Dios, y solo Dios. De que en los mayores negocios en que debía guiarme la prudencia cristiana, he perdido de vista que en el mundo no estaba sino para salvarme.

Y Dios, no solamente es el fin de mi creación y de mi ser en general, sino también de todas mis acciones en particular: pues no hay una sola que no dependa esencialmente de Dios, y que, por consiguiente, no deba mirar por fin al mismo Dios. San Pablo no exceptúa las acciones más indiferentes y más humildes. "Ora comáis, dice, ora bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios." ¿Qué se sigue de aquí? Que todo cuanto he hecho en mi vida por otro fin que por Dios,

no ha sido de algún mérito delante de Dios. Y así, aun cuando hubiese ejecutado las más heroicas acciones, y hubiese obrado maravillas, no siendo Dios el fin de mis obras, todo sería vanidad, y vanidad de vanidades. "Se han apartado de su fin, dice el Profeta, y por esto se han hecho del todo inútiles", que es como decir, todo les ha sido inútil. ¿Por ventura, no es este el infeliz estado de mi alma? ¿Y podré llorarlo jamás bastantemente?

PUNTO II

De la excelencia y necesidad de ese fin.

Consideraré que lo que con más eficacia debe moverme á caminar incesantemente hacia mi fin, es que no hay otro ni más noble ni más excelente. Aun el mismo Dios no tiene otro fin más sublime; pues El es fin de sí propio. Desde la eternidad se conoce, se ama, y cuantos designios forma en ella y los ejecuta en el tiempo, todos los dirige á su gloria, como á su último fin. Dios me ha criado á su imagen y semejanza, porque me ha dado un entendimiento para conocerle, una voluntad para amarle, un cuerpo y una alma para glorificarle. En virtud, pues, de mi creación, tengo un fin tan sublime como el mismo Dios. "¡Oh Señor, clamaba el santo patriarca Job, ¿quién es el hombre, para merecer que le hayáis exaltado de esta suerte?" Reconoce, alma mía, reconoce tu dignidad: no para ensoberbecerte, sino para rendir á Dios el homenaje de una profunda adoración, amor y reverencia y para ofrecerle el justo tributo de tus alabanzas. Por el contrario, si por otro fin menos noble, menos soberano que éste, me abato y me humillo, renuncio á la excelsa dignidad de ser criado para Dios y para solo Dios. Cuando me busco á mí mismo, por un justo juicio de Dios, me hallo á mí mismo; pero hallándome, no encuentro más que la nada. El hombre que se ha olvidado de Dios, se desconoce á sí, y

por eso viene á ser no sólo semejante á las bestias, sino aún de peor condición que ellas. Porque á lo menos las bestias, aun privadas de razón, obran conforme á fin, y al contrario, Dios N. S. no es mi fin cuando ciego é insensato pongo mi corazón y mis sentidos en las criaturas que me alejan de Dios.

Consideraré luego, que ningún fin me es más necesario, ora sea en orden á Dios, ora sea en orden á mí. Necesario en orden á Dios, porque Dios no sería Dios si me fuese lícito obrar por otro fin distinto de El. Dejaría de ser Dios si yo tuviera derecho para concebir el menor pensamiento, pronunciar la menor palabra, ejecutar la menor acción sin ordenarla á El como mi fin. No obstante, no basta que sea fin por la necesidad de su ser, es necesario que lo sea también por mi libre y voluntaria elección. El fin de todas las obras de Dios es su mayor gloria: ¿y querré yo disputársela á Dios cuando me busco á mí ó pongo mi fin último en las criaturas? Este fin me es necesario y lo único necesario, porque nada, absolutamente nada, fuera de Dios, puede hacerme bienaventurado, y por consiguiente solo El puede ser mi fin. "Habéisme hecho para Vos, Señor, decía san Agustín, y mi corazón estará siempre inquieto y turbado hasta que descanse en Vos„. Haga el mundo cuanto quisiere, busque yo mi dicha por todas partes, jamás se llenará mi corazón. Sobradas pruebas tengo para estar del todo convencido. Para satisfacer, pues, los anhelos de mi corazón, me es necesaria alguna cosa mayor que el mundo, y, por consiguiente, nada podrá contentarme sino la posesión de Dios. Luego Dios es únicamente mi último y necesario fin.

PUNTO III

De los medios infinitos para conseguir ese fin.

No hay cosa, fuera del pecado, que no pueda aprovecharme para conseguir mi fin. No hay en el mundo criatura alguna que no me pueda ayudar á cono-

cer á Dios, que no me descubra alguna perfección de Dios, y no me pueda inspirar el amor del mismo Dios. No hay una sola que no pueda ser y que actualmente no sea medio para levantar mi corazón á Dios. Los mares, los campos, los cielos, los astros, los elementos, todas las cosas me predican y me retratan y llevan á Dios; de suerte, que soy insensato si considerándole en ellas, no correspondo á la estrecha obligación de glorificarle como á Dios. ¿Y es posible, Señor, que haya en el mundo personas tan sordas que no hayan oído, ó no hayan querido oir este grito sonoro de toda la naturaleza que no nos habla sino de Vos? Pero no obstante, así lo enseña vuestro Apóstol, advirtiéndome, al mismo tiempo, que por vuestros ocultos juicios permitisteis que semejantes personas se abandonasen enteramente á sus pasiones. ¿Qué será de mí si por mi ingratitud me llegáis á abandonar de esta suerte á mí mismo?

Además, debo mirar en el orden de la providencia todo lo que me sucede, como medio de que Dios quiere me sirva para llegar al fin que me ha señalado: prosperidad y adversidad, salud y enfermedad, pobreza y riquezas, desprecios, honra, alegría y aflicción, todo lo que Dios me envíe, me lo envía como medio de salvación. "Porque sabemos, dice san Pablo, que todo esto contribuye para el mayor bien de los que aman á Dios„. Es cierto que si soy fiel á la gracia, todo esto me lleva á Dios, me une á Dios, me sujeta á Dios, me obliga á recurrir á Dios; y así Dios ha llevado á sus escogidos por todos estos diferentes caminos; y todos, según el uso que han hecho de ellos, les han servido igualmente para su predestinación. Por todas estas sendas, aunque diferentes, han llegado al reino de Dios, que era su fin.

Pero esto es, puntualmente, lo que yo aún no he conocido bien: la utilidad y provecho que puedo sacar de todas las cosas y de todos los acontecimientos de mi vida, los altos designios de Dios en todos los

sucesos; ó si lo he conocido con un conocimiento estéril y especulativo, lo he ignorado enteramente en la práctica, pues á pesar de los designios de Dios he abusado de todo: de la salud, para vivir según mis pasiones; de la enfermedad, para pasar una vida floja y ociosa; de las aflicciones, para murmurar de la providencia divina; de la alegría, para distraerme con exceso; de la prosperidad, para engreirme; de la adversidad, para acobardarme. ¡Oh, y qué inversión del orden providencial de Dios! ¡Qué infidelidad á su providencia! ¡Qué olvido de mis propios intereses! En adelante, pues, no debo usar de las criaturas sino en cuanto me lleven á mi fin, esto es, no debo estimarlas, desearlas, buscarlas, sino en tanto en cuanto pueden acercarme á Dios y mantenerme unido con Dios. Si uso de ellas de otra suerte, ellas mismas vengan en mí el agravio que hago á Dios, Criador de todas, pues en lugar de serme útiles y provechosas, vienen á serme perniciosas y nocivas. Dichosa balanza con que los santos lo pesaban todo, medida rectísima é infalible, camino seguro y único para llegar á Dios.

Coloquio.—¡Dios mío! Sola vuestra gracia puede sacarme de la deplorable ceguedad en que he vivido tantos años. Dadme á conocer lo que soy y para qué he sido criado. Infundidme un verdadero y vivo concepto del fin á que debo aspirar: pero concepto práctico, que me anime y me fortalezca. Sea toda mi vida una prueba sensible de que en la realidad estoy, no sólo persuadido, sino movido de este mismo fin; y sea también mi único deseo buscarte en todo y por todo, renovando cada día esta intención y este deseo. Haced, Dios mío, que continuamente sienta en lo interior de mi alma aquella reprensión con que reconvinisteis amorosamente á Marta: "Te enredas y distraes en muchas cosas, y en realidad, una sola es necesaria„. Esta sola cosa necesaria, es mi fin. Por lo que mira á los medios, yo os pido, Señor, aquella santa indiferencia con que Vos queréis esté para cuanto hay en el mundo, bienes ó males, gran-

dezas ó abatimientos, placeres ó aflicciones. ¿Qué me importa ser rico ó pobre, estar sano ó enfermo, ser abatido ú honrado, con tal que yo sea vuestro y Vos seáis eternamente mío? ¿Qué importa llegue á mi fin por este ó aquel camino, con tal que llegue? Indiferencia santa que me libraría de todas las turbaciones, tristezas, inquietudes y temores que me ocasiona mi desordenada afición á las criaturas, que desterraría de mi corazón todas las pasiones de que está continuamente agitado, y que pondría en calma mi espíritu, y sería para mí una bienaventuranza anticipada. Añadid, Dios mío, á esta santa indiferencia otra disposición aún más santa, que es la resolución de preferir en todas las cosas del mundo que pueden aprovecharme para el logro de mi fin, las más útiles á las menos provechosas; pues aunque todas sean medios para caminar hacia Vos, hay algunas que me guían más segura y más infaliblemente; y no obstante el natural horror que puedo tener á ellas, debo preferirlas á las que, por menos difíciles, me serían más agradables, pero que por lo mismo pudiera serme más fácil su pernicioso abuso.

Propósitos —No hacer nunca criterio de tus obras el gusto ó el agrado, sino el que te sirva ó no para salvarte. El enfermo toma la medicina amarga, y el caminante la senda difícil si le lleva al fin.

13 DE NOVIEMBRE

Del fin del cristiano.

Preludios.—**Mira á Cristo N. S. que con el Evangelio en la mano nos dice: «he aquí tu fin como cristiano, la glorificación de Dios por medio de tu propia humillación», y pídele gracia para buscar esta humillación para la gloria de Dios.**

PUNTO I

El fin del cristiano es vivir según la ley y el espíritu de Cristo.

Consideraré que Dios pide justamente de mí, como cristiano, alguna cosa más de lo que pide en general

á cualquier hombre que conozca y profese la fe de un solo Dios; y esto es que si todo hombre ha nacido para amar, hacer reverencia y servir á Dios, el cristiano debe hacerlo con mucha más perfección puesto que Dios pide de mí que glorifique á Dios según las reglas particulares y el espíritu de la ley de Jesucristo. Dios quiere, en efecto, y para eso me ha traído á la fe de Cristo, que mi vida se conforme á estas reglas y no á otras: todo lo que no es conforme á ellas, no es según el corazón de Dios. Vino al mundo Jesucristo para darme á conocer á Dios y para enseñarme á honrar á Dios como Dios merece ser honrado. Por eso decía el mismo Jesús hablando con su eterno Padre: "Padre mío, yo he dado á conocer á los hombres vuestro santo nombre„. Esto es, yo he venido para que mis discípulos os conozcan y os sirvan mejor que los demás hombres. Por algo Cristo N. S. nos dió una ley perfectísima y divina. Por algo nos predicó tal perfección, que bastaría la ley general suya observada con verdadero espíritu para hacernos santos. Por algo nos dió medios infinitos de santificación y perfección. Por algo nos dictó aquellas máximas sublimes de virtud y aquellas bienaventuranzas que son el horror de la carne y de la sangre. Y Jesucristo no hablaba á religiosos ni á sacerdotes, hablaba á las turbas que estaban llamadas á constituir el pueblo cristiano. Luego, si tú no quieres ser cristiano de nombre sino de verdad, es preciso que te persuadas que Dios pide de ti que le ames, le sirvas y le glorifiques según el espíritu de la ley de Cristo, que es espíritu de abnegación y de mortificación. Mira si no lo que Cristo te enseña y te predica: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. Amad á vuestros enemigos. Velad y orad para no caer en la tentación. No queráis atesorar en la tierra„. Y otras mil sublimes máximas de perfección que el mundo aborrece. Pues llegar á esta perfección es el fin del cristiano, y en esto sólo puedo ha-

cer á Dios el verdadero homenaje que le debo y si no lo hago asimismo, no soy cristiano más que de nombre, y este nombre de cristiano le tengo sólo para mi mayor confusión. Si no practico estos principios evangélicos, ó si me opongo á ellos y sigo los principios del mundo abiertamente enemigos de Cristo, obro como si no conociera á Jesucristo, como si no amara á Dios ó como si no supiera glorificarle y amarle como Cristo me ha enseñado. En esta renuncia y abnegación propia consiste, pues, mi perfección. Bien pudieron ignorar esta gran máxima los judíos sin que fuese muy culpable su ignorancia; pero yo no tengo disculpa después de la revelación que Dios ha hecho al mundo por medio de Jesucristo. Esta abnegación es dificultosa, pero necesaria. Desnudarse el hombre de sí mismo, despojarse de sí propio, verdaderamente es palabra dura, pero palabra de salvación, palabra de vida, y de vida eterna.

PUNTO II

La perfección del cristiano es vivir de la vida de Jesucristo.

Para ser perfecto cristiano debo parecerme á Jesucristo, porque con este carácter, dice san Pablo, ha predestinado Dios á sus escogidos, y me ha propuesto á Jesús como modelo. Si entre Jesucristo y yo hay esta semejanza, tengo derecho á esperar de Dios y su misericordia que estoy predestinado; mas si no hay en mí esta semejanza, aunque por otra parte tuviese todas las perfecciones de los ángeles, no me reconocería, ni me contaría Dios en el número de los suyos. Sea lo que fuere, este es mi fin, y en lo que debo trabajar como cristiano, en hacer de mí una viva copia de Jesucristo, en mirar á Jesucristo como excelentísimo original, á cuya imitación conforme todas mis acciones, diciéndome á mí mismo sin cesar lo que dijo Dios á Moisés: "Mira, y obra según el divino ejemplar que tienes delante de los ojos."

Para ser cristiano debo, además, vestirme de Jesucristo. Esta es la expresión de que se sirvió el Apóstol: "Todos los que habéis sido bautizados en Jesucristo, os habéis vestido de Jesús." ¡Qué honra para mí que, despojándome del hombre viejo, me haya vestido del nuevo! Mas ¿cuánta confusión si no estoy vestido de Jesús más que exteriormente? ¿Y si haciendo profesión de cristiano no tengo interiormente este espíritu? ¡Qué contradicción, si teniendo el carácter del sacramento de Jesucristo, no tengo la santidad, y si en la práctica separo lo uno de lo otro! ¡Qué monstruosa hipocresía si soy cristiano sólo en la apariencia, y si delante de Dios tengo un espíritu y un corazón del todo pagano!

Para ser cristiano debo incorporarme con Jesucristo, como miembro suyo: debo estar unido con El como con mi cabeza. Esta es también doctrina del santo Apóstol: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo?" Mas entre la cabeza y los miembros debe haber proporción, y si no la hay entre Jesucristo y yo, no tengo con mi Redentor esta unión que según Dios es toda mi felicidad y mi gloria. ¡Miserable de mí si siendo como cristiano, miembro de Jesucristo, soy un miembro indigno, uno de aquellos miembros monstruosos que sólo sirven para deshonrar su cuerpo místico!

En fin, para ser cristiano debo vivir con la misma vida de Jesucristo, de suerte "que la vida de Jesucristo se descubra en toda mi vida." Si soy cristiano debo poder decir con san Pablo: "Vivo yo, ó por mejor decir, no soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí", y por consiguiente quien piensa en mí, quien habla y obra en mí. ¿Puedo yo en presencia de Dios, sin engañarme, ni lisonjearme, dar de mí este testimonio? Pues esto es á lo que Dios me llama.

PUNTO III

Debemos adquirir la perfección cristiana por los medios que nos enseñó Jesucristo.

Para ser perfecto cristiano no me basta estar en una santa indiferencia con relación á todo lo que no es Dios; estar dispuestos á lanzar de nosotros cuanto de Dios nos separe y á admitir y buscar cuanto á Dios nos conduzca: si aspiro á la perfección de la vida cristiana y á ser perfecto como Jesucristo me lo enseñó y lo desea, es necesario que escoja los medios que Jesucristo me ha señalado como los más eficaces, infalibles y seguros para adquirir la perfección á que estoy obligado como cristiano, y en que se incluye mi fin. Siguiendo este principio, debo preferir la pobreza, al menos de espíritu, á las riquezas del mundo, esto es, debo tenerme por más feliz en estar desasido de las riquezas del mundo, que en poseerlas; más feliz en menospreciarlas, que en gozarlas; porque el desasimiento y menosprecio de las riquezas, es el primer medio que Jesucristo me ha propuesto para honrar á Dios.

Siguiendo este principio, debo preferir la vida austera y penitente á la deliciosa y cómoda, porque el mismo Jesucristo lo ha practicado y enseñado así. En vez de la felicidad que le era debida, tomó para sí la cruz, porque venía como Salvador á establecer una religión de hombres que, habiendo sido pecadores, debían hacer penitencia para aplacar la justicia divina. Venía, como reformador, á corregir los desórdenes del mundo, y sabía que la vida regalada era la fuente de toda corrupción, y por el contrario, la vida austera su soberano remedio.

Siguiendo este principio, debo estar persuadido de aquellas máximas tan frecuentes en el Evangelio y tan familiares á los Apóstoles, que no basta llevar la cruz, sino que es necesario que yo mismo la tome y

me la imponga. Que no basta someterme á ella, sino que es forzoso que la ame y me glorie en ella. Que sin esto no puedo honrar á Dios como Jesucristo me ha dado á entender que Dios quiere ser honrado. Que si no crucifico mi carne no puedo pertenecer á Jesucristo, ni por consiguiente á Dios. En fin, que para vestirme de Jesucristo es necesario que me ciña, como dice el Apóstol, de la mortificación de Jesucristo.

Siguiendo este principio, debo estar tan lejos de huir la humillación, que debo aceptarla, desearla y pedirla más que todas las grandezas y todos los honores del mundo, pues este es el gran medio que Jesucristo puso en práctica para volver á Dios la gloria que se le había quitado. El orgullo había levantado al hombre contra Dios, y solamente la humildad podía reparar la injuria hecha á su Majestad divina. Medio excelente é indispensablemente necesario para hallar gracia delante de Dios.

Coloquio.—Señor y Dios mío: esta sublime perfección cristiana es lo que el mundo no conoce; gracias os doy porque me habéis revelado tan sublimes é importantes verdades. Por ellas me habéis enseñado la verdadera sabiduría; por ellas me habéis enseñado á honrar á vuestro Padre, á ofrecerle el culto más digno y el más capaz de santificarme. Seáis mil veces bendito, amable y adorable Maestro, por haberme dado á conocer de esta manera lo que es ser cristiano, por haberme instruído en el fin para que lo soy, por haberme señalado los medios que deben llevarme á este fin, y por haberme hecho todo esto, no solamente inteligible, sino también sensible en vuestra sagrada Persona: haced, Señor, ahora, por vuestra gracia, que os imite, y la gracia será completa.

Propósitos.—Comparar tu conducta con la doctrina de esta meditación y hallarás materia abundantísima de confusión y de enmienda.

De la gravedad del pecado por ejemplos del pecado de los ángeles, de Adán y otros particulares (1).

Preludios.—Imagínate ver á Cristo N. S., como Juez sentado en su tribunal con semblante severo, y de cuyo trono sale un río de fuego para abrasar los pecadores. Mírate á ti delante de El como un reo muy culpado, atado con grillos y cadenas de innumerables pecados, temiendo y temblando, como quien merece ser condenado y abrasado con aquel terrible fuego, y pídele dolor, vergüenza y contrición por tus innumerables pecados.

PUNTO I

Del pecado de los ángeles.

Trae á la memoria el pecado de los ángeles. Habíalos criado Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y de poder; los había enriquecido de dones muy preciosos de naturaleza y gracia para que, sirviéndole por poco tiempo, le gozasen después eternamente. Pero ellos, usando mal de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo y arrojados en el infierno, perdiendo para siempre el fin y bienaventuranza para que fueron criados. Sobre esta verdad, que la fe católica nos

(1) El fin de esta meditación es conocer por ejemplos la gravedad del pecado, para aborrecerle. Es esta tanta y tan grande, que sólo el pecado, desorden y mal esencial, es el que nos puede privar de nuestro último fin y trastornar los planes amorosos de Dios respecto del hombre. Como su malicia es infinita, por ser injuria, desprecio y negación de Dios y disconformidad absoluta de la ley eterna, antes de meditar directamente en esa infinita perversión y maldad, la ponderaremos palpable é indirectamente viendo los estragos que ha hecho en el mundo, de donde deduciremos lo horrible y corrosivo de tan fatal veneno. Al mismo tiempo deduciremos la misma infinita malicia del pecado mortal de la terribilidad de la divina justicia en castigarle, para temerla y aplacarla con la penitencia, y la instabilidad del hombre en lo bueno para conocer su flaqueza y no fiarse de sí, sino humillarse delante de Dios; y todo esto se ha de pedir á nuestro Señor á la entrada de la meditación, suplicándole ilustre con su divina luz mi entendimiento para conocerlo, y mueva mi voluntad para sentirlo con grandes afectos de contrición, y me ayude para que escarmiente en cabeza ajena, antes que el castigo venga por la propia.

enseña, puedo discurrir ponderando tres cosas: La primera, cuán liberal fué Dios con los ángeles, criándolos á su imagen y semejanza, y comunicándoles, sin sus merecimientos, esclarecidos dones y privilegios. Por razón de los cuales podemos decir de todos lo que se dice de uno, que estaban adornados con nueve piedras muy preciosas, esto es, de nueve excelencias, que Lucifer y los demás recibieron en su creación. Porque los hizo Dios puros espíritus, sin mezcla de cuerpo; inmortales, sin recelo de corrupción; intelectuales, con gran delicadeza de ingenio; libres, sin que nadie pudiese forzar su voluntad; sabios, con plenitud de todas las ciencias; poderosos, sobre todas las criaturas inferiores; santos, con los dones de la gracia, caridad y de las demás virtudes; moradores del paraíso de deleites, que es el cielo, y, finalmente, capaces de ver á Dios claramente, con promesa de esta gloria, si perseverasen en su servicio, lo cual pudieran hacer fácilmente y estaban obligados á ello, á ley de agradecidos y leales.

Consideraré después, cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia y obediencia que debían darle, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir.

Ponderaré, por último, cuán terrible se mostró Dios en castigarlos luego, sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les había dado, y arrojándolos como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno, sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas perfectísimas y obras maestras de sus manos, hechas á su imagen y semejanza; porque un solo pecado mortal basta para obscurecer tanta luz y hermosura y es digno de tan terrible castigo: lo cual, dice san Pedro, permitió y ordenó

la divina Justicia para nuestro ejemplo, "porque si no perdonó á los ángeles que pecaron„, ¿cuánto menos dejará de castigar á los hombres obstinados en su culpa, siendo tan viles? "¡Oh, cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo„, manos tan pesadas que ni los ángeles pueden sufrirlas!

Estas tres cosas tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuán liberal ha sido Dios para conmigo, haciéndome innumerables beneficios; y yo cuán ingrato he sido con El, cometiendo innumerables pecados, y cuán merecido tengo que Dios me castigue como á los ángeles, y aun mucho más; porque el pecado de aquéllos fué uno, los míos muchos; el de aquéllos fué pecado de sólo pensamiento en materia de soberbia, los míos son de pensamientos, palabra y obra en todo linaje de vicios; el de aquéllos no fué injurioso á la sangre de Jesucristo, porque no se derramó por ellos; los míos son injuriosos contra esta sangre del Hijo de Dios, que se derramó por mí en la cruz. Pues siendo esto así, ¡cuán justo fuera que Dios me hubiera hundido en los infiernos en compañía de los demonios, haciéndome participante de sus penas, pues yo quise serlo de sus culpas! Oh Dios de las venganzas, ¿cómo no te has vengado de un hombre tan malo como yo? ¿Cómo me has sufrido tanto tiempo? ¿Quién ha detenido el rigor de tu justicia, para que no castigase al que merecía terrible castigo? Oh alma mía, ¿cómo no temes y tiemblas considerando el espantoso juicio de Dios contra sus ángeles? Si con tanta severidad castigó á criaturas tan nobles, ¿cómo no temerá semejante castigo una criatura tan vil y miserable como tú? ¡Oh Criador poderosísimo, pues te has mostrado conmigo, no Dios de las venganzas, sino padre de misericordia, ten misericordia de mí, perdonando mis pecados y librándome del infierno que tengo merecido por ellos!

PUNTO II

Del pecado de Adán y Eva.

Considera cómo habiendo sido criados nuestros primeros padres en el paraíso en gracia, santidad y en justicia original, quebrantaron el mandamiento de Dios, por lo cual fueron echados del paraíso é incurrieron en la sentencia de muerte y en otras innumerables miserias, así ellos como sus hijos.

Sobre esta verdad de fe puedo discurrir como sobre la pasada, considerando: cuán liberal fué Dios con nuestros primeros padres, criándolos á su imagen y semejanza, y poniéndolos en un paraíso de deleites, dándoles su gracia y la justicia original, sujetando sus apetitos á la razón y la carne al espíritu, librándolos de la mortalidad y penalidades á que según su naturaleza estaban sujetos, y concediéndoles una vida dichosa y descansada; y todo este bien les hizo de pura gracia y misericordia, concediéndoselo no solamente para sí mismos, sino para sus sucesores, si perseverasen en su servicio.

Pondera luego cuán ingratos fueron contra Dios, y el bajo y miserable motivo que tuvieron para ello; atropellando por una fruslería el mandato de Dios, abusando villanamente de su libertad y cerrando los ojos por la pasión del placer y por la rebeldía á la luz de la razón sin hacer caso ni de los beneficios que Dios les había hecho, ni de los castigos con que los había amenazado.

Luego ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos echándolos del paraíso, privándolos para siempre de la justicia original, sujetándolos á la muerte y á todas las miserias del cuerpo corruptible, en las cuales incurrimos todos sus hijos, porque "todos pecamos en él„ y por su causa "nacemos hijos de ira„ y enemigos de Dios y condenados á la misma muerte„. Y lo que mayor miedo pone es, que de este

pecado original que de él heredamos, proceden como de raíz los innumerables pecados que hay en el mundo y las avenidas de miserias, de dolores, de lágrimas y de sangre que le anegan. De ahí sacaré cuán terrible, espantoso y horrendo mal es el pecado mortal, pues uno solo priva de tantos bienes, acarrea tantos males, y provoca tanto la ira de Dios, con ser más inclinado á misericordia que á rigor de justicia. ¡Quién no temerá, oh Rey de las gentes! ¡Quién no aborrecerá mal tan grande como es tu ofensa!

Además de esto, tengo de hacer comparación de mi pecado al de Adán, porque yo miserable, siendo tentado del demonio, me dejé engañar de él, no una sino muchas veces; mi carne ha sido la Eva que me ha provocado á pecar, y mi espíritu afeminado, como Adán, por darle gusto, ha disgustado mil veces á Dios, quebrantando sus mandamientos; y ha llegado á tanto mi soberbia é ingratitud, que muchas veces he deseado ser como Dios, usurpando para mí lo que es propio de su divinidad. Pues si tales castigos hizo Dios en mis primeros padres, por un pecado de desobediencia y soberbia, fundado no más que en comer una manzana contra el precepto de Dios, ¿cuán graves castigos he merecido yo por tantas desobediencias y soberbias y por tan innumerables culpas como he cometido contra El?

Ultimamente ponderaré cuán larga penitencia hicieron Adán y Eva por esta culpa, y cuán amargo fué aquel bocado para ellos, y cuán caro les costó; pues habiendo vivido Adán más de novecientos años, todos los gastó en llorar, gemir y padecer mil infortunios que el estado de su corrupción traía consigo; pero al fin, como dice la divina Sabiduría, por la penitencia alcanzó perdón; y con este ejemplo me tengo de animar á gemir mis miserias y hacer penitencia de mis culpas para que Dios me libre de ellas, imitando en la penitencia al que imité en la culpa, y suplicando á N. S. que me castigue cuanto quisiere

en esta vida, con tal que me perdone y me libre de los tormentos de la otra.

PUNTO III

Castigo de un alma que se condena por un solo pecado mortal.

Bajaré con la consideración al infierno, veré allí infinitas almas, entre las cuales hallaré muchas que están ardiendo por un solo pecado mortal. Unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro pecado de palabra ó de obra. Luego consideraré, cómo todos estos condenados eran hombres como yo y muchos de ellos cristianos como yo, y gozaron de los mismos sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que yo gozo, y quizá en algún tiempo fueron santos y privaron mucho con Dios; pero descuidáronse poco á poco y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente.

Luego tengo de hacer comparación de este pecado á los muchos míos, ponderando con cuánta más razón merecía yo estar en el infierno, como están aquellas almas, por haber ofendido á Dios en aquel pecado una y muchas veces, y en otros géneros de pecado sin cuento. ¡Oh, cuán justamente tenía merecido que la muerte me cogiera en cometiendo la primera culpa, sin que me diera Dios lugar para hacer penitencia de ella! ¿Qué os movió, Dios mío, á esperarme más que á éstos? ¿Y por qué no me arrojasteis en los infiernos como á ellos? Confieso que merecía estar en su compañía; mas, pues, Vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo de hacer con vuestra gracia muy entera y verdadera penitencia.

También puedo ponderar, cómo no es menor merced de Dios haberme preservado del infierno, dete-

niéndome para que no bajase á los tormentos eternos, que si después de bajado me sacara de ellos, y para saber estimar esta merced y corresponder á ella como debo, consideraré que si Dios sacase del infierno una de estas almas y le diese lugar de penitencia, ¡cuán rigurosa penitencia haría! ¡Qué agradecida estaría á Dios y con qué fervor le serviría! Pues esto mismo has de hacer tú, ya que te ha hecho Dios tan singular merced, como es librarte del peligro antes de caer en él.

Concluiré con una devotísima consideración, para conocer la gravedad del pecado y la terribilidad de la divina justicia por otro ejemplo bien diferente de los pasados, pero no menos eficaz que ellos, esto es, por los castigos que la divina justicia hizo en Jesucristo S. N., no por sus pecados, sino por los míos y por los de todo el mundo, para que yo entienda cómo castigará al hombre cargado de culpas propias, quien así castigó al que se cargó de las ajenas, y cómo será castigado el esclavo culpado, pues tan terriblemente lo es el hijo inocente.

Pondré, pues, delante de mis ojos á Jesucristo crucificado, mirando su cabeza espinada, su rostro escupido, sus ojos obscurecidos, sus brazos descoyuntados, su lengua aheleada con hiel y vinagre, sus manos y pies agujereados con clavos, sus espaldas rasgadas con azotes y su costado abierto con una lanza; y ponderando cómo padece todo esto por mis pecados, sacaré varios afectos de lo íntimo de mi corazón, ya temblando del rigor de la justicia de Dios, que desenvainó su espada, como dijo el profeta Zacarías, contra el varón que estaba unido con El en persona; ya llorando mis pecados, que fueron causa de estos dolores; ya animándome á padecer algo en satisfacción de mis culpas, pues tanto padeció Cristo S. N. para pagarlas. Y finalmente, le pediré perdón de ellas, alegándole por título todos sus trabajos.

Coloquio. —¡Oh dulcísimo Redentor, que bajasteis del cielo y subísteis á esa cruz para redimir los hombres, pagando sus pecados con vuestros dolores!, yo me presento delante de vuestra Majestad, lastimado por haber sido causa de vuestras terribles penas con mis graves culpas. En mí, Señor, estuvieran bien empleados esos castigos, pues yo soy el que pequé, no en Vos, que nunca pecasteis. El amor que os movió á poneros en la cruz por mí, os mueva á perdonarme lo que hice contra Vos; por vuestras espinas os pido saquéis de mi alma las espinas de mis pecados; por vuestros azotes, perdonad mis hurtos; por vuestra hiel y vinagre, perdonad mis gulas; por los clavos de vuestras manos, perdonad mis malas obras, y por los de los pies, perdonad mis malos pasos. ¡Oh Padre eterno! "mirad el rostro de vuestro Hijo", y pues ya castigasteis en El mis pecados, apláquese vuestra ira con estos castigos y usad conmigo de vuestras misericordias, "arrojando en el profundo del mar todas mis maldades", en virtud de la sangre que derramó por ellas.

Propósitos.—Declara la guerra á tu sensualidad viendo el estrago que causó el pecado en el mundo, y muéstrate con las obras agradecido á Dios al ver cuántas veces te ha librado de caer en el infierno.

15 DE NOVIEMBRE

De la muchedumbre de los pecados y de su gravedad por ser muchos y contrarios á la razón.

Preludios.—Imagínate á tu alma como encarcelada dentro del cuerpo, y á ti como desterrado y condenado á vivir entre bestias en este valle de lágrimas; pide vergüenza y confusión de ti mismo, y dolor intenso y llanto copioso por tus pecados.

PUNTO I

De la muchedumbre de los pecados.

Traeré á la memoria la muchedumbre de pecados que he cometido en toda la vida pasada, para lo cual

discurriré por todas las edades de ella, y por todos los lugares donde he vivido, y por los oficios y ocupaciones que he tenido, mirando lo que he faltado en cada uno de los siete pecados mortales, y en cada uno de los Mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y en cada una de las leyes y reglas de mi estado y oficio. Pero esta memoria de los pecados no ha de ser seca, sino llorosa, llena de confusión y vergüenza, como la de aquel santo Rey que decía: "Pensaré delante de ti todos los años de mi vida con amargura de mi alma„.

En habiendo traído á la memoria estos pecados, haré de ellos en la oración una humilde confesión delante de Dios, acusándome como Daniel de todos ellos, siquiera de los más principales, hiriendo como el publicano, mi pecho. Después que hubiere confesado los pecados que conozco, tengo de creer que hay otros muchos que no conozco, á los cuales llama David pecados ocultos; pero no son ocultos á Dios, que me ha de juzgar y castigar por ellos: esto me ha de tener cuidadoso y afligido. Estos pecados me son ocultos por una de tres causas: ó porque me olvidé ya de ellos, ó porque eran muy sutiles, como soberbias interiores, juicios temerarios, siniestras intenciones, negligencias y omisiones, ó porque los hice con alguna ignorancia y error, ó por ilusión del demonio, pensando que hacía servicio á Dios; y juntando los pecados que conozco con los que no conozco, puedo creer que hacen una muchedumbre innumerable, y que "son más que los cabellos de la cabeza„ como dijo David, y "más que las arenas de la mar„, como dijo el rey Manasés. De donde sacaré grande admiración de la paciencia que ha tenido Dios en sufrirme, porque una injuria ó dos, quienquiera las sufre; pero tantas y tan repetidas, y tan varias, y con tanta protervia, ¿quién las puede sufrir sino Dios? Verdaderamente, Dios mío, menester ha sido paciencia infinita como la vuestra para sufrir

una infinidad de injurias como las mías; pero, pues no os habéis cansado de sufrirme, tened por bien de perdonarme.

PUNTO II

De la gravedad de estos pecados por su muchedumbre.

Consideraré la gravedad de mis pecados por su muchedumbre, aprovechándome de algunas semejanzas de que usa la divina Escritura. Porque si el pecado es como una rueda de molino ó de tahona puesta al cuello, con la cual es arrojado el hombre en el abismo infernal; siendo mis pecados tantos como las arenas del mar y los cabellos de la cabeza, ¿qué carga tan inmensa será la suya? ¿Con qué ímpetu tan furioso caeré con ellos en el profundo del infierno? ¿Quién me podrá tener, si Dios no me tiene? ¿Y qué son tantos pecados, sino una cadena de hierro de innumerables eslabones, con que estoy atado y encadenado, la cual es tan larga, que llega al infierno, y de ella está tirando Satanás para llevarme consigo? Y si "los pecados de los ángeles, como dice san Pedro, fueron maromas que tiraron de ellos, y los arrancaron del cielo para el abismo del infierno", ¿cuánto más fuertes maromas serán los míos, siendo tejidas de tan innumerables ramales? Está asimismo mi alma cercada de esta muchedumbre, como de un ejército de perros, leones, toros y serpientes y otras fieras, que la espantan con sus bramidos, y la despedazan con sus bocas, y la desgarran con sus uñas, y como abejas la punzan, y como gusanos la muerden y roen la conciencia. Yo, finalmente, soy aquel siervo malo que debe á su señor "diez mil talentos", y es tan grave la deuda, que aunque le vendan cuanto tiene y á su mujer é hijos y á él mismo, no bastará para pagar la mínima parte de ella. Pues ¿qué haces, oh alma mía, con tanta carga de pecados? Si este ejército de fieras hizo á Cristo sudar sangre de

congoja, ¿cómo tú no lloras lágrimas de sangre, de dolor y pena? ¡Oh Salvador misericordiosísimo!, por el dolor y sentimiento que tuvisteis de mis culpas en el huerto de Getsemaní, os suplico me ayudéis á sentirlas de modo que quede libre de ellas.

A esto tengo de añadir otra circunstancia que agrava mucho mis pecados, que es la reincidencia en unos mismos, después que Dios me los ha perdonado una vez y muchas; andando como en porfía con Dios, yo á pecar y El á perdonarme, y yo tornar de nuevo á pecar como si no me hubiera perdonado. Por lo cual merecía que Dios me arrojara de sí para siempre, dejándome atado de pies y manos en poder de los verdugos infernales, como lo hizo con el siervo desagradecido que le debía diez mil talentos, y después de perdonado le tornó á ofender. Pero con todo esto, fiado en la infinita paciencia y misericordia de Dios, tengo otra vez de volverme á El de veras, y postrado á sus pies, decirle: "Señor, ten paciencia conmigo", y yo con tu ayuda te pagaré toda la deuda de mis pecados, y si esta vez me perdonas, no volveré más á ellos.

PUNTO III

De la fealdad del pecado en cuanto contrario á la razón.

Considera la fealdad y vileza de estos pecados, en cuanto contrarios á la razón natural, aunque no hubiera infierno para ellos. Porque primeramente, pecar es ir contra el dictamen de la razón, y luego que el hombre comete una acción mala no puede menos de conocer que aquello es contrario á lo que dicta el entendimiento, y por eso el pecado le deshonra y avergüenza, le rebaja y embrutece. En segundo lugar, porque siendo el hombre criado á semejanza de Dios, con el pecado se convierte en bestia, y con su muchedumbre engendra dentro de sí costumbres bestiales y hábitos viciosos. Los apetitos prevalecen

contra la razón, y la carne contra el espíritu, y la esclava manda al que por derecho es señor, y el miserable espíritu es esclavo de su carne y de sus apetitos, y de otras muchas criaturas, con gran vileza; porque como dijo Cristo N. S., "quien hace el pecado, siervo es del pecado„; y el que es vencido, dice san Pedro, "siervo es del que le vence„, y como esclavo está sujeto al vencedor. Si soy ambicioso, soy esclavo de la honra y de todos los que me la puedan dar ó quitar. Si soy avariento, soy esclavo de la hacienda. Si glotón, soy esclavo del regalo. Si lujurioso, soy esclavo de la sensualidad y de las personas que me tienen robado el corazón y libertad. ¿Pues qué mayor vileza puede ser que ésta? ¿Qué esclavitud más pesada que la del pecado, frecuentado por costumbre viciosa? Esto me ha de mover á grande aborrecimiento de mis pecados, y á echar de mí esta servidumbre, y restituir mi espíritu á su libertad y nobleza, reduciéndome al servicio de mi Criador y Redentor; á quien tengo de pedir que, pues me compró con su sangre, para librarme de la esclavitud del pecado, y para que con este nuevo título fuese esclavo suyo, no permita que sea más esclavo de mi carne, ni de mis vicios, ni del demonio, enemigo suyo.

Repasada, pues, tu vida, que lo mismo en la infancia que en tu desatentada y libre juventud y que en tu edad viril, no ha sido otra cosa que un negro y sucio tejido de toda clase de pecados, haz con todos ellos, tantos, tan feos y tan abominables, un montón de podredumbre, que llegará tal vez al cielo, y delante de ellos, avergonzado de esa obra de ignominia é iniquidad con la frente hundida en el polvo, los ojos arrasados en lágrimas y el corazón partido de dolor, prorrumpe en exclamaciones llenas de admiración diciendo á tu Dios y Señor:

Coloquio.—¿Cómo, ¡Dios mío! me habéis sufrido hasta ahora tanto? ¿Cómo los ángeles, ministros de vuestra justicia, no me han exterminado, antes al con-

trario, en vez de exterminarme, me han sufrido y guardado y rogado por mí? Y los santos del cielo ¿por qué han interpuesto en mi favor sus ruegos é intercesiones? El sol ¿cómo no me abrasa con sus rayos? ¿Por qué me alumbra? ¿Cómo el aire me ha dado respiración? ¿Cómo el agua me ha refrigerado? ¿Cómo la tierra, Dios mío, cuando os ofendía yo, no se abrió para tragarme? ¿Cómo los demonios no han arrebatado mil veces al infierno mi alma? Todo lo debo á vuestra misericordia y bondad, Criador mío y Salvador mío. Gracias mil os sean dadas por haberme conservado hasta hoy la vida, que yo me propongo con vuestra gracia consagrar por completo á vuestro servicio y gloria y á la total enmienda de todos mis pecados.

Propósitos.—Implorar constantemente auxilio y perdón de tus pecados, acudiendo á las puertas de la divina misericordia.

16 DE NOVIEMBRE

De la gravedad del pecado, por la vileza del hombre que ofende á Dios N. S. (1)

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la vileza del hombre en cuanto al cuerpo.

Consideraré lo que soy cuanto al cuerpo, ponderando cómo mi origen es lodo y mi fin es polvo, mi carne es flor y heno, que presto se marchita, y "mi vida es un soplo y vapor que presto se pasa", y con ser tan breve, está llena, como dice Job, de muchas miserias y necesidades, de hambre, frío, dolor, enfermedades, pobrezas y peligros de muerte, sin tener seguro un solo día de vida, ni de des-

(1) El fin de esta meditación es conocer la gravedad que tiene la injuria de Dios, por ser tan vil el que le ofende; pues cuanto más vil es el ofensor, tanto es mayor su atrevimiento y desvergüenza en ofender al supremo Emperador de cielos y tierra.

canso, ni de salud; de tal manera, que no es posible librarme de estas miserias por mis fuerzas, si no es que Dios N. S., con su protección y providencia, me ampare y libre de ellas. Pues, ¿qué mayor locura puede ser, que un hombre necesitado y miserable se atreva á ofender á su único remediador y protector? Y ¿qué desvarío puede ser mayor, que siendo la carne polvo y ceniza y un muladar hediondo y un enjambre de gusanos y la misma podredumbre, presuma injuriar al supremo Espíritu de inmensa majestad, ante quien tiemblan las potestades y los demás espíritus bienaventurados? "¡Oh tierra y ceniza, cómo te ensoberbeces„ contra Dios! ¡Oh vaso de barro, cómo contradices á tu Hacedor! ¡Oh carne miserable! si tanto temes al hombre, que te puede quitar la vida temporal, sin hacerte otro mayor daño, ¿cómo no tiemblas de Dios, que también te puede quitar la vida eterna y echarte en el fuego del infierno? Vuelve sobre ti y siquiera por tu propio interés, cesa de ofender al que de tantos males te puede librar. Con estas consideraciones tengo de confundirme grandemente, y espantarme de mí mismo, que á tal locura he venido y en tal atrevimiento he dado, y suplicar á Jesucristo N. S. que, por su carne santísima, perdone los atrevimientos de la mía y la ponga en razón de aquí adelante.

PUNTO II

De la vileza del hombre en cuanto al alma.

Lo segundo consideraré lo que soy cuanto al alma, ponderando cómo he sido criado de nada, y de mi cosecha soy nada, nada valgo, nada puedo y nada merezco, y luego me convertiría en nada, si Dios continuamente no me conservase; ni podría hacer cosa alguna, si Dios continuamente no me ayudase. Demás de esto, he sido concebido en pecado y con inclinación á pecar; por el desorden de mis apetitos y pasiones vivo sujeto á infinitas miserias de ignoran-

cias y errores, rodeado de innumerables tentaciones dentro de mí y fuera de mí, por enemigos visibles é invisibles, que de todas partes me cercan; y por la flaqueza de mi libre albedrío he consentido y consiento con ellos, cometiendo muchos pecados, por los cuales vengo á ser menos que nada; porque menos mal es no ser, que pecar, y mejor me sería no haber sido, que ser condenado.

Y si es esto lo que soy, mucho peor es lo que puedo ser por mi grande mutabilidad y flaqueza, porque por mi inclinación á todo lo malo y por los movimientos interiores que siento á innumerables pecados de infidelidades, blasfemias, iras y carnalidades, saco que á todos estos pecados estoy sujeto, y caería en ellos si Dios me dejase de su mano; y por lo que hacen y han hecho todos los pecadores del mundo, puedo colegir lo que yo haría dejado á mi libertad. Porque, como dice san Agustín, "no hay pecado que haga un hombre que no pueda hacer otro hombre„. Me tengo, pues, de imaginar como una fuente de todos los pecados que hay en el mundo, y como un perro muerto y hediondo, que pone asco el mirarlo, ó como un cuerpo sepultado lleno de gusanos que se va consumiendo y convirtiendo en polvo. Por todo lo cual me tengo de despreciar y juzgarme por digno de ser despreciado de todos.

Siendo, pues, esto así, ¿adónde más puede llegar mi desvarío, que de mi propia voluntad ofender á la majestad de Dios? Si soy nada de mi cosecha, ¿cómo me atrevo á ofender al que es el mismo ser? Y ¿por qué me apoco tanto, que me hago menos que la nada, indigno del ser que tengo? Si estoy sujeto á tantas desventuras como me pueden venir por mi alma, ¿cómo no aplaco al que puede librarme de ellas? ¡Oh Dios de mi alma, mirad por ella!; pues la criasteis de nada, sacadla de esta nada que es el pecado, y juntadla con Vos, para que por Vos tenga ser y vida de gracia, y alcance el ser bienaventurado de la gloria.

PUNTO III

De la nada del hombre en comparación de Dios.

Lo tercero, consideraré la pequeñez de mi ser y de todo lo bueno que tengo, en comparación de Dios, procediendo por sus grados. Mirando primero lo que soy yo en comparación de todos los hombres juntos, y lo que yo soy en comparación de los hombres y de los ángeles, y luego lo que todas las criaturas son en comparación de Dios, "ante quien, como dice Isaías, las gentes son como si no fuesen, son como nada y como cosa vacía de ser, son como una gota de agua ó del rocío de la mañana, que cae en la tierra„ y apenas se echa de ver. Pues yo solo, ¿qué seré delante de Dios? Como las estrellas no parecen en la presencia del sol y son como si no fuesen, así yo, por grandes bienes que tenga, soy como si no fuese en la presencia de Dios, y mucho menos que un grano de polvo en comparación de todo el mundo.

Mi ciencia, mi virtud, mi poder, mi discreción, mi fortaleza, mi hermosura y todo cuanto bien tengo y puedo tener, es como nada en comparación de lo que tiene Dios. Por lo cual, con mucha razón dijo el Salvador, que "ninguno es bueno sino Dios„, ninguno es poderoso, ni fuerte, ni hermoso, sino Dios; porque El sólo es la misma bondad y sabiduría y omnipotencia, en cuya comparación la que tienen las criaturas no merece este nombre. Pues, ¿en qué seso cabe que un hombre de tan poco ser se atreva á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados? ¡Oh loco, qué has hecho! ¡Oh miserable de mí, que tal atrevimiento he tenido!

Coloquio.—¡Oh Dios inmenso, en cuya comparación soy como si no fuese! Por la infinita excelencia de tu ser, te suplico perdones mis pecados y me des luz para que conozca la vileza en que por ellos he venido; concédeme que me aborrezca y desprecie,

y tenga en menos que nada, y haga penitencia como Job, "en ceniza y en pavesa", teniéndome por tal en tu presencia. Que vea yo con la luz de tu gracia mi osadía al ofenderte á Ti, mi bien sumo, con el sumo mal que es el pecado; mi vileza al atreverme pecando contra todos y cada uno de tus atributos; mi ingratitud al despreciarte á Ti como mi Padre, mi Rey y mi Dios, al preferir el pecado, enemigo y muerte de mi alma, de mi dicha, de todo mi ser, á Ti que eres la suma felicidad, la eterna hermosura, mi única vida.

Propósitos.—Saca gran horror al pecado, único mal que cambia radicalmente tu alma, que te quita toda gracia, todo mérito y toda paz y por encima y á través de todas las dificultades de la vida di valientemente: "Cueste lo que cueste, quiero salvarme".

17 DE NOVIEMBRE

De la gravedad de los pecados, por la grandeza de la infinita majestad de Dios, contra quien se cometen (1).

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO 1

De las infinitas perfecciones de Dios.

Consideraré las infinitas perfecciones que tiene Dios en sí mismo, especialmente aquellas contra las cuales derechamente pelea el pecado, y de donde recibe mayor deformidad y gravedad.

Lo primero, ponderaré la infinita bondad de Dios, por la cual es sumamente amable de todas las criaturas, y si fuera posible otro amor infinito, todo se le

(1) Esta meditación es la más eficaz para mover á la perfecta contrición y dolor de pecados, que procede del amor de Dios sobre todas las cosas, ponderando la gravedad del pecado, no sólo por la bajeza del ofensor, sino por la alteza del ofendido; porque tanto es mayor la injuria, cuanto es mayor el injuriado; y como Dios es infinito en su ser y perfecciones, así el pecado por esta parte, como dice santo Tomás, es también injuria como infinita.

debía. Y es tan grande esta bondad, que es imposible verla claramente y no amarla sumamente, como lo hacen los bienaventurados. Pues, ¿qué maldad puede ser mayor, que aborrecer y despreciar á tan infinita bondad, y qué mayor injusticia que injuriar con desamor al que es digno de infinito amor? ¡Oh bondad infinita, cómo te he aborrecido y despreciado! ¡Oh, quién nunca te hubiera ofendido! Pésame, Dios mío, del pecado, sobre todo cuanto me puede pesar, porque deseo amarte sobre todo cuanto se puede amar.

Lo segundo, ponderaré la inmensidad de Dios junta con su infinita sabiduría, por la cual está real y verderamente presente en todo lugar, viendo y contemplando todo lo que se hace; y á mí mismo tengo de mirarme dentro de esta inmensidad llena de ojos, y que dentro de ella hice todos los pecados pasados y hago los presentes, provocándole con ellos á enojo, asco y vómito; porque sus ojos, como dice la Escritura, son tan limpios, que no pueden sin asco mirar la culpa, y su corazón tan puro, que le hace dar arcadas la maldad. Pues, ¿qué ceguedad mayor puede ser que vivir yo dentro de la inmensidad de Dios y á vista de la sabiduría de Dios, y con todo eso injuriarle con mis pecados? ¿A qué más puede llegar la desvergüenza del esclavo, que á atropellar la voluntad y honra de su señor estando en su presencia? Y ¿qué mayor atrevimiento que hacer esto, siendo el señor poderoso para castigarle como merece su descortesía? ¡Oh Señor! ¿Cómo me has sufrido estar cabe Ti y en tu presencia? ¿Cómo no has aniquilado á este descomedido y desleal esclavo? ¿Cómo no has apartado tus ojos de mí, ni me has vomitado y lanzado de Ti para siempre? Pésame en el alma de mi desvergüenza y atrevimiento, y propongo con tu gracia de nunca más hacer cosa indigna de tu presencia.

Lo tercero, ponderaré la soberana omnipotencia de Dios, por la cual está en todas las criaturas, dán-

doles el ser que tienen y concurriendo con ellas á todas sus obras; de modo que sin el concurso de la omnipotencia de Dios, no puedo ver, ni oir, ni hablar, ni menear mano ni pie, ni entender, ni querer, ni hacer otra alguna cosa. Y, por consiguiente, cuando peco me ayudo de la divina omnipotencia para pensar, decir ó hacer la cosa que le da disgusto; y es tanta su bondad y misericordia, que por conservar mi libertad, no me niega este concurso, ni le niega á las criaturas de que uso para ofenderle; concurre con el manjar para que dé sabor á mi gusto, aun cuando peco en comerle; y con la hermosura de la criatura, para que recree mi vista, aunque peque en mirarla. Pues ¿qué desatino es éste, que haga yo guerra á Dios con el mismo poder de Dios? ¡Y que me aproveche de su ayuda para hacer lo que es su injuria! ¡Oh bondad omnipotente, cómo das tan liberalmente tu concurso á quien tan mal usa de él! ¡Cómo no empleas esa omnipotencia en castigar al que tan mal se aprovecha de ella! Perdona, Señor, este atrevimiento que ha sido mayor de lo que puedo pensar, y me pesa de él más de lo que puedo decir, y quisiera que me pesara mucho más. "¡Oh Dios infinito, que muestras tu omnipotencia principalmente en perdonar y tener misericordia„ del pecador! Perdóname y ten misericordia de mí, y ayúdame para que nunca más use de tu infinito poder si no es para servirte. De este modo se pueden ponderar los atributos de la misericordia, justicia, caridad de Dios y otros que se tocarán en el punto siguiente.

PUNTO II

De los infinitos beneficios de Dios N. S.

Consideraré sumariamente los infinitos beneficios de nuestro Señor, y quién ha sido Dios para conmigo, comparándolo con lo que yo he sido para con El, y la gravísima injuria que es ofender á un infinito bienhechor.

Lo primero, ponderaré los beneficios de la creación, conservación y gobernación, los cuales encierran bienes innumerables que tocan al ser natural de cuerpo y alma, y le ayudan para el ser sobrenatural de la gracia; y con esta consideración procuraré dolerme grandemente por haber ofendido á mi Criador, sin el cual no tuviera ser; á mi Conservador, sin el cual no puedo durar, y á mi Gobernador, sin cuya providencia no puedo vivir. Para esto, ayudará mucho ponderar todo lo que dijo Moisés á su pueblo, en el cántico que hizo dándole en rostro con sus pecados, especialmente aquellas palabras: "Pueblo necio é ignorante, ¿esta paga das al Señor? ¿Por ventura no es tu Padre, que te poseyó y te hizo y te crió? Dejaste á Dios, que te engendró, y te has olvidado del Señor, que es tu Criador y Salvador„.

Lo segundo, ponderaré los beneficios de la redención, donde entran la encarnación del Verbo eterno, y todos los trabajos de la vida, Pasión y muerte de Cristo N. S., mirándole como á Padre, Pastor, Médico, Maestro y Salvador nuestro. De suerte, que con mis pecados he injuriado al que tiene todos estos títulos para conmigo. Y como dice el Apóstol, he crucificado dentro de mí á Jesucristo, he hollado al Hijo de Dios, pisado su sangre, despreciado sus ejemplos, atropellado sus leyes y preceptos, y he vivido como si tal redención no hubiera pasado en el mundo para mí. Pues ¿cómo no te deshaces, ¡oh alma mía!, en lágrimas, habiendo ofendido á tal Padre, á tal Maestro, á tal Pastor y Redentor? ¿Cómo no se te parte por medio el corazón de dolor, por haber ofendido con tus pecados al que murió por librarte de ellos? ¡Oh Redentor mío, cuánto me pesa de haberte ofendido! Perdona, Señor, mis ofensas, lava con tu sangre las manchas de mis culpas, y en virtud suya propongo, con tu gracia, de no volver más á mancharme con ellas.

A este modo puedo ponderar los beneficios de la

santificación, donde entra el Bautismo y los demás sacramentos, y especialmente el de la Penitencia, Eucaristía y las inspiraciones del Espíritu Santo, y otros innumerables beneficios manifiestos y ocultos, y también la promesa de los beneficios futuros en la glorificación y resurrección; de todos los cuales me tengo de hacer cargo, y con un grande pasmo admirarme de que haya correspondido á tantos beneficios con tan malos servicios, andando en competencia con Dios, El haciéndome mercedes y dándome grandes dones, y yo haciéndole injurias y cometiendo graves pecados; ponderando que cada pecado, en cierto modo, es ya desagradecimiento infinito, por ser contra un Bienhechor infinito, y contra infinitos beneficios que de su mano he recibido, dados con infinito amor, sin merecimientos míos.

Para ponderar más la gravedad de mis culpas por este título, será bien aprovecharme de algunas historias que hacen á este propósito, como es la de José, que le pareció imposible pecar con la mujer de su señor, de quien tantos bienes había recibido. Y la de Saúl, que con ser cruel perseguidor de David, se amansó cuando oyó contar los grandes servicios que le había hecho; y cuando vió que David, pudiéndole matar, no le había muerto, se compungió y dijo: "Más justo eres tú que yo, porque tú me has hecho muchos bienes, y yo te he vuelto en retorno muchos males„. Oh alma mía, ¿cómo puedes pecar contra tu Dios y Señor, de quien has recibido todo el bien que tienes? Oh Dios de mi corazón, ¡cuán más justo eres Tú que yo, porque Tú no cesas de hacerme misericordias, y yo no ceso de hacerte ofensas! Tú, pudiéndome quitar la vida y el ser, no lo haces; y yo, no pudiendo quitártele, cuanto es de mi parte intento hacerlo. Tú cortaste la cabeza al gigante, y quebrantaste la cabeza de la serpiente por librarme de la muerte; y yo me sujeto á ella con ofensa tuya. ¿Quién hay que, pudiendo matar á su enemigo, no le

mate? Y tú quieres morir porque él no muera. Perdona, Señor, mi bestial desagradecimiento, y ayúdame con tu copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria.

PUNTO III

Gravedad del pecado por la vileza de sus motivos.

Consideraré el motivo que tuve para pecar; porque sin duda crece la grandeza de la injuria, cuando se hace por una causa y ocasión muy leve. Pues, ¿por qué ofendí á Dios? Por un regalillo de la carne, por un puntillo de honra, por un interesillo de hacienda, por un gustillo de mi propia voluntad, finalmente, por cosas vilísimas, que pasan como humo y son como si no fuesen en comparación de Dios. Y con ser tales, por ellas negué con mis obras á Dios vivo, y de ellas hice para mí ídolo y Dios falso, estimándolas en más que á Dios verdadero, crucificando dentro de mí á Cristo, por dar la vida á Barrabás que es el pecado. ¡Oh Señor mío, con cuánta razón decís á los "cielos que se espanten, y á sus puertas que se rompan y quebranten de espanto, por dos males que hizo vuestro pueblo„; y yo, miserable pecador, los he hecho infinitas veces, "dejándoos á Vos fuente de agua viva, y cavando con trabajo aljibes rotos que no pueden retener el agua!„ ¡Oh trabajo mal empleado! ¡Oh trueque desatinado! Dejé á Dios infinito, y á la fuente perpetua de infinitos y eternos bienes, por una nonada de bien temporal y perecedero, que es como aljibe roto, que sin sentir pierde el agua que tenía y queda seco. ¡Oh alma mía!, si tan vil te parece el hecho de Esaú, que vendió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, ¿cuánto más vil será el tuyo, que vendes el mayorazgo del cielo por un pequeño interés de la tierra? Aquél le vendió por conservar su vida, y tú por venderle incurres en la muerte. Y si aquél no halló lugar de penitencia para revocar la venta, justo fuera

que tampoco tú le hallaras, pues fué tu culpa más grave que la suya. Mas, pues, es mayor la divina misericordia, acude á ella con humildad, para que deshaga con su gracia la venta mala que tú hiciste por tu culpa.

Finalmente, en esta meditación tengo de hacer grande hincapie en esta verdad: que es increíble desvarío creer con la fe lo que creo, y vivir de la manera que vivo, esto es, creer que el pecado es tan malo, y con todo eso cometerle; creer que Dios es tan bueno y tan justiciero, y sin embargo de esto ofenderle, y así en lo demás. A la vista de todo lo que he meditado prorrumpiré en una exclamación con afecto vehemente, lleno de espanto de que las criaturas me hayan sufrido, habiendo yo ofendido tan gravemente á su Criador y Bienhechor.

Coloquio.—Confieso que no merezco el pan que como, ni el agua que bebo, ni el aire con que respiro, ni soy digno de levantar los ojos al cielo; antes merecía que de allá bajaran rayos de fuego que me abrasaran, como á Sodoma y Gomorra, ó que la tierra se abriera y me tragara vivo, como á Datán y Abirón, y que se inventaran nuevos infiernos para castigar mis graves pecados. Y pues no han sido bastantes para enfrenarme la bondad, sabiduría, inmensidad, omnipotencia, largueza, beneficencia y caridad de Dios, era justo que su justicia saliera á vengar los agravios hechos á estas divinas perfecciones y á estos soberanos beneficios, y que diera licencia á todas las criaturas, como se la dará el día del juicio, para que tomaran venganza de mi, por las injurias que hice al Criador y á ellas para ofenderle á El. Pero, Dios mío y Criador mío, ya que por vuestra misericordia habéis tenido por bien de sufrirme, añadid este beneficio á los pasados, teniendo por bien de perdonarme.

Propósitos.—Pensar con frecuencia en esta idea: Quién es Dios y quién soy yo. Ella me servirá, bien meditada, para no ofender á tan soberano Señor, Padre y bienhechor mío.

18 DE NOVIEMBRE

(Segunda semana de adviento.)

De la gravedad del pecado por comparación á las penas temporales y eternas con que es castigado.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la gravedad del pecado por las penas y miserias de esta vida.

Consideraré la gravedad del pecado mortal, por comparación á todas las penas y miserias que hay en esta vida, ponderando cómo es causa de estos males temporales, castigándole Dios justísimamente con ellos. Para cuya prueba puedo discurrir por los bienes exteriores, que llamamos de fortuna, y por los que tocan al cuerpo, los cuales destruye el pecado. Lo primero destruye las haciendas, quitándolas Dios á los pecadores porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas, y á los jebuseos y cananeos de sus tierras.

El pecado también destruye la honra, porque quien quita, cuanto es de su parte, la honra á Dios y á su prójimo, merece perder la suya. El sumo sacerdote Helí y sus hijos, perdieron por esto la honra del sacerdocio con la vida, diciéndoles Dios: "Los que me desprecian serán abatidos."

El pecado destruye el cetro y el imperio: por la desobediencia quitó Dios á Saúl el reino que le había dado, y Nabucodonosor por la jactancia perdió el suyo, viviendo siete años como bestia, cortando Dios aquel árbol tan vistoso, porque sus pecados no merecieron que estuviese en pie. Y es justo castigo que no tenga dignidad, ni mando en la tierra, quien no se rinde al Rey de la tierra y cielo; y que no ten-

ga preeminencia sobre hombres quien por el pecado se hace semejante á las bestias.

Demás de esto, el pecado destruye la salud, castigando Dios á los pecadores con muchedumbre y variedad de enfermedades, y llagas de pies á cabeza; porque no merece tener salud quien la emplea en ofender al que se la dió; y quien tiene su alma enferma, pudiendo sanarla, digno es de tener el cuerpo enfermo sin que pueda sanarle; como el tullido, que en treinta y ocho años no pudo sanar en la probática piscina donde otros sanaban.

El pecado quita el contento y alegría, causando tristeza mortal, que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. Como aquella ciudad, que decía: "Me ha llenado Dios de amarguras, y me ha embriagado con ajenjos." Y como el miserable rey Antíoco, que dijo: "¡A cuánta tribulación y á qué olas de tristeza he venido yo, que era alegre y amado en mi señorío!"

El pecado quita la vida, causando la muerte por mil medios desastrados. Por los pecados de Faraón y de su reino mató un ángel en una noche todos los primogénitos, y otro día anegó todo su ejército de innumerables hombres. Y otro ángel en el campo de Senaquerib mató ochenta mil hombres, y muchos israelitas perecieron en el desierto con varios géneros de muertes.

Finalmente, el pecado causa aquellos tres males terribles, que ofrecieron á David para que escogiese uno en castigo de su culpa, hambre, guerra y pestilencia, con los cuales perecen innumerables hombres con suma miseria y rabia. Y asimismo por los pecados vienen los temblores de la tierra, las tempestades del mar, los diluvios, fuegos, rayos, granizos, piedras y otros tales castigos; porque como el pecado es injuria del Criador universal, todas las criaturas son instrumentos para su venganza.

Luego aplicaré todo esto á mí mismo, mirando los

males y miserias que padezco, y entenderé que todos me han venido justamente por mis pecados, para que conozca y vea por experiencia, como dice Jeremías, "cuán malo y amargo es dejar á Dios y no temerle." Y así, del horror que tengo á estas penas sacaré horror de las culpas, diciéndome á mí mismo: Pues tanto temes las miserias temporales, ¿cómo no temes la culpa, que es causa de ellas? Si tiemblas de la pobreza y deshonra, ¿por qué no tiemblas del pecado de donde ambas proceden? Y si huyes la enfermedad del cuerpo, ¿cómo no huyes la enfermedad del alma, pues aquélla para en muerte temporal y ésta en muerte eterna? ¡Oh Dios eterno!, esclaréceme con tu luz soberana, para que por el temor que tengo de los males del cuerpo, aprenda á temer los males del alma.

PUNTO II

De la gravedad del pecado por ser mal mayor que todos los males temporales.

Considera, además, cómo el pecado es un mal incomparablemente mayor que todos los males temporales que se han dicho; ni con ellos se puede pagar la mínima parte de la pena que un solo pecado mortal merece. Pondera algunas razones claras, que traen los santos, de esta verdad.

La primera, porque todos los males que se han dicho privan de bienes criados, que son muy limitados; pero el pecado priva de un bien infinito, que es Dios, y como sólo Dios se llama por excelencia bueno, porque las demás cosas criadas, aunque tengan alguna bondad, comparada con la de Dios es como si no fuese; así sólo el pecado se puede llamar absolutamente malo, y la malicia de las demás miserias, es como si no fuese, en su comparación; ni todas juntas bastarán á darme apellido de malo, si me falta el pecado, y por este sólo seré malo aunque me falten las otras miserias.

De aquí es que si se juntasen en mí todas las penalidades de esta vida, pobreza, deshonra, enfermedad, dolor, tristeza y persecución, con todos los tormentos que han padecido los mártires, no igualan con la miseria de un pecado mortal, y de buena gana me tengo de ofrecer á pasar por todos antes que cometerle. A imitación de aquel insigne mártir Macabeo, que respondió á los que le amenazaban, con graves tormentos si no quebrantaba un mandamiento de la divina ley, "que antes se dejaría echar en el infierno„; esto es, que antes se dejaría matar y hacer pedazos, y hundir mil estados debajo de tierra con terribles dolores é ignominias, que hacer tal pecado.

En confirmación de esto ponderaré, cómo excede tanto el mal de la culpa al mal de la pena, que Dios nuestro Señor, con ser infinitamente bueno, puede ser autor y causa de cualquier pena; antes, como dijo el profeta Amós, "no hay mal de estos en la ciudad, que Dios no le haya hecho„; porque esto no le hace malo, ni es contrario á su bondad; pero es imposible que sea autor ni causa de culpa, por mínima que sea, porque esto sería contra su bondad, la cual, como dice el profeta Abacuc, "no puede mirar á la mal dad„, aprobándola ó complaciéndose en ella.

Y por la misma razón, haciéndose Dios hombre, pudo tomar sobre sí todos cuantos males de sola pena hay en el mundo; pero es imposible que en El se hallase mal de culpa; y Cristo N. S. se ofreciera á padecer los tormentos y deshonras que padeció y otros muy mayores, si fuera necesario, sólo por no hacer un pecado; y á su imitación, he yo de hacer lo mismo, doliéndome del yerro en que hasta aquí he vivido. ¡Oh Dios purísimo, que estando libre de culpas y de penas, tomando nuestra naturaleza, te cargaste de penas para descubrir el aborrecimiento que tienes á las culpas!, cárgame aquí de tormentos, con tal que para siempre me libres de pecados.

De aquí procede otra tercera razón, que declara

mucho la gravedad de la culpa; porque Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, ordena los males de esta vida para medicina del pecado. Y pues ningún médico sabio hace un mal muy grande para curar otro pequeño, señal es que todas estas miserias son menor mal que la culpa. Y así con gran razón nuestro misericordiosísimo Salvador y Médico, Cristo Jesús, quiso padecer tan terribles penas en su Pasión y muerte para librarnos de nuestras culpas, y aunque fueran mucho mayores de lo que fueron, no igualaran con nuestros pecados, ni bastaran á pagar por ellos, ni curarlos, si la persona que las padecía no fuera de infinita dignidad y santidad. De donde sacaré un gran horror á tan terrible enfermedad, para cuya cura se ordenan jarabes y purgas tan amargas. Y juntamente grande paciencia en mis trabajos, considerando que, por muy grandes que sean, son incomparablemente menores que mis culpas.

PUNTO III

De la gravedad del pecado por comparación á las penas eternas.

Consideraré la gravedad del pecado, por comparación á las penas eternas, ponderando: Lo primero, que es tan grande mal el pecado mortal, que después de haber causado todos los males de esta vida que se han dicho, como si no hubiera hecho nada, así causa los males eternos de la otra, castigando Dios con ellos al pecador que permanece en su culpa, como si en esta vida no hubiera recibido castigo alguno. De suerte que ni las diez plagas de Egipto, ni el fuego de Sodoma, ni los azotes de la desastrada Jerusalén, ni las penas que aquí padecen los pecadores rebeldes á Dios, se toman en cuenta para aliviar los castigos del infierno, los cuales serán tan grandes como si acá no hubieran padecido otros. Y así, sin hacer caso de ellos, dice el profeta Nahum, que "Dios no cas-

tiga una cosa dos veces„, porque el castigo de esta vida es como si no fuese, y como dice san Gregorio, es principio del eterno.

Lo segundo, ponderaré la razón de este rigor justísimo, porque como la culpa es una injuria infinita, al modo que se ha dicho, y todas las penas de esta vida son finitas, no se castiga bastantemente con ellas, si no suceden otras que tengan alguna infinidad, cuales son las del infierno, por dos títulos: El primero, por ser eternas y no tener fin en su duración; el segundo, porque privan de un bien infinito, que es la vista de Dios para siempre. Por lo cual dice san Agustín, que "aunque no hubiera día de juicio universal para los pecadores, aunque por toda la eternidad hubieran de vivir con abundancia de deleites sin temor de castigo, solamente por haber de carecer para siempre de la dichosa vista de Dios, habían de llorar amargamente„; porque no es posible imaginar pena que iguale á ésta para quien tiene viva fe de lo que es Dios. Esta pena siéntenla los que le aman, no los que le desprecian. Y porque pocos en esta vida la sienten, se amenaza otra que se siente mucho, de terribilísimo fuego, en cuya comparación las penas de acá son ligerísimas, como si no fuesen penas. Pues ¿cómo no temblaré de estar rebelde en la culpa, mereciendo que me castigue Dios "con doblada tribulación„, y que me quebrante con doblado quebrantamiento, siendo el castigo temporal un rasguño y principio del Eterno? ¡Oh Dios infinito!, líbrame de esta rebeldía porque no caiga en tanta miseria.

Ultimamente, consideraré lo sumo que con toda verdad se puede decir del pecado, que con ser tan terribles los males de sola pena que se padecen en el infierno, es el pecado incomparablemente mayor mal que todos ellos. De suerte que si un hombre padeciese las penas del infierno sin pecado, y otro tuviese un solo pecado mortal, éste sería más malo y miserable que el otro. Y "si á un lado se pusiesen todas las pe-

nas del infierno desnudas de culpa, y á otro lado una sola culpa mortal, y fuese forzoso escoger una de las dos cosas, yo, dice san Anselmo, escogería arrojarme en los infiernos antes que hacer un pecado mortal„. Y como el santo Eleázaro, diría que quiero más entrar en el mismo infierno sin culpa, que con ella quedar en el mundo; porque la muerte de la culpa, dice el Sabio, "es malísima, y la sepultura, y aun el mismo infierno„, cuanto á la pena, "es menos dañoso que ella„.

Coloquio.—¡Oh Dios infinito, asienta en mi corazón esta verdad, para que tema mucho más al pecado que al infierno; pues de verdad no hay peor infierno que estar en pecado! ¡Oh alma mía, llora con amargura tus pecados, no sólo por el infierno que has merecido, sino mucho más por el grave mal que contra Dios has hecho. Cesa luego de pecar porque no te hiera Dios con castigo cruel y con llaga de enemigo, permitiendo que te endurezcas en la culpa para castigarte con las penas eternas. Señor, crucifica con tu santo temor esta mi carne para que te tema á Ti sobre todas las cosas y prefiera mil infiernos y mil muertes antes que pecar y que ofenderte.

Propósitos.—Huir de cualquier peligro de pecar como huiría del infierno, si viere con los ojos lo terrible de sus penas.

19 DE NOVIEMBRE

De las propiedades de la muerte (1).

Preludios.—Imagínate estar ya en la agonía, con la vela en la mano, oyendo cómo te recomiendan el alma, luchando con las terribles ansias de la muerte. Pide al Señor vivir del modo que quisieras entonces haber vivido.

PUNTO I

De la certeza de la muerte.

Consideraré algunas propiedades de la muerte y los fines que nuestro Señor pretendió en ellas para

(1) Las meditaciones de las postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, infierno y gloria, son eficacísimas para movernos al aborrecimiento de

nuestro provecho, reduciéndolas á tres, que son las más principales. La primera propiedad de la muerte es ser ciertísima, sin que ninguno se pueda escapar de ella en el tiempo que Dios tiene determinado. He de morir, no hay remedio, y es lo único cierto de mi vida. A la mayor parte de las cosas que sobre ella se me pregunten podré responder: no sé. ¿Pero morirás? Eso sí, y ni todo el poder del mundo, ni todo el oro te puede alargar un día más la vida. Lo dijo Dios: "Morirás„ y nadie quedó exceptuado de esa ley. En lo cual meditaré, que Dios N. S., desde su eternidad, tiene determinados los años de nuestra vida, y señalado el mes, el día y la hora en que cada uno ha de morir, sin que sea posible pasar de él un punto; ni hay rey, ni monarca que pueda añadirse á sí ó á otro, un momento de vida sobre lo que Dios ha determinado. Y así como entré en el mundo el día que Dios quiso y no antes, así también saldré de él el día que Dios quisiere y no después. Para que entienda que cualquier día que vivo lo recibo de gracia, y los que he vivido han sido de gracia también, pues pudiera nuestro Señor haberme señalado plazos de vida más cortos, como señaló á otros que murieron en el vientre de sus madres ó en su niñez. Y pues mi vida está tan colgada de Dios, justo es gastar todo el

---

nuestros pecados y al propósito eficaz de nunca más volver á ellos. Por lo cual dijo el *Eclesiástico:* «En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás. Y por la misma razón dijo Moisés á su pueblo: «Ojalá supiesen y entendiesen y se previniesen para sus postrimerías»; dando á entender que nuestra verdadera sabiduría está en meditar y saborear bien las cosas que nos han de suceder á fin de la vida, y prevenirnos para ellas. En especial la meditación de la muerte, como la experiencia nos lo enseña, es muy provechosa para todos los que caminan en cualquiera de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva; en la cual deberían todos ejercitarse frecuentemente, aunque con diferentes fines. Los principiantes, para lavarse de sus pecados, antes que la muerte los saltee y coja desapercibidos. Los que aprovechan, para darse prisa á granjear las virtudes, viendo que el tiempo de merecer es brevísimo, y de repente lo corta la muerte. Los perfectos, para despreciar todas las cosas criadas, con deseo de unirse por amor con su Criador. Ponderemos, pues, las consideraciones que pueden aprovechar á todos, pero más especialmente las que ayudan al fin de la vía purgativa, de que ahora tratamos.

tiempo de ella en servicio de quien me la da, teniendo por sumo desagradecimiento emplear un solo momento en ofenderle.

Luego, he de ponderar cómo Dios N. S. en este su decreto acortó ó alargó los días que podían vivir algunos hombres, según su natural complexión, por los secretos fines de su soberana providencia; porque á unos por sus oraciones ó de otros santos, alarga los días de la vida, como al rey Ezequías añadió quince años, porque con lágrimas se lo pidió, y lo mismo ha sucedido en los difuntos que milagrosamente han resucitado. A otros acorta los días de la vida por uno de dos fines; ó por su salvación, arrebatándolos, como dice el Sabio, en su mocedad, "antes que la malicia trastornase su juicio y la ficción engañase su alma„; ó al contrario, en castigo de sus graves pecados, ó para atajarles los pasos porque no añadiesen otros mayores. Por lo cual dijo David, que los "varones de sangre„, esto es, los muy malos y crueles, "no demediarán sus días„. Y aun algunas veces los acorta en castigo de culpas que parecen ligeras, como le sucedió al Profeta que, engañado de otro, comió en el lugar donde Dios le había mandado que no comiese. De todo esto sacaré propósito firme de concertar los días de mi vida, de modo que no los acorte Dios por mis pecados, diciéndole con David: "No me llames, Señor, en medio de mis días„, con muerte apresurada; acuérdate que tus años son eternos, y compadécete de los míos que son tan pocos.

PUNTO II

Que la muerte es incierta en todas sus circunstancias.

La segunda propiedad de la muerte es, que en cuanto al día, lugar y modo, es ocultísima á todos los hombres y manifiesta á solo Dios. En lo cual ponderaré, cómo no podemos saber el día, ni la hora en que hemos de morir, ni el lugar, ni la ocasión ó coyuntura

en que nos ha de coger la muerte, ni el modo cómo hemos de morir, si será con muerte natural, por enfermedad y por qué género de enfermedad, ó si será con muerte violenta, por fuego ó agua, ó á manos de hombres ó de fieras, ó por algún rayo ó cualquier caso fortuito que caiga sobre nosotros. ¿A qué edad moriré? ¿En la edad madura, en la juventud? ¿En mi casa, en la de un extraño? ¿Qué día moriré? Y ¿será en estado de gracia, ó en pecado? ¿Y por qué no he de morir este año, este mes? ¿Quién me asegura que no moriré hoy mismo? Nada sabemos; sólo que vendrá de repente la muerte ó la enfermedad y ocasión de ella, y que cuando uno está más descuidado le saltea la muerte como ladrón que viene de noche á escalar la casa y robar la hacienda; así dice Cristo N. S.: "Vendrá el Hijo del hombre á escalar vuestra casa, que es el cuerpo, y robar y sacar de él el alma y hacer juicio de ella„.

Ponderaré, después, los fines que tuvo nuestro Señor en esta traza de su providencia; es á saber: para obligarnos á estar siempre en vela, temiendo esta hora, previniéndonos para ella, haciendo penitencia de nuestros pecados antes que la muerte nos ataje, y dándonos prisa á merecer y trabajar, antes que se acabe la luz y se muera la candela de improviso, y nos quedemos á obscuras. Esto concluía Cristo N. S. en las parábolas que puso de esta materia. Unas veces decía: "Velad en todos los días y en todas las horas, porque no sabéis el día ni la hora de vuestra muerte„. Otras veces decía: "Velad, porque no sabéis la hora en que vuestro Señor ha de venir; y estad preparados, porque en la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre„. Con estas palabras me exhortaré á mí mismo á menudo, diciéndome: Ciñe tu cuerpo con la mortificación de tus vicios y pasiones, y toma en tus manos hachas encendidas de virtudes y buenas obras, y está siempre en vela, esperando la venida de Cristo, porque vendrá cuando

menos pienses, y la hora que tú tuvieres más olvidada, será quizá la que El tiene señalada, y si no te halla muy apercibido, has de hallarte muy burlado.

Por último, ponderaré cómo todas las muertes repentinas y arrebatadas que han sucedido y suceden cada día, son recuerdos que nuestro Señor me da de esta verdad para que tema y me prepare; porque la muerte que pasa por cualquier hombre, puede también pasar por mí. Y así, cuando veo ú oigo decir que de repente unos mueren á espada, otros á manos de sus enemigos y otros, echándose á dormir sanos, durmieron el último sueño de la muerte; de todo esto he de sacar temor y aviso, porque será posible venga por mí tal modo de muerte arrebatada. Para lo cual he de ponderar mucho que cualquier pecado mortal es merecedor de que me castigue con esta muerte la divina justicia si no hago penitencia, como lo avisó Cristo N. S. á propósito de dos casos semejantes que sucedieron entonces, matando Pilatos de repente á ciertos galileos y cayéndose la torre de Siloé sobre diez y ocho hombres. "¿Pensáis, dice, que estos hombres eran los mayores pecadores de Galilea ó de Jerusalén? Dígoos que no es así, sino que esto sucedió para que entendáis que si no hiciereis penitencia, todos pereceréis de la misma manera„; que es decir: Cuando viereis morir algunos de repente y con muerte desastrada, no os aseguréis vanamente, diciendo que esto les sucedió por ser grandes pecadores, porque os digo de verdad que cualquier pecador, aunque no sea tan grande, si no hace penitencia, es digno de este castigo y vendrá á perecer como éstos perecieron. Pues si esto es así verdad, como lo es, ¿cómo no tiemblo de estar una hora en pecado mortal, de cualquier modo que sea? ¿Quién me puede asegurar de que no vendrá por mí el castigo que tan justamente tengo merecido? ¿Quién me ha exceptuado de esta general amenaza que hace Cristo N. S. á todos los pe-

cadores? ¡Oh pecador miserable, ten misericordia de tu alma, procurando aplacar á Dios con la penitencia antes que te coja de repente tan horrenda miseria!

PUNTO III

La muerte es única.

La tercera propiedad de la muerte es, que no sucede más que una vez, conforme al dicho del apóstol san Pablo: "Estatuto y decreto es de Dios que todos los hombres mueran una sola vez„. De donde se sigue, que el daño y yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad, así como el acierto de la buena muerte es perdurable por la misma eternidad. De suerte que, como no se muere dos veces, ni tengo dos almas, si una vez muero en pecado mortal, no hay medio para remediar este daño, porque, como dice Salomón, "dondequiera que cayere el árbol cuando le cortaren, al Septentrión ó al Mediodía, allí se quedará para siempre jamás„.

Y si cae al septentrión del infierno, por la obstinación en la culpa, no hay remedio para volver á cobrar la gracia, ni escaparse de la pena. Así como si cae al mediodía del cielo con la perseverancia en la gracia, no hay temor de volver otra vez á la culpa ni de perder la gloria. Con la viva consideración de esta verdad y de las pasadas, tengo por una parte de espantarme de mí mismo, como creyendo esto con tanta certeza de fe, vivo con tanto descuido de mi salvación, y con tanto olvido en cosa que tanto me importa; y por otra parte, alentarme á procurar con suma presteza la penitencia y enmienda de la vida y el fervor de ella, suplicando humildemente á nuestro Señor que corte el árbol de mi vida en tal tiempo y lugar, y en tal ocasión que no caiga al lado del infierno, sino al lado del cielo. Y juntamente examinaré, como dice san Bernardo, á qué lado caería si Dios

me la cortase ahora; y procuraré asegurar mi buen suceso haciendo frutos dignos de verdadera penitencia, con los cuales el árbol se inclina á la parte de la gloria y siendo entonces cortado, será trasplantado en ella.

Coloquio.—Dios mío, cuando pienso que mi eternidad depende de una mala ó buena muerte; que la muerte depende de un momento y que en cualquier momento puedo pecar; cuando me acuerdo de que si hubiera muerto tal año, tal hora, tal día, como Vos sabéis muy bien, estaría ya en el infierno, me lleno de espanto al ver el peligro á que voluntariamente expuse mi alma. Perdóname, Señor, por tu infinita misericordia y de aquí en adelante prometo vivir como si cada día fuese el postrero de mi vida.

Propósitos.—Sé más prudente en adelante y asegura con la santidad de la vida una muerte santa y envidiable.

20 DE NOVIEMBRE

Sobre la muerte del pecador y del justo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Sobre la idea de la muerte.

Considera que la muerte es un castigo á que condenó la justicia de Dios á todos los hombres, y que es una ley general en que yo estoy comprendido como todos los demás. Es forzoso morir: ¡palabra terrible! Pero con todo eso, lo que hay más terrible en la muerte no es la muerte misma, son sus consecuencias.

La muerte es una eterna separación de todas las cosas del mundo, de las riquezas, honras, placeres, empleos, cargos, parientes, negocios, entretenimientos y de todo lo que compone la vida temporal del hombre: es una especie de aniquilación con respeto

á la sociedad humana: un muerto no tiene parte en cosa alguna sobre la tierra, no se le ve más, no se le oye, y á poco tiempo ni se piensa en él. Morir es despedirse, y para siempre, de todo; es ser abandonado y olvidado de todos; es pasar al estado mas humillante que existe y pueda existir. Todo esto espanta: la naturaleza siente repugnancia á morir, y de aquí es que resiste á la muerte con todas sus fuerzas; sin embargo, la muerte considerada en sí é independiente de sus consecuencias, no es tan terrible como la naturaleza y los sentidos la representan; esta separación, aunque precedida ó acompañada á veces de terribles dolores, se acaba en poquísimo espacio de tiempo; y de un momento á otro desaparece todo lo que pudo causar pena, sin que se sienta después ni aun los gusanos que nos roen.

Pero lo formidable es lo que sigue á la muerte, es decir, la eternidad. El instante que fuere para mí el fin de la vida presente, será también el principio de una eternidad, ó bienaventurada, ó infeliz. "Del lado que cayere el árbol, de aquél se quedará„; y desde el instante que se pueda decir de mí con verdad, "murió„, se podrá añadir con la misma certidumbre, "su suerte ya se decidió; ó para siempre es predestinado, ó para siempre condenado„; porque no se muere más que una vez, y después de la muerte no hay ya ni gracias ni obras; y por consiguiente, el estado en que entonces se halle el alma es invariable; y si el estado es de condenación, irreparable.

Pensamientos de salvación en que debería continuamente ocuparme, que no grabaré jamás en mi corazón bastantemente, que no sabré imprimir en mi espíritu con suficiente viveza. Todos morimos, y todos estamos interesados en asegurarnos una buena muerte; ¿pero qué he hecho yo hasta ahora para disponerme á morir bien y qué es lo que hago para prepararme una muerte santa? ¿Estoy actualmente en estado de morir, y quisiera morir en el estado en que

estoy? No hay más que consultar en este punto con sinceridad mi conciencia. ¿Qué me dicta? ¿Qué me reprende? ¿En qué me da á entender que debo poner orden antes de la muerte? A esto es á lo que debo aplicarme, y sobre lo que debo tomar resoluciones salvadoras y medidas necesarias. Conocer la importancia grande de morir bien, saber que puedo morir á cada momento y no encontrarme en la disposición que yo quisiera hallarme el día de mi muerte, ¿no es bastante motivo para emprender ahora mismo una vida santa y para no poner en ello la más breve dilación?

PUNTO II

Muerte del pecador.

Considera que la muerte de los pecadores, según la amenaza y expresión del Espíritu Santo, no solamente es mala, sino muy mala; muy mala, por la turbación horrible que los agita; muy mala, por la desesperación en que caen; muy mala, porque les sorprende cuando menos piensan, y por los súbitos accidentes que los arrebatan; muy mala, y sumamente mala, por la impenitencia en que mueren. O mueren sin los sacramentos que despreciaron en la vida y que Dios por justo castigo permite no reciban en la muerte, ó mueren en la insensibilidad propia de los brutos irracionales, ó mueren de repente y sorprendidos en pecado por la muerte. Horrible mal, peor todavía que el mismo infierno. Pues mira que la muerte de un cristiano tibio, después de una vida imperfecta, negligente y llena de pecados y de faltas, tiene proporcionadamente todas estas señales. Cosa es bien extraña, y lamentable que se pueda hacer esta comparación; pero si examino esto profundamente y revuelvo en mi memoria lo que he leído, lo que he oido y lo que puede ser haya visto algunas veces, hallaré que esta comparación ni es quimérica ni exagerada,

¡Oh, cuánto motivo de temblar tiene el alma del cristiano tibio en la muerte, por no haber hecho casi nada de cuanto era de su obligación; por no haber adelantado un paso en los caminos de la virtud, por hallarse al fin de sus días tan vacía del espíritu de Dios, y tan llena de las ideas y del espíritu del mundo, como si no hubiera ni Dios, ni cielo, ni infierno, ni eternidad. Se ve, pues, como "embestida y sitiada de los dolores de la muerte"; porque los dolores en la muerte vienen del amor que se tiene á la vida, al mundo, á sí mismo. Considera, pues, cuánto costará el romper todos estos lazos, y cuántos combates será forzoso reñir para quien vive apegado con demasía á las cosas de la tierra? "¡Oh muerte! ¿Así nos separas de todo aquello á que tan apegado está mi corazón? ¿De los placeres que han corrompido mi alma, de las riquezas mal adquiridas, del mundo que he idolatrado, de las personas que tanto y tan mal he amado; en una palabra, así me separas de todo, aun de mí mismo y me arrojas en las manos airadas de un Dios á quien tanto he ofendido y á quien he servido tan mal?

¿Podrá esa triste alma acudir á Dios? La vista de Dios será lo que más aumente sus inquietudes, y lo que más la desconsuele. Viénenle ahora á la memoria mil pecados, que tenía por escrúpulos y nonadas; mil dudas que no quería consultar, ó que decidía á su gusto. Si no se le representa todo esto en particular, se le representa en general, y con una confusión que la espanta y la conturba; todo se le hace sospechoso en esta hora: sus confesiones pasadas, sus comuniones tibias y rutinarias, las pasiones que ha satisfecho, las malas amistades, los falsos dictámenes que ha tenido en cosas esenciales, las libertades que se ha tomado. En otro tiempo nada de todo esto le causaba pena; pero aquella conciencia, entonces tan ancha, ahora ve las cosas de otro modo, y sólo le sirve para atormentarla. Procúrase inspirarle la confianza en Dios y en su misericordia, pero esto no obstante, que-

da siempre en el alma una obscuridad, una incertidumbre, tal memoria de sus obligaciones, un remordimiento tal de sus perpetuas trasgresiones y tal temor de los juicios de Dios, que si no llega hasta la desesperación del pecador impenitente, es muy débil el rayo de esperanza que conserva, y apenas tiene fuerza para alentarla y fomentarla aun á los pies del crucifijo que tiene en sus manos.

Aún es mucho más de temer la muerte cuando el cristiano tibio en el cumplimiento de sus deberes muere de repente, porque en estas muertes imprevistas y repentinas no hay seguridad de si se estaría ó no en gracia de Dios; se juzga piadosamente de la persona, se ora y se espera; pero no se puede disimular el temor, por la vida poco arreglada en que vivía; es preciso confesar, y no se puede dejar de decir, ó á lo menos pensar, que hubiera sido mucho mejor que aquella persona hubiera tenido tiempo para entrar dentro de sí misma, y para prepararse á morir. ¡Tiempo! ¡Ah! ¿No lo tuvo? ¿Y qué otra cosa debe ser la vida sino una preparación habitual para la muerte? No es el tiempo lo que faltó á ese cristiano; pero él no supo aprovecharse del tiempo cuando lo tenía y cuando se le advertía constantemente. Llegó el tiempo de Dios: él no lo esperaba; pero cada día se adelantaba la hora de morir, y, en fin, el alma se halló en aquel momento de que depende la eternidad cuando menos lo pensaba.

¿Cuántos cristianos han muerto así? ¿Cuántos, aun teniendo en la muerte todo el tiempo necesario para entrar dentro de sí mismos y fortalecerse con los Sacramentos de la Iglesia, ó no los han recibido, por justo castigo de Dios, ó han mostrado al recibirlos por última vez la misma insensibilidad y la misma frialdad que habían tenido en vida? Es una máxima general, que se muere como se ha vivido. ¿Cómo vivo yo? ¿Cómo quiero vivir en adelante? He aquí cómo moriré.

PUNTO III

La muerte de los justos.

Considera que si la muerte de los pecadores es mala, la muerte de los justos es preciosa delante de Dios, como nos enseña la Escritura. Preciosa, porque mueren con una confianza llena de consuelo y de dulzura; preciosa, porque mueren con una íntima unión con Dios y en el ejercicio de las virtudes más excelentes; preciosa, porque mueren en gracia de Dios y con el don inestimable de la perseverancia. ¿Cuál es la muerte del justo? Es aquella en que comienza á gustar los frutos de sus trabajos y á recibir el premio de ellos.

Muere en paz y sin dolor, porque muere con un perfecto desasimiento de todas las cosas humanas. Tiene el corazón libre y desembarazado de todo lo que podia detenerle sobre la tierra; y en lugar de tener disgusto en salir del mundo, da gracias á Dios, como David, de que acabe de romper sus lazos. No tengo, Señor, le dice, más que el lazo de este cuerpo mortal, y venís á librarme de él: gustoso consiento en ello. No solamente consiento en morir, sino que lo deseo. "¿Qué tengo yo, Dios mío, que pueda desear fuera de Vos„ y qué me importa todo lo demás, con tal de que os posea? Mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su soberana dicha. A los impíos se les representa la muerte como una total destrucción del hombre, mas el justo la mira como un paso del lugar de su destierro á su patria bienaventurada, como la llegada al puerto después de larga navegación y aun de la borrasca y el naufragio.

Muere con una humilde y viva confianza; ¿qué tiene que temer cuando, sin presumir de sí mismo y dando á Dios la gloria de todo, se ve enriquecido de los tesoros y méritos que ha juntado en vida? Todos estos méritos, repartidos por el curso de una larga

existencia, se unen juntos delante de sus ojos y le olman de una alegría interior que endulza los rigores de la muerte. Todos sus pensamientos se vuelven hacia el cielo, adonde aspira, y cuya posesión tiene ya casi asegurada. Dios le da un gusto anticipado de la felicidad eterna, le muestra una aurora de dicha y de paz que le arrebata y le transporta de manera que puede exclamar con el primer mártir de la Iglesia, san Esteban: "Veo los cielos abiertos, y á Jesús que me espera á la diestra de Dios„.

Muere en la más estrecha unión con el esposo divino, y en el ejercicio de todas las virtudes que por tan largo tiempo y tan frecuentemente ha practicado. Habituóse á ellas desde los principios, y entonces recoge el fruto. Ya casi muerto y reducido por la violencia de la enfermedad á una debilidad extrema, no tiene dificultad en levantar su corazón á Dios, someterse á sus amorosos designios, y hacerle el sacrificio de su vida: como está acostumbrado á todos estos actos y á otros semejantes, los ejercita entonces con prontitud y sin violencia: y á poco que se le diga para que se acuerde de Dios, prende fuego el amor divino en su corazón al instante y se inflama todo.

En fin, por una gracia superior á todas las gracias, muere en la perseverancia final, que es la consumación de su perseverancia y de su constancia en el cumplimiento de las obligaciones; porque la perseverancia final supone una perseverancia comenzada, y por ésta se llega á aquélla. Muere en fin, amigo de Dios, entre los brazos de Dios, en el seno de Dios, donde su alma va á descansar: pasa del estado de la santidad al estado de la impecabilidad; esto es, de un estado en que por justo y unido que estuviese con Dios, podía perderle y ofenderle, á un estado en que no podrá ya sino amarle y glorificarle.

Coloquio.—¡Qué hermosa, Señor, es, y qué digna de envidia la muerte de los santos! Que muera yo así, si eso no es más bien empezar á vivir que morir

á la vida miserable y pasajera. ¿No debe ser el objeto de todas las ansias de mi corazón una muerte tan feliz? Pero tanta es, Dios mío, mi miseria, que quiero una santa muerte, y os la pido; pero para ella me pedís Vos una santa vida, y esta es la que yo no quiero con eficacia. No obstante, es forzoso querer juntamente lo uno y lo otro; porque, según vuestra providencia ordinaria, no dais la santa muerte, sino á la vida santa; y prometerse morir como vuestros santos sin haberos servido como ellos, es una falsa y engañosa ilusión. ¿A qué me ha expuesto tantos años ha, y á qué me expone también al presente mi tibieza y mi flojedad en vuestro servicio? Hacedme comprender ¡oh Dios mio!, hacedme sentir en la vida todos los espantos de una muerte tibia, para no sentirlos en la muerte misma.

Propósitos.— Anticiparse á la muerte, dejando, con el afecto al menos, todo lo que nos ata á esta vida miserable.

21 DE NOVIEMBRE

Festividad de la presentación de María santísima en el templo.

Preludios.—Imagínate á la Virgen santísima niña de tres años, llevada y presentada en el templo de Jerusalén por sus padres. Mira el Corazón de María lleno de ardientísimos deseos de consagrarse á Dios por entero, y pídele el mismo espíritu de piedad y de sacrificio.

PUNTO I

La presentación de María santísima en el templo.

Considera cómo siendo la Virgen de poca edad, á lo que se cree de tres años, por inspiración de Dios fué presentada al templo por sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio, con otras doncellas que profesaban lo mismo.

Pondera cómo Dios escogió á esta Niña bienaventurada, y le inspiró esta vocación, mostrando su pro-

videncia paternal con ella en sacarla del bullicio y tráfago del mundo, y traerla á su casa y templo, porque había de ser ella, casa donde El encarnase y templo vivo donde viviese. Oyó la Virgen esta voz é inspiración de Dios, vió la merced que en esto le hacía, y obedeciéndola prontamente, renunció la casa de su padre terreno por dar gusto al Padre celestial, que la llamó hija; y fué tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de cielos y tierra se aficionó á Ella, y se gozó de haberla escogido para ser su Madre. De aquí sacaré, cuán grande merced hace Dios al que con eficacia inspira y saca de las ocasiones y peligros del mundo, y le hace dejar su tierra y la casa de su padre para servirse de él; y cuán justo es que obedezcamos todos á tal inspiración, cuando la sintiéremos, pues es señal de amarnos Dios como á hijos muy queridos.

Aquí debemos ponderar también la devoción de san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen; los cuales, como santos, no solamente no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que movidos por inspiración del mismo Dios, le ofrecieron gustosos su querida Hija, volviéndole lo que les había dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija, y privándose de ella por dársela á El. De donde también puedo aprender á ofrecer á Dios con espíritu y fervor la hija única y más querida de mi alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinación de no querer más de lo que El quisiere, y amar solamente lo que El amare.

También debemos ponderar aquí la devoción de la misma Virgen en esta presentación: porque en diciendo sus padres que la querían llevar al templo, se llenó de alegría, diciendo aquello de David. "Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor„. Pero en llegando al templo comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por to-

dos los grados de la virtud hasta lo supremo de la perfección, cumpliendo lo que dijo David: "bienaventurado el varón á quien tú ayudares, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazón en este valle de lágrimas, en el lugar que para esto escogió, subirá de virtud en virtud hasta ver el Dios de los dioses en Sión„.

En habiendo subido la Virgen al templo, postrada en tierra adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpetuo servicio; porque su intención no fué ofrecerse por un año, ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh, cómo se agradaría Dios de esta ofrenda! ¡Con qué gusto la aceptaría, y qué retorno de gracias y dones le volvería por ella! A imitación de esta Señora tengo yo de presentarme delante de Dios, y ofrecerme á su servicio como esclavo perpetuo, con determinación de nunca apartarme de El.

PUNTO II

Vida de María en el templo.

Consideremos ahora la vida excelentísima de esta Niña en el templo. "Como crecía en la edad, crecía en el espíritu delante de Dios y de los hombres„; y, como dice san Ambrosio, "cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto día„, porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y Ella cooperaba con todas las fuerzas que tenía, procurando, como dice el Sabio, ser en todas sus obras muy excelente con cuatro excelencias. La primera, que con cada una crecía en la caridad y santidad. La segunda, que todas eran obras llenas con la intención y plenitud de perfección que podía, según sus fuerzas. La tercera, que en cada obra tenía gran sabiduría y discreción, con singular

constancia, hasta llevarla al cabo. La cuarta, con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Por estas cuatro excelencias se admiraban los ángeles, y decían: "¿Quién es esta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones concertados? ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás?„

Luego ponderaré, cómo esta Niña gastaba gran parte del día en subir y bajar por aquella escala mística de Jacob, "que llegaba desde la tierra al cielo, en cuya cumbre estaba Dios„, cuyos escalones, como arriba se dijo, son lección, meditación, oración y contemplación. Un rato del día gastaba en la lección de las Sagradas Escrituras, con grande consuelo de su alma, abriéndole Dios el sentido para que las entendiese y penetrase. De aquí subía á la meditación, confiriendo consigo misma lo que había leído, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma y la encendían con el fuego de amor y devoción. De aquí subía otro rato por el escalón de la oración, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Y últimamente subía el escalón de la contemplación, donde se detenía mucho tiempo, uniendo su ánima con Dios, de quien recibía tanta suavidad y dulzura, y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno los puede saber sino Dios que se los daba, y Ella que los recibía, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor "ninguno alcanza, si no es quien le recibe„.

Finalmente, en bajando de esta escalera se ejercitaba esta Señora en obras de manos para el servicio del templo y en provecho de sus compañeras, mezclando sus obras exteriores con oración.

PUNTO III

El voto de perpetua virginidad de María en el templo.

Consideremos ahora cómo en este tiempo hizo esta soberana doncella otra ofrenda á Dios N. S. muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu Santo y con extraordinaria devoción; porque la grandeza del amor que tenía á Dios, la movía á desear entregarle todo su corazón y tomarle por Esposo. Y como Ella sabía que era más preciosa la virginidad con voto que sin él, no se contentó con sólo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo más firme y seguro, y lo que glorificaba más á Dios N. S. Entonces se cumplió lo que dijo de ella su Esposo: "Huerto cerrado eres, hermana mía, huerto cerrado y fuente sellada„. Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfecta castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpetuo, el cual servía de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas la humildad, modestia, silencio y abstinencia, por razón de las cuales también la llama huerto; para que se entienda que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores de virtudes y con excelentes frutos de buenas obras: unas que hermoseaban el alma; otras, que adornaban el cuerpo, "para que fuese santa en el cuerpo y en el espíritu„. ¡Oh, cuán agradable era este huerto al divino Esposo! Recreábase con la vista y olor de las flores de sus virtudes, comía de los dulces frutos de sus buenas obras, gozábase de verle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y guardas que tenía. Y así le regaba con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales, haciendo en él una fuente y pozo de aguas vivas de sus gracias, cerrado con su divina protección.

De este heroico ejemplo de la Virgen, sacaré un entrañable deseo de la castidad, ofreciéndome á guardarla con la mayor perfección que me fuere posible, según mi estado, tomando á la Virgen por mi patrona y defensora en esta empresa, diciéndole aquel verso que canta la Iglesia: "Virgen singular, entre todos pura, líbranos de culpas y haznos mansos y castos„. Y á su imitación cerraré el huerto de mi cuerpo y alma, si Dios me inspirare á ello, con cerradura de voto; y si no pudiere cerrarle de esta manera, pondré como gente de guarda las demás virtudes que guardan la castidad.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, vara que nacisteis de la raíz de José y subisteis á vuestro amado como varita y pebete muy oloroso!, alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad y cuidadoso en subir por la escalera de la oración, por donde Vos subisteis, hasta unirme con Dios, bajando también á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y las de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Imitar el amor al silencio y á la soledad de la santísima Virgen.

22 DE NOVIEMBRE

De la memoria de la muerte como medio de santificación.

Preludios.—Imagínate estar en la agonía esperando el juicio de Dios y pide fervorosamente no olvidarte jamás de la hora de la muerte.

PUNTO I

El recuerdo habitual de la muerte asegura la inocencia de la vida.

Considera que la inocencia de la vida se adquiere de dos maneras: ó preservándonos de perder la gra-

cia de Dios por el pecado mortal, ó saliendo prontamente de este abismo si hemos tenido la desdicha de caer en él.

Quien piensa siempre en la muerte no peca; la fe nos lo enseña claramente. Acuérdate de los Novísimos, dice el *Eclesiástico*, y no pecarás nunca. Para quien conoce lo horrible que es el pecado ¿puede haber promesa más consoladora? En la certidumbre de que es Dios quien me da esta dulce esperanza de no pecar ¿rehusaré creerle? Ahora bien: ¿qué me promete el Espíritu Santo que es espíritu de verdad? Que armado con este recuerdo no sólo evitaré algunos pecados graves, sino que los evitaré todos y siempre, cualquiera que sea la violencia y la duración de las tentaciones. ¿Y qué ventajas me reporta esto? Primeramente que preservado del pecado, estoy libre de condenarme; que ningún obstáculo se opondrá ni á la dicha de mi vida presente ni á la dicha de mi eternidad. Y es tal la facilidad del medio que para conseguir todo esto se me ofrece, que nada ni más natural ni más sencillo. Porque bien mirado ¿qué es lo que me pide Dios á cambio de tanto bien? El recuerdo de la muerte. ¡Y sólo con esto podemos ser agradables á los ojos del Señor y puros y santos y dichosos por toda una eternidad! Razón tenía el profeta cuando decía que la salvación nada cuesta á los elegidos.

La razón confirma estas enseñanzas de la fe. Las dos pasiones, madre de las demás, que ponen á todos los malos instintos del corazón en efervescencia y en movimiento, son el orgullo y la sensualidad: estas dos pasiones son la causa de todo pecado: pues bien, el pensamiento de la muerte las encadena y las domina. El orgullo queda confundido ante la idea de la grandeza de Dios y de nuestra nada, de su autoridad suprema y de nuestra dependencia absoluta; porque el pensamiento de la muerte nos da de todo esto una convicción más íntima que todas las demás consideraciones. Ante la tumba de los reyes convertidos en gusanos no

hay sino exclamar: ¡Solo Dios es grande!, y todo sentimiento de rebeldía contra la autoridad divina queda ahogado por el recuerdo de este poder irresistible de la muerte á quien toda carne tiene que tributar homenaje y tributo. Por lo que toca á la sensualidad, nada la reprime tan eficazmente como el pensamiento de la disolución de nuestro cuerpo y la esperanza cierta de su futura inmortalidad. De este modo quedan las pasiones domadas y el pecado vencido. El olvido de la muerte es la causa de nuestras caídas; su recuerdo las repara y nos preserva de ellas.

Considera, además, que quien piensa en la muerte no persevera en el pecado. Porque ¿qué peso puede compararse con el de una conciencia gravada con el pecado? Pensar que soy enemigo de Dios y que Dios á cada momento me puede matar y arrojar en el infierno: ¿hay alma que crea y que se resista para convertirse á esta consideración? Dios odia á sus enemigos y yo lo soy porque le he ultrajado pisoteando su ley santa. Y puedo morir en este instante. ¿Y por qué no? ¿Acaso son raras las muertes repentinas? Y si Dios me quitase ahora mismo la vida de que abuso tan indignamente para ofenderle; si cesara de latir en este instante mi corazón, mi cuerpo yerto y frío caería en la tierra, ¿y mi alma, adónde iría á parar? Me estremezco sólo al pensarlo. ¡Y pudiendo morir en una situación tan espantosa, me atrevo á diferir una penitencia que me salvaría hoy y que mañana quizá tendré, sin esperanza de remedio, que comenzar en el infierno! Nadie resiste á estas reflexiones, y por esto la inocencia conservada ó prontamente reparada, es el primer fruto de pensar habitualmente en la muerte.

PUNTO II

El recuerdo de la muerte nos despega de todas las cosas perecederas.

Considera que el secreto de la santidad está en desligar nuestros corazones de todo lo criado y darle

la santa libertad que necesita para unirse estrechamente con Dios. Pues nada consigue esto, tan bien y prontamente, como el pensamiento de la muerte. Su solo recuerdo nos hace ver con toda claridad la nada de las cosas de la tierra. ¡Cómo arranca al mundo el velo con que cubre su falsedad y mentira y nos le muestra tal cual es! Con voz más persuasiva que la de Salomón, nos grita: Vanidad de vanidades; todo es vanidad debajo del sol. Vanidad son las riquezas, ¿porque qué influyen ellas en la felicidad? ¿Cuánto tiempo se las posee? ¿Qué le queda de ellas al moribundo? Vanidad son los honores y la reputación y aprecio de los hombres; ¿quien se acordará de mí después que yo muera? Seré olvidado, como los demás, y aunque después de mi muerte sea juzgado mejor que yo juzgo á los otros, ¿qué ventaja sacaré de ello, si Dios ha fulminado contra mí terrible sentencia? Vanidad son los placeres; pasan rápidamente, y después ¿qué queda de ellos? ¡Oh, y cómo me consolará una vida de privaciones y de sufrimientos, por amor de Dios, á la hora de la muerte! Vanidad son las amistades humanas; la muerte me descubrirá dos de sus muchos defectos; el de ser engañosas é inconstantes. Solo Dios es fiel á sus amigos y el único que no los deja, cuando los demás les han abandonado.

PUNTO III

El recuerdo habitual de la muerte hace morir con el corazón lleno de las más dulces esperanzas.

Que el servidor infiel ó negligente se espante á la llegada de su señor, se comprende fácilmente. Lo contrario sucede con aquel cuya esperanza se funda en una vida santificada por las buenas obras á que Dios ha ofrecido una magnífica recompensa. Esto debe excitar á todo cristiano á multiplicarlas, haciendo el bien mientras tenga tiempo para ello, pensando que ese tiempo le faltará muy pronto y tal vez antes

de lo que piensa. De aquí se seguirá aquella prudente economía y empleo del tiempo que distingue á los elegidos. ¡Feliz, pues, el cristiano que se prepara á morir como un justo con el pensamiento habitual de la muerte, pues su vida será pura y llena de méritos y su corazón sólo estará adherido á Dios! Que muera anciano ó joven, trabajando ó durmiendo, orando ó entregado á un razonable descanso, después de una larga enfermedad ó repentinamente, siempre su muerte será feliz, porque será la de un santo.

Coloquio.—Esta es, ¡oh Dios mío! la gracia que hoy te pido, después de reconocer mi negligencia en emplear un medio de salvación tan fácil y eficaz. Y ya que me has hecho comprender mejor que nunca el conjunto de gracias que va unido al pensamiento de la muerte, aprovecharé todos los momentos de que pueda disponer para entregarme á él por completo. Así caminaré ante Ti por la senda de la santidad y la justicia, hasta que logre la dicha de morir en la paz de la conciencia y en la alegría de tu amor.

Propósitos.—Meditar con frecuencia sobre el pensamiento de la muerte.

23 DE NOVIEMBRE

Sobre la preparación á la muerte.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Debemos prepararnos á la muerte, haciendo ahora lo que quizá no podamos hacer entonces.

Considera que cuando se nos advierta que nuestra última hora está ya próxima, lo primero que se presentará ante los ojos de nuestra alma será la imagen de nuestra vida, tal como haya sido realmente. Nuestras obras y nuestras intenciones aparecerán de un

modo muy diferente de como ahora las vemos. Entonces en nuestra conducta, alabada tal vez por el mundo á causa de su regularidad exterior, quizá no descubra nuestra conciencia sino tibieza, flojedad, torcidas intenciones, mucho amor propio y ninguna mortificación. Desconfiaremos de mil cosas que ahora no nos inquietan. Aquellos resentimientos secretos y miserables antipatías que llevábamos con nosotros hasta el mismo templo del Señor, ¿acaso no habían extinguido ó al menos amortiguado la caridad en nuestros corazones? Aquellas economías y ahorros que encubríamos bajo el nombre de prudencia, ¿no estaban saturadas de avaricia? ¿Nos tranquilizará, siquiera, el recuerdo de nuestras penitencias y nuestras confesiones? Pero ¿no las habremos hecho con frivolidad y como por rutina, ó tomado determinaciones irreflexivas que nos producirán vivas inquietudes? ¡En cuántas turbaciones no sumirán sus continuas faltas é infinitas infidelidades á la gracia de Dios á un cristiano que sólo tiene unas cuantas horas para prepararse á morir, y mucho más si sólo tiene el tiempo necesario para advertir que se muere!

Entonces reconoceremos la necesidad de enmendar toda nuestra vida. Pero ¿cómo hacerlo? El tiempo que ahora perdemos nos faltará, y con él la lucidez y presencia de espíritu. De todo careceremos para realizar una obra tan importante y grave. Debemos, por tanto, si de verdad queremos salvarnos, poner nuestra conciencia en tal estado, que no tengamos que reconvenirnos en aquel terrible momento, ni de negligencia en el examen de nuestra vida, ni de falta de sinceridad en nuestro dolor, ni de flojedad, ni rutina en nuestra frecuencia de sacramentos. Conviene, además, que todos los días dediquemos, á ser posible, algunos instantes á excitarnos á una verdadera contrición, pidiéndosela á Dios con fervor. Frecuentemente hemos de acudir al baño misterioso que tiene la virtud de curar todas las heridas del alma y

arreglar nuestros asuntos espirituales para que, al aproximarse la hora de la muerte, en nada terreno tengamos que ocuparnos. ¡Son tan preciosos los últimos instantes de la vida! ¡Nos dan, si sabemos aprovecharlos, tanta facilidad para abreviar las penas del purgatorio y para abrillantar nuestra corona de eterna gloria! Aquellos supremos instantes son el tiempo más precioso de toda la vida para quien ha tomado tan bien sus medidas que en ellas pueda dedicarse por completo á prepararse con esperanza y amor á presentarse ante el terrible tribunal del justo Juez de vivos y muertos.

Desde que se le anuncia, al que se halla en este caso, que va á morir, podrá entonces exclamar con la mayor tranquilidad: "Dios mío, sólo me quedan pocas horas para creer, y esperar en Vos y para sufrir por vuestro amor; la muerte va á quitarme todo medio de serviros y amaros libremente y con mérito para la eternidad; pero á lo menos hasta mi último suspiro me dedicaré á honraros y á amaros con todas las fuerzas de mi corazón. ¡Oh alma mía! aprovechemos estos momentos que nos quedan; amemos á Dios en cada uno de ellos más, si es posible, que en todos los años de nuestra vida. Suframos estos últimos dolores de la enfermedad con la constancia de los mártires y aceptemos la muerte de manos del Creador con entera resignación y aun con alegría.

Mas para poder tener esos sentimientos á la hora de la muerte, es necesario haberse ejercitado en ellos durante la vida. Es, por tanto, sabia y prudente la práctica de aquellos piadosos cristianos que todos los meses destinan un día á la preparación para la muerte, renovando los actos que acabamos de indicar con tanto fervor, como si realmente hubieran de expirar un momento después. Haz tú lo mismo y así tendrás eso adelantado para cuando llegue ese momento que no sabes si está ya muy cerca de ti.

PUNTO II

Debemos prepararnos á la muerte haciendo ahora lo que forzosamente tendremos que hacer en nuestra última hora.

Lo primero que debemos hacer, y con ello adquiriremos gran mérito, es dejar ahora lo que forzosamente y sin mérito alguno habremos de abandonar á la hora de la muerte. San Pablo decía á los Colosenses: "Estáis muertos, y vuestra vida está oculta con Jesucristo." Quería dar á entender el Apóstol que todo cristiano fervoroso debe renunciar á todos los afectos de la carne y de la sangre. Si poseemos bienes, honores, ó fortuna, sea sin apego del corazón y vivamos siempre como peregrinos que caminamos á nuestra patria. ¡Felices los que ningún afecto tengan que sacrificar cuando el soberano Juez les llame á su juicio!

Emprendamos, pues, la gran obra de la muerte espiritual: trabajemos, más aún que en desligarnos de los bienes exteriores, en destruir ú ordenar nuestras inclinaciones, muchas veces desarregladas. Porque parece uno muerto para los placeres, los honores y las riquezas; pero está uno muy vivo para el amor propio y para sí mismo. La oración, la vida de presencia de Dios, la mortificación de los sentidos, la cruz de Cristo bien llevada, son medios muy adecuados para llegar á esa muerte mística y espiritual, pero que es "toda viva y siempre vivificante en la vida de nuestro Señor". Para conseguir esta negación de sí mismo hay que comenzar por tratar al cuerpo con menos blandura en la comida, en el vestido, y en todo lo que es sensualidad y regalo. Hay que amar el retiro, sufrir con más paciencia cuantas penas y trabajos Dios N. S. se digne enviarnos, preocuparse menos de los asuntos temporales, ofrecer á Dios con frecuencia aquello que más se ame, rogándole que disponga de todo lo nuestro según su voluntad, y, en

una palabra, someterse con resignación á los decretos de la Providencia, cuando permite seamos probados con contrariedades, dolencias y humillaciones, de tal manera, que podamos decir con el Apóstol que morimos todos los días, no sólo porque la muerte se aproxima á cada momento, sino porque todos los días se disminuye en nosotros el cariño á la vida, el apego á lo terreno y el deseo de buscar la estimación de los demás, ó el temor de incurrir en su desagrado. Felices los que así viven, ó mejor, los que en toda la vida aprenden el arte divino de bien morir. Sé tu uno de ellos, empezando desde ahora á hacer todo lo que quisieras haber hecho en la hora de tu muerte.

PUNTO III

Debemos prepararnos para la muerte haciendo ahora lo que quisiéramos haber hecho cuando llegue el momento de morir.

Considera que una de las mayores penas del moribundo, es considerar el mal uso que ha hecho de la vida. Entonces comprende que únicamente la recibió para salvarse y merecer el cielo y si ha descuidado este negocio esencial, allí es el sufrir los más horribles terrores al descifrar el sentido de aquellas espantosas palabras: *Jam non poteris villicare*, esto está todo concluído; ya no tienes ni más tiempo, ni más medios para negociar tu eterna salvación. Mientras te duraba la vida podías adquirir méritos; en adelante, eso es imposible. Los que ahora tienes, esos te acompañarán á la eternidad, sin que puedas añadir uno más.

En el momento en que comparezca yo ante Dios, comparecerán conmigo muchos fervorosos cristianos que habrán colmado sus días de santas obras. Todos ellos ofrecerán á Jesucristo sus sufrimientos y mortificaciones, sus obras buenas de toda su vida. Y yo ¿qué le ofreceré? ¿Me atreveré á presentarle mi ti-

bieza, mis oraciones sin fervor ni espíritu y mis disipaciones de todo género? ¡Oh, alma mía! prevengámonos contra esta tremenda desgracia, tanto más aflictiva cuanto más irreparable. Vivamos ahora y no cesemos de vivir en adelante, como querremos con ansia haber vivido, cuando llegue la hora de nuestra muerte, pues por mucho que sea el bien que hagamos, nunca será tanto como el que entonces quisiéramos haber hecho.

Piensa, por último, que cada uno procura aprender bien su propia profesión, y la de todos los hombres no debe ser otra que el salvarse. No se necesita estudio para aprender á morir; pero se requiere grande aplicación para aprender á morir bien. No suele hacerse bien lo que sólo se hace una vez en la vida; por eso para morir bien se ha de morir antes muchas veces. ¿Tan larga es la vida para prepararse á la muerte? ¿Me sobrará el tiempo para pensar en la eternidad? ¿Cómo formarás un acto sobrenatural habiendo obrado siempre por motivos naturales? ¿Cómo arrancarás, estando enfermo, los malos hábitos del pecado, que han echado en tu corazón tan profundas raíces? Nos son muy fáciles los actos de que hemos adquirido el hábito; si no nos acostumbramos á morir, muy penosa nos ha de ser la muerte.

Moriremos una sola vez, y si nos engañamos, el error es irreparable; viene el juicio en pos de la muerte, y al juicio sigue la eternidad. ¿Tienes ya ajustadas las cuentas? Cuando Dios te pregunte, ¿sabes lo que has de responder? ¿Será tiempo de alistarse para combatir cuando el enemigo venga á asaltarte? ¿Es buena oportunidad fortificar una plaza cuando ya esté sitiada? Vela, vela para que no seas sorprendido; prepárate á la muerte para que no te encuentre desprevenido. El que no vela será sorprendido, y el que es sorprendido será condenado. Aprendamos á hacer bien lo que sólo una vez hemos de hacer con grande peligro de errar sin remedio, incurriendo en un cas-

tigo que no tendrá fin. No te fíes del tiempo, que cumple muy mal lo que promete; no te fíes de tu salud, que es como hielo quebradizo, que se deshará bajo tus pies cuando te creas más seguro. La muerte nunca se halla tan cerca como cuando se cree más remota. ¡A cuántos ha llamado de improviso! También te puede asaltar con la misma sorpresa.

Coloquio.—¡Dios mío! Gracias os doy porque me habéis dado tiempo de prepararme para morir. ¿Dónde estaría yo si la muerte me hubiese sorprendido de repente? ¿Qué haría si me fuera necesario morir hoy? Quiero, en adelante, estar siempre avisado, pues tengo un enemigo que no para de acecharme. Para morir bien un día, quiero morir á mí mismo y á todas las cosas todos los días; y quiero morir muchas veces, para morir bien una sola vez.

Propósitos.— Arranca de ti aquel afecto que más te ha de intranquilizar á la hora de la muerte.

24 DE NOVIEMBRE

La meditación de la muerte debe estimularnos á morir á nosotros mismos y á nuestras pasiones.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La idea de la muerte debe animarme á abrazarme por completo con el espíritu de mortificación.

Consideraré que uno de los principales provechos que debemos sacar de la meditación de la muerte, es aquel noble ejercicio de virtud, muy parecido con ella, que llamamos mortificación: la cual no es otra cosa que una muerte de nuestras pasiones y aficiones desordenadas, quitándoles la vida que tienen en nosotros mismos, procurando reprimirlas y sepultarlas, hasta que se conviertan en polvo y nada. Porque la vida del justo debe ser una imitación de la muerte; su continuo estudio debe ser matar la vida

carnal que siente dentro de sí, privándose de todas las cosas que su carne y voluntad propia desordenadamente codician, y reprimiendo las pasiones que brotan, hasta quedar como muerto para todo lo que es pecado, conforme á lo que dice san Pablo: "Teneos por muertos al pecado y por vivos á Dios, y pues estáis con Cristo muertos á las cosas de este mundo, no queráis tocar, ni palpar, lo que ha de ser para vuestra perdición, sino mortificad vuestros miembros, que viven en la tierra„, esto es, las obras de la vida terrena, "la inmundicia, concupiscencia, avaricia„ y las demás pasiones. Para animarme á la práctica de esta mortificación, consideraré cuál quedará mi cuerpo después de muerto, desamparado ya del alma, ponderando especialmente tres miserias. La primera, cómo perderá el uso de sus miembros y sentidos, sin poder jamás ver, ni oir, ni hablar, ni moverse, ni gozar de los bienes de esta vida. Ya no le atraerán las cosas hermosas, ni las músicas suaves, ni los olores apacibles, ni los manjares sabrosos, ni las cosas blandas; todo esto es para él como si no fuese, porque perdió los medios que tenía para gozar de ello, y le servirá muy poco todo lo que ha gozado. La segunda miseria es, que quedará descolorido y desfigurado, feo, horrible, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la corrupción. De modo que quien poco antes recreaba la vista con su hermosura, pone horror con su fealdad. De aquí la tercera miseria, que todos lo dejarán solo en el aposento, en poder de los que lo han de amortajar; y sus mismos amigos y domésticos no verán la hora de echarle de casa, y tendrán por género de piedad negociar esto con presteza.

De esta consideración sacaré cuán acertado será en vida hacer de grado algo de lo que después ha de ser por fuerza y sin provecho, tratándome como muerto al mundo, y á todo lo que es carne y sangre, procurando imitar la muerte en otras tres cosas se-

mejantes á las dichas, mortificando mis sentidos y privándome de los deleites de ellos, no solamente de los ilícitos, sino de algunos lícitos no necesarios; de modo, que como muerto no tengo de tener pies, ni manos, ni ojos, ni oídos, ni gusto, ni lengua para todo lo que es pecado ó falta contra la perfección que profeso. Y las cosas hermosas y apacibles de esta vida han de ser para mí como si no fuesen, poniéndolas debajo de mis pies, mirando, no á lo que ahora son, sino á lo que presto serán, pues por más que vistas á la carne de brocado y seda, carne se queda. ¿Y qué es carne sino heno? ¿Y qué es su gloria, sino flor del campo, que con un soplo se marchita? Finalmente, he de seguir la virtud con un ánimo tan generoso, que como el muerto no se queja de que todos huyan de el, y le dejen, así no se me dé nada de que el mundo me deje, huya de mí y me aborrezca como á muerto y crucificado. ¡Oh, si muriese yo en mi corazón, para no sentir que los hombres me tratasen como muerto! ¡Oh, si yo estuviese tan muerto y crucificado á todo lo que es mundo, que el mundo también me tuviese por crucificado y muerto! Concédeme, oh dulce Jesús, que por la ley de tu gracia muera á la ley de la culpa, para vivir á Dios, gustando de estar enclavado contigo en tu misma cruz; de modo que ya no viva yo, sino tú en mí.

PUNTO II

La meditación de la muerte debe animarme á abrazar la pobreza espiritual.

Consideraré el vestido, cama y aposento que se prepara para mi cuerpo muerto. El vestido, por la mayor parte, es lo peor de la casa, porque no es más que una pobre sábana por mortaja, sin otros aderezos de seda y oro más preciosos, y si algo de esto ponen á los cadáveres para llevarlos á enterrar, antes de entrar en la sepultura se lo quitan de ordinario.

La cama es la dura tierra, y como dice el profeta Isaías: "los colchones serán la polilla, los cobertores los gusanos, las cortinas y almohadas, los huesos de otros muertos„.

Y á este talle será la casa y aposento, porque no es otro que una estrecha huesa de siete pies de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. De todo esto sacaré confusión y vergüenza grande, por la vanidad y sensualidad con que deseo la curiosidad del vestido, la blandura de la cama y la anchura de la habitación, alentándome á mortificar las demasías que en esto tuviere, y á llevar con paciencia cualquier cosa que de esto me faltare, pues lo que ahora tengo, por poco que sea, me viene muy ancho, y es mucho comparado con lo que me espera.

Pero en particular si soy religioso ó deseo ser perfecto, puedo sacar de aquí grandes motivos para serlo con excelencia en el espíritu y efectos de la pobreza, procurando que mi vida sea una continua meditación é imitación de la muerte en las tres cosas propias de este estado.

Lo primero, es la desnudez de todas las cosas, á que me obliga la perfecta pobreza. De suerte que como el muerto pierde el dominio de todas sus riquezas, y pasan á sus herederos ó á los pobres, y no siente que le dejen desnudo, ó le den el peor vestido, ó le entierren en lugar despreciado; así yo no me contentaré con dejar todas las cosas que poseía, y darlas á los pobres, por seguir al desnudo Jesús, sino también llevaré de buena gana la falta que tuviere de lo necesario, y gustaré de que me den lo peor, cuanto al vestido, cama, aposento y casa, sin quejarme de ello más que se queja el muerto; porque si "salí desnudo del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella„, no es mucho que viva desnudo conformando el medio de la vida con la entrada y salida de ella.

Lo segundo, imitaré la muerte en la renunciación de todos los deleites sensuales á que me obliga la perfecta castidad. De modo, que como en la muerte se hace un divorcio general de todas las cosas de la tierra y de los deleites de la carne, así yo con el voto de la castidad ó con la perfecta observancia de la ley de Dios, en esta materia gustaré de estar como muerto á todas estas cosas y á los cuidados de ellas, como si en el mundo no las hubiera para mí ó yo no estuviera vivo para ellas.

Lo tercero, imitaré al muerto en la perfecta obediencia, porque como el cuerpo muerto se deja mover y llevar dondequiera, y tratar comoquiera, sin resistencia ni repugnancia ó queja, ni tiene voluntad para escoger la mortaja ó sepultura, ni cosa alguna, tomando solamente lo que otros le dan; así yo, en todo lo que no es pecado, me dejaré gobernar de mis superiores, obedeciendo á cuanto me mandaren, alto ó bajo, dulce ó amargo, fácil ó dificultoso, sin replicar ni contradecir ó repugnar á cosa alguna, ni tendré voluntad propia para escoger esto ó aquello, sino como muerto á mi voluntad propia, seguiré la ajena, tomando lo que se me diere con humildad. Estos son los propósitos que he de sacar de esta consideración de la muerte, alentándome á ponerlos por obra; pues no es mucho por pocos años, anticipar de esta manera la muerte por asegurar la vida eterna, donde por toda la eternidad poseeré las riquezas de Dios, gozaré de sus deleites, y tendré perfecta libertad, libre de toda miseria.

PUNTO III

La meditación de la muerte debe animarme á despreciar las honras vanas de la vida.

Considera la jornada del cuerpo hasta la sepultura, ponderando, lo primero, cómo seré llevado en un ataúd al cementerio; y el que poco antes paseaba las

calles mirando á uno y otro lado, y entraba en todas partes registrando cuanto pasaba, ahora va en pies ajenos, ciego, sordo y mudo, siendo motivo de llanto por su miseria. Y así, para reprimir los bríos de mi carne, procuraré cuando me levanto de la cama acordarme que, algún día, otros me levantarán para nunca más volver á ella. Y cuando bajo las escaleras de mi casa, diré: Día vendrá en que otros me bajen por aquí para nunca más subir. Y cuando voy por la calle, ó entro en la iglesia, imaginaré que presto me llevarán tal vez por la misma calle y entraré en aquella iglesia para nunca más volver á casa.

Luego ponderaré el acompañamiento con que soy llevado á enterrar, cantando unos, llorando otros y siguiéndome muchos por honrarme con piedad, ponderando cuán poco se le dará á mi cuerpo que le hagan poca ó mucha honra. Y mucho menos á mi alma, si está en el infierno, antes le dará mayor pena esta honra, si la supiese.

Luego miraré cómo me echan en la sepultura y me cubren con tierra, poniéndome una losa encima, donde mi cuerpo será comido de gusanos y convertido en polvo, y muy presto seré olvidado y pisado de todos, como si nunca hubiere sido en el mundo. Y cuando haya de mí mucha memoria y muy honorífica, muy poco se le dará á mi alma, si no goza de Dios; como les aprovecha poco á César, Aristóteles ó Alejandro Magno ser alabados en el mundo, estando con terribles tormentos en el infierno; pues ellos y otros muchos, donde no están son alabados, y donde están son atormentados.

De estas consideraciones sacaré grandísimos desengaños, persuadiéndome á no hacer caso de las vanas honras de esta vida, y á humillarme y ponerme en mi estima debajo de los pies de todos, como gusano y polvo, que de todos es pisado y desechado, y asimismo á no despreciar á los pobres y pequeñuelos, pues en la muerte seré presto igual con ellos. Y ha-

blando con mi alma, le diré: Mira bien en qué ha de parar esa carne que tienes tan mimada. Mira á quién regalas, á quién adornas, y sobre quién fundas torres de viento, pues todas son como un poco de "polvo que levanta el aire de la superficie de la tierra„, y luego torna á caerse en ella. Avergüénzate, pues, de sujetarte á tan vil carne, y procura sujetarla como á esclava, para que te ayude á negociar la vida eterna.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno! Esclarece los ojos de mi pobre alma con tu soberana luz, para que vea el triste fin de su miserable cuerpo, y desprecie lo que tiene presente con la vista de lo que está por venir. ¡Oh dichosa muerte, á la cual se sigue tan dichosa vida! ¡Oh dulce Jesús, cuya vida fué una continua muerte, para darnos ejemplo de una santa y perfecta vida! Concédeme que á tu imitación viva y muera desnudo de todas las cosas terrenas, mortificado á todas las deleitables, y obediente á toda humana criatura por tu amor; téngame siempre como muerto á todo lo visible, para que mi vida esté escondida contigo en Dios, y no viva sino para El.

Propósitos.—Meditar con mucha frecuencia en la muerte como medio de desprenderme de mí mismo, del mundo y sus pompas y vanidades.

25 DE NOVIEMBRE

(Tercera semana de adviento.)

Sobre el juicio particular.

Preludios.—Imagínate al soberano Juez sentado en un trono de fuego, como le vió Daniel, para representar la terribilidad de su ira con los malos, ó en trono blanquísimo de luz muy resplandeciente como le vió san Juan, para representar su infinita sabiduría y pureza, y la clemencia que tiene con los buenos; y pide que en ese terrible día tenga misericordia de ti.

PUNTO I

Personas que asisten en este juicio.

Considera que la primera es el alma, que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y

de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras; porque nadie la puede hacer compañía, ni favorecerla. Tan sola estará el alma del rey, como la del labrador; la del rico, como la del pobre; la del letrado, como la del idiota; las dignidades y riquezas se quedan acá, y allí no se hace caso sino de las buenas ó malas obras; por donde veré cuán gran desatino es procurar con tanta solicitud lo que no me puede ayudar en aquel trance, con pérdida de lo que más me importa.

A los dos lados del alma estarán el Angel de la Guarda y el demonio; á los malos asiste el demonio á la mano derecha, muy alegre por la presa que espera, y el Angel al lado izquierdo, con un semblante triste, por la pérdida que teme; al contrario será en los buenos, pero siempre el demonio estará con semblante feroz y horrendo.

La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y paz y consuelo en el bueno. Y como es infinitamente sabio, no puede engañarse en lo que juzga; y como es sumamente bueno, no puede torcer de la justicia; y como es todopoderoso, ninguno puede resistir á su sentencia; y como es supremo Juez, no hay de su tribunal apelación, ni suplicación, y su sentencia siempre es definitiva é irrevocable; porque como todo lo que se puede ver en este pleito lo ve y comprende en la primera vista, es superflua la revisión.

Ponderando estas cosas, imaginaré que mi alma está delante del tribunal de un tan recto Juez como es Dios N. S., para ser juzgada; y un rato, considerando mis pecados para moverme á temor, miraré al Juez indignado contra mí, con un rostro severo y un ánimo inexorable, y miraré á Satanás, que está á mi lado derecho muy contento y como victorioso. Otro rato, para moverme á confianza, miraré al Juez

benigno para conmigo con un rostro amoroso y apacible, y al Angel de mi guarda á mi lado derecho, alegre por mi victoria, imaginando que está diciendo en mi favor contra el demonio lo que refiere el profeta Zacarías: "Reprímate el Señor, ¡oh Satanás! reprímate el Señor. ¿Por ventura este pobrecito no es un carbón sacado del fuego para que no se acabase de quemar? Pues qué, ¿le quieres?„ ¡Oh justísimo Juez y misericordiosísimo Padre! Confieso que soy carbón negro y feo por mis culpas, y medio abrasado con el fuego de mis pasiones. Lávame, Señor, y blanquéame con el agua viva de tu gracia, y con ella mata este fuego que me quema, para que el día de la cuenta el demonio me deje y el Angel me ampare, tu misericordia me reciba y tu justicia me corone.

PUNTO II

Sobre el tiempo y lugar en que se hace este juicio.

El tiempo es el instante de la muerte; porque dado caso que por especial disposición de Dios se haya visto comenzar visiblemente un poco antes de la muerte en varios casos que han sucedido para nuestro ejemplo; pero de ordinario se hace invisiblemente en el mismo instante que el alma deja de informar su cuerpo, sin dilación alguna. Y en el mismo momento se concluye todo el juicio, se hace la acusación, y se da la sentencia y se ejecuta. Este momento he de traer siempre delante de mis ojos, como principio que ha de ser de mis bienes ó males eternos, diciendo: "¡Oh momento de donde depende la eternidad!„, ¿quién se puede olvidar de ti sin grande peligro? ¿Y quién se puede acordar de ti sin grande espanto? Acuérdate, ¡oh alma mía!, de este momento, y procura no perder un instante de tiempo, pues en cada uno puedes merecer la vida que siempre ha de durar.

El lugar de este juicio es dondequiera que le coge la muerte á cada uno, porque como el juez está en

todo lugar, así en todo lugar tiene su tribunal, para que en todo lugar tema, pues no sé si aquél será el de mi juicio. Y porque la muerte más ordinariamente sucede dentro del aposento y en el lecho, cuando estoy en estos lugares he de imaginar algunas veces que allí está el tribunal y trono de Dios para juzgarme, y el ángel bueno y malo para asistir al juicio, porque este santo pensamiento refrenará las demasías de la carne, que brotan con la soledad del lugar.

De estas dos consideraciones he de sacar un grande temor de ofender á Dios, porque quizá el tiempo y lugar en que hago este pecado, será también el tiempo y lugar en que Dios haga su juicio; como la mujer de Lot, que en el mismo punto y puesto en que volvió á mirar á Sodoma, se convirtió en estatua de sal. Y como dice san Pablo, que "quien come indignamente el cuerpo de Cristo N. S., come juicio para sí„; así cuando bebo "la maldad como agua„ bebo juicio para mi alma, y quizá la bebida será tan mortal, que al punto se ejecute este juicio.

PUNTO III

Sobre el orden de este juicio y examen riguroso que se ha de hacer.

Primeramente, los acusadores serán tres. El primero será el demonio, quien en este juicio postrero, con odio y rabia me acusará de todos los pecados que hice por su persuasión, consintiendo en sus tentaciones, y aún añadirá falsas acusaciones, no más que por sospechas, así porque no conoce las intenciones, como porque su ira y malicia le ciegan para que tenga por verdadero lo que es falso.

El segundo acusador será la propia conciencia de cada uno; la cual también será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán gritos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol, nos han de acusar ó defender en aquella hora. Y como en la

confesión yo mismo de mi voluntad soy reo, acusador y testigo contra mí, para que me absuelva el sacerdote; así entonces lo seré por fuerza, para que me juzgue Dios y condene por lo que acá no me hubiere perdonado.

Finalmente, el mismo Angel de la guarda será el tercer testigo y en cierto modo acusador contra mí, por las rebeldías que tuve á sus inspiraciones y consejos. De donde sacaré lo mucho que me importa consentir siempre con las inspiraciones y buenos dictámenes de estos dos fieles compañeros, conciencia y ángel, y rendirme á ellos cuando en esta vida me acusan y reprenden, porque después en la otra no me condenen.

Pero, sobre todo, he de ponderar el examen rigurosísimo del mismo juez, en el cual hay dos cosas terribles. La primera, es ser universal de todas mis cosas, haciéndome cargo de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento, aunque no sea más que ocioso, y de las omisiones y negligencias de mi vida, de la ingratitud y mala correspondencia que tuve á los beneficios divinos, así generales como especiales, como son sacramentos é inspiraciones de la gracia. Además, me hará cargo de las malas circunstancias que mezclé con mis buenas obras. Pues por esto dice que, cuando llegue su tiempo, juzgará las mismas justicias, haciendo muy riguroso examen de las obras que parecen buenas.

Considera que si te presentas con pecado mortal en el tribunal de Dios, ¿qué responderás á las acusaciones que hagan contra ti? ¿Dirás que estas acusaciones son falsas? Pero Jesucristo te responderá: "Soy juez y testigo". ¿Te excusarás con tu ignorancia? Pero se te opondrán las luces de tu conciencia y del Evangelio. ¿Te excusarás con tu fragilidad? Pero se te opondrá la fuerza de la gracia. ¿Te excusarás con las tentaciones? Pues ¿y los medios que Dios te había dado para vencerlas; la oración, los sacramentos,

mil ejemplos y santos consejos? ¿Te excusarás con los escándalos que te han arrastrado? Pero se te opondrán tantos buenos ejemplos que hubieran debido afirmarte en la virtud. En fin, abandonando las excusas, ¿recurrirás á la intercesión de María santísima y de los santos, á la misericordia de Jesucristo? Pero los santos, pero María, no pueden ya nada para tu salvación, y Jesucristo es ahora el Dios de la justicia y no el Dios de la clemencia. ¡Oh juicio terrible! Oh, si no tiemblo con tu memoria, mi fe debe estar muy muerta.

La segunda propiedad de este examen es, que será evidente al mismo examinado, porque la probanza de todos los cargos, será una luz clara, con que descubrirá Dios á mi alma todos sus pecados, sin dejar ninguno, aun los que tenía olvidados ó pensaba que no lo eran. Y por esto dice por un Profeta que escudriñará á Jerusalén con candelas, que es decir: "No solamente juzgaré á los malos que viven en Babilonia, sino á los justos que viven en Jerusalén, y encenderé tanta luz para escudriñar sus almas, que ellos mismos vean los rincones de sus conciencias. ¡Oh, qué afligida se hallará mi pobre alma con tan estrecho y riguroso examen! ¡Oh, qué asombrada quedará con la evidencia de tan cierta y clara probanza!

Ultimamente, he de ponderar que en este examen también descubrirá Dios al alma justa todas sus buenas obras, palabras y deseos, y aun las que tenía olvidadas ó dudaba si habían sido buenas. Allí verá sus obediencias y penitencias, sus oraciones y mortificaciones, alegrándose mucho con esta vista; pues por esto dijo la voz del cielo, "ser bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras irán con ellos„. Y con esta consideración, comparando el examen de buenos y malos, me animaré á vivir tal vida, que en el postrer examen sea de Dios aprobada.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi corazón, perdonadme mis pecados, y no me juzguéis con el rigor de vuestra justicia! Recibid á esta pobre alma, que reconoce sus pecados, con extremo dolor, que desea cancelarlos y se dispone á mudar de costumbres. Quiero en adelante ser todo vuestro; no quiero servir á otro Señor que á Vos; no quiero amar sino á Vos; no quiero vivir sino por Vos, en el tiempo y en la eternidad, para que en el día de vuestro terrible juicio merezca, Señor, buena acogida en el seno de vuestra misericordia.

Propósitos.—Examínate con el mayor rigor que pudieres y haz juicio riguroso de ti por las culpas que hallares, porque si te juzgas con rigor y arrepentimiento saludables, no serás después juzgado para tu condenación.

26 DE NOVIEMBRE

Sobre la sentencia que se dará al alma en el juicio particular.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Despoja Cristo N. S. al alma del pecador de las gracias que le quedaban después del pecado.

Consideraré cómo Cristo N. S., en el instante de la muerte, por su justa sentencia priva y desnuda á la miserable alma del pecador de las gracias y dones sobrenaturales que le habían quedado después del pecado, para que, sin ellas, entre en el fuego del infierno La terribilidad de esta sentencia, y la pena que el condenado padecerá en este trance, puedo ponderar por lo que sucede á un sacerdote que ha hecho un delito por el cual merece ser quemado; y por no afrentar la dignidad sacerdotal con tan infame castigo, le degrada primero un Obispo, quitándole una por una las vestiduras sacerdotales, diciéndo-

le: "Pues te hiciste indigno de la honra de sacerdote, te quitamos la vestidura sacerdotal y te privamos de la honra que tenías„; y así degradado le relajan al brazo seglar y ejecutan en él la pena de fuego que merece. De esta manera puedo imaginar que Cristo N. S. degrada el alma del pecador, á quien dió en el bautismo la dignidad de la gracia y le adornó con vestiduras blanquísimas, privándole de ellas porque, con el pecado, se hizo indigno de esta honra, desnudándose él mismo la principal vestidura, que es la caridad.

Lo primero, en aquel instante le quitará Dios la lumbre de la fe, que era su espiritual escudo, diciéndole: "Porque te hiciste indigno de este escudo y no te defendiste con él, ajustando la vida con lo que creías, Yo te lo quito para que permanezcas en perpetuas tinieblas atado de pies y manos„.

Luego le quitará la virtud de la esperanza, diciénle: "Porque te hiciste indigno de esta virtud, por no aprovecharte bien de ella, Yo te quito la esperanza de las gracias que te había ofrecido para llevar el yugo suave de mi ley, la estola y prendas de inmortalidad y vida eterna que te había dado„.

También le quitará las gracias, *gratis datas*, que tuviere, diciéndole: "Porque te hiciste indigno de estas gracias, usando de ellas para tu honra vana, atropellando mi santa ley, Yo te despojo de ellas y de todo lo que fuere gracia, porque para ti ya no habrá sino rigor de justicia„. De esta manera quedará la desventurada alma con infame desnudez, cumpliéndose en ella la terrible amenaza de Ezequiel: "Te desnudarán todas tus vestiduras, te quitarán los atavíos de tu gloria, y te dejarán desnuda y llena de confusión„. ¡Oh, qué terrible vergüenza padecerá la desventurada alma cuando se vea desnuda de lo que antes la adornaba! ¡Oh Redentor del mundo, Príncipe de los pastores y Obispo de nuestras almas! No degrades ni desnudes la mía de las vestiduras que le

diste en el bautismo; vísteme de nuevo con la vestidura de tu gracia, que yo perdí por mi culpa, para que pueda librarme de esta desnudez y confusión eterna.

Luego he de ponderar cómo el alma se queda con una de estas vestiduras, que es el carácter ó señal del cristiano que le dieron en el bautismo, y el de la confirmación y sacerdocio, si recibió estos dos Sacramentos; pero esto será para su mayor tormento, porque los paganos y moros que estuvieren con el cristiano en el infierno, mirando la señal del edificio que comenzó y no acabó, se mofarán de él, diciéndole: ¡Oh loco y desatinado, que tuviste tanto bien en las manos y le dejaste perder por tu culpa! ¿Cómo no acabaste tu edificio, pues tantas ayudas tuviste para ello? Si nosotros fuéramos cristianos, procuráramos huir de la miseria que tenemos: ¿quién te engañó y te trajo con nosotros?

Finalmente, el alma será desnudada de las virtudes morales que en esta vida ganó; quedará sin prudencia, ni justicia, ni fortaleza ni otra alguna; y si la dejaren algunas ciencias que adquirió con su industria, será para mayor pena por no haber negociado con ellas la ciencia que la había de librar de tanta miseria. De este modo se cumplirá en ella aquella tenebrosa sentencia de Job: "El pan que comiere se convertirá dentro de su vientre en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó y se las sacará Dios por fuerza„. ¡Oh alma mía! Mira no vomites por tu voluntad las riquezas de la gracia y caridad que recibiste, porque después te harán vomitar por fuerza la fe y las virtudes que ganaste; y las ciencias que ahora estudias con deleite, se convertirán en hieles de áspides para atormentarte.

PUNTO II

La sentencia de Cristo N. S. en el juicio particular.

Considera la última sentencia que en el mismo instante de la muerte pronuncia Cristo N. S. contra

el pecador, intimándosela con una voz interior y espantable, diciéndole á solas las palabras que dirá después á todos los malos en el juicio universal: "Apártate de mí, maldito de mi Padre, al fuego eterno, que está preparado para Satanás y sus ángeles„, que es decir: vete de aquí, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria; vete al fuego eterno, que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo para que te lleve consigo.

Dada esta sentencia, en el mismo instante desampara Dios al alma, y el Angel de la guarda se va, diciéndola como á Babilonia: "Harto hice por curarte, procurando tu salvación, y no quisiste; pues yo te dejo en poder de quien tomará de ti la venganza que tu rebeldía merece„. Y al mismo punto, con grande regocijo, arrebatará el demonio la desventurada alma, sin admitir, ni oir suplicaciones ni ruegos, y dará con ella en los infiernos. De suerte que el pecador, en un abrir y cerrar de ojos, desde la cama donde estaba con gran regalo, rodeado de muchos amigos y parientes, muere, como dice Job, tranquilamente, con muerte al parecer dichosa y sosegada; pero en el mismo punto baja al infierno, pasando de un extremo de bienes temporales á otro extremo de males eternos. ¡Oh, qué sentirá la desventurada alma en aquella primera entrada en el infierno, cuando vea lo que dejó y lo que halla; cuando vea y sienta la cama de fuego, los colchones de gusanos, la compañía de demonios y los demás tormentos, sin esperanza de salir de ellos! ¡Oh, qué horrible despertar para los incrédulos y los impíos! Dormirse en el lecho y despertar en el infierno. ¡Oh justo Juez, ten misericordia de mí! "Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar„. ¡Oh alma mía, teme esta sentencia de condenación eterna, y vive de manera que merezcas ser libre de ella!

Consideraré, al contrario, la sentencia que se dará

al justo, diciéndole invisiblemente Cristo N. S. con una voz amorosa: "Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que tengo preparado desde el principio del mundo„. Ven, "oh siervo bueno y fiel y alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, Yo te daré posesión de muchas; entra en el gozo de tu Señor„. Y al mismo punto el demonio se va corrido, y el Angel de la guarda recibe el alma, acudiendo otros ángeles para acompañarla, como acudieron por el alma de Lázaro el pobre, y todos con gran regocijo la llevan al cielo, á gozar de aquellos bienes eternos, cuando no tiene que purgar en el purgatorio. ¡Oh, qué gozo tendrá el alma en aquella primera y tan deseada entrada! La que antes estaba llena de dolores, humillada con desprecios y turbada con temores, en un instante se verá muy otra, trocada toda su pena en gloria y su llanto en gozo, en compañía de ángeles, en lugar de descanso, y engolfada en la vista de su Dios.

Consideradas estas cosas, haré comparación de buenos á malos, y veré cómo la "muerte de los malos„, es pésima y horrible su juicio, y al contrario, preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos.

PUNTO III

Aplicaciones y propósitos.

Considera que morirás una vez sola y serás juzgado inmediatamente y sin apelación ninguna. No morirás sino una vez: ni sabes cuándo morirás ni en qué lugar ni en qué estado; pero morirás más pronto de lo que imaginas, y si no vives con vigilancia morirás sin pensar en que mueres. Tal es la muerte y tal será tu juicio, cual haya sido tu vida. Porque nadie aprende en un momento la profesión en que jamás se ha ejercitado, ni la olvida tan pronto cuando siempre la ha estado practicando. ¿Amarás á Dios en la muerte después de haberle aborrecido en vida? ¿Aborrecerás al pecado en la muerte después de haberle

amado en vida? ¿Podrás en un momento desarraigar los afectos pecaminosos de tu corazón? Si durante la salud y la vida jamás te has ejercitado en actos de virtud, ¿cómo los harás estando enfermo? Teniendo la mala costumbre de cometer pecados, ¿al morir podrás olvidarla? Pues mira despacio que después de la muerte serás juzgado, y después del juicio quedarás salvado ó condenado para siempre. ¿Qué quisieras entonces haber hecho ahora? ¿Qué quisieras no haber hecho? ¿Qué quisieras haber sufrido entonces, y qué quisieras no haber sufrido? Haz, pues, todo lo que querías haber hecho; abstente de lo que no quisieras haber hecho; sufre lo que querrías haber sufrido, y no sufras lo que no querrías haber sufrido.

Dejarás todos tus bienes en la puerta de la eternidad; tu gloria no bajará contigo al sepulcro; tus deleites se convertirán en amarguras, y tu amor en aborrecimiento. No te llevarás contigo de este mundo, sino el bien ó el mal que hubieres practicado; el bien para recibir la recompensa y el mal para recibir el castigo. Lo que ahora te place en vida, será tu tormento en la muerte, y lo que en vida te atormenta, en la muerte será tu alegría, si lo padeces todo en Dios y por Dios.

¡Oh muerte! ¡Oh juicio! Ideas terribles, pero salvadoras y que nunca debía yo olvidar. Porque estoy muerto en el alma si no pienso en la muerte, y soy un insensato si no la temo, y tengo sobrado apego á la vida si me asusta mucho la muerte. No amo á Jesús, si no deseo morir para ir á verle y gozarle, y no merezco la salvación, si no temo condenarme. Abuso del tiempo y de la gracia de Dios si no me preparo para la eternidad y si prácticamente no obro como si cada día hubiera de ser presentado ante el terrible tribunal de Dios.

Coloquio.—¿Sois Vos, Señor mío, el que debe venir á juzgarme; el que un día ha de bajar del cielo á

la tierra con grande poder y majestad á hacer el proceso de mi vida en la presencia de los ángeles y de los hombres? ¿Sois Vos el que debe salvarme si soy inocente y condenarme si soy culpado? Pues ¿cómo siendo Vos mi Juez, me cuido tan poco de aplacaros, de teneros de mi parte y de conciliarme vuestra gracia? ¿Cómo es que no hago nada para merecer vuestro favor y para asegurar mi salvación? Proviene sin duda de que no os temo como debiera; del poco caso que hago de vuestras amenazas y de vuestras promesas. Que no paro la consideración ni en el paraíso, ni en el infierno, ni en la muerte, como si me fuera indiferente salvarme ó condenarme, perderos ó poseeros. Pues ya quiero mudar de vida, quiero en adelante vivir con tal pureza de conciencia, que os obligue á recibirme también en vuestro reino para alabaros y bendeciros eternamente.

Propósitos.—Prevé la severidad de este juicio examinándote con más cuidado y juzgándote con más rigor.

27 DE NOVIEMBRE

Del juicio universal.

Preludios.—**Mira á Jesucristo que viene del cielo con grande gloria y majestad á juzgar á todo el género humano y pide temor santo de Dios, conocimiento de las vanidades del mundo, de la falsedad de los juicios de los hombres y de la locura de las grandezas humanas, para avergonzarte, corregirte y enmendarte.**

PUNTO I

Razón de este supremo juicio.

Considera ante todo la verdad del artículo de la fe que nos enseña que, además del juicio particular que se hace de cada hombre en la hora de la muerte, habrá otro universal de todos los hombres juntos á la fin del mundo. Este juicio será público y visible, ordenado por la divina Providencia por muchas cau-

con tanta majestad, que ángeles y hombres, justos y pecadores, y los mismos demonios, se le sujeten y adoren, y, mal que les pese, le reconozcan por su Dios y Señor. Entonces cumplirá el Padre Eterno la promesa que le hizo de sujetarle todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus pies, y que toda rodilla se hinque en su presencia, y que "toda lengua confiese, que Cristo Jesús está en la gloria de Dios Padre„.

Ponderaré el acompañamiento que trae; porque vendrá el Señor con millares de santos, rodeado de todo el ejército celestial, descubriendo en ellos la hermosura y excelencia de sus jerarquías. Delante vendrá, como se saca del Evangelio, "la bandera del Hijo del hombre„, que es el estandarte real de la santa Cruz, con un resplandor admirable; la cual, con ser una misma, será vistosa y deleitable á los justos que en esta vida la abrazaron y se preciaron de ella, crucificando su carne con sus vicios y concupiscencias, peleando siempre por ella contra todos los enemigos de la cruz que son los mundanos y los impíos. Esa cruz divina, bandera de todos los buenos, será entonces su gloria y consuelo y su vista los llenará de gozo; mas será horrible y espantosa para los malos que no creyeron en ella ó la aborrecieron, siendo sus enemigos, y así, en viéndola llorarán amargamente, porque en ella verán la justa causa de su condenación.

En llegando Cristo N. S. al valle de Josafat, se sentará en un trono excelentísimo, hecho de una nube hermosísima y resplandeciente, y con ser uno mismo su divino rostro, será apacibilísimo para los buenos y terribilísimo para los malos. Y de las llagas sacratísimas de sus pies, manos y costado, saldrán rayos de luz, y resplandor amoroso hacia los buenos, los cuales con la vista corporal de estas llagas recibirán especial consuelo, viendo lo mucho que este Rey soberano los amó, recibiéndolas por ellos,

Pero de las mismas llagas saldrán rayos de ira y como de fuego contra los malos.

Al lado de Cristo N. S. se pondrá otro trono de grande gloria para su santísima Madre, no para abogar por los pecadores; porque ya pasó este tiempo, sino para que se confundan de no haber querido valerse de tan santa Madre y de tan poderosa abogada como tenían, y para que los buenos se alegren de verla presente, y ella quede honrada delante de todo el mundo, por las humillaciones que sufrió en esta vida de aquellos que no la conocieron y la ultrajaron en la Pasión de su Hijo.

Finalmente, alrededor del trono de Cristo N. S. estarán otros tronos, donde se sentarán sus Apóstoles para juzgar, "las doce tribus de Israel„, y á todas las naciones del mundo, condenando con su vida ejemplar la vida mala de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y en su nombre declarando la justicia de ella. Y como muchos Santos Padres afirman, también estarán sentados en tronos de gloria los pobres de espíritu que, á imitación de los Apóstoles, dejaron todas las cosas por Cristo. ¡Oh, cuán pasmados quedarán los tiranos y emperadores que martirizaron á los Apóstoles, cuando los vean con tanta gloria sublimados! ¡Oh, cuán honrados estarán los pobres religiosos, que en este mundo vivían despreciados y perseguidos! ¡Oh Juez soberano!, si así honráis á los pobres voluntarios y á los humildes, yo abrazo con gran voluntad la pobreza y la humildad, no tanto por mi honra cuanto por la gloria de vuestro santo nombre.

PUNTO III

De la separación de los buenos y de los malos.

Considera cómo Cristo N. S., para hacer su juicio, "apartará los buenos de los malos, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. A los buenos pon-

drá á su mano derecha y á los malos á la izquierda„. Pondera cómo este mundo y la Iglesia son ahora como un rebaño de ovejas y cabritos, esto es, de buenos y malos, mezclados de tal manera, que no siempre se conoce quién es oveja de Cristo y quién lobo de su rebaño y por esta ignorancia muchas veces honramos al pecador como á justo, y despreciamos al justo teniéndole por pecador. De donde también procede que justos y pecadores no siempre tienen el lugar que merecen; porque muchas veces los malos, los soberbios y los indignos ocupan la mano derecha, y el lugar más alto de la tierra, y los buenos están á la mano izquierda, en el lugar más desechado del mundo. Por lo cual dijo Salomón: "Vi un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en el lugar de la justicia la maldad; y dije en mi corazón: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno„.

Llegado, pues, este tiempo, Cristo N. S. para deshacer estos engaños y agravios, apartará el trigo de la cizaña, el grano de la paja, y los corderos de los cabritos. A los buenos pondrá á su mano derecha, levantados en tronos de gloria, para que todo el mundo los conozca y honre como á santos; y á los malos pondrá á la mano izquierda, dejándolos en la tierra, para que todos los conozcan y desprecien como á pecadores. ¡Oh, qué confusión tan grande será la de los malos, que en esta vida tenían la mano derecha y el poder y la honra, cuando se vean á la mano izquierda en tanta bajeza! ¡Oh, qué envidia tendrán de los buenos cuando los vean tan honrados, y á sí tan despreciados! ¿Qué dirá el príncipe y el señor cuando vea en más alto lugar á su esclavo? ¿Qué el prelado y el maestro, cuando vea que le es preferido el súbdito y el discípulo? Todos á una dirán aquello de la Sabiduría: "Nosotros, locos y sin seso, teníamos la vida de los santos por locura y su fin por afrentoso; mirad cómo son contados entre los hijos

de Dios, y su suerte es entre los santos; luego hemos errado el camino de la verdad, y la lumbre de la justicia no nos alumbró, ni el sol de la inteligencia nació para nosotros„. ¡Oh sol de justicia! Esclarece los ojos de mi alma con tu lumbre celestial, para que vea la ceguedad de los pecadores y escarmiente con tiempo en la miseria de ellos.

Al contrario, estarán los buenos muy contentos de verse al lado derecho de Cristo, y Cristo N. S. muy alegre de verlos á su lado. ¡Oh alma mía! Escoge en esta vida lugar bajo entre los hombres, para que el día del juicio te dé Cristo lugar alto entre los ángeles. No hagas caso de la mano derecha ó siniestra en este mundo, sino sólo de ser pobre y humilde de corazón, porque ese será el modo de que Cristo te ensalze el día del juicio. Ultimamente, si quiero saber la mano que me cabrá el día del juicio, he de mirar si soy oveja, esto es, si oigo la voz de Cristo, mi Pastor; si tengo mansedumbre y humildad, si sufro con paciencia las adversidades é injurias, y si reparto con otros liberalmente de mis bienes; ó al contrario, si soy soberbio y vengativo, si busco mi provecho temporal con daño de mi prójimo y con pérdida del bien espiritual de las almas. Haciendo reflexión sobre esto, procuraré ser oveja de este soberano Pastor, confiando que me pondrá con gran prosperidad á su mano derecha.

Coloquio.—¡Oh, Señor! ¡Cuán espantoso y cuán terrible será aquel día en que triunfará la verdad y la justicia, en el que cada cosa y cada hombre ocupará el lugar que debe ocupar, y no otro como ahora tantas veces sucede! Dios mío, ¿cuál será mi suerte? ¿Dónde estaré yo entonces? ¿Me salvaré ó me condenaré? ¿Seré del número de los predestinados ó de los réprobos? Sé que si soy cordero me he de salvar, y si no lo soy me he de condenar. Escrita estará mi sentencia en mi lengua, en mi corazón, en mi conciencia y en mis obras. Señor, que la idea de ese día terrible no se separe de mí, para que, sirvién-

dote con fervor y constancia, merezca estar á tu derecha en el día espantoso de tus justicias.

Propósitos —Pensar desde ahora del mundo lo que pensaré entonces; hacer de los juicios humanos el juicio que haré aquel día, y amar, temer y obrar como entonces quisiera haberlo hecho.

28 DE NOVIEMBRE

Del proceso del juicio universal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Manifestación de las conciencias de todos los hombres.

Pondera cómo Dios N. S. en aquel día abrirá los libros misteriosos de las conciencias humanas que en esta vida estuvieron cerrados. Todos leerán lo que está escrito en la conciencia de cada uno, y cada uno lo que está escrito en el libro de la conciencia de todos. Conforme á lo contenido en estos libros de la conciencia, que llevamos y escribimos toda nuestra vida, y de los que nada se puede borrar, se hará el juicio y pronunciará la sentencia, para que todos vean la rectitud de la divina justicia, y juntamente para honra de los buenos y confusión de los malos. De aquí sacaré cuánto me conviene mirar bien lo que escribo en el libro de mi conciencia, porque ahora puedo escribir lo que quisiere y encubrirlo como quisiere; pero en aquel día, mal que me pese, saldrá todo á luz; y si el libro de mi conciencia estuviere bien escrito, conforme en un todo con el libro de la vida, que es Cristo-Jesús, mi libro, como dice Job, será mi defensa, mi honra y mi corona. Pero si fuere contrario al de Jesucristo, El será mi acusador, mi deshonra y condenación. ¡Oh piadosísimo Salvador, cuyo evangelio se ha de abrir el día del juicio, para que tu vida sea como ley y regla viva por la cual se

haga juicio de la nuestra!, no permitas que yo escriba en el libro de mi conciencia cosa que sea contraria al tuyo; y si alguna vez, por mi flaqueza, lo escribiere, ayúdame á borrarlo con la penitencia, para que el día de la cuenta, viéndome tú conforme contigo en la vida, me hagas también conforme en la gloria.

Pero particularizando más lo que ha de pasar en esta publicación, ponderaré cómo entonces se han de publicar los pecados secretos del corazón, y los feos de la obra que se cometieron en el rincón, y los que por vergüenza se callaron en la confesión, ó se encubrieron con excusas y humanos respetos. A más se manifestarán las dañadas intenciones, las traiciones encubiertas, las hipocresías, y todas las obras que parecían santas y de verdad eran malas. Allí serán conocidos los devotos hipócritas, los Judas encubiertos, los amigos falsos, los cristianos fingidos, con grandísima confusión por verse descubiertos; porque si tanto siento que mi pecado se publique delante de diez hombres, ¿cómo sentiré que se publiquen todos juntos delante de todos los hombres y de los ángeles? ¡Oh alma mía!, ¿cómo te atreves á pecar en secreto, si crees que te ve Dios y que tu pecado se ha de publicar y ver delante de todo el mundo? ¿Cómo puedes en la confesión encubrir la culpa por vergüenza, si tienes fe de esta confusión, que has de padecer por haberla callado?

Luego ponderaré, cómo Dios N. S. manifestará las buenas obras de los justos, por más secretas que hayan sido, los puros pensamientos, los santos afectos, las intenciones y limosnas tan ocultas, que no supo la mano izquierda lo que hacía la derecha, y las santas obras que el mundo tuvo por malas y por las que los calumnió y condenó. Con lo cual quedarán grandemente honrados y ensalzados. ¡Oh, cuán feo y abominable parecerá allí el vicio, y cuán hermosa y apacible la virtud! ¡Oh, cuán honrado y acreditado

quedará entonces el obedecer y humillarse, y el sufrir las injurias callando, sin excusarse ni volver por sí! Dichosos los que abrazan estos ejercicios virtuosos, pues tal gloria recibirán por ellos.

Ultimamente ponderaré, cómo el justo Juez en aquel día descubrirá también las buenas obras que hicieron los malos, y las malas que hicieron los buenos, pero con diferente fin. Las obras buenas de los malos, resultarán en mayor ignominia suya por no haber perseverado en el bien, perdiendo el premio de ellas por haberlas mezclado con muchas malas. Y cuando vean los avisos y buenos consejos que dieron á los escogidos, quedarán más avergonzados, porque no los tomaron para sí ni se aprovecharon de ellos. Al contrario, cuando publicare Dios los pecados que hicieron los justos, también publicará la penitencia que hicieron y los bienes que de ellos sacaron; de tal manera, que no les sean ocasión de confusión, sino motivo de alabar á Dios que los perdonó y les libró de tal miseria por su gran misericordia. Y todo redundará en mayor confusión de los malos viendo en tanta honra á otros, que hicieron los mismos ó mayores pecados que los suyos, y que allí son honrados por haber hecho con tiempo penitencia de ellos.

PUNTO II

De las terribles acusaciones en contra de los malos.

Considera las terribles acusaciones y cargos que de esta publicación resultarán contra los malos y en favor de los buenos. Primeramente, el demonio, acusador y calumniador de los hombres, en este día, que es el postrero de su oficio, lo hará con grande vehemencia, exagerando los pecados de los malos, como dice san Basilio, para confundirlos más delante de todo el mundo. Volviéndose al Juez, le dirá: yo no crié á éstos ni les di la vida, ni el sustento, ni

los bienes de que gozaron; no padecí ni morí por ellos, ni les prometí premio eterno, y con todo eso me sirvieron y obedecieron, dejándote á Ti, que hiciste por ellos todas estas cosas. Por tanto, míos son de justicia, porque los vencí, y se me rindieron y me estimaron más que á Ti. Esto dirá el soberbio Satanás, como quien desea triunfar, á su modo rabioso, de Cristo N. S., y vengarse de El en sus criaturas.

Pondera luego los terribles cargos que interiormente les hará el mismo Cristo, trayendo á la memoria de cada uno los beneficios que le ha hecho. Yo, dirá, te crié á mi imagen y semejanza, y tú la manchaste con muchos pecados, te redimí con mi sangre preciosa, y la hollaste con tus malos pasos; te di el sacramento del bautismo, haciéndote miembro de mi Iglesia, y tú le profanaste, viviendo con escándalo en ella ó hablando impiamente contra los dogmas de la fe; te ofrecí el sacramento de la penitencia para restituirte mi gracia, y tú escogiste vivir y endurecerte en la culpa; te convidé con mi cuerpo y sangre para tu sustento, y tú le despreciaste por los torpes placeres del mundo; te llamé con muchas inspiraciones, y tú con pertinacia fuiste rebelde á ellas, te amenacé con castigos, te regalé con beneficios y te animé con promesas de grandes premios, y no hiciste caso de todos ellos. ¡Oh miserable hombre!. ¿qué más pude hacer por ti de lo que hice? Y tú, ¿qué más pudiste hacer contra Mí de lo que hiciste, estimando en más tu honra que la mía? ¡Oh ángeles y ministros míos! juzgad vosotros y ved, qué pude hacer por esta viña que no hiciese, y esperando que llevase uvas, no ha llevado sino agraces.

A esta reprensión de Cristo ayudarán los mismos ángeles de la guarda, alegando lo mucho que hicieron para desviar á los malos de su mala vida, y la rebeldía que ellos tuvieron en contradecirles. También los justos que están presentes les acusarán: unos, porque desecharon sus consejos; otros, porque reci-

quedará entonces el obedecer y humillarse, y el sufrir las injurias callando, sin excusarse ni volver por sí! Dichosos los que abrazan estos ejercicios virtuosos, pues tal gloria recibirán por ellos.

Ultimamente ponderaré, cómo el justo Juez en aquel día descubrirá también las buenas obras que hicieron los malos, y las malas que hicieron los buenos, pero con diferente fin. Las obras buenas de los malos, resultarán en mayor ignominia suya por no haber perseverado en el bien, perdiendo el premio de ellas por haberlas mezclado con muchas malas. Y cuando vean los avisos y buenos consejos que dieron á los escogidos, quedarán más avergonzados, porque no los tomaron para sí ni se aprovecharon de ellos. Al contrario, cuando publicare Dios los pecados que hicieron los justos, también publicará la penitencia que hicieron y los bienes que de ellos sacaron; de tal manera, que no les sean ocasión de confusión, sino motivo de alabar á Dios que los perdonó y les libró de tal miseria por su gran misericordia. Y todo redundará en mayor confusión de los malos viendo en tanta honra á otros, que hicieron los mismos ó mayores pecados que los suyos, y que allí son honrados por haber hecho con tiempo penitencia de ellos.

PUNTO II

De las terribles acusaciones en contra de los malos.

Considera las terribles acusaciones y cargos que de esta publicación resultarán contra los malos y en favor de los buenos. Primeramente, el demonio, acusador y calumniador de los hombres, en este día, que es el postrero de su oficio, lo hará con grande vehemencia, exagerando los pecados de los malos, como dice san Basilio, para confundirlos más delante de todo el mundo. Volviéndose al Juez, le dirá: yo no crié á éstos ni les di la vida, ni el sustento, ni

los bienes de que gozaron; no padecí ni morí por ellos, ni les prometí premio eterno, y con todo eso me sirvieron y obedecieron, dejándote á Ti, que hiciste por ellos todas estas cosas. Por tanto, míos son de justicia, porque los vencí, y se me rindieron y me estimaron más que á Ti. Esto dirá el soberbio Satanás, como quien desea triunfar, á su modo rabioso, de Cristo N. S., y vengarse de El en sus criaturas.

Pondera luego los terribles cargos que interiormente les hará el mismo Cristo, trayendo á la memoria de cada uno los beneficios que le ha hecho. Yo, dirá, te crié á mi imagen y semejanza, y tú la manchaste con muchos pecados, te redimí con mi sangre preciosa, y la hollaste con tus malos pasos; te di el sacramento del bautismo, haciéndote miembro de mi Iglesia, y tú le profanaste, viviendo con escándalo en ella ó hablando impiamente contra los dogmas de la fe; te ofrecí el sacramento de la penitencia para restituirte mi gracia, y tú escogiste vivir y endurecerte en la culpa; te convidé con mi cuerpo y sangre para tu sustento, y tú le despreciaste por los torpes placeres del mundo; te llamé con muchas inspiraciones, y tú con pertinacia fuiste rebelde á ellas, te amenacé con castigos, te regalé con beneficios y te animé con promesas de grandes premios, y no hiciste caso de todos ellos. ¡Oh miserable hombre!, ¿qué más pude hacer por ti de lo que hice? Y tú, ¿qué más pudiste hacer contra Mí de lo que hiciste, estimando en más tu honra que la mía? ¡Oh ángeles y ministros míos! juzgad vosotros y ved, qué pude hacer por esta viña que no hiciese, y esperando que llevase uvas, no ha llevado sino agraces.

A esta reprensión de Cristo ayudarán los mismos ángeles de la guarda, alegando lo mucho que hicieron para desviar á los malos de su mala vida, y la rebeldía que ellos tuvieron en contradecirles. También los justos que están presentes les acusarán: unos, porque desecharon sus consejos; otros, porque reci-

bieron de ellos grandes agravios, y otros, por el peligro en que se vieron por sus malos ejemplos.

Todo esto oirán y verán los miserables en lo interior de su alma y de su conciencia; la cual, será la más terrible acusadora de todos, porque convencida con la evidencia de la verdad, y viendo la razón que todos tienen en acusarla, no tendrá qué responder, sino mucho de que acusarse. ¡Mira cuánto mejor les fuera haberse acusado de su voluntad en esta vida y con provecho, que no acusarse entonces por fuerza y sin remedio! ¡Oh dulce Jesús!, concédeme que dignamente me acuse de mis pecados delante de Ti y del confesor que me ha de absolver, porque no me acusen de ellos en el juicio para condenarme.

PUNTO III

De la vergüenza y confusión de los malos el día del juicio.

Considera seriamente la confusión y vergüenza que acarreará á los malos la pública manifestación ante todo el mundo de sus pecados y delitos. Porque entonces se publicarán los secretos más ocultos, los pensamientos más escondidos, y todas las obras de la obscuridad se verán con luz más clara que la del mediodía. "Yo descubriré tus ignominias, dice Dios, y estarás patente en toda tu desnudez; yo haré pública tu infamia á todo el universo„. Todo tu cuidado, mientras vivías, ha sido ocultar lo que eras y parecer lo que no eras, y entonces será tu tormento, cuando esté patente todo lo que eres. Entonces se descubrirán los fraudes de aquel que quería pasar por recto; las acciones viles del otro, que era tenido por honrado; las prostituciones vergonzosas de aquella, que parecía vivir con recogimiento; los misterios de iniquidad del que acomodaba su devoción á su conveniencia; entonces se conocerá el falso devoto y el verdadero hipócrita, al lobo vestido con piel de oveja y al amigo traidor y desleal.

Pues considera que si la deshonestidad de una mujer que parece virtuosa y que repara y previene tanto las apariencias; que oculta con tanto artificio y empeño su pecado que se lo calla á su mismo confesor y quisiera ocultarle hasta á sí misma, si ese crimen llegase á noticia de su marido, que la estima tanto y que está tan seguro de su virtud, ¿cuál sería la vergüenza y confusión de esta mujer? Pues si este delito se publicase en una ciudad; si de una reputación honrada y universal que tenía viniese á ser oprobio y escándalo de una provincia de quien antes era tenida por ejemplo, por poco decoro que tuviese esta persona, ¿podría aguantar esta confusión y esta vergüenza? La muerte misma le fuera menos horrible y espantosa.

Pues, ¿qué será la confusión de un pecador en el día del juicio, viéndose espectáculo de todo el mundo, y que sus delitos y sus obras serán publicadas á la vista de todo el universo; que los ojos de todos los hombres, de todos los ángeles y del mismo Dios le estarán mirando; que penetrarán los senos más escondidos de su conciencia, donde leerán todos sus abominables delitos, porque estarán escritos con letras clarísimas é imposibles de borrar, que habrá de sufrir y aguantar el juicio que todas las criaturas harán de él; que él mismo verá claro su miserable estado, y, por consiguiente, se reconocerá objeto de su menosprecio y execración? Mira cuánto sentimos que nos menosprecie aquella persona que estimamos ó reverenciamos, pues ¿cómo podremos sufrir este oprobio y desprecio universal? Por esto desearán los malos que los montes caigan sobre ellos, para esconderse á los ojos de todos. ¡Oh, cuánto temes el ser visto al cometer acciones pecaminosas! Sólo el temor de que te viesen enfrenaría el desorden de tu pasión aunque no hubiese más que una persona delante; pues el temor de ver tus mismos desórdenes patentes á todo el universo, ¿no te debe enfrenar más?

Coloquio. —No esperes, Señor, no esperes, á ha-

cerme estos justos cargos en el día formidable, cuando no podré responder á ellos, ni librarme de tu ira con recurrir á tu misericordia. No esperes, Señor, á hacérmelos cuando sólo me los harás para condenarme; sino házmelos ahora, ahora que me pueden ser saludables, y que me pueden obligar con el justo temor que me causarán á prevenirlos, quitando los motivos que me hacen caer con tanta frecuencia; pero házmelos con un modo tan vivo, eficaz y penetrante, que rompiendo mi corazón con una contrición verdadera y llenando mi alma de una amargura y confusión provechosa, me ponga en estado de apaciguar tu indignación, de alcanzar tu misericordia, y de temer menos en aquella hora el rigor de tu justicia.

Propósitos.—Cuando el demonio te solicite á alguna acción pecaminosa, piensa para defenderte de ella, que se ha de publicar en el día del juicio á los ojos de todo el mundo.

29 DE NOVIEMBRE

De las sentencias del juicio universal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la sentencia en favor de los buenos.

Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo N. S., sentado en el trono de su gloria, mirando hacia los buenos, con voz blanda y amorosa les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que está preparado para vosotros desde el principio del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer„. Esta sentencia meditaré, palabra por palabra, ponderando el misterio que tiene cada una.

—*Venid*—les dice venid, para traerles á la memoria la primera vocación con que los llamó para que le siguiesen, diciéndoles: "Venid á Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os recrearé; y si

alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame„, Y porque oyeron esta vocación, los llama con otra semejante, como si dijera: Pues vinisteis tras mí abrazando la cruz y mortificación por seguir mi vida, venid á recibir el premio, siguiéndome en la gloria.

Venid del monte Líbano de mi Iglesia, en la cual fuisteis bautizados y lavados con lágrimas de penitencia, y crecisteis como cedros en toda virtud. Venid de la grande tribulación, donde habéis estado lavando y blanqueando vuestras estolas en mi preciosa sangre. Venid "de las cuevas de leones y moradas de tigres„, en cuya compañía habéis vivido padeciendo grandes persecuciones. Salid de en medio de ellos, y venid á ser coronados y á recibir el premio que habéis merecido por las muchas victorias que habéis ganado.

"*Benditos de mi Padre*„. Llámalos benditos, para que todos entiendan la inmensidad de beneficios que es ha hecho, hace y hará por toda la eternidad, cumpliendo lo que dijo el Salmista, que "el inocente y puro de corazón recibiría la bendición del Señor y la misericordia de Dios su salvador„. Y no dice: Venid, benditos de Abraham, Isaac y Jacob, sino benditos de mi Eterno Padre, el cual os ha bendecido con todo género de bendición celestial, comunicándoos los bienes de su gracia y ahora enteramente los de su gloria. Y no dijo benditos de Dios, sino de mi Padre, para que se entienda que todas estas bendiciones procedieron del amor paternal que Dios les tuvo por respeto de su Hijo. Y porque su bendición es eficaz, y hace luego lo que dice, con esta dulce palabra les llenará de una nueva y extraordinaria alegría.

Luego añade: "poseed el reino que está preparado para vosotros desde el principio del mundo„. Considera cómo en todo esto resplandece la infinita caridad de nuestro Padre celestial. Porque primeramente quiso que la herencia de sus hijos fuese un rei-

no tan soberano, que por excelencia merece nombre de reino, porque no es reino terreno, sino celestial, cuyas riquezas son infinitas, y sus deleites inestimables, y hacen bienaventurados á sus poseedores. Les preparó este reino desde su eternidad, predestinándolos por sola su misericordia para que reinasen con El. Y desde el principio del mundo crió el cielo empíreo, para que fuese ciudad real y morada de estos reyes bienaventurados.

Venid, pues, á tomar la posesión pacífica de este reino, tan noble y tan antiguo, de la cual nunca seréis echados. Entrad en los gozos de mi Padre; sentaos á reinar conmigo en mi trono, como yo estoy sentado con mi eterno Padre en el suyo.

Luego declara el Juez la razón de su sentencia, y los méritos porque les da su reino diciendo: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber„. Y admirándose los justos de que por obras tan pequeñas les diese un reino tan grande, le preguntarán no tanto con palabras, cuanto con afectos y sentimientos de grande admiración: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y sediento, y te dimos de comer y beber? Y ¿cuándo te vimos peregrino, desnudo, enfermo y cautivo, y usamos contigo de tal misericordia?„ Luego les responderá el Señor: "Digoos de verdad, que lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, hermanos míos, por mí lo hicisteis„, porque yo estaba en ellos; y aunque pequeñitos, me precio de tenerlos por hermanos. ¡Oh, dichosos los pobres, á quienes tiene por hermanos el Juez que los ha de juzgar, y el Rey eterno que los ha de galardonar, premiando también á otros porque hicieron bien á ellos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, pues en este día alcanzarán tan gran misericordia!

Ultimamente ponderaré, que aunque Cristo N. S. en el Evangelio solamente da por razón de la sentencia las obras de misericordia con los prójimos, también declarará las demás obras buenas de obe-

diencia y mortificación necesarias para entrar en el cielo. Y como la voz de Dios es de virtud infinita, mentalmente declarará á cada uno, de modo que lo entiendan todos, las obras especiales por las cuales le da su reino. Al mártir dirá: "Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que está preparado para ti, porque derramaste tu sangre por mí„. Y á la virgen dirá: "Ven, bendita de mi Padre, por la virginidad que guardaste con limpieza de cuerpo y alma„. Y al religioso: "Ven, bendito de mi Padre, porque dejaste todas las cosas por seguirme.„

PUNTO II

De la sentencia en contra de los malos.

Considera cómo después volverá el Juez su rostro airado hacia los malos, y con una voz espantable les dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para Satanás y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer„. Considera esta terrible sentencia: "Apartaos de Mí„. En ella condena á los malos á la pena eterna de daño, que es destierro perpetuo del cielo y privación de la vista de Dios para siempre. ¡Terrible y espantosa palabra! Apartaos de Mí, que soy vuestro Dios, vuestro primer principio y vuestro último fin; apartaos de Mí, que soy vuestro Redentor, y me hice hombre por vuestra causa, y recibí estas llagas por vuestro remedio; y aunque os convidé con el perdón, no le aceptasteis. Apartaos para siempre de mi amistad, de mi protección, de mi reino, de mi paraíso, de mi vista clara, y del río copioso de mis deleites.

Y porque quien se aparta de Cristo, también se aparta de los que andan juntos con Cristo, en decirles: Apartaos de mí, les dice también: "Apartaos de las jerarquías y coros de mis ángeles, apartaos de mis Apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y apartaos de la dulce compañía de mi santa Madre,

que lo quiso ser vuestra y no quisisteis valeros de ella. Harto hice por traeros á mi servicio y á mi casa, y vosotros por vuestra mala voluntad os apartasteis y alejasteis de ella. Pues en castigo de esto, Yo, por mi justa voluntad, os destierro y aparto de Mí y de todos los míos, sin esperanza de tener jamás parte en Mí, ni en cosa mía„. ¡Oh Salvador mío! No venga tal castigo sobre mí, que para siempre me apartes de Ti; castígame con la pena que quisieres, con tal que siempre esté cabe Ti, unido contigo por amor.

La segunda palabra es *malditos*, con la cual, por ser eficaz, arroja sobre ellos todas las maldiciones y desventuras eternas que por sus pecados han merecido. Será maldita su alma y maldito su cuerpo; malditas sus potencias y malditos sus sentidos. Vendrá sobre ellos la maldición del hambre y sed, de la enfermedad y dolor, de la infamia y deshonra. Malditos en la ciudad donde han de vivir, en la casa que han de morar, en la compañía que han de tener, y en todas las cosas que les han de suceder. ¡Oh, qué rabia y coraje sentirán los desventurados oyendo esta horrenda palabra de su eterna maldición! ¡Oh, que envidia tan rabiosa traspasará sus entrañas, viendo que Dios bendice á los buenos, sin dejar para ellos ni una sola bendición!

Luego añadirá "id al fuego eterno„, en la cual los condena á la pena eterna de sentido, que es el fuego eterno, como quien dice: No os aparto de Mí para que volváis á la anchura y libertad de vida que solíais tener, ni para que viváis á vuestro gusto en la sobrehaz de la tierra, sino para que bajéis á la cárcel obscura del infierno y ardáis en los terriblos fuegos que hay en ella; y esto no por tiempo de diez años ó diez mil, sino por todo el tiempo que durare el fuego, que es eterno, y hará su oficio de atormentaros por toda la eternidad.

Luego declara el Juez la justa razón de su senten-

cia, diciendo: Porque tuve hambre y no me disteis de comer, ni ejercitásteis conmigo las demás obras de misericordia. Y queriendo los condenados excusarse de no haber faltado en tales obras con Cristo, les dirá: "Lo que no hicisteis con uno de estos pequeñuelos no lo hicisteis conmigo„, porque yo estaba con ellos, y lo que con ellos no hicisteis, tampoco lo hicierais conmigo. Porque "quien no ama al prójimo, que ve con sus ojos, ¿cómo amará á Dios que es invisible?„ Y quien se olvida de la imagen de Dios que tiene presente, ¿cómo se acordará del mismo Dios que tiene por ausente? También ponderaré, que en la razón de la sentencia pone Cristo N. S. las culpas que parecen menores, para que se entienda con cuánto más rigor castigará las culpas mayores. Porque también hará mención de ellas, y en especial declarará á cada una entendiéndolo todos, la causa porque le condena, diciendo á los lujuriosos: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, por las lujurias y carnalidades en que vivisteis. Y á los perjuros y blasfemos: Apartaos de mí, porque profanasteis mi santo nombre, habiendo yo tenido tanto cuidado de honrar el vuestro. Lo tercero, ponderaré que los malos el dia del juicio alegarán para su descargo algunas obras gloriosas que hicieron, diciendo á Cristo: "Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre y echamos muchos demonios, é hicimos grandes milagros?„ Pues ¿cómo nos apartas de Ti? Pero el Señor les responderá: "Nunca os conocí. Apartaos de Mí, obradores de maldad„; que es decir: Conozco esa fe y gracias que tuvisteis, porque Yo os la di; pero usasteis mal de ellas mezclándolas con graves pecados, y fuera razón que profetizando á otros, profetizarais á vosotros mismos; y echando los demonios de los cuerpos ajenos, los echarais de las almas propias; y haciendo obras milagrosas, hicierais también obras virtuosas; mas pues no lo hicisteis, no os conozco ni apruebo, y aunque me lla-

méis Señor, no os quiero por amigos míos, pues no fuisteis obedientes á mi ley. De donde sacaré que si entonces no se hace cuenta de la profecía y gracia de hacer milagros sin virtudes, menos cuenta se hará de la nobleza, riquezas y dignidades, ciencias y otras cosas muy menores, pero muy estimadas de los hombres; porque á todos generalmente les dirá: "No os conozco; apartaos de Mí, obradores de maldad.„ En oyendo los condenados el trueno de esta espantosa sentencia, caerá sobre ellos una mortal y rabiosa tristeza; porque si las señales del juicio que como relámpagos preceden á este trueno, secarán sus huesos de temor, ¿qué temblor causará el mismo trueno, qué aflicción el rayo y qué tormento el fuego?

PUNTO III

Ejecución de la sentencia.

Considera la ejecución de esta sentencia, de la cual dice Cristo N. S.: "Los malos irán al fuego eterno, y los justos á la vida eterna.„ Saca de las palabras de Cristo el terrible dogma de la eternidad de las penas, pues así como es eterno el premio de los buenos, así lo es el castigo de los malos. Considera cómo en el punto que se diere la sentencia, sin dilación alguna á vista de los buenos, se abrirá la tierra debajo de sus pies, y arrebatando de ellos los demonios, unos y otros bajarán á los infiernos, y luego la tierra se tornará á cerrar, quedando para siempre sepultados en aquel abismo de fuego. Entonces se cumplirá la maldición que está escrita en el Salmo: "Venga sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno„. Y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende las almas y cuerpos que murieron la primera muerte de la culpa, y la muerte corporal que de ella se siguió. ¡Oh, qué rabia tan furiosa tendrán los condenados, viendo que no pueden resistir ni impedir la ejecución de esta sentencia! ¡Oh, qué envidia tan amarga penetrará sus entrañas, viendo

la gloria de los buenos de quien se apartan! Entonces verán por experiencia cuán malo y cuán amargo fué haberse apartado de su Dios y haber dejado su santo temor.

Pondera también, cómo se alegrarán los buenos, según dice David, viendo la venganza que la divina justicia toma de los malos. Y aunque entre los condenados esté el que fué su padre ó madre, hermano ó amigo, no recibirán pena, por ver la mucha razón que tiene Dios en lo que hace; y así cantarán el cántico que cantó Moisés, cuando los egipcios "fueron hundidos en el mar„; y el cántico del Cordero que refiere san Juan, diciendo: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de todos los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú sólo eres piadoso y tus juicios son á todos manifiestos„.

De aquí subiré á ponderar el modo de la ejecución de la sentencia de los buenos, mirando cómo todos los bienaventurados se levantan sobre los aires siguiendo á su capitán Jesús, cantando mil cantares de alegría, glorificando á Dios, por haberlos librado de tantos y tan graves peligros, con aquellas palabras del Salmista: "Bendito sea el Señor que nos libró de los dientes de nuestros enemigos. Nuestra alma ha sido librada como pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se rompió y nosotros quedamos libres; porque pusimos nuestra confianza en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra„. De esta manera penetrarán todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo, donde Cristo N. S. los pondrá en los tronos de gloria que han de tener, reinando con El con suma paz y gozo por toda la eternidad. ¡Oh dichosos trabajos de la vida virtuosa, que tan bien premiados son en la vida eterna! Alégrate, alma mía, con la esperanza de tales premios, y abraza con gran fervor estos trabajos.

Por conclusión de lo dicho, me consideraré, como dice san Bernardo, en este mundo, como en un lugar medio entre el cielo é infierno, y que estoy aquí al modo que están los novicios en la casa de probación, probándome Dios con los preceptos que me pone, y con los trabajos que me envía; pero ayudándome con su gracia, para que salga bien probado. Si pruebo mal, siguiendo el partido del demonio, por sentencia de Dios irrevocable seré echado del mundo al infierno; pero si pruebo bien, cumpliendo la voluntad de Dios, por sentencia suya seré llevado del mundo al cielo. Por lo cual sumamente me conviene mirar cómo vivo, para que salga de este mundo bien probado.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno, que hiciste la tierra como casa de prueba para ejercitar á los hombres que ordenaste para el cielo!, pruébame Tú y ejercítame, previniéndome con tu misericordia, para que te obedezca de manera, que el día del juicio me apruebes y admitas en tu reino. ¡Oh Juez soberano!, envía los relámpagos de tus divinas inspiraciones sobre la tierra de mi alma, para que contemplando lo que ha de pasar en tu juicio, tiemble y se estremezca y mude la vida para que Tú mudes la sentencia. Muda mi corazón con tu mano derecha para que en aquel día no me pongas á la izquierda. Cuando vinieres á juzgar no me quieras condenar. Perdóneme ahora tu misericordia, para que entonces no me condene tu justicia.

Propósito.—Examinarme cada día con el rigor con que seré examinado por Cristo N. S. en el día del juicio universal.

30 DE NOVIEMBRE

NOVENA EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN SANTISIMA

Sobre la predestinación de María santísima.

Preludios.—Imagínate á Dios reinando en la eternidad, antes que existieran el universo y el tiempo, y predestinando á María santísima, para ser Madre de su eterno Hijo y Reina de cielos y tierra. Pide al Señor luz para comprender algo de este misterio, y sobre todo para aprovechar su conocimiento en el negocio de tu salvación.

PUNTO I

La Virgen santísima fué predestinada antes que todas las criaturas.

Considera que es opinión de grandes teólogos que María aun antes de la previsión absoluta por Dios del pecado original, fué predestinada y elegida para ser Madre del Verbo humanado. Considerada así la especial predestinación de María, lleva consigo tres privilegios, que son tres incomparables ventajas sobre las demás criaturas.

La primera ventaja es que fué predestinada antes que toda criatura, sea humana, sea angélica, y que en la mente y en el corazón de Dios ocupó el primer lugar desde toda la eternidad. ¿No oyes cómo ella se gloría de esa asombrosa prerogativa diciendo: "*Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam.*" En esa admirable página del libro del *Eclesiástico* verás cómo en sublime lenguaje dice la misma Virgen que el Señor ya la poseía en el principio de todos sus caminos, antes que crease cosa alguna y antes que la tierra se fundase, y que aún los abismos no eran y ella ya estaba concebida. ¿Cómo? Concebida en la mente y en el amor de Dios. Y estas y semejantes palabras que la Escritura dice de la eterna sabidu-

ría que es el mismo Dios y que los Padres y la Iglesia aplican á María, ó nada dicen y nada prueban ó prueban que en realidad en ese misterio insondable del amor ó de la justicia de Dios que se llama predestinación, María ocupa el primer lugar entre todas las puras criaturas, y que ella puede decir: *Primogenita ante omnem creaturam.* Fuí predestinada á la gloria antes que toda criatura.

Y si es una verdad de que no duda un momento ni nuestra fe ni nuestro amor, que María supera en perfección, con exceso casi infinito, la bondad y perfección de las criaturas todas, ¿cómo no conceder que ella tuvo el primer puesto en la previsión divina y en el corazón de Dios, que es tan justo apreciador del mérito y tan apasionado amante de la virtud y la perfección? Por eso, ante todas cosas, está Dios eternamente absorto en la contemplación de su propio ser, porque El es el único y eterno é indeficiente sol de toda hermosura y océano sin límites ni riberas de toda perfección. Pero al pasar de la contemplación de sí mismo á la de las criaturas ¿no había de fijar su vista ante todo en la más digna y perfecta, en la que mejor refleja sus perfecciones, en la que es, según el mismo Dios, blancura de la lumbre eterna y espejo sin mancha de la eterna bondad? Y ¿cómo negar que el orden del amor divino pide que, como Dios se ama á sí mismo más que á las criaturas, porque es el bien sumo, así ame á los demás seres según más ó menos participen de la bondad de Dios, fuente inagotable adonde todas las criaturas van á saciar la sed de hermosura y de felicidad que á todos nos atormenta y de la que nadie ha participado tanto como María?

Pondera, si no, una doctrina de san Agustín, que arroja luz admirable sobre estos profundos misterios. Pone este santo en la mente de Dios ideas ó conocimientos que él llama matutinos y vespertinos. Son los primeros aquellos con que contempla su mis-

ma esencia ó en ella las criaturas, como en su eterna forma y arquetipo divino, y los segundos aquellos con que ve y conoce los objetos creados en sí mismos directamente y en el ser que tienen fuera de su esencia, á la que finita é imperfectamente imitan. Pues como en el orden físico para hacer suave el tránsito de la luz del sol á la obscuridad de la noche, puso Dios esa luz dulce y tranquila que se llama el crepúsculo de la tarde, esa estrella vespertina que es el paso del sol á las tinieblas, así en cuanto el pobre entendimiento humano puede levantarse á lo más sublime del cielo de lo más hondo de la tierra, podría tal vez decirse que al pasar Dios del conocimiento y contemplación de la eterna claridad de su esencia divina al de la obscuridad y noche de las criaturas, se quiso encontrar cual con dulce y divino crepúsculo con María, como con la primera y más graciosa de las criaturas, como con la estrella de la mañana, que es la primera que aparece en el cielo antes del sol de justicia Cristo-Jesús. ¡Oh! y cómo poder sondear el abismo de grandezas que este privilegio trae consigo.

Además, pondera que Dios N. S. no sólo ama las criaturas por sí mismo, sino que también las ama en sí mismas como en sí mismas las ve, porque en ellas se retrata su ser, como en obscuros espejos de la esencia infinita, y tanto más ama y distingue á una criatura, cuanto más participe del ser y perfección de que El es la fuente inagotable. ¿Y en donde después de la humanidad de Cristo se ve á sí propio el Eterno, mejor que en lo que llama san Agustín idea, forma, imagen, espejo y trasunto de Dios? Todas las criaturas son como ténues riachuelos de ese océano de toda perfección y como átomos de ese ser sin medida y huellas obscuras que nos indican el paso del Criador, y en María, dice el Crisólogo, de tal manera se pinta á sí propio y se retrata Dios, que en cuanto cabe en una pura criatura es espejo, idea é imagen de sus divinos atributos. ¿Quie-

res conocer á Dios? Pues ya que tus ojos no pueden mirar directamente foco tan soberano de luz, velo retratado en María, y ve en ella, no sólo lo que reflejan, necesaria aunque imperfectamente, todos los demás seres, esto es, los atributos absolutos de Dios, sino esas divinas é internas operaciones que aun de ellas es María, *speculum sine macula,* espejo sin mancilla. En ella se retrata aquella generación arcana y misteriosa del Verbo que como en la eternidad nace de Padre Virgen, nace en el tiempo sin dejar de ser Dios de Virgen Madre. Por eso es María fuente sellada, y el sello es el rostro de Dios, en cuyas aguas tranquilas y serenas se retrata y contempla su imagen con gozo sólo superado por el de ver eternamente su imagen substancial en el Verbo, Hijo suyo y de María. Si, pues, ninguna criatura participa de la perfección de Dios como María y Dios en tanto ama á los seres todos en cuanto de El participan, claro es, que ninguno ocupó ni mejor ni anterior lugar en sus divinos decretos que María.

¡Oh Virgen! ¡oh Reina! ¡oh Madre! de cuya hermosura copiaron la suya los cielos y la tierra, el sol y las estrellas, y para quien fué creado cuanto existe, dame luz para admirar tu soberana grandeza y corazón y afecto para amarle como tú, oh Madre mía, mereces ser amada.

PUNTO II

Que la predestinación de María es superior á la de todas las criaturas.

Considera que la segunda prerrogativa de la predestinación de María consiste en que ésta no sea única, como en las demás criaturas, sino que encierra un doble respecto, á cual más maravilloso. El ángel ó el hombre que Dios en su amor predestina, sólo es predestinado á la gracia durante este combate de la vida, y á la gloria después del triunfo, lo que forma,

según el lenguaje de los teólogos, una sola y adecuada predestinación que encierra en sí la gracia, la perseverancia y la recompensa debida á la gracia. En María hay una doble predestinación. La predestinación á la gracia y la gloria, y la predestinación á la maternidad divina. Una que le asemeja á su Hijo natural; otra que le asemeja á sus hijos adoptivos. Por la primera podemos decir, en cierta manera, de la Madre, lo que san Pablo hablando del Hijo: "*Qui praedestinatus est filius Dei*". Jesús es predestinado á ser hijo de Dios, y María á ser Madre de Dios. El uno es predestinado á recibir el ser de Dios; María, no á recibir, sino á dar el ser á Dios. Predestinación del Hijo y de la Madre que tienen entre sí tantas relaciones, que no son iguales; pero la una y la otra son incomparables, puesto que no hay más que Jesús que sea predestinado á recibir el ser de Dios, y no hay más que María que sea predestinada á dar el ser á Dios. Le es imposible al mismo Omnipotente levantar más la naturaleza humana y hacer un hombre que sea más que Dios, y también le es imposible levantar una mujer á que sea más que Madre de Dios. Y estas dos predestinaciones son tan inseparables y se completan tan bien á sí mismas, que forman, no sólo la base del misterio de la Encarnación, sino que son necesarias para la perfecta glorificación de la humanidad. Porque si Jesucristo es la gloria de la naturaleza humana, María lo es de la persona humana. Imposible que la naturaleza humana se eleve más allá que á unirse con la naturaleza divina; pero la personalidad humana no es exaltada, al contrario, desaparece en Jesucristo; y en María la personalidad humana es glorificada cuanto podía serlo. Luego el colmo de la gloria para la naturaleza humana es Jesucristo, hombre-Dios; el colmo de la gloria para la personalidad humana, es María, Madre de Dios.

Y esta predestinación á la divina maternidad hace

que María, no sólo se halle asociada á su Hijo en el eterno decreto de la Encarnación, sino que está asociada además como causa final de la creación, esto es, que no sólo quiere Dios la existencia de María antes de querer la existencia del mundo, sino que quiere la existencia del mundo por Jesús y por María. El mundo es para María, María es para Jesús, Jesús es para Dios. *Christus autem Dei.* Cuando se planta una viña, dice san Francisco de Sales, lo que se pretende es el fruto dorado del racimo, aunque tengan que venir antes los sarmientos secos, las hojas y las flores. Así Jesús y María fueron los primeros en la intención divina, y en consideración de este fruto deseado se plantó la viña del universo, se estableció la serie de muchas generaciones, que, como hojas y como flores, debían preceder y preparar el fruto delicioso que recrea y alegra á Dios y á los hombres. ¡Oh Virgen y madre mía! Gózome de veros tan ensalzada, que hayáis sido escogida desde toda la eternidad para ser madre del mismo de quien sois hija. Y pues con esta dignidad os dan también el ser madre de los pecadores, mostrad ser madre mía en favorecerme para que yo sea también predestinado á la gloria.

PUNTO III

La predestinación de María, causa con Jesucristo de la predestinación de las criaturas.

Para más penetrar estos altísimos misterios, puedes unir á esta predestinación aquella otra que le es común con sus hijos adoptivos, por la que, como ellos, es predestinada á la gloria, pero al más alto grado de gloria que pueda alcanzar una pura criatura. De esta admirable unión de dos predestinaciones, que sólo se encuentra en María, nace la tercera prerrogativa de su eterna predestinación, y es una consecuencia del primer privilegio. Pondera, pues, que María santísima, como primera entre to-

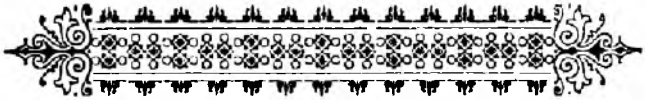
das las puras criaturas en la predestinación, y elegida para la maternidad divina, es modelo de todos los predestinados, y en la predestinación de todos tiene gran parte. Jesucristo, en efecto, según el apóstol san Pablo, es el modelo de todos los predestinados y la causa origen de su predestinación, porque el orden todo de la predestinación está contenido en esas tres palabras del Apóstol: "*Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.*" El nombre de María no se encuentra aquí explícitamente; pero sí lo está sobreentendido, puesto que habiendo relación necesaria entre la Madre y el Hijo, y confundiéndose ambos en un mismo decreto, allí está María donde está su Hijo el Verbo encarnado. Y si ese nombre no salió de la pluma del gran Apóstol, resonó, ciertamente, al hablar de estos profundos misterios en su pensamiento y en su amor. Mira, si no, el sentido completo de las palabras del Apóstol: Cristianos elegidos de Cristo, el mundo es vuestro, pues que no existe sino para vosotros, y vosotros, elegidos de Cristo, existís para El y para su Madre, y El y vosotros y todo existe para Dios, último fin de toda la creación. María, según el lenguaje admirable de un Doctor contemplativo, es el seno universal donde han sido producidos el mundo y la Iglesia; Ella es la que en sí ha encerrado toda la obra de Dios. Hecha participante de su poder, de su sabiduría y de su amor, en una palabra, de todas sus divinas perfecciones, ha sido preparada desde toda la eternidad para ser con El un principio de todas las cosas en Jesucristo, y principio de Jesucristo según la carne; luego si tal unión hay entre el Hijo y la Madre para la obra excelsa de la Encarnación, y Jesucristo es cabeza y modelo de todos los predestinados, síguese que, después de su divino Hijo, María es también modelo de la predestinación, y que nadie como Ella ha tenido tanta parte en la predestinación de los elegidos para la gloria.

Si quieres profundizar más en este misterio, recuerda que la fuente y origen de toda predestinación es Jesucristo, Dios y hombre. Dios sólo ú hombre sólo, no lo podía ser, no pudiendo así haber redención para el linaje humano. Ahora bien: si Jesucristo es Dios por su eterno origen en el seno del Padre, es hombre por su nacimiento temporal en el seno de María. De dos principios saca, pues, la predestinación de los elegidos, del Padre que le comunica la divinidad, de María que le comunica la humanidad, de donde se sigue claramente que María participa con el Padre el privilegio de ser el principio de la predestinación de todos los elegidos. Contempla ahí la base sólida de esa doctrina consoladora que hace de la devoción á María una señal y prenda segura de predestinación. Ya sabes el fundamento de esa verdad tan dulce y gratísima para los hijos de María. Jesucristo es un árbol de vida que produce y adorna sus ramos con todos los frutos de la eternidad. Este árbol gigantesco no tiene sino dos grandes raíces por donde recibe el ser y vigor que le hace tan fecundo. Una de ellas está plantada en el cielo y en el mismo seno de Dios; la otra lo está en la tierra y en el seno de María, y ambas le son tan necesarias, para ser lo que es, es decir, Salvador del mundo y de los hombres. Si le arrancáis del seno del Padre Eterno de modo que ya no reciba su divina vida, no será sino un hombre débil, y por tanto incapaz de salvar al hombre; y si le arrancáis del seno de su Madre, será sólo Dios, incapaz de sufrir y merecer por el hombre. Mas dejadle vivir con las dos vidas, dejadle esas dos raíces, y será un árbol de hermosura y fecundidad admirables. Tendrá con qué sufrir y morir porque es hombre, y tendrá con qué dar una dignidad y valor infinito á sus méritos porque es Dios. Mira, pues, el fundamento del privilegio singular de la predestinación de María. Ella es con su Hijo y por su Hijo, uno de los principios que concurren á nuestra predestina-

ción, puesto que como es absolutamente imposible á Jesucristo el determinar la predestinación de uno sólo sin el concurso de su Eterno Padre, así le es también sin el de María, puesto que sin ella no sería hombre ni por consiguiente Salvador y Redentor de los hombres.

Coloquio.—Qué cosas tan admirables se nos han dicho de ti, ¡oh Virgen santísima!, estrella de la mañana de la eternidad, aurora purísima que precediste el sol de nuestra salud y vida, Cristo Jesús. Escogióte Dios, antes que nada fuese hecho, para ser Madre de su Hijo y para eso te hizo la primera, la más bella, noble, digna y elevada de todas las criaturas. Gózome, Madre mía, cuanto puedo en tu gloria y grandezas y por ellas te pido limpies mi alma de toda culpa y la adornes de virtudes para que merezca ser copia, aunque imperfectísima, de la hermosura de tu alma.

Propósitos.—Meditar mucho en las glorias de María para que crezcan en tu mente la idea y en tu corazón el amor á tan excelsa Señora.



MES DE DICIEMBRE

DÍA PRIMERO

Sobre la abundancia de gracia con que Dios enriqueció á María santísima.

Preludios.—Imagínate la gracia divina como un torrente de aguas purísimas que rompe sus diques derramándose impetuosamente, y al alma de la Virgen como al cauce de oro que recoge en sí ese torrente, represado desde toda la eternidad, y pide, por intercesión de la Virgen inmaculada, que te conceda siempre Dios N. S. el precioso don de la gracia santificante.

PUNTO I

Qué cosa sea la gracia.

Considera que, hablando en general, gracia es todo favor que Dios nos hace, y, en este sentido, la multitud innumerable de beneficios que estamos recibiendo en todos los momentos de nuestra vida, son otras tantas gracias que Dios nos dispensa. Pero, hablando en particular, gracia es un don sobrenatural que Dios nos concede para llevar á cabo la obra de nuestra santificación. Esta gracia puede ser auxiliante y santificante. La gracia auxiliante se llama así, porque auxilia ó ayuda al alma para que haga buenas obras, disponiéndola para la santidad. Las gracias auxiliantes pueden ser exteriores, como los buenos ejemplos, las conversaciones, compañías y lecturas buenas, la predicación de la divina palabra, y mil otros medios externos de que se vale Dios para exci-

tarnos y movernos á la conversión y á la virtud. Gracias interiores son cuantos impulsos ó golpes sentimos dentro de nuestra alma, temores, avisos, inspiraciones, movimientos inesperados de amor de Dios, pensamientos y deseos santos. Todas estas gracias auxiliantes, ó que nos excitan y mueven hacia el bien sobrenaturalmente, son unos caritativos llamamientos del Señor, á los que debemos corresponder con fidelidad, porque la perdición de los que se condenan, regularmente comienza por no haber respondido fielmente á ellos. En cambio, su buena correspondencia dispone al alma para la santidad ó su aumento, esto es, para la gracia santificante.

Esta es ya la santidad del alma, y lo que particularísimamente se significa con la palabra gracia; porque la gracia santificante es la gracia por excelencia, la gracia de las gracias, aquel don superior á todos los dones, y sin el cual todos los demás son perdidos, porque sin la gracia santificante no hay salvación para el hombre. Es un ser sobrenatural, un segundo ser que da Dios al alma, muy superior al que le dió cuando la crió. Es, como dice el Catecismo, "un ser divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo„. Ser divino, no porque sea una parte de la divinidad, sino porque es un ser tan excelente, que nada hay en todo lo criado que se asemeje más á la divinidad ni participe más de la naturaleza divina.

La gracia es, pues, un don altísimo, una cualidad inestimable que infunde Dios al alma ó á otra criatura intelectual, con que la levanta á un estado sobrenatural y grado divino, la ensalza sobre todo ser y perfección natural, y hace á quien la posee participante, por un modo admirable, de la naturaleza misma de Dios en un grado supremo, endiosando al alma, haciéndola imágen de Dios, agradable á Dios y esposa suya, hija y amiga queridísima; habitando en ella con particular presencia el Espíritu Santo, enriqueciéndola con sus dones, dotándola de todas las

virtudes sobrenaturales, hermoseándola con admirables resplandores de santidad, y concediéndole derecho legítimo á la gloria de la que es semilla la gracia. De tal modo y tan íntima y estrechamente une la gracia al alma con Dios, que así como el hierro introducido en el fuego y penetrado de él participa de sus propiedades y parece fuego y no hierro, del mismo modo, y en cuanto la comparación material es posible, el alma que por la gracia se une con Dios, se asemeja á Dios.

Es, en fin, la gracia superior á toda la naturaleza, superior á todo el universo, vale más que el mismo cielo, y es tan grata á Dios, que sin ella ni los dones más extraordinarios, ni la fe, ni la esperanza, ni las demás virtudes tienen mérito en su divina presencia. Santifica al alma que la posee, haciéndola hermana de los ángeles, fortificándola para el bien y dándole derecho legítimo al reino de los cielos. ¡Oh don sobre todo don, para mí más precioso que todas las riquezas y tesoros del mundo! Si hasta ahora no te he estimado como mereces, en adelante serás para mi corazón objeto de todos los deseos, y conservarte y amarte será la única aspiración de mi vida.

PUNTO II

La gracia en María santísima desde su concepción inmaculada.

Considera que siendo la gracia la santidad de alma, y pudiendo poseerse diversos grados de ella, es indudable que será más santa el alma que más gracia posea. De aquí que la criatura más santa que ha habido, hay y habrá es la Virgen santísima, que poseyó desde el primer instante de su purísimo ser tal abundancia de gracia, que nunca ha podido igualarla ni la igualará jamás criatura alguna. Llena de gracia llámala, en nombre de Dios, san Gabriel. Considera la profundidad de esas misteriosas pala-

bras. Porque si un solo grado de gracia vale más que todas las riquezas y más que el mismo mundo, ¿cuál no será la extraordinaria riqueza del alma de María santísima, siendo *llena* de gracia? No hay entendimiento criado que debidamente pueda comprenderlo.

Pondera la primera razón de esta plenitud de gracia de María, que es el fin para que Dios la destinó. Porque es propio del Señor el distribuir sus dones á proporción de los cargos para que destina á sus criaturas, ¿qué gracias, pues, no daría á María santísima, destinada á ser Madre suya? Pues es tal la excelencia de la Madre de Dios, que sólo Dios que cuenta las estrellas del cielo y las arenas del mar, sabe los grados de gracia que corresponden á la dignidad de una mujer que había de ser templo vivo de Dios, palacio en que habitase nueve meses el Verbo humanado y que había de dar la vida temporal al que es hijo desde la eternidad del Eterno Padre. Determinada la altura de una columna, saben luego determinar los arquitectos qué base debe tener. ¿Y quién puede considerar la alteza y dignidad de la maternidad divina? ¿Quién, pues, comprender la gracia y la santidad que debe servirle de base? Destinando Dios á la Virgen para Madre del Verbo divino, era razón que, en cuanto lo permitiese el ser de una pura criatura, María fuese en todo semejante á Cristo. Entre Cristo y su Madre fué menester alguna proporciór de santidad y de gracia semejante, si no igual. Además, Dios N. S. la destinaba, no sólo á ser Madre de Cristo, sino Madre y reina de todos los escogidos, y convenía que en este sentido y como restauradora de los males causados por Eva, gozase de cierta preeminencia, y que á proporción de esta preeminencia la enriqueciese Dios con su gracia, de la que había de ser canal para todos los hombres: por eso, así como al formar el mar quiso que allí concurriesen todos los ríos, así al formar á María quiso que se reuniesen en

su corazón todas las virtudes que están en las demás criaturas, pero en mucho más alto grado.

Además, considera que la gracia de todos los santos y aun la de todos los ángeles no sale nunca de los límites de gracia de siervos y de esclavos, mientras que la gracia de María es gracia de Reina y Señora de los hombres y de Madre de Dios. Pondera, también, que para que Dios escogiese á María para Madre suya, era preciso que le fuese más grata y amable que todas las criaturas juntas, ¿y qué es lo que nos hace agradables á Dios más que la gracia, cuya medida es la medida del amor de Dios á las almas?

Por mucho que meditemos no llegaremos nunca á formar un juicio aproximado de las excelencias del mar de gracia que el Eterno derramó en el alma de la Virgen. ¡Un Dios que enriquece á su Madre, y la enriquece para satisfacer el amor que la tiene, y la enriquece para pagar aquella deuda suma de su naturaleza humana y que hace de ella la obra más admirable del mundo sobrenatural y en ella reune todos los dones y privilegios que se hallan esparcidos en todas las criaturas; pero de un modo incomparablemente más rico y perfecto, como convenía á su dignidad! Por eso debemos pensar y creer que la gracia que María recibió ya desde su Concepción fué tal, que Ella sola poseyó más gracia que jamás ha poseído en la cumbre de la santidad, no sólo ningún santo en la tierra, sino todos los santos y los ángeles juntos en el cielo.

Pondera ahora cuánto acrecentó la Virgen durante su vida aquella primera gracia. No hay cifras en la tierra para expresar esos maravillosos aumentos, si no se entra en la mente divina á buscar las que allí tiene ocultas Dios N. S., porque aquella primera gracia tan inmensa la fué aumentando después la Virgen con mayor velocidad que la de la luz del sol al difundirse por los confines del mundo. Porque considera que estando la santísima Virgen libre de todo

incentivo de pecado, volaba sin oposición ninguna, y con increible rapidez, á tales alturas de santidad y perfección que solo á María le ha sido dado llegar. Aun suponiendo que María no hubiera recibido más que un grado de gracia en el primer instante de su inmaculada Concepción, con todo esto, sólo en un día habría llegado á una riqueza tan inexplicable, que aun los mismos entendimientos de los serafines tratarían en balde de medirla. ¿Qué será si pensamos, como así es en realidad, que la primera gracia que recibió la Virgen sobrepujó inmensamente á la última del más alto entre los espíritus angélicos, y que aquella primera gracia tan inmensa la fué ella aumentando rapidísimamente, no sólo en el espacio de un día, sino en el de toda su preciosa vida, advirtiendo, como lo enseñan graves autores, que ni aun durmiendo cesó jamás de merecer? Oh misterios de santidad y de misericordia. Con razón, oh Madre mía, te llamamos Madre de la divina gracia, pues aunque Tú no eres su origen y manantial, es tal la abundancia de ella que hay en tu alma, que tienes para repartir entre todos tus hijos.

PUNTO III

Del sumo cuidado que debemos tener en acrecentar la gracia á imitación de María.

Considera que "una sola cosa es necesaria„, dice el santo Evangelio; y en otro lugar: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?„; sentencias ambas que expresan que el hombre ha sido criado sólo para salvarse, que ese es su último fin, y que si no lo consigue, lo pierde todo. Pues bien, considera que sin la gracia santificante, todos los demás dones son perdidos, porque sin esa gracia, ningún hombre puede salvarse. Mira cuán necesaria nos es, que todo el fervor con que la pidamos á nuestro Señor será poco, y que poco será asimismo todo el cuidado é interés que pongamos en conservarla y

acrecentarla, una vez recibida. ¿De qué nos servirá á la hora de la muerte haber sido los dueños y dominadores del mundo, y haber poseído y poseer aun en aquel instante todos los demás dones, gracias y virtudes, si no tenemos la gracia de Dios? Sin ella todo lo perderemos, y, lo que es peor, nos perderemos nosotros mismos para siempre, irremisiblemente. Y sabiendo todo esto, como lo sabemos, ¿cómo no procuramos vivir de modo que jamás nos pongamos á riesgo de perder, por el pecado, la gracia santificante? ¿Cómo no procuramos conservar y aumentar el divino tesoro de la gracia una vez adquirido, para tener una relativa seguridad de poseerlo á la hora de la muerte, ya que la muerte es, ordinariamente, según ha sido la vida?

Haz, pues, altísimo aprecio de este don divino, por lo que es en sí y por lo que perdemos al perderle. Piérdese con la gracia santificante un ser divino que levanta al hombre sobre toda la naturaleza; piérdese la caridad, reina de todas las virtudes; piérdense juntamente todas cuantas virtudes sobrenaturales se infunden con la gracia, excepto la fe y la esperanza, y tal puede ser el pecado, que aun estas se pierdan; piérdense los dones del Espíritu Santo; piérdese el mismo Espíritu Santo; piérdese el ser hijo de Dios, el ser su amigo; piérdese el derecho al reino de los cielos; piérdese la vida del alma; piérdese el hacer obras merecedoras de la gloria; piérdense todos los merecimientos hechos; piérdese toda la gracia recibida en los sacramentos; piérdense innumerables riquezas espirituales; piérdese, en fin, á Dios, y con Dios todo lo más que se puede perder.

Considera, por último, que cuatro son las disposiciones que debe haber en nuestra alma para alcanzar la gracia: fe firmísima, santo temor de Dios, esperanza en su misericordia y verdadero dolor de nuestros pecados. Mas no basta conseguir la gracia, sino que es menester aumentarla constantemente. Esto se

consigue con la penitencia y santa vida, sirviendo y amando á Dios con todo fervor y diligencia; procurando gran pureza de intención y de conciencia y evitando todo pecado y ocasión de pecar, y prefiriendo perderlo todo, absolutamente todo, antes que perder este don divino, que debe valer para nosotros más que la misma vida.

Coloquio.—¡Oh Virgen purísima, Madre de Dios, Reina de todo lo criado, levantada sobre todos los cortesanos del cielo y más resplandeciente y pura que los rayos del sol! Vos sois más gloriosa que los querubines, más santa que los serafines, y, sin comparación, más sublime y aventajada en gracia que todos los ejércitos del cielo. Vos sois la esperanza de los patriarcas, la gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, honra de los mártires, alegría de los santos, ornamento de las sagradas jerarquías, corona de las vírgenes, inaccesible por vuestra inmensa caridad, Princesa de todos, guía de todos y doncella sacratísima; por Vos somos reconciliados á Cristo mi Señor. Guardadme debajo de vuestras alas, apiadaos de mí; Reina y Madre de la gracia, hacedme partícipe de las riquezas inmensas que atesoráis, para que por vuestra mediación logre gozar en el cielo de la vista de vuestro Hijo.

Propósitos.—Estimar más un grado de gracia que todos los tesoros de la tierra.

2 DE DICIEMBRE

De la pureza sin mancha de María santísima.

Preludios.—Imagínate escuchar aquel sublime cántico reservado en el cielo á las vírgenes, del que nos habla el *Apocalipsis*, y pide al Señor, por intercesión de María santísima, que te haga puro y limpio de corazón.

PUNTO I

De cuán sublime y excelente es la virtud de la pureza.

Considera que no en balde se ha comparado esta preciosa virtud de la pureza, con la inmaculada blan-

cura de la nieve, que no puede tocar cuerpo alguno extraño sin que quede más ó menos manchada; y también con un clarísimo y limpísimo espejo, que empaña el menor soplo ó hálito. Por eso la ley evangélica prohibe en esta materia no sólo las palabras, las obras, los pensamientos y los deseos impuros, sino también las cosas que provocan á la impureza, vicio ó pecado de los más opuestos al carácter y vocación del cristiano.

En vista de la gran estimación en que el Señor tiene á la pureza de alma y de cuerpo, no es de admirar que la hayan profesado un número casi infinito de almas santísimas, ni que los Santos Padres hayan apurado su elocuencia en alabarla. San Cipriano la llama "flor de los frutos de la Iglesia, decoro y adorno de las gracias del espíritu, delicia de la naturaleza, obra perfecta é incorrupta del honor y la alabanza é imagen de Dios en que reverbera su inmensa santidad„. "¡Oh, cuánta es, exclama san Ambrosio, la gracia de la virginidad, que mereció ser escogida para templo corporal de Dios, en el que habitase la plenitud de la divinidad!„ "La virginidad, dice en otro lugar, elevándose sobre la condición de la naturaleza humana, hace á los hombres semejantes á los ángeles, y aun es mayor la victoria de las almas vírgenes que la de los ángeles, porque éstos viven sin carne, y aquéllas triunfan en la carne„. Tal es la excelencia de la virginidad, de esta celestial virtud tan perseguida del mundo, tan estimada de las almas puras, tan apreciada de la Iglesia, tan admirada de los ángeles, tan amada de Jesucristo y tan agradable á Dios, que sólo se manifiesta á los limpios de corazón.

PUNTO II

De la pureza y virginidad de nuestra Señora.

Considera que fuera de Dios, nada hay tan puro ni en los cielos ni en la tierra como María. Su pureza

está sobre la de los mismos ángeles que asisten al Trono del Señor, sobre la pureza de los serafines que se abrasan en la hoguera de la divinidad, sobre la pureza de la luz de los cielos, de la nieve y de todas las más puras criaturas. El Dios de la pureza no había de encarnar sino en el seno de la pureza, ni vivir encerrado nueve meses sino en el santuario de la virginidad, ni tener una Madre temporal que no fuese Virgen y si una Virgen paría, tenía que dar á luz á todo un Dios. Es verdad que para esto fué necesario trastornar las leyes más constantes de la naturaleza y multiplicar los portentos. Mas si era conveniente y decoroso y podía Dios hacerlo, no se puede decir que no lo hizo. Que convenía, es indudable, porque era El, Dios de la pureza, la santidad infinita, la que debía habitar en las entrañas de aquella Mujer; y que podía, es igualmente indudable, porque es omnipotente; y el que una Virgen diese á luz al que es lirio de los eternos collados y cordero inmaculado que se apacienta de azucenas, no encierra intrínseca contradicción: luego, si podía y convenía, lo hizo. Todas las razones que puedas meditar para probar que María fué purísima, limpísima y sin mancha alguna y que fué Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, se reducen á esta: "Dios se formó una Madre para sí, y esta Madre es María". Con esto está dicho todo. Porque todo lo que se añada á esto es innecesario. El que sepa que María fué escogida y predestinada entre todas las mujeres para ser Madre de Dios, no necesita más para saber que fué virgen, inmaculada y purísima: purísima en su Concepción, purísima en su niñez, purísima como doncella, como esposa y como Madre; purísima en la vida y purísima en la muerte; purísima en sus deseos, purísima en sus pensamientos, purísima en todas sus acciones y palabras, purísima en su alma.

Considera, en efecto, que si un excelente é inspiradísimo pintor hubiese de representar en el lienzo la

imagen de una mujer, tal y conforme él la deseara para esposa suya; si se le dijese: "Tan hermosa y tan pura como hagas la imagen se te dará la realidad„, dime, ¿perdonaría diligencia, invención ni industria para hacerla sin mancha alguna? ¡Qué lindeza de rostro, qué majestad, qué expresión tan divina procuraría darle! Pues si tan pura y sin mancha haría aquella imagen un pintor humano, ¿cuán pura y hermosa, pues que en el orden moral la hermosura es la pureza, no haría el Verbo eterno á aquella mujer que había de ser su Esposa y su Madre, pudiendo El sólo entre todos delinearla y formarla á su gusto? Si al santo rey David parecía poquísimo haber acumulado montes de plata y oro para la construcción de un templo material, ¿qué deberemos pensar de los tesoros que Dios empleó en fabricar para sí mismo un templo vivo en la persona de la Virgen? Quiso fabricarse un palacio que superase en dignidad y perfección al templo que David ideaba, cuanto la verdad excede á la figura; un palacio en el cual Dios quería habitar personalmente por espacio de nueve meses. Ahora bien, ¿quién sino Dios, puede saber qué abundancia de riquezas de gracia fué menester para engalanar con magnificencia celestialmente suntuosa esta augusta morada de la Divinidad? La pureza de María tiene su base, como todos sus privilegios, en la maternidad divina, que es el puesto más sublime á que puede ascender una pura criatura; porque es una suma conjunción de ésta con el Bien Sumo, y es una cercanía tan grande á aquel Dios que dista de todas las criaturas infinitamente, que santo Tomás no la supo explicar con otros términos que con decir, "que esta maternidad toca de muy cerca con su operación en los límites de la Divinidad„. Es, pues, el augustísimo título de Madre de Dios un abismo de perfección, y de ese abismo, como de indeficiente é inexhausto venero, manan en la Virgen tantas honras y privilegios, que son inenarrables. Porque como la

filiación natural de Dios es el manantial de todas las honras extraordinarias que se le deben á Cristo, así la maternidad natural de Dios es el manantial de todas las honras extraordinarias que se le deben á María.

Pues entre todas esas perfecciones, honras y privilegios, ninguno tan apreciado por María como el de ser purísima y sin mancilla, privilegio aún más estimado de ella que el de la maternidad divina. La constante voluntad de conservar siempre la integridad del cuerpo, en que consiste la esencia de la virginidad, era por excelencia la virtud de María. ¿Quién, sino ella, confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudita y llena de oprobio en el Antiguo Testamento, la virginidad; y ¿quién la levantó de tanto abatimiento, ensalzándola, glorificándola y haciéndola triunfar del mundo y de la carne en esa innumerable multitud de vírgenes que son uno de los más bellos ornamentos de la Iglesia, sino la purísima azucena de Nazaret? Y cuando el arcángel san Gabriel fué á anunciarla, de parte del Altísimo, que sería Madre del Verbo eterno, sabido es que la Virgen no dió su consentimiento sino después de asegurarla que aquel prodigio se verificaría por la virtud del Espíritu Santo, esto es, sin detrimento alguno de su virginidad, y por un medio singular é incomprensible de la omnipotencia de Dios altísimo, que la haría fecunda sin que dejara de ser virgen. San Ambrosio dice, "que tan abundante era en la Señora la gracia de la virginidad, que no solamente la llenaba de hermosura, pureza y santidad, sino que sólo su vista confería el don de la castidad á cuantos la visitaban„; y Gersón expresa, "que su fisonomía era tan modesta, majestuosa y angelical, que en cuantos la veían imprimía profundo respeto hacia su persona, y afecto muy subido á la pureza„. Y ¿cuántos y cuántas no han experimentado que sólo el

pensar en Ella, el mirar alguna de sus imágenes, el pronunciar su nombre ó recurrir á Ella de cualquiera otra manera, disipa las tentaciones y reprime los movimientos contrarios á la castidad? ¡Oh virginidad de María, cuán admirable eres! ¡Oh Madre, oh virgen singularísima! cuán cierto es que comparados con Vos los mismos astros y los mismos ángeles del cielo, aparecen manchados á los divinos ojos. Imprime en mi corazón de hijo tuyo, amor sincero á esa preciosa virtud, para que en ella y por ella merezca ser verdadero hijo tuyo.

PUNTO III

Del sumo cuidado que debemos poner en conservar la pureza.

Nada hay que eleve tanto al hombre como la pureza, ni nada que le envilezca, degrade y mancille como el vicio contrario. Tanto es lo que eleva al alma que casi le hace cambiar de naturaleza, asemejándonos á los ángeles, pero con esta diferencia; que la pureza en los ángeles carece de merecimiento, porque es propio de su naturaleza el ser puros, pues carecen de cuerpo, mientras que el hombre, para ser puro, tiene que triunfar de sí mismo, triunfo meritísimo á los ojos de Dios y que tiene preparadas en el cielo palmas y coronas de extraordinaria gloria. En cambio, la impureza le degrada tanto, que le hace semejante á las bestias y á los demonios.

Esto sólo debe hacernos evitar con sumo cuidado toda falta en esta materia, y toda ocasión. Si queréis conservar la castidad, dice san Francisco de Sales, huid todas las ocasiones de perderla. Y en otro lugar dice: La impureza es más fácil de evitar que de corregir: en esta materia, el más ligero principio acarrea fatales consecuencias.

La impureza, además, profana el cuerpo del deshonesto, mancha la honra y la estimación; á ella sola se aplica el nombre de pecado feo, y lo es tanto, que

las almas verdaderamente puras ni le nombran, pues así lo manda el apóstol san Pablo, ni pueden oirle nombrar sin sonrojo y vergüenza: disminuye la robustez y las fuerzas, y muchas veces llega hasta destruir la salud y abreviar la vida, y, sobre todo, estraga y corrompe el alma, mal incomparablemente más funesto que todos los del mundo. Estragado el corazón por la impureza, fácilmente se apodera del entendimiento el error, y se trastorna la razón: no hay pasión que sumerja al hombre en más profundas tinieblas ni que le arrastre á mayores desórdenes.

Desea, pues, de todo corazón y procura con verdadero empeño ser limpio, puro y casto en todos tus pensamientos y deseos, palabras y acciones, y evita los más remotos peligros y las más ligeras faltas contra la preciosa virtud de la pureza, y defiéndela como flor preciosa con las espinas de la mortificación del corazón y de los sentidos, y con la penitencia exterior, pues es imposible ser casto sin ser devoto y mortificado. Imita al armiño, de quien se cuenta que cuando huyendo perseguido en la caza encuentra un lodazal que amenaza manchar su inmaculada blancura, se para, se repliega, retrocede y espera y sufre la muerte antes que manchar con el cieno su blancura.

Sé hijo digno del Dios de la pureza que no quiso nacer sino de Madre virgen, ni tener un precursor que no estuviese adornado de este don excelso, ni un padre adoptivo que no conservase siempre la virginidad, ni un discípulo á quien permitiese reclinarse sobre su pecho que no fuese purísimo; de un Dios, en fin, que si ha de formar en el cielo un coro privilegiado que le acompañe y siga por dondequiera que vaya, ha de componerse de millares de vírgenes que canten un cántico nuevo y sublime que no podrán cantar los demás bienaventurados, ni aun los mismos ángeles.

Coloquio —¿Qué haré yo, miserable mortal, tan débil, tan flaco, tan rodeado de peligros por parte

del mundo, del demonio y de la carne; qué haré yo, Dios mío, sino recurrir á Ti en demanda de auxilio y fortaleza que me haga triunfar de tan rudos y continuos asaltos? ¡Yo bien conozco que por mí nada puedo, y que caeré cuantas veces sea tentado, si Tú no me sostienes: ven en mi ayuda, Señor; te lo pido por aquella purísima y santísima criatura que te ama más que todos los santos juntos, y á quien Tú amas más que á todos ellos porque fué la más pura y santa de todos! ¡Y tú, Virgen inmaculada y bendita que amaste tu pureza y virginidad más que todos los dones y privilegios singulares con que te enriqueció el Altísimo, hazme casto, puro y limpio de corazón, para que agrade al Dios de la pureza y consiga algún día alabarle contigo en el cielo!

Propósitos.—Huir como de la peste de todo cuanto pueda mancillar la pureza de tu alma ó de tu cuerpo.

3 DE DICIEMBRE

De la incomparable hermosura de María santísima.

Preludios.—**Imagínate á la santísima Virgen, viva y gloriosa, ascendiendo á los cielos circundada de vivísimos rayos de luz, de gloria y de innumerables ángeles que entonan himnos triunfales, y pide á la celestial Señora, la gracia de adornar tu alma con todas las virtudes cristianas, para hacerla verdaderamente hermosa á los ojos de Dios.**

PUNTO I

De las diferentes clases de belleza, y cuál de ellas sea la más excelente.

Considera que la hermosura es de suyo tan amable que no hay hombre alguno que al contemplar un objeto verdaderamente bello, no se sienta atraido hacia él é inclinado á amarle con mayor ó menor fuerza, según sea mayor ó menor el conocimiento que tenga de su belleza. No puede darse de esto otra razón sino que Dios ha dotado á nuestra alma de una tal disposición ó inclinación hacia todo lo hermoso, que tan

pronto como nos encontramos en presencia de un objeto bello y contemplamos claramente su belleza, se despierta en nuestra alma, sin que nosotros podamos evitarlo, el amor hacia aquel objeto, acompañado del gozo que es inseparable del amor.

Entiéndase que sólo el amor de lo *verdaderamente* bello merece el nombre de amor, porque "lo que no es bello, decía san Agustín, tampoco puede ser amado; el amor es concupiscencia cuando no se funda en la belleza verdadera, porque en esto cabalmente se diferencia el amor perfecto, que es el único que merece el nombre de amor, del amor imperfecto; en que el primero se va tras la belleza y el segundo busca lo útil„. Así, pues, cuando hablamos del amor que en nosotros despierta la belleza, entiéndase que hablamos del amor perfecto. Porque así como existen dos clases de seres, corpóreos y espirituales, así también existen dos clases de belleza; la belleza ó hermosura es, pues, un atributo, común á las cosas materiales y á las inmateriales, pero en las últimas se muestra en un grado mucho más elevado, porque éstas por su propia naturaleza, son mucho más perfectas ó excelentes que las materiales y corpóreas.

La belleza de los seres corpóreos, según san Agustín, es "la congruencia ó conformidad de las partes, acompañada de cierta suavidad de color„. En la belleza espiritual se pueden distinguir dos especies: la puramente intelectual, que consiste en la luz y claridad de la verdad, y la moral, que es la belleza de la bondad, y consiste en "la conformidad de los actos de los seres libres con las reglas inmutables y eternas del orden moral„, y esta es, pues, la más alta y excelente belleza.

Bello es lo semejante á Dios, lo que nos lleva á Dios, lo que nos habla de Dios; y por eso el pecado, ó lo que nos lleva al pecado, que es negación de Dios, y, por consiguiente, de la belleza, es esencialmente feo y en nada, moralmente malo, puede haber verdadera

belleza. Las criaturas son más bellas á medida que ostentan con más claridad las huellas del ser divino y cuanto más se asemejan á Dios, belleza absoluta. El hombre es la obra maestra de Dios, pero la hermosura de su alma es inmensamente superior á la de su cuerpo, y la principal belleza del alma es la bondad. La belleza del alma es, pues, *la virtud*. Esta es la más excelente belleza, el más valioso adorno, la más excelsa hermosura de la criatura racional, que puede elevar al hombre á un grado inconcebible de belleza moral, igual á la de los mismos ángeles. Fija en tu mente estas ideas que purifican y elevan el alma y por ellas aprenderás á despreciar todo lo que los hombres llaman hermoso, si eso no te sirve para llevar tu corazón á Dios, manantial de toda hermosura.

PUNTO II

Hermosura del alma de María.

Considera que ni los espíritus angélicos alcanzarían á bosquejarnos la belleza incomparable de María santísima, pero se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los "Cantares„: "Eres toda hermosa, amiga mía y no hay mancha en ti„. Esta palabra "toda„ expresa, según santo Tomás, una especie de infinidad, y así, decirnos que María es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza posible en una pura criatura, y que no hay en María, ni imperfección alguna, por leve que se considere, ni sombra siquiera de mancha moral. Porque es toda hermosa, cabal y perfecta en su cuerpo y en su alma toda y en todo su ser.

Pondera, en efecto, cómo fué hermosísima en su cuerpo, que estuvo dotado en el más alto grado de todas las cualidades y excelencias propias de la belleza corporal. Los dones naturales fueron depositados por Dios en aquel tesoro purísimo de todas las gra-

cias con la abundancia y profusión que era menester para el fin de aquella dignidad singular á que se ordenaba. ¿Qué armonía, qué proporción y qué gentileza no pondría Dios en aquel sagrado cuerpo que había de ser arca y sagrario del alma más hermosa que, exceptuando la de Jesucristo, había de salir de las divinas manos; en aquel cuerpo que habían de admirar los ángeles y debía arrebatar con su dulzura y suavidad el corazón de los hombres; en aquel cuerpo, en fin, del que había de formarse á su tiempo el Cuerpo de Cristo, y había de ser, durante nueve meses, templo y recámara de la divinidad?

No es, pues, de extrañar, que los pueblos "corriesen á verla y escucharla„, como lo testifica san Ignacio, mártir, ni que al llegar á su presencia san Dionisio Areopagita y mirarla de cerca se quedase como extático y fuera de sí, testificando él mismo con solemne juramento que, á no impedírselo la fe, se hubiera postrado á sus pies para adorarla como á Dios. Mas pondera que la principal hermosura que resplandecía en aquel purísimo cuerpo, dependía del alma purísima que en él moraba; porque el principal elemento de la belleza humana es el alma, manifestándose en el semblante y en todo el exterior, como el sol que se nos deja ver á través de una nube. Claro está que cuanto más hermosos sean en sí ó respectivamente el cuerpo y el alma, más hermoso resultará el compuesto todo, y el alma hermosísima de la santísima Virgen, resplandeciendo en su cuerpo como la luz que irradia al través de un vaso de finísimo alabastro, comunicaba tal encanto, realce y atractivo, tan extraordinaria belleza á aquel hermosísimo rostro, en el que deseaban mirarse los ángeles, que la lengua humana en balde intentaría expresarla.

¡Oh, cuán hermosa, cuán hermosa es el alma, una y mil veces admirable y bendita de María Inmaculada! Considera que si en cualquier alma que esté en gracia mora con particular presencia el Espíritu Santo

enriqueciéndola y hermoseándola con sus dones, ¿qué no sucedería en el alma benditísima de la celestial Señora, océano sin límites ni riberas de todos los dones y encantos sobrenaturales de Dios que hizo de Ella la imagen más perfecta de su hermosura y el espejo sin mancha de su bondad? Llena estaba de la gracia santificante, y enriquecida con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, con todas las virtudes naturales y sobrenaturales; y unos y otras las poseía en último grado. En una palabra: su alma estaba adornada con todas las gracias imaginables en una pura criatura. Deduce de ahí la hermosura del alma de María.

Considera, por último, que si Dios es la belleza absoluta y hace á las criaturas tanto más hermosas cuanto más á ellas se comunica, María sola tiene más grados de belleza que todas las demás criaturas juntas, pues á nadie se ha comunicado tanto como á su madre, que fué el cielo en que nació la belleza increada, y si en el orden sobrenatural la gracia es la hermosura del alma, quien fué llena de gracia debió ser la más hermosa entre todas las criaturas. Además, el amor de Jesús es quien produce la belleza de María, y la belleza de María es quien cautiva el amor de Jesús; María no es bella á los ojos del Verbo, sino porque El la ama, y la belleza que le da amándola, iguala al amor que le tiene. Si conociéramos la medida del amor que le profesa su Hijo divino, conoceríamos también la excelencia de la hermosura que le comunica; no puede ser esta la belleza infinita y esencial de Dios, pero sí toda la conveniente á la Madre de Dios. Y ¿qué entendimiento criado puede comprender cuánta es la belleza y la gracia que conviene á la Madre de Dios?

PUNTO III

De cuánto hemos de procurar la hermosura del alma.

Considera que si no hay cosa más bella que un alma donde habita Dios por su gracia, tampoco hay cosa que debamos buscar con más ahinco que esa misma gracia de Dios que es la única hermosura del alma. La Virgen santísima debía su hermosura sin igual á ser océano inmenso de la gracia de Dios, y si nosotros queremos parecernos á nuestra Madre, debemos buscar con afán esa margarita preciosa de la gracia, que es la joya más rica y más bella del hombre. Con la gracia de Dios no hay cosa más hermosa que el alma; sin ella, nada tan feo ni tan repugnante á los ojos del mismo Dios.

En segundo lugar, la belleza del alma es la virtud, y ésta ha de ser, después de la gracia, la principal belleza que busquemos con afan. "El hombre que quiera ser hermoso, dice Clemente de Alejandría, que adorne lo que en el hombre es más hermoso, es á saber: el espíritu, y añada cada día alguna cosa á su hermosura„. Y en otro lugar dice, hablando de la mujer: "No con los hechizos de falaz artificio ha de adornarse el rostro: queremos enseñarle otro arte: el arte del adorno verdadero. La hermosura interior es la mejor, como ya hemos dicho muchas veces, aquella hermosura con que el Espíritu Santo adorna las almas, derramando en ellas su esplendor; la justicia, la prudencia, la fortaleza, la templanza, el amor á todo lo bueno, y finalmente, el pudor; he aquí los más hermosos colores que jamás se vieron. Sólo el alma recta es, pues, concluye, verdaderamente buena y bella„.

Procura, pues, hacer menos caso de la hermosura y atavíos de tu cuerpo que al fin no es más que un saco de podredumbre y fijarte más en la hermosura del alma que no muere, en esa rectitud del corazón y

de la mente, acomodando todas tus palabras, acciones, pensamientos y deseos á la ley de Dios, y llegarás á ser verdaderamente bueno y, de consiguiente, verdaderamente hermoso, ya que lo más malo que existe, ó sea el pecado, es al par lo más feo; y lo más bueno, ó sea la virtud, lo más hermoso á los ojos de Dios.

Coloquio.—Virgen benditísima, hermosa á semejanza del primer pensamiento de Dios y pura más que la nieve de los eternos collados y que la aurora de la eternidad. Tú, trono glorioso del pacífico Salomón, y vara de la raíz de José, que nunca tuvo nudo de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo N. R.; Tú, Belén, ciudad de pan vivo; Sión santa, alcázar del rey David; ciudad de Dios, de la cual se predican tantas maravillas y alabanzas, lienzo limpísimo y delicadísimo sin arruga ni mancha, y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de tu Hijo. Lirio entre las espinas, verjel cercado, puerta de Oriente cerrada por la cual sólo Dios pudo entrar; fuente sellada de la cual la antigua serpiente en ningún tiempo pudo beber; Tú, Señora, eres más blanca que la azucena, más hermosa que la rosa, más suave que el bálsamo y más dulce que la miel. Tú, fuente del paraíso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo vacío de toda amargura y lleno de toda consolación; Tú, gloria del linaje humano, ornamento del cielo, y singular hermosura de todo lo criado, no me deseches, Señora, no me desprecies, no me vuelvas los ojos; mírame, recógeme, ampárame, para que el Señor me haga de sucio limpio, de pecador justo, de tibio ferviente y devoto por tu purísima Concepción.

Propósitos.—Poner la verdadera belleza, no en las galas pasajeras del cuerpo, sino en los adornos de la gracia de Dios y la virtud.

4 DE DICIEMBRE

Del amor de María santísima á Dios y á los hombres.

Preludios.—Imagínate á María en su encumbrado trono de gloria, y pídele la gracia de ser en esta vida fiel imitador de sus virtudes, para llegar á gozar eternamente en el cielo las delicias del amor divino, y de su dulcísimo amor.

PUNTO I

De la dulzura y excelencia del amor divino.

Considera que no hay cosa más excelente y dulce, ni en la tierra ni en el cielo, que el amor. El amor es la vida del alma, y el alma sin amor es cabalmente como un cuerpo sin alma. Un corazón que no ama es, según el evangelista san Juan, un corazón en brazos de la muerte; *qui non diligit manet in morte.* San Jerónimo y san Buenaventura, colocan entre las cosas imposibles á un alma sin amor; pero todavía puede decirse más: parece que no hay cosa en el mundo, sin exceptuar las inanimadas, que no sea gobernada, poseída y encadenada por el amor. Gran cosa es, pues, el amor: es un placer tan suave, intenso y dulce, que atrae y como que hace violencia al más duro y austero corazón; es el más rico venero de vida y de gozo, y el único capaz de nutrir y henchir de contento, felicidad y delicias el alma, en esta y en la otra vida. Pero ¿reune estas condiciones el amor de las criaturas? ¡Ah, no! El amor, para ser fuente de gozo verdadero, cumplido y lleno, no sólo ha de ser correspondido, sino que no ha de correr riesgo de no serlo. Y ¿qué amor de criatura no correrá este riesgo, ya por la inconstancia propia de las criaturas, ya por la muerte, ese terrible enemigo de los corazones que se aman?

Debe, además, el amor, para ser causa de verdadero y completo gozo, ser puro, desinteresado, hasta

llegar al sacrificio propio, si es preciso; pero el amor de la criatura, de tal modo busca su propio bien más que el bien del amado, que en la generalidad de los casos, más parece egoísmo que amor; debe además, este ser casto, recto, activo, incansable, dulce, suave, tranquilo y sin medida, condiciones todas que sólo reune el amor que Dios nos tiene, y que nunca se dan en el amor de la criatura. ¡Oh, cuán turbulento y angustioso, infeliz y amargo es el amor carnal de las criaturas; cuántos sinsabores y trabajos acarrea, cuántas pérdidas é ignominias! Empiézase á amar un objeto que se cree completamente amable, pero poco á poco se comienzan á descubrir en él defectos é imperfecciones. Sospechas, celos, angustias, persecuciones, odios, enemistades mortales, he aquí el infeliz y detestable cortejo de males que acompaña siempre al amor mundano. Y dado caso que sea amable el objeto, que sea fiel, y agradecido, el temor de perderle, la sola idea de tener que separarse de él un día sin remedio, basta para amargar intensamente el gozo que la posesión actual de su amor produce. ¡Oh, qué espina tan punzadora es esta idea! ¡Qué cuchillo tan cruel para un corazón que ama!

Pues el amor de Dios, y sólo él, no ofrece ninguno de estos inconvenientes y peligros: todo en él es dulce y tranquilo: no va acompañado del riesgo de perderle, ni por inconstancia, muerte, olvido ó ausencia; ni podemos dudar de su intensidad, porque sabemos que el amor de Dios es infinito; ni de su abnegación, porque Jesús derramó toda su sangre preciosísima por nosotros y la volvería á derramar mil y mil veces si preciso fuera; ni de su desinterés, porque nosotros, pobrísimas criaturas, nada podemos darle, y Dios puede y quiere darnos y nos da toda clase de bienes; ni de su fortaleza, constancia y actividad, porque el amor de Jesús no se fatiga, ni se rinde, ni desfallece, ni se cansa. Nada hay, pues, más placentero, dulce, fácil y suave que el amor de Dios; nada

más agradable, pacífico y tranquilo; nada más firme y seguro; nada más cumplido y excelente; nada mejor, ni en la tierra ni en el cielo; nada, en fin, como él, capaz de nutrir de contento y felicidad nuestra alma, en esta vida temporal y en la eterna. ¡Oh Dios, Señor, y Padre nuestro, fuente purísima de infinito amor! ¡Haz que te ame á Ti sobre todas las cosas y sin medida, y á las criaturas sólo por Ti, para que mi amor sea siempre puro y casto, sincero y piadoso, y reine en mi corazón la paz y la verdadera dicha que sólo acompañan al amor puro!

PUNTO II

Del amor recíproco entre Jesús y María, y del que nos tiene á nosotros nuestra dulcísima Madre.

Considera que es la purísima Virgen como un hermoso iris de alianza que se tiende entre el cielo y la tierra uniéndolos, y su Corazón inmaculado como un amoroso lazo que ata y une suave al par que fuertemente el amor á Dios y á las criaturas, porque María ama á Dios y á los hombres inmensamente; á Dios, sobre todas las cosas, incomparablemente más que á todas las cosas, como á su Dios, como á su Padre, Hijo y Esposo, como Dios quiere ser amado; y á las criaturas, como á hechuras que son de su Dios; las ama porque El las ama y como El quiere que se las ame, y por eso estos dos amores en María puede decirse que son uno solo, ya que el amor que á las criaturas tiene se funda solamente en el amor que tiene á Dios. Además, el corazón de la amantísima Madre de Dios y de los hombres es todo caridad y misericordia. Exceptuando el pecado, única cosa que Dios aborrece, no hay cosa que María no ame. Así, pues, no hay cosa, desde la más ínfima y humilde criatura de este bajo suelo, hasta el más encumbrado de los espíritus celestiales, que no sea objeto de las purísimas complacencias, de la ternura y del amor de la santísima Virgen.

Viniendo á tratar del amor que la Virgen santísima tiene á su Dios, ¿qué entendimiento humano ni angélico podrá medirlo, ni qué lengua expresarlo? Con tres clases de amor, que venían á ser en Ella uno solo, componiendo un solo vínculo indisoluble, amaba á Dios la santísima Virgen. Como Madre, amábale con un amor natural, pero muchísimo más ardiente y perfecto que el que las otras madres tienen á sus hijos. El de éstas adolece, por lo regular, de algunas imperfecciones; que en el de María no se hallan: el de aquéllas suele estar dividido entre varios hijos; en el de María no hay divisiones, y es todo entero para Jesús. En las otras madres suelen darse motivos por los que en ellas se entibia el amor natural, ya porque los hijos adolecen de imperfecciones, más ó menos graves, algunas de las cuales dan lugar, si no á que desaparezca enteramente el amor de sus madres, por lo menos á que se amortigüe notablemente, pero en Jesús no había ni podía haber cosa alguna que no aumentase el amor de su Madre, que no le inflamase y elevase hasta lo infinito, porque Jesús era el más amable de los hijos, y más que todos los de todas las madres juntas, hermosísimo y perfectísimo en su cuerpo y en su alma. Además, no olvides que la Virgen es en realidad Madre de un Hombre-Dios: en calidad de madre natural de un hombre, su amor natural le es común con el de las otras madres, aunque muchísimo más grande y perfecto; pero en calidad de Madre del Hijo de Dios, su amor natural de madre le es común con el del Padre Eterno, pues está fundado en la divina maternidad, que los Santos Padres llaman atrevidamente una admirable participación de la fecundidad de Dios. ¡Oh amor de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de las otras madres!

Pondera que amaba también á Dios la santísima Virgen con amor sobrenatural. Este amor no es más que la caridad que Dios derrama en nuestras almas

por medio del Espíritu Santo, y como ninguna otra pura criatura estuvo ni estará jamás tan llena del Espíritu Santo como María, de aquí el que ninguna otra la haya igualado ni la igualará jamás, ni en la grandeza, ni en la perfección de este amor. ¿Quién podrá comprender la abundancia de gracia y de amor sobrenatural que el Altísimo comunicó á la mujer purísima á la que entregaba su propio Hijo, á la que hacía esposa del Espíritu Santo, para que con Ella fuese el principio del ser humano de su propio Hijo? Amaba también á Dios María con amor adquirido, que no es, en su principio, más que el amor sobrenatural que el Espíritu Santo nos infunde, pero como está en nuestra mano aumentarlo con el buen uso que de él hagamos, llámase adquirido, en cuanto nosotros lo aumentamos y perfeccionamos. Toda obra buena que hacemos, la paga inmediatamente el Señor con un nuevo grado de amor y de gracia en recompensa de nuestra buena obra. ¿Y qué entendimiento podrá concebir ni qué lengua expresar la grandeza del amor y de la gracia adquirida y aumentada por la santísima Virgen? Para esto sería preciso medir el mérito de las buenas obras de la Virgen. ¿Y quién sino Dios podrá medir, no ya el mérito de todas las buenas obras de María, sino el de una sola, sabiendo que Ella en todo obraba con tal amor y tal perfección que causaba envidia y admiración á los mismos ángeles del cielo?

Pues mira ahora que esta Señora, objeto especialísimo de las complacencias de la beatísima Trinidad, es la misma que á nosotros, pobres y vilísimas criaturas nos ama con amor entrañable é inmenso. Nos amó tanto, que sabiendo que los hombres darían un día muerte á su divino Hijo, no dejó por eso de amar al hombre cruel é ingrato que daba muerte al Hijo de su amor, y nunca nos amó tanto como al pie de la cruz, en donde todos los hombres fuímos hijos de sus dolores. Y ahora, sentada como Reina augus-

tísima en el trono más alto que se levanta en los cielos, después del trono del Señor, ama tanto á los pobres pecadores, que no hace otra cosa más que interceder por ellos. En efecto, considera que aunque María, como su Hijo, aborrece el pecado, ama al pecador y desea ardientemente que se convierta y viva, le mira con entrañas de compasión y misericordia, y en su favor emplea todo su esmero y solicitud, sus cuidados y autoridad, para sacarlo de su extrema miseria y hacerlo feliz y dichoso, con tal que él quiera serlo. ¡Oh, qué dicha tan inmensa! ¡La Madre de mi Dios y Señor es al par mi Madre, y emplea en mi favor, no sólo toda la ternura de su amantísimo corazón, sino todo su poder, para librarme de los infinitos peligros que me amenazan á cada instante! ¿Qué puedo, pues, temer, si Ella me ama y me protege? ¿Qué corazón, por ingrato y duro que sea, no se sentirá lleno de amor y gratitud hacia tan buena y amorosa Madre?

PUNTO III

De cuán suave y dulce es el amor de María, y del amor y gratitud que nosotros le debemos.

Considera el placer tan grande y puro, la satisfacción é íntimo gozo que experimenta un corazón que ama sinceramente á María. Siente y sabe de cierto que ama y es amado por la Emperatriz suprema de todo lo criado; la ve llena y colmada de la sabiduría del Hijo, con la cual lo ve todo, todo lo sabe y todo lo penetra, partícipe y dispensadora de la omnipotencia del Padre y de todos los tesoros de la divinidad, encendida y penetrada del inmenso é inextinguible fuego del amor divino. ¿Qué podrá faltarme jamás, ó qué podré temer?

No hay, en efecto, dicha tan grande, después de la de amar y ser amado por Dios, como la que produce el amar y ser amado por María. Criatura más bella,

perfecta, poderosa y santa, no la hay ni puede haberla, ni en la tierra ni en el cielo. Ella es sabedora de nuestro amor, penetra nuestro corazón y nuestros pensamientos, escucha nuestros suspiros, oye nuestras súplicas, acepta y agradece cariñosamente nuestro afecto. Si nos ve afligidos, angustiados, oprimidos, nos conforta, recrea y alegra; si nos postra la enfermedad, nos volvemos á Ella y encontramos la salud ó la paciencia; si la calumnia denigra nuestro nombre, Ella acude piadosamente y nos libra de toda infamia. Si nos vemos cargados de miserias, defectos y pecados, y somos, por tanto, objeto de odio para la divina justicia, Ella es nuestra poderosísima abogada en el tribunal divino, aplaca á mi Juez, que es Hijo suyo, me restituye á su gracia, me obtiene el perdón de mis excesos y la remisión de mis penas. Y ni en la hora de la muerte tendremos que temer nada con tan amante y poderosa Madre, porque Ella estará entonces con nosotros y será nuestro refugio y segura defensa en aquel tremendo trance; ni aun debemos temblar tampoco por los tormentos con que después de muertos habremos de purgar nuestras culpas, porque serán mitigados ó abreviados por nuestra dulce Madre, ó nos librará de ellos inmediatamente, para que con Ella vayamos á gozar de eterna dicha en el cielo. ¡Oh, qué dicha, qué dicha tan inmensa es la de amar y ser amado por María! ¡Oh, qué dulce y suave es el amor de nuestra buenísima Madre! Y ¡cuánto amor y gratitud la debemos por tantos favores, tantos obsequios, tanta ternura y tan fino, constante y exquisito amor! ¿Quién no procurará servir y amar con toda su alma á María, evitando el pecado é imitando sus virtudes, para lograr su dulcísimo amor y ser dichoso con Ella en el cielo?

Coloquio.—¡Oh María, belleza criada la más excelente y amable, criatura la más perfecta y santa, Reina la más poderosa, Madre la más amante, dulce y tierna, ¿quién podrá pronunciar tu dulcísimo nom-

bre sin conmoverse, ni pensar en Ti sin que el corazón palpite y rebose de júbilo, consuelo y esperanza? Tú eres el encanto y embeleso de la Trinidad santísima, el recreo de los ángeles y la delicia de los bienaventurados! ¡Tú destierras la tristeza de nuestros corazones y los inundas de suavidad y dulzura! ¡Yo deseo amarte con toda mi alma, oh dulce Madre mía, y te consagro desde este instante todos mis pensamientos, palabras y acciones, mi corazón y mi alma, para merecer un día gozar de tu amor en el cielo y cantar contigo la gloria del Señor!

Propósitos.—Fomentar en ti y en los demás la devoción á la Virgen santísima.

5 DE DICIEMBRE

De la incomparable santidad de la Virgen santísima.

Preludios.—Imaginémonos un tan vastísimo océano en cuya comparación, los más grandes y caudalosos ríos no sean más que débiles hilitos de agua, y pide fervorosamente á la santísima Virgen que nos alcance de su divino Hijo un firme y puro amor de Dios, causa y base de la verdadera santidad.

PUNTO I

En qué consiste la santidad de las criaturas.

Considera que hay una santidad absoluta á la que toda santidad se refiere y de la que se deriva; una santidad que es por sí misma y que no se refiere á ninguna otra, y más allá de la cual nada se puede concebir; una santidad, en fin, que es como la piedra de toque que nos sirve para apreciar toda otra santidad y sus grados. Esa es la santidad de Dios, que, no es ni puede ser otra cosa más que el amor con que Dios se ama á sí mismo, el amor de su propio ser, de su perfección infinita. Esta es la santidad por esencia, la santidad absoluta.

La santidad de Dios no es el cumplimiento de un deber, es una necesidad intrínseca de su ser. No se

puede buscar fuera de Dios la razón del amor que Dios se tiene á sí mismo. Del hombre se dice muy bien que *ha de* amar á Dios; pero de Dios no se debe decir esto, sino que *se ama* por necesidad de su mismo ser, que encuentra en sí mismo toda la felicidad, toda perfección y bondad y por consiguiente toda santidad.

La santidad en la criatura, siendo relativa, no puede ser otra cosa más que una participación de la santidad de Dios, que es la santidad absoluta; pero la santidad de Dios consiste, según hemos dicho, en el amor que Dios tiene á su infinita perfección y bondad y en el odio á cuanto se oponga á esa misma perfección; luego la santidad de la criatura tiene que consistir, forzosamente en la participación de ese amor.

En el amor á Dios, como perfección absoluta, consiste, pues, la santidad de las criaturas. De ahí es que sean santos los que aman mucho á Dios, y son más santos los que más aman á Dios y los que más y mejor procuren imitar sus infinitas perfecciones, ya que Jesucristo nos dijo que para ser perfectos debíamos asemejarnos á nuestro Padre celestial. Así, pues, el amor á Dios contiene en sí todas las demás virtudes: de aquí el tan conocido "ama á Dios y haz lo que quieras„, porque el que ama verdaderamente á Dios, no quiere más que lo que Dios quiere. El amor á Dios, la caridad, no sólo es la mayor de las virtudes morales, sino también de las teologales, porque aunque la fe y la esperanza son primeras en el orden, la caridad lo es en la excelencia y perfección. La fe mira á Dios como verdad infalible que nos comunica sus luces, y la esperanza como bondad inefable que nos promete su gracia y su gloria, pero la caridad le mira como bueno en sí mismo, como bondad suma, digna de todo nuestro amor, del amor de todas las demás criaturas, y de otras infinitas si las hubiera, y esto es sin comparación más perfecto. La caridad se

engolfa, por decirlo así, en el mismo Dios; no mira sino á Dios; no quiere sino á Dios, ni ama á criatura alguna sino á Dios, por Dios y para Dios. En todo ve á Dios, y en todo ama á Dios, ó, por mejor decir, no ve ni ama más que á Dios.

PUNTO II

De la inmensa santidad de la santísima Virgen.

Considera que es santa la criatura que ama mucho á Dios, y es más santa la que más y mejor le ama. ¿Qué criatura ha habido, hay ni puede haber tan santa como María santísima, que ha amado y ama á Dios inmensamente más que todos los santos juntos? Por eso á ella sola se llama por excelencia *santísima*, porque es la santa entre los santos, y de tal manera, que para pensar en una santidad mejor que la de María es necesario remontarse á la santidad infinita; pero entre las criaturas, no sólo no hay, sino que no se puede concebir santidad mayor. Todas las comparaciones del grano de arena con la montaña, y aun la del caudaloso río comparado con el vastísimo océano, son muy insuficientes y no bastan para formarnos una idea de la santidad de María.

Considera, en efecto, que la santidad no es más que el amor á Dios que obra en nuestros corazones, los purifica, los eleva en sus afectos hasta llegar á asemejarnos á Dios, tipo perfectísimo de toda virtud y santidad, y que un solo acto de amor de Dios, dice san Francisco de Sales, puede hacernos santos y perfectos. Mira, según esto, que aunque esta idea no nos haga formar la medida exacta de la santidad de nuestra Señora, nos aproximará bastante á ella, en lo que cabe; porque si un solo acto de amor de Dios, eficaz, vivo, intenso, puede hacernos santos y perfectos, ¿cuál no será la santidad de nuestra Señora, de quien puede decirse, no sólo que hizo innumerables actos de amor de Dios cada día y cada hora de su preciosa

vida, sino que toda ella no fué más que un perfectísimo acto de amor? Yo creo que toda nuestra vida, y aun cien mil vidas más que tuviéramos, no serían suficientes para sondear ese inmenso mar de santidad.

Pondera, además, otra fuente de santidad en las almas que es la gracia santificante. Mira el tesoro tan infinito de ella con que Dios enriqueció á María, y que ella aumentó inmensamente durante su preciosísima vida, así, pues, con la misma velocísima rapidez con que la Virgen redoblaba la gracia divina en su alma, redoblaba también su santidad. Si el primer caudal de gracia, y por tanto, de santidad, que poseyó la Virgen sobrepujó inmensamente al de los más grandes santos y al del más encumbrado de los espíritus angélicos, y con su segundo acto de amor de Dios redobló el mérito del primero, con el tercero el del segundo, y así sucesivamente, hay que pensar que sólo en el primer día de su vida llegó á tan alto grado de santidad, que no sólo nuestros entendimientos humanos, que tan flacos son, pero aun los de los más encumbrados serafines se cansarían en balde si trataran de averiguar á cuánto llegó. Y si pensamos ahora en que la duración de la vida de nuestra Señora fué de setenta y dos años, y que ni aun durmiendo cesó jamás de merecer, como jamás cesa durante el sueño el corazón de latir, ¿quién, sino Dios, podría explicar el altísimo grado de caridad ardientísima, y, por consiguiente, de santidad á que llegó nuestra Señora al final de su gloriosa vida?

Santísima fué en su Concepción Inmaculada; santísima en su niñez; santísima como doncella; santísima como esposa, y muy más extraordinariamente santa como Madre, porque lo fué del Verbo Eterno, que es todo santidad, el cual la llenó de gracia; y santísima fué, en fin, desde el primer instante de su ser hasta el último de su vida, porque toda ella no fué más que un ardientísimo y purísimo acto de amor de Dios y un ejercicio constante de todas las virtu-

des. Si las quieres recorrer todas desde la humildad, base de ellas, hasta el amor, que es su corona, verás que en la Virgen santísima encuentran los santos y los ángeles el divino modelo y el espejo purísimo de todas ellas en sus grados más altos y sublimes. ¡Oh Virgen, santísima entre todos los santos! ¡Alcanzadme que yo ame á Dios con todo mi entendimiento, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, y que imite tu soberana santidad para que merezca ver en el cielo tu gloria!

PUNTO III

De la santidad del cristiano.

Considera que un cristiano debe ser santo para llenar su nombre, para satisfacer sus obligaciones y para vivir según su profesión. El pueblo cristiano, dice el Príncipe de los Apóstoles, es un pueblo santo que adquirió Jesucristo y le purificó con su sangre. Para que seamos santos nos ha llamado Dios al servicio de su divino Hijo, como lo dice el Apóstol con estas palabras: "Bendito sea Dios, que nos ha colmado en Jesucristo de todas las bendiciones, escogiéndonos en él antes de la creación del mundo por el amor que nos tiene y para que seamos á sus ojos santos é irreprensibles„. Para que seamos santos nos ha escogido Dios y separado del número de los infieles, y así el Apóstol, escribiendo á los cristianos, los llama santos.

En el bautismo recibiste un carácter de santidad que no se borrará jamás. Fuiste consagrado con las ceremonias de la Iglesia, y la ley prescribe "que sea santo todo lo que se consagra al Señor„. Esta consagración consiste en que estás destinado al servicio de Dios, como los templos, en que reside. Si eres cristiano, ya no eres tuyo sino de Dios; por el bautismo has pasado á ser su posesión y su herencia Como templo del Espíritu Santo, eres un templo san-

to en el cual no es permitido hacer nada profano. ¿Qué será mancillarle con impurezas abominables? El bautismo te ha impreso la imagen de la santísima Trinidad, en cuyo nombre has sido bautizado. Has quedado señalado como cosa suya, con su sello, que es el Espíritu Santo, el cual ha comunicado á tu alma su santidad. San Pablo le llama el sello de la divinidad. Luego si eres cristiano, debes ser santo.

¿Eres tú santo, hombre ambicioso, que buscas con tanto afán los honores y las grandezas de la tierra, á que renunciaste en la fuente bautismal? ¿Eres santo, rico avariento, tú que idolatras en el becerro de oro, y que eres tan duro con los pobres, que son miembros de Jesucristo? ¿Eres santo, tú hombre sensual y voluptuoso, que haces de tu cuerpo una cloaca de impurezas y obscenidades, y que profanas con tus abominables inmundicias el templo del Espíritu Santo y sacrificas á una criatura los afectos de un corazón consagrado á Dios por el bautismo y la comunión?

Coloquio.—Dios mío, confieso que no he principiado todavía á ser cristiano. Tengo el nombre, pero no el espíritu de tal; juré en la fuente bautismal observar vuestra ley y desde que estoy en el mundo me he deleitado en combatirla y quebrantarla. Soy un hipócrita falso y un cristiano fingido. ¡Cuánto he deshonrado á Dios! No queda ya en mi alma ningún vestigio de vuestra imagen; he borrado el sello de santidad, con que me habíais condecorado; llevo la figura de Satanás, y no la de vuestro Hijo Jesús; estoy marcado con la señal de la bestia, como esclavo que le pertenece. Señor, lo he jurado, y estoy resuelto á observar todo el tiempo de mi vida vuestra santa ley. Os he elegido por mi Señor y mi Rey; no tendré otro jamás; renuncio al mundo y á sus pompas, y renuevo la promesa de no servir á otro señor más que á Vos.

Propósitos.—Mira si tus obras corresponden á tu nombre de cristiano, y á las promesas que hiciste en el santo bautismo.

6 DE DICIEMBRE

De la dignidad y grandeza de la santísima Virgen.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO I

De la falsa idea que el mundo tiene de la dignidad y de la grandeza.

Considera que no todas las cosas son ó valen lo que á primera vista parece, y esto es precisamente lo que acaece con la grandeza y la dignidad, cosas ambas de las que el mundo tiene un concepto equivocado. No es extraño: el mundo es enemigo de Dios, que es la verdad, y su juicio en esto como en todo, no puede estar más apartado del espíritu cristiano. Para los hombres, la nobleza y dignidad consiste en ocupar altos puestos y en tener á su servicio súbditos y vasallos que les presten sumisión y obediencia, en ser, en suma, dueños y señores del mundo. Para comprender cuán erróneo es este juicio, basta pararse un momento á considerar que el grande entre los grandes, el Rey de los reyes, nació en un establo, entre humildes pajas, se crió en el taller de un pobre carpintero, hizo gala de acompañarse siempre de los sencillos y de los humildes, teniendo por compañeros y amigos á unos humildes pescadores; vivió tan pobremente, que "teniendo las aves del cielo nidos, y cuevas las raposas del campo, el Hijo del hombre no tenía donde reclinar su cabeza„ y, por último, murió desnudo en un patíbulo afrentoso. Y es que el supremo Maestro vino á cambiar todas las cosas de este mundo. Y ¿cómo había de conseguir esto sin convertir lo grande en pequeño y lo pequeño en grande, sin hacer de lo pobre rico y de lo rico pobre? Por eso, siendo Rey eterno de los cielos, nació temporalmente en el último rincón de la tierra; por eso reveló su

grandeza en las humildes pajas en que nació; su riqueza, en la pobreza que le rodeaba; su poder, en tiritar de frío; su nobleza, acompañándose siempre de los pobres y de los humildes, y su gloria, por medio de su muerte en un patíbulo. ¡Oh, qué lección tan terrible y elocuente para los grandes y soberbios de la tierra!

Quería enseñarnos con su ejemplo Jesucristo N. S. que la verdadera nobleza en esta vida consiste en huir de la soberbia y el orgullo, en el título de cristiano, en ser y obrar como tal, y en imitar en lo que nos sea posible, á Aquel que dijo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón„; y también: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos„. Esta sí que es verdadera dignidad, esta sí que es verdadera grandeza, la de imitar y parecerse á Jesucristo, Rey de reyes, la de reinar con Jesucristo en el reino de los cielos; no la grandeza de los tronos de la tierra, que se desploman convirtiéndose en lo que son, en polvo y nada! Pero para llegar á ocupar un día uno de aquellos tronos de gloria que duran eternamente, para ser un día grandes en el cielo, es preciso que nos hagamos pequeños en la tierra, porque si no nos hacemos como niños, esto es, humildes y despreciables á nuestros propios ojos, no entraremos en el reino de la gloria, y estando ciertos de que cuanto más pequeños nos hagamos aquí, esto es, de que cuanto más humildes y pobres de espíritu seamos en la tierra, mayor será nuestra dignidad y grandeza en el cielo. Aprende, pues, tú, esta celestial doctrina que el mundo ignora, convéncete de que la verdadera grandeza, que es la de los santos, está en la humildad, y empieza desde ahora á practicar esta virtud, raíz y base de la perfección cristiana.

PUNTO II

De cuán sublime y excelsa es la dignidad de la santísima Virgen.

Considera en primer lugar, que si Dios es Rey eterno de los cielos por naturaleza y derecho propio, María es también verdadera Reina por participación y gracia, que no ha querido Dios honrar á su Madre con menos que con hacerla participar de su poder en la gloria. ¿Y cómo no había de honrarla así? Después de hacerla Madre suya, ¿qué honra ni dignidad puede ya darle que iguale á aquella, si es imposible dar á una criatura honra ni dignidad mayor ni igual á la de Madre de Dios? "Esta sola dignidad, dice san Buenaventura, ha puesto un límite á la omnipotencia divina, la cual podrá criar, sí, un cielo más vasto, una tierra más amplia y un mundo más vistoso y magnífico; pero no podrá jamás hacer una Madre más grande que la Madre de un Dios„. Y san Anselmo añade: "Nada puede igualarse á Ti, ¡oh gran Señora!, porque todo lo que tiene ser, ó es superior ó inferior á Ti: superior no hay sino Dios, é inferior es todo lo que no es Dios.„ ¡Oh dignidad y grandeza incomparable de la Madre del Señor! ¿Quién, sino Dios, podrá medir su excelsitud?

Considera, además, que si la gracia es la medida de la gloria, ¿quién podrá siquiera columbrar la gloria de la santísima Virgen? Ella tuvo desde el primer instante de su Concepción Inmaculada mucha más gracia que todos los ángeles y santos juntos, y la aumentó inmensamente durante todos los momentos de su preciosa vida con los merecimientos de sus buenas obras: mas para conocer mejor la excelencia y valor de sus merecimientos, observemos con santo Tomás que el fruto de los méritos procede de la raíz de la caridad. ¿Y quién sino Dios podrá buscar esa raíz en el inmaculado Corazón de María, y medir el

ardiente, fecundo y vigoroso amor á Dios que la abrasaba? ¿Quién sino Dios podrá pesar todos los pensamientos, palabras, afectos y obras de la santísima Virgen, y hacer con ellos una suma total para apreciar la grandeza de sus merecimientos y, por tanto, la medida de gloria que á aquellos corresponde? Pero el extraordinario esplendor de la multitud innumerable de obras buenas de que está llena su vida, queda eclipsado ante la maravilla de habernos dado á un Dios-Hombre, al Salvador de los hombres, al más rico tesoro del cielo y de la tierra, á su unigénito Hijo Jesucristo: tal es su obra, su gran obra, por la cual mereció infinitamente. Porque lo asombroso del caso es que para que María mereciese en esta buena obra, Dios quebrantó expresamente todas las leyes de la naturaleza y quiso que dependiese de su libre voluntad, lo cual es un privilegio incomparable que goza sobre todas las otras madres, pues para hacerse Hijo suyo le pidió y esperó su consentimiento, á fin de que siendo voluntaria su divina maternidad, le fuese infinitamente meritoria. ¡Oh, abismo de merecimientos, quién sino Dios podrá sondearte! Aceptando libremente la divina maternidad, produciendo al Salvador, objeto de las divinas complacencias del Eterno, agrada más á Dios y merece más delante de El la santísima Virgen, que si crease cien mil mundos, porque todo eso es nada en comparación de su Hijo único Jesucristo, de quien María libre y voluntariamente se hace Madre, permitiendo que encarne en sus purísimas entrañas. ¿Y cuánto juzgaremos que mereció María con sólo decir: "Hágase en mí según tu palabra?„

Y si luego tomas como fuente y origen de la grandeza la humildad de corazón, bien sabes que la Virgen, que se llamó esclava del Señor, fué la más humilde de todas las criaturas y por su humildad mereció concebir al Verbo de Dios en su seno; y como su humildad ha sido la más profunda que ha existido,

también su exaltación ha sido la más encumbrada y su trono el más elevado de cielos y tierra. La dignidad, pues, y grandeza de la Virgen las puedes y las debes medir por su título de Madre de Dios, por la abundancia de sus gracias, que son un océano sin límites, por el poder que Dios le ha concedido, que es cuanto corresponde á una Madre de Dios, Reina de cuanto existe y por su perfectísima humildad base de toda grandeza verdadera. Y como todos estos títulos encumbran á María á tal altura que sobre Ella sólo está el trono de Dios, deduce de ahí la alteza y dignidad de la Madre de Dios y de los hombres.

PUNTO III

La imitación de la humildad de María, es el mejor medio para llegar á la verdadera grandeza.

Considera que toda la grandeza humana es un poco de humo que el viento disipa prontamente, no quedando de él en breve tiempo ni rastro siquiera. Aun suponiendo que poseyéramos todo el mundo durante toda nuestra vida, en el instante de la muerte, al que forzosamente hemos de llegar y muy pronto, lo perderemos todo, no quedándonos rastro de la humana gloria, como no queda tampoco rastro del humo que el viento disipa y desvanece.

La verdadera nobleza consiste, pues, en llevar con honor el glorioso título de cristiano; nuestra riqueza en poseer la gracia de Dios en nuestras almas, y la dignidad nuestra en ser humildes de corazón y pobres de espíritu. Pues para adquirir esos verdaderos tesoros de gracias y de virtudes, el mejor medio es la imitación de las virtudes de la santísima Virgen, y muy particularmente la imitación de su profundísima humildad. Mira como cuando el arcángel le propone de parte del Altísimo esta altísima y suprema dignidad, Ella contesta: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra„. ¡Oh maravilla!

¡Oh portento de profundísima humildad! La santísima Virgen no se envanece cuando el arcángel le participa que Dios, el soberano Hacedor del universo, la Majestad suprema de los cielos y la tierra la elige por su Madre, sino que se humilla profundamente, como si dijera: Yo no soy nada; yo no tengo más voluntad que la voluntad de mi Dios y Señor; puesto que El lo quiere, y agradándole á El, sea yo su Madre. ¡Oh maravilla! ¡Oh portento! ¡Oh abismo de profundísima humildad! ¿Quién, sino Dios, podrá medirte? ¡Oh purísima y santísima Virgen! ¡Cuánto no agradaría al Señor aquella tu humildísima respuesta, por la cual mereciste la extraordinaria gloria y el encumbrado trono que hoy ocupas en los cielos!

Contempla á la santísima Virgen, á la augustísima Emperatriz de los cielos y tierra ocupada, durante los tres meses, próximamente, que permaneció en la casa de su prima santa Isabel, en servir á ésta como una humildísima sierva; contémplala pobrísima, oculta é ignorada en la cueva de Belén; contémplala en su pobre casa de Nazaret desempeñando por sí misma los más humildes oficios, siendo la Reina de la tierra y de los cielos. Pero mira cómo Dios aparta sus miradas de los palacios de los grandes y de las escuelas de los sabios, y en la casa de Nazaret tiene puestos sus ojos, y Jesús, José y María constituyen las delicias y el encanto de Dios y de los ángeles.

Imita, pues, á la santísima Virgen en todas sus virtudes, porque, exceptuando á Jesucristo, no hay ni se concibe modelo más acabado y perfectísimo de perfección; imítala en su pureza y en su ardientísima caridad amando á Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas; imítala, en fin, en su profundísima humildad, si quieres llegar á ser un día verdaderamente grande en el cielo, ocupando uno de aquellos tronos de gloria que du-

ran eternamente. Ten siempre presente que cuanto más pequeños nos hagamos aquí, esto es, que cuanto más humildes de corazón y más pobres de espíritu seamos en la tierra, mayor será nuestra dignidad y grandeza en el cielo. Porque el más pequeño de aquellos felices moradores supera inmensamente en nobleza, grandeza y majestad á todos los reyes, emperadores y potentados de la tierra.

Coloquio.—¡Oh Virgen santísima! ¡Oh excelsa y gran Señora! ¡Oh portento de sublimidad y nobleza! ¡Oh, cuánto me gozo de que el Señor os haya elevado á tan alto puesto para recompensar vuestra ardientísima caridad y vuestra profundísima humildad! Dignaos, Señora, desde ese altísimo trono que como Reina ocupáis, volver hacia mí, pobre pecador, esos misericordiosos ojos, que no saben mirar nuestras miserias sin socorrerlas. Acordaos de que Dios os ha hecho tan grande para que nos levantéis de nuestra vileza, de que os ha hecho tan poderosa para que sostengáis nuestra flaqueza, y de que os ha colocado á su diestra á fin de que nos alarguéis vuestra mano para que subamos al cielo!

Propósitos.—Implorar con frecuencia la protección de María sobre la Iglesia nuestra madre.

7 DE DICIEMBRE

De las singulares gracias y privilegios que Dios N. S. concedió á nuestra Señora en el instante de su concepcion.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del primer privilegio, que fué preservarla de la culpa original.

Considera cómo llegado el tiempo en que Dios quería hacerse hombre, para asentar la primera piedra de este edificio crió á la Virgen, que había de

ser su Madre, y en el mismo instante de su concepción, le comunicó excelentísimas gracias y singulares privilegios, cuales era razón que tal Hijo diese á su propia Madre, habiéndola escogido por su voluntad, teniéndole infinito amor y siendo riquísimo y poderosísimo para enriquecerla con los tesoros de su gracia.

El primer privilegio que le concedió, fué preservarla de la culpa original en que había de caer por ser hija de Adán, santificando su alma en el primer instante de su creación, cuando la juntó con el cuerpo. De modo, que como Dios N. S. en un mismo instante dió al sol el ser y la luz, y á los ángeles y á los primeros padres Adán y Eva dió juntamente la naturaleza y la gracia, así en un mismo instante crió y santificó el alma de la Virgen, y la hizo escogida como el sol, sin que la tocasen las tinieblas del pecado. La razón de esto, fué porque Cristo N. S. venía al mundo para redimir á los hombres y librarlos de toda culpa, especialmente de la original; lo cual podía ser en dos maneras; ó sacándolos de la culpa, después de haber caído en ella, ó preservándolos de no caer. Y este segundo modo es mucho más excelente y en él resplandece más la omnipotencia y misericordia del Redentor; porque como no hay mayor miseria que la mancha del pecado, así no hay mayor misericordia que preservarnos de ella, de modo que ni por un instante nos toque. De aquí es que, para gloria del Redentor y de su redención, era muy conveniente usar de esta misericordia con la que había de ser su Madre, redimiéndola con el mejor modo de redención que era posible; preservándola de la infamia y miseria de la culpa original, al tiempo que había de caer en ella; honrándola y hermoseándola con su gracia, para que la Madre fuese semejante al Hijo en la pureza, siendo los dos concebidos sin pecado: El por derecho, y Ella por privilegio; El como Redentor del mundo, y Ella como su ayudadora en la obra de

la redención. ¡Oh Hijo de Dios vivo, que te hiciste hombre naciendo de la Virgen purísima y limpísima más que el sol y más que los cielos! Gracias te doy cuantas puedo por haber querido que tu Madre, por especial gracia, gozase desde su concepción la limpieza de culpa que los demás escogidos alcanzan en la gloria. ¡Oh Madre gloriosísima! Gózome de la pureza con que entráis en el mundo, resplandeciendo con la luz de la gracia, como entró vuestro Hijo, el Sol de justicia. Bien podéis decir en esta primera entrada, lo que El dijo en la suya: Que estáis preparada para cumplir la voluntad de Dios, y que en medio de vuestro corazón está impresa su ley, que es su gracia y caridad. Y pues tal favor os concedió mi Redentor para que le ayudéis en su oficio, suplicadle me aplique su redención con excelencia, perdonándome las culpas cometidas y preservándome de las que puedo cometer, con tan grande horror de los pecados, que ni por un instante quiera estar en ellos.

PUNTO II

Del segundo privilegio, que fué confirmarla en gracia.

Considera que el segundo privilegio fué confirmarla en gracia con un modo singularísimo, de tal suerte que por todo el tiempo de su vida nunca pecase actualmente, ni por obra, ni por palabra, ni por pensamiento alguno, asistiendo nuestro Señor con particular providencia con Ella en todas sus obras, para que todas fuesen, como dice san Pablo, de la Iglesia, obras gloriosas y puras, con los tres grados que hay de pureza, esto es: sin mancha de pecado mortal, y sin ningún pecado venial, y sin imperfección alguna, dejando, no solamente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenía por mejor y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. Este modo de pureza, en el grado que me es posible, he de procurar y pe-

dirle á nuestro Señor, diciéndole: ¡Oh Dios eterno, que "santificaste el tabernáculo de tu Madre, asistiendo sin mudanza en medio de ella, y madrugando cada día muy de mañana, para ayudarla en todas las obras que hacía", santifica también mi alma. Asiste siempre con ella y madruga, previniéndome con tu gracia para que mis obras sean puras, sin mancha, ni cosa que te desagrade.

Consecuencia de ese privilegio fué quitarle el *Fomes peccati*, esto es, la raíz, semilla y cebo del pecado, que es la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de la sensualidad contra la razón, para que la casa de su alma, con todos sus moradores, que son las potencias, tuviese perpetua paz y concordia, porque había de ser morada del Príncipe de la paz, cuya habitación, como dice David, es en la misma paz. De suerte que esta Señora nunca sintió la guerra interior que todos sentimos y gemimos; porque su carne no codiciaba contra el espíritu, ni el espíritu hallaba dificultad en gobernar la carne; la ley de los apetitos no contradecía á la ley de la razón, ni la razón tenía trabajo en domar las pasiones de los apetitos, antes con sumo gusto se unían y concordaban en sujetarse á la ley eterna de su Dios. ¡Oh Princesa de la paz! Sea para bien la paz interior de que gozáis sin haber pasado por la guerra; alcanzadme, Señora, que se modere la guerra interior que padezco, para que goce algo de vuestra paz.

PUNTO III

Del tercer privilegio, que fué llenarla de gracia y de todas las virtudes.

Considera que el tercer privilegio fué llenarla en aquel instante de gracia y caridad, y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedía á los ángeles y serafines del cielo, para que fuese digna Madre de Dios,

y digna Reina de las jerarquías angélicas; haciéndola tanto mejor y más santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darle de Madre, que el que ellos tenían de siervos y ministros en su casa. De suerte, que la Virgen comenzó su carrera por donde los ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra tenía más grados de santidad que los que vivían en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado; cumpliéndose en Ella lo que dice David de la ciudad de Dios, que "sus fundamentos son sobre los montes altos„, porque los principios de su vida fueron más empinados en santidad, que la cumbre donde llegaron los grandes santos de la Iglesia. ¡Oh, qué contento recibiría la santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre Eterno se holgaría de tener tal Hija: el Hijo de Dios se alegraría viendo tan bella á la que había de ser su Madre, y el Espíritu Santo se regocijaría en tener tal Esposa; y todos tres entraron en Ella por gracia, y moraban en Ella con sumo gozo. ¡Oh ángeles del cielo, que adorasteis después al Hijo de Dios cuando entró en el mundo!, venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina. ¡Oh Reina de los ángeles!, desde ahora os saludo en el vientre de vuestra Madre, con las palabras que después os dirá el ángel san Gabriel: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita Tú entre las mujeres„, porque en el primer instante de tu concepción hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia, para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia, hasta que alcance la corona.

Estos son algunos de los privilegios que en su concepción concedió Dios á la Virgen santísima, por lo cual he de alabar á la santísima Trinidad, y gozarme de la gloria que de aquí resulta á la que tengo por Madre. Y pues Dios N. S. también me ha llamado

por su infinita caridad para ser santo y puro en su presencia, he de tomar á la Virgen por dechado de pureza para imitarla en esta virtud á Dios tan agradable, y por abogada para que me la alcance de su Hijo, procurando yo de mi parte, como dice san Pedro, hacer cierta mi vocación y elección con buenas obras.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana!, gózome de que seáis escogida como el sol, en quien no hubiese obscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia y después esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás Santos, como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento, luciendo en perpetuas eternidades. ¡Oh Dios eterno, por cuya caridad, sin nuestros merecimientos, fuimos escogidos por ser limpios y santos en tu presencia!, gracias te doy por haber escogido á esta Virgen con elección tan soberana, y por ella te suplico limpies mi alma de sus culpas y la adornes con tus virtudes, para que viva siempre en tu presencia y alcance la vida eterna.

Propósitos.—Mostrar tu devoción á la Virgen santísima en amar, sobre todas las cosas, la pureza de alma y cuerpo.

8 DE DICIEMBRE

Festividad de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

María santísima inmaculada, en el plan divino.

Considera que Jesucristo, según el apóstol san Pablo, es el centro adonde van á parar todos los pensamientos de Dios, y el punto adonde convergen cuantos seres decretó Dios en la eternidad que exis-

tieran en el tiempo. Es el foco de toda vida, todo en el cielo y en la tierra emana de El, es principio de todo y está todo en todas las cosas y sobre todo principado y potestad, virtud y dominación en el cielo y en la tierra. Primogénito de toda criatura, en El y por El y para El es cuanto existe, imagen de la bondad substancial, espejo sin mancha de la inmortal belleza, emanación divina de su ser y reflejo viviente de su purísima claridad. Y ese lugar, que no es otro que la derecha del Padre, lo ocupa el Verbo, no sólo como luz de luz y Dios que procede de Dios, sino como Criador, dominador, iluminador y vivificador universal, como cabeza de los elegidos; y la obra que en el tiempo corresponde al más alto pensamiento de Dios, la reina soberana de todas sus obras, es la obra de la Encarnación.

Así Jesús y María, por quienes ha de realizarse ese admirable misterio, ocupan el primer lugar en las ideas divinas y en los eternos tipos de todos los seres, y María es la Reina del mundo en los pensamientos divinos, como Jesucristo es su único Rey. Y en efecto, Dios que preordina los seres en su mente según su dignidad y nobleza, lo primero que tuvo á la vista fué á Jesucristo, el más noble y misterioso de todos, Dios y hombre; pero inmediatamente viene María, no sólo porque después de Dios nada más excelente que la Madre de Dios, sino porque hay una relación necesaria entre el Hijo y la Madre. Si pues la concepción del Hijo de Dios, en cuanto hombre, encierra necesariamente la de la Virgen, y la primera fué pura y limpia de pecado, pura y limpia de pecado fué la concepción de María.

Y no te extrañe esta consecuencia, ni me digas que lo mismo se podría decir de los demás hombres. María, primogénita de toda criatura, nos responde, que los profundos abismos del pecado aún no existían y ella ya estaba concebida pura y hermosa, como rocío de aurora divina y azucena de los valles del paraíso.

No confundamos á Jesucristo y á María con los demás hijos de Adán, con los que nada tienen de común, fuera de la naturaleza en su estado de inocencia. ¿Acaso crees que cuando Dios crió al hombre, sólo en él se fijaban sus divinas miradas? Considera el misterio que los Santos Padres nos descubren en esa creación y que nos revela el apóstol san Pablo cuando llama al primer hombre imagen del Adán futuro: "*Qui est forma futuri*". Jesucristo no ha sido creado á la imagen de Adán pecador, sino Adán inocente á la imagen de Jesucristo. María no á la imagen de Eva pecadora, sino Eva llena de gracia á la imagen de la Reina de ella; y si esas copias de divinos modelos se desfiguran á sí propias, ¿quién dirá por eso que se desfiguró el original divino, en el que Dios tuvo fijos los ojos al crear á nuestros primeros padres? Las aguas envenenadas en la fuente llevan el veneno á los ríos que de ella se derivan; pero ¿cómo envenenar hasta el manantial purísimo que se oculta en el seno de la tierra? Cuando se trata de María levanta siempre los ojos á lo alto y mírala, no como hija del Adán terreno, sino como á Madre del Adán celestial. Todos venimos de Dios, pero también venimos del pecado. Al mismo tiempo que Dios forma nuestra alma con el soplo de su amor, que es el de la vida, el veneno se nos inocula en el alma, y ésta se mancha con el contacto de la carne sucia, como el agua cristalina se corrompe en el vaso fétido y mal limpio. Pero María salió de las manos del Criador antes que existiese el pecado, para ser, con su divino Hijo, el modelo de la inocencia y de la pureza, y para reimprimir en la humana naturaleza los rasgos de semejanza con Dios, desaparecidos por la mancha de la culpa. Venid, ¡oh divinos modelos! Apareced, haceos visibles á los hombres para que, mirándonos en vosotros, podamos rehacer y reformar cuanto desfigurado hay en nuestras almas. Puesto que sois sello y carácter de la semejanza con el

Padre, fijad vuestra imagen en nosotros para que vuelvan nuestras almas á ser, como antes del pecado, reflejo del rostro de Dios y trono riquísimo de su gracia.

PUNTO II

María santísima inmaculada por ser Madre de Dios.

Considera que la grandeza propia é incomunicable de María es acercarse, cuanto es dado á una naturaleza creada, á la inaccesible elevación de la naturaleza humana en la unión hipostática. ¿Qué lazos más dulces y más fuertes á la par que los que hay entre el hijo y la madre? ¿Quién es más de la madre que el hijo? ¿Quién más del hijo que la madre? ¿Quién se acerca más al Verbo encarnado que la que le dió carne de su carne y huesos de sus huesos? El eximio Suárez no teme asegurar que la maternidad divina pertenece al orden hipostático, y por esto María, entrando en relaciones inefables con las tres divinas personas, viene á ser por gracia lo que soñó Eva en la locura de su orgullo. ¡Qué abismo de grandeza el de la divina maternidad y cómo se pierde en él el pobre entendimiento humano! ¿Qué esfuerzo del brazo omnipotente no fué menester para elevar á una débil criatura á la mayor semejanza que puede haber con Dios, la semejanza de la divina fecundidad? Y qué tesoros de gracias para que entrase en la participación de la gloria del Padre en el momento en que ésta brilla con resplandores más soberanos cuando dice á la imagen de su substancia: "*Ego hodie genui te*", de manera que María puede repetir: "Yo te engendro hoy de mi propio ser igual á mí misma". Y como lo más sublime de la grandeza de Dios, no es haber criado el mundo, mil que hubiera hecho no le acarrearían tanta gloria como el haber producido un hijo Dios como él; mil mundos que hubiera fabricado María no le dieran tanta gloria como tener por hijo

unigénito al unigénito de Dios. Para conocer la intrínseca y esencial repugnancia que hay entre esos dos conceptos, maternidad divina y pecado original, considera que decir que el pecado se ha acercado tanto á Jesús que ha llegado á dominar á su propia madre, que es su trono y su gloria, su amor y su corona, es como asegurar que las tinieblas del pecado habían logrado obscurecer el sol de justicia y extinguir en el corazón de Dios, foco de amor, el que tuvo desde la eternidad á su madre bendita.

Cuando se ve á Jesús y á María, tan unidos entre sí que parecen formar dos cuerpos en una sola alma, ¿qué mancha pondremos en María que no llegue á Jesús? ¿Qué mancha pondremos en la púrpura riquísima de un rey, que no afee y desdore la persona del rey? María no es Dios, aunque sí todo lo que no sea Dios, pero la carne de María es carne de Dios, y si el Profeta cantó de la de Cristo que no la dejaría Dios ver la corrupción material del sepulcro, ¿cuánto menos la espiritual é infinitamente más asquerosa del pecado?

Además, para que la Virgen pudiese cumplir la misión que Dios le dió al lado de su hijo, menester era que fuese inmaculada. Quién, cuando considera á Jesús prisionero de amor en el seno de María, no se dice á sí mismo: ¿Cómo, y es posible que Dios haya querido abandonar, aunque no haya sido más que por un momento, al demonio ese templo sagrado, ese tabernáculo donde él por tanto tiempo reposaría, ese lecho virginal en que él celebraría místicas y eternas nupcias con nuestra naturaleza? ¡Oh, no, bendito Niño, no permitas que esa custodia de tu divinidad sea manchada! Oh, no, no lo permitirás, y si Satanás fuese osado á acometer á tu madre benditísima, lanzarás todos los rayos de tu ira sobre su infernal cabeza para defender el honor de tu madre que es tu honor. Pues, oh, divino Niño, por quien fueron hechos los siglos, tú eres antes que todos los tiempos,

cuando tu madre era concebida, tú la contemplabas con cariño desde lo alto de los cielos, tú mismo formaste sus miembros; ¡oh! ¿cómo habías de dejar, sabiduría eterna, que un horrible pecado inficionase su alma y no la preservarías comenzando ya á honrar á tu madre y sirviéndola de gloria y provecho el tener un hijo que fué antes que ella? Y así fué; porque si el impuro torrente del pecado original arrojó sus ondas turbulentas sobre la Concepción de María, con igual y mayor impetuosidad que sobre las demás hijas de Adán, como escudo y muralla de María estaba allí su hijo que dice á aquel torrente devastador lo que á las olas del mar cuando quieren saltar el débil lindero de arena que como barrera impenetrable le señaló el dedo omnipotente: Hasta aquí llegarás, oh mar devoradora del pecado, después de haber tragado tus ondas cenagosas á cuantos hombres sienten correr por sus venas la sangre corrompida de Adán, pero á los pies de mi Madre, de esa roca de diamante que yo levanté en el mundo para trono de mi gloria, te estrellarás y humillarás la soberbia de tus aguas embravecidas. Y como en tiempo de Josué paró el Jordán su corriente, las olas del pecado se pararon por respeto al arca de la nueva alianza, y la culpa retiró sus aguas para dar paso al nuevo tabernáculo de Dios. Y los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres repitieron, y tú ahora repites lleno de amor y de entusiasmo: Eres inmaculada, ¡oh Madre mía! Eres toda hermosa, y mancha original no hay en Ti.

Repasa, por último, algunas de las consecuencias de la divina maternidad, y que todas prueban que, ó Dios no se hizo hombre, ó que la Madre del Hombre-Dios debía ser purísima y sin mancilla. Siendo María llena de gracia con la plenitud de ella no puede unirse el pecado original, puesto que entonces sería posible concebir una pura criatura más perfecta que María, lo que de consuno reprueban los Padres, la Teología y los principios de la razón iluminada por la fe. Con-

templa el alma de María que forma un cielo más radiante, más vasto, esmaltado de astros más espléndidos, llenos de más magníficas estrellas que el cielo que habitan y hacen resplandecer con sus virtudes y su gloria los elegidos y los ángeles. ¡Oh, si te fuese dado representarte ese océano casi infinito de gracias extendiendo sobre todo el universo sus divinas olas, bañando todas las riberas, regando todos los jardines, santificando la tierra, iluminando los ángeles, derramando de la plenitud de su gracia torrentes de ella sobre cuantos hijos le legó Jesucristo al morir, que son todos los hombres, tendrías que exclamar: Inmaculada fuíste, ¡oh María mía!, que á no serlo te faltaba la más preciosa joya de tu corona de Madre de Dios.

PUNTO III

María santísima inmaculada como corredentora del linaje humano.

Considera que María, como corredentora nuestra, tuvo que ser inmune del pecado original. Sienta como fundamento lo que es artículo de fe que María por sí sola no podía librarse de la corrupción común, ni podía esperar por sus solas fuerzas que á sus pies se rompiesen las olas turbias del primer pecado. Jesucristo sólo podía preservarla por el pago anticipado de sus méritos, pero con redención no libertadora, sino preservadora del pecado. La gracia del Redentor velaba con cariñosa solicitud sobre su Madre, y en aquel momento misterioso y fatal, sólo conocido de Dios, en que el virus de la culpa emponzoña el alma, en ese mismo momento la gracia se apoderó de María, la envolvió en sus pliegues candidísimos y la transportó al reino de su Hijo.

Presupón, también, que en los divinos consejos María fué destinada á cooperar con Jesús en la redención del mundo. ¿Quién en el suelo árido y desolado de este mundo hará descansar los ojos y el co-

razón del Verbo hecho carne, y sostener en sus misteriosas flaquezas un Dios que sufre sed y hambre, cansancio y desnudez? Todo es ingratitud á su alrededor, odio y amargura, y no es justo que el Hijo del hombre esté solo. Y Dios le crea en la Virgen su madre un corazón en que pueda descansar, un alma inmaculada en que se complazca, y cuyo amor cicatrice las heridas que hacen en la suya el odio y los insultos de todos los hombres. Adán y Eva perdieron al mundo por el placer, Jesús y María lo redimen por el dolor, y Jesucristo clavado en la cruz es como un cuadro divino en el que Dios pintó desde la eternidad todas las infinitas hermosuras de su ser, y en el que los hombres han grabado en el tiempo los horrores infinitos del pecado. Pues bien: contempla tú, con san Lorenzo Justiniano, á María al pie de la cruz, como un divino espejo que se representa la Pasión de su Hijo. La imagen que se retrata en el espejo no es un objeto distinto del original, es su viva y perfecta representación; en el corazón de María se reflejan por altísimo modo los dolores que Jesús sufre en su cuerpo.

¿Y qué consecuencias puedes sacar del último título de corredentora nuestra á favor de María y de su Concepción inmaculada? San Pablo dice, hablando de Cristo, que necesitaba para ser Pontífice nuestro y borrar nuestras culpas ser santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y más alto que los cielos. ¿Y por qué proporcionadamente no decir lo mismo de María, reparadora del orbe perdido, título de nuestra libertad y causa de nuestra salud y mucho más?

¿Cómo contribuir á borrar la mancha del pecado en otros aquella que la contrajo, y ser víctima con Jesucristo, y altar sobre el que se inmoló Jesucristo, y sacerdote en el Calvario, habiendo sido reo de la mancha cuyos efectos venía á borrar la sangre purísima del cordero inmaculado y los dolores incompa-

rables de la Madre sin mancilla? ¡Oh, no! La mano impía que se atreviese á arrancar de la frente de la Virgen la azucena de inmaculada, marchitaría á la par cuantas flores de grandeza adornan las sienes purísimas que ciñe el sol y abrillantan las estrellas, y ya ves que, sin ser purísima, ni sería primogénita de las criaturas, ni digna Madre del Redentor, ni Madre y corredentora nuestra.

Coloquio.—Dios te salve, suavísima Virgen María, á quien Dios escogió por Madre ante todos los siglos, y como á tal preservó de toda mancha y fealdad de pecado original en tu limpísima Concepción. ¡Oh puerta del cielo y puerto de este siglo tempestuoso, medianera piadosa entre Dios y los hombres, adornada de todas las virtudes y gracias, hermosa más que la luna, escogida más que el sol, y sobre todas las estrellas resplandeciente! ¿Quién podrá ¡oh Madre y Virgen purísima! entender la abundancia de gracias que hoy recibiste cuando en las entrañas de tu bienaventurada madre santa Ana fuiste concebida? Tú eres aquella zarza espinosa que en el desierto con nuevo milagro ardiendo no se quema, porque abrasando las llamas del pecado original á los demás, á ti sola guardó el Señor. Tú aquella Arca del Testamento fabricada de madera incorruptible, en la cual se había de conservar no el maná incorruptible sino el pan vivo y celestial. Tú aquella nube ligera del día sobre la cual el Señor había de bajar á Egipto, porque aunque naciste de la tierra fuiste levantada al cielo sin peso ni graveza de pecado: nube verdaderamente del día, porque nunca fuiste obscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad. Tú aquella tierra de promisión que mana y nos produce leche y miel, leche de la humanidad, y miel de la divinidad de tu precioso Hijo. Alábente, Señora, los cielos y la tierra y los ángeles y los hombres se gocen en tus glorias y privilegios, ya que son glorias de la más dulce y cariñosa de las madres.

Propósitos.—Sacar de todo esto gran odio al pecado en vista de lo infinito que Dios lo abomina, pues ni el original permitió en su madre.

9 DE DICIEMBRE

(Prosiguen las meditaciones de la tercera semana de adviento.)

Sobre las penas del infierno.

Preludios.—**Baja con la imaginación al infierno, contempla aquella cárcel donde Dios, infinito en todos sus atributos, despliega todo lo espantoso de su furor; y pide que si el amor no te detiene en el camino del pecado, al menos te detenga el miedo á la justicia divina.**

PUNTO I

Qué cosa es el infierno.

Considera que la muerte y el juicio no inspirarían tanto terror, si no fuesen el preludio de un misterio cuyo sólo nombre hiela la sangre en las venas, de la eternidad del infierno. Debemos pensar y meditar en él, y meditar mucho, porque hay momentos en que sólo su recuerdo nos puede detener en la pendiente del abismo que parece que nos atrae. Aunque el mundo haga todo lo posible por olvidarlo, aunque la impiedad lo niegue, aunque las pasiones de ahora como las de siempre, se rebelen contra ese dogma que es el gran torcedor de la mala conciencia, aunque los sentidos te griten "no lo hemos visto„ y los malos instintos de tu corazón te digan "no queremos pensar en él„, salta tú por encima de todo, y á imitación de los santos medita en su terrible dogma, no como te lo pinta el mundo, sino como te lo pinta el evangelio de Jesucristo con su perpetuo crugir de dientes, con sus fuegos inextinguibles, con su compañía de demonios, sus espantosas torturas, sus cerrojos, que ni se rompen ni se ablandan, y sobre todo con su abrumadora eternidad. Aviva la fe, cree firmísimamente como crees en Dios y en el cielo, en el dogma del infierno, que ese santo temor te servirá para tu salvación tanto como el temor de Dios, que al fin y al cabo no es otra cosa más que el temor del infierno.

Considera, pues, ante todo, que una vez que el pe-

cado ha perturbado el orden moral puesto por Dios y que el hombre, por culpa suya, ha perdido, ofendiendo á Dios, el fin para el que el Señor lo había criado, hacía falta una sanción digna de Dios y de la malicia infinita del pecado; algo que restaurara dignamente el orden de la eterna justicia, algo que volviera por los fueros de Dios y que hiciera, que ya que el hombre no había querido caer como en su centro en el seno de la bondad de Dios, eterno y sumo bien de todo ser racional, cayese bajo el dominio y la esfera de su justicia. Esa sanción del pecado, ese justísimo castigo que impone Dios á los que violaron su ley y no quisieron aprovecharse de su misericordia, es el infierno.

¿Qué es, pues, el infierno? Es la prisión de la justicia divina; el arsenal terrible de sus venganzas; la manifestación de su odio infinito al pecado; el término de su cólera y de su furor; el centro de todos los males; es el reino de Lucifer; una cárcel terrible de furia y de desesperación: es la región de las lágrimas, el lugar de los tormentos, la tierra de las maldiciones, el destierro de todos los bienes y consuelos; es una pérdida sin reparo, un trabajo sin reposo, un dolor sin fin, y un mal sin remedio. Baja ahora en vida con frecuencia á aquella cárcel horrible, y mira aquel fuego, á cuya vista se apaga el de las pasiones; baja allí vivo, para que no tengas que bajar después de muerto. Mira allí la malicia del pecado, contempla aquel castigo que restaura la gloria de Dios y venga su honra, que castiga el pecado proporcionadamente á su malicia y á la vista de tan horrible mal, saca un propósito firmísimo de morir mil veces, antes que cometer un pecado mortal.

PUNTO II

De los males del infierno.

Considera que si el paraíso es un lugar que contiene todos los bienes, el infierno es el lugar que contiene

todos los males. Con hacer que me veas y me poseas, decía Dios á Moisés, te mostraré y te daré todo el bien; por eso el condenado, perdiendo á Dios pierde todos los bienes y caen sobre él todos los males, sin quedar parte en su cuerpo ni facultad en su alma que no tenga particular tormento. Obscurecen sus ojos tinieblas espantosas y lágrimas continuas; atormentan sus oídos gritos y blasfemias horribles, que dice y oye; su gusto es atormentado con hambre y sed rabiosa; el olfato, con hedores insoportables; el tacto, con el fuego devorante; su imaginación, con aspectos ó fantasmas terribles; sus apetitos, con continuos combates de todas las pasiones más crueles y violentas; su memoria, acordándose de los gustos pasados, que compara con los tormentos presentes; su voluntad, con los movimientos más opuestos y con los deseos más vehementes y más inútiles; ¿puede haber mayor mal que querer lo que no sucederá jamás, que es verse libre de sus penas y no querer jamás lo que será siempre, esto es, arder y padecer? Finalmente, el entendimiento será atormentado con las reflexiones más crueles y furiosas, con un gusano eternamente roedor, con la continua aplicación á la infelicidad de tu estado. ¡Ay, Señor; quién podrá comprender el poder de vuestra ira! ¡Quién podrá explicar sus efectos!

No solamente el infierno es un mal universal, sino que lo es sin intermisión ni alivio alguno; es sin intermisión, porque ni Dios, que es el autor de las penas de los condenados, ni los demonios, que son los verdugos, no se cansan nunca; y porque los réprobos, que son sujetos de estas penas, y sus pecados, que fueron la causa, subsistirán siempre, y no pueden morir. El infierno durará toda la eternidad para un condenado, siendo lo mismo que fué el primer instante que cayó en él, al cabo de miles y millones de años. La imaginación se pierde y la mente naufraga en ese mar sin fondo ni límites de la eternidad. Pade-

cer, y eternamente padecer, y padecer en todo y para siempre jamás, eso es el infierno. La pena de los condenados es un mal sin interrupción ni consuelo. En esta vida no hay mal ninguno, por grande que sea, que no tenga tregua ó alivio. Si es violento, no puede durar mucho y acaba con la vida y si no es violento, es sufrible; pero en el infierno la violencia no disminuye la duración. El paraíso es un bien puro, sin mezcla de ningún mal. El infierno es un puro mal sin mezcla de ningún bien. ¿Puédese imaginar alivio más pequeño que el que pedía el rico avariento, esto es, una sola gota de agua para humedecer su lengua, que ardía en un fuego voraz? Pues Abraham, el dulce y caritativo Abraham se lo niega. "Acuérdate, le dice, que tú te entregaste á todos los placeres en la vida, y esta es la razón porque ahora se te priva de todos„.

No solamente el infierno es un mal universal sin alivio alguno, sino que está privado de toda esperanza. Aquí en el mundo, por grande que sea un mal, nos consolamos cuando esperamos su término. La esperanza misma, aunque vana ó falsa, aminora nuestros trabajos, y engañándonos nos aliviamos; pero un condenado, ni puede tener esperanza alguna ni puede engañarse; pues toda la dejó en el umbral de aquella cárcel sin salida. ¡Qué pensamiento tan cruel! Padecer mucho, pero esperar mucho, es padecer poco; padecer poco sin esperanza, es padecer mucho; pero padecer muchísimo y padecer en todo, y sin esperanza, es el colmo de todos los males. Pues esta es la suerte de los condenados, á los que sólo queda como remedio la más funesta desesperación. En esto vienen á parar las falsas esperanzas de penitencia con que el demonio nos engaña y con que nosotros nos lisonjeamos, prometiéndonos una vida y unos años que haciéndonos diferir nuestra enmienda con el pretexto de ocasión más oportuna, impide nuestra conversión y nos pone en peligro de perdernos para siempre jamás.

PUNTO III

Del fuego del infierno.

Considera que hay un fuego en el infierno que atormenta á los réprobos. La fe nos lo enseña y la razón nos lo debe persuadir. A la mayor maldad, en el pecado, se le debe justamente el mayor castigo. El entendimiento humano no conoce otro mayor que el fuego, ¿pero un fuego material puede atormentar un alma espiritual? Yo no comprendo bien cómo es esto, es un misterio aterrador, pero sé que Dios me dice que es así, y esto me basta para que yo lo crea. Las palabras con que la Escritura se explica sobre esto son tan claras y tan evidentes que ó tengo que negar la veracidad divina ó someter mi juicio á la palabra de Dios: querer interpretarlas es no querer creerlas. ¿No creemos que Dios puede hacer más de lo que nosotros podemos comprender? Si no quieres creer que hay fuego en el infierno, después que Jesucristo lo asegura tantas veces, tienes bastante motivo para arder en él por toda una eternidad. ¡Infeliz de ti si esperas á creer el fuego del infierno cuando lo experimentes por ti mismo!

El fuego del infierno es un fuego que tiene una virtud extraordinaria y divina; para comprenderle, basta saber que es el instrumento de la omnipotencia de Dios, aplicado con un modo particular para atormentar á los réprobos y elevado para esto á una actividad sobrenatural, y esta es la razón, por la cual, aun siendo el fuego material, obra sobre los espíritus. Por esto la Escritura nos dice que está animado con el aliento de Dios, y esta es la razón, porque quema y atormenta las almas y los cuerpos sin consumirlos. Así la Escritura lo compara á la sal, que conserva los cuerpos, consumiendo una parte para conservar la otra; y los Padres de la Iglesia le llaman fuego de discreción é inteligente, que propor-

ciona su actividad y su ardor á la calidad de los culpados y á la multitud y grandeza de sus delitos, conservando á los delincuentes para castigarlos más tiempo y sin destruirlos jamás para atormentarlos eternamente. Si la sola vista de un fuego bien encendido nos causa miedo, si no podemos aguantar un ascua ni una chispa en la palma de la mano, ¿qué será vivir eternamente rodeados, bañados, penetrados por un fuego que participa de los atributos de Dios? ¿Y qué impresión deberá hacer en ti el temor del fuego del infierno, de quien el nuestro sólo es sombra, y que será la pena y castigo del fuego impuro en que ahora quizá te abrasas?

¿Cuál es el hombre, por ambicioso que sea, que para ganar un reino quisiera quemarse en un fuego lento durante un mes? ¿Qué digo, durante un mes, durante un día? La ambición le podría cegar tanto que aceptase este partido. Pero aun cuando su ambición le cegase y consintiese, en tan desacertada locura, apenas viese que lo arrimaban al fuego, se retractaría, si pudiese, de lo ofrecido. Nosotros que no querríamos comprar un reino á este precio, nos exponemos todos los días á arder en un fuego encendido por la ira omnipotente de Dios, y no por el espacio de un día, sino por toda una eternidad; no para ganar un reino, sino por un bajo interés, por un placer de un momento, por una vana honra, por cualquier pecado mortal, ¿puede haber conducta más incomprensible ni más frecuente? ¿Pero cómo concuerda esto con la razón y la fe? No obstante, este tu modo de obrar da á entender que careces de fe y de razón, que eres loco ó incrédulo, porque parece un misterio tan obscuro como el del infierno que creyendo lo que crees, sin embargo obres como lo haces.

Coloquio.—¡Oh Señor y Dios mío! He aquí á tus pies á quien hasta ahora ha hecho tan poco caso de vuestros favores como de vuestros castigos. Desgra-

ciado de mí. ¡Jesús mío! si no hubieseis tenido compasión de mí, cuántos años hace que estaría en aquel horno de vuestro furor, en donde están tantos con menos motivo que yo. ¡Y cómo pensando esto, no me abraso en afectos de amor y de gratitud! ¿Cómo podré pensar en ofenderos de nuevo? Ah, no sea así, Jesús mío; mil veces la muerte antes que el pecado. Ya que habéis empezado, dadme gracia para acabar la obra de mi salvación.

Propósitos.—Imita lo que practicaba aquel santo, que sintiéndose con una violenta tentación, acercando su dedo al fuego, se decía: "Si no puedes sufrir un momento el ardor de este fuego, ¿cómo podrás sufrir los ardores del infierno?„

10 DE DICIEMBRE

De las penas del infierno meditadas por aplicación de sentidos (1)

Preludios.—Mira con la imaginación la anchura y profundidad del infierno, como una concavidad muy espaciosa en el centro de la tierra y pide á Dios conocimiento íntimo y horror sumo de las penas que padecen los condenados, para que si por tus culpas te olvidas de su amor, á lo menos el temor de las penas te retraiga de pecar.

Punto primero.—Mira con la vista de la imaginación aquel fuego espantoso y las almas encerradas como en cuerpos también de fuego. Es aquel lugar como una cárcel obscurísima, ó caverna de fuego y humo intolerable. Mira los desdichados revolcándose en llamas abrasadoras, los cabellos erizados, los ojos

(1) Con gran acuerdo propone san Ignacio la meditación de las penas del infierno inmediatamente despues de las penas del pecado, para que así más le deteste y llore quien por su desgracia le cometió, viendo el reato que trae como consecuencia necesaria, porque al delito se ha de seguir infaliblemente el castigo en la otra vida, si Dios no usa de misericordia; en razón de que luego que el hombre peca, incurre en débito de eterna condenación, y viene á ser como el malhechor ya sentenciado sin recurso á morir en el suplicio. El blanco á que mira esta meditación, como todas las de los novísimos, es á retraer del pecado nuestro corazón, naturalmente temeroso de pena, y con especialidad de penas

desencajados, el aspecto horrible, mordiéndose las manos, y con sudores y afanes de muerte, y mil veces peores que la misma muerte.

Mira los demonios con figuras espantosísimas, no ya tentando á los infelices con sugestiones de placer, sino atormentándolos como verdugos sin piedad. Mira cómo los burlan y desprecian, golpean, hieren y despedazan con rabia insaciable, pues son esclavos suyos y los tienen bajo su poder para el tormento, como en el mundo los tuvieron para el pecado.

Luego dite á ti mismo: este es el paradero de toda iniquidad: aquí viene á dar sin remedio el que peca gravemente y no quiere servir á Dios. Y tú que te asustas de ver un ataúd, ó te conmueves tanto de presenciar una justicia, ¿cómo podrás vivir eternamente hollado de los demonios, y abrasándote sin cesar en las llamas del infierno? Pues esta es la pena que has de tener, si ahora no refrenas los ojos, puertas por donde tantas veces entró el pecado. Por lo mismo la primera resolución y fruto de esta meditación sea la fiel custodia para en adelante del sentido de la vista.

PUNTO SEGUNDO.—Será oir los llantos, aullidos, maldiciones y blasfemias de los condenados contra el Señor y sus santos.

Aplica bien el oído, y escucha el tumulto y confusión perpetua de aquellos calabozos infernales. Si cuando se quema una casa, tantos son los gritos y la confusión, ¿cuál será el estruendo de aquella gente innumerable que arde en vivo fuego?

Oye las maldiciones del condenado á su padre, ma-

---

eternas, motivo justísimo de arrepentimiento y freno poderoso para no volver á pecar. A este fin quiere el Santo que la presente meditación se haga con atención muy seria, aplicando los cinco sentidos á que perciban imaginariamente los tormentos eternos, porque así quedará más impreso en los ánimos este importantísimo dogma de nuestra santa fe y el alma, al considerar su peligro, repetirá muchas veces los actos de arrepentimiento y dolor ya concebidos, clamando sin cesar á las puertas de la clemencia divina para que le perdone, y no le deje caer en aquellos tormentos que no tienen fin.

dre, hermanos, amigos, criados; á los honores, gustos, riquezas, sitios y horas en que pecó, y también las que se echa á sí mismo por haberse condenado voluntariamente.

Oye en particular, pero con grande horror, las blasfemias horrendas que vomitan los desventurados contra su Criador y Señor, contra la sangre preciosa de su Redentor, y contra toda la corte celestial, desesperados y ciertos de que ya nunca ha de haber misericordia para ellos.

Ahora para tu bien reflexiona diciendo: si pagan así los pecadores las risas criminales ¡cuánto mejor será llorar y hacer penitencia de mis extravíos! Y aquí has de bendecir con toda el alma la misericordia de Dios, pues debiendo haber caído en el infierno por tus pecados mucho ha, como otros menos culpables, á ti te ha esperado hasta el presente día por sola su bondad. Mira no se acabe su paciencia, si añades uno más, y volviendo en ti desde hoy, cierra para siempre la boca y los oídos á toda palabra que pueda ser ofensa de Dios ó del prójimo, si no quieres ser compañero en las penas de los desventurados que rabian y blasfeman eternamente.

Punto tercero.—Aplicar el sentido del olfato á percibir el humo, azufre y hedor de la sentina del infierno. Siente qué aire tan pestífero, tan insoportable. Es hálito de cárcel apestada sin respiradero; es peor que el vaho de un calabozo debajo de tierra, es mucho más pestilente que la hediondez de sepulturas abiertas.

Además, los cuerpos de los réprobos estarán como agusanados y echando de sí más podredumbre que los cadáveres, tanto, que uno solo bastaría para apestar el mundo entero. ¿Cuánto será el hedor de aquella cárcel horrible, atestada de tantos cuerpos abominables? Podemos, fuera de esto, considerar que el fondo del infierno es como un lago de azufre derreti-

do de donde se levantan espesos vapores que, como no tienen salida, se van condensando cada vez más, cuya pestilencia, grave y casi palpable, respiran siempre los réprobos con ansias mortales.

Por otra parte, aquel desdichado lugar es una sima donde, después del día del juicio, ha de caer la podre, veneno y basura de toda la extensión de la tierra, viniendo á ser como una cloaca universal, donde los condenados se han de ver sumergidos y abismados. Imagina un poco cuál será el hedor de tanta inmundicia allí mezclada y junta. Sólo de pensarlo dan náuseas y congojas. ¿Qué será estarlo sufriendo por todos los siglos?

Reflexiona para utilidad tuya, diciendo así: Ahora en el mundo vemos á muchos coronados de flores y viviendo en delicias, los cuales huyen cuanto pueden de la menor cosa que los pueda molestar, y buscan con ansia todo género de placeres. De ordinario, las personas sensuales y delicadas viven en pecado. Pues éstos, en el infierno, padecerán á medida de los gustos que en el mundo tuvieron. ¡Qué desdicha gozar aquí para penar tanto después!

PUNTO CUARTO. — Gustar imaginariamente las amarguras, lágrimas y hieles de los condenados.

Gusta primeramente el llanto acre y mordaz que siempre les corre de los ojos, surcándoles y abrasándoles la cara. Si ahora en nuestros cuerpos, por efecto de un susto repentino, ó arrebato de ira, tristeza, envidia ú otra pasión, suelen resultar indigestiones, bilis derramada, sangre corrompida, paladar muy amargo, hálito pestilente, toses, náuseas, vómitos y otras miserias de mucha angustia para quien las sufre, y de no poca pena y asco para quien las ve, ¿qué será la boca y resuello de un condenado? No hay en el mundo hedor ó cosa repugnante que se le pueda comparar.

A esto se añade el gusano de la conciencia, que

siempre les está royendo las entrañas y vomitando en ellas hiel muy amarga y remordimiento perenne, fijos de continuo los infelices en el pensamiento de su desgracia, en la condenación irreparable y en la facilidad con que pudieron haberse salvado.

¿Y qué diremos de la sed y hambre que los atormenta? Rabiosa es la sed, causada por el ardor y continuo gritar. Hace ya muchos siglos que el rico avariento tiene las fauces secas y la lengua fuera con el ansia y deseo de una gota de agua y nunca se la darán, pues lo que allí hay es hiel de dragones, veneno de áspides, pez hirviendo y azufre derretido. El hambre es más que canina, y así de continuo sufren languidez, inanición y apetito vivísimo de comer algo; pero no tendrán otra cosa que materias que les abrasarán las entrañas.

Haz á ti mismo ahora la aplicación. Si este es el pago de la gula, ¿no te resolverás á refrenarla desde hoy para no venir á parar en los tormentos con que allí se castiga? Los santos no se contentaron con enfrenarla, sino que la vencieron y domaron con abstinencias, ayunos, raíces amargas, ceniza y otras invenciones repugnantes de pasmosa maceración. ¿Y tú, qué haces? ¿Quién sabe si aun de los ayunos tan suaves que manda la santa Iglesia tienes que decir y murmurar? ¿Quién sabe si aun de la templanza pasas los justos límites? Advierte que la gula y glotonería viene á dar en ayuno y hambre eterna.

Piénsalo bien ahora que estás á tiempo, y empieza desde hoy á someter con valor la carne al espíritu, para que el espíritu viva sujeto á Dios, pues de la templanza empieza la carrera de la vida espiritual.

Punto quinto.—Tocar con el tacto de la imaginación el fuego que martiriza las almas de los condenados.

Vivo y muy atroz es el dolor que causa. El fuego de acá es como pintado en comparación de aquel,

porque aquel le encendió y mantiene la ira de Dios, para que sea terrible instrumento de su justa venganza.

En él viven sumergidos los condenados como el pez en el agua, ó más bien, penetrados como una brasa, entrándole las llamas por la garganta, venas, músculos, huesos, entrañas y todo el interior.

El junta y cifra en sí todos los males y dolores que pueden afligir y atormentar nuestra carne y espíritu: heridas, convulsiones, agonías, males de gota y piedra, golpes, azotes, cadenas, potros, tenazas, espadas, ruedas y garfios.

Y también atormenta las almas. No se comprende el modo, pero ello es cierto, que con formidable actividad penetra y atrozmente martiriza los mismos espíritus, porque enseña la fe, que también los demonios arden y padecen la pena de fuego.

Aplica esto á ti diciendo: ¿Quién podrá habitar en ardentísimo fuego que abrasa y no consume? Piénsalo bien y mira lo que escoges. O infierno, ó penitencia. Para el pecador no hay otra disyuntiva. O despegar el alma de todo afecto gravemente desordenado, ó arder en cuerpo y alma para siempre. Escoge, pues: ó vivir siempre feliz y no morir jamás, ó penar siempre y no poder nunca vivir; poseerlo todo, y no desear nada; ó desearlo todo y no poder poseer cosa alguna; descansar eternamente sin fatigarse jamás, ó trabajar siempre sin algún descanso; estar siempre contento y jamás triste, ó estar siempre triste y jamás contento; amar siempre sin poder aborrecer, aborrecer siempre sin poder amar, ese es el premio de los buenos y el suplicio de los malos.

Escoge de estas dos eternidades la que más te agrade, porque la una ó la otra te está aguardando, y después de la muerte hallarás la que hubieres escogido durante la vida. Si vives bien, hallarás una eternidad de contentos y de deleites; si vives mal, entrarás en una eternidad de penas y de tormentos. Com-

para, pues, una eternidad con un momento; una eternidad de contentos con un momento de penas, y una eternidad de penas con un momento de deleites. Porque nada es largo si se ve su fin, y nada es corto si no tiene término. Si es cosa dura vencerte, más dura será condenarte. Examina, pues, los senos más ocultos de la conciencia, y ahora que puedes y Dios te convida, modera y corrige de una vez, á vista de las llamas eternas, todas tus aficiones culpables é intenciones siniestras. No dejes de proponer y hacer desde luego cuanto conozcas que Dios te pide. Con esta firme resolución, puesta en práctica sin tardanza, quedarás libre del peligro de caer para siempre en las hogueras infernales.

Coloquio.—Bendito seáis eternamente, Salvador mío, que por vuestra inmensa bondad me habéis librado de la eterna condenación. Ya que conozco el peligro en que me puse, tiemblo de pies á cabeza: pero también me siento alentado á confiar en Vos viendo vuestra gran misericordia para conmigo. ¡Ah Redentor mío! Si entre tantos desventurados no me encuentro yo, es por pura misericordia vuestra, pues aunque nací en el seno de la Iglesia, y conservo en el corazón la verdadera fe, con mi conducta he pisado mil veces vuestro santo Evangelio, y seguramente soy mucho más criminal. Lo confieso: tiempo ha que debiera haber caído sobre mí la espada de vuestra justicia con tanto más rigor cuanto fué mayor mi ingratitud y deslealtad. Pero á vuestra infinita clemencia debo la vida en que respiro todavía. Habéis disimulado, me habéis sufrido, me habéis esperado. ¿Qué digo sufrido y esperado? Me habéis colmado de beneficios para vencer mi rebeldía y salvarme. Gracias os doy con toda mi alma, y á vista de tanta paciencia y misericordia me pesa mucho más de haberos ofendido. Lo que humildemente os ruego es que de hoy en adelante tengáis mi espíritu atravesado con vuestro santo temor, como con un acero agudo, si tanta es mi dureza que no lloro de agradecimiento y amor de vuestra benignísima piedad.

Propósitos.—Enfrenar la concupiscencia de la carne y abrazarme con la penitencia y padecimientos siempre inferiores á los merecidos por el pecado y á los que en el infierno se padecen.

11 DE DICIEMBRE

Del infierno del alma.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Suplicio de las potencias del alma.

Suplicio de la memoria. El alma del condenado tendrá presente los bienes y delicias de su vida pasada, y su recuerdo le afligirá. Todo pasó para mí como una sombra, exclamará. Apenas gocé de mis riquezas, cuando las dejé para que otros las disipasen. ¿De qué me han aprovechado? Y hubiese yo podido, usando bien de ellas, adquirir el cielo.

Recordará las gracias de que abusó: los sermones que oyó, los ejercicios que hizo, los remordimientos con que Dios le punzaba, las inspiraciones á que cerró voluntariamente los oídos. ¡Ah!, otros... quizá los cómplices de sus vicios, se aprovecharon de tantas gracias de Dios; y él no quiso, y se condenó.

Recordará los males que hizo, los pecados que cometió; pecados de la mocedad, de la juventud, de la edad viril; contra Dios, contra el prójimo, contra sí mismo; desórdenes opuestos á la razón. Su recuerdo le avergonzará y lo arrojará en espantosa desesperación. Todo, lo bueno y lo malo, lo placentero y lo desagradable, todo disfilará como una sombra por su memoria y todo servirá únicamente para atormentarlo cruelísimamente.

Suplicio del entendimiento. Serán de horrible tormento para el condenado estas reflexiones: me he condenado locamente, para ello tuve que andar por

caminos ásperos, devorando más tedios, pesadumbres y trabajos en la senda de la iniquidad y perdición que hubiera padecido practicando la virtud. ¡Más caro me cuesta el infierno, que á los justos el cielo! Si hubiera hecho y padecido por Dios, lo que hice y padecí por el mundo, por la vanidad, por el demonio, por mis pasiones, no estaría ahora donde estoy.

¡Me he condenado por un puñado de oro, por un pedazo de pan, por una pasión insensata!; por un deleite de bestias, por un poco de humo; por cosas que nunca satisficieron la sed de mi alma, ni llenaron cumplidamente los deseos de mi corazón. *Ergo erravimus.* ¡Infeliz! ¡me condené por mi culpa: me condené porque quise! Y ese gusano roedor, ese recuerdo fijo, eterno del abuso de la gracia de Dios, de la facilidad de la penitencia, será como el infierno del infierno del cristiano.

Suplicio de la voluntad. El corazón del condenado es un mar alborotadísimo de pasiones desenfrenadas que no pueden saciarse. Maldice el abuso que hizo de su libertad, el abuso del tiempo que malgastó; maldice á los compañeros que le sedujeron y con quienes repitió: coronémonos de rosas, disfrutemos de la vida, no haya prado ó verjel donde no dejemos estampada la huella de nuestros desórdenes é impurezas. *Ergo erravimus a via veritatis.*

PUNTO II

Suplicio de la pena de daño.

Considera que este arrepentimiento es tardío, completamente inútil, y no sirve sino para mayor tormento del condenado. *In inferno nulla est redemptio;* es imposible volver atrás. Y se ve precisado á odiarse á sí mismo, causa voluntaria de su desventura y perdición. ¡Estoy en el infierno porque quise! Bien me lo decían y con él me amenazaban, pero me

hice el sordo y creí poder burlarme de Dios y de sus amenazas. Odia el triste réprobo á los compañeros de sus tormentos, á los demonios, á los demás condenados. No tendrá el desgraciado ni un solo acto de amor: odiar y aborrecer es la ocupación de su voluntad. Odia á los bienaventurados del cielo, á los que antes calificó de insensatos y de necios. Pero ahora, ¡qué pena, qué envidia abrasará al condenado cuando vea que son ensalzados á la gloria esos mismos que en el mundo tuvo á sus pies! ¡Qué rabia y odio infernal se apoderará de él, al considerar su propia desventura y la dicha de aquellos á quienes no se dignaba ni siquiera mirar! Pero sobre todo, y este es el mayor tormento del condenado, aborrece entrañablemente á Dios, cuya posesión ha perdido.

Pena de daño, la mayor de las penas, la cual según la doctrina de santo Tomás, es en cierto modo infinita, porque priva de Dios, que es bien infinito. No ver á Dios, perderlo para siempre... Ahora no sabemos lo que es, porque ni conocemos ni amamos á Dios. El niño que pierde á su madre, juega junto á su cadáver, porque no sabe lo que es una madre. Cuando sea adulto la llorará. Así nosotros, sólo en la eternidad podremos entender lo que es Dios, lo que es poseerlo y lo que es perderlo para siempre. Horrible cosa perder nuestro último fin. ¡Oh, si el condenado pudiera amar á Dios! ¡Si pudiera, lanzaríase á sus brazos como la montaña á su centro! Pero aunque comprende que Dios es infinitamente bueno, infinitamente amable, y que en su posesión está toda la felicidad de la criatura; con todo, se ve alejado de El, porque es su enemigo irreconciliable y objeto de la cólera celeste; y odia y maldice esa santidad y rectitud infinita. Y como se apartó en el mundo con su voluntad del que era su centro y su fin, así resuena ahora sin cesar en sus oídos la voz del Señor: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. Os llamé mientras gozabais de libertad y abusabais de mis dones;

y rehusasteis volveros á mí; os convidé con los bienes de la gloria y me despreciasteis; os tendí mis brazos desde la cruz, y me volvisteis la espalda, teniendo por ídolos á las pasiones de vuestro corazón: justo es, pues, que ahora ardáis eternamente con esos ídolos que os fabricasteis, y á los cuales quisisteis rendir eternamente culto.„

PUNTO III

Suplicio de la eternidad.

Considera cómo padecerá el condenado horriblemente sumergido en aquel inmenso mar de fuego, sin esperanza de conseguir misericordia con sus lágrimas y súplicas; sin esperanza de ablandar nunca á Dios con penitencias; sin esperanza de pagar por entero ni de disminuir jamás las deudas con los tormentos. ¡Eterna desesperación! Parémonos unos instantes á considerar lo que significa la eternidad de las penas y la pena de la eternidad. Eternidad quiere decir, que siempre durarán, que nunca tendrán fin. Para formar algún concepto de cosa tan terrible, extendamos la imaginación á cualquier número de años ó millones de años, y hallaremos que después de pasado, la eternidad se queda entera. Pasen por un condenado tantos millones de años como gotas de agua han caído sobre la tierra y han de caer hasta el fin del mundo, juntas con las que componen todos los mares. Tantos como hojas ha habido, hay y ha de haber en todos los árboles y plantas del mundo. Tantos como son los rayos del sol, átomos del aire y arenas del mar. Y después de haber pasado todo este número de años incalculable, han de comenzar de nuevo los tormentos de aquellos infelices, como si fuera el primer día, quedando tan entera la eternidad y el padecer, como si no hubiera pasado ni un solo instante.

Todo allí es eterno. El condenado será eterno, no

sólo en el alma, sino también en el cuerpo. Deseará la muerte, pero la muerte huirá de él, antes bien la rabia de deshacerse le dará terribles tormentos viendo que no puede morir. El fuego en que se abrasa también es eterno, porque lo mantiene, como dice un profeta, el soplo de la ira divina. El gusano de la conciencia que le muerde y roe, será también eterno, como lo aseguró Cristo N. S., porque la podredumbre de donde se engendra, que es la culpa, no se acaba. El decreto de Dios que condenó al infeliz, es eterno é inmutable, porque está resuelto á no revocar la sentencia definitiva que una vez pronunció contra él. En fin, todas sus penas serán eternas; pues las culpas también lo serán, por cuanto allí no hay perdón de pecados, ni penitencia verdadera, ni satisfacción que se acepte, ni la sangre de Jesucristo se le aplica. De donde procede que el que quiere morir sin penitencia de sus pecados, virtualmente quiere permanecer en ellos para siempre y ser castigado para siempre. Pues para no incurrir en tan horrenda desgracia y moverte más á llorarlos con gran amargura, figúrate haber ya caído en aquellas eternas llamas, y que, abominándote á ti mismo, con tristes ayes te dices de esta manera: ¡Ay, necio y desventurado de mí, que cerré tantas veces los oídos á las voces con que Dios me llamaba, que me pude con poco trabajo salvar y no me salvé, que pude fácilmente evitar estas penas y no lo quise con resolución! Este ha sido el fruto de mis pecados. Pero ya no hay remedio. Ya no habrá dicha para mí. Condenado estoy, tormentos son mi herencia, y por un punto de honra vana, por un vil interés, por un deleite de la carne sucia, ardo ahora en este fuego atroz, y arderé por toda la eternidad.

Además de ser eternas, son también continuas sin interrupción, é invariables sin disminución, de modo que no cesarán ni por una hora, ni por un momento, ni habrá un mínimo alivio, como se vió en el rico

avariento, á quien Abraham negó tan corto refrigerio como era tocarle la lengua con el dedo mojado en agua; antes bien se les aumentarán á cada hora con la compañía de los nuevos condenados que irán llegando. Ni con ser los tormentos tan largos y continuos se gana costumbre en el padecer para causar alivio, antes cada día se hacen como nuevos y con nueva impaciencia se recrudecen. Ni se embotará nunca el sentido del dolor, sino que cada vez será más vivo y sensible, porque como siempre crece la soberbia y el odio contra Dios de aquellos desventurados, así les crece también la ira, la envidia, la impaciencia, la rabia, y de consiguiente la pena.

Alma mía, ¿qué dices á esto? Si estando en cama blanda tanto sientes pasar una larga noche en vela y con dolor, esperando con ansia el alivio de la alborada, ¿qué sentirás en aquella noche eterna donde nunca ha de amanecer una aurora, donde no tendrás un instante de refrigerio, donde nunca verás un rayo de esperanza?

Coloquio.— ¡Oh Dios mío! Tened misericordia de mí, libradme de vuestra ira y no me castiguéis con vuestro furor. De mi parte prometo, con el favor de vuestra gracia, que por ninguna cosa del mundo me expondré jamás á tan espantoso peligro, enmendando enteramente mi vida, huyendo en consecuencia de las ocasiones de ofenderos, y luchando hasta vencer mis pasiones, y especialmente la que siendo, como dominante, causa funesta de mi desdicha, me ha puesto tantas veces en riesgo inminente de condenación eterna. Libradme de ella, Dios mío, por vuestra infinita misericordia, por el amor de vuestro Sagrado Corazón.

Propósitos.—Cuando me vea en algún trabajo, piense que tengo merecido el infierno: *Domus mea infernus est:* allí debía estar yo.

12 DE DICIEMBRE

Sobre la eternidad de las penas del infierno.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La eternidad de las penas las reclama Dios.

Considera que negar la eternidad de las penas es desconocer á Dios, cuyos atributos son igualmente infinitos. Piensa, por ejemplo, en su santidad. Pues bien: considera que Dios no es santo, sino porque detesta infinitamente el pecado, y porque lo detesta le hace la guerra y lo persigue de muerte. El plan maravilloso de su providencia no es otro que acabar con el pecado sin herir la libertad humana. Pues ahora pondera que nada sirve para apartar á los hombres del pecado, sino el temor de la eternidad de las penas. ¿Qué sirve sin eso? Las penas dictadas por las leyes humanas no sirven más que para que los hombres las huellen cuando están seguros de librarse de la pena. Los mismos castigos divinos, pero temporales, de la otra vida, no contienen las pasiones, que apenas tiemblan ni retroceden delante de lo eterno, y, por consiguiente, no se asustan de nada temporal. Porque hay momentos en que el espíritu se turba, el corazón desfallece, la tentación ruge, el abismo nos atrae... y en esos momentos decisivos, si algún pensamiento nos detiene al borde del abismo, es sólo la idea de la eternidad. Dios, en efecto, ¿no nos amenaza también con las penas terribles, pero temporales, del purgatorio? ¿Y hay muchas personas que por sólo el miedo del purgatorio se abstengan de pecar? Jesucristo era sabiduría eterna y sus apóstoles eran hombres sencillos. Pues bien, Jesucristo les predicaba la eternidad de las penas á ellos y á las turbas que lo seguían. Conocía Jesucristo el corazón del

hombre; por eso el Evangelio encierra más amenazas del infierno que promesas del cielo.

Mira lo que hace la sabiduría de los legisladores terrenos. Castiga á los criminales con la muerte civil, separándolos para siempre de la sociedad, y contra los más criminales pronuncian la pena de muerte corporal. Cortan de la sociedad y arrancan del árbol de la vida los miembros indignos de ella. ¿Y qué es, dice san Agustín, la pena de muerte, sino una pena eterna en cuanto puede serlo? Toca, en segundo lugar, á la sabiduría del legislador supremo el coronar las leyes con tal sanción que garantice su observancia. Pues negar la eternidad de las penas es acabar con toda sanción, puesto que un día, buenos y malos, justos y malvados, habrían de verse juntos y felices en el cielo. Llegaría un día en que la luz y las tinieblas, el vicio y la virtud se habían de confundir, y en que podríamos ver á la infame y perdida mujer que pasó la vida en el cieno del vicio, junto á la purísima virgen que exhaló en el claustro el perfume de las azucenas. No, la sabiduría pagana se sublevó contra esta conclusión no menos que el evangelio. La razón se rebela, el corazón se indigna contra estas absurdas consecuencias, y este dogma que parece tan difícil y absurdo, viene á ser la última palabra de la razón y del buen sentido, sobre Dios y la moral.

Quita de la vida futura la certeza de una eternidad y lo mismo da haber sido bueno y santo que haber llenado de escándalos el mundo; porque lo que no es eterno es transitorio, y lo transitorio es nada en la eternidad. La vida presente, decimos todos que es un sueño, pues la futura sería un sueño de algunas horas más si después de él fuese igual el despertar para todos, para el oprimido y el opresor, para el que pasó la vida guerreando por Dios y el que la pasó blasfemando de Dios. ¿Te parecería bien este resultado final? ¿Es justa esta liquidación definitiva? ¿Seríamos

buenos á ese precio? Luego si no hay eternos castigos todo lo demás vale poco, porque como dice san Agustín: "*Quod eternum non est, nihil est*". Además, la justicia de Dios quiere el infierno eterno, porque es propio de ella el recompensar ó castigar de un modo digno de El. Ahora bien, castigar con pena eterna al pecador no es más que justicia, porque el hombre eterniza en cuanto puede su rebelión y su impiedad, porque el pecado no es más que separarse de Dios y unirse á la criatura. Así el pecador se apega al mal y al pecado su corazón en cuanto puede, eternamente. ¿Cuántas veces no dice el pecador al objeto de su amor, que no quiere más gloria que su goce y que eternamente le será fiel? Esa es su intención, pues, eternizarse en el mal en cuanto puede, y esta es observación de san Agustín. Justo es, por tanto, que el que en su voluntad ha querido siempre pecar, padezca para siempre las consecuencias de su pecado.

Oponen los impíos á la sabiduría de Dios su misericordia. Cierto, la misericordia de Dios es infinita, pero Dios no existe sino porque es infinito en todos sus atributos y si no no sería Dios. Separa esta justicia de la misericordia y desde luego dejaría de ser el Dios de la virtud y se haría cómplice de nuestros pecados, porque aun entre los hombres las penas temporales y transitorias no se reputan verdaderas penas. Luego si es justa esa misma justicia, si ha de ser recta y tener sanción digna de ella y gobernar el mundo con sabiduría, exige la eternidad en sus castigos, así como exige para los buenos la eternidad de los premios. Además, esta misericordia que tanto consuela al hombre y tanto alienta al pecador, ¿cómo la conocemos? Está y la hemos visto humanada en Jesucristo que muere en la cruz para salvarnos. Pues esa misericordia es la que nos habla en términos tan claros de la eternidad de las penas, que es imposible ponerlas en duda: "Irán al fuego eterno... ¿Y qué hacemos de esas palabras tan claras? ¿Son ciertas?

¿Dónde está, pues, la dificultad de creerlas? ¿Son exageradas? Luego atacamos la veracidad del mismo Dios. Aviva, pues, tu fe en este espantoso misterio y que él te sirva para alejarte cada día más y más del pecado y unirte más al amor y misericordia de Dios para evitar el peligro de caer un día en los fueros de su justicia.

PUNTO II

La eternidad de las penas la exige la naturaleza de la vida.

Considera que el hombre está hoy en camino hacia un término final y que la vida es una prueba que ha de resolverse en un estado definitivo, y que ningún destino del hombre puede tener importancia verdadera si no tiene ese carácter definitivo. La vida, pues, es una lucha del bien y del mal, del vicio y la virtud, y la victoria del orden y del bien ha de ser eterna, como el mismo Dios. Morir santo y morir criminal, y ser luego destinados á penas y recompensas pasajeras para encontrarse un día unidos, y ser iguales por toda la eternidad, ni es digno de la idea de justicia absoluta que tenemos de Dios, ni de la que tenemos de la vida, que es una milicia sobre la tierra. Aquella suprema y definitiva liquidación es un desheredamiento del patrimonio de familia, que es el cielo, al que renuncia el pecador endurecido. Pero ¿y no se podrán arrepentir? Es una ilusión más, un ataque más al orden natural y al sobrenatural. No; el arrepentimiento es imposible, porque en el orden moral ya no existe el mérito, y en el orden sobrenatural ya no existe la satisfacción de las penas, ni la gracia del perdón. ¿Por qué? Porque el alma tiene necesidad, dice santo Tomás, del cuerpo para llegar á su fin, para caminar, para merecer; y aún más claro lo dijo Jesucristo: "Llegada la noche, que es la muerte, ya no podéis trabajar„. Ya no hay cambio, ni mérito, ni dolor que satisfaga. No hay más tiempo.

Tempus non erit amplius, y todo está dicho. Con el tiempo se va todo, y no queda más que la eternidad fija, inmóvil, pesando toda ella como una esfera que gravita sobre un punto nada más, sobre el desgraciado pecador.

Eso en el orden moral: en el sobrenatural, Jesucristo también dice que no hay más allá de la muerte gracia, ni por tanto, salvación. No hay otro tiempo más que el presente para merecer. Aquí la sangre de Cristo se nos da á torrentes en los sacramentos, y de mil maneras; pero pasado el dintel de la eternidad, cesa la economía de la Encarnación. Allí no hay sino justicia, y ni una gota siquiera de la sangre de Cristo va á refrigerar las llamas del infierno. El árbol, una vez caído, no se levanta. Se cerró la puerta: "*Clausa est janua*,„ y esta palabra del Evangelio es la que nos recuerda aquella terrible sentencia. ¡Oh Vosotros que entráis, dejad toda esperanza en el dintel de esta puerta. Aquí ya no hay esperanza. Ese es el infierno, todo el infierno, con toda la eternidad del infierno.

Pero, ¿no perdonará Dios á los desgraciados precitos? Y ¿cómo los perdonará Dios, cuando en el infierno, la voluntad que murió depravada sigue fija é inmutable, en el crimen? Porque hay infinita diferencia entre aborrecer el pecado como manantial de penas, y odiarlo por lo horrible de la culpa. El castigo del pecado no devuelve la inocencia, así como la muerte no devuelve la salud. Las almas corrompidas detestan el mal por las terribles consecuencias de él, no porque lo miren como una acción de suyo mala y digna de reprobación. Pues así son los condenados, semejantes, dice la Escritura, al yunque, que se endurece más mientras más se golpea; más endurecidos están en el pecado, mientras más los castiga Dios. Es cierto que pasan siglos y siglos y que ruge sobre ellos la ira del Señor; pero también lo es que allí se consuma ese horrible misterio que empieza aquí con el en-

durecimiento, y que sus lágrimas lloran el dolor y la pena, pero no el pecado; son esclavos que rugen de rabia, no hijos que lloran de pesar; luego si siempre existe la culpa, justo es que siempre exista la pena.

Pero ¿qué proporción hay entre un pecado que se comete en un momento y una eternidad de dolores? Pues considera cómo se castigan y se premian, aun en este mundo, las acciones por lo que valen, no por lo que duran. Un leal soldado realiza una hazaña gloriosa en pocas horas, quizá en pocos minutos, y el lauro dura toda su vida y aún no basta. Su gloria se extiende á toda su descendencia. Es una especie de eternidad de gloria. Un criminal asesina en pocos momentos á toda una familia, ó la hunde en la miseria. La justicia humana condena á pena de muerte á ese monstruo. ¿Habrá quien diga que el juez no debía condenarle á padecer sino por el tiempo que duró el crimen? ¿De qué depende, pues, el reato de la culpa? De lo perverso de la intención y de la injuria que se hace á Dios, pues el pecado es un parricidio, aún es más, es un deicidio, pues que, según el Apóstol, los que pecan vuelven á crucificar á Cristo. Con razón, pues, pesa sobre el condenado la eternidad, y mientras Dios fuere Dios, pesará sobre ellos el brazo de su furor, y millones y millones de años no bastarán para purificar aquellas tristes almas, identificadas ya con la culpa. ¡Terribles y espantosas consideraciones! ¿Y tú qué haces, qué piensas, si en eso no piensas? ¿Y adónde caminas, á la eternidad feliz, ó á la desgraciada? Fácil es saberlo. ¿Estás en pecado mortal? Pues ya sabes cuál es tu término. ¿Quieres salir de ese estado? Pues haz un propósito firme de morir mil veces antes que volver á ofender á Dios, y de lavar con lágrimas y con sangre las manchas de tu alma.

PUNTO III

La eternidad de las penas la exige la naturaleza del pecado mortal.

Considera que no nos cuesta trabajo creer qué méritos finitos merecen eterna recompensa, tanto más, que si el dolor fuese eterno, no habría lugar á recibir el premio merecido. Lo que no podemos entender es que un solo pecado mortal, aun de pensamiento, merezca eterno suplicio. Las acciones hechas en gracia, merecen premio á causa de los méritos de Cristo, pero, ¿cómo una acción limitada y finita merece una pena eterna? Hay misterios que precisamente lo son, porque superan á la flaqueza de nuestro entendimiento. Cinco, principalmente, señala santo Tomás: El misterio de la Trinidad, de la Encarnación, el de la transustanciación, la resurrección de la carne y la eternidad de las penas. Hay teólogos que dicen que los réprobos no dejan de pecar en el infierno; luego no hay injusticia en castigar eternamente al que eternamente peca. Pues aunque esto no fuese exacto, considera cómo aun durante la vida, el pecador ha encontrado, ó á lo menos buscado, la eternidad en el mal. Quisiera prolongar un placer pecaminoso eternamente, y por tanto, se hace reo de una pena proporcionada á su pecado. Por eso, dice san Gregorio, Dios que no mira tanto á las acciones como á la voluntad, eterniza el suplicio de los que hubieran deseado eternizar la culpa.

De aquí se sigue que el réprobo jamás borra los pecados cometidos, porque está privado de la gracia de Dios, de modo que ni una sola vez, por toda la eternidad, podrá decir: "Señor, ten piedad de mí„. Luego allí no hay más que demonios, esto es, desesperados. De aquí viene que un malvado en la vida y un condenado se parecen en la imposibilidad en que se encuentran ambos de salir del pecado por sus pro-

pias fuerzas. Sólo el socorro de la gracia de Dios, que no se nos niega jamás durante la vida, es lo que diferencia al pecador del réprobo. Pero el mismo Dios nos lo dice bien claro: Considerad que ahora estoy dispuesto á perdonaros. Pero un día vendrá en que cesará la misericordia para dar sólo lugar á la justicia. Mil veces se nos ha advertido esto durante la vida, ¿de quién, pues, nos podremos quejar?

Además, las malas obras se oponen á las buenas. Estas merecen recompensa eterna; luego, ¿por qué las malas no merecerán eterno castigo? Ya Jesucristo dijo clarísimamente, "*ibunt hi in suplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam*". Y con razón dice san Agustín: "Un hombre que da la muerte á lo que podía gozar de vida eterna, merece ser eternamente castigado con pena eterna". Pues considera que el hombre se priva á sí y á su alma de la vida por el pecado, luego merece algo más que la privación de la misma vida, como el que mata á su prójimo temporalmente, merece pena capital.

Pondera, por último, que la malicia del pecado mortal es tan grande é infinita, que no se podría compensar por pena alguna si Dios no lo perdonase. Mira que Dios, que al hacer manifestación de su amor nos ha dejado atónitos, al hacerla de su justicia que es igual á su bondad, nos dejará aterrorizados. No se puede, pues, suficientemente agradecer la bondad de Dios que perdona una y mil veces, con tal que se arrepienta uno antes de la muerte. Tanto más, que siendo infinita la malicia del pecado y no pudiendo ser castigado intensivamente con aquella infinidad que merecía, á lo menos extensivamente puede y debe ser castigado en el infierno.

Coloquio.—¡Oh terrible justicia de Dios! ¿Quién no tiembla en tu presencia? Líbrame, Señor, de tu ira y no me castigues con tu furor, ampárame con tu misericordia para que no caiga yo en tan espantosa y eterna miseria. Alumbra mis ojos ¡oh Dios mío!,

para que viendo claramente estas verdades, obre según ellas y no sea yo eternamente desgraciado. Mil muertes, Señor, antes que ofenderos, pues la voz de tu eterna justicia me hace temblar. Amete yo, Dios mío; cumpla tu santa ley, para que no venga jamás á ser víctima eterna del furor de tu justicia.

Propósitos.—Meditar con frecuencia en la eternidad de las penas, para odiar cada día más y más el pecado mortal.

13 DE DICIEMBRE

(Cuarta semana de adviento.)

Sobre la tibieza espiritual.

Preludios.—**Imagínate á tu alma dormida al borde de un horrendo precipicio y al demonio, al mundo y á la carne, esforzándose en precipitarte en él. Pide á N. S. te despierte con la voz de su santo temor y te anime á emprender vida de fervor y de espíritu.**

PUNTO I

De la esencia de la tibieza.

Considera que no ser ni frío ni caliente en el servicio de Dios, arrastrarse más que andar por los caminos de la virtud, eso es ser tibia un alma. Un alma tibia, no quisiera cometer pecados mortales, pero comete con facilidad y sin escrúpulo los veniales; no quisiera dejarse llevar de la cólera, pero es agria y áspera en sus respuestas; seca é impaciente en sus acciones; no murmurará de una falta grave del prójimo, pero gusta de entretenerse en las faltas de otros, y de hacer de ellas la sal de sus conversaciones. La abierta deshonestidad le horroriza aún, pero se goza en la vida delicada, regalada y perezosa; no desea los bienes ajenos, pero guarda y conserva con sobrado asimiento los propios. Empléase en buenas obras, pero con frialdad y con intención no muy pura; llégase á los sacramentos, confiesa á menudo,

frecuenta la Comunión, pero ni se prepara mucho, ni se enmienda, ni tiene más fervor, cuando comulga, lo que suele hacer por costumbre y rutina; reza muchas oraciones, pero sin atención ni devoción. Así, pues, aunque las obras que hace sean buenas, no están bien hechas; porque haciéndolas mal ó por motivos naturales, les falta la regla y espíritu interior, y obrar de esta manera, es no obrar del todo bien ni cuando Dios quiere. En fin, un alma tibia es paciente, cuando no tiene que sufrir; es blanda, si no se le contradice; es humilde, con tal que la prefieran á todos, y caritativa, pero con aquellos que la lisonjean ó no le contradicen. El alma tibia quisiera ser santa, pero sin las virtudes necesarias para la santidad: quisiera tener estas virtudes, pero sin tomarse el trabajo necesario para adquirirlas; ó adquirirlas, sin vencer sus gustos ó inclinaciones; y quisiera vencerlas, pero sin que esto le costase esfuerzo ni propio vencimiento. Quisiera, en fin, salvarse, pero sin que le costase trabajo, y ganar el cielo, pero sin hacerse violencia alguna. Esta mezcla de frío y de calor, de bueno y de malo, ese no hacer caso de culpas veniales ni adelantar en la perfección, ni tomar los medios adecuados para ello, es la esencia de la tibieza. ¿No hallas esta peligrosa mezcla en tu modo de vivir? Lo poco que hay en ti de bueno, te confirma en ello, porque eso mismo poco bueno lo haces tan mal, oras tan mal, rezas tan mal, confiesas y comulgas tan mal, esto es, con tan poco fruto, que ese es el mayor síntoma de tu enfermedad.

PUNTO II

De los males y peligros de la tibieza.

Escucha, en primer lugar, las terribles palabras de Dios: "¡Ojalá que fueses frío ó caliente!, dice Dios al obispo de Laodicea, pero porque no eres ni frío, ni caliente, te empezaré á vomitar de mi boca„. Pondera qué horrible debe ser el estado de la tibieza cuan-

do Dios, en esas palabras, parece que prefiere á ella el mismo estado de pecado mortal. Ojalá, dice Dios, fueras frío, porque me es más fácil resucitar un cadáver frío que despertar un alma del letargo de la tibieza. El Dios de bondad y de misericordia, el que llama á sí á los ladrones y adúlteros, dice que le provocan á asco las almas tibias y empieza á arrojarlas de sí con el horror con que arrojamos la comida nauseabunda y que sólo sirve ya para el muladar ó para el fuego. ¿Por qué? Porque es menos de temer un enemigo declarado que un amigo sospechoso y desleal y este es el estado del tibio para con Dios. La tibieza es aquella infeliz disposición, en que el hombre que lo es, se puede decir que da náuseas al corazón de Jesús y por eso le aparta y arroja de sí. ¡Ay! que si el Corazón de Jesús me arroja de su lado, ¿adónde podré refugiarme? No hay otra parte más que el infierno adonde irme. Quisiera, ¡oh Jesús mío!, más el destierro del paraíso que estar arrojado de tu Corazón: pues si no estoy en él, no tengo parte en su amor; y si no tengo parte en su amor, ¿qué soy sino un condenado?

Oye otra palabra de Dios en contra de los tibios: "Maldito el hombre, dice el Espíritu Santo, que hace la obra de Dios con omisión ó tibieza„. ¡Qué castigo tan terrible el ser maldito de Dios! ¿Y cuál puede ser el pecado que merezca esta maldición que lanza contra el tibio un Dios justo y misericordioso? Considera que no será más grande que la culpa, pues esta maldición la lanza un Dios lleno de bondad; luego ha de ser menor que la culpa que castiga. Pondera, pues, que es menester que sea un gran mal la tibieza en el servicio de Dios, y verdaderamente algunas veces es mayor mal hacer una buena obra con omisión ó tibieza, que hacer una obra mala; porque muchas veces aquel que comete un pecado, ó no conoce á Dios, á quien ofende, ó no conoce totalmente el mal que ejecuta y peca por ignorancia; pero aquel

que hace la obra de Dios con frialdad conoce á Dios, piensa ordinariamente en Dios, hace profesión de virtud y de vida espiritual, y al hacer con tibieza la obra que ejecuta, parece que dice tácitamente que el Dios por quien la hace no merece se le sirva con más esmero y fervor, ó que la recompensa que éste le promete, no merece que el hombre se fatigue más. De lo que se sigue que es menor menosprecio de Dios el no servirle algunas veces, que el servirle con omisión y tibieza.

Además, el tibio es, en general, soberbio, y como soberbio, no se conoce, y como no se conoce ni sabe su mal, difícilmente puede remediarlo. El hombre tibio, como en general no comete pecados graves, no se juzga pecador, y por consiguiente, cree que no está obligado á la penitencia. No obstante, Jesucristo mismo declara al obispo de Efeso, que porque ha aflojado en la primera caridad ha menester hacer penitencia: "*Age poenitentiam.*„ Y le amenaza con imponérsela el mismo Cristo con los castigos de que se servirá para remediar su tibieza. Esta amenaza te comprende á ti, y te debe inspirar santo temor y animarte á hacer la penitencia que merecen tus continuas faltas y pecados. Además mira otro terrible mal de la tibieza: los que son tibios no se creen grandes pecadores, porque piensan mucho ordinariamente en el mal que dejan de hacer, y en el poco bien que hacen, y no en las culpas que cometen y en el bien que deberían hacer: porque se comparan más con los que viven vida más desarreglada, y no con los más fervorosos y santos. Tienen su satisfacción, como el fariseo, en no ser tan malos como otros, y se complacen en su virtud imaginaria. Están ciegos y no ven, y enfermos y se creen sanos. Horrible mal y espantosa enfermedad. Pide fervorosamente á N. S. que te dé luz para conocerte y gracia para volver atrás si has emprendido ese triste camino que de ordinario para en la perdición.

PUNTO III

De las causas y remedios de la tibieza.

Considera que no se puede remediar un mal si no se conoce su naturaleza, y no puede ésta conocerse sin conocer su principio. De lo que se sigue que no se puede dar remedio eficaz para un mal tan peligroso como el de la tibieza, si no se sabe de dónde dimana. Pues mira que la tibieza nace de muchos principios. El primero, es el defecto de fe viva en las verdades eternas y de la salvación. Estas verdades son tan grandes y tan terribles, que no pueden dejar de hacer honda impresión en el alma que está penetrada y convencida de ellas. La flojedad, pues, de nuestra vida, viene de la flojedad de nuestra fe, y la de nuestra fe del poco fervor y falta de meditación seria, formal y constante. El remedio, pues, de este mal, y el medio más infalible para avivar nuestra fe, es meditar muchas veces y con todo conato las verdades eternas que la fe nos enseña, y que se relacionan con nuestra eternidad feliz ó desgraciada. Meditándolas de esta manera profundizaremos en ellas, y penetrándolas nos gustarán y este gusto hará nuestra fe viva, y esta fe viva animará nuestro fervor y nuestro espíritu.

El segundo origen de que dimana la tibieza, es, el dejarnos preocupar mucho de nuestros negocios ó de nuestros placeres. El espíritu disipado con el bullicio de los afanes del mundo, afloja con facilidad en las cosas de Dios, y se hace incapaz de la aplicación y ardor que se necesita para trabajar en una cosa tan importante como la salvación. El remedio, pues, es poner, si no el único, el principal cuidado en el asunto de nuestra alma, y no embarazarse ni ocuparse en otros asuntos sino en tanto en cuanto nos ayuden para nuestro último fin. El tercer principio de donde dimana la tibieza, es el ejemplo. Pocos hombres hay

que no falten en alguna cosa, y después nos autorizamos con su ejemplo para permitirnos los defectos, sin dársenos mucho de no imitar sus virtudes. El medio es atender á las virtudes de los demás para imitarlas, y no á sus faltas, sino es para no incurrir en ellas; persuadiéndonos de que sólo el ejemplo de Jesucristo, es el que podemos seguir siempre sin recelo ni excepción. El cuarto principio de que dimana la tibieza, es nuestra flojedad y poca abnegación interior, junta con la dificultad que tiene la virtud en sí misma; porque no se puede dejar de confesar que la práctica de la virtud es difícil, ya se mire con relación á su objeto, que ordinariamente es contrario á nuestras perversas inclinaciones, ó ya se mire la virtud con relación al hombre, que es débil é inconstante, y, como material, no se deja llevar ordinariamente sino de cosas sensibles. El remedio de esto es acordarse que Jesucristo, que es la misma verdad, nos enseña que su yugo es suave y que aunque parezca áspero llevar la cruz, será gustoso el cargar con ella siguiéndole á El, y más, cuando El nos ayuda á llevarla; y que aunque nos sea duro el hacernos violencia por Dios N. S., la unción que derrama con su gracia en nuestros corazones, hace dulce esta misma violencia; que los mundanos hacen y padecen más para contentar al mundo y condenarse, que nosotros para contentar á Dios y salvarnos; que nosotros mismos hemos hecho más á veces para satisfacer nuestras pasiones desenfrenadas de lo que se nos pide para cumplir con nuestra obligación.

Coloquio.—Pero en fin, Dios mío, ¿nos puede faltar ánimo y fervor cuando pensamos que lo que hacemos, ó padecemos, nos conduce á la bienaventuranza eterna? ¿Que nos ayuda para servirte y agradarte? Dame luz, Dios mío, para conocer esta verdad y gracia abundantísima para resucitar en adelante á nueva vida de fervor. Que te conozca á Ti, Dios mío; que vea cuántas y cuán graves son mis obliga-

ciones para contigo; que conozca mis peligros, y no quiera ponerme á riesgo por la tibieza de perderte para siempre jamás.

Propósitos.—Resuélvete á aplicar estos remedios para curar tu tibieza; por envejecido que sea el mal, no será incurable, con tal que los apliques como se debe.

14 DE DICIEMBRE

De las señales de la tibieza.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Señales de la tibieza.

Considera que la primer señal de la tibieza es una gran facilidad en omitir ó acortar los ejercicios espirituales de oración, lección espiritual ó comuniones y demás prácticas piadosas; la más mínima dificultad las estorba; la más inútil diversión, el menor pretexto es una fuerte razón para acortarlas ú omitirlas. Para el tibio, Dios, y todas las cosas de su servicio, ocupan el último lugar, y sólo se cumple con esta obligación cuando se está de humor ó no hay otra cosa que hacer. Al contrario, el alma fervorosa, como es Dios quien ocupa el primer lugar en todo lo suyo, nunca falta á los ejercicios piadosos, posponiendo todo lo demás que puede impedirlos. Las razones más fuertes le parecen débiles cuando se trata de hacerle perder sus prácticas espirituales ó faltar á ellas, y sólo la imposibilidad absoluta ó la caridad son razones para dispensarse de la devoción; porque no quiere dejar á Dios sino por Dios mismo. ¿Cuántas veces has dejado á Dios por el mundo, por ti mismo ó por necias bagatelas? ¿Dejarías de hablar con el rey por hablar con un lacayo? Verdaderamente, esto excedería los términos de la grosería. Pues

Dios, que es mayor que todos los reyes, bien merece la misma atención y que no lo pospongas á cualquier frivolidad ó á cualquiera ocupación muy secundaria.

La segunda señal de la tibieza, es la negligencia con que cumplimos con nuestras obligaciones espirituales, ofendiendo á Dios con las mismas acciones con que pretendemos servirle. De aquí proceden las oraciones y los rezos sin respeto, sin atención, sin devoción y sin provecho; de modo que, según el pensamiento del Profeta, se hace de la oración un pecado, irritando á Dios con lo que sólo debe servir para desagraviarle. De aquí proceden las confesiones sin preparación, sin dolor, sin propósito y sin enmienda; de modo que parece que estas personas tibias sólo se confiesan para pecar, y pecan para confesarse. De esto mismo nacen las comuniones sin preparación, sin fervor y sin aquella fe viva que se necesita para aprovecharse de ellas, sin aquella hambre espiritual, que es al mismo tiempo señal de la necesidad que se tiene de este divino alimento, y de la disposición en que se está de aprovecharse de él; y por eso estas personas, aunque comen con frecuencia el pan de los fuertes, quedan siempre con sus flaquezas y miserias, participan con frecuencia del mantenimiento de los ángeles, pero hacen una vida, no de espíritu sino puramente natural y aun mundana.

La tercera señal de la tibieza espiritual, es la disipación continuada en que viven las almas tibias, con una extraña libertad de corazón y de espíritu que hace que se disipen indiferentemente con todo género de objetos vanos, frívolos, peligrosos, y aun alguna vez pecaminosos, no haciéndose violencia alguna para detener las distracciones de los sentidos, de la imaginación, del espíritu y del corazón. Nada teme tanto un alma disipada como entrar dentro de sí misma para observar sus caminos, para velar sobre los movimientos de su corazón y para reconocer todos los desórdenes y las dudas de una conciencia que á pe-

sar de su relajación, no logra estar tranquila. Y aunque sabe cuáles son los medios que debe tomar para salir de su estado, procura olvidarse de eso, trata de engañarse á sí misma y de arrojar de sí los pensamientos poco agradables y hacerse sordo para no oir los remordimientos de una conciencia importuna. ¿No es este el origen de la disipación en que vives y de lo poco ó nada que adelantas en el camino de la virtud?

Examínate para conocer si tienes alguna de estas señales de tibieza, y mira si acaso las tienes todas y procura corregirte, si no quieres caminar hacia la ruina.

PUNTO II

De otras señales de la tibieza.

La cuarta señal de la tibieza es el hábito de hacer la mayor parte de nuestras acciones sin reflexión ni intención recta, obrando casi siempre por gusto, ó por pasión, ó por respeto humano, ó por otros fines torcidos. De suerte, que si estas personas tibias quieren sondar bien su corazón y examinar bien sus acciones, sin lisonjearse ni engañarse á sí propias, hallarán que ninguna acción hacen que sea puramente por Dios y de la que Dios sea únicamente el principio y motivo, y en las que la vanidad, la sensualidad, la conveniencia, ó la propia satisfacción, no tenga la mayor parte. ¡Cuál será el espanto de un alma tibia y cuál será quizá el mío á la hora de la muerte, cuando reconozca que habiéndome imaginado que trabajaba mucho, nada he hecho en orden á mi salvación, pues todas las acciones en que no hubiere tenido á Dios por fin, se tendrán por nada porque son inútiles para la eternidad!

La quinta señal de la tibieza es la omisión y descuido en adquirir las virtudes propias de mi estado, de pelear y vencer las pasiones que les son contrarias, y de ejercitarme en todas las buenas obras pro-

pias de mi profesión. Estas tres cosas encierran las obligaciones esenciales del cristiano, y deben ser su principal ocupación; pero un alma tibia se descuida de ellas enteramente. ¿Dónde, si no, está su cuidado de adquirir las virtudes cristianas, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la caridad y la mortificación? Un alma tibia jamás piensa en eso. ¿Ha hecho acaso el más mínimo progreso en la virtud? ¿Dónde está el cuidado de luchar con sus pasiones y vencerlas, sabiendo que de esta victoria depende necesariamente el adquirir las virtudes? ¿Dónde el cuidado de practicar las buenas obras propias de su estado? La inercia y flojedad lastimosa en que vive una persona tibia, muestra bastantemente la negligencia que tiene en cumplir con sus obligaciones, aunque éstas sean las esenciales de su profesión y estado.

La sexta señal de la tibieza es el descuido, ó menosprecio de las cosas pequeñas, de las prácticas que el tibio llama insignificantes, de las faltas ligeras, ó, en fin, de las reglas menudas. Y esto sucede, porque no pensamos que no puede haber nada pequeño en todo aquello que puede agradar ó desagradar, á un Dios tan grande, y que el mismo Jesucristo nos advierte: "Que quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes„. Y que el que no lo fuere en las unas, no lo será en las otras; y que la perfección consiste en la unión y práctica de muchas virtudes pequeñas y que no puede llamarse pequeñez, el ser siempre fiel, aun en las cosas más mínimas; porque querer sólo hacer cosas grandes por Dios, es no querer hacer nada por El, porque siendo nosotros la suma pequeñez, ¿qué podremos hacer por Dios, que sea grande? Nada puede haber grande sino por relación á Dios y por la obligación que tenemos de servirle y de agradarle.

Confúndete de la ceguedad en que has estado hasta aquí, mirando como pequeñas todas aquellas cosas que pueden agradar ó desagradar á Dios, y piensa

que no se deben menospreciar, como cosas de poca importancia, aquellas que aunque parezcan pequeñas son la base y principio de cosas muy grandes, y aun de la misma santidad.

PUNTO III

De la infelicidad del alma tibia.

Considera qué infeliz es un alma tibia. Ha perdido el gusto á las cosas de Dios; vive privada de sus consuelos; se aparta de los caminos de la Providencia divina; peca sin temor y sin remordimiento; derramada siempre por defuera, no se atreve á entrar dentro de sí misma. Está enferma, y no conoce sus males; miserable, y no conoce su miseria; esclava, y se cree en libertad; abusa de todos los remedios de su mal; desoye todas las inspiraciones del cielo; muéstrase insensible á todos los llamamientos de la gracia; deshonra la virtud; desacredita la devoción; escandaliza al prójimo; es gravosa á las personas que viven en su compañía; contrista, por decirlo así, al Espíritu Santo, y en cierta manera aflige al corazón de Jesús. ¿No me hallo yo en este estado? ¿Soy fervoroso ó tibio? ¿Soy todo de Dios, ó sólo á medias? ¿No me ha arrojado ya, ó está para arrojarme de su corazón? Pues cuando miro qué perezoso soy en el servicio divino, y qué negligente en cumplir mis deberes; qué distraído en mis oraciones; cuántas veces las dejo, ó las hago de mala gana, ó me son molestas; qué poco aprovecho en los caminos de la perfección; cuando veo que no hago penitencia, que miro con horror la mortificación, que sólo pienso en divertirme, que soy libre en el hablar, que jamás guardo silencio, que soy delicado conmigo, y nimio en mis comodidades; que no quisiera cometer pecados graves, mas que cometo infinitos veniales sin escrúpulo, empiezo de veras á temer, con razón, que soy tibio, muy tibio, y que Jesús me comience á arrojar de su corazón.

No te entibies en el servicio de Dios; que en este mundo no estamos sino para amar y servir á Dios con verdadero fervor, y esta es nuestra única ocupación. Las razones que nos obligan á servirle un día, nos obligan á servirle siempre. ¿Pues qué? ¿dependemos hoy de Dios menos que ayer? Pues ¿por qué nos enfriamos y aflojamos en su santo servicio? Cuanto más entras en edad, más obligado estás á servir á Dios, porque sus beneficios van en aumento con tus años. Si le estás obligado por la vida que te ha dado, ¿cuánto más lo debes estar porque te la conserva tanto tiempo? Recapacita todas las gracias que te ha concedido desde que estás en el mundo; los peligros de que te ha librado; los males de que te ha preservado; los bienes con que te ha favorecido; y confesarás que eres un deudor insolvente; y que no puedes pagar tantas deudas. Pues ¿en qué consiste que te vas relajando, como si nada debieras á Dios? Mira que según van pasando los días, te acercas á la muerte y á la eternidad; y así es preciso que trabajes y trabajemos todos con más fervor. ¿Quién debe más pensar en las cuentas que el que se halla cerca de rendirlas? Todos los cuerpos redoblan su velocidad á medida que se aproximan á su centro; y así debes también aumentar el fervor según te vayas acercando á tu fin. ¿Qué remordimiento tendrás á la hora de la muerte de no haber trabajado cuanto has podido? Pedirás tiempo y no le tendrás, querrás hacer el bien y ya no podrás hacerle.

Afanémonos, pues, ahora que tenemos tiempo; sirvamos á Dios mientras nos dura la vida; porque podemos morir muy pronto. Alma mía, bendice á tu Señor, y no te canses jamás de servirle, ya que Dios no se cansa jamás de hacerte bien. Te ama desde toda la eternidad; te ama toda tu vida; no hay momento en que no te colme de beneficios; pues no pase tampoco un instante en que no le muestres tu reconocimiento. Jesús es el mismo ayer que hoy; procu-

ra, pues, ser también el mismo en todo tiempo, amándole y sirviéndole, y no seas mudable jamás.

Coloquio.—Oh divino Salvador, y ¡cómo os desagrado y aflijo al contemplar el estado de mi alma! ¡No me arrojéis de Vos! ¡No apartéis de mí vuestro santo Espíritu, ni me privéis de vuestro amor! Privadme, si así os place, de vuestros consuelos que no merezco, pero no me arrojéis de vuestro corazón; retirad todos los bienes, que habéis concedido á mi alma; mas conserve yo vuestra gracia y vuestro amor. ¡Ah! todavía no he caído totalmente en el estado de tibieza; porque me parece que temo más vuestro enojo que todas las penas del infierno, y estoy resuelto á caminar con ardor por el camino de la perfección. Ayudadme con vuestras luces y vuestra gracia para que os sirva en adelante como merecéis ser servido.

Propósitos.—Renovarme en la observancia de la regla ó de las prácticas pequeñas de virtud.

15 DE DICIEMBRE

Del pecado venial.

Preludios.—**Imagínate ver al alma como una estatua que fué hermosísima y ahora está desconchada y sucia, y pide al Señor gracia para detestar como se merece el pecado venial.**

PUNTO I

De la gravedad del pecado venial en sí mismo.

Considera que comunmente se tiene por nada el pecado venial; pero si conociéramos bien su naturaleza, juzgaríamos muy de otra suerte y pondríamos más cuidado para evitarle. Por venial que sea un pecado, siempre es ofensa de Dios y esto debe ser bastante para que yo lo evite. Cometiéndole desagrado á Dios, no porque absolutamente me aparte de su Majestad, sino porque hago una cosa que ha de entibiar la amistad y unión que debe haber entre Dios y yo. No doy muerte en mí al Espíritu Santo, pero le con-

tristo con mi proceder. Siendo una cosa ofensa de Dios, debo temerla más que todos los males temporales que me pueden suceder; porque el más pequeño mal respecto de Dios, es infinitamente mayor que otro cualquier mal con respeeto á las criaturas.

Por leve que se le suponga al pecado venial, no hay razón imaginable por la cual me deba jamás ser permitido el cometerlo, porque si se me pudiera permitir, dejaría de ser pecado. Si se tratara de convertir y salvar á todo el mundo con una leve mentira, no querría Dios que yo la dijese; y se daría por ofendido si tratara por ese medio de procurar á Dios toda la gloria que se le puede dar. Dios no querría esa gloria con semejante condición: quiere que yo abandone su gloria antes que cometer un pecado venial.

Por venial que yo le suponga, es de fe que jamás entrará conmigo, ni yo con él, en el reino de los cielos. Poco me servirá estar lleno de merecimientos. Con todos mis merecimientos y con toda la santidad que pudiera haber adquirido, si mi alma al salir de esta vida lleva la mancha de algún pecado venial que no haya borrado por la penitencia, este sólo será insuperable obstáculo para mi bienaventuranza y para la posesión de Dios. Es necesario que mi alma, aunque justa y santa y predestinada y digna de Dios, quede separada de El hasta que yo pague totalmente ese pecado: es necesario que pase por el fuego del purgatorio, y que en él sea purificada antes de ser admitida en el seno de Dios. Y aun en este mundo, ¿con cuánta severidad ha castigado Dios el pecado venial? Hizo perecer todo un pueblo por una simple vanidad de David: hizo caer muerto delante del arca á un levita por sólo haberla tocado con irreverencia. Cosa bien extraña es que yo cometa tan fácilmente un pecado que me expone á tan rigurosos castigos; pero es mil veces más digno de castigo y cosa más indigna, que debiendo yo á Dios todo lo que soy, y habiéndolo recibido todo de su Majestad, en lugar

del reconocimiento y amor que le debo, me arroje tan fácilmente á cometer tantos pecados veniales por los que Dios se da por ofendido, y que son en realidad una gravísima injuria á su divina Majestad.

PUNTO II

De la multitud de los pecados veniales.

Consideraré que con ser tan detestables estas faltas veniales que yo cometo, lo son más aún por ser tan frecuentes y en tan gran número, que su multitud es infinita. Esto es lo que afligía á David y lo que le desconsolaba en extremo cuando decía á Dios: "Estoy, Señor, cercado de males, y mis maldades me oprimen hasta abrumarme y no poder contarlas; se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, y su vista me hace desfallecer." Así hablaba este santo rey: pues en una vida tibia é imperfecta como la mía, si intentase yo contar todos los pecados veniales que cometo, y Dios para ello me ilustrase, ¿adónde llegaría el número de los pecados que entonces conocería? No los conozco yo; ¿mas no basta que los conozca Dios? ¿No basta el saber que son sinnúmero para estar penetrado de un dolor inconsolable? ¿Cuántos pecados de ignorancia, causados por el olvido de mis obligaciones, por mi negligencia en conocerlas, por mi indocilidad en sufrir que se me reprenda, por mi presunción en no querer creer sino á mí mismo? ¿Cuántos pecados de imprudencia y de inadvertencia, causados por la distracción de mi espíritu, por la ligereza de mi genio, por la libertad de mi lengua, por la temeridad de mis juicios y por la malignidad de mis sospechas? ¿Cuántos pecados de fragilidad y de flaqueza, nacidos del hábito de no contradecirme en nada, de no sujetarme á regla alguna, de seguir en todo los movimientos de la naturaleza, de no hacer la menor violencia á mis inclinaciones y á mi genio? ¿Cuántos pecados también cometidos por ma-

licia, con reflexión y á sabiendas, contra todos los remordimientos de mi conciencia, en cualquiera ocasión, por el más leve motivo, con pretexto de que no son más que pecados veniales y que Dios no los castiga con pena eterna? En todo lo cual muestro bien mi falta de amor y de respeto para con Dios, y que sólo soy sensible á mis propios intereses. ¿No es esto lo más ordinario de mi vida? Verdad que no es posible en este mundo preservarse de todos los pecados veniales. Fatal necesidad, que hacía gemir á los santos, y que les hacía desear la muerte y obligaba á exclamar á san Pablo: "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?„ Pero no hay un solo pecado venial en particular que yo no pueda prevenir, y de que no pueda librarme. ¿Cuánto, pues, pudiera disminuir el número, si yo quisiera, y pusiera más cuidado en evitarlos? Pero ¡ay de mí, que lejos de disminuir su número, lo aumento cada día! Mas no será así en adelante, ¡oh Dios mío! si fortificáis con vuestros abundantes auxilios el propósito que ahora formo de ser más fiel á vuestras inspiraciones y más generoso para con Vos.

PUNTO III

De las consecuencias del pecado venial.

Consideraré que son más deplorables de lo que por ventura he pensado jamás. Conduce al pecado mortal, como la enfermedad á la muerte. Por consiguiente, si tengo algún celo de mi alma, debo hacer, en orden al pecado venial, lo que ejecuto respecto de una enfermedad de que estoy amenazado ó de que súbitamente he sido acometido. ¿Qué no hago para detenerla en su principio, para curarla y para no volver á caer en ella? Puede darme la muerte: no es necesario más para aplicarle los remedios más prontos, más eficaces, y aún los más violentos. ¿Por qué no discurriré de la misma suerte cuando se trata del

pecado, que entre todas las enfermedades del alma es la más peligrosa, y me dispone á esta segunda muerte, mil veces más digna de temerse que la muerte del cuerpo?

Y en realidad, el que no hace caso del pecado venial, y mucho más quien le desprecia, caerá infaliblemente en el pecado mortal. Oráculo es del Espíritu Santo, que se prueba demasiado con la experiencia. Por este menosprecio del pecado venial se pierde insensiblemente el horror al mortal. Al principio, el nombre sólo de pecado mortal nos hacía temblar; mas poco á poco se hace costumbre y se familiariza el alma con él; tanto más cuanto del pecado venial hay muchas veces poca distancia al mortal, y el intervalo entre el uno y el otro es á veces como imperceptible; porque toda la diferencia de ordinario suele estar en lo más y en lo menos, y entre este más y este menos, un solo punto es el que decide la vida ó la muerte eterna. ¿Qué riesgo no corre entonces un alma? ¿Y no es esto estar sobre el borde del precipicio?

De esta aproximación entre el pecado venial y el mortal proviene, naturalísimamente, que se confunda el uno con el otro. ¿Cuántas veces me he engañado acaso, y he tenido por cosa ligera la que era grave? ¿Cuántas, cegándome á mí mismo, y juzgando de las cosas según mi corazón, he tenido por injusticia venial lo que quizá haya sido delante de Dios maldad grave? Discernir esto es cosa dificultosa, y por esto debo tener también, en orden al pecado venial, una conciencia timorata. No estoy bastantemente ilustrado para hacer juicio cierto, y debo desconfiar de mí y tomar mis precauciones.

Pero aunque estuviese seguro de mí mismo, ¿puedo ignorar que soy frágil y que soy la misma fragilidad? Y si el pecado venial y el mortal están tan cerca, ¿qué presunción es lisonjearme que, siendo tan frágil como soy, me contendré en el pecado venial y no pa-

saré más adelante, y que seré dueño absoluto de mi corazón para señalarle los límites que yo quisiere, sobre todo en ciertos pecados en que la impresión de la naturaleza es tan fuerte y tan poderosa? Necesitaría tener, para mantenerme en semejantes ocasiones, muy particulares gracias de Dios; pero el mismo Dios me ha advertido que, en castigo del pecado venial, nos niega muchas veces las gracias especiales que nos tenía preparadas, y con las cuales hubiéramos llegado felizmente al término de nuestra salvación; y por la sustracción de estas gracias venimos á parar en desórdenes y pecados por los cuales el Señor justamente nos reprueba. Tan cierto es que el pecado venial puede ser, y es para muchas almas, ocasión de condenación.

Coloquio.—El remedio ¡oh Dios mío! es obligarme á cumplir, no sólo vuestra ley, sino toda la perfección de ella. Cuanto más me esforzare en vencerme, tendré menos peligro de caer, y cuanto más aspirare á lo más santo en la observancia de mis obligaciones, menos dispuesto estaré á violarlas en puntos esenciales. Dadme, Dios mío, dadme una conciencia delicada, que se espante de la sombra misma del pecado. Formad en mí una conciencia estrecha que no se perdone nada. Este rigor será mi seguridad. Me costará algún trabajo; será preciso cortar muchas inclinaciones; será forzoso, en muchas ocasiones, rendir mi juicio, ahogar los sentimientos de mi corazón, pesar mis palabras, cautivar mis ojos y mortificar mis sentidos. Pero, Señor, ¿podrá ser nunca muy cara la ventaja de ofenderos menos y de guardar mejor mi alma? ¿Qué más premio, Dios mío, que la dicha de agradaros, y la paz de mi conciencia? ¡Oh, qué abundantemente se compensan con estas dos ventajas todas las demás cosas! Sea así, Señor, como os lo suplico.

Propósitos.—Resuélvete de veras á no cometer jamás deliberadamente ningún pecado venial.

16 DE DICIEMBRE

Sobre no diferir la conversión.

Preludios.—Represéntate á un hombre que proponiéndose convertirse á Dios, y difiriéndolo para otro día, muere de repente, y hallándose en pecado mortal, cae en el infierno. ¿De qué le aprovecharon sus propósitos? Pide tú á Dios que te libre de tan espantosa desgracia.

PUNTO I

De los que difieren la conversión.

Considérese que muchos pecadores tienen propósito de la enmienda y de convertirse enteramente á Dios, ahogando dentro de sí todas las inclinaciones viciosas, corrigiendo todas sus imperfecciones y disponiéndose á vivir ajustados á la ley de Dios; pero difieren esta conversión para mañana, para otro día, para la semana que viene, para el mes próximo. "De aquí á algunos días me volveré á Dios„, escribe san Agustín que dicen estos pecadores, y este día no llega nunca. ¿Hasta cuándo he de suspirar por el mañana? ¿Por qué no ha de ser hoy? ¿Por qué no ha de ser en este instante?

No hay razón alguna que nos aconseje dilatar la conversión. ¿Es acaso una desgracia volverse á Dios, romper las cadenas del demonio y recobrar la santa libertad del alma? Por ventura ¿es malo reconciliarse con un Señor Todopoderoso y justamente irritado contra nosotros? ¿Es una desdicha librarse de las penas eternas? O mejor dicho: ¿hay desdicha igual, ni desventura semejante á verse privado de todos aquellos bienes y expuesto á todos estos males?

Sin embargo, la conversión se difiere, porque se hace muy cuesta arriba mudar de vida, y entrar en el buen camino. No se cansan los hombres en el camino del vicio y de la maldad. ¡Qué pena produce abandonar la senda de la concupiscencia, por donde

se va á la torpe satisfacción de nuestros apetitos! El camino que conduce al infierno es llano y ancho, y cubierto de flores; se marcha por él con suma facilidad, y aun con deleite. Y por eso no se le quiere dejar por el sendero estrecho y escarpado que conduce á la vida eterna. Pero si tú estás ya convencido de que ese deleite es un engaño que te deja como amargo residuo el remordimiento de la conciencia; si sabes que esa facilidad y anchura es un anzuelo de pecadores y una trampa que te ha dispuesto Satanás para perderte; si en suma, estás ya decidido á convertirte, ¿por qué lo difieres? ¿No ves que cada día que pasa te ha de ser más dificultoso el convertirte?

PUNTO II

Por qué no debemos diferir la conversión.

Considérese que son muy necios é insensatos los que difieren para mañana ú otro día la conversión; porque ni mañana, ni otro día de lo porvenir están á disposición de ningún hombre. El hombre, en realidad, sólo dispone del momento presente; de lo pasado nada puede alterar: lo que fué, fué para siempre; se podrán borrar á veces las consecuencias del yerro que se ha cometido, pero hacer que no se hubiese cometido aquel yerro, ¡ah! eso es imposible. Pues menos aún que de lo pasado, disponemos de lo porvenir.

Tú dices: "mañana me convertiré„, y ¿sabes tú acaso si mañana podrás convertirte? ¿Sabes siquiera si vivirás dentro de una hora, dentro de un cuarto de hora, dentro de un minuto? Mientras que tú hablas y propones volverte á Dios, puede estar ya desenvainada la espada que ha de herirte, puede estar ya cuarteada la casa que ha de derribarse y cogerte entre sus escombros, puede estar corriendo por la calle el bruto ó el carruaje que ha de atropellarte, puede ya estar producido el rayo que ha de

abrasarte, puede haber llegado á su punto último la enfermedad oculta que ha de manifestarse al exterior por tu muerte repentina. Un glóbulo de sangre, tan pequeño que á la simple vista no se ve, puede, torciendo su curso é invadiendo ciertas regiones de nuestro cuerpo, producir instantáneamente la muerte. Y si ésta te acomete así, ¿de qué te aprovecharán tus propósitos de conversión? De mayor tormento en el infierno.

Considera también que el pecado, á medida que va pasando el tiempo, se consolida, por decirlo así; es como una cadena que continuamente va dando vueltas á nuestro cuello y aprisionándonos más; si hoy no puedes desasirte de cuatro vueltas de esa cadena, ¿cómo has de poder librarte mañana de ocho, y pasado de dieciséis, y el mes que viene de treinta y dos? Mientras más tiempo pase, más raíces echará en tu corazón el mal, y luego será imposible arrancarlo.

Considera, por último, que para convertirte necesitas del auxilio de la divina gracia. Esta gracia te solicita en este momento; pero ¿te solicitará mañana? ¿Por qué la desechas ahora? Desechada por ti mil veces, ¿no es cuerdo temer que se cansará de solicitarte? El menosprecio y abuso que haces de ella te hacen indigno de tenerla. Cuanto más dilates tu conversión multiplicas más tus pecados, y te alejas más de Dios, y lo irritas más, y Dios se vengará de ti justísimamente permitiendo que mueras en pecado.

PUNTO III

Que los que dilatan su conversión no desean de veras convertirse.

Considera en tercer lugar, que el arrepentimiento supone una voluntad sincera y eficaz de ejecutarlo. Y la voluntad sincera y eficaz no admite la dilación. Si estuvieras realmente convencido de que has ofendido á Dios, y que debes satisfacerlo, si comprendie-

ses realmente el abismo en que yaces, el lodazal en que te has metido, la pena eterna que te espera; si tuvieras, en una palabra, fe viva, no andarías con esas dilaciones, querrías salir inmediatamente, cuanto antes mejor, te parecerían siglos los instantes que tardases en emprender el buen camino. ¿Por qué, pues, dices que quieres convertirte, y no lo haces? ¡Ah! Es que quieres engañarte á ti mismo, y quieres también engañar á Dios. Mira si hay presunción, temeridad y locura comparable con la tuya.

No, tú no quieres convertirte; te tienen esclavizado los deleites del mundo, sigues siendo tan del demonio como antes. Lo único que pretendes con esos conatos de conversión, es acallar tus remordimientos, esos remordimientos que son los últimos llamamientos de Dios, que no niega ni á los más empedernidos pecadores. Tú, con ese fantasma de conversión futura, quieres romper hasta ese lazo del remordimiento, que aún te liga con Dios. Tratas de acallarle, engañándote á ti mismo con esa promesa que te haces todas las noches: mañana me convertiré.

Pero ¿qué has de convertirte? Si con esto no haces sino añadir un nuevo pecado á la lista de tus iniquidades; si no consigues otra cosa que irritar más y más á Dios con tu falta de correspondencia, alejarte de su gracia, huir de su misericordia. Y así ¿cómo, ni cuándo te convertirás?

Pondera, por último, que de ordinario se muere como se ha vivido, y se llevan al otro mundo los malos hábitos contraidos en este. ¿Cómo es posible aborrecer en un momento el pecado que siempre se ha amado? ¿Cómo es posible amar en un momento á Dios si siempre se le ha ofendido? Como son los principios son los fines; si los principios de tu vida son malos, sin un milagro, mala será también su terminación. No te fíes de las excepciones; Dios obra como le place y hace unas veces gracia y otras justicia, para mantener el temor y la esperanza en los hom-

bres. ¿Eres tú el árbitro de su gracia? ¿Puedes contener el brazo de su justicia? Dios te ha prometido el perdón si haces penitencia, pero no te ha prometido el día de mañana para hacerla. ¿Para qué diferir lo que se ha de hacer un día? ¿Hemos de fundar sobre un caso fortuito el negocio de nuestra salvación? Porque si puede ser que tengas tiempo, puede ser también que no le tengas. Un ladrón se salvó, para que no desesperes; pero sólo ha sido uno para que no presumas.

Nadie me da prisa, dices: yo te digo que todas las cosas te la dan; el tiempo que corre y no vuelve; la gracia que te mueve, y que no se te concederá otra vez; el paraíso que hoy tienes abierto, y mañana estará cerrado para ti; el infierno adonde vas á caer, si no haces penitencia; la muerte que te persigue, y va á tu alcance; el juicio qué se acerca, y en el que darás cuenta de toda tu vida; todo esto te apremia y te obliga á hacer penitencia antes hoy que mañana.

Coloquio.—Dios mío, demasiado he diferido lo que nunca se puede hacer bastante temprano. Toda mi vida es vuestra, ¿por qué os he de dar una sola parte? Me concedéis el tiempo para que os ame, ¿es justo que yo le emplee en ofenderos? ¡Oh Dios misericordiosísimo, que hace tantos años me esperas y me llamas, y aguardas mi conversión; yo te prometo que no he de diferirla más; no, no, se acabó el esperar á mañana! Ahora mismo, en este instante caigo á tus pies, y exclamo: ¡Señor, perdóname, que ahora mismo empiezo á llorar y gemir por mis pecados, y te prometo no volver á ofenderte jamás!

Propósitos.—Empezar de veras á negociar tu salvación, principiando, si es preciso, por una buena confesión general.

17 DE DICIEMBRE

De la penitencia por nuestros pecados.

Preludios.—Oye al precursor de Jesús predicando en el Jordán penitencia y diciendo aquellas palabras: «Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis», y pide al Señor lágrimas y verdadera contrición de tus pecados.

PUNTO I

De la necesidad de la penitencia.

Considera que dos caminos hay solamente para ir al cielo; el de la inocencia y el de la penitencia. ¿Quién podrá llegar á él por el camino de la inocencia? Si no eres inocente sino pecador y tal vez muy pecador, considera que no te puedes salvar sin penitencia y mortificación. ¿Qué es un pecador, dice Tertuliano, sino un hombre nacido para la mortificación y penitencia? Para el pecador, ó la penitencia, ó el infierno, porque es preciso llorar y padecer voluntariamente, mientras se vive, ó llorar y padecer forzosamente durante toda la eternidad. Entre estas dos cosas no hay medio, según dice el Evangelio. Elige la que quisieres ahora, que está en tu mano. Pero advierte que todo pecado debe ser castigado ó por la mano de Dios vengador, ó por la del hombre penitente. Mira qué quieres más y verás que lo mejor es evitar los rigores de la justicia divina, previniéndolos antes, ó ejecutándolos en nosotros por medio de la penitencia. Si no se paga á la justicia de Dios lo poco que nos pide ahora, se le pagará en la eternidad todo lo que se le debe. Pondera que Dios por su infinita misericordia, quiere dejar los intereses de su justicia en tus manos, como los tomes á tu cargo de buena fe: por fuertes que sean tus golpes, serán más ligeros que los golpes del brazo omnipotente; la penitencia, dice Tertuliano, toma el lugar de la justicia de Dios; pero no para frustrarla y destituirla de sus

derechos, sino para moderarlos. Te hace perdonar penas eternas, pero te obliga á penas temporales. Dios es un acreedor, á quien no se puede dejar de pagar; esto ha de ser, ó ahora ó un poco después. Si no es ahora, será en la eternidad; pero si esperas hasta entonces, cobrará con muchos intereses lo que le debes. ¿Cuál de estas dos cosas te parece mejor?

La penitencia de esta vida es corta, pues acaba con la vida, que no es larga: es ligera, pues aunque fuese la mayor y más austera, comparada con las penas eternas que hemos merecido, es nada, y en fin, es fructuosa y utilísima. Un suspiro, salido de un corazón contrito y humillado, puede desarmar la ira de Dios; una lágrima vertida con verdadera penitencia, puede lavar todos nuestros pecados, por graves y muchos que sean. Mas la penitencia de los condenados es larga, pues es eterna; es grande, pues es de alguna manera infinita; es inútil é infructuosa, pues no lava los pecados ni justifica al pecador. ¿Cuál de las dos quieres hacer? Un mar de lágrimas que vertiera un condenado no le lavará; una sola podrá ahora lavar los tuyos, ¿y no lloras?

PUNTO II

Del espíritu de penitencia.

Considera que no es bastante tener las apariencias ó las señales de la penitencia, es menester tener su espíritu. Nada había más ordinario que este espíritu de penitencia en los primeros tiempos, cuando la pureza de las costumbres de los primeros cristianos le hacía, al parecer, menos necesario; nada hay menos frecuente ahora que la relajación y corrupción de las costumbres, le hace necesario absolutamente. Cuando el espíritu de penitencia ha entrado bien en un corazón, produce siempre sus tres efectos. El primero, es un deseo verdadero de satisfacer á Dios, alligiendo el corazón, castigando al cuerpo, mortifican-

do los sentidos y las inclinaciones desarregladas. Un espíritu penitente, considera á su corazón como autor de la rebelión contra Dios; y tocado de su santo amor, y del dolor de haberle ofendido no cesa de decir: "*Crucifigatur, reus est mortis*"; es menester crucificar este corazón con un dolor vivo y continuo; él tiene la culpa de mis pecados; para castigarle, es menester que con una sincera contrición muera á todas sus culpas. Entonces mira á su cuerpo, como un esclavo rebelde, que se sublevó contra su señor, y en lugar de regalarle, cree no haber bastantes rigores para tratarle como merecía; y de esto procede el ardiente deseo que tiene de mortificarle con ayunos, vigilias, cilicios y otras invenciones que inventa el espíritu de penitencia, en los que están tocados de él. ¡Ah! que lo que yo regalo mi cuerpo, habiéndose tantas veces rebelado y sublevado contra su Señor, me convence bien de que no estoy animado del espíritu de penitencia cristiana.

El segundo efecto que causa el espíritu de penitencia en los que le tienen, es el deseo del retiro y separación del mundo. Un penitente mira al mundo y las ocasiones peligrosas que en él se ofrecen, y que han sido la causa de sus caídas, con el mismo horror con que se miran los escollos donde el navegante ha naufragado. Esto le obliga á evitarlos, convencido por su propia experiencia de la flaqueza y corrupción de su corazón, y de lo poco que puede contar sobre la firmeza de su virtud; y por esto no le parece que está seguro sino huyendo y retirándose. Un penitente recién convertido debe considerar su corazón como un hacha que está verdaderamente apagada, pero que todavía humea, y que se volverá á encender por poco que se acerque á la llama, esto es, á la vista de los objetos que le hicieron arder. Mira también su virtud como una flor tierna que empieza á brotar, á quien el más mínimo viento ó rayo de sol seca y hace morir. En fin, un alma tocada de Dios y del deseo de

convertirse, necesita retirarse del mundo, entrar dentro de sí misma para estudiar y reconocer la corrupción de su corazón, la multitud y gravedad de sus pecados, y los funestos extravíos por donde se ha dejado ir tantas veces, gimiendo por todo esto delante de Dios para lavarlos con sus lágrimas, para conocer su origen y aplicar los convenientes remedios. Si los movimientos que Dios te inspira no tienen este efecto, es porque no tienes cuidado de retirarte del mundo, que es el que te impide vivir contigo y con tu Dios.

El tercer efecto que produce en el corazón el espíritu de penitencia, es la constancia en la oración. Un alma penitente que ve y conoce su pobreza, su inclinación al mal, su debilidad ó repugnancia para todo lo bueno, comprende con facilidad lo mucho que necesita de los auxilios de Dios y de su gracia para sostenerse; y ¿cómo los puede alcanzar más infaliblemente que con la oración? No hay cosa más poderosa para con Dios que los gemidos secretos de un alma que llora sus desórdenes pasados y sus miserias presentes, y que pide á Dios con silencio doloroso, que es el que mejor se deja escuchar de su divina Majestad, que le perdone los unos y le libre de los otros, esto es, lo que conviene más á un alma penitente, debiendo ser su ocupación continua gemir delante de Dios y decirle con el profeta: "Señor, tu ves todos mis deseos, y los gemidos secretos de mi corazón no te son ocultos„. Dadme, Señor, este espíritu de oración, que, con las gracias que ordinariamente le acompañan, me atraiga los efectos de vuestra misericordia, de que tanto necesito, y haga de mí un tan grande penitente como he sido gran pecador.

PUNTO III

De las condiciones de la penitencia.

La verdadera penitencia debe ser, primeramente, de todo corazón, porque así como el corazón concibe

el pecado, así el corazón debe destruirle; el corazón nos aparta de Dios y el corazón nos debe volver hacia Dios. El odio procede del amor, y se mide por la grandeza del amor; no se aborrece sino porque se ama y se aborrece tanto cuanto se ama. Debo, pues, aborrecer el pecado tanto, cuanto debo amar á Dios; cuanto debo temer el infierno y cuanto debo desear el paraíso. Y así como debo amar solo á Dios, también únicamente debo aborrecer al pecado. Si lo que yo amo lo debo amar en orden y con relación á Dios, también lo que aborrezco debo aborrecerlo por el pecado, que es el único objeto de mi abominación. Mira si el dolor que has concebido de tus pecados ha sido verdadero y si ha procedido del fondo de tu corazón ó si más bien eres de aquellos de quienes se queja Dios, porque amándole con la boca, tienen el corazón lejos de El. ¿Si tu contrición hubiera sido verdadera, hubieras recaído en pecados graves, casi un momento después de haberte confesado? ¡Quién puede creer que hayas aborrecido el pecado sobre todos los males imaginables, cuando te has reconciliado con él luego después de haberle detestado, renovando tu amistad con el demonio con más fuerza que antes! Las recaídas no son en verdad una señal cierta de no ser verdadero el dolor, pero cuando son frecuentes, y en pecados graves y sin tomar los medios para no recaer, es mucho de temer que tu dolor haya sido falso é inútil.

La segunda condición de una verdadera penitencia es detestar de corazón todos los pecados mortales. La gracia no borra ningún pecado si no los borra todos, y como no podemos reconciliarnos á medias con Dios, tampoco podemos estar á un mismo tiempo en gracia y en pecado, ni ser juntamente hijos de Dios y esclavos del demonio.

El que no cree todas las verdades de la fe, no cree una sola con motivo de fe verdadera, y el que no aborrece todos sus pecados, no aborrece ninguno por

motivo de verdadera penitencia. Si aborreces esto porque no agrada á Dios, ¿por qué no aborreces aquello que también le desagrada?

Examina tu conciencia y mira si tu penitencia ha sido hasta ahora defectuosa. ¿Aborreces todos tus pecados? ¿No te reservas ninguno de ellos? ¿No tienes predilección con algún vicio que domina tu corazón? ¿Cuánto tiempo estás sujeto á aquella pasión? ¿Cuántas veces has prometido corregirte? Anímate á hacer penitencia y á arrojar de tu corazón todos los enemigos de Dios y que no quede uno solo en tu alma; rompe todas esas cadenas que tanto tiempo te tienen esclavo del demonio. Señor, así lo deseo, pero me encuentro sin fuerzas; ayudadme con vuestra gracia y arrojad Vos mismo de mi corazón á todos vuestros enemigos. Estoy resuelto á morir, ó hacer morir el pecado; á perder la vida, ó á amaros para siempre jamás.

La tercera condición de una verdadera penitencia es querer permanecer eternamente en gracia de Dios. Debemos siempre aborrecer un mal, que aborrece siempre Dios. ¿Acaso es romper con el enemigo de tu Rey, acariciar la idea de su amistad? ¿Aborrece de todo corazón el pecado el que quiere volver á cometerlo? No tiene verdadera contrición el que sólo siente alguna aversión al pecado; porque así como es posible aborrecerle sin sentir esta aversión, también podemos sentir esta repugnancia sin tener por eso un verdadero dolor. Aquel aborrece verdaderamente el pecado, que está resuelto por todos los medios y maneras posibles y muy de veras á destruirle. ¿Has tenido siempre esa misma verdadera resolución?

Si no se evitan las ocasiones del pecado, no hay un verdadero propósito de dejarlo; porque el que ama la causa ama el efecto; y el que ama el peligro, en él perece. Así es necesario también restituir los bienes mal adquiridos, ó el honor que se ha quitado; es necesario resarcir los escándalos; satisfacer á los

que se ha ofendido, reconciliarse con los enemigos, no solamente con palabras y en apariencia, sino en los hechos y de corazón; es necesario, en fin, tomar venganza de sí mismo y castigar con una aflicción voluntaria el deleite recibido en ofender á Dios.

¿Has hecho así penitencia de tus pecados? ¿Los has aborrecido todos en tu corazón y para siempre? Pues considera que el deleite pecaminoso se expía sólo con el dolor, y que estarás en los tormentos eternos si no haces penitencia mucho más, infinitamente más, de lo que has vivido en las delicias.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi alma, yo no sé en qué estado me encuentro, si en vuestra gracia ó en vuestra desgracia! Sé que he cometido muchos pecados, pero no sé si tan solo uno de ellos me ha sido perdonado. Mi penitencia podía darme alguna certeza; pero hasta ahora no he hecho ninguna, porque la que he hecho me parece tan dudosa y tan incierta, al considerar que mis recaídas han sido tantas como mis confesiones, y que toda mi vida no presenta ninguna señal de verdadera enmienda. ¿Qué haré, Dios mío? Preciso es renovar las confesiones pasadas si han sido defectuosas, mudar de vida, huir las ocasiones de pecar y reparar todo el mal que haya cometido.

Propósitos.—Si eres pecador, es preciso seas penitente, y para serlo verdaderamente es menester te ocupes en la oración, retiro y mortificación.

18 DE DICIEMBRE

Sobre los frutos de la penitencia cristiana.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De los frutos de la penitencia.

Considera que san Juan decía á los judíos: "Haced frutos dignos de penitencia„, y eso mismo dice Dios

hoy á tu corazón. Medita una por una esas terribles palabras. No hay ninguna que no sea una sentencia digna de nuestra atención. "Haced„, dice el Precursor de Jesucristo. Luego no es bastante cualquier penitencia, es menester hacer obras de penitencia. Muchos hay que hablan de penitencia, pero muy pocos que la hagan. Toda la penitencia de muchos cristianos está hoy casi reducida á palabras; pero, ¿adónde están los efectos? Se hacen actos de contrición, en los cuales el corazón ordinariamente tiene poquísima parte; pero no son más que palabras que se lleva el viento; se protesta de que se quiere mudar de vida y de que se quiere uno convertir, pero sin venir jamás á la ejecución; se rezan, después de la confesión, algunas oraciones, que el confesor, á veces sobradamente indulgente, impone por toda penitencia; pero tampoco son más que palabras, es decir, penitencia que se manifiesta con palabras, pero no con obras de mortificación y asperezas de la carne. Hay, como lo ves, muchos que hacen penitencia con las palabras, pero muy pocos con las obras. Si no, ¿dónde están los efectos de la penitencia? ¿Dónde la mudanza de vida? ¿No es esto á lo que hasta ahora se ha reducido tu penitencia? ¿Y qué son las palabras, si no van acompañadas de las obras, sino viento? ¿Y qué puedes contar sobre ellas para el perdón de tus pecados?

No basta, pues, hacer penitencia; es preciso que sea verdadera penitencia, y eso se ha de conocer por los frutos. Porque hay muchos hombres que se parecen á la higuera del Evangelio, que estaba toda ella llena de pomposas hojas, pero sin fruto. Tienen estos tales vanas apariencias de piedad para cubrirse, para engañar á los otros y engañarse á sí mismos; se acusan, piden perdón á Dios, prometiéndolo todo y no cumpliendo nada: estas son hojas, exterioridades y apariencias de penitencia. Pero ¿está tu corazón trocado? ¿Es verdadero el dolor de tu alma? ¿Es eficaz el propósito de apartarte del pecado? Mira á tus cons-

tantes recaídas y temblarás de ti mismo. Hay otros que no contentos con las hojas solas, llegan á producir algunas flores de penitencia, y de los que se puede decir con la Esposa, que se han visto algunas flores en el campo de su corazón. Parecen que están trocados porque vierten algunas lágrimas y hacen algunos esfuerzos para la virtud; pero estas son flores, que aunque parecían prometer fruto, el mundo que aman, las ocasiones en que se empeñan y los placeres que buscan, son como aires perniciosos que hacen secarse y caer estas flores, engañando la justa esperanza en que se estaba de ver nacer los frutos de penitencia y de virtud.

Pero mira, además, que no basta hacer frutos de penitencia, es menester que sean frutos dignos de ella: que quiere decir, que debe ser una penitencia proporcionada en lo posible á la majestad de Dios, á la gravedad y multitud de nuestros pecados, á la malicia é ingratitud de nuestro corazón para con Dios. ¿Si siguiésemos estas tres reglas, hasta qué grado de perfección no nos llevarían? ¿Una penitencia tan imperfecta como la nuestra, es digna de la majestad de un Dios ofendido? ¿Es acaso capaz de reparar las ofensas que le hemos hecho? ¿Cuatro oraciones breves y dichas con poca devoción, ¿tienen proporción con la enormidad y multitud de nuestros delitos? ¿Son capaces de borrarlos? ¿Satisfacciones tan cómodas y ligeras como las nuestras, pueden borrar nuestra malicia é ingratitud para con Dios? Desengáñate, que cuanto faltare de satisfacción á tu penitencia tanto más tendrás que pagar en la otra vida.

PUNTO II

De los medios de conocer que nuestra penitencia es verdadera.

¿De dónde nace que caes siempre en los mismos pecados, sino de que no aplicas los medios que podían preservarte? Pero ¿de dónde nace el que no aplicas

estos medios, sino de que no quieres con eficacia apartarte del pecado? Porque querer con eficacia una cosa es aplicar los medios para conseguirla, y tú te contentas con una voluntad vaga y general, de dejar el pecado; y esta voluntad no sirve, sino para engañarte. Querer así, es no querer, ó á lo menos, es no querer con el modo necesario para la verdadera penitencia. ¿Creerías á un enfermo sobre su palabra, cuando te dijese que se quería curar, y no quisiera tomar ningún remedio? Pues esto es lo que tú haces. ¿Hay acaso bastante motivo para creer que quieres eficazmente la curación de tu alma, cuando omites la aplicación de casi todos los remedios que te la pueden procurar?

A veces tal vez te resuelvas á aplicar algunos remedios; pero éstos, ni son los más eficaces, ni los más propios, ni los que se te proponen. Te parecerán muy severos. Dirás: Esto yo no lo puedo hacer. Esto mismo, que dices, persuade que tu voluntad no es eficaz. ¿Quieres ver una prueba? Si te propusieran los mismos medios para restablecer tu salud, hallándote en una enfermedad, no dudarías un instante en aplicártelos, y te parecerían sumamente fáciles; pues ¿cómo te parecen tan sumamente difíciles, ó imposibles, cuando se te ordenan para tu conversión y salvación? La diferencia está en que lo uno lo quieres eficazmente é ineficazmente lo otro, y no querer tu conversión eficazmente, es absolutamente no quererla; porque no quererla de este modo, es no quererla con el modo suficiente, que es necesario para la penitencia.

Pero los obstáculos y las tentaciones, me dirás, son más fuertes que los medios, y este es el origen de mis reincidencias. Pero ¿cuáles son estos obstáculos? La pasión, el trato peligroso, la ocasión en que tú mismo te pones. ¿Has tomado alguna vez medios bastantemente eficaces para vencer estos obstáculos? ¿Has hecho algún esfuerzo considerable para vencer tu pasión? ¿Te has violentado alguna vez para re-

sistir la inclinación que te lleva hacia el objeto que pierde tu alma? ¿No te dejas llevar de tu perversa inclinación casi sin ninguna resistencia? Estos esfuerzos que necesitas para vencerte son grandes, es verdad; pero si fuera menester hacerlos para evitar la pérdida de tu hacienda, de tu salud ó de tu pleito, no te espantarían, y te espantan, cuando se trata de evitar el pecado. ¿De dónde viene esta diferencia, sino del distinto modo con que quieres estas dos cosas: la una la quieres eficazmente, la otra sin eficacia; pues cómo puede ser verdadera tu penitencia, si no quieres eficazmente evitar el pecado y salvarte?

PUNTO III

De la felicidad y dulzura de la penitencia.

Considera que aunque la penitencia parece una virtud austera, que no vive sino de sangre y de lágrimas, y que no habla sino de tentaciones y de combates, no es tan rígida como parece; si tiene rigores, tiene también dulzuras, y aunque la acompaña siempre el dolor, muchas veces van con ella consuelos que exceden á sus dolores. Las lágrimas del penitente no son siempre amargas, y á veces siente un pecador más gusto en llorar sus pecados, que experimentó al cometerlos. Como el amor que el penitente tiene á Dios le inspira un santo aborrecimiento de sí mismo porque tuvo el atrevimiento de ofenderle, siendo tan amable, halla la misma satisfacción en afligirse y castigarse que hallaría en vengarse de un enemigo á quien aborreciese mucho. Es verdad que hay combates, que hay luchas: pero la esperanza cierta de la victoria le mantiene, y aunque se ve obligado á hacerse guerra á sí mismo, es una guerra saludable que se termina en la más dichosa paz.

Considera, en efecto, que si es penoso para un penitente verdadero, si es para él, como dice Jeremías, la más grande amargura haber abandonado y per-

dido á Dios por su culpa, no hay duda que será dulce para él buscar á Dios con esperanza de hallarle por la penitencia. Si es terrible haber irritado á Dios con sus pecados, y por esta razón estar expuesto á todos los efectos de su ira é indignación, será cosa muy consoladora conocer que el Señor se mueve á piedad, por sus lágrimas, y que le concede el perdón que no rehusa jamás á un corazón contrito y humillado. Si es terrible para un pecador estar continuamente agitado con los movimientos de sus pasiones desarregladas, espantado por la memoria de sus delitos y turbado por el remordimiento de su conciencia, será muy dulce ver sus pecados lavados con sus lágrimas, su conciencia tranquila con la esperanza del perdón, y, finalmente, ver que la paz se sigue á la guerra que causaba en su corazón lo desenfrenado de sus pasiones, de las que el Señor le concede la victoria.

Pero cuando á todas estas dulzuras que el pecador suele hallar en la penitencia, y que suaviza sus rigores, el Señor añade, como sucede muchas veces, los consuelos más puros; cuando se deleita en derramar en un corazón penitente la unción del Espíritu Santo, para hacer dulce lo amargo de la penitencia; cuando le hace gustar el escondido maná que promete á los que resisten á las tentaciones y pelean generosamente contra sus enemigos, entonces es cuando lo rígido de la penitencia desaparece; entonces es cuando deleitan las austeridades más penosas y cuando se siente el mayor gusto en renunciar todos los placeres por Dios, sin que entonces se tenga otra pena que la que sentía santa Teresa viendo que Dios, olvidando tan pronto sus pecados é ingratitudes, la llenaba de dulzuras y consuelos en lugar de las penas eternas, que juzgaba haber merecido. Si hubieras comprendido la dulzura de la penitencia, no le tuvieras tanto horror ni la hubieras dilatado tanto tiempo. Procura, pues, desembarazarte de los vanos temores que tienes á la mortificación, y sujétate voluntariamente á los rigo-

res que la acompañan, por la esperanza de los frutos y dulzuras que la siguen, y verás cómo puedes exclamar, como los santos: "Señor, Tú has proporcionado los consuelos y alegrías que das á mi alma al dolor y verdadero arrepentimiento que de haberos ofendido tiene mi corazón„.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío, tierno consolador y dulce esperanza de los que lloran! Aquí me tienes postrado á tus pies, deshecho en llanto por lo muchísimo que te he ofendido y temblando por mi suerte á la vista de lo poco que he hecho por desagraviate. Ten compasión de mí, Señor, y perdóname según lo infinito de tu misericordia, que yo te prometo empezar una vida verdaderamente de penitencia, huyendo del pecado y tomando todos los medios para permanecer en tu gracia.

Propósitos.—Toma la resolución de servirte de los medios que, ó las luces de la gracia ó los avisos de tu confesor te propusieren para evitar el pecado, y experimentarás la paz de tu alma.

19 DE DICIEMBRE

Sobre la misericordia de Dios en recibir al pecador arrepentido.

Preludios.—Mira al hijo pródigo en los brazos de su dulcísimo padre, y pide al Señor te acoja á ti con la misma bondad y misericordia.

PUNTO I

El hijo pródigo arrepentido.

Considera que el designio misericordioso de Cristo N. S., en la parábola del hijo pródigo, fué proponernos el modelo de una verdadera conversión y la de una sincera penitencia. Mira á este joven, cómo arrebatado por el ardor de la edad y de las pasiones, dejó la casa de su padre y se fué á un país extraño para vivir en él á su gusto y gozar de su li-

bertad; pero bien pronto tuvo motivos de conocer su ceguedad y de comprender todas las consecuencias de su desenfrenada locura. Tres cosas le determinaron á volver á la casa paterna: la miseria á que se halló reducido en poquísimo tiempo, la interior reprensión de su conciencia y el arrepentimiento de la culpa que había cometido, y, por último, la confianza en la bondad inagotable del mejor de todos los padres, de quien se había apartado, y de quien se prometía ser recibido con amor y con ternura.

¿Quién es este pródigo? ¿No soy yo mismo? Porque no hay mayor pródigo en el mundo que un alma que después de recibir tantas gracias de Dios, ha vivido, como yo, en la tibieza. ¿Qué gracias, qué dones y qué riquezas celestiales no he disipado? Mas ¿querré persistir siempre en mi yerro, y he de diferir por más tiempo el volver á entrar en los caminos del Señor, para reparar, en cuanto me sea posible, todas mis ingratitudes y mis culpas? Los motivos que inspiraron al hijo pródigo la enérgica resolución de volver á su padre, deben ser bastante poderosos para inspirarme á mí el volver á mi Dios.

La primera consideración fué la de su miseria En la vida licenciosa en que vivía fueron necesarios pocos meses para disipar toda su herencia. De rico que era, se vió reducido á una extrema é increíble pobreza; se vió obligado á vender aquella libertad de que había sido tan celoso; sujeto al dominio de un señor cruel y sin entrañas, le faltó hasta el pan para alimentarse, y se tenía por muy feliz en saciar su hambre con lo que comían los animales más inmundos y aun esto mismo se le negaba. Pues esto fué lo que le hizo entrar dentro de sí mismo; porque no hay cosa tan capaz de hacernos volver sobre nosotros mismos y abrirnos los ojos como la adversidad. Compara su estado presente con el estado que tenía en casa de su padre: "¿Cuántos criados, dice, hay en casa de mi padre que comen el pan con abundancia,

y yo aquí muero de hambre?„ Y esta reflexión le penetra el alma, y sin permitirle deliberar más tiempo, le obliga á tomar el partido de volverse á la casa paterna y cumplir en ella con su obligación.

Se puede decir, y bien lo experimento yo, que no hay miseria más semejante á la de este hijo pródigo que la mía, después que me aparté de Dios y perdí mi primer fervor, y por el pecado perdí la gracia de Dios. Mi corazón se ha secado, y todo el espíritu de retiro, de oración, de mortificación y de piedad se ha apagado en mí ¿Dónde está aquel recogimiento interior, aquella modestia, aquella vigilancia, aquella conciencia timorata que otras veces tenía? Nada de esto tengo ya, y me hallo sobre todo en una deplorable esclavitud. ¡A qué tiranos me he sujetado entregándome á mis deseos y á mis pasiones! Debiendo alimentarme en la casa de Dios con el pan de los ángeles y de las delicias interiores de una vida del todo divina, no busco, como aquel desgraciado pródigo, más que alimentarme de las bellotas de los animales inmundos, esto es, no busco más que consuelos humanos y la vana y torpe satisfacción de mis pasiones. Pero esto tampoco lo puedo conseguir, porque son fieras insaciables que jamás dicen: "basta„.

¿Qué me resta, pues, y en qué estado me hallo? ¡Ah! ¡Cuántas almas fieles á Dios y á sus divinos beneficios, gozan de las más dulces comunicaciones con Dios, y yo de todas estas cosas nada siento, á nada me aficiono y de nada me aprovecho! Dichoso yo si después de todo esto tengo, á lo menos, algún conocimiento de mi mala disposición y veo el desorden y desgracia de mi vida. Dichoso si no estoy del todo insensible al llamamiento de la gracia. ¿Viviré siempre sin hacer esfuerzo alguno para salir de este estado? ¿Seré más perezoso en resolverme que lo fué el hijo pródigo? Yo he andado perdido como él; este es el desarreglo de mi vida; mas lo que acabaría de perderme y lo que sería el colmo de mi ruina, sería

no convertirme en adelante con la prontitud con que el pródigo volvió á la casa de su padre.

PUNTO II

El hijo pródigo volviendo á casa de su padre.

Después de haber considerado el pródigo su miseria, y haberla llorado con lágrimas de compasión de sí mismo y de arrepentimiento, tomó otra resolución más generosa. Acordóse de la inmensa bondad de su padre, y esta memoria le llenó de confusión y le penetró de dolor. Comprendió toda la gravedad de la falta que había cometido contra un padre dignísimo de todo su amor. Dióse todas las reprensiones que un pesar verdadero inspira á un corazón dolorido y penitente; porque, aunque el Evangelio nada de esto diga en particular, nos lo da bastantemente á conocer por tres cosas que el pródigo propuso hacer al verse en la presencia de su padre.

Antes de ponerse en camino, consideró lo que había de decir, y se propuso el modo cómo había de portarse en su vuelta. Primero, resolvió arrojarse á los pies de su padre; pero no á alegar razones para justificarse, mas al contrario, para reconocerse delincuente y sin excusa, para mostrar su arrepentimiento sincerísimo, y ponerse con esto en estado de obtener la gracia del perdón. "Partiré, iré á mi padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra vos„; contra el cielo, que me ordenaba estaros sujeto, cumplir con todas las obligaciones de una obediencia filial; contra vos, con quien he sido tan ingrato y tan desleal, y cuyos avisos y saludables consejos tanto he menospreciado. Después de esto, el menosprecio que había concebido de sí mismo le llevó á humillarse mucho más, y á no tomar delante de su padre el nombre y título de hijo, de que se tenía por indigno. "No merezco ya ser llamado hijo vuestro„, y no me debéis mirar como tal, puesto que yo no me he

portado con vos como hijo; vos tenéis derecho de no portaros ya conmigo como padre. No se contentó, por último, con esta humillación, sino que pensó también en la severidad de la penitencia que merecía y pensaba hacer, pidiendo no tener otro lugar en la casa de su padre, ni otro trato, que el de los más ínfimos criados.

Esto es lo que obra en un alma penitente el dolor que la oprime, y lo que debe obrar en mí. Pues ponderaré si el padre verdadero del hijo pródigo ha hecho con su hijo nada que pueda igualar con todos los favores y las misericordias que yo debo á la providencia de mi Dios. ¿Puedo pensar en esto sin derramar lágrimas de agradecimiento y de amor hacia un Dios tan bueno para mí? ¿O puedo no pensarlo sin ser el más desconocido y el más ingrato de todos los hombres? Este pensamiento de un Dios tan bueno y tan generoso para conmigo, si en él reflexiono, me moverá infaliblemente el corazón con el auxilio de la gracia; y mi dolor y mi contrición, no dejará de producir en mi alma estos tres efectos, que son esenciales á la penitencia:

Primero, recurrir prontamente á Dios, postrarme en su presencia, confesarle todas las miserias de mi vida, detestarlas de corazón á sus pies, y llorarlas amargamente. "Pequé, Dios mío, pequé contra Vos„; no una vez sola, como el hijo pródigo, sino casi tantas veces como instantes he vivido. No pretendo justificarme vanamente ni alegar falsos pretextos: mi conciencia me desmentiría, y me confundirían las luces de vuestra gracia. Pequé, Señor, aún mucho más de lo que conozco. Todo lo confieso delante de vuestra divina Majestad; y para inclinaros á favorecerme, no necesito más que presentaros esta dolorosa confesión y estas lágrimas que Vos, Señor, me inspiráis.

Segundo, menospreciarme á mí mismo y sentir tanto más mi indignidad cuanto más santa es la profe-

sión en que vivo. Dios quería hacer de mí un cristiano perfecto; mas ¿en efecto, lo soy? Tengo el nombre, tengo las apariencias de tal, pero ¿tengo las obras de un cristiano perfecto? ¡Cosa extraña! El nombre que tengo, debía ser para mí motivo de gloria, y sólo es motivo de confusión, porque ¿de qué debo avergonzarme más que de pasar ante los ojos del mundo por persona espiritual y virtuosa no siéndolo? ¿Debo, pues, admirarme según esto, Señor, de que no me favorezcáis con aquellas especiales gracias y aquellas divinas comunicaciones con que enriquecéis á las almas fervorosas? Estos son propiamente vuestros hijos, porque os honran y os sirven como á Padre, y á los hijos está reservado el pan de vuestra mesa; yo no soy digno ni de pedirlo ni de esperarlo.

Tercero, condenarme á todo género de penitencias, á cuanto hay de más austero, y sujetarme á todo; aceptando todas las repugnancias y trabajos que pudiere tener que sufrir por servir á Dios; gustando de que Dios me deje probar todo el peso de su justicia que tanto he merecido. ¿No basta, Dios mío, que no me arrojéis de vuestro corazón? Pues no he vivido como hijo dócil y obediente, justo es que me tratéis como á mercenario y esclavo. Así piensa un alma contrita, así habla y así vive, y así debo yo pensar, hablar y vivir.

PUNTO III

El hijo pródigo perdonado por su padre.

Considera que si en la resolución que tomó, y en el designio que formó el hijo pródigo de volver al hogar paterno, no dijo: Iré á mi señor, ni á mi juez, sino iré á mi padre. Este nombre de padre le llenó de confianza y desterró de su corazón todo temor, sin permitirle ni deliberar siquiera. Asegurado, pues, con una confianza sin límites en la bondad de su padre, parte, camina, llega y se acerca á él, el cual le hizo

ver al instante que no se había engañado en la esperanza que había concebido; porque al punto que el padre divisó á su hijo, salta á su cuello, le abraza y le da beso de paz, le introduce de nuevo en su casa, y sin reprenderle ni aun hablarle sobre lo pasado, junta toda su familia para mostrarles su alegría y dar parte de la venida de su hijo. No se contentó con esto, sino que muy lejos de tratar como mercenario y como esclavo á este pródigo, á quien los vicios habían reducido á un estado tan miserable y asqueroso, manda que le vistan con un vestido nuevo, que maten el becerro más grueso, que se prepare un gran banquete, y que se disponga una agradable música para que nada falte á esta fiesta tan alegre. ¿Por qué todo esto? ¡Ah! exclama este padre tan bueno y tan amoroso: "La causa es que mi hijo había muerto, y lo veo resucitado; se había perdido, y lo he encontrado felizmente„.

Lo mismo sucede con el pecador que se vuelve á Dios y á quien Dios recibe. Lo mismo me sucederá á mí, apenas me volviere á Dios con el sentimiento de una verdadera compunción, y me humillare delante de su Majestad considerando mis ingratitudes y mis infidelidades. Lo hallaré aún mejor dispuesto para favorecerme que el padre del hijo pródigo lo estaba para con su hijo. Verdad es que según las reglas de su justicia podría Dios desecharme, y si no tuviera otro motivo en que confiar sino en mis obras y mi vida, tendría derecho de arrojarme de sí para siempre. Pero tengo toda su misericordia por apoyo de mi confianza, y puedo pagar con ella á su justicia, ya que su bondad no desea sino derramarse en los corazones contritos.

No debo dar oídos á los temores ni á las desconfianzas que me inspira la naturaleza, y con que los enemigos de mi salvación y de mi perfección procuran detenerme: no debo espantarme de todas las dificultades que preveo, y de todas las repugnancias

que siento. Aunque fuesen mil veces mayores, la penitencia me debe poner en una firme disposición de sufrirlo todo. Pero debo estar seguro que desde el instante que me hubiere determinado á ello, y que con este espíritu diere los primeros pasos para ir á Dios, la experiencia me borrará bien presto las falsas ideas que me turban, y los vanos temores que me causa la vista de mis fragilidades. En lugar de hallar un Dios severo é inexorable, encontraré un Dios lleno de bondad y de ternura para conmigo: si Dios no desecha aun á aquellos mismos que huyen de su Majestad: ¿qué hará con los que le buscan?

Por ofendido, pues, que Dios esté conmigo, y por muchos motivos que tenga para arrojarme de su presencia, he de estar seguro de que saldrá él mismo á recibirme para allanarme el camino, y para facilitarme la vuelta que medito; de que me concederá una pronta remisión de todas mis culpas, y me perdonará gran parte de la satisfacción que le debo; de que me favorecerá con gracias siempre nuevas en los esfuerzos que necesitare hacer, ya para levantarme, ya para mantenerme y perseverar. Y por último, de que no contento con verme otra vez en el camino de la virtud, se aplicará á adelantarme y á perfeccionarme: de suerte, que podré volver á ganar todo lo perdido, y llegar al grado de las almas más perfectas. ¿Qué más he menester? ¿Puedo acaso dudar un momento del partido que debo tomar?

Coloquio..—Padre de las misericordias, Dios de esperanza y de paz, bendito seáis, Señor, por la santa resolución que me ha inspirado vuestra divina gracia; dignaos por esta misma gracia confirmarme en mis santos propósitos. Yo vuelvo á Vos, Padre mío: vedme aquí á vuestros pies confuso y humillado, pero asegurado por vuestra Majestad, y confiado en vuestra bondad infinita del todo paternal: porque Vos mismo, oh Dios mío, sois quien me ha hecho oir vuestra voz para volverme á Vos: ¿tengo que temer

acaso que me cerréis vuestro seno para no recibirme? No será así, Dios mío, sino que en vuestro corazón encontraré infinitamente más amor y cariño que el que encontró el pródigo en los brazos de su padre.

Propósitos.—Decir ahora mismo con la energía y resolución del pródigo: "Me levantaré del pecado ó de la tibieza, é iré con fervor á mi Dios y á mi Padre."

20 DE DICIEMBRE

Sobre el amor de Dios.

Preludios.—**Mírate delante de Dios y de los santos y ángeles que ruegan por ti, y pide claro conocimiento de los beneficios divinos para agradecerlos y en todas cosas servir y amar á la Majestad divina.**

PUNTO I

Debemos amar á Dios porque es infinitamente amable.

Considera que el objeto del amor es el bien, y donde falta el bien allí falta el amor, así como bien pronto se apaga el fuego si falta el combustible. Ahora bien, Dios es un bien que reune en sí y de un modo infinitamente perfecto, todos los bienes creados, porque los encierra todos, como dice santo Tomás. 1.°, con universalidad; 2.°, con plenitud; 3.°, con unidad.

Universalidad.—Las otras criaturas poseen en sí las perfecciones propias, pero no las ajenas. Así el hombre no es ángel; mas Dios lo contiene todo ó formalmente si no envuelven imperfección alguna ó eminentemente, es decir, depurado de todas las imperfecciones que contenga.

Plenitud.—Los otros seres tienen el bien con medida, pero Dios lo contiene con exceso infinito, como que es el sumo bien y todo ser por esencia y en abstracto. El ángel es bueno, sabio y poderoso. Dios es la bondad, la sabiduría, el poder y toda perfección.

Unidad.—Todos los atributos de Dios están en él

indivisiblemente. En el hombre, el alma no es el cuerpo; la sabiduría no es la santidad. Pero en Dios, todos los atributos son una misma cosa simplicísima que tienen mil hermosas fases, digámoslo así, para hacerse amar y entender de algún modo de nuestras miserables facultades. Supuesto esto, parémonos aquí y hagámonos estas reflexiones. Nosotros tenemos que amar necesariamente el bien: la hermosura nos atrae y nos roba el corazón. Pues dice san Agustín: "*Quod quaeritis quaerite, sed ubi est quaerite*". Buscáis la hermosura, pues buscadla donde está, y no donde no está. "*Qui fecit omnia, melior est omnibus, qui magna fecit, major est omnibus, qui pulchra pulchrior omnibus est*". Si fuésemos tan dichosos que pudiésemos admirar el objeto más bello que existiese en la naturaleza ¿cómo no amarlo? Pues "*quid amas, ut Deum non ames*". ¿Qué amas, si no amas á Dios? ¿Pero cómo amar lo que no vemos, nosotros que somos tan miserables que todo nos ha de entrar por los sentidos? Para evitar esa dificultad se hizo Dios hombre como nosotros. Mientras Dios se ocultó tras los rayos del Sinaí, parecía que aspiraba sólo á ser temido, pero ahora, después que el amor divino se hizo carne, no tenemos excusa si no lo amamos. Se ha hecho semejante á nosotros para conquistar nuestro corazón, porque la semejanza engendra el amor. Se ha hecho el más hermoso de los hijos de los hombres para ganar nuestros corazones con la hermosura. Se ha hecho Cordero, Pastor, Padre, amigo, bienhechor, para amarrar nuestra alma con tantos lazos como representan estos tiernísimos títulos. Pues bien, si amamos á los amigos, aunque infieles, á los compañeros, aunque traidores; si amamos las criaturas, que sólo tienen una participación de la bondad y de la hermosura de Dios, amemos á Dios que es todo bien en todas las cosas, que se nos da en todas las cosas y que parece no vive ni es, sino sólo para amarnos y servirnos.

PUNTO II

Debemos amar á Dios por ser infinitamente amante y benéfico.

Considera cómo David se admira, y con razón, del amor de Dios hacia el hombre. Y Job, pregunta admirado, cómo es posible que ponga Dios su Corazón divino sobre él. Porque como enseña santo Tomás, tres razones pueden conciliar el amor: la belleza, la bondad y la semejanza. Pues si examinas despacio lo que somos nosotros, te preguntarás: ¿Dónde está nuestra belleza, si no somos más que miseria y pecado, y éste es la fealdad infinita, porque es el mal sumo, la separación de Dios, belleza infinita, la nada y la negación de los atributos de Dios? ¿Dónde nuestra bondad, si el pecado es la malicia y la ingratitud suma? Por otro lado, la semejanza nuestra con Dios ya no existe, porque el pecado imprime en el corazón del hombre el sello de la bestia, y la imagen de Satanás. ¿Cuál es, pues, el motivo de ese amor increible de Dios para con los hombres? La benignidad de un corazón divino que no nos mira á nosotros, sino á sí mismo y á que El es puro amor y bondad eminentísima. Nos ama infinitamente porque es sumo amor, bondad suma que tiende á salir fuera de sí y nos ama hasta por una especie de necesidad, como el padre al hijo y el artífice á la obra de su mano. Además, que esta es la diferencia entre el amor humano y el divino. El amor humano supone la bondad del objeto, el divino se la da y comunica á la criatura el bien que atrae y roba el corazón. Nos ama con todo lo que es desde la eternidad, con amor tierno, noble, desinteresado, nos ama con todos sus atributos, que todos, en cierto modo, se someten á su bondad y su amor. Nos ama más que á todas las criaturas, más que á los ángeles, á los que no perdonó cuando pecaron, más que á sí mismo en cierto modo, porque nos ha prefe-

rido á su vida, como dice el Crisóstomo y san Buenaventura, "*tantum me diligis, ut te odisse videaris.*"

Se admira san Agustín de que Holofernes se enamorase de las sandalias de la bella Judit. Pues, ¿cuánto es mayor la necedad de los hombres que se prendan de las criaturas, huellas de Dios, y se olvidan del Creador? No levantamos los ojos arriba de donde viene y dimana todo bien y toda hermosura, sino que los ponemos en las cosas criadas, que son huellas de la divinidad, y por eso nos hacemos abominables, como las cosas que amamos. Porque el amor es transformativo; y así como si amamos el cielo, somos cielo, si amamos la tierra, nos hacemos terrenos. Los hijos de Aarón, Nadab y Abiud, por no poner en el incensario el fuego tomado del altar del holocausto, fueron devorados por el fuego que salió del rostro de Dios. ¡Ay de nosotros si no ponemos en nuestro corazón el fuego del amor divino! El fuego de la justicia de Dios nos devorará como á ingratos y desconocidos á los infinitos beneficios del Señor.

¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te conocí y qué tarde te amé! Y no te amé antes, porque no aprendí á estudiar tus beneficios ni á mirar cómo estás en todas las cosas por amor mío, ni á mirarte dentro de mí dándome el ser y haciéndome templo tuyo; ni he visto que todos los bienes y perfecciones de las criaturas son destellos y emanaciones que brotan de tu infinita riqueza, como del sol viene la luz y de las fuentes las aguas. Abre mis ojos, Dios mío, para que en adelante en todo te vea y en todo te ame, y toda perfección humana me sirva para subir á la contemplación de tu hermosura increada.

PUNTO III

Debemos amar á Dios porque desea sumamente ser amado de nosotros.

Considera que Dios es tan grande y el hombre tan vil y miserable, que sería grande dignación en Aquél

si aceptase nuestro amor, como en el mundo es gran dignación de un monarca el aceptar los obsequios de sus súbditos. Pero Dios lo desea, y ardientemente quiere que le amemos. ¿Qué ventajas se le siguen á Dios de nuestro amor? ¡Es un misterio de su bondad y misericordia para con el hombre! Y, sin embargo, así es; y aquel que no ama á Dios permanece en la muerte. Esto prueba que Dios lo creó todo para el hombre, al hombre para sí, y que Dios N. S. se contenta con nuestro corazón. El lo dice bien claramente: "*Praebe, fili mi, cor tuum mihi*", y todas las leyes se reducen al amor, y la plenitud de la ley y la perfección es el amor. Manda Dios que le amemos; pero ¿cómo mandar que amemos al amor increado, á la belleza infinita y al eterno bien y suma bondad? Si nos hubiese mandado temerlo, hubiéramos tenido que violentar nuestro corazón, que va hacia el bien como á su propio centro; porque la mayor pena de los condenados es no poder amar. Por otro lado, ¿cómo podemos dejar de amar á un Dios que nos ama eternamente, que nos ama siempre y que El mismo se nos da como premio del amor; que nos ama con obras de amor increible, y que cuanto existe, lo hizo por nuestro amor? Nos ama hasta la locura de la cruz, y el éxtasis divino, fruto del corazón de un Dios, es la Eucaristía, y más allá no puede ir ni el amor del mismo Dios. Pondera, para conocer cuánto te ama Dios, los beneficios particulares de todas clases que el Señor te ha hecho. Es un océano de amor y de bondad. ¿Cómo no estoy en el infierno? ¿Cómo vivo? Por amor de mi Dios. Amemos, pues, á quien tanto nos ha amado. ¡Qué roca tan dura es nuestro corazón si con tanto golpe no se ablanda! No es posible amar como El nos ama; pero no hay amor que pueda corresponder al de Dios, que si lo hizo todo en número, peso y medida, ha querido amarnos sin medida alguna. Si estuvieses ciego y un médico te diese la vista, ¡qué gratitud le demostrarías! ¿Qué es eso,

comparado sólo con los beneficios que debes al Señor por la creación, por la que debes á Dios todos los miembros de tu cuerpo y todo lo que sirve para tu salud y tu vida?

Coloquio.—Vos me mandáis, Señor, que os ame, y si no os amo, me amenazáis con las mayores desgracias. ¿Pero puede haber ninguna más grande que no amaros? Y no obstante, hice de esta desgracia mi dicha, cuantas veces os ofendí. Ninguna cosa, Dios mío, dejasteis de hacer para obligarme á amaros, ruegos, promesas, amenazas, riquezas, beneficios, todo lo pusisteis en práctica para esto; y yo no dejé de hacer nada para oponerme á vuestro amor. ¿Podía perder alguna cosa en amaros? O por mejor decir, ¿no lo pierdo todo si no os amo, pues lo pierdo todo y me pierdo á mí mismo, perdiéndoos á Vos? ¡Qué tarde, Señor, empecé á amaros, aunque os ame desde ahora! Y puedo decir con más verdad, que uno de vuestros fieles siervos: ¡Qué tarde os he amado, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Qué tarde os he amado! ¡Qué gran motivo de confusión y de dolor para mí! Pero á lo menos, en parte me consolaría, si pudiera estar seguro de que ya empecé á amaros; pero ¡ay! Dios mío, ¿os amo yo? ¿Me atreveré á decir que no, teniendo tantas razones para amaros? ¿Pero si fuese tan infeliz, que dijese que no os amaba, todas las criaturas que sólo hicisteis para mi uso y que son para mí otros tantos beneficios y motivos de amor y reconocimiento, no se volverían contra mí? ¿Me atreveré á decir que os amo, cuando tengo tantas razones de dudar? ¿Y si lo dijese, mis ingratitudes, mis infidelidades, mi cobardía en vuestro servicio, mi facilidad en desagradaros y en ofenderos, no me desmintieran? Lo que me atrevo y puedo, á mi parecer, decir, es, que tengo deseo de amaros; el dolor que tengo de no haberos amado hasta ahora y la temerosa duda de si os amo, parece que me aseguran, á lo menos, que deseo amaros. ¡Pero sólo Vos, oh Dios mío, que me inspiráis este deseo, le podéis hacer eficaz! Porque yo podré sin vuestra ayuda ofenderos, perderos y perderme á mí mismo; pero no

podré sin vuestra ayuda, amaros, ni desear amaros como es menester. El deseo que reconozco en mí de amaros, me hace creer que me queréis conceder este amor: yo os le pido, Señor, y me atrevo á decir, que no os quiero pedir otra cosa. ¿Me podréis negar vuestro amor, pues que me mandáis amaros? ¿No sería contradeciros á Vos mismo? Yo resuelvo lograr este amor, cueste lo que costare; y si para conseguirle es menester perder bienes, reposo, estimación y vida, yo os lo ofrezco de todo mi corazón; la pérdida de cuanto tengo me parecerá ganancia si con ella gano vuestro amor, pues teniéndole, os poseo; y poseyéndoos, Dios mío, ¿qué me puede faltar?

Propósitos.—Resuélvete á pedir solamente á Dios su santo amor, á hacerlo todo por su amor para pagarle algo de lo que le debes.

21 DE DICIEMBRE

(Meditaciones preparatorias á la fiesta del nacimiento de N. S. Jesucristo.)

Del decreto admirable de la Encarnación del Hijo de Dios.

Preludios.—Imagínate á Dios N. S., trino y uno, sentado en un trono de infinita majestad; á los hombres, y á ti entre ellos, por el pecado de Adán postrados en tierra, llagados y medio muertos, y á las tres divinas Personas que los estaban mirando, compadeciéndose de ellos y entrando en consejo sobre el medio que tomarían para remediarlos. Adora á la beatísima Trinidad, y pídele humildemente te ilustre con su divina luz, para que conozcas la alteza del consejo que tomó para nuestro remedio, de modo que te aproveche para tu salvación.

PUNTO I

Sobre el decreto de Dios para remediar el género humano.

Consideraré el decreto que hizo Dios N. S. en su eternidad de remediar el linaje humano, que se perdió por el pecado de Adán, ponderando las causas que le movieron á ello; unas de parte de su infinita

misericordia, y otras de parte de nuestra miseria, y del modo lastimoso cómo incurrimos en ella.

Primeramente consideraré, cómo habiendo nuestro Señor criado dos suertes de criaturas á su imagen y semejanza, ángeles en el cielo, y hombres en el paraíso; y habiendo visto que gran parte de los ángeles pecaron, y que después pecaron también los hombres, determinó mostrar la terribilidad de su justicia en castigar los ángeles, arrojándolos luego del cielo al infierno. Pero con los hombres, quiso mostrar las riquezas de su misericordia, determinándose á remediarlos y sacarlos de las miserias en que habían caído, dándoles medios para alcanzar perdón de su pecado. Porque en ninguna cosa resplandece tanto la misericordia de Dios, como en perdonar pecados y compadecerse de sus mismos enemigos. Por lo cual todos los hombres debemos dar infinitas gracias á este Señor, viendo que con ser criaturas tan viles, y mereciendo ser desamparadas por su justicia, nos amparó con su misericordia dejando á los ángeles, que eran más nobles que nosotros. ¡Oh Dios eterno, verdadero Padre de misericordias!, ¿con qué te pagaremos tan soberano beneficio? Alábante por esta merced los ángeles que quedaron en el cielo; reconózcanla y aprovéchense de ella los hombres que viven en la tierra, y mi alma se derrita en amor tuyo, cantando la muche dumbre y grandeza de tu misericordia, por la cual te suplico perdones mis pecados, ayudándome para nunca más volver á ellos. Esta consideración he de aplicar á mí mismo, ponderando que aunque Dios N. S. por su misericordia ha resuelto perdonar á los pecadores, y con efecto perdona á los arrepentidos, pero con los rebeldes usa de su rigurosa justicia, condenándolos como á los demonios; y así he de procurar no resistir á la divina misericordía por no caer en manos de su justicia.

Pondera luego las causas que en alguna manera movieron á la divina misericordia para compadecer-

se de nuestra miseria. Una fué, porque Adán con su pecado, no solamente se hizo daño á sí mismo, sino también á todos sus descendientes, los cuales habían de nacer pecadores, condenados á muerte y cárcel eterna, incurriendo en estos daños no por su propia voluntad personal, sino por la que tuvieron en su primer padre. Y como Dios es tan misericordioso, no pudo sufrir su clemencia que toda su obra pereciese sin remedio por culpa de uno, y que todo este mundo visible, que había sido criado para el hombre, quedase frustrado de su fin, sirviendo al pecador. Por este y por otros motivos, dignos de su bondad y porque el demonio, que indujo al hombre á pecar, no saliese victorioso, se determinó en remediarle. De donde sacaré dos razones para confiar en la divina misericordia, alegándolas por títulos, para que remedie mi miseria, Uno, que "fuí concebido en pecado„, del cual nacen originalmente todas mis miserias. Otro, que "soy obra de sus manos„, por lo cual no he de ser aborrecido, pues Dios no aborrece lo que hizo. ¡Oh Padre misericordiosísimo!, pues conoces la masa de que tus hijos somos formados, la cual salió de Ti buena y por Adán se hizo mala, compadécete de nosotros, remediando el daño que Adán hizo, para reformar lo bueno que tú hiciste. Mis manos han borrado en mí lo que hicieron las tuyas; reparen las tuyas, con tu copiosa gracia, lo que hicieron las mías por mi miseria y por mis culpas.

PUNTO II

Del decreto divino de la Encarnación del Hijo de Dios.

Considera cómo la santísima Trinidad, viendo en su eternidad muchos medios que tenía para remediar á los hombres, ó perdonándolos por pura y sóla misericordia, ó criando otro nuevo hombre que satisficiese por ellos, ó encargando esto á los serafines, no quiso escoger el medio que era más fácil, ni menos

perfecto, ni encargar esta obra á otro, sino escogió el mejor medio que era posible, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre, para remediar á los hombres. De suerte que no pudo darnos mejor remediador, ni más poderoso remedio, ni más copiosa redención, queriendo que, "adonde abundó el delito, abundase infinitamente más la gracia."

Para ponderar más esta verdad, mira lo que el primer hombre hizo contra Dios, y lo que Dios hace por el hombre, comparando los pensamientos y trazas del uno con las del otro. Adán trazaba con soberbia levantarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría y el señorío de todas las cosas; por lo cual merecía que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad, no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillación y trabajo para Dios. Porque con ser el Verbo divino de infinita grandeza y majestad, no reparó, como dice san Pablo, en deshacerse y humillarse hasta tomar forma de siervo y vestirse de la naturaleza mortal y pasible de su mismo enemigo, juntándolo consigo en unidad de persona, para sacarle de la suma miseria en que estaba por la culpa, y levantarle á la suma honra y dicha que podía tener por su gracia. Pues, como dice san Agustín, "Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios", para que en virtud de Dios humanado, los hombres fuesen dioses por participación.

Finalmente, mirando este soberano decreto de la Encarnación, admírate con grande pasmo de la infinita bondad y misericordia de Dios. Y unas veces, como Moisés, engrandece la bondad de Dios, y otras da gracias á este Señor por esta merced tan gloriosa, diciéndole: ¡Oh Dios eterno, gracias te doy por esta soberana traza que inventaste para mi remedio, tomando sobre Ti mi bajeza para comunicarme tu gran-

dezal Concédeme que yo me humille para servirte, como Tú te humillaste para remediarme, y que haga yo lo sumo que pudiere por tu servicio, como Tú hiciste lo sumo que podías para mi remedio.

PUNTO III

De las infinitas perfecciones que nos demostró el Señor en este decreto de la Encarnación.

Considera cómo en esta obra de la Encarnación, pretendió juntamente Dios N. S. descubrirnos la infinita excelencia de todas sus perfecciones, empleándolas en grandísimo provecho nuestro. Primeramente, mostró su infinita bondad en comunicarse á sí mismo con la mayor comunicación que podía, dando su ser personal á una naturaleza humana, y emparentando de esta manera con todo el linaje de los hombres. Mostró su caridad en unir consigo esta naturaleza con tan estrecha unión, que uno mismo fuese hombre y Dios, para que todos los hombres fuesen una cosa con Dios, por unión de amor, dándoles liberalmente y de balde la cosa que más amaba y estimaba, y con ella todas las demás cosas. Mostró su infinita misericordia, hermanándola maravillosamente con la justicia, porque no pudo ser mayor misericordia que venir personalmente Dios á remediar nuestras miserias y hacerse capaz de verdadera tristeza y dolor para tener verdadera compasión de ellas.

Ni pudo ser mayor justicia que pagar el mismo Dios humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa. Mostró además su inmensa sabiduría en inventar modo cómo juntar cosas tan distantes, como son Dios y hombre, eterno y temporal, impasible y pasible, y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia sin perjuicio de la justicia. Mostró la omnipotencia en

hacer por el hombre lo sumo que podía, para honrarlo y enriquecerlo; porque entre todas las obras divinas ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. Mostró, finalmente, su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios humanado, para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre?

Estas perfecciones divinas, que resplandecen en esta obra admirable de la Encarnación, la más amorosa y divina que ha salido de la sabiduría y amor de Dios, me han de ser motivos para alabar á Dios, deseando amarle y servirle con la mayor perfección que me fuere posible. Porque si antes de hacerse Dios hombre pedía que le amásemos "con todo nuestro corazón y alma, espíritu y fuerzas„, ¿con cuánta más razón me pedirá ahora tal grado de amor y fervor en su servicio? Y pues "la prueba del amor son las obras„ he de mostrar en ellas este amor, procurando imitar las excelentísimas perfecciones que descubrió en esta obra, y especialmente las virtudes que este Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo.

Coloquio.—¡Oh Trinidad beatísima!, ¿qué gracias te daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que tenías encubiertas en tu pecho? ¿Qué te daré que no sea poco, por dádiva tan soberana? ¿Cómo te amaré y serviré por ella? Vesme aquí dedicado todo á tu servicio, con deseo de amarte como me amaste, y de imitar las virtudes que me descubriste. Y pues me has dado lo que es más, dame también lo que es menos, dándome que te ame por el don infinito que me diste.

Propósitos.—Estudiar constantemente las virtudes que resplandecen en el Verbo humanado y hacer de El el modelo y ejemplar de toda mi vida.

22 DE DICIEMBRE

De la infinita caridad de Dios en el misterio de la Encarnación.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la infinita grandeza de la persona que nos hizo el beneficio de la Encarnación.

Considera que aunque todas las divinas perfecciones resplandecen en el misterio admirable de la Encarnación, más sobre todas campea la caridad. Funda, pues, esta meditación en lo que Cristo N. S. dijo á Nicodemus: "Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que cualquiera que creyere en El no perezca, sino alcance la vida eterna„. En las cuales palabras cifró el Salvador tres cosas principalísimas que se encierran en este soberano misterio, conviene á saber: la fuente principal de donde procedió su grandeza, sus fines y efectos admirables.

Considera, pues, ante todo, la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del hombre que es amado, y á quien se hizo esta merced, comparando lo uno con lo otro. Pondera cómo el origen de este soberano beneficio fué la infinita caridad de Dios, el cual para su bienaventuranza no tenía necesidad de amar á nadie, porque con sólo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Pero con todo eso, de pura gracia y por su bondad infinita quiso amar á sus criaturas, solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad.

Pondera luego cómo pasó muy más adelante la in

finita caridad de Dios en querer amar al mundo, siendo el mundo lo que era. Llamo mundo á la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adán y de él contrajeron la mancha de la culpa original y después por su propia voluntad cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales merecían ser aborrecidos y condenados al infierno. De suerte que no solamente amó Dios á los hombres cuando no eran, sino también los amó cuando eran enemigos suyos y desagradecidos; para descubrir con esto los infinitos tesoros de su misericordia y caridad. Haz comparación de lo que Dios hace en el cielo á lo que los hombres hacen en la tierra, ponderando cómo Dios ama al mundo que le aborrece y el mundo aborrece al Dios que le ama, admirándote de la maldad abominable del mundo y de la infinita bondad de Dios. ¡Oh Dios de infinita majestad! ¿Cómo te dignas amar á mundo de infinita vileza? Bendita sea tu inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Muéstrala, Señor, conmigo en hacer que te ame como me amas y te sirva como mereces. Estas tres cosas he de aplicar á mí mismo, poniéndome á mí en lugar del mundo, pues también yo como ingrato y desconocido he aborrecido y ofendido á Dios, y no por eso Dios ha dejado de amarme, deseando hacerme bien para que de corazón le amase.

PUNTO II

De la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo en la Encarnación.

Considera la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo, que fué su Hijo unigénito. En lo cual se ha de ponderar primeramente, cómo el amor de Dios no es amor de solas palabras, sino amor de obras, haciendo bien á los que ama, y cuanto más ama, tanto mayores bienes da á la persona amada. De aquí es, que para mostrar la infinita grandeza de

su amor, nos dió la cosa más preciosa que podía darnos, que fué á su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre y un mismo Dios con El; queriendo se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase "la plenitud de Dios, de la cual todos participasen„. Por esta causa Cristo N. S., queriendo engrandecer la grandeza del divino amor, dijo: "Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo unigénito„, como quien dice: No pudo amarle más, que en darle á su Hijo, y no cualquiera, sino á su Hijo natural, á su Hijo unigénito. Y en lugar de aquella palabra amó, puedo poner otras semejantes, diciendo: Así estimó Dios al mundo, así le honró, así le glorificó y ensalzó, así le enriqueció y le amparó, que le dió á su Hijo unigénito; y esto de balde, y de pura gracia, porque no hubo quien pudiese merecer tan infinito don.

Pondera luego á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo tan perverso y tan ingrato, que viniendo este Hijo unigénito de Dios á vivir en él, "el mundo no lo conoció„, ni lo estimó, ni lo reverenció como debía, ni supo agradecerle la honra y el bien que recibía de El. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, me admiraré grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras mi amor, de modo que como Dios me dió el único Hijo que tenía, así yo le dé la única alma que tengo, y mi único corazón, empleando mi memoria, entendimiento y voluntad, con todos mis sentidos y potencias, en amar y servir á tal Padre, que me dió tal Hijo para mi salvación y santificación. ¡Oh Padre Eterno!, gracias te doy, cuantas puedo, por el infinito amor que nos tuviste, dándonos la cosa más amada y preciada que tenías. Deseo amarte como me amas, dándote la cosa más preciosa que en mí tengo; recibe

mi corazón en prendas de este amor, para que de hoy más "no te ame con sola la palabra y lengua, sino con obras y con verdad„, buscando siempre tu gloria sin mezcla de cosa alguna.

PUNTO III

Del fin para que Dios dió al mundo á su Hijo unigénito.

Considera el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual se ha de ponderar, cómo el Hijo de Dios vino al mundo, como El mismo dijo, para salvar al mundo con una perfectísima salvación, la cual consiste en dos cosas. Primero, en quitarle todo lo que es causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavitud del demonio y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa y son causa de volver á ella. Y lo segundo, en darle la vida de la gracia, con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y después la vida eterna. Y en estas dos cosas se encierran otros innumerables bienes y beneficios.

Finalmente, para echar el sello á la grandeza de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado ó condición que sean, sin excluir cuanto es de su parte á ninguno de cuantos quisieren creer en él con fe viva, los cuales no perecerán, sino todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, también se extiende á mí este beneficio, y puedo aplicarme todas estas palabras, diciendo con toda verdad: "Así me amó Dios, que me dió á su Hijo unigénito, para que creyendo en El con fe viva no perezca, sino que alcance la vida eterna.„

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre!, ¡qué gracias te daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males y llenarnos de tantos bie-

nes! Tú perdonas nuestros pecados, despojas el infierno, abres las puertas del paraíso, vences al demonio, triunfas del mundo, domas nuestra carne, atajas nuestros peligros, consuelas nuestras tristezas, avivas nuestras obras, aumentas nuestros merecimientos, nos das perseverancia en tu gracia y después nos coronas con tu gloria. Nada de esto tuviéramos sin Ti, y todo lo tenemos ahora por Ti, pues por Ti bajan del cielo todas las bendiciones y misericordias que llenan la tierra. Bendito sea el Padre que te nos dió para nuestro remedio, y bendito seas Tú, su Hijo, que viniste á remediarnos. Remédiame, Señor, con eficacia, para que no perezca, sino alcance por Ti la vida eterna.

Propósitos.—Muéstrate con obras de perfección y de santidad agradecido al beneficio de la Encarnación del Hijo de Dios.

23 DE DICIEMBRE

De la ejecución del misterio admirable de la Encarnación.

Preludios.—Mira al Verbo divino como un sol resplandeciente descender del cielo al seno virginal de María para unirse con la humana naturaleza, y pide al Señor grande amor á Cristo é imitación de las virtudes que resplandecen en este misterio adorable.

PUNTO I

Del misterio de la Encarnación.

Considera cómo en dando la Virgen santísima su consentimiento, en el mismo instante el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un cuerpo perfectísimo, y crió un alma racional excelentísima, y las juntó entre sí y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre y el hombre Dios, y Dios desposado con la humana naturaleza en aquel tálamo virginal, y la Virgen levantada á la excelsa dignidad de Madre de Dios. Pondera el contento

de todas las personas que intervienen en él, principalmente el de la santísima Trinidad, en ver cumplida su promesa, y haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad. ¡Oh, cuán alegre estaría el Padre Eterno por habernos dado á su Hijo, y con qué amor tan infinito amaría á este Niño preciosísimo, Dios y Hombre verdadero! Y cómo se agradaría en El sobre todo lo criado, pues mucho más ama Dios á solo Cristo, que á todos los ángeles y hombres, y á todas las criaturas juntas. Con esta consideración me gozaré de este amor del Padre Eterno, y le agradeceré la merced que nos ha hecho, suplicándole que pues tanto ama á este Hijo, por El me ame y me dé su santo amor.

Pondera luego el gozo inefable que tendría el Verbo eterno en verse hecho hombre, y el amor tan entrañable con que amaría á aquella santísima Humanidad, y por su respeto desearía abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como hermanos suyos. ¡Oh Verbo divino!, pues has emparentado con los hombres, júntame contigo por la fe más viva y el amor más ardiente, para que ninguna cosa criada me pueda apartar de tu amistad. También ponderaré el contento del Espíritu Santo en haber hecho esta obra, que se atribuye á El, por ser propio de esta Persona la bondad y el amor. Porque entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podía hacer, pues no cabe más allá que la obra divina de la Encarnación.

De aquí pasa á ponderar el gozo de aquella santísima Humanidad, cuando se vió levantada á tanta grandeza, y que del profundo de la nada había subido á lo más alto del Ser divino. ¡Oh Humanidad santísima!, gózome de vuestro gozo y de vuestra felicidad y pues tan contenta estáis con vuestro Amado, dadnos parte del amor que le tenéis, para que juntamente le gocemos con Vos.

Luego pondera la alegría purísima de la Virgen sa-

cratísima en aquel instante de la Encarnación, porque le dió nuestro Señor una luz extraordinaria, con que vió el modo cómo se obró este misterio en sus entrañas; y cuando vió á Dios hecho Hombre dentro de sí, y así se vió Virgen y Madre, y Madre de tal Hijo, fué llena de inefable gozo. ¡Oh, qué agradecimiento, qué alabanzas y qué júbilos tendría! ¡Oh, qué plenitud de bienes recibió en aquel momento! Porque como este sol visible, luego que fué criado en este mundo, lo llenó de su luz y le comunicó su calor é influencias, así el Sol de justicia, Cristo N. S., en el mismo instante en que fué concebido y formado en el mundo abreviado de su Madre, la llenó de grandísima luz y calor celestial con influencias de vida eterna. Y la que antes estaba llena de gracia, entonces quedó muy más llena y colmada de todas las gracias y dones de Dios y de inestimable gozo con la posesión de tanto bien.

Ultimamente ponderaré la razón que tenemos los hombres de estar contentos con vernos emparentados con Dios, por lo cual tengo de darle gracias, y pedir á los ángeles se lo agradezcan, y cobrar un corazón nuevo y generoso, proponiendo de vivir como deudo de tan gran Rey, sin admitir cosa que desdiga de la nobleza de hijo de Dios y hermano de Jesucristo, cabeza del linaje humano.

PUNTO II

De las circunstancias de la Encarnación en cuanto al cuerpo de Cristo N. S.

Considera las circunstancias de esta maravillosa Encarnación en cuanto al cuerpo de Jesucristo Dios y Hombre, mirándole en cuanto es mortal y pasible. Pondera que según lo que naturalmente se debía á la persona de Cristo N. S., su cuerpo no había de ser mortal ni pasible, por dos causas. Porque Cristo N. S. fué totalmente libre de la culpa original, y

esto por derecho suyo propio, por ser Hijo natural de Dios, y por haber sido concebido por virtud del Espíritu Santo. Y, por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad debida al pecado original. La segunda causa porque el cuerpo de Cristo N. S. no había de ser mortal, es porque su alma era gloriosa, y así por derecho había de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria que tiene ahora en el cielo. Mas mira cómo á pesar de todo esto, quiso este amorosísimo Señor renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria y vistiéndose de mortalidad y de ignominia, para que su cuerpo, fuese apto para ser hostia viva por nuestros pecados en el ara de la cruz. Bendígante, Señor, tus ángeles, y mi alma te alabe siempre por la caridad que mostraste en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que te podía excusar el padecer por nosotros.

Considera después las causas porque quiso Dios hacerse Niño, pudiendo tomar cuerpo de varón perfecto. Lo quiso así por su bondad infinita, para hacerse, como dijo el Apóstol, "semejante en todo á sus hermanos„ y obligarnos con esto á que le amásemos más tiernamente. ¡Oh Dios amorosísimo!, ¿quién te ha hecho Niño pequeñito, encerrando en tan breve espacio tu infinita inmensidad? Tu amor sin duda es la causa de esto, y el deseo grande que tienes de ser amado, para que si no te amáremos por la grandeza que muestras en cuanto Dios, te amemos por la ternura que muestras en cuanto Niño.

Además, quiso hacerse niño humilde y pequeñito para darnos ejemplo de humildad, y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho Niño tierno, y al que no cabe en cielos ni tierra, estrechado en el vientre de una mujer y abreviado en una pobrísima cuna. Y así, comparando la grandeza de Dios con esta pequeñez, prorrumpiré en afectos de admiración y de amor hacia

ese Niño admirable, que sólo para ganar mi amor y robar mi corazón parece que se olvidó de su majestad y grandeza, acordándose sólo de mi salvación y de mi felicidad.

PUNTO III

De las excelencias del alma santísima de Cristo N. S.

Considera las gracias y excelencias de Cristo N. S. en cuanto hombre, por estar su alma unida con la divinidad. Fueron estas inmensas, porque, como dijo de El su precursor, "no le dió Dios el espíritu con medida, porque el Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en su poder„. Esto fué como decir: A los demás santos dáseles el espíritu con medida, y divídense entre ellos las gracias del Espíritu Santo; pero á Cristo dióle su Padre el Espíritu sin medida, porque le dió todas las gracias juntas, no solamente para sí, sino con potestad de repartirlas entre otros, dando á los hombres de su plenitud. Así debía ser, porque el Padre le ama con singularísimo amor como á Hijo unigénito suyo; y así, le comunicó tanta plenitud de sabiduría y gracia, cuanta convenía á la gloria de tal Hijo. Por lo cual dijo su apóstol y evangelista san Juan: "Vimos su gloria como gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad„. Además de esto, habiendo el Verbo eterno comunicado á esta alma benditísima lo sumo que tenía, que era su mismo ser personal, á su honra pertenecía comunicarle también la inmensidad de gracias y dones que convenían á quien tenía tan noble ser. Estas gracias puedes reducir á siete.

La primera, fué pureza inmensa, de modo que ni pecó ni pudo pecar, ni errar, ni engañarse, ni tener imperfección alguna que desdijese de esta pureza infinita y limpieza de corazón, porque era Cordero de Dios inocentísimo, sin mancha alguna, que venía á quitar los pecados del mundo, y así, por derecho pro-

pio suyo estaba libre de todos ellos. La segunda, es la gracia de santidad, la cual excedió incomparablemente á la de todos los hombres y ángeles juntos. Y á esta medida tenía la caridad y humildad y obediencia con las demás virtudes, de modo que por excelencia se llama el "Santo de los santos„, en quien el Espíritu divino descansó, llenándole de sus siete dones con inmensa plenitud. La tercera, fué la gracia consumada, que es la bienaventuranza y visión beatífica, porque desde aquel primer instante vió su alma la divina esencia con mayor claridad que todos los bienaventurados juntos, y á esta proporción amó á Dios y se gozó en El con inmenso é infinito gozo.

De aquí procedió la cuarta gracia, que abraza los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos, sino todos, para que conociese todas las cosas criadas, pasadas, presentes y por venir, sin que ninguna se le encubra, como quien había de ser Juez de todas las cosas, para premiar las buenas y castigar las malas. La quinta, es la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, con sólo su querer, con el cual podía dar vida á los muertos, sanar á todos los enfermos, echar los demonios de los cuerpos, mandar á los vientos y al mar y á todos los elementos, sujetándose todos á su imperio. La sexta, es la potestad de excelencia en perdonar pecados, convertir pecadores, tocar sus corazones, ordenar sacramentos y sacrificios, y en repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres. La séptima, es la gracia de ser rey y cabeza, así de la Iglesia militante como de la triunfante, de los hombres y de los ángeles, siendo superior á todos y fuente de todas las bendiciones celestiales, y de todas las dádivas y dones que proceden del Padre de las lumbres para bien del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo. De aquí es, que este Señor fué el primero y principal de todos los predestinados, por cuyo respeto Dios N. S. predestinó á

otros, para que tuviese muchos compañeros en la gloria, y en especial, para que fuese primogénito de muchos hermanos, semejantes y conformes con El en los dones de gracia, como lo eran en la naturaleza; y así, entró primero que todos los hombres en esta gloria, y abrió á los demás Santos las puertas del cielo.

Considerando estas siete gracias que tiene Cristo N. S., y cada una de ellas, tengo de sacar varios afectos, ya bendiciendo y alabando al Eterno Padre por los bienes que dió á su Hijo en cuanto hombre, ya gozándome de los bienes que tiene este Señor y dándole el parabién de ellos, ya suplicándole que reparta conmigo de lo que tiene, pues de su plenitud reciben todos.

Coloquio.—¡Oh Verbo divino, que en cuanto Dios estás en el seno inmenso de tu Padre, y en cuanto hombre te encerraste en el seno estrecho de tu Madre!, esclarece los ojos de mi alma para que, considerando la grandeza que tienes en el un seno y la pequeñez que tienes en el otro, admirándome de ambas, venere tu grandeza con temblor y abrace tu pequeñez con humildad. Gracias te doy, Verbo encarnado, por esta entrada que hiciste en el mundo, sufriendo tan estrecha cárcel, y tan larga y prolija mortificación de tu carne. Por Ella te suplico me libres de la cárcel eterna del infierno, y de la molesta prisión de mis vicios, ayudándome á mortificar mis pasiones y á enfrenar con espíritu el uso desordenado de mis sentidos. ¡Oh Hijo de Dios vivo!, gózome de veros tan "hermoso sobre todos los hijos de los hombres, escogido entre millares„. ¡Oh piedra viva y angular, cuán vistosa estáis con las riquezas de inmenso resplandor que puso en Vos la mano de vuestro Padre! ¡Oh Hijo del hombre, cuán bien os parecen las gracias infinitas que os han dado para vuestra gloria y para repartir de su abundancia y plenitud con todo el mundo! ¡Oh Verbo encarnado, "lleno de gracia y de verdad!„, pues de esta vuestra plenitud reciben los hombres la suya, llenad mi alma de esta

gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria.

Propósitos.—Imita la humildad de Cristo N. S. en su Encarnación, procurando siempre ser el último y ocupar el último puesto en todas las cosas.

24 DE DICIEMBRE

De la jornada de la Virgen nuestra Señora desde Nazaret á Belén.

Preludios.—Mira el sendero que conduce de Nazaret á Belén y por él caminando á la Virgen santísima y san José, y pide gracia para imitar las virtudes que ambos ejercitaron en este camino.

PUNTO I

Del camino de Nazaret á Belén.

Considera cómo el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre quiso hacer una entrada en el mundo la más nueva, admirable y santa que jamás hubo ni habrá: jornada difícil y penosa para sí y provechosa para nosotros, asentando con ella los cimientos de la perfección evangélica que había luego de predicar, de modo que su primera entrada en el mundo, fuese dechado de nuestra primera entrada en los caminos de la perfección cristiana. Para este fin dejó todo lo que el mundo ama y busca, y buscó todo lo que el mundo aborrece y huye. Y así, para nacer en sumo abatimiento y pobreza dió traza para salir de Nazaret y dejar las comodidades que pudiera tener naciendo en casa de su Madre y entre sus deudos y conocidos, adonde no le faltara el abrigo de un decente aposento y algún regalo. Pero todo lo dejó, mostrando cuánto aborrece los regalos de la carne y cuán amigo es de la pobreza, pues deja lo poco que tiene su pobre Madre, y como peregrino quiere nacer en Belén en tal ocasión, que todo absolutamente le faltase. Con este ejemplo me confundiré por verme tan

amigo de mis comodidades y regalos, que no solamente no huyo de ellos, pero con ansia los busco, y si no los hallo, me aflijo, demostrando en esto que no soy discípulo del Niño de Belén, sino del mundo y de la carne.

PUNTO II

De la ocasión que tuvo Cristo N.S. para hacer esta jornada.

Lo segundo, consideraré la ocasión que tomó Cristo N. S. para hacer esta jornada y salir con su intento; porque "en aquellos días salió un edicto de Augusto César, que todo el orbe se empadronase, acudiendo cada uno á la ciudad de donde tenía su origen„. En cumplimiento de esto "fué José desde Nazaret á Belén, para empadronarse allí con María, su esposa„.

Pondera cuán diferentes son los pensamientos de Dios y los de los hombres, los del Rey del cielo de los del rey de la tierra. Porque este edicto estaba fundado en soberbia y avaricia, mandando más de lo que podía; esto es, que todo el orbe se encabezase, como si todo fuera suyo, y deseando que todos se profesasen ser sus vasallos, y le pagasen tributo, aunque fuesen pobres y necesitados. Pero al contrario, el Rey del cielo, Jesucristo, todos sus pensamientos tenía puestos en humildad, pobreza y sujeción, y en hollar pompas, riquezas y vanidades. No viene á mandar ni á ser servido, sino á obedecer y servir á todo el mundo. Y en confirmación de esto, quiere que su Madre, y El en Ella, se empadronen y profesen ser vasallos de Augusto César, y le paguen tributo, para confundir con este ejemplo de divina obediencia la soberbia y codicia del mundo. Porque si el Rey de reyes y Monarca de todo lo criado entra en el mundo humillándose, y protestando vasallaje á un rey terreno y malo, ¿qué mucho me humille yo, y me sujete á toda humana criatura por su amor? ¿Y qué soberbia

será no humillarme al mismo Dios, reconociéndome por su vasallo, y pagándole con obediencia el tributo que le debo? ¡Oh Rey del cielo, no permitas en mí tal soberbia, pues te humillaste tanto para remediarla!

Pondera luego que aunque este edicto se fundaba en soberbia y codicia, quiere Dios que sea obedecido de los suyos, porque gusta obedezcamos á nuestros superiores en todo lo lícito que nos mandaren aunque lo manden por sus propios intereses y dañados fines, reconociendo en ellos á Dios, cuyo lugar tienen. Y así Cristo N. S. levantó y ensalzó esta obediencia, haciendo esta jornada por cumplir la voluntad del Eterno Padre, que había ordenado naciese su Hijo en Belén de Judá, aunque su providencia tomó este edicto del emperador Augusto como medio para conseguir su intento. Y como Cristo N. S. venía al mundo á cumplir, no su voluntad, sino la del que le enviaba, quiso nacer en el lugar donde su Padre había ordenado, y nacer obedeciendo sin excusa alguna, como murió obedeciendo, para que todos aprendamos á obedecer. ¡Oh Jesús mío! Pues mi vida está en hacer tu voluntad, haz que todos mis pasos y cuantas obras yo hiciere sean conformes á ella por siempre jamás.

Considera la jornada de la Virgen santísima, el modo cómo caminaba y las virtudes que ejercitaba, con deseo de imitarla en ellas; ponderando cómo por ser Ella pobre, el camino largo y el tiempo de invierno riguroso, no le faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazón puesto en Dios y en el Hijo que llevaba en sus entrañas, con quien tenía dulcísimos coloquios y entretenimientos. Si algún rato hablaba con su esposo, todo era de Dios con gran dulzura, y no se cansaba, porque el Hijo que llevaba en su seno no le era pesado, y la esperanza de verle presto nacido le daba celestial y

divina alegría. ¡Oh Virgen benditísima, quién pudiera imitar las virtudes que en este camino ejercitasteis, acompañando vuestros pasos con mi espíritu, ya que no me fué concedido hacerlo con el cuerpo!

PUNTO III

De la entrada en Belén de la santísima Virgen.

Considera la entrada de la Virgen en Belén. Fué esta en ocasión de tanto concurso de gente, que como eran pobres no halló quien la hospedase; y así, le fué forzoso recogerse á un pobre establo de animales, trazándolo así la divina Providencia para que el Hijo de Dios entrase en el mundo que desde entonces para siempre había de ser enemigo suyo, mendigando y padeciendo sin haber quien se compadeciese de su trabajo. Sobre este devotísimo y maravilloso paso se ha de ponderar la excelencia del Señor que busca posada para nacer y no la halla; la ceguedad de los hombres que no le conocen ni se la dan; los bienes de que se privan por no dársela, y cómo escoge para sí la peor del mundo, sacando afectos y sentimientos tiernos de todo esto.

Pondera primeramente cómo los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belén estaban muy abrigados y aposentados á su gusto; y el Hijo del Eterno Padre, Señor de todo lo criado, viniendo á buscar posada, y en su propia ciudad, de donde era natural, y entre los de su tribu y familia, no halla quien le hospede y se ve rechazado por todos. ¡Oh Verbo eterno encarnado, cuán presto comienza el mundo á desecharte, habiendo Tú venido á remediarlo! Ya puedes decir que las raposas del campo tienen cuevas, y las aves del cielo nidos donde crien sus hijuelos, pero el Hijo del hombre y su pobre Madre no hallan donde reclinar su cabeza.

De aquí subiré á considerar, cómo la causa de no

hallar posada Cristo en Belén, era la ignorancia de aquella gente; porque llegando Dios á sus puertas no le conocían ni sabían el bien que les venía si le admitieran, admitiendo otros huéspedes de quien podían recibir poco ó ningún provecho. ¡Oh, cuán dichoso fuera el que hospedara á este Señor para que naciera en su casa! ¡Qué de riquezas espirituales le daría! ¡Cuán bien le pagara el hospedaje! ¡Oh, cuán dichosa sería mi alma si acertase á hospedar á este Señor y darle lugar para que naciese espiritualmente en ella!

Finalmente, pondera la paciencia con que la Virgen y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, viendo en todo aquello la voluntad de Dios y con cuánta alegría sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y con qué gusto se recogieron al establo, tomando para sí el lugar más desechado de la tierra. Con lo cual, maravillosamente hermanaron humildad y pobreza con paciencia y alegría. A cuya imitación procura desear para ti lo peor y más despreciado del mundo, llevándolo con alegría cuando te cupiere en suerte, pues no la hay mejor que imitar á María y á José como ellos imitaron á Cristo.

Saca de todo lo meditado que para que nazca Jesús en tu corazón es preciso que te abatas y humilles, pues no quiso nacer en Jerusalén sino en Belén y en un establo, no en un palacio, y al lado de pobres y humildes y de la más humilde de las criaturas. Es preciso, además, que seas manso, pacífico y humilde, enderezando los caminos torcidos y allanando los escabrosos. Jesucristo es Rey de la paz, vino á traerla al mundo y así nació estando él en paz. Los ángeles cantaron en su nacimiento cántico de paz, y, como dice David, en la paz ha establecido su mansión. Calma y domina tus pasiones; haz penitencia de tus pecados, y el Dios de la paz nacerá por su gracia en tu corazón y en tu alma, y lo que de cierto hubieras

hecho á vivir tú en Belén y conocer á Cristo que llamaba á tu puerta, pidiendo albergue donde nacer, ¿no lo puedes hacer ahora dándole entrada en tu corazón ó donde quiere hoy nacer por su gracia?

Coloquio.—¡Oh Dios infinito, que rodeas las puertas de mi corazón, llamando con inspiraciones para que te abra, con deseo de entrar en él para enriquecerle con los dones de tu gracia!, no permitas que te cierre la puerta por no conocerte, ó te despida por no estimarte. Ven, Señor, ven y llama, que yo te oiré; toca á mi puerta, que te abriré, y te daré la mejor pieza de mi casa, que es mi corazón, para que descanses á tu voluntad en ella y para que nazcas dentro de mi alma. Yo no quiero desecharte como te desecharon en Belén: quiero, al contrario, darte hospedaje dentro de mí, porque contigo me vendrán todos los bienes del cielo y de la tierra.

Propósitos.—Escoge siempre para ti lo peor en la casa, habitación, comida y vestido, ponte siempre en el último rincón á imitación de Jesús.

25 DE DICIEMBRE

Del nacimiento de Jesucristo N. S. en el portal de Belén.

Preludios.—Contempla la cueva de Belén, en el humilde pesebre al Niño-Jesús, á uno y otro lado á la Virgen y san José, arrobados en éxtasis de amor, y pide gracia para imitar las virtudes que Jesús nos enseña en este adorable misterio.

PUNTO I

El Verbo divino encarnado en las entrañas de María.

Considera lo que hizo el Verbo eterno encarnado en las entrañas de su Madre, cuando llegó la hora de nacer para la salud del mundo. Pondera que así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso dilatarle, sino nacer puntualmente, cumplidos los nueve meses, para manifestarse al mundo

con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazón. Porque aunque sabía cuán áspera había de ser su vida desde su nacimiento hasta su muerte, se alegró con fortaleza para comenzarla, saliendo del vientre de la Virgen, que era su cielo, para nacer en el lugar más vil y bajo que había en la tierra. Por todo esto debo de darle gracias, y suplicarle me dé luz para conocer y sentir lo que pasa en este misterio de humildad y de amor. ¡Oh Niño divinísimo, más fuerte que gigante, pues como nuevo sol resplandeciente queréis salir por el oriente de Belén á correr vuestra carrera hasta el occidente de la cruz! Alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad para que vea y contemple vuestra gloriosa salida, y ame con gran fervor las virtudes que descubrís en ella.

Pondera luego cuán liberal se mostró Jesús entonces con su Madre. Porque á la manera que un hombre poderoso y rico, cuando se ha hospedado en casa de un pobre y le ha hecho éste buen hospedaje, no por interés, sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien y darle alguna preciosa dádiva por agradecimiento, así también, como la Virgen había aposentado en el purísimo sagrario de su seno virginal á su precioso Hijo, éste, al tiempo que quiso salir de él, le dió dones riquísimos de gracia, una altísima contemplación de aquel misterio y unos júbilos de alegría extraordinarios, en lugar de los dolores que otras mujeres suelen sentir cuando dan á luz: aunque consigo no dispensó en lo que era padecer dolores, quiso que su Madre en este caso no los padeciese. De la misma manera puedo considerar, que cuando entra Cristo N. S. sacramentalmente en nosotros, á la primera entrada nos da la gracia sacramental; y si le hacemos buen hospedaje, antes de la salida nos da ricas joyas de afectos de devoción y contemplación y júbilos de alegría, como quien paga el buen hospedaje que le hacemos. Por tanto, alma

mía, mira cómo hospedas á este Huésped soberano, para que te deje rica y harta con los dones del cielo.

Pondera, luego, cómo Cristo N. S. por la misma causa quiso salir del vientre de su Madre con un modo milagroso, sin que Ella padeciese detrimento de su virginidad, como el sol por un espejo limpísimo, honrando con esto á su Madre y avisándonos á todos, que por hospedarle y servirle no recibiremos detrimento, haciendo, si fuere menester, para ello algún milagro, porque quien no le hizo para preservarse á sí de padecer, suele hacerle para preservar de ello á sus escogidos cuando les conviene. ¡Oh Maestro soberano, cuán bien me enseñáis con este ejemplo la condición del verdadero amor, que es riguroso para sí y blando con otros! Ayudadme con vuestra copiosa gracia, para que en ambas cosas imite vuestra encendida caridad.

PUNTO II

Del misterio inefable del nacimiento del Hijo de Dios.

Lo segundo se ha de considerar lo que hizo la Virgen santísima cuando por aquellos júbilos conoció que era llegado el momento más feliz de los siglos y el que esperaban los cielos y la tierra, cuando se acercó la hora del parto, ponderando sus afectos, sus obras y sus palabras. Era la media noche muy más clara que el mediodía cuando todas las cosas se reparan del trabajo y gozan del silencio y quietud. Estaba la Virgen santísima en altísima contemplación y acabada ésta comenzaron los cielos á destilar miel y dulzura y ella sin un dolor, sin pesadumbre, sin corrupción ni mengua de su pureza virginal, recogiéndose á un rincón del portal, puesta en altísima contemplación dió á luz, entre júbilos inefables, á su Hijo unigénito, más limpio y resplandeciente que el mismo sol, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh, qué contento y alegría recibió con aquella pri-

mera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte le abrazaba y besaba con amor, como á su Hijo, y por otra se encogía y retiraba con humildad, mirando que era Dios; porque con estos dos brazos quiere Dios ser abrazado, con caridad y humildad, y lo mismo tengo yo de hacer espiritualmente, tomándole como en mis brazos, amándole y reverenciándole, acercándome con amor y encogiéndome con humildad.

Luego la Virgen envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenía preparadas, y reclinóle en un pesebre, é hincadas las rodillas, le adoró como á Dios y Señor suyo, y hablaría con El amorosamente, porque estaba cierta que la entendía. Dióle gracias por la merced que había hecho al género humano en haber venido á redimirle. También le dió gracias por haberla tomado por Madre suya sin sus merecimientos, y allí se ofreció de servirle con todo su cuerpo y alma y fuerzas, empleándolas todas en su servicio. Y todo esto diría con unas palabras y afectos amorosísimos y tiernísimos, los cuales son más para sentir que para poderse explicar. Lo mismo haría el santo José adorando al Niño, agradeciéndole la merced que le hizo en tomarlo por su ayo y ofreciéndose á servirle muy de veras. Y lo mismo tengo de hacer yo en compañía de María y de José con entrañable agradecimiento, ofreciéndole mi cuerpo y alma con todas mis potencias y sentidos. ¡Oh dulcísimo y soberanísimo Señor!, ¿qué gracias os podré dar por tan gran merced como me habéis hecho en venir á remediarme hecho Niño en tanta pobreza? ¡Oh, quién se hallara presente en aquella hora para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra Majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio. Aceptad esta buena voluntad y dadme gracia para ponerla por obra.

PUNTO III

De las grandezas del divino Niño Jesús.

Considera las grandezas milagrosas de aquel divino Niño puesto en el pesebre, ponderando la dignidad de su Persona, las palabras que diría con el corazón, las obras que hacía y las cosas que padecía, y por quién, y cómo, y las heroicas virtudes que allí ejercitaba. Todo esto he de ponderar, como lo ponderaría la Virgen sacratísima.

Lo primero, miraré la Persona de aquel Niño, haciendo comparación de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene allí en cuanto Hombre, con un afecto de admiración y amor, el mayor que pudiere. Ponderaré cómo este Niño es aquel Dios de la majestad cuya silla es el cielo, y cuyo trono son los querubines y cuyos criados son las jerarquías de los ángeles, y que está en medio de ellas como emperador á quien todos adoran y reconocen vasallaje; y por otra parte, está puesto en vil pesebre, en medio de dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del Eterno Padre, por quien crió todas las cosas y las sustenta con su virtud, está hecho Infante sin hablar, y fajado de pies y manos sin poderse mover, El, que da movimiento y vida á cuanto existe. Y el "que tiene por vestidura la lumbre„ infinita de la divinidad, por ser "resplandor de la gloria„ de su Padre, y viste de hermosura á sus criaturas y les da mantenimiento con mano larga para conservar su vida, ese está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. ¡Oh Niño excelentísimo y abatidísimo, y en todo adorable y en todo amable; porque "cuanto por mí estás más despreciado, tanto eres más digno de ser amado„, porque en los abatimientos muestras las grandezas de tu inmensa caridad! ¡Oh, quién te amase como tú mereces! ¡Oh, si me humillase como yo merezco y como

Tú me enseñas! ¿Cómo no te confundes, ¡oh alma mia!, de ver esta Persona divina tan abatida y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte, porque quien se humillare como Él en la tierra, será por Él engrandecido en el cielo.

Considera luego las palabras que diría este Niño, no con la lengua, sino con el corazón; no con voces, sino con ejemplos. Con su Eterno Padre hablaría, dándole gracias por haber llegado aquella hora y haber querido que esté reclinado en aquel pesebre, ofreciéndole con grande amor todos los trabajos que había de padecer en el mundo. Pero con los hombres hablaba también y daba voces con sus ejemplos, diciendo desde aquel pesebre: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." Estas y otras palabras, he de oir yo con gran devoción, suplicándole abra los oídos de mi corazón para entender este lenguaje y ponerlo por obra. ¡Oh soberano Niño, que desde ese pesebre me estáis convidando á que me haga niño por la humillación!, hacedme como Vos, niño en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio y tierno en la caridad y en el amor.

Mira luego las obras que hace, en lo cual hay mil cosas maravillosas que ponderar; porque siendo varón tan perfecto en el juicio, hacía todas las obras como los demás niños. En particular pondera aquel llorar dulcísimo, y las causas de sus lágrimas; llora, no tanto de dolor por lo que padece, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados. Contempla cómo la Virgen lloraría viendo llorar á su Hijo, y pondera las causas porque lloraba. ¡Oh dulce Jesús!, ¿por qué lloráis tan amargamente mis miserias, olvidado de vuestras penalidades? ¡Oh alma mía!, ¿cómo no lloras viendo llorar á este Niño, que así llora por ti? Llora tú de compasión por verle llo-

rar; porque eres causa de su llanto, y llora por tus pecados, que afligen su corazón; y si no lloras por esto, llora porque eres tan dura, que no sabes llorar, teniendo tanta razón de derramar copiosas lágrimas. ¡Oh Virgen sacratísima!, alcanzadme don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo.

Ultimamente, mira las cosas que padece este Niño, que son pobreza, desprecio, frío y dolor, con otras mil incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad, sino de grado, porque como es Dios y varón perfectísimo, Él escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo más riguroso del invierno, en la hora más fría de la media noche, en el portal más vil y despreciable del mundo, con la mayor pobreza y desamparo que era posible, y todo con tanta humildad, que siendo voluntario, parecía forzoso, y, por consiguiente, más vil y abatido, escogiendo tal modo de nacer, contrario al mundo, para descubrir con su ejemplo sus engaños, pues evidente cosa es que el mundo yerra, escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos, pues Cristo, sabiduría infinita, escoge sus contrarios. Con esta consideración tengo de confundirme en la presencia de ese Niño benditísimo, viendo cuán al revés he vivido de lo que El enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que El padece, suplicándole me haga digno de padecer con El y como El, no por necesidad, sino de grado y por amor.

Coloquio. — ¡Oh sabiduría de Dios! ¡Oh raíz de Jesé! ¡Oh llave de David! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh legislador y reparador del mundo! Haced que participe de la gracia de vuestro nacimiento; venid á libertarme de la esclavitud del demonio y de mis pasiones; venid á sacarme de las tinieblas del pecado en que vivo sepultado tantos años; venid, Sol divino, á ilustrarme con vuestras luces, y á encenderme en vuestro amor. Todos los justos os esperan, todos los pobres pecadores anhelan por Vos, todos los cautivos

os piden que vengáis á romper sus cadenas; todos los Profetas os llaman, os desean y claman por Vos todos los siglos; la Iglesia toda nos dice que la iniquidad desaparecerá de la faz de la tierra, y que reinará en nosotros el Salvador del mundo. Venid, pues, Salvador divino; cumplid la promesa que nos habéis hecho por vuestra santa Iglesia; arrojad vuestros enemigos de mi corazón; borrad todos mis pecados con vuestra gracia, y reinad en mi alma pacíficamente en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Consuela al niño Jesús en su llanto y en sus trabajos con tu fervor y tu devoción en meditar este divino misterio é imitar las virtudes que en El resplandecen.

26 DE DICIEMBRE

Del regocijo de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores.

Preludios.—Mira la cueva de Belén y escucha en lo alto los ángeles cantando el *Gloria in excelsis Deo*... y pide al Señor que su venida al mundo traiga á tu corazón la paz que anuncian los ángeles á los hombres de buena voluntad.

PUNTO I

Adoran los ángeles del cielo al Niño de Belén.

Considera lo que pasaría en el cielo, al tiempo que nació Cristo N. S. en la tierra; porque las jerarquías de los ángeles, como veían claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, deseando, si Dios les diere licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces el Padre Eterno mandó á todos que le adorasen, que es lo que pondera san Pablo, cuando dice que apenas entró Jesucristo en el mundo, mandó Dios á todos sus ángeles que lo adorasen y todos,

sin faltar ninguno, desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo Niño, pobre y desconocido en la tierra. Los serafines, encendidos en amor, mirándole se tenían por helados, y con profunda humildad le reconocían por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenían por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Y lo mismo hacían los otros coros angelicales. Gózome, ¡oh Jesús mío!, de veros adorado de vuestros ángeles, y pésame grandemente de veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro juntamente con estos espíritus bienaventurados, y deseo de corazón que todos los hombres os conozcan y adoren; y si valgo para darles noticia de esto, veisme aquí enviadme; porque si me enviáis, yo volaré con las alas que me diereis, y con los serafines daré voces por el mundo, diciendo: Santo, Santo, Santo eres, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de tu gloria, aunque con el humo de la humillación que tienes en este pobre portal, parece que está obscurecida.

PUNTO II

Anuncian los ángeles á los pastores el nacimiento del Salvador.

Considera cómo el Padre Eterno quiso manifestar el nacimiento de su Hijo á los pastores que estaban en la comarca de Belén velando y guardando su ganado, enviando para esto un ángel, que se cree fué san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándolos con una luz celestial, les dijo: "Mirad que os traigo una nueva de grande gozo para todo el pueblo; porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al Infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre.„ Sobre este paso consideraré, lo primero, cómo no quiso Dios manifestar este misterio, ni

enviar este ángel á los sabios de Belén, porque eran soberbios; ni á los ricos, porque eran codiciosos; ni á los nobles, porque eran regalados; sino á los pastores, porque eran pobres, humildes, trabajadores, y estaban en vela, atendiendo á su oficio: porque Dios escoge siempre á los que el mundo tiene por ignorantes para confundir á los sabios y á lo más débil para confundir á los poderosos, y porque tales disposiciones como estas quiere Dios en aquellos á quien ha de dar parte y conocimiento de sus misterios; y si á mí no me lo da, es porque me faltan la humildad y la sencillez, pues por esto dijo después Jesucristo N. S. que Dios encubre estos secretos á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes.

Lo segundo, consideraré cómo es materia de sumo gozo saber que el Salvador nace para nosotros. No nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; no nace para los ángeles, porque no viene á salvarlos; sino nace para los hombres y para mí, porque viene á salvarme; para mí nace y es circuncidado, y todo cuanto hizo y padeció, para mí es. Y lo que pasa en el pesebre, todo es para perdonar mis pecados, para encenderme en amor de las virtudes y para enriquecerme con aquellos merecimientos. ¡Oh dulce Jesús!, lo que para Vos es materia de dolor, es para mí materia de gozo. Gózome de que seáis tan bueno, que abracéis mis dolores por darme vuestros gozos; no sea yo, Señor, tan desdichado, que habiendo nacido Vos para bien de todos los hombres, viva como si no hubiérais nacido para mí, buscando con soberbia la grandeza, olvidado de vuestra pequeñez.

Lo tercero, ponderaré cómo las señales para hallar al Salvador nacido, son infancia, pañales y pesebre. ¡Oh grandeza infinita de Dios!, quién tal pensara que cosas tan bajas habían de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustáis de estas bajezas, y que estáis en

medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino, que las señales para conocer que habéis nacido en mí espiritualmente, son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje, y humildad en escoger para mí lo más vil y desechado de la tierra. Imprimidlas, Salvador mío, en mi alma, para que sea semejante á Vos y gustéis de nacer y morar en ella.

PUNTO III

"Gloria á Dios en las alturas."

Estando el ángel diciendo esto á los pastores, "de repente apareció allí la muchedumbre del ejército celestial, bendiciendo y alabando á Dios, diciendo: "Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad".

Considera cómo envó el Padre Eterno á los ángeles para honrar á su Hijo, que tan humillado estaba por su amor, porque siempre tuvo cuidado de ensalzarle cuando El se humillaba, y para que los ángeles enseñasen á los hombres con su ejemplo lo que habían de hacer y cómo debían de alabar al divino Infante recién nacido, al amor de todos los siglos, y al más hermoso de los hijos de los hombres. Escucha el himno que le entonan los ángeles.

Gloria á Dios en las alturas.—Por esta palabra nos enseñan los ángeles que toda esta obra de la Encarnación es gloria de Dios por excelencia; de modo que ninguna de sus obras le da tanta gloria como esta, por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida, y en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razón que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está llena de la gloria de Dios. ¡Oh Rey de la gloria! Levantad mi corazón á las alturas, para que glorifique vuestro nombre en la tierra como le glorifican los ángeles en el cielo.

Y en la tierra paz.—Que es decir: con esta insigne obra de la Encarnación viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los ángeles, paz á cada uno consigo mismo y con los demás hombres; porque este Salvador trae la reconciliación del mundo con su Padre, el perdón de los pecados, la victoria de los demonios, la sujeción de la carne al espíritu, la unión y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia, y la paz que sobrepuja á todos los sentidos. ¡Oh Rey de la paz! Pues está escrito que en tus días nacería la justicia y la abundancia de la paz, suplícote humildemente quites de mí toda turbación y lucha, y me fortalezcas con la santidad y paz divina.

A los hombres de buena voluntad.—En esta tercera palabra se ha de ponderar que la paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que Dios nos tiene, con la cual la ofrece á todos los hombres, pero con efecto, solamente la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte que no se promete la paz á los hombres por ser de buen entendimiento ó agudo ingenio, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos y dones de la naturaleza; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra y discordia y enemistad de Dios; y aunque falten, no me faltará la paz si tengo buena voluntad. Y así, he de hacer más caso de ella que de todo lo demás; porque, como dice san Gregorio: "Ninguna cosa hay más rica, ni más amable, ni más pacífica que la buena voluntad; así como al contrario, ninguna cosa hay más miserable, ni más turbada, ni más aborrecible que la mala voluntad. Y por esto con gran fervor he de pedir al Salvador que nace, me libre de la mala y me dé la buena voluntad, pues es dádiva suya. Y así dice otra letra: *A los hombres sea buena voluntad.* ¡Oh Salvador dulcísimo! Dame esta buena

voluntad que nos ofreces, para que niegue mi voluntad propia y siga la tuya, buena, agradable y muy perfecta; pues la tuya es principio de todos los bienes, y la mía, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

Habiendo estado los ángeles un rato con los pastores, volviéronse al cielo: y puédese creer piadosamente que se irían por el portal de Belén sin ruido sensible, y que allí renovarían su cántico, de modo que la Virgen y san José lo oyesen, y adorarían al Niño recién nacido con suma reverencia, como á su Dios y á su Rey.

Coloquio.—¡Oh amado Hijo de María, venid á mis brazos: descansad en mi corazón; bañadme con vuestras lágrimas; bendecidme con vuestras manos divinas. ¡Oh Jesús y Salvador mío!, me estremezco cuando os considero en el trono de vuestra gloria; pero cuán penetrado me siento de alegría, de amor y de confianza, cuando os veo fajado en un pesebre! ¿Os habéis hecho niño para que os teman? No, sino para que os amen. Pues yo, Jesús mío, quiero amaros, y ser del todo vuestro para siempre.

Propósitos.—Ve con los pastores á la cueva de Belén y ofrece al Niño Jesús aquel obsequio ó sacrificio que sabes que El desea le ofrezcas para darte la paz de tu alma.

27 DE DICIEMBRE

En el portal de Belén.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La cuna de Belén cátedra del amor de Jesucristo á los hombres.

Considera que el pesebre adonde pusieron al nacer á N. S. Jesucristo, es el trono de su amor. Y verdaderamente ¿en dónde se manifestó más el amor infinito

de Dios para con los hombres? ¿Dónde puede tener más fuerza para ganar nuestro corazón, si realmente somos agradecidos á las finezas del amor de Dios? Jesucristo se hizo Niño para hacerse amar de los hombres. La distancia que hay entre Dios y el hombre parecía hacer imposible la amistad, que exige siempre cierta igualdad ó semejanza. Porque Dios es un ser invisible y el hombre no conoce nada sino por medio de los sentidos; no podía, por tanto, haber alguna comunicación entre ambos. Pues para que la hubiera, el Verbo de Dios se hizo carne y por un misterio de amor y de humildad que asombró á los cielos, habitó entre nosotros. Además, entre Dios y el hombre hay una distancia infinita y la amistad pide trato con el amigo. Debe haber además una perfecta comunicación de bienes entre los amigos, pero el hombre, tan limitado como es, ¿podía ser capaz de dar nada á Dios? Pues admira las finuras de la amistad y del amor de un Dios enamorado de las criaturas. Jesucristo, naciendo y reclinado en el pesebre, quita todos esos obstáculos que se oponían á la verdadera amistad de Dios con el hombre. Al hacerse niño pequeñito se hace visible á nuestros ojos, se comunica con nosotros con sus lágrimas y sus sufrimientos, se hace en todo, menos en la culpa, semejante á nosotros y para llenar las leyes todas de la perfecta amistad, se nos da totalmente á nosotros y para nosotros nace para morir después para nosotros. ¡Oh maravillas del amor divino! ¡Oh santa locura de amor que conviertes en niño pequeñito al Dios de toda la Majestad! Por eso Dios, que en la ley antigua trató á los hombres como esclavos, desde que se hizo Hombre los llama amigos y amigos de corazón. "*Vos autem dixi amicos*". ¿San Juan, el discípulo amado de Jesús, no se llamaba el amigo de Jesús? ¿No recibió las señales más verdaderas y sólidas de su amistad? Jesucristo le comunicó todos sus secretos, le permitió reposar sobre su pecho y sobre su corazón, le llama

desde la cruz hijo y le confía lo más precioso que dejaba en este mundo, que era su Madre; ¿hubo jamás amigo más generoso y más tierno que Jesucristo?

PUNTO II

La cuna de Belén cátedra de sabiduría divina.

Considera que el pesebre del portal de Belén, en donde pusieron á nuestro Salvador al nacer, es la cátedra de su sabiduría. Desde allí empezó á hacer el oficio de Maestro, enseñándonos entonces con su ejemplo lo que nos había de enseñar después con su doctrina. Ya desde el pesebre empieza á predicarnos más con sus lágrimas y pobreza que con sus palabras. "Bienaventurados los pobres: Bienaventurados los que lloran: Bienaventurados los que padecen." Aviva tu fe y piensa que ese Niño que tirita de frío, qué no tuvo donde nacer sino una cueva de animales, que ese Niño que está en el pesebre, es Dios, que es infinitamente poderoso, infinitamente sabio, que nada le puede poner en tal estado de humildad, de pobreza y de sufrimiento, sino su voluntad; y que siendo la sabiduria eterna, su elección será la más sabia y la única digna de su majestad y de su grandeza. Considera que si Dios, sabiduría infinita, eligió la humildad, la pobreza y los sufrimientos, luego se deben preferir á las grandezas, á las riquèzas y á las delicias del mundo. No lo juzga así el mundo; pero ¿qué juicio haces tú? Piensa que ó Jesucristo ó el mundo se engaña. Pronuncia tu sentencia en favor del uno ó del otro; si consultas tu fe, decide por Jesucristo. Si consultas tu pasión, ó tu modo de vivir, decídete en favor del mundo, pero, ¿á quién se ha de creer? ¿A tu fe, ó á tu pasión? ¿Cuál de estas dos reglas parece más razonable? ¿Cuál quisieras haber seguido, cuando el que hoy es tu Maestro será tu Juez? Además, se muestra su divina sabiduría porque habiendo venido á curar las tres llagas del corazón hu-

mano, ó sean las tres concupiscencias que san Juan llama de la carne, de los ojos y soberbia de la vida, toma para sí la mortificación suma, la suma pobreza y la suma humillación para enseñar al mundo que no hay más camino que ese para llegar al cielo. ¿Lo piensas tú así? Pues procura que tu vida se parezca á la de tu divino Maestro, pues El ha sido puesto por el Padre en la cuna de Belén como camino, verdad y vida de todos los hombres.

PUNTO III

La cuna de Belén tribunal de la justicia de Dios.

Considera que el pesebre de Belén, no solamente es la escuela de la sabiduría de Jesucristo, sino que también es el tribunal de su Justicia. Ciertamente este Niño que llora hace ya el oficio de juez y pronuncia ya con su llanto la sentencia terrible que dará un día contra el mundo. Ya dice con sus lágrimas: "¡Ay del mundo y de aquellos que lo aman y lo siguen!„ Ya echa su maldición á los que siguen al mundo, sus pompas y vanidades, porque sus lágrimas, sus pañales y todo cuanto le rodea en la cueva de Belén, hablan, dice san Bernardo, y ya claman lo que más tarde ha de predicar el divino Maestro: "Infelices de vosotros, ricos! ¡Infelices de vosotros los que estáis en la abundancia! ¡Infelices de vosotros los que nadáis en los regalos!„ Por el contrario, Jesús Niño, Jesús pobre, obscurecido en un rincón de la tierra, Jesús careciendo de todo, Jesús yerto de frío, Jesús reclinado en el pesebre, es el consuelo de los pobres de corazón y de los humildes; atemoriza y condena á los grandes, según el mundo, á los ricos y á los regalados; porque su estado es opuesto al estado que tiene Jesucristo en el pesebre; y si la semejanza y conformidad con Jesucristo es la mejor señal y causa infalible de predestinación, ¿qué será una oposición tan grande al espíritu de pobreza, de humildad

y de mortificación de nuestro divino Salvador, sino señal y causa de eterna reprobación? Temed, pues, y humillaos, grandes y ricos de la tierra, á vista de Jesucristo en la cueva humilde y pobrísima de Belén; este es el único medio de prevenir las desgracias de que estáis amenazados.

Coloquio.—¡Oh divino Infante! ¡qué grande sois en el cielo, y qué pequeño aparecéis en la tierra! Sois honrado de los ángeles, y despreciado de los hombres. En verdad es un prodigio inaudito el ver á un Dios tan humillado; pero aún lo es mayor ver al hombre tan soberbio á la vista de un Dios tan abatido: ¿qué remedio queda, Dios mío, para mi soberbia, si no la enfrena tu humildad? ¿Cómo se puede sufrir que se exalte un gusano de la tierra, habiéndose bajado tanto la Majestad de un Dios? ¡Ah, no quiero ser ya más soberbio ni amigo de mi regalo y sensualidad, pues que tanto se ha humillado mi Dios! ¡Quiero hacerme pequeño como Vos, para ser también después grande y glorioso en vuestra compañía!

Propósitos.—A la vista de un Dios tan pobre y humillado, empieza á ser tú también pobre de espíritu y humilde de corazón.

28 DE DICIEMBRE

La humildad de Jesús en la cueva de Belén.

Preludios.—Mira al más hermoso de los hijos de los hombres tan humillado y oculto en Belén, que nadie más que Dios y los ángeles saben que en aquel rincón del mundo ha nacido el Rey de la gloria, y pide al Niño Jesús verdadero amor á la virtud de la humildad.

PUNTO I

Jesús en Belén, modelo de perfecta humildad.

Considera primeramente la humildad del Niño Jesús en Belén. ¡Un Dios hecho hombre! Si el Verbo de Dios hubiera tomado la naturaleza angélica, su humillación sería ya infinita; pero ¡descender hasta

la naturaleza humana! ¡Oh cristiano! dobla la rodilla ante ese prodigio de humillación infinita; inclina tu entendimiento, al mismo tiempo que tu frente, para someterte á la fe de un misterio tan incomprensible. Dios y hombre. Verbo de Dios y tierno infante. ¿Quién podrá medir semejante distancia? Pero el Hijo de Dios hizo más todavía. Porque hombre es lo mismo el rey que está sobre un trono, como el que vive entre las clases más desvalidas de la sociedad, y, por tanto, Dios pudo haber escogido al tomar carne humana una de las condiciones sociales á las que va unida la autoridad, ó aquellas que por sus riquezas viven vida regalada. Pero considera que pudiendo escoger lo que quisiera, pues era el Rey de reyes y Señor de cuanto existe, escogió la clase de vida más humilde, la más sujeta, la más pobre y la más obscura. ¿Es esta bastante humillación? Todavía no. Después del pecado nada hay tan abyecto como llevar el sello y la semejanza del pecador, y el Hijo de Dios la tomó, pues repugnaba á su infinita santidad el pecado mismo. En la circuncisión, en el bautismo, en todas las circunstancias de su vida, pero sobre todo en su Pasión, parecía menos un pecador que el pecado mismo, como dice el Apóstol. ¡Un Dios oculto en el seno de una madre, y luego un Dios niño que no puede tenerse en pie, que no sabe sino llorar y tiritar de frío; un Dios que sufre y que muere después falto de todo, inspirando compasión á los corazones más duros y asemejándose á los pecadores!... ¿No es esto un Dios anonadado?

Pues si eres discípulo del Niño de Belén debes prometer parecerte á El, seguir al Salvador adondequiera que vaya, y ya ves por dónde va, por el camino de todas las humillaciones. No solamente rehusa la estimación de los hombres, sino que busca su desprecio. ¿Podrás vacilar todavía acerca de lo que debes hacer para seguir á Jesús? Si adoramos á un Dios hecho niño pequeñito, reclinado en un pesebre

y anonadado por nosotros, debemos hallar amable todo lo que El ama. Y pues amó tanto las humillaciones, aprendamos en su cuna cuán dignas son sus divinas humillaciones de nuestro amor y de nuestra imitación.

PUNTO II

De la excelencia de la humildad en sí misma.

Considera que se ha dicho con razón que la humildad es la verdad y la justicia, y, en cierto modo, toda la perfección cristiana. Nunca se estudiará tanto como se merece el sentido de esta sentencia de santa Teresa: "La humildad es la verdad„; no la verdad especulativa, sino la verdad que pasa del entendimiento, que esclarece, al corazón, cuyos afectos santifica y dirige. A la luz de esta verdad el hombre descubre la inmensidad de Dios, la nada de las criaturas y de sí mismo, y da el valor que debe dar á la estimación y al menosprecio de los hombres, á los puestos elevados y á los empleos que el mundo tiene por bajos y despreciables. El ángel pecó por el orgullo, por no haberse mantenido en la verdad de su nada, y por eso cayó bajo el imperio del pecado y de la mentira. Que la verdad reine en nosotros, dice san Bernardo; que la verdad gobierne vuestros pensamientos y que os muestre las cosas como son, y seréis humildes, porque ella os dirá lo que sois, lo que habéis sido y lo que seréis. Pero, desgraciadamente, huimos de la verdad por lo mismo que nos humilla, aunque humillándonos nos salve, y nos refugiamos en la falsedad y en la mentira, porque esto es lo que halaga nuestra vanidad y nuestro amor propio.

Considera, además, que la humildad es la justicia; el hombre humilde da á cada uno lo suyo y por esta razón, cuando algo le sale bien, ó se ve alabado y ensalzado, atribuye todo lo bueno á Aquel de quien todo bien desciende, al que da la voluntad y el poder á los

hombres de hacer lo bueno que hacen. De sí mismo sólo piensa que no ha hecho sino lo que debía hacer y que quizá el bien que ha hecho lo ha hecho mal. Sabe, además, lo que merece por tantas faltas como diariamente comete y no ignora de cuántos pecados sería capaz si la mano del Señor no le sostuviera.

La humildad, es por decirlo así, toda la perfección del cristiano. En efecto, si bien se considera, todos los deberes y todas las virtudes cristianas no parecen ser sino diferentes formas de la humildad. La oración, es el abatimiento del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza infinita de Aquel á quien adora y dirige sus ruegos. La fe, es la humildad de la razón, que renuncia á sus propias luces y se deja iluminar por la luz de la palabra de Dios y la autoridad de su Iglesia. La obediencia, es la humildad de la voluntad que se sujeta por Dios á una voluntad extraña. La castidad, es la humildad de la carne que se somete por la penitencia al espíritu. La mortificación exterior, es la humildad de los sentidos. Y por último, la penitencia, es la humildad de todas las pasiones. Mira si haces de esta virtud el aprecio que debes y ante la cueva de Belén, avergüénzate de tu soberbia y de tu orgullo.

PUNTO III

De los frutos de la virtud de la humildad.

Considera que los frutos de esta preciosa virtud, son: la gracia de Dios, la paz del corazón y la gloria en el tiempo y en la eternidad. ¿Quieres que tus oraciones lleguen con eficacia al Corazón de Dios y que las acoja favorablemente y te conceda lo que le pides? Pues ora como el humilde publicano, que brote la oración de un corazón humilde, porque la humildad roba el Corazón de Dios. Como el imán atrae al acero, así la humildad atrae hacia sí la gracia del Señor que sólo trata con los humildes y sólo

á ellos revela los secretos de su corazón. La paz, es otro fruto de la humildad. ¿Quieres la paz con Dios á quien has ofendido? Con la humildad la obtendrás, porque esta virtud, según la doctrina de los Santos Padres, tiene el privilegio de repararlo todo, y la cólera del Señor se apaciguará si humillándote de verdad y de corazón, le pides perdón de tus pecados. ¿Quieres la paz con tu prójimo? Con la humildad la conseguirás también, porque tanto como irrita y divide el orgullo, aplaca y une la humildad, hija de la caridad. La paz con nosotros mismos, también se consigue con la humildad. Escucha si no lo que nos dice á todos Jesucristo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la paz para vuestras almas„; porque el origen de nuestras turbaciones interiores y de nuestras exteriores rencillas, es y será sólo el orgullo de nuestro corazón.

La humildad, por último, nos conduce á la gloria. A la verdadera y eterna que es el cielo, no cabe dudar, pues lo dijo formalmente Jesucristo: "Quien se humilla será exaltado„, y ese es el camino que siguió nuestro divino Maestro y el que siguieron todos los santos, porque la humildad es toda virtud, como la soberbia es todos los vicios. Pero cree que aun en la vida presente nuestra grandeza se mide por nuestra humildad y que abatirnos ante Dios es efectivamente elevarnos en la misma proporción. Porque, en efecto, la gloria del hombre consiste en cumplir el fin para que fué criado. Este fin es nobilísimo, pues que el hombre sólo existe para glorificar á Dios y la gloria de Dios es de una dignidad y de una excelencia infinitas. Se sigue de aquí que el hombre más verdaderamente grande es el que glorifica á Dios de manera más perfecta; luego es evidente que la humildad, ó la humillación voluntariamente aceptada y escogida por amor de Dios, es la mejor manera de procurar su gloria. Por eso el Verbo encarnado, la sabiduría eterna, al venir al mundo para glorificar á su

Padre, escogió ese medio con preferencia á los demás, y entonces, dice san Juan, vimos su gloria cuando se humilló haciéndose carne. Además, el hombre es más ó menos grande, cuanto más ó menos se parece á Jesucristo que es toda la gloria de nuestra humanidad y en el que, según san Pablo, "la plenitud de la divinidad habita corporalmente„. Luego, siendo el amor á la humillación el carácter propio del Verbo encarnado, ningún hombre se le asemejará tanto como aquel que siguiendo su ejemplo abrace "la locura de la cruz„. Y este camino de la cruz siguieron todos los santos, y sin embargo, aun en la tierra llegaron á una gloria que está sobre toda gloria humana, porque ante ellos, á veces pobres y obscuros en el mundo, doblan hoy la rodilla los grandes y los reyes de la tierra, y su gloria no se obscurece jamás.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío!, ¡cuán profundos son vuestros juicios y cuán admirable vuestra conducta! ¡Quién hubiese creído jamás que este Niño tan pobre y tan humillado fuese vuestro divino Hijo, viendo lo poco que le cuidabais en la apariencia, no deparándole para su nacimiento, sino un establo y haciéndole nacer en tal estado de humillación que espantó á los mismos ángeles del cielo! ¿Qué motivo tengo yo para quejarme de las humillaciones y de las otras miserias de la vida mortal, viendo la conducta que observáis con estas tres personas santísimas que os eran las más amadas en el mundo? ¡Oh Virgen sacratísima, qué sentimiento me causa el veros tan mal tratada de los hombres, y en la precisión de retiraros áun lugar que tan mal conviene á vuestra condición! ¡Oh, si yo hubiera vivido en aquel tiempo, y os hubiera conocido como os conozco ahora, cuánto me hubiese regocijado de recibiros en mi casa! Empero también puedo ahora tener la misma dicha, y prestaros el mismo servicio, recibiendo en mi corazón á vuestro divino Hijo. Venid, pues, Madre mía; traedme ese divino Niño, y pedidle que entre en mi alma. En verdad, es un establo bien pobre y miserable, que es indigno de su majestad y de su grandeza. Pero ya

que ha preferido el establo de Belén á los palacios de los reyes, no se desdeñará de entrar en mi corazón, si yo imito la humildad del suyo.

Propósitos.—Busca en todo un postrer lugar, pues nunca te pondrán más bajo de lo que mereces.

29 DE DICIEMBRE

La pobreza de Jesús en la cueva de Belén.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La pobreza de la santa cueva.

Considera que la vida toda del Verbo humanado, desde la cueva de Belén hasta el calvario, fué vida de pobreza. La predilección que tuvo por esta virtud es quizá la más notable de cuantas ha manifestado el Corazón de Cristo. La amó entre todas las virtudes como á María entre todas las personas y se desposó al nacer con Ella con un amor que no desmayó durante toda su vida. La consagró, dignificó y elevó de tal manera, que la idea de la riqueza, aun á nuestros ojos, quitaría á la Encarnación algo de su carácter sagrado y nos cuesta menos trabajo creer que es Dios el Niño pobrísimo de la cueva de Belén, que si hubiera aparecido con los humanos esplendores del lujo y de la riqueza, como lo esperaban los judíos.

Para convencerme de lo que Jesús, riqueza divina de los cielos y tierra, amó la pobreza, no tengo más que abrir los ojos y contemplar á este Dios Niño en el estado en que ha nacido. Un establo es su habitación; un pesebre su cuna; las pajas en que está reclinado, son el lecho de su descanso; los pobres pañales en que está envuelto, son sus vestidos. Allí no hay ni muebles, ni telas, ni alfombras, ni mucho menos, ninguna de las infinitas inutilidades que inventa el lujo ó la fingida necesidad del rico. Allí todo es pobrísimo,

aun las mismas personas que rodean al Dios de las riquezas. María, pobre; san José, pobre; los primeros que visitan á Jesús, son pobres pastores; luego vienen los reyes para indicarnos que ante Jesús pobre, son preferidos los pobres, si lo son de espíritu, á los mismos grandes de la tierra. Allí la pobreza divina de Jesús en sus tres grados de carecer de lo superfluo, de lo útil y de lo necesario, allí la pobreza con su inestimable cortejo de sufrimientos y de humillaciones para condenar nuestra ambición, madre de nuestra sensualidad y de nuestro amor al regalo. ¿Y está Jesús tan pobre, porque no tuviese necesidad de cosa alguna para defenderse del frío de la noche, del rigor de la estación y de las injurias del tiempo ó porque no estuviese sujeto como los demás niños á las miserias de la infancia y no las sintiese? No, porque Jesús, era hombre como nosotros, pasible como nosotros y aun mucho más que nosotros, pero no tiene la pobreza cosa alguna tan áspera y rigurosa que Jesús no haya querido experimentar, como quien vino á la tierra para llevar todo su peso y sufrir todas las consecuencias.

San Bernardo se vuelve á los ricos del mundo, y para su instrucción ó condenación les convida á escuchar la voz de este establo, de este Dios recién nacido, de este pesebre y de estos pañales. Aunque tú tal vez, no puedas contarte entre los ricos del mundo, no debes estar menos atento á lo que te dice el Niño de Belén. Su vista y su ejemplo, debe confundir tu ambición, tu amor al regalo y á la sensualidad. Compárate con el Rey de la gloria, con Aquel que no quiere ser rico porque se basta á sí propio, con Aquel que es la misma riqueza, y por mucho que Dios te pruebe con la estrechez y la pobreza, la cueva de Belén será tu condenación y tu ejemplo. Represéntate el estado pobre de tu Salvador, y luego reflexiona sobre ti mismo y compárate con El. Aunque sea verdad que vivas una vida pobre, ¿á qué se reduce esta po-

breza? ¿Puedes compararla con el establo, con el pesebre, con los pañales y con la desnudez de la cueva de Belén? ¿Padeces las mismas incomodidades? ¿Te has visto alguna vez en ese estado de pobreza? Pues mira cómo te arguye san Bernardo: "O Jesucristo se engañó en la elección que hizo del estado de pobreza, ó el mundo se engaña en el amor que tiene á las riquezas de la tierra. Jesucristo, siendo la Sabiduría increada, es incapaz de engañarse en cosa alguna; luego es forzoso concluir que el mundo yerra y se engaña„. A la vista, pues, de la santa cueva de Belén, si tienes el corazón apegado á los bienes de este mundo, si anidan en tu alma la ambición y la avaricia y el amor al lujo y á las falsas apariencias de un mundo tantas veces condenado por las palabras y los ejemplos de Cristo, aprende y sabe que no puedes ser discípulo de quien ni tuvo más que una cueva para nacer, ni más que una cruz para morir.

PUNTO II

Del apego excesivo á los bienes de la tierra.

Considera que no es pecado el ser ricos porque las riquezas vienen de Dios que es la riqueza suma, pero sí lo es el tener excesivo apego á las riquezas. Jesucristo,que reprueba á los ricos en el Evangelio, no los condena por ricos, sino porque los ricos ordinariamente son orgullosos, sensuales y avaros y tienen el corazón puesto en sus tesoros. La posesión de los bienes del mundo, no está condenada en la Escritura; sólo lo está el sobrado asimiento con que se poseen ó el sobrado anhelo con que se juntan; está condenada la torpe codicia del oro, de la que, como dice san Pablo, se derivan como de un envenenado manantial todos los pecados. El afán excesivo de las riquezas es, en efecto, la causa de todos ellos. ¿Qué pecados no ha hecho cometer el ambicioso deseo de adquirirlas? ¿De qué delitos no nos facilitan éstas la ejecu-

ción? Un rico puede todo lo que quiere; ¿y qué no querrá un rico sin conciencia, sin Dios, injusto y entregado á sus pasiones? "Los que quieren con excesivo anhelo ser ricos, dice san Pablo, caen en todos los lazos que el demonio les tiende y no hay tentación que no admitan con facilidad „ Quien anhela enriquecerse pronto y por cualquier medio, dice el Sabio, no tardará en ser injusto y pecador.

Considera, además, que quien tiene desatentada ansia de las riquezas, se entibiará bien presto en el servicio de Dios; olvídase el hombre de su salvación, cuando piensa mucho en arraigarse y acomodarse demasiadamente en la vida. Poquísimo deseo tiene de los bienes eternos el que se entrega y ocupa totalmente en el anhelo de los bienes temporales; y aun es de temer que pierda hasta la fe y no tenga más Dios que el oro, cuando anhela con exceso el ser rico. Muchos, dice san Pablo, por dejarse llevar de esta pasión, pierden la esperanza de los bienes espirituales, esto es, la fe, la esperanza y la caridad y se hacen idólatras del dinero y de sí mismos. La mayor parte de los ricos pueden decir con aquel hombre de la Escritura: "Yo he hecho de mi dinero mi ídolo; él es el objeto de mi amor y de mi adoración, y en él pongo toda mi confianza„. Tú no te atreverás tal vez á pronunciar estas palabras ni aun con la boca, pero si tienes sobrado apego á las riquezas, ¿no lo dice tu corazón? Si las juntas y aumentas con ansia y con injusticia, ¿no lo dicen tus acciones?

Otras pasiones se enflaquecen con la edad, pero ésta crece con los años; las otras se calman con la posesión de los objetos que desearon; ésta con ellos se irrita. Es un fuego abrasador, que cuanto más materia se le aplica, más crece. Un avaro es semejante al hidrópico; el agua que bebe, en lugar de apagar su sed, se la irrita más y más, y cuanto más bebe, más ansia tiene de beber. Las otras pasiones tienen límite en su actividad; pocas háy que se extiendan á todo

género de pecados, pero ésta los abraza todos. El que es torpemente avaro, es injusto, es violento, es cruel, es suspicaz, vive sin fe, sin ley, sin caridad y sin religión. La avaricia le hace olvidar las leyes de la naturaleza, de la gratitud y de la piedad. No le queda memoria, ni de parientes, ni de amigos, ni de Dios; el interés es el dios solo que conoce, el dios que adora, y á quien lo sacrifica todo, honra, conciencia y salvación; y por último, esta pasión que causa tantos desórdenes, de tal modo nos ciega, que nos los encubre, valiéndose de la soberbia nos engaña á nosotros mismos, y no suele haber rico, por más avaro y duro de corazón que sea, que no se crea un santo, como lo creía de sí el fariseo del Evangelio. ¿Has incurrido en este torpe vicio alguna vez? Mira si tu ceguedad te lo encubre, imposibilitando con esto que lo remedies. En todo caso, ten cuidado sobre las pasiones de tu corazón, y si alguna vez has deseado con ansia excesiva riquezas, teme, como debes, las consecuencias de este vicio.

PUNTO III

De las riquezas que se encierran en la cueva de Belén.

Á la vista de un Dios que nace en un establo, aprende primeramente á conocer los tesoros riquísimos escondidos en el desprecio de todo lo terreno. Aprende, de una vez para siempre, que sólo merece llamarse rico un corazón que posee á Dios, pero que es más rico aún el que no posee más que á Dios, y que todo es de quien no tiene más propiedad que Dios. Jesucristo se basta á sí propio, y era riquísimo y bienaventurado esencialmente, y los santos, con poseerle á El, han sido dueños de todo, ó mejor, todo lo han despreciado, porque teniendo á Jesús nada necesitaban. Mira, si no, lo que necesitaban María y José teniendo á su lado al Rey de la gloria. Si tu anhelas y echas de menos muchas cosas, es porque tu

corazón está vacío de las verdaderas riquezas celestiales.

Saca de ahí, además, que sólo por la pobreza ó por el desprecio de los bienes caducos del mundo podemos ser verdaderamente ricos y grandes. Por mucho que de la tierra poseamos, poseemos muy poco: unos granos de arena son, comparados con la creación, las riquezas de los hombres más opulentos. Lo que sí podemos es despreciarlo todo por Dios, como san Pedro, que dijo al Señor: "He aquí que lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué premio nos darás?„ Y seremos ricos por el abandono de todo, y felices, no por lo que tengamos, sino por lo que no necesitemos. ¿Qué hubieran sido los santos si por Dios no lo hubieran abandonado todo? Unos hombres vulgares de quienes ya nadie se acordaría; pero, á imitación del Niño de Belén, se desposan, como san Francisco de Asís, con la santa pobreza, lo dejan todo, y Dios los hace riquísimos poniendo á su disposición los tesoros de su providencia, y los asocia, por la pobreza, á la conquista del mundo. Entra, pues, en la cueva de Belén, y aprende allí, en donde todo lo terreno falta y en donde hay una dicha celestial y divina, que el secreto de nuestra felicidad no está en la riqueza, que trae consigo de ordinario tantos abrojos y espinas, sino en contentarnos con poco, con lo necesario para la vida, y sobre todo en poseer á Dios y su gracia.

Coloquio.—¡Dios Criador del cielo y de la tierra, á quien adoro bajo la forma de un niño pobrísimo y escondido á los ojos del mundo, y á quien veo en la miseria de un establo y de un pesebre! Recibid, Señor, gustoso el sacrificio que hago en vuestra presencia de todo cuanto el mundo me da y de todo cuanto puedo esperar. Con el afecto de que me siento movido ahora, me parece que con vuestra gracia estaría dispuesto á sacrificaros un reino si lo poseyese, y que querría ser señor de él para ofrecérosle. ¡Ah, Señor, no me pedís tanto, y esta es la ilusión

ordinaria que nos engaña! Formamos, en orden á Vos, deseos que no podemos ejecutar, y lo que depende de nosotros os lo negamos. No se trata, Dios mío, de renunciar reinos ni imperios que no tengo, ni jamás tendré; pero lo que Vos queréis de mí es que con espíritu de verdadera pobreza arranque de mi corazón todos los afectos de ambición, de avaricia, de sensualidad y de regalo; qne aparte de mí todo aquello á que está asido mi corazón desordenadamente. Poco es esto; pero si yo fuera fiel en esto poco, ¡cuántas gracias y tesoros espirituales derramaríais sobre mí! Y el no haberlo hecho así, ¡cuánto daño ha causado en mi alma! Esto es, Señor, lo que debo daros, y de lo que debo despojarme; esta es la ofrenda que debo llevar á vuestra pobrísima cuna. Pero en cambio, Jesús mío, llenadme de las riquezas de vuestro amor y vuestra gracia, que con ellas soy bastante rico, ni pido otra cosa de la tierra.

Propósitos.—Ofrecer al Niño Jesús vivir con la modestia propia de un discípulo suyo, tomando una firme resolución de huir de las falsas pompas y vanidades del mundo.

30 DE DICIEMBRE

Sobre la pérdida del tiempo.

Preludios.—Figúrate que el año que va á terminar es el último de tu vida, que no verás acabar ya otro, que muy pronto te verás en las puertas de la muerte, y pide al Señor aprovecharte del tiempo que te quede de vida.

PUNTO I

El pecado que en sí encierra la pérdida del tiempo.

Considera que la pérdida del tiempo es sumamente nociva para todas las personas, pero muy especialmente para las que aspiran á la perfección, porque siendo el tiempo en sí muy precioso, lo es más aún cuando lo consagramos al servicio de Dios y á la salvación de nuestra alma. Pondera, ante todo, lo que vale el tiempo por lo que le costó al mismo Jesucris-

to y por los bienes que nos puede proporcionar. Para ello pregunta al Calvario lo que valen esas horas, esos días que tú pierdes, tal vez en pasatiempos frívolos y aun indignos de un cristiano. Porque el tiempo no es solamente una gracia, sino que es la primera y la más necesaria de todas las gracias y el fundamento, por consiguiente, sobre el que todas las demás gracias se asientan. Y si cada una de las que recibimos de la mano de Dios representa un oprobio sufrido por Jesucristo, ó una gota de su preciosísima sangre, ¿cuánto debemos estimar el tiempo, cuya más pequeña partícula nos trae ó nos puede traer una gracia, una santa inspiración del Señor? ¡Dios mío, la gracia ó la inspiración que en este momento bondadosamente me otorgáis, es el precio de vuestra sangre preciosa; y aun cuando sólo fuera el precio de vuestras lágrimas, ¿acaso las lágrimas de un Dios son de poco valor? David rehusó apagar la sed que le devoraba con el agua que le trajeron sus soldados exponiendo sus vidas para ello, por creer que en cierto modo bebería la sangre de sus súbditos y la esparció por el suelo en honra de su Dios. ¡Y yo, cristiano, que aspiro á la perfección, no he de avergonzarme de emplear en los frívolos goces de mi soberbia y de mi sensualidad, de mi gárrula parlería y de necia curiosidad, esos momentos de misericordia que son el fruto de las llagas y de la muerte de Jesús! ¡Oh Salvador mío, haced que de aquí en adelante los consagre todos á vuestra gloria y á la salvación de mi alma.

Pondera, después, que la gloria de Dios y la salvación del hombre son los dos frutos inapreciables del tiempo bien empleado. La gloria que Dios recibe de nosotros en el tiempo, le es, en cierto modo más agradable que la que recibe de sus elegidos en la eternidad. Los homenajes que le ofrezco en la vida presente, puedo negárselos. Me uno á Dios á pesar de las mil tentaciones que me inducen á separarme de

El, y la libertad de que hago uso al servir y amar á Dios con todo mi corazón, da á mis actos un olor de suavidad que los realza singularmente á los divinos ojos.

Considerado desde el punto de vista de la salvación del hombre, el tiempo es una moneda cuyo valor sólo se aprecia bien en el cielo y en el infierno. El réprobo paga su deuda en el lugar de los tormentos y si no la extingue nunca es porque el infierno no se acaba jamás. Esta inmensa deuda pesa sobre mí, si actualmente me hallo en desgracia de Dios. Felizmente puedo pagarla mientras tenga tiempo. Pero si llega á faltarme, mi mal no tiene ya remedio; seré insolvente y como tal arrojado en la cárcel del fuego de donde no se sale jamás. Hacedme comprender, ¡oh Dios mío! que la eternidad desgraciada es una desesperación sin fin, ocasionada por el eterno remordimiento del tiempo perdido.

Por el contrario, si elevándome al cielo, pregunto á los elegidos cuánto les ha costado su corona, todos me responderán que no les ha costado más que un poco de tiempo santamente empleado. Lo cual hace decir á san Bernardino de Sena, que el tiempo vale lo que Dios, porque el tiempo bien empleado se trueca por la eterna posesión de Dios. ¡En cuánto, pues, debo estimar este bien que me proporciona la posesión del Bien Supremo, y cuya pérdida me acarrea la irreparable desdicha de la eterna reprobación!

Si tal es el valor del tiempo en general, preciso es confesar que es mucho mayor el del alma que aspira á la perfección. Dios tiene sobre los que á El se consagran especialmente, derechos mayores que sobre los demás fieles, porque ese tiempo es ya de Dios de un modo más directo, como que le está consagrado de una manera particular. Preguntábase á santa Juana Francisca Fremiot por qué era tan avara del tiempo, que no quería darse un momento de reposo, y la santa respondió: "Porque el tiempo no es

mío; todo se lo he dedicado al Señor y no puedo perder un solo minuto sin cometer una injusticia con Aquel á quien pertenece.„ Este lenguaje es el que conviene á los que aspiran á la perfección; y por eso el santo obispo de Ginebra decía: "Cuando pienso en el empleo que he dado al tiempo de Dios, temo que no quiera darme su eternidad, como no quiere dársela á los que no usan bien del tiempo„. ¡Qué prodigio de humildad! ¿Dónde hallar una vida mejor empleada que la de Francisco de Sales? ¿No debo yo temblar cuando considero cómo empleo el tiempo que no es mío sino de Dios?

PUNTO II

Los pecados que ocasiona la pérdida del tiempo.

Consideremos los funestos resultados que ocasiona la pérdida del tiempo para aquellas personas que aspiran á una vida de perfección. Si no aman el trabajo, si viven ociosas ó neciamente ocupadas sin escrúpulo alguno, se exponen voluntariamente á todas las tentaciones y su vida se convierte en un desorden continuo. La ociosidad es madre de todos los vicios, y el demonio casi nada tiene que trabajar para hacer víctima de las más vergonzosas pasiones, á aquella persona que ya está enervada por la pereza y cuya alma se halla abierta, por tanto, á toda concupiscencia. El arroyo es puro mientras corre con rapidez por la pendiente de la colina, pero cuando llega á la llanura, el agua, antes tan cristalina, se enturbia, y si se para mucho tiempo, con seguridad se corrompe, y si entonces la removéis, veréis en el fondo toda suerte de insectos y de suciedades. Así está el corazón del hombre, dominado por la indolencia y aletargado por la ociosidad. Pero todavía son más terribles las consecuencias de la ociosidad en las personas que aspiran á la propia perfección y á dar mucha gloria á Dios santi-

ficando á sus prójimos. Hay que compararlos con un sol que deja de elevarse en el horizonte privándonos de su luz y de su calor; ó con una atmósfera no agitada por el viento que renueva el aire y lo purifica. Los males que este funesto reposo ocasionaría en el mundo físico, son la imagen de los que la pereza de quien está dedicado á la salvación de las almas, puede causar, y causa á veces, en el mundo moral.

No puede iluminar á las almas de sus semejantes con el buen ejemplo, ni enardecerlas en santo celo por la gloria de Dios, pues carece de celo. Si lo tuviera, ¿dejaría impasiblemente perecer á sus hermanos, por quien Jesucristo murió, pudiendo salvarlos? ¿Consumiría en conversaciones insustanciales, en distracciones vanas y en idas y venidas sin utilidad de ningún género, y á veces peligrosas, momentos que podría emplear en el bien de sus prójimos? ¿Y no es verdad que de esa vida disipada nacen todos esos escándalos, que acarrean el contagio y la muerte de tantas almas, cuando se dan por personas en las que por la alteza de su profesión busca sus modelos y sus ejemplos la gente humilde y sencilla?

Comprendo, ¡oh Dios mío!, cuán culpado soy para con Vos, para con la Iglesia, y también para con mis hermanos y para conmigo mismo, por haber malgastado el tiempo que bien empleado por mí podía haber proporcionado á Vos tanta gloria, tanto bien á mis prójimos y á mí tantos merecimientos. ¡Cuánta ha sido vuestra paciencia al dejar que yo haga un abuso tan criminal del precioso don que habéis puesto en mis manos! ¡Pudiera yo, como los trabajadores de vuestra viña llegados á última hora, compensar la corta duración de mi trabajo con la actividad y el fervor de mi celo! ¡Pudiera también por el buen uso de los días que aun os dignéis concederme, atraer hacia mí una mirada de misericordia y de perdón sobre los demás años de mi vida que tan mal he empleado! Sí, ¡Dios mío!, de hoy en adelante propongo meditar

en que mis días se deslizan como los ríos que van á la mar que es la muerte, en pensar que el tiempo no es mío sino que es vuestro y debo mirarlo como cosa sagrada, que cada minuto vale una eternidad y así con vuestra gracia, pensando en los días que he perdido y en los años eternos en que bien presto voy á entrar, procuraré en adelante aprovechar mucho mejor los días que me restan de vida.

PUNTO III

Lo que hay que hacer para evitar la pérdida del tiempo.

Considera que puedes perder el tiempo haciendo el mal, no haciendo nada útil, no haciendo lo que debes hacer y haciendo lo que Dios quiere, pero no como El quiere que lo hagas. Para no caer en cualquiera de estos escollos, lo primero que debes hacer es distribuir bien el día. Sin una previa y buena distribución del tiempo, casi siempre se hace la propia voluntad, rara vez la de Dios. En una buena distribución del tiempo consiste el secreto para aprovecharlo bien y multiplicarlo. Los que no quieran sujetarse á esta regla se extravían en la vaguedad de sus pensamientos, abandonándose á los caprichos de su condición y dudando de lo que han de hacer, ó no haciendo nada de lo que deben; resulta que al fin del día han transcurrido un gran número de horas, cuyo empleo no pueden justificar ante Dios ni ante su conciencia. Por el contrario, en una vida bien ordenada todo está previsto, todo se comienza y se termina con mayor mérito, pues todo va regulado, por la obediencia, que lo dirige y lo bendice todo.

Una vez hecha la distribución del tiempo, medita con frecuencia acerca de la rapidez con que pasa y de lo poco que de él poseemos, y esto te servirá para apreciar el más ligero momento, que vale más que el oro, pues con él se compra el cielo, á Dios y á la eternidad. El pasado no existe ya para nosotros, y el que

está por venir no nos pertenece todavía, aparte de que es incierto como todo lo futuro, y mientras no llegue, nos es tan inútil como el pasado. El tiempo presente es el único que nos pertenece; pero este tesoro se funde, por decirlo así, en nuestras manos, porque apenas lo tenemos, se nos escapa. Por esto puede decirse que tiene más de nada que de ser, según san Agustín, pues su naturaleza es fugaz é instantáneamente deja de existir. Y, sin embargo, estos momentos tan cortos, ¡qué valor tienen! ¡Cuánto vale un día, menos aún, una hora! ¡Qué no daría un réprobo para obtener el tiempo estrictamente necesario para hacer un acto de contrición! ¡Oh locura, oh ceguedad de aquellos que encuentran largos los días y necesitan, para no aburrirse, de pasatiempos vanos, frívolos y aun pecaminosos! Debemos también poner un cuidado particular en purificar y perfeccionar nuestras intenciones. Con esa recta intención un minuto es un tesoro inestimable para nosotros. Cuando nuestras intenciones son buenas, y, sobre todo, cuando son rectísimas y fervorosas, ¡qué mérito comunican á nuestros más menudos actos! Dios premia siempre y mira, sobre todo, al corazón. Un deseo ardiente de agradarle, un propósito continuo de hacerlo y sufrirlo todo por su amor, es un medio tan eficaz para rescatar la pérdida del tiempo, que por sí sólo puede hacernos ganar años por días. No nos quejemos, pues, de la corta duración de nuestra vida, que siempre es de suyo bastante larga para quien quiere santificarse, y aún lo es demasiado para quien se obstina en malgastar el tiempo y condenarse.

Coloquio.—Recibid, ¡oh Dios mio! lo que me resta de mi miserable vida; que toda ella solamente sea para Vos. Me presento ante vuestros ojos por un ardiente deseo de glorificaros; y para rescatar el tiempo perdido, os ruego que no rechacéis un corazón contrito y humillado. Yo me propongo, con vuestra divina gracia, redimir el tiempo perdido, y, teniendo

siempre presente que mis días se deslizan hacia el mar de la muerte con espantosa rapidez, no desperdiciar un momento, ya que con cada uno de los de mi vida, bien empleado, puedo ganar la eternidad.

Propósitos.—Aprovechar como oro precioso todos los instantes, haciendo siempre algo útil para mí ó para mis prójimos.

31 DE DICIEMBRE

De los infinitos beneficios de Dios.

Preludios.—**Mira al Señor en lo alto de los cielos derramando gracias y beneficios sobre los hombres, como el sol derrama su luz y las nubes la lluvia, y pide el ser agradecido á sus infinitos favores para contigo.**

PUNTO I

De los infinitos beneficios de Dios N. S.

Considera los innumerables beneficios que has recibido del Señor en toda tu vida y principalmente en el año que hoy termina. Un año más para ti supone tantos favores de Dios, tantas gracias é inspiraciones interiores, tantos peligros evitados, tantos impulsos para el bien, tantas criaturas de Dios puestas á tu servicio para alimentarte, refrescarte, darte luz, deleite, respiración y vida, que sólo Dios puede contar los beneficios que un año de vida encierra para el hombre. Pues para apreciar en lo que valen estos beneficios del Señor que constituyen un océano infinito que por todas partes te rodea, debes mirar en cada uno de ellos primero la infinita grandeza del bienhechor, que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones infinitas, de modo que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima por ser infinitamente grande el Señor que te lo da. Mira luego la infinita grandeza del amor con que Dios te hace el beneficio, el cual por esta causa es de grande estima, porque lo hace con amor tan

inmenso que con el don se da á sí mismo y se entra en la cosa amada; y de tal manera da cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, si con nuestra correspondencia nos hacemos acreedores á ellas. Pondera, además, la grandeza del mismo beneficio, la cual en cierto modo es infinita en el número ó en la excelencia; porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creación y conservación del mundo y de la providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la encarnación, redención, Eucaristía y glorificación. Por todos hemos de dar gracias á Dios, como decía Isaías: "Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de bienes que repartió á la casa de Israel„; y, como dice san Bernardo, ningún don de Dios se ha de quedar sin agradecimiento y alabanza, ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños, porque los pequeños son infinitos en número, purísimos en la intención, continuos en la duración, porque cada palpitación de nuestro pecho y cada momento que vivimos, es como darnos Dios de nuevo el ser, dado que la conservación es una creación continuada y aunque respecto de otros beneficios sobrenaturales estos beneficios los creamos pequeños, ya ves si son dignos de admiración y agradecimiento.

Considera también la infinita bajeza de la persona á quien se hace el beneficio, que es el hombre miserable, desconocido é ingrato, y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él y le hiciese favor alguno. Y así, dice David: "¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él? Y ¿quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus días pasan como sombra.„ De donde también sacaré, que comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con san Agustín: "¿Quién soy yo, Dios mío, para alabarte? Soy polvo y ceniza,

gusano y podredumbre; pues, ¿cómo alabarán las tinieblas á la luz, la muerte á la vida y el gusano á su infinito Criador?„

Medita, por último, en la infinita liberalidad de Dios en hacernos el beneficio gratuitamente y de pura gracia y de balde, sin esperar provecho del hombre á quien lo da, y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo que con ser tan enemigo suyo, no se cansa de hacerle cada día nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó á ponderar Cristo N. S., trayéndonos á la memoria el beneficio de la encarnación, diciendo: "Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito„. La cual sentencia, tiene cinco palabras, y en cada una pondera una de las cosas dichas. El que dió el beneficio, es Dios infinito; el modo fué amando; el que le recibió fué el mundo lleno de abominaciones; el beneficio fué su Hijo unigénito, tan infinito como El, y dióle de balde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice que dió á su Hijo unigénito. Aplica estas consideraciones á los infinitos favores que constantemente recibes de Dios, cuéntalos, si puedes, y procura corresponder á ellos con gratitud y con amor, que es lo único que Dios pide de ti.

PUNTO II

Del modo de corresponder á los beneficios de Dios.

Considera que á cada beneficio divino hemos de corresponder con el debido agradecimiento. A este agradecimiento nos obliga, como dice santo Tomás, en primer lugar, la virtud de la gratitud, por ser Dios el primero y supremo bienhechor con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son reconocer y estimar grandemente el beneficio, alabarle por El, publicando su largueza para que todos le alaben y glorifiquen,

y hacerle algunos servicios, no por interés, sino de gracia y de balde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice san Pablo, universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no sólo por los que yo recibo, sino por los que reciben de la bondad de Dios todas las demás criaturas.

Advierte que en el mundo hay tres suertes de criaturas. Unas, que pueden y quieren dar gracias á Dios por los beneficios que les hace, pagándole esta deuda conforme á su posibilidad, como son los ángeles, los santos del cielo, las ánimas del purgatorio y los justos de la tierra. Otros hay que pueden pero no quieren darle gracias, ó por ignorancia, ó por malicia, como son los idólatras que no conocen á Dios, los demás infieles y los perversos cristianos. Otras criaturas hay que ni quieren, ni pueden agradecerlos, por no tener entendimiento para ello, como son los cielos, la tierra, las plantas y los brutos animales. Por todos los beneficios que se hacen á estas criaturas, hemos de dar gracias á Dios, acompañando á las primeras en su gratitud para con Dios, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas á alabar á Dios, porque de este modo me animo yo á bendecirle y glorificarle, y muestro el deseo de que alaben á Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol, alabaré á Dios con la palabra de que usa El muchas veces, especialmente á los corintios: "Gracias á Dios por su don, que no se puede contar.„ De esta palabra usa á menudo la Iglesia al fin de la misa y de las horas canónicas para aficionarnos al uso de ella; porque, como dice san Agustín, ¿qué cosa mejor podemos traer en el corazón, y decir con la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con más brevedad,

ni oirse con más alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con más utilidad„.

Huye, pues, de la ingratitud para con Dios. No seas duro de corazón para con El, que la ingratitud es el viento que seca las fuentes de la bondad divina. Ve á Dios en todo, en el aire, en la luz, en el alimento, que todo es favor de Dios, que todo debe llevarte á bendecir á Dios y así aumentará El sus favores cuanto tú aumentes tu agradecimiento.

PUNTO III

Del beneficio que nos ha hecho Dios dejándonos llegar hasta el fin del año.

Considera, finalmente, el beneficio que te ha hecho el Señor prolongando hasta ahora tu vida. Ya llegaste al fin de este año; ¿será acaso también el fin de tus infidelidades y de tus ingratitudes? ¿Cómo has vivido hasta hoy?, ó por mejor decir, ¿has vivido verdaderamente? Porque no vivir para Dios, no se puede llamar propiamente vivir. ¿Puedes decir que hayas dado un día de este año enteramente á Dios, que una sola de tus acciones haya sido únicamente á honra y gloria de Dios? Pues sabe que todo lo que no hayas hecho por Dios, es totalmente perdido. ¡Cuántos medios de salvación no te ha concedido Dios en este año! ¡Cuántas gracias é inspiraciones! Examina cómo las has correspondido y verás cuántas gracias has menospreciado, cuánto tiempo has perdido. ¿Y cómo remediaremos estas pérdidas? Sólo lo podemos lograr renovando nuestro fervor. Un caminante que se distrae, conociendo que le falta todavía mucho que andar y le queda poco tiempo de luz, procura con su diligencia y con su ardor ganar lo perdido. ¿Qué ha sido tu vida hasta ahora, sino un continuo pararte en el camino de la virtud? ¿Pues por qué no doblas el paso? ¿Por qué no sigues la advertencia del Salvador, que nos exhorta á caminar mientras tenemos

luz, no sea que la noche, esto es, la muerte, nos sorprenda? Esta puede estar más cerca de lo que juzgas, pues no puedes asegurarte que verás el principio del año nuevo.

Pero aun cuando estuvieras seguro, ¿quién te asegura que no será el último de tu vida? ¡Cuántos empiezan con menos años y más salud que tú el año nuevo, y no verán el fin! Lo que les sucederá te puede suceder: y ¿cómo sabes que no te sucederá? Si se te dijese de parte de Dios que habías de morir este año, ¿cómo lo pasarías? ¡Qué fervor, qué cuidado tendrías en emplear bien los momentos, en evitar los pecados y las ocasiones de pecar, en corresponder fielmente á todas las gracias, en cumplir todas tus obligaciones, en ocuparte en el ejercicio de todas las obras buenas, en la práctica de la penitencia y en trabajar para adquirir todas las virtudes más necesarias para tu santificación! ¿Pues por qué no haces ahora lo que quisieras haber hecho entonces? ¿Por ventura se puede uno exceder en estas prudentísimas precauciones cuando se trata de una eternidad? Sólo el fervor que tuvieres ahora puede prevenir el remordimiento que te atormentará en la hora de la muerte, si no aprovechas el tiempo mejor que hasta aquí lo has hecho.

Pues mira que no te puede faltar fervor si piensas que tienes un Dios á quien agradar, un alma que salvar, terribles enemigos con quien pelear, un juicio que temer, un infierno que evitar y un paraíso que adquirir. ¡Qué grandes objetos para animarte á luchar como bueno, y qué grandes motivos para aumentar tu fervor! Tienes un Dios á quien amar y servir. Dios te ha dado mucho, te pide poco y debes esperar infinito de El; ¿pues puedes dejar algo que hacer de lo que sabes que le puede agradar? Tienes un alma que salvar. La salvación de tu alma es lo que te importa; es tu grande y tu único negocio; en esto se trata para ti del *todo y por siempre*, pues ¿qué es

lo que no deberás hacer para salvarte? Tienes enemigos terribles y vigilantes con quienes pelear; ¿tienen ellos, acaso, más interés en tu pérdida que tú en tu salvación? ¿Pues de qué procede que ellos sean tan solícitos para que te condenes, y tú tan perezoso ó negligente para salvarte! Tienes un juicio que temer, está ya cerca, será riguroso y terrible, y sus consecuencias duran toda la eternidad; ¿puedes excederte en precauciones para prevenirle? Tienes un infierno que evitar; cualquiera pena, cualquier trabajo, por grande que sea, te debe parecer leve si te libra de tan tremenda desgracia. Tienes un paraíso que ganar; los mayores trabajos te deben parecer dulces cuando una bienaventuranza es el término y el premio de ellos. En vista de estas consideraciones, empieza ahora de veras el camino de la virtud, y vive desde hoy como si el año en que vas á entrar fuera para ti el último de tu vida y el umbral de la eternidad.

Coloquio.—¡Oh Señor y Dios mío! ¡Oh manantial de bondad infinita! ¡Oh centro de todos los corazones y de todos los amores! ¡Cómo es posible que yo no os haya amado hasta ahora, y que no haya correspondido á vuestros infinitos beneficios, sino con extrema ingratitud! ¡Quiero desde ahora comenzar á amaros, Dios mío, fortaleza mía y vida mía! Yo os amaré, Señor mío, porque sois infinitamente bueno; y porque me habéis amado por toda la eternidad; y me habéis colmado de innumerables beneficios; y porque mi felicidad depende de vuestro amor. Yo os amaré con todo el corazón, con toda el alma, y con todas las fuerzas. No amaré nada como á Vos, nada sino á Vos, y nada fuera de Vos. Os amaré únicamente, os amaré ardientemente, y os amaré constantemente; os amaré en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Resuelve reparar con nuevo fervor el tiempo perdido por tu negligencia, y mirar el año nuevo como el último de tu vida.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DEL ÚLTIMO CUADRIMESTRE DEL AÑO [1]

SEPTIEMBRE

Fiesta del dulcísimo nombre de María.

(Dominica infraoctava de la Natividad de la santísima Virgen.)

Preludios.—Escucha á los ángeles entonando himnos al dulce nombre de María, únete á ellos en espíritu, y pide que ese nombre se grave siempre en tu memoria y en tu corazón.

PUNTO I

Excelencia del dulcísimo nombre de María.

Considera que de los nombres con que la Escritura sagrada y los Santos Padres celebran á la Madre de Dios para significar sus excelencias y prerrogativas, el nombre propio es el de María, y juntamente el más principal; porque está lleno de misterios, y siendo uno solo, significa en compendio todas las grandezas de María santísima, que se representan por los otros nombres. Pondera, pues, la excelencia y santidad del nombre de María, porque este dulcísimo nombre, pronunciado, consagra los labios; escuchado, re-

(1) Ponemos aquí las meditaciones siguientes, que ó por ser de fiestas movibles, ó por coincidir con otras fiestas ó novenas, no se han podido poner en su lugar propio.

crea los oídos; pensado, alegra el corazón; y ni se puede escribir de él sin provecho, ni hablar sin fruto, ni discurrir sin ganancia; y como dice san Bernardino de Sena: "Ya que no podemos alabar á María como merece, debemos ensalzar su nombre cuanto nos fuere posible".

El nombre de María desde la eternidad se escribió en el libro de la vida, después del nombre de Jesús: el nombre de Jesús fué el primero, y el nombre de María el segundo. Y si creemos lo que dicen graves doctores, el nombre de María fué revelado á Adán, el primero de los hombres, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente que una mujer le había de quebrantar la cabeza. El nombre de María fué revelado á Elías, cuando vió levantar del mar aquella nubecilla pequeña, que era imagen y figura de la Reina del cielo y estrella del mar; y también entre los maestros antiguos de los judíos había noticia de que se había de llamar María, la Madre del Mesías. El nombre de María, particularmente fué revelado á sus padres Joaquín y Ana, por medio de un ángel que les mandó pusiesen á su hija este dulcísimo nombre.

En efecto, considera que sólo Dios podía dar conveniente nombre á la Virgen, no sus padres, ni alguna criatura, porque sólo quien conoce las cosas, puede darles nombre que les convenga: y como sólo Dios conocía la excelencia de aquella niña que nacía, sólo Dios podía ponerle el nombre que significara sus excelencias. Y nota que María santísima fué la primera de las mujeres que recibió el nombre, por revelación divina, antes de su concepción, y muchos doctores, afirman que el mismo arcángel san Gabriel, que anunció antes á Zacarías la concepción y nombre del Bautista, y después á María la concepción y nombre de Jesús, anunció á Joaquín y Ana la concepción y nombre de María; de manera, que podemos acomodar á la Virgen lo que dice el Evangelio de su Hijo: "*Yo-*

catum est nomen ejus María: quod vocatum est ab angelo, priusquam in utero conciperetur. „Y así este nombre no es inventado de hombres, sino dado de Dios; no es nacido en la tierra, sino bajado del cielo; no fué puesto por elección de sus padres, sino por providencia del que había de ser su Hijo. Primero pronunciaron el nombre de María los ángeles que los hombres; y verdaderamente, es menester que sean los hombres ángeles, para pronunciar con labios bastantemente puros el santísimo nombre de María. Por eso no mudó la Virgen el nombre de María en otro cuando subió á la dignidad de Madre de Dios, como á Simón le mudó Cristo el nombre en el de Cefas ó Pedro cuando le levantó á la dignidad de cabeza de su Iglesia; porque el nombre de María se le había dado Dios á la Virgen, y por eso nunca le había de dejar.

El nombre de María significaba la dignidad de Madre de Dios, y así no pedía otro nombre su dignidad: el nombre de María, era el mejor nombre que podía tener la Madre de Dios, y así no había otro nombre en que poderle mudar. Por eso el ángel, al anunciar á la Virgen el misterio de la Encarnación, la confirmó el nombre diciéndola: "No temas, María, porque hallaste gracia delante de Dios.„ Y ¿qué gracia halló María? La primera gracia que halló fué el nombre, en que se significaban todas las gracias que había de recibir nuestra dulcísima Madre. Da mil parabienes á la Virgen sacratísima por haber recibido nombre tan excelso y glorioso y ofrécele invocarlo siempre con el amor y la reverencia que nombre tan augusto se merece.

PUNTO II

Significación del dulcísimo nombre de María.

Considera que dan los Santos Padres y doctores diversas significaciones á este nombre de María. En ellas se explican las innumerables excelencias de

María santísima, para que digamos de ella: "*Secundum nomen tuum, sic et laus tua*": como tu nombre es tu alabanza. Pondera, en efecto, que si los nombres de Adán, Eva, Abraham, Sara, Isaac, Israel, Juan, Pedro y Pablo no carecen de misterio, y les fueron puestos con singular providencia y sabiduría divina, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de pensar del nombre de María, Madre de Dios y Reina del cielo y de la tierra? El nombre de María, según san Ambrosio, se interpreta: "Dios de mi linaje", que es decir: "Dios nacerá de mí", y vínole ajustado el nombre, pues se hizo Dios hombre en sus purísimas entrañas, y haciéndose Dios del linaje de María, también se hizo María del linaje de Dios.

El nombre de María significa en lengua siriaca lo mismo que señora, y cuadróle este nombre á la Virgen porque fué constituída universal Señora de todas las criaturas cuando fué hecha Madre del Criador de todas ellas. El nombre de María, según muchos santos doctores, significa "estrella del mar", entendiendo unos por estas palabras que es luna, otros que es lucero de la mañana, otros que es norte, y todo lo es María: Luna, que alumbra nuestras tinieblas; Lucero de la mañana, que nos anuncia el día eterno de nuestra felicidad, y Norte que guía á los que navegan por el mar tempestuoso del siglo. Sin esta estrella del mar, todo es tinieblas; sin esta luz, todo es bajíos; sin este astro, todo son tempestades; mirando á María y mirándonos María, descubrimos los rumbos, alcanzamos las alturas y sabemos adonde hemos de enderezar la proa y tender las velas para llegar seguros al puerto de la bienaventuranza.

El nombre de María significa "mar amargo", y lo fué María santísima en la Pasión y muerte de su Hijo, por los ríos de amargura que entraron en su alma y olas de tribulaciones que combatieron su corazón. El nombre de María se interpreta "Esperanza", porque parió á Cristo, que es esperanza de todo el mundo, y

porque María, con su intercesión, da esperanza de perdón á los pecadores, de acrecentamiento de la santidad á los justos, y de conseguir la bienaventuranza á todos los que viven desterrados en este valle de lágrimas. El nombre de María significa "maestra y doctora„, y con mucha razón tiene este nombre, porque fué doctora de los doctores y maestra de los Apóstoles.

Pondera también la interpretación del bienaventurado Alberto Magno, el cual, hablando del nombre de María, dice "que Dios llamó á la congregación de todas las aguas *maria*, y á la congregación de todas las gracias María„, para significar que, como el mar es el lugar de todas las aguas, María es el lugar de todas las gracias. Y conforme á esto, dice Dionisio Cartujano: "María se interpreta mar, porque como ninguno puede contar las gotas de agua del mar, así ninguno puede explicar la excelencia de la gracia y gloria de María„. Con más elegancia, en este mismo sentido, lo dice san Buenaventura, acomodando á María aquello del *Eclesiástico:* "*Omnia flumina intrant in mare*„: todos los ríos, dice, entran en el mar, como todas las excelencias de los santos entran en María. El río de la gracia de los ángeles entra en María: el río de la gracia de los patriarcas y profetas entra en María: el río de la gracia de los Apóstoles entra en María: el río de la gracia de los mártires entra en María: el río de la gracia de los confesores entra en María: el río de la gracia de las vírgenes entra en María: finalmente, todos los ríos entran en el mar, esto es, todas las gracias entran en María. Mira, pues, cuán convenientemente se llama María, Mar, pues es mar de gracia en quien se recogen todas las gracias de los ángeles y santos; sólo con esta diferencia, que el mar no redunda, como advierte el *Eclesiástico*, aunque entren en él todos los ríos; pero en María, misterioso mar, entran todos los ríos de las gracias y redundan en nosotros.

Venga á mí alma, ¡oh dulcísima Madre mía!, el torrente de gracias que brota de tu dulce nombre para que con ellas, animado y recreado, empiece á servirte y á amarte con el fervor con que mereces ser amada y servida.

PUNTO III

Poder del dulcísimo nombre de María.

Considera que se pueden decir del nombre de María, con la debida proporción, casi todas las alabanzas que se dicen del nombre de Jesús; porque aunque el nombre de Jesús sea mucho más excelente que el de María, con todo eso ha querido el Hijo, en orden á nuestra salud, dar semejante virtud al nombre de su Madre que al suyo. Y aun, dice san Anselmo, "que algunas veces se alcanza más presto la salud, invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesús, único Hijo suyo y S. N.: no porque la Madre sea más poderosa que el Hijo, pues no es grande y poderoso el Hijo por la Madre, sino la Madre por el Hijo; sino porque Cristo, llamado por su nombre, no oye luego al punto, por justas causas que tiene para ello; pero invocado en nombre de su Madre, aunque los méritos de quien le invoca no merezcan que sea oído, interceden los méritos de la Madre para que sea bien despachado."

Pondera que no es maravilla que quiera Dios hacer mayores favores, ó más presto, por el nombre de su Madre que por el suyo; pues quiso hacer mayores milagros por medio de sus siervos que por sí mismo. Y en nuestro caso hay conveniente razón; porque, cuando invocamos el nombre de Jesús, no sólo invocamos con este nombre á nuestro Padre, mas también á nuestro Juez; con que su justicia suele detener á su misericordia, para que, ó no nos oiga, ó dilate el despachar nuestra petición; mas cuando nombramos á María, sólo invocamos á nuestra Ma-

dre, y á la Madre de Misericordia, en quien no hay título que embarace el interceder por nosotros con su Hijo; y si intercede María, ¿cómo le negará su Hijo lo que pidiere?, ó ¿cómo ha de embarazar su justicia á su misericordia, pues atiende antes á los méritos de la Madre que intercede, que á los deméritos del siervo que suplica?

Lo cierto es, que los santos y doctores atribuyen semejantes efectos más al nombre de María que al nombre de Jesús. San Germán afirma que el nombre de María destierra todo temor; san Buenaventura, que los que invocaren á María no temerán en el punto de la muerte; y que no tiemblan tanto los enemigos visibles de un copioso ejército, como los demonios del nombre de María, y que tienen mucha paz los que veneran este nombre. Santa Brígida dice que al nombre de María le veneran los ángeles, le temen los demonios, y trae salud á los hombres que le invocan con propósito de no pecar más. San Alberto Magno, que el nombre de María apaga las llamas deshonestas é infunde castidad: san Anselmo, que el nombre de María es seguridad de los que se hallan en algún peligro: san Antonio de Padua, que el nombre de María trae alegría á los tristes, porque es júbilo en el corazón, miel en la boca y música en el oído. A los que invocan con fe y devoción el nombre de María, favorece Dios en todas sus necesidades, socorre en todos los peligros, consuela en todas las aflicciones, y no hay ninguno tan miserable que no halle consuelo, alivio y socorro en este dulcísimo y poderosísimo nombre.

Por esto nuestra principal devoción, después del nombre de Jesús, ha de ser con el nombre de María: y si pedimos al Padre en nombre de su Hijo, para alcanzar lo que deseamos, pidamos al Hijo en nombre de su Madre para conseguir lo que pedimos. Dijo Cristo, que todo cuanto pidiésemos al Padre en su nombre, nos lo concedería; así podemos creer que no

nos negará nada el Hijo que le pidiéremos en nombre de su Madre. Invoquemos en todas nuestras necesidades y aflicciones el nombre de Jesús; porque es un nombre sobre todo nombre, y no hay otro nombre debajo del cielo, en que haya salud, sino este nombre; pero después del nombre de Jesús invoquemos el nombre de María, porque después del nombre de Jesús es nombre sobre todo nombre, y por medio de este nombre quiere Dios concedernos la salud que nos viene del nombre de Jesús. Por eso el dulcísimo san Bernardo, después de haber dicho que el nombre de María se interpreta estrella del mar, añade: "¡Oh, tú, cualquiera, que te miras fluctuar en el mar de este siglo, combatido de olas y cercado de tempestades, no apartes los ojos de esta Estrella, si no quieres ser anegado de las ondas! Si se levantan vientos de tentaciones, si das en escollos de tribulaciones, mira á la Estrella, llama á María. Si eres combatido de olas de soberbia, de ambición, de detracción, mira á la Estrella, llama á María. Si la ira, la avaricia ó la tentación de la carne acometiere la navecilla de tu alma, mira á María. Si turbado con la grandeza de tus delitos, confuso con la fealdad de tu conciencia y atemorizado con la terribilidad del juicio divino, estás para caer en una profundidad de tristeza y en un abismo de desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María, invoca á María. No falte de tu boca, no falte de tu corazón María, y para alcanzar el sufragio de su oración, no dejes pasar el ejemplo de su conversación. Siguiendo á María, no vas descaminado; rogando á María, no desesperas; pensando en María, no yerras; teniéndote María, no caes; defendiéndote María, no temes; siendo tu guía María, no te fatigas; y siéndote propicia María, llegas al puerto deseado y experimentas en ti mismo con cuánta razón se llama esta Virgen María."

Coloquio.—Dióte, ¡oh dulce Madre mía!, toda la santísima Trinidad, un nombre que, después del nombre de tu benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se arrodille toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiese la gracia, gloria y virtud de este santísimo nombre; porque no hay otro nombre, después del nombre de tu benditísimo Hijo, que sea tan poderoso socorro; ni hay otro nombre dado en la tierra á los hombres, después del dulce nombre de Jesús, del cual se difunda tanta salud á los hombres; porque sobre todos los nombres de los santos, alivia á los que están fatigados, sana á los enfermos, alumbra á los ciegos, penetra á los duros, recrea á los cansados, unge á los luchadores y libra á todos del yugo del demonio. Pues que sea ¡oh Madre mía! este dulcísimo nombre tuyo mi gozo, alegría y fortaleza, y consuelo en la vida y mi esperanza en la hora de la muerte.

Propósitos.—Invocar en todos nuestros peligros con fe y verdadera devoción de buenos hijos el dulce nombre de María.

FESTIVIDAD DE LOS DOLORES GLORIOSOS

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Dominica tercera de Septiembre.)

Sobre los dolores gloriosos de la santísima Virgen María.

Preludios—**Mira á la santísima Virgen sufriendo con admirable constancia dolores incomprensibles al pie de la cruz, y pide saber sufrir como Ella para sacar de los dolores la gloria que Ella te enseñó á sacar.**

PUNTO I

Los dolores de la Virgen, gloriosísimos en sus causas.

Considera que el mayor de todos los dones y el más señalado favor con que Dios puede honrar á sus amigos, es el martirio. Desde que Jesucristo murió en una cruz, no hay gloria como sufrir por El y con

El, porque la mayor prueba de amor que la criatura puede dar á su Dios, es morir por su amor. De ahí se sigue que esa es también la mayor muestra que el hombre puede recibir del amor que Dios le tiene. Y en efecto, Dios no ha podido hacer más que dar su vida en una cruz por nosotros. Pero ¿quién puede gloriarse de haber dado á su Dios esta prueba suprema de su amor más y mejor que María, la Reina de los mártires? Nadie, seguramente, y de aquí que san Bernardo ponga los dolores de la bienaventurada Virgen entre las doce estrellas que componen su gloriosísima diadema. Porque si consideras las causas de esos dolores hallarás que son dos. Primera y principal, el amor singularísimo que tiene á su Hijo, y segunda, que puede llamarse causa instrumental, su propio Hijo, ya bajado de la cruz y puesto entre sus brazos, y por consiguiente, ningún martirio tan glorioso en sus causas como el de María.

Respecto de la primera causa, considera que de todos los amores, el de los padres á sus hijos es el mayor que existe. Es el que en otro tiempo y sin consuelo, experimentó David con la muerte de su hijo Absalón, aunque este fuera rebelde y desnaturalizado. Pero el amor de las madres es aún más fuerte y más entrañable que el de los padres, y esto está confirmado por el mismo Dios que queriendo declarar la ternura de su amor á los hombres, lo compara, en Isaías, con una madre apasionada. Y si esto puede decirse de todas las madres en general, muy especialmente debe pensarse de María que ama á Jesucristo, su único Hijo, con un amor más puro, más tierno y más fuerte que el que todas las madres del mundo puedan tener á sus hijos.

Cuatro cosas hacen ver, en efecto, la grandeza de este amor de la bienaventurada Virgen á Jesús: Primera, era el amor de la Madre más perfecta, al Hijo más perfecto que haya podido existir. Segunda, como María, en la generación temporal de Jesús, era Madre

sin padre, sentía por El el amor paternal y el maternal al mismo tiempo. Tercera, la concepción de este Hijo fué realizada en el seno de la santísima Virgen por obra del Espíritu Santo, que es el amor personal de Dios de un modo singular, y por consiguiente, el amor de esta Madre á su Hijo tenía que ser singular también. Cuarta, á esto has de añadir que como la simpatia produce el amor, este divino Hijo y su santísima Madre eran en todo semejantes y había entre ellos una unión admirable, que era la causa de un amor tan perfecto, que puede decirse que entre los dos no tenían más que un sólo corazón, de tal modo que lo que traspasaba el corazón del uno tenía que penetrar necesariamente el corazón del otro.

Hay que añadir, que María no amaba solamente á Jesucristo como á su Hijo único y natural, sino que además, le amaba como á su Dios, empleando para ello la plenitud de gracia que el Espíritu Santo había derramado en su corazón. Por otra parte, como según dice san Dionisio, el amor perfecto es estático y transporta al amante al objeto amado, el amor de la santísima Virgen á su Hijo, la transportaba fuera de sí, haciendo que no viviera más que en su Hijo, ni respirase más que por su Hijo, y que sufriese lo que su Hijo sufriera, sintiendo en su alma todo lo que veía padecer en su cuerpo sacratísimo á Jesucristo.

Tres diferencias principales, según hacen notar los Santos Padres, se encuentran entre los dolores de la santísima Virgen y los padecidos por los demás santos mártires. Los mártires sufrieron en una carne mortal, pero la Virgen padeció en su alma inmortal y purísima. Además, los demás mártires no sufrían más que en sus cuerpos, á los que odiaban como á una fuente de pecados, la santísima Virgen padecía en la carne inocente é inmaculada de su Hijo, á quien amaba infinitamente más, que cualquiera pueda amar á su propio cuerpo, pues sabía que aquella carne estaba hipostáticamente unida al Verbo de Dios. Por

último, los demás santos fueron mártires muriendo por Jesucristo, pero la santísima Virgen lo fué muriendo con Jesucristo, y por eso san Jerónimo no la llama mártir, sino *conmártir,* que es incomparablemente más que ser mártir, pues equivale á participar del martirio de Jesucristo.

Ahora si consideras la causa instrumental de los dolores de María, verás en primer lugar que el martirio es tanto más doloroso cuanto el instrumento que lo ejecuta es más cruel. ¿Y qué instrumento más cruel podía inventarse para el martirio de María que la Pasión de Jesucristo? Ella fué la cortante espada que traspasó el Corazón de la santísima Virgen, según la profecía de Simeón.

Esa espada, esto es, todo el cúmulo de tormentos que componen la Pasión de Jesús, fué lo que hirió el alma de María, traspasándola, es decir, no dejando la más pequeña parte de su sagrado corazón maternal que no fuese herida por aquella espada. Pero hay más todavía: esa espada no consistió solamente en la Pasión del Salvador, esto es, en sus azotes, en sus clavos, en sus espinas, en la hiel y vinagre, ni en la cruz, sino en la misma persona de su Hijo, bañado en sangre, cubierto de llagas, agonizante, y por último, muerto entre dos ladrones. Aquel Hijo destrozado, ensangrentado, pálido y muerto en la cruz, fué lo que más dolor causó en María, de tal modo, dice san Juan Damasceno, que si la santísima Virgen le parió en Belén sin dolores, en el Calvario le dió á luz á costa de tormentos inexplicables. ¡Oh Reina de las vírgenes, Madre de mi Dios! ¿Dónde podré encontrar almas afligidas cuyos grandes dolores puedan compararse con los vuestros? En ninguna parte; porque como el amor que habéis tenido á vuestro Hijo, que es el varón de dolores, no tiene igual, tampoco vuestros dolores pueden tener otros semejantes.

PUNTO II

Los dolores de María, gloriosísimos por sus circunstancias.

Pondera las circunstancias más sensibles y aflictivas de los dolores de María, y hallarás desde luego que no ha habido dolor como su dolor, y, por consiguiente, ni gloria como su gloria. Considera que en los planes de Dios fué preciso que María asistiese en persona á aquella sangrienta tragedia, obligada á contemplar con sus propios ojos á aquel Hijo amado, cuya grandeza é infinitos méritos conocía tan perfectamente, arrastrado por las calles de Jerusalén con una cuerda al cuello, manchado de salivas, herido por mil oprobios y clavado, por fin, en un afrentoso patíbulo en medio de dos ladrones. Se vió obligada á oir á los pies de aquel madero todas las injurias, maldiciones y blasfemias que el ingrato populacho y sus verdugos, ebrios de furor, vomitaban contra Jesús.

Agar no fué tan cruelmente tratada, pues cuando se vió en la imposibilidad de socorrer á su hijo, dejóle al pie de un árbol, del que pudo alejarse diciendo que no tenía corazón para ver morir á su Ismael. Cierto es que á Abraham le fué mandado asistir al sacrificio de su hijo Isaac; pero se dispensó de asistir á la madre, de cuyo tierno corazón sólo se pidió el consentimiento, según dice san Gregorio Niseno. Mas para María no hubo esas condescendencias, y Dios quiso que estuviera presente al sacrificio sangriento y real, y no figurado, de su Hijo único, mil veces más querido por Ella que Ismael é Isaac por sus respectivas madres. Además de esta circunstancia, hay otra que hacía más aflictiva la presencia de la santísima Virgen al pie de la cruz, y era la imposibilidad en que se hallaba de aliviar en lo más mínimo los tormentos de su querido Hijo.

¡En qué estado se hallaría aquel amantísimo cora-

zón, viendo á Jesús cubierto de sangre y extenuado de fatiga y dolor sucumbir bajo el peso de aquel afrentoso madero! ¡Qué no sentiría luego al ver desnudo y llagado aquel hermosísimo cuerpo, con tanto cuidado tratado por ella, expuesto á todas las miradas de aquel populacho desvergonzado y á todas las molestias de la intemperie, sin poder aproximarse á El para cubrirle con su manto! ¡Qué aflicción verle cubierto de llagas sin poder vendárselas! ¡Qué dolor al verle inclinar la cabeza sin podérsela sostener, verle llorar y no poder enjugar sus lágrimas, y, por último, expirar sin poder reclinar en su seno la sagrada cabeza!

Pero, sobre todo, ¡habrá quien pueda expresar el dolor inmenso de María, al oirle decir: "Sed tengo„, y ver que sus enemigos, en vez de aplacarla con agua, le daban en una esponja hiel y vinagre! Pero todavía, aunque esto excede toda comprensión humana, hubo de sufrir más, cuando, al recomendarla al discípulo amado la llamó "mujer„ en vez de madre: que fué lo mismo que decirle: Ahora vas á perder temporalmente á este Hijo único y natural objeto de tus amores, el que sólo puede consolarte; pero resígnate á tener en su lugar á uno de sus discípulos, esto es, á un hombre que tendrá cerca de ti el lugar que hasta ahora ha tenido tu hijo, que es Dios.

Después de esto, ¿crees que aquí terminaron los dolores de María? Te engañas, porque aún le quedó que sufrir otro más acerbo, que fué el ver á su Hijo muerto, traspasado con la lanza del Centurión que atravesó al mismo tiempo el corazón de María, para que sus dolores no terminaran con los de su Hijo.

Para penetrarte de tan acerbo dolor, di á la Virgen santísima con san Bernardo: "Entonces fué ¡oh Madre la más afligida de las madres! cuando la espada profetizada por Simeón atravesó vuestra alma. Cuando esta lanza cruel atravesó el costado de vuestro Hijo, su alma no se hallaba ya en su cuerpo, pero

sí la vuestra; por eso no fué El, sino Vos, quien sintió el dolor de ese último golpe, á fin de que pudiéramos decir que el martirio de vuestra compasión sobrepujó en duración al martirio de la Pasión de vuestro Hijo.„

PUNTO III

De la participación de los dolores de María santísima.

Considera á la más afligida de todas las madres, á quien no se habia permitido acercarse á su Hijo vivo, para aliviar sus penas, cómo lo tiene ahora en su regazo después de muerto, á fin de que continúe y aumente su dolor con el objeto más aflictivo que ante los ojos de una madre se puede presentar.

Esto te enseña que debes imitar á la santísima Virgen, principalmente en tres cosas: en subir como ella y con ella al Calvario; en colocarte al pie de la cruz de Jesucristo y mantenerte allí en pie, esto es, con valor y con constancia; y por último, en participar por la fuerza del amor de la cruz del Salvador y reflejar en todo tu ser la imagen de un Dios crucificado, que es el modelo de todos los predestinados.

San Pedro ni tenía aún la plenitud del Espíritu Santo, ni sabía lo que se decía, según san Lucas, cuando aseguraba que estaba bien en el monte Tabor; porque las glorias y goces del Tabor están reservadas para la eternidad, mas durante la vida es necesario subir con Jesús y María al Calvario. Dios, dice san Jerónimo, no tiene dos paraísos que darnos, y por tanto el que quiere tener su paraíso en la tierra renuncia al del cielo. Hay, pues, que cosechar la mirra en el Calvario con todos los predestinados, dejando el falso Tabor del mundo, con sus falsos resplandores y sus prosperidades engañosas, para herencia de los réprobos.

Toma puesto con la Virgen María y todos los bienaventurados al pie de la cruz, y allí, abriendo los ojos de la fe, dirige una mirada amorosa al autor

y consumador de tu salvación, en el estado en que se propone como tu modelo. Escucha la voz del Padre. que te dice que imites el ejemplo que te ha sido mostrado en el monte. Mira á todos los santos, que obedientes á esa voz se colocan todos en el Calvario al pie de la cruz; y allí con el pincel en la mano, trabajan incesantemente en copiar á Jesucristo crucificado, persuadidos de que los cristianos en esta vida no tienen otro oficio que el de hacer crucifijos en sí mismos, según la doctrina de san Pablo.

Mira si has adelantado mucho en esa obra y piensa que tienes, hace diez ó veinte años, el pincel en la mano, que Dios te ha suministrado el lienzo, dándote un alma inmortal, y Jesucristo nos ofrece los colores con su preciosísima sangre. ¿Has copiado durante ese tiempo en tu alma, reflejándolas en tus costumbres, la paciencia, la dulzura, la pobreza, la mortificación, en una palabra, todas las grandes virtudes que aparecen con caracteres resplandecientes de sangre sobre Jesucristo crucificado?

Piensa que el empleo especial de un cristiano debe ser ocuparse en este estudio profundo, cuyas enseñanzas debes grabar en tu corazón, para que habiendo llevado en esta vida la imagen de sus dolores, puedas en la otra recibir la semejanza de su gloria.

Coloquio.—¡Oh madre del amor y del dolor! Veo por ti misma que no hay cosa más gloriosa que sufrir al lado de la cruz contigo, porque por ese dolor se llega á la gloria de imitarte y de ser soldado de quien por la cruz venció y salvó al mundo. Yo no quiero ya gloriarme sino en ser hijo de la cruz y de tus dolores. Haz, madre mía, qne yo sepa sufrir con gloria como tú, para que mis penas y trabajos me produzcan á imitación tuya, un peso inmenso de gloria eterna.

Propósitos.—Amar cada día más y más la cruz porque en ella está la gloria, la salvación y el triunfo de nuestros enemigos.

FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO ROSARIO

(Dominica primera de Octubre.)

Sobre la devoción al santísimo Rosario.

Preludios.—**Represéntate en el cielo á María santísima en su trono de gloria, acogiendo con bondad los homenajes que se la tributan con el rezo del santo Rosario, cuyas oraciones son como otras tantas preciosas coronas que los ángeles depositan á sus pies, y pide tú ofrecerle todos los días esta hermosa devoción con el afecto y piedad de un buen hijo.**

PUNTO I

Qué sentimientos debe hacer nacer en nosotros el rezo del santo Rosario.

Considera, en primer lugar, que el título de reina del santo Rosario con que es honrada la santísima Virgen, trae á nuestra mente los más conmovedores recuerdos de nuestra fe, pues el santo Rosario es como un memorial de los diferentes misterios de amor, de dolor y de gloria que Jesucristo realizó por nosotros y en los que la Virgen María tuvo tanta parte.

En la primera de las tres partes de que consta el santo Rosario, te hace considerar sucesivamente á la excelsa Señora, como madre de Jesucristo, como instrumento de sus primeros beneficios en la casa de Zacarías, como trono del Hijo de Dios á quien lleva al templo para ofrecerle al Eterno Padre, y á quien busca y encuentra también en el templo para enseñar á los hombres dónde han de hallar á Jesucristo.

En la segunda parte te recuerda al Salvador del mundo sudando sangre en el Huerto, azotado y coronado de espinas en el Pretorio, llevando el pesado madero de la cruz en la calle de la Amargura y crucificado en las cumbres del Calvario, moviéndote á compasión á la vista de los dolores de Jesucristo, de que participó el corazón amorosísimo de tan tierna

Madre y excitando en ti el aborrecimiento del pecado que fué la causa de la Pasión de Jesús.

Recuérdate la tercera y última parte del santo Rosario, la gloriosa resurrección de nuestro adorable Redentor, su majestuosa Ascensión á los cielos, la venida del Espíritu Santo y el glorioso triunfo de María en su Asunción y al ser coronada por la santísima Trinidad como reina de todo lo creado.

Piensa que en cada una de esas partes hay diferentes y muy santos pensamientos; de confianza y de amor la primera; de dolor y arrepentimiento de tus pecados la segunda, y de aliento y excitación para que te ejercites en la práctica de todas las virtudes, la tercera.

Con estos sentimientos debes rezar el santo Rosario, que es como el resumen y compendio de todo lo que puede obrar muy poderosamente en tu corazón para afirmar en él el imperio de Jesús y de María. Procura, pues, penetrarte de esos sentimientos que tantos misterios de amor deben despertar en tu alma.

PUNTO II

Gracias que deben esperarse del rezo del santo Rosario.

Considera á este propósito, que si el rezo del santo Rosario es el más propio para excitar en ti los sentimientos de amor y de gratitud que debes á Jesús y á María, te ofrece al mismo tiempo un medio poderosísimo de salud y de santificación. ¡Cuántas victorias se han conseguido, qué de peligros se han evitado, cuán innumerables las gracias que se han obtenido con ayuda de esta devoción saludable!

A poco que lo consideres verás que no puede suceder de otra manera, porque siendo la oración la palanca más poderosa, para forzar, por decirlo así, las puertas del cielo y el medio más eficaz para conseguir el favor de Dios en los asuntos espirituales y aun en los temporales, en la proporción y medida que

más convenga al fin último para que fué criado el hombre, en el Rosario se encuentra además de la sublimidad de la oración mental por los santos recuerdos que evoca, todas las excelencias de la oración vocal, pues se compone de las tres plegarias más hermosas que pueden existir. Del Padrenuestro, que brotó de los labios del Hijo de Dios hecho hombre; del Ave María, salutación que el arcángel san Gabriel aprendió en los cielos para felicitar á Nuestra Señora y añadida por la Iglesia para impetrar la protección de la Madre de Dios y del *Gloria*, cántico de los serafines ante el trono del Eterno.

No es, pues, de extrañar que esta celestial devoción haya salvado al mundo de la herejía albigense y de la esclavitud musulmana, ni hay para qué admirarse de las infinitas conversiones que ha obrado, ni de las gracias de todo género que ha derramado, y derrama, sobre los que, con las debidas disposiciones, lo rezaron y lo rezan.

Corona de María es llamado el santo Rosario, y esta expresión metafórica da la medida más aproximada del agrado con que ha de ser recibido por María, pues siendo la corona el emblema del don más estimado que pueda recibir una persona, con relación á ese don ha de ser la recompensa que por él recibas, cuando la encargada de dártela es la Reina de cielos y tierra y por añadidura, Madre amantísima tuya.

¿Qué madre niega á su hijo lo que éste le pide humildemente para su bien? ¿Acaso al hijo que pide pan, su madre tierna y amorosa le castigará con enojo? Seguramente que no, y tratándose de María la más amorosa y tierna de las madres, ¿cómo puedes dudar de que te concederá lo que cincuenta veces repetidas le pidas, si lo que le pides ha de ser para tu verdadero bien?

Piensa que, según autorizadas opiniones, el rezo diario del santísimo Rosario, con las debidas dispo-

siciones, puede confiadamente tomarse como señal de predestinación para la gloria, y aunque sólo esto obtuvieras de tan hermosa y sublime devoción, ¿no podrías tenerte por suficientemente recompensado?

Pero aun en orden á los intereses temporales, la devoción del santo Rosario es decisiva para obtener aquellos que sean compatibles con la salvación de las almas. San Juan de Dios, siendo soldado, se vió en un grave peligro de muerte por haber abandonado tan santa devoción, pero fué libertado de él así que invocó á la santísima Virgen, que se le apareció reprendiéndole su olvido y asegurándole su protección si volvía diariamente á tan piadosa práctica. Reza, pues, todos los días el santo Rosario con las debidas disposiciones y con los sentimientos que requiere cada una de sus partes, y ten por seguro que serán innumerables las bendiciones y favores que atraerás sobre tu alma y aun como remedio de tus necesidades materiales por medio de tan excelente oración.

PUNTO III

El rezo del santo Rosario motivo de consuelo á la hora de la muerte.

Considera que la Providencia divina que cuida de las aves del cielo, de los peces en el mar y de las florecillas en el campo, tiene un cuidado más especial del hombre, al que asiste por sus ángeles y auxilia por medio de sus santos, sobre todo, en las grandes tribulaciones. Reina de los ángeles y de los santos es María santísima, Madre de los pecadores y consuelo de los afligidos, mira, pues, cuánto te importa tenerla de tu parte en todas tus angustias y muy especialmente en el duro trance de la muerte.

Anticípate á él con el espíritu y contémplate entre los estertores de la agonía. ¡Qué de dolores en lo presente! ¡Qué de temores y zozobras respecto de lo por venir! Próximo á comparecer ante el Juez supre-

mo, ¿qué podrás decirle en tu descargo? ¿Quién se encargará de defender tu causa si no tienes siquiera, entre tantas malas, alguna obra buena en que pueda basarse tu defensa? ¿Quién intercederá por ti si no supiste con tiempo granjearte amigos en el cielo, en previsión de lo que pudiera ocurrirte en tan tremendo trance?

Estas reflexiones son muy bastantes para que comprendas la importancia temporal y eterna que tiene el rezo diario del santo Rosario y la conveniencia de rezarlo en familia á modo de consagración de todos sus individuos á la santísima Virgen, porque siendo María, Reina de los ángeles y de los santos, teniéndola propicia puede decirse que tienes á todo el cielo en tu favor, pues no han de oponerse tan buenos súbditos, como son los del cielo, á los deseos de su soberana, y si Esta te distingue con su protección, te tendrán en grande estimación todos los bienaventurados. Además, es María la Madre del que te ha de juzgar, es decir, la mejor y más influyente mediadora que un reo pueda encontrar para ablandar á su Juez, y así por muchos y muy grandes que sean los crímenes de un hombre no habrá juez que no se incline á la misericordia, si aquel hombre puede decirle: Soy, efectivamente, un gran criminal, pero siempre he honrado y reverenciado á vuestra madre y ella misma viene á deponer en esta causa en favor mío, ¿cómo no se ha de ablandar Jesucristo que tanto ama á su Madre y que, por añadidura, nos la dió á los hombres como Madre nuestra, precisamente para que nos defendiese y amparase en la vida y en la muerte?

¿De cuánto consuelo no te servirá, pues, en la hora de la muerte haber practicado una devoción que tan grata es á la santísima Virgen, según la misma Señora lo ha repetido muchas veces en innumerables apariciones? Ten por seguro que la Reina de los ángeles y de los santos confortará tu espíritu en aquel

supremo trance con la luz de la fe, con la dulce aurora de la esperanza y con el fuego suavísimo é inextinguible de la caridad. Si estás bien dispuesto para la muerte aumentará tus buenas disposiciones, y si, por desgracia tuya, no lo estuvieras, la excelsa Señora hará nacer en tu alma tales sentimientos de contrición, que por sí solos bastarán á suplir las disposiciones que te falten.

Ejemplos mil hay de enemigos de la Iglesia que obtuvieron en los últimos momentos de su vida la gracia de la conversión, sólo por no haber dejado de rezar el santo Rosario, más que por devoción, por no abandonar una costumbre adquirida desde la infancia. Y si una práctica piadosa tan imperfectamente ejecutada produjo conversiones tan maravillosas, ¿qué no ha de poder esperar en la hora de la muerte el que la practica con las debidas disposiciones, entre la que es la principal el horror al pecado y el decidido propósito de salir de él, si en él, por desgracia suya, hubiera caído?

Coloquio.—Me postro á vuestros pies, ¡oh bienaventurada Virgen María! para ofreceros los homenajes de veneración, de amor y de gratitud que os son debidos, y para pediros perdón de las negligencias y tibiezas de que me he dejado llevar en el rezo del santo Rosario. Dignaos, ¡oh Madre mía! darme la piedad y el fervor necesarios para recoger todos los frutos que van unidos á tan santa devoción. Que así como vuestro rosario es para Vos la más hermosa corona de gloria, la joya más preciosa con que vuestros hijos pueden ceñir vuestras sienes, así sea siempre la dulce cadena de mi voluntad para con Vos; que sea el áncora de mi esperanza; que sea mi consuelo en las penas y trabajos y la prenda segura de vuestro amor y de mi predestinación.

Propósitos —Inquebrantable resolución de rezar, y á ser posible en familia, según la antigua costumbre española, el santo Rosario todas las noches.

FIESTA DE LA MATERNIDAD

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Dominica segunda de Octubre.)

De la divina maternidad de María santísima.

Preludios.— Contempla á la Virgen santísima en un trono esplendoroso de gloria, vestida del sol, coronada por doce estrellas, la luna es el escabel de sus plantas, y los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres la aclaman por su Reina y Señora, por Madre de Dios y de los hombres. Pídele que se muestre siempre madre tuya en la vida y en la muerte.

PUNTO I

Que la Virgen santísima es verdaderamente Madre de Dios.

Considera que la Virgen santísima, nuestra Señora, es real y verdaderamente Madre de Dios, y no sólo Madre de Cristo, nuestro bien, en cuanto hombre, según enseñó el pérfido heresiarca Nestorio; porque en la persona adorable de N. S. Jesucristo andan tan juntas la divinidad y la humanidad santísima, que no es posible separarlas, por constituir ambas una sola persona, la persona del Verbo humanado; y así, al ser nuestra Señora Madre de Jesucristo, Madre es, no sólo del Hombre, sino de Dios, y como Madre de Dios hemos de reverenciarla y amarla.

Considera con cuánto gozo, y con qué profundos y tiernísimos sentimientos de gratitud, reverencia y amor saluda la Iglesia entera á nuestra Señora, como la saludaron los PP. del santo Concilio de Efeso, diciendo: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros", y repiten todos los días, muchas veces, aunque no tantas como merece tan excelsa Señora, los cristianos en todas las partes del mundo, protestando de este modo de su firmísima fe en la divina maternidad de la santísima Virgen, y contra todos

los herejes é infieles que niegan á la Reina de ángeles y hombres tan hermosa prerrogativa.

Considera que en esta dicha prerrogativa de Madre de Dios se cifra la mayor grandeza que es dado imaginar; pues la Virgen, nuestra Señora, por ser tal Madre de Dios, tiene una dignidad, en cierto modo infinita, como infinito es Dios que es su Hijo. Y así, cabe afirmar, no sólo sin irreverencia, sino con certeza y exactitud, que ni el mismo Dios, con ser, como es, omnipotente, puede hacer cosa mejor, ni encumbrar á ninguna criatura á más excelsa dignidad que esta de Madre de Dios á que exaltó á la Virgen María. Pudo Dios crear un universo más grande y más hermoso que éste que creó; pudo hacer á la misma Virgen santísima más perfecta en su ser natural, y aun en su ser sobrenatural, concederle mayores gracias que las que le concedió, pero lo que es en esta dignidad de Madre de Dios no cabe ni el aumento de un quilate; en ella se ha agotado el poder divino, y no hay más allá. ¡Oh grandeza incomprensible de María! ¡Oh dignidad, á la que ya no puedes llamar alta, ni más alta, ni altísima, sino verdaderamente suprema, única, infinita como infinito es el Hijo que la da! ¡Oh cumbre de las perfecciones que desde la tierra se levanta hasta el trono de la Trinidad Beatísima! Ahora comprenderás por qué la Sagrada Escritura nos presenta á María ceñida del Sol, y calzada de la luna, y por otro lado nos dice que su divino Esposo "la hará sombra„; aquella luz tan grande, significada por el sol y la luna, es la de esta dignidad inenarrable, y esta sombra que "le hace su Esposo„ es la del misterio que envuelve á la misma dignidad soberana. ¡Oh Dios, que tan grande hiciste á María! ¡Oh María, á la que hizo Dios tan excelsa! Dame, oh Señor, luz de fe para entender este misterio, y fuego de caridad para encenderme en tu amor, y ¡oh Señora! pídele á tu divino Hijo que abra mis ojos á esa luz, y encienda mi corazón en ese fue-

go; porque sin la gracia divina ni la luz se ha de encender, ni se ha de prender la lumbre, y sin la intercesión de María, es imposible que se me conceda la divina gracia!

PUNTO II

En qué consiste la divina maternidad.

Considera que la divina maternidad es prerrogativa tan eminente que sólo podemos, no explicarla, ni comprenderla, puesto que es incomprensible, pero sí entrever algo de ella, comparándola con la misma divinidad. La divina esencia es ese poder fecundo con que Dios eternamente produce, el Eterno Padre al Hijo Eterno, y ambos al Espíritu Santo que por la eternidad reina con el Padre y con el Hijo, siendo las tres inefables personas un sólo Dios verdadero. Pues la divina maternidad es también un poder fecundo, cuya fecundidad se manifiesta, como la de Dios, en dar á luz á una persona divina; porque el Verbo humanado, Cristo nuestro bien, es verdadero Dios.

¡Oh gracia incomparable! ¡Oh gracia por encima de todas las gracias! ¡Oh grandeza, comparada con la cual, son bajezas y miserias las grandezas todas! ¡Oh, criatura humana, que por este atributo de la maternidad, haces en el tiempo lo que en la eternidad hace Dios, y siendo criatura, produces al Creador, y siendo hija de hombre, llegas á Madre de Dios!

Pero considera que el Eterno Padre produce á su Hijo unigénito, y Padre é Hijo producen al Espíritu Santo; porque tal es la naturaleza divina; nada hay en ello de extraordinario. Pero en María semejante operación es sobrenatural y extraordinaria, sobre toda ponderación sobrenatural, porque Ella de su naturaleza es criatura, y ¿cómo la criatura ha de dar vida al Creador? ¿Cómo el efecto ha de ser causa de

la que es su causa? ¿Cómo lo finito ha de engendrar lo infinito? ¿Lo mortal á lo eterno? ¿Lo perecedero á lo que no puede perecer? Nada de esto puede acontecer naturalmente, sino por modos singularmente extraordinarios, por un prodigio, para cuya explicación no basta decir que fué obra de la omnipotencia de Dios, sino que es menester añadir que esta omnipotencia fué toda ella empleada en causarlo, que se agotó, por decirlo así, en El, y que ya no cabe hacer otro mayor. ¡Oh privilegio superiorísimo á todos los privilegios! ¡Oh María, yo me abismo y me confundo en la consideración de tu dignidad! ¡Yo quisiera tener entendimiento de ángel para ver algo más claro en ese océano de luz de tu gloria! ¡Eres Madre de Dios! ¡Eres fecunda como Dios! ¡Como el Padre Eterno engendró á su Hijo unigénito, engendraste tú al tuyo, y tu Hijo y el Hijo del Padre, son uno mismo, son el Hijo de Dios!

PUNTO III

Cómo Dios es glorificado por la maternidad divina.

Considera cómo María es deudora á las tres divinas personas del glorioso título de Madre de Dios. El Padre Eterno le comunica realmente su divina fecundidad, el Hijo le da realmente su propia persosona, el Espíritu Santo la llena realmente de gracias incomparables, y le da el poder de producir un Dios y de ser la Madre de Dios. Y ella de su parte, en el colmo de la grandeza, da al Padre un cetro y un imperio sobre su Hijo que antes no tenía; al Hijo, un cuerpo que le sirve para hacer prodigios de poder y de bondad, y al Espíritu Santo una fecundidad divina y una autoridad sobre el Hijo de Dios que antes no podía tener.

Pero para aumentar nuestra devoción y amor hacia María, hemos de considerar que todos esos fulgores de gloria se reflejan sobre nosotros para col-

marnos de honor, de ventura y de consolación, ya que es imposible que se encuentre una sola alma que no arda en amor de María si considera estos misterios. ¿Qué ha recibido la Virgen santísima que no sea para nosotros? Si es madre de un hijo Dios, ¿acaso ese hijo Dios no nos lo da Ella totalmente á nosotros? Y al darnos á ese hijo Dios, ¿no nos da más que si nos diera todas las riquezas del mundo? Y lo que no puede menos de llenar el corazón de gratitud: cada uno de nosotros puede considerar las veces que de María lo ha recibido, porque cuantas nos hemos llegado á la sagrada comunión, otras tantas se lo debemos á María, nuestra Madre, que lo revistió de carne para darnos el medio de que pudiese ser nuestro alimento y vida. No es esto solo. Si el Hijo da á María su propia persona, ¿por qué le recibe Ella si no es para dárnosla á nosotros? Si le viste de carne mortal y le hace capaz de morir, y de enternecerse y llorar sobre nuestras miserias, ¿no es, acaso por nosotros también? Y cuando se considera que nos da todo eso, no en cuanto nace eternalmente del seno del Padre, sino en cuanto nace del de María, y que en él encuentro á mi Salvador, Redentor, Maestro, camino, verdad y vida, ¿cómo no exclamar: ¡Oh Virgen María! ¿quién podrá explicar cuánto te debe la naturaleza humana por haberla sublimado infinitamente, dándole de tu substancia un Salvador? Y si el Espíritu Santo le da una divina fecundidad, ¿para quién son los frutos de ese seno virginal? Toda la Iglesia lo dice: *Propter nos homines.* Por nosotros, hombres pecadores y gusanos de la tierra, por nosotros Ella lo dió á luz, y lo alimentó y vistió. Y si comprendiésemos qué abundancia de bienes se encierra en los sacrificios de María por nosotros, no habría corazón ninguno que no se ablandase á los rayos de su amor como blanda cera. Después de tantos beneficios, no se debía encontrar en el mundo quien, llevando el nombre de cristiano, no profesase

singular afecto de gratitud y de amor hacia María, Madre de Dios.

Coloquio.—Dios te salve, ¡oh Señora admirable! y después de Dios entre todos los santos santísima, que con virginidad de Madre y con maternidad de Virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Santo, tú recámara gloriosa de la santísima Trinidad. Por tu Hijo, Señora, vive la redondez de la tierra; contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las almas de los finados. Inclina, Señora y fiel abogada mía, los ojos de tu misericordia á este tu vil siervo, é impétrame entero perdón de mis culpas, y la perfecta abnegación y mortificación de mis vicios, y un corazón puro, humilde, benigno y herido del amor de tu dulcísimo Hijo, para que El more y descanse en mí, y yo sea contado entre los hijos que tú como Madre amas, enseñas, enderezas y amparas, pues después del Señor tú eres y siempre serás la esperanza y suave consuelo de mi alma.

Propósitos.—Acuérdate siempre que eres hijo de la Virgen y no hagas nada indigno de tan gran Madre y Señora.

10 DE OCTUBRE

Festividad de san Francisco de Borja.

Preludios.—Imagínate ver á este humildísimo santo antes tan grande en el mundo, sirviendo en los mas bajos oficios domésticos, ó postrado con maravillosa modestia á los pies de todos, y pide aprender de él á ser verdaderamente humilde de corazón.

PUNTO I

Humildad de san Francisco de Borja.

Considera que Borja era un gran señor de la primera nobleza de España, el cual por amor de Cristo y por seguir la voz de la gracia que lo llamaba á una vida perfectísima, se anonadó y humilló á sí mismo,

renunciando la corte, las grandezas y dignidades del siglo, para entrar en la más humilde religión que entonces había, en la naciente Compañía de Jesús. Cuanto había amado los honores mundanos, si es que alguna vez los amó, otro tanto los aborreció y despreció después que conoció los tesoros que se encierran en la cruz de Cristo. Cuanto había sido grande, otro tanto se abatió, considerándose siempre como basura y queriendo ser tratado como el mayor pecador del mundo. Empleaba las dos primeras horas de su oración en el conocimiento y desprecio propio, y en concebir odio contra sí mismo. Se tenía por un condenado que había salido del infierno y que estaba todavía ennegrecido del humo de aquellas llamas. Se maravillaba cómo podían tolerarle sobre la tierra. Todo cuanto veía y oía era para él otras tantas lecciones de humildad. Cuando viajaba, solía decir, que llevaba siempre un criado delante, que le preparaba el hospedaje, y este era el conocimiento de sí mismo. Se consideraba puesto á los pies de Judas, pero llegando en la meditación á la última noche de la cena, y viendo que en este lugar estaba próximo al Señor, se tuvo por indigno de ello, y exclamó: "¡Ay de mí! yo no encuentro otro lugar donde meterme más que en el infierno. Es demasiado honor para mí el estar á los pies de Judas; debo ponerme á los pies de Luzbel„. ¿Tienes tú estos sentimientos de humildad? ¿Piensas que no hay lugar ó empleo sobre la tierra que no sea para ti demasiado honroso? ¿Desprecias los honores como los despreciaba este santo, quien tenía todo su consuelo en hacer aquello que le hacía despreciable á sus ojos?

PUNTO II

Pobreza de san Francisco de Borja.

Era el duque de Gandía, un magnate del siglo y que poseía grandes riquezas. Pues, pondera con qué ge-

nerosidad abandonando su ducado y todas sus grandezas se abrazó con la pobreza de Jesucristo. Luego que se hizo religioso no manejó ya jamás ni plata ni oro, ni hubo mendigo más pobre que él. No había una cosa más miserable que su lecho, su vestido, su comida y su aposento; y si puede excederse alguien en el amor á la virtud, se puede asegurar que Borja se excedía en el que tenía á la pobreza. Cuando iba de puerta en puerta pidiendo limosna, se tenía por muy dichoso si le daban un pedazo de pan, el que comía con un placer increible. Muy difícil es para aquellos que han vivido en la abundancia, sobrellevar la pobreza, mas esta era el consuelo único de san Francisco, quien siguió maravillosamente el ejemplo de Jesús, que fundó su Iglesia sobre la pobreza, dando á los pobres el primer lugar en la predicación de su Evangelio y consagrando para ellos la primera de las ocho bienaventuranzas. Mas ¡ay! qué pocos son los que imitan á san Francisco en su amor á la santa pobreza. ¡Cada cual busca sus intereses, dice el Apóstol, y no los de Jesucristo! ¡Vino nuestro divino Maestro desde el cielo á la tierra para enseñarnos con su ejemplo y doctrina cuánto vale el tesoro de la pobreza: mas no hay quien quiera vender lo que posee para comprar este tesoro! ¡Llamamos bienaventurados á los pobres, y el que es pobre se tiene por infeliz! Examina tu corazón y mira si está apegado con exceso á las cosas terrenas. Si así es, está seguro de que no llegarás á la perfección que Dios pide de ti, porque el primer paso para ella es el desasirse de todo lo criado para no amar más que á Dios, y á todas las cosas por Dios.

PUNTO III

Abnegación y mortificación de san Francisco de Borja.

San Francisco de Borja, por su nacimiento y por su estado, parecía que estaba obligado á tomar parte

en los placeres del mundo; pero admira lo que es la santidad: aun en el siglo se privaba hasta de las satisfacciones más inocentes. Si por su destino tenía que ir á la corte, ó á cualquier festín y regocijo, joven como era y caballero, se ponía el cilicio á raíz de la carne: cuando era virrey de Cataluña tenía una cajita, y en ella encerraba, no sus joyas y piedras preciosas, sino sus cilicios y sus disciplinas, y los paños con que enjugaba la sangre que salía de las llagas que se hacía con los azotes. Y esta fué la única cosa que de todos sus tesoros llevó para sí á la religión, y de la que se sirvió hasta su muerte. No se puede bastantemente explicar el aborrecimiento que tenía á su cuerpo; le trataba como á su mayor enemigo, y tenía por amigos á cuantos le maltrataban: el sol ardiente del estío, el frío, la nieve y lluvias del invierno; los dolores más agudos, y las enfermedades, y hasta los que le perseguían y afligían, eran los objetos más caros de su amor y de su gratitud. Las medicinas más amargas, las gustaba y las saboreaba con deleite y solía decir, que no moriría contento, si la muerte le cogiese en un día en el que no hubiese hecho alguna penitencia.

Era muy de Cristo y los que son de Cristo, crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias. ¿Tienes tú la carne crucificada con Jesucristo? ¿No eres del número de aquellos que hacían llorar á san Pablo, por ser enemigos de la cruz de Jesucristo, y no tener otro Dios que á su vientre? ¿Consideras á tu cuerpo como á tu mayor enemigo? ¿No sacrificas tus pensamientos y deseos á esta profana divinidad? ¿Qué penitencia haces? ¿Con qué espíritu? ¿Con qué fervor y por cuánto tiempo?

¿Y quién podrá explicar y concebir las gracias de que Dios llenó el corazón de Borja por estar desnudo de sí mismo, y del afecto de todas las criaturas? San Pablo decía, que Dios glorificó á su Hijo y le dió un nombre sobre todo nombre, porque se humilló, y se

hizo obediente hasta la muerte. No dudes, pues, que este mismo Señor colmará de gloria, de bienes y de espirituales consolaciones á aquel que por su amor se privó de las temporales. Mira sino como enriqueció de gracias en el tiempo de su vida á san Francisco de Borja; lo elevó al más alto grado de contemplación, de tal modo, que las horas que pasaba en oración le parecían minutos. Admira cómo le ensalzó después de su muerte, colocándole en un trono de altísima gloria entre sus santos.

Alma cristiana, humíllate y Dios te levantará; renuncia á todos los bienes del mundo, y Dios te dará todos los tesoros de su gracia; mortifica tus inclinaciones, y colmará tu corazón de espirituales consuelos. Humilla tu soberbia; arranca de raíz tu orgullo; trabaja por hacerte como si nada fueras á tus ojos, y no quieras otra cosa más que parecer también nada á los ojos de los hombres. Este es el modo de llegar á ser pronto perfecto; de adquirir todas las virtudes; de gustar las alegrías del paraíso, y de ganar la corona de la gloria que Dios tiene preparada á los que se humillan en su presencia.

Coloquio.—Alcánzame del Señor, oh santo gloriosísimo, espejo de humildad y de todas las virtudes, el propio conocimiento: así sabré alentarme y despreciarme como tú, así lo abandonaré todo incluso á mí mismo por ganar á Jesucristo, y podré llegar al grado de perfección que Dios N. S. pide de mí. Consígueme la gracia de grabar en mi corazón la imagen de Cristo crucificado, para que muriendo como tú á mí mismo, al mundo, al demonio y á la carne, solamente viva para Dios y para mi santificación y salvación.

Propósitos.—Imitar la profundísima humildad de este santo glorioso.

FIESTA DEL PATROCINIO DE LA STMA. VIRGEN

(Dominica segunda de Noviembre)

Sobre el poder sin límites de la santísima Virgen.

Preludios.—(Los mismos que los de la fiesta de la maternidad.)

PUNTO I

La Virgen santísima lo puede todo en favor de sus devotos.

Antes de engolfarte en el insondable océano del poder de María, levanta tus ojos al cielo y como protesta de tu fe y de tu amor hacia Dios, autor de toda grandeza, dile desde el fondo de tu corazón: Señor, yo reconozco que todo poder te pertenece y que toda soberanía reside en tus manos y que por tu ser estás infinitamente elevado sobre todas las criaturas. "*Tua est potentia, tuum regnum, Domine, tu es super omnes gentes.*" Las criaturas todas son como polvo en tu presencia, ni tienen más ser que el que Tú les comunicas, pero es grande honra tuya y lo tienes á gloria, el comunicar tu poder á algunas criaturas, pues, Tú, Señor, dijiste en el Evangelio que el que tuviese fe, haría las obras que Tú y aun mayores obras que Tú mismo. Después de esta protesta de tu fe y tu reverencia hacia Dios N. S., autor primero de todo bien, considera que si Dios en alguna de sus obras se ha mostrado admirable, ha sido de seguro en la Virgen santísima, dándole un ser tan noble que supera, sin comparación, á todos los seres creados, pues que nada hay se acerque á la excelencia de la Madre de Dios y poniendo en sus manos tan absoluto poder, que es el reflejo más vivo del poder de Dios. Pondera que, en efecto, el poder infinito de Dios se revela sobre todo en tres cosas, y en las mismas se refleja el poder de María: en la producción de las Personas divinas, en la creación del mundo y en el

perdón de los pecados. Mira, pues, si es verdad que podemos decir que María todo lo puede con poder admirable que le comunica el mismo Dios. La omnipotencia de Dios brilla, en efecto, sobre todo en las comunicaciones interiores y misteriosas de su esencia á la segunda Persona de la divinidad, de modo que es verdad de fe que Dios engendra y produce á Dios y del seno de la luz eterna no comunicada, y sí comunicable, brota la luz comunicada al Verbo eterno, segunda Persona de la Trinidad santísima, "*Deum de Deo, lumen de lumine.*" Pues considera que ese poder incomprensible de engendrar á un Dios, lo comunica el Padre á María porque como el término de la generación es la persona, aunque el Padre engendra en la eternidad y María en el tiempo, los dos tienen y producen un Hijo Dios, siendo á nuestro rastrero modo de entender las cosas del cielo, más admirable la generación temporal que la eterna, porque natural es, que Dios proceda de Dios, pero sobrenatural y prodigioso que el Eterno nazca de lo transitorio y el poder infinito de la debilidad. Y, sin embargo, Dios nació de María en el tiempo y Dios estuvo sometido á María y á José.

Pondera, luego, que si la omnipotencia de Dios triunfa sobre la nada, sacando de ella con un *fiat* soberano el universo entero, el poder de María brilla también á nuestros ojos con inefables fulgores, puesto que con otro *fiat*, como que sacó y trajo al mundo desde los inagotables abismos de su divinidad, al Hombre-Dios. Y dicen los santos que el *fiat* de María fué más fecundo en cierto modo que el de la creación, porque si la palabra divina sacó al mundo del caos del no ser, por la palabra de María tuvo ser en cuanto hombre, un Hombre-Dios. Admira, pues, el poder de la palabra de María y bendice el poder maravilloso é inefable que Dios N. S. le concedió al coronarla con la divina maternidad. Pero la Iglesia nuestra madre, admira más aún el poder de Dios N. S.

en que perdona los pecados. "*Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas.*„ ¿Y quién ignora que María es Madre de misericordia y refugio de pecadores y que es ley en el orden de la providencia actual de Dios, que ninguna gracia del cielo venga al alma ni del justo ni del pecador sino es por el canal de María?

Cuando Dios creó al primer Adán, formó luego á Eva de una de sus costillas y para usar los términos de la Escritura, "en vez del hueso le puso carne„. Es decir, según los Santos Padres, Dios le quitó la fuerza y le dió la debilidad. Pues, en la formación del segundo Adán, Cristo Jesús, sucedió lo mismo. De la carne débil de la mujer hizo la humanidad santa y en cambio la fuerza y el poder del Hijo se los comunicó á la Madre. María dió á su Hijo un Corazón humano para que sintiese los efectos de dolor y compasión que no podía tener en el seno del Padre, y El le da en cambio á su Madre la fuerza y el efecto de la misericordia que El ha traido del seno del Padre y quiere que ejerza María en favor de los pecadores. Ella le da la sangre preciosa que Jesús derramará á torrentes por la redención del mundo, y El le da en cambio el poder aplicar este precio infinito y la hace dueña de la distribución de las gracias, que corren de su Corazón, envueltas en los torrentes de su sangre. ¡Oh admirable poder de María, que como el de Dios parece sin límites, ni tiene otros que el haber sido recibido de su divino Hijo!, con cuánta razón exclamas: ¡oh Madre mía! "*Fecit mihi magna qui potens est.*„ Ha hecho en mí cosas grandes, el que es Todopoderoso.

PUNTO II

María santísima todo lo quiere en favor de sus devotos.

Los teólogos dicen que todo el poder de Dios está en su voluntad y que basta que quiera alguna cosa para que se haga. "*Omnia quaecumque voluit fecit.*„

Y es privilegio y propiedad exclusiva de la omnipotencia de Dios radicar en la voluntad, porque en todos los seres dotados de querer, no sólo nuestro poder no está en nuestra voluntad, pues que no podemos todo lo que queremos, sino que está casi siempre fuera y más allá de nuestra voluntad, pues que el hombre siempre ansía más y quiere más de lo que puede. Sólo la Virgen María ha tenido en esto, como en todo, la gloria de imitar la omnipotencia de Dios, de suerte que se puede decir de ella también que puede todo lo que quiere y que todo lo quiere á favor de sus hijos. Pues esa especie de omnipotencia que Dios ha puesto en ella en favor de los hombres, sólo le sirve y la emplea para nuestro bien. Dios, en efecto, espera su consentimiento para la gran obra de la Redención, y ella no sólo lo da, sino que según graves teólogos, con sus virtudes y oraciones apresuró el momento feliz de que dependía nuestra salvación. Y después de tener en su casto regazo al Niño Dios, ¿en qué empleó ella su poder sino en prepararnos la víctima que debía ser inmolada por la salvación del mundo? Y el celo de su caridad con nosotros la llevó no sólo á prepararnos esa víctima, dando para ella carne de su carne y huesos de sus huesos, sino que la conduce al altar del sacrificio y allí, por amor á los hombres, de la que ha sido constituída Madre en medio de acerbos dolores, se inmola con él, sufriendo en su corazón los mismos dolores que Jesús sufría en su cuerpo y muriendo interiormente, como él moría exteriormente, á fin de ofrecer con él un mismo sacrificio por la gloria de Dios y la salvación de los pecadores. El Hijo en la cruz y la Madre al pie de la cruz no tenían más que una sola voluntad. El uno derramaba la sangre de sus venas, la otra la de su corazón, porque los dos estaban animados de un mismo celo de morir por el mundo. Pregunta á María al pie de la cruz, si quiere en realidad hacer algo por los suyos y emplear su poder en favor de sus devotos y

ella te responderá que el amor, según la palabra eterna, no puede ir más allá que á dar la vida por el amado y ella por los hombres ha ido más allá, pues que se ha entregado toda en el Calvario y ha entregado al que era vida de su vida, á su hijo Cristo Jesús.

Oh, sí; el celo de los Apóstoles y el ardor de cuantos en el mundo han trabajado en la santificación de las almas, es nieve en comparación del celo de María, porque el celo no es más que el amor que conquista almas para Dios, y todo amor es muy frío comparado con el de María, cuyo corazón es como el eco del corazón divino de su Hijo. Además, la Virgen santísima sabe que si es poderosa no lo es para sí, sino que Dios la ha constituído Madre de todos los hombres para que lo sea en verdad, ¿y qué madre no emplea todo su poder en socorrer á sus hijos y qué madre lo es tanto como María? El mundo todo da testimonio de esta verdad, y san Bernardo desafía á que deje de alabar y amar á María el que habiendo acudido á Ella no haya sido socorrido en sus necesidades.

Considera, además, que Dios es el Padre de las misericordias, pero es también el Dios que mira á la tierra y la hace conmoverse en sus cimientos. "*Qui respicit terram et facit eam tremere.*„ Jesucristo ha aparecido al mundo en toda su benignidad y es el Dios de toda consolación, pero no es menos cierto que todo juicio le ha sido dado, y que dice que El juzgará las mismas justicias. La Virgen santísima no tiene más que pura misericordia, y no viene acompañada ni del terror de la majestad, porque no es Dios, ni del terror del juicio, porque no es nuestro juez. Es solo Madre y Madre de misericordia, y no tiene más que piedad para compadecer nuestras miserias y poder para socorrerlas. Por eso los Santos Padres la llaman nuestra salvadora y la depositaria de nuestra redención, y san Bernardo la llama el fundamento

de toda nuestra esperanza y la escala por la que Dios bajó al pecador y por la que el pecador puede subir hasta Dios. ¡Oh María, oh vida, refugio y esperanza nuestra! Emplead en mi salvación el poder que vuestro divino Hijo os ha concedido. En vos, Señora, sólo confío y en esa dulcísima esperanza quiero vivir y espero morir para veros en la gloria.

PUNTO III

De nuestra confianza en el patrocinio de María santísima.

Considera que si el hijo pródigo, eterno modelo de pecadores convertidos, hubiese tenido madre, ciertamente que no hubiese tenido tanta dificultad en levantarse del abismo en que yacía para volver cuanto antes á la casa paterna. Y es cierto, porque entre las perplejidades, temores y angustias de su corazón, acordándose de su madre, se hubiese dicho á sí mismo: Si mi padre, justamente indignado por mi ingratitud y deslealtad, no me quiere recibir, acudiré á mi madre, y mi madre me recibirá en sus brazos. Las madres son más tiernas para con sus hijos, y Dios ha puesto en su corazón tesoros de amor y de ternura. Y mi madre es así, es muy madre y siempre me ha amado y perdonado, y ¡cuántas lágrimas le han costado mis extravíos! ¡Oh! Y al verme á mí, al hijo de sus entrañas en este estado tan deplorable, no es posible que no se enternezca su corazón. Voy, pues, primero á mi madre. Ella me reconciliará con mi padre ofendido, y todo, por su intercesión, me saldrá bien.

Así hubiera dicho para sí el hijo pródigo. Pero, más desgraciado que nosotros, no lo pudo decir; el Evangelio no nos dice que tuviera madre, y de su silencio bien se puede sacar que no la tenía. Nosotros, más felices que el hijo pródigo, tenemos madre. Y ¡qué madre tan amable y tan dulce es María! Si, pues, estás oprimido aún por el peso de tus cul-

pas, si no te levantas, acude á María, que Ella al verte aplacará á Dios y desarmará el brazo de su ira. Y para que este sentimiento de esperanza nazca y se acreciente en ti, acuérdate que María es, ante todo, Madre de misericordia, que fué figurada por el Arca de Noé, que contuvo en sí, no sólo la blanca paloma, sino toda clase de fieras; señal y figura de que María, acoge en su seno, no sólo á los justos, sino á los pecadores: recuerda que es Iris después del diluvio, del que dice Dios que roba su corazón, no por lo que en sí era, sino porque figuraba á la que detiene el brazo de su justicia. Y si estos fueron las figuras, oye sus palabras y verás que Ella se llama "*Mater pulchrae dilectionis*", Madre del amor, y que dice de sí misma, que es más dulce que la miel: "*Spiritus enim meus super mel dulcis*".

Además, pondera las razones que tiene María para amar á los pecadores, ya mire á Dios, ya á sí misma ó á los mismos pecadores. Si mira á Dios, ve que El es el Padre de las misericordias, ve que por ellos vistió su divino Hijo en su seno el saco de nuestra mortalidad, y que por ellos murió en la cruz. Con este ejemplo de un Dios, con quien está tan unida en afectos y amor, aprende María á amar á los pecadores. Si se mira á sí, se ve constituída medianera, Madre y corredentora del género humano. Ve que el mundo se perdió por Adán y Eva, y que se ha de salvar por su divino Hijo y por Ella, y que si Jesús muere por redimirnos, ¿cómo no intercederá Ella por salvarnos? Porque como Jesús es mediador para el Eterno Padre, así Ella lo es para con Jesucristo, que ha hecho de su Madre el canal de la gracia, la puerta del cielo y la salvadora de los hombres. Si mira á los pecadores, ve que es nuestra Madre, pues su Hijo la dejó por tal en el ara de la cruz. Conoce nuestro estado, nuestras miserias y desgracias, y ¿qué madre tiene corazón para ver perecer á sus hijos? ¿Qué no hará, pues, María por nosotros los pe-

cadores, cuando sabe que, en cierto modo, les debe su dignidad de Madre de Dios y de corredentora del mundo? ¿Cómo no podremos esperar, pues, teniendo una madre como María? Si tenemos el corazón lleno de pecados, Ella es vida, dulzura y esperanza nuestra, y mayor es su poder que nuestros pecados y miserias.

Coloquio.—¡Oh Virgen y madre mía! ¡Oh Soberana, tesorera y dispensadora de todos los dones de Dios, por cuyas manos se reparten y por cuya intercesión se derivan todas las gracias de aquella fuente perenne de la eterna bondad sobre los hijos de Adán! Yo os suplico, Señora mía, que ya que por mano de la santísima Trinidad fuisteis colocada sobre todos los coros de los celestiales espíritus y santos, que desde ese excelso y sublime trono de gloria volváis vuestros ojos y miréis á este miserable pecador é indigno esclavo vuestro, sumido en el abismo de sus miserias, cercado de trabajos, rodeado de peligros, combatido de tentaciones, cargado de pecados, afligido de su propia conciencia, temeroso de la muerte y dudoso de su fin, y como anegado de las ondas y tempestades de esta miserable vida, si vos, ¡oh estrella divina! ¡oh norte cierto y seguro! ¡oh áncora de nuestra esperanza y prenda de nuestra bienaventuranza! si vos, Señora mía, no me dáis la mano, y por vuestra benignidad no me sacáis á puerto de tranquilidad y de salud. Alcanzadme buena muerte por vuestra preciosa muerte, ¡oh Señora! y libradme de cualquier encuentro del enemigo. En vos, Señora, confío; no me abandonéis, que yo sólo deseo ser vuestro en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Pon toda tu esperanza en la Virgen santísima; pero vive de modo que María te reconozca por hijo suyo.

13 DE NOVIEMBRE

Festividad de san Estanislao de Kostka.

Preludios.—Mira á este santo joven peregrinando desde Viena á Roma y pidiendo limosna por seguir la vocación de Dios ó recibiendo la comunión de manos de los ángeles. Pide imitar el amor á Jesús y á María, de este admirable Santo.

PUNTO I

Su devoción al santísimo Sacramento.

Considera que san Estanislao fué un joven que en poco tiempo adquirió una santidad consumada. Pues mira que enriquecerse en poco tiempo y sin mucho trabajo, es un secreto que todos buscan y muy pocos hallan. Las riquezas del mundo no se allegan sino con fatigas y penas. Quien pronto se hace rico, no suele estar libre de pecado, dice el Sabio; mas se pueden muy bien adquirir en poco tiempo grandes tesoros espirituales, sin ofender á Dios ni la propia conciencia. San Estanislao encontró este secreto que consistió en tres cosas: En su devoción al santísimo Sacramento; en el amor de la santísima Virgen; y en la fidelidad en corresponder á las inspiraciones de Dios.

Respecto de lo primero, considera que la devoción al santísimo Sacramento es la devoción de todos los santos, y por la que ellos han alcanzado todas las gracias y toda su santidad. En esta fuente de amor es donde se inflama y abrasa el corazón. De esta fuente de salud bebieron con alegría aquellas aguas celestiales que regaron sus almas, y les hicieron producir frutos de vida eterna. En esta escuela divina aprendieron la práctica de todas las virtudes. Finalmente, en este divino convite se han sustentado sus almas, fortificado sus corazones, saciado de celestiales deleites y concebido un gran desvío y aversión á los placeres de la tierra. San Estanislao fué desde

su niñez un ángel de amor, de pureza y de piedad y por eso muy favorecido del cielo. Concibió desde su infancia una devoción tan tierna al santísimo Sacramento, que todo su consuelo era estarse en la iglesia á los pies de los altares: comulgaba con la mayor frecuencia que podía, haciéndolo con tal pureza y tal fervor, que más que un niño en carne humana parecía un serafín del cielo. Encontrándose un día gravemente enfermo en casa de un hereje, y no teniendo quien le pudiese administrar la sagrada Eucaristía, acudió á la virgen santa Bárbara, la cual le alcanzó la gracia de recibir la comunión de mano de los ángeles. Ni fué esta la única vez que le regaló el cielo con tan extraordinario favor. Deseando en otra ocasión ardentísimamente recibir el cuerpo del Señor, y no habiendo quien le comulgase por estar entre protestantes, hicieron este oficio los celestiales espíritus, y trayéndole el divino pan, calmaron las ardorosas ansias de Estanislao. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Los ángeles del cielo dando la comunión á un ángel de la tierra! ¡Cuánta devoción tendrías á este divino sacramento si vieses que los ángeles te le traían en sus manos! ¿Por qué, pues, no le tienes la misma recibiéndolo de mano de un sacerdote? ¿Acaso es Jesús menos digno de amor y de respeto, cuando te es administrado por mano de un hombre, que cuando se te da por mano de un ángel?

PUNTO II

Su devoción á la Virgen santísima.

Jesús es la fuente de todas las gracias; María empero, es el canal de todas ellas. Su Hijo la dió por Madre, al pie de la cruz, á todos los predestinados en la persona de san Juan. Si no eres hijo devoto de la Virgen, corres riesgo de no ser predestinado; mas si la amas, la honras y la sirves, la Virgen te alcanzará infaliblemente una buena muerte, y llegarás á

ser del número de los elegidos. Por esto la santa Iglesia la llama raíz de los predestinados; porque á la manera que la raíz suministra la savia á las ramas del árbol, así también la santísima Virgen dispensa á todos los santos las gracias que les obtiene de su Hijo, que es la fuente de ellas. No debemos, pues, maravillarnos de que san Estanislao se hiciese santo en tan poco tiempo: amaba tiernamente á la santísima Virgen; inspiraba á todos su amor; todo su gusto era el hablar de ella, dirigirle oraciones y honrarla con amor entrañable. Cuando le preguntaban si amaba á María, repentinamente se le encendía el semblante, y arrancando del corazón un profundo suspiro, decía: "¿Y cómo no la he de amar, si es mi Madre?„ Y en efecto, esta Reina de los cielos lo miraba como á hijo suyo queridísimo, y le dispensaba gracias extraordinarias. Lo visitó estando un día enfermo, y le puso entre sus brazos al Niño Jesús, dándole con esto la salud y la vida. ¡Bienaventurados aquellos que son hijos de María! La Virgen los visitará en la hora de la muerte, recibirá sus almas en su maternal regazo, las pondrá en los brazos de su divino Hijo, alcanzando para ellos la vida eterna.

PUNTO III

Su correspondencia á las inspiraciones de la gracia.

Considera que los verdaderos hijos de Jesús y de María, si reciben gracias grandes de Dios, también son fieles en cooperar á ellas. Esto es lo que realmente los hace grandes santos, porque Dios, que nos ha criado sin nosotros, no nos justificará sin nosotros. De aquí es que la fidelidad es la señal, y casi la única causa de la santidad. San Estanislao recibió grandes gracias de Dios, y este fué el principio de su santificación. Mas no llegó á la última perfección, sino por la fidelidad con que correspondió y cooperó á la gracia divina. Tenía un hermano que le trataba muy mal,

mas Estanislao sufría con suma paciencia todos sus malos tratamientos. Apenas le inspiró Dios entrar en la Compañía de Jesús, cuando, renunciando á todos sus honores y bienes de la tierra, después de vencer gloriosamente en toda clase de luchas con el demonio, y sobre todo con la carne y sangre, emprende un viaje larguísimo por seguir la inspiración de Dios, y, vestido pobremente, camina á pie de provincia en provincia y de reino en reino para ser recibido en la religión; y habiendo obtenido esta gracia, llegó en diez meses de noviciado á una perfección consumada, y á una extraordinaria santidad, que Dios ha confirmado con repetidos milagros.

Muchos caminos hay para llegar á la perfección, pero el más corto es el de la fidelidad á la gracia. Aquel que coopera fielmente á la primera gracia, recibe en seguida otras mayores y más abundantes, y con ellas va formando en su corazón nuevos grados para subir á la perfección. ¡Qué feliz es el que puede decir con san Pablo que ha sido fiel á la gracia de Dios! Encontrarás, sí, muchos hombres de oración, de mortificación, mas no encontrarás muchos tan fieles á la gracia como lo fué san Estanislao. Si no eres santo, de nadie tienes que quejarte, en ti sólo está la falta; porque no es la gracia la que á ti te ha faltado, sino tú á la gracia. Si fueses fiel en cosas pequeñas, Dios te ayudaría para que practicases cosas mayores, y en poco tiempo llegarías á la perfección que Dios pide de ti. Comienza, pues, á hacer aquello que sabes, y Dios te enseñará aquello que no sabes. Comienza á practicar lo que puedes con su gracia, y Dios te las dará mayores, á fin de que adelantes siempre más y más en el camino de la virtud.

Coloquio. – ¡Oh santo joven Estanislao, modelo de todas las virtudes é hijo predilecto de María, á la que amaste con amor y pureza de un ángel humanado! Enséñame el secreto de tu santidad, dame una chispa de tu amor á Jesús y á María, para que sepa

como tú correr como gigante por los caminos de la santidad.

Propósitos. — Correspondencia á las gracias de Dios, en lo que está el secreto de nuestra perfección.

30 DE NOVIEMBRE

San Andrés, apóstol.

Preludios.—Contempla á este santo Apóstol crucificado y predicando desde la cruz el amor á Jesucristo, y pide tú saber amar también la cruz que el Señor te envíe y desde ella predicar al menos con tu buen ejemplo el amor de Jesucristo.

PUNTO I

Amor de san Andrés á la cruz.

Caminando el Salvador á orillas del mar de Galilea y habiendo visto á los dos hermanos, Pedro y Andrés, los invitó á seguirle, lo cual era lo mismo que llamarles á la cruz. Ambos murieron en ella, efectivamente; pero si Pedro se resignó con amor, Andrés la deseó con ardor. Después de las fatigas y pruebas de todo género, necesariamente unidas á un apostolado ejercitado entre los pueblos bárbaros de la Scytia y de la Tracia, su deseo de sufrir se hallaba muy distante de verse satisfecho y no lo fué hasta que dió su último suspiro en una cruz. En Patras fué condenado á este suplicio, objeto de todos sus anhelos. Jamás ningún mundano apasionado mostróse más solícito para el placer que Andrés lo fué para los tormentos. Hallábase gastado por los trabajos y rendido por la vejez, y no obstante esto corrió presuroso al lugar de su suplicio. Su corazón se dilató en presencia de la cruz, la saludó y la bendijo y no satisfecho todavía, la abrazó con inefable cariño. Todo le parecía poco para manifestar su amor hacia ella. "¡Oh cruz buena, exclamaba, oh cruz, instrumento de felicidad más que de sufrimiento, cuánto

tardas en satisfacer mis deseos! ¿Puede alguien conocerte y no amarte ni suspirar por ti? ¿A quién he buscado siempre sin descanso sino á ti? Por fin te poseo, y todos mis deseos están ya cumplidos.„ Y tal fué el delirio de su amor, que quiso que la cruz se extremeciera á impulsos del júbilo que él sentía para que entre ella y él la alegría fuera común. "¿Cómo, pregunta san Bernardo, es tan grande el sentimiento que le pone fuera de sí, que puede comunicarse á un leño?„ Mírale ya suspendido y amarrado á su patíbulo; en él permanece dos días enteros y durante este tiempo, instruye y exhorta á una numerosa multitud que no se cansa ni de verle ni de escucharle; tan feliz parece en aquella situación tan horrible para la humana naturaleza. Desde lo alto de su cruz, predica en favor de la cruz y hace amar la misma cruz. Hubo un instante, es cierto, en que su semblante se obscureció tomando la expresión de la tristeza. Más aún, llegó á quejarse. ¿Pero de qué? De que alguien quería separarle de su querida cruz. El juez conmovido por los gritos de la multitud consiente en revocar la sentencia; pero el mártir rechaza con toda la energía de su alma una compasión que le parece cruel, y si el pueblo pone empeño en librarle, él recurre al cielo para que lo impida. "¡Dios mío!, exclama, yo me entrego á Vos, pero no me neguéis una gracia; la única que os pido, es morir en esta cruz. No, Señor, no permitáis que me bajen de ella, ni que se me devuelva una vida que ya os he dado„. ¡Qué grandeza de alma! ¡Cuánta perseverancia en el amor á la cruz! ¿La amo yo á imitación de este glorioso Apóstol ó soy su enemigo, como la mayor parte de los mundanos y de los tibios en el servicio de Dios?

PUNTO II

¿Qué motivos tenía san Andrés para este amor?

El mismo nos lo va á decir. Miraba á la cruz desde tres puntos de vista, y cada uno de ellos le hacía

amarla con incomparable ternura. La miraba con relación á Jesucristo que la había amado: por razón del tesoro que en sí encierra y por el fin á que nos conduce. Para lo primero, considera que los Apóstoles tuvieron frecuentes ocasiones de notar el asombroso afecto que el Salvador manifestaba á la cruz. Hablaba de ella en todas partes, y aun en medio de las santas delicias del Tabor, y entonces su voz se animaba, como cuando se habla de una cosa muy querida. ¿Por qué la última Pascua que celebró con sus discípulos era el objeto de sus más vehementes deseos? Porque á ella habría de seguir inmediatamente su Pasión. Llamaba á sus sufrimientos bautismo apetecible, en el que estaba impaciente por sumergirse para la salvación del mundo. Y á tal extremo llevó su amor á los tormentos que le esperaban, que quiso que el Espíritu Santo llamase al día de su muerte día de sus bodas, pues al morir se desposaba con la Iglesia. San Andrés copió su amor á la cruz del amor de Jesucristo. ¡Oh cruz, exclamaba, que has sostenido los miembros sangrientos de mi Salvador, con qué resplandores brillas ante mi vista! Por ti tendrá mi muerte alguna semejanza con la suya; á ti vengo, recíbeme, pues tengo la gloria de llevar el título de discípulo de Aquel, á quien hemos adorado entre tus brazos.

En segundo lugar, san Andrés amaba la cruz por el valor infinito que en sí encierra. El valor de la cruz, los tesoros que contiene son para el santo Apóstol otros tantos motivos para unirse á ella con todo su corazón. Por la cruz se derrama la gracia en el mundo, san Andrés no lo ignora, y por eso confía, cuando esté suspendido en ella, en recibir los auxilios eficacísimos del cielo para salir triunfante de la pelea y la fuerza invencible que de la cruz se deriva. "Cruz preciosísima, exclama, nada hay que yo no espere de ti, ni nada que yo no pueda por ti. Tú curas al herir, honras al humillar; recibir de ti la muerte, es ser vivificado. Por esto te he dedicado todo mi afecto des-

de hace mucho tiempo, y he deseado con tantas ansias morir en ti„.

Ve, por último, el santo Apóstol el feliz término á que la cruz va á conducirle, el cielo al que camina por la cruz. La cruz llevada con paciencia, ¿no es, acaso, el carácter que distingue á los elegidos? Ser despreciado, sufrir y morir por Cristo y como Cristo, es un camino seguro para pasar del destierro á la patria. ¡Oh sagrado leño! Por ti me recibirá Aquel que me ha rescatado por medio de ti.

Considerada la cruz desde estos tres puntos de vista, no debe ser menos amable para nosotros que lo fué para san Andrés. Jesús es nuestro modelo como fué el suyo, tenemos necesidad de las mismas gracias, y la cruz es el canal por donde hemos de recibirlas; aspiramos á la misma bienaventuranza, y únicamente la cruz puede darnos derecho á ella. Y, sin embargo, ¿podemos decir con verdad que amamos la cruz de Cristo?

PUNTO III

Frutos maravillosos que obtuvo san Andrés de su amor á la cruz.

Los obtuvo, en primer lugar, para sí mismo, pues aquel amor á la cruz quitó á sus sufrimientos toda su terrible amargura y convirtió en alegrías sus acerbísimos dolores. Y ¡cosa extraordinaria! á la sola idea de su Pasión, Jesucristo S. N. tiembla y conjura á su Padre para que aparte de El aquel cáliz; Andrés en medio de sus tormentos, viendo que se trata de librarle de ellos, se aflige y exclama: "No lo permitas, Señor, no lo permitas„. Consideremos aquí la gran caridad de nuestro dulcísimo Salvador. Para consolar á los débiles toma nuestras enfermedades; para honrar á sus mártires les comunica su fuerza. ¡Cuántas penas me podía haber ahorrado, y qué de consuelos he podido procurarme, si en lugar de arrastrar

mis cruces las hubiera llevado con amor! De la cruz se desprenden suavidad, fortaleza y gracia para sobrellevar cuantos trabajos el Señor quiera enviarnos. Ella es quien da vigor al alma y alegría al espíritu.

Pero lo que un Apóstol estima más que todos los consuelos es la salvación de las almas, y, predicando á Cristo desde la cruz, san Andrés hace prodigios de conversión. Millares de infieles abjuran sus errores y abrazan el Evangelio; el hermano mismo del procónsul se somete á Jesucristo. De la ciudad de Patras, donde el Apóstol sufrió el martirio, la luz se extiende á las comarcas vecinas, y muy pronto aquellas iglesias nacientes se convierten en las más numerosas y fervientes. Tales son los frutos que produce el amor á la cruz y la predicación de un hombre crucificado y que predica desde la cruz.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Concédenos ese amor por la intercesión del bienaventurado Andrés, á fin de que caminemos por las vías de la verdadera santidad, y hagamos que por ellas caminen también nuestros prójimos. ¡Oh gloriosísimo Apóstol, que mereciste ser el primero entre todos los Apóstoles que conoció por Mesías al Señor, y diste noticia de él á tu hermano san Pedro y le llevaste á El, y juntamente con El le seguiste con tan grande prontitud y obediencia en vida y en muerte, porque enamorado de la cruz en que murió el Señor deseaste morir en cruz por El, y cuando la viste aparejada sentiste tan extraña dulzura en tu alma que se te hizo dulce la misma muerte, y no con lengua de carne, sino con lengua de fuego arrojaste llamas de amor, magnificando por una parte las excelencias de la cruz y la inmensa caridad del Salvador, y por otra manifestando el regocijo y júbilo de tu corazón por ver la merced que te hacía en recibirte por cruz el que por cruz te redimió; y así, rodeado de una desacostumbrada y divina luz, diste tu espíritu á tu Maestro y Señor, y de tu cuerpo manó y mana un licor suavísimo para salud de los enfermos! Vuelve, pues, tus

ojos piadosos á nos, ¡oh Apóstol bienaventurado! llévanos á Cristo, impétranos su gracia para que te imitemos y le sigamos, y por la mortificación de nuestras pasiones merezcamos llevar nuestra cruz y dar la vida por el que con tan grande piedad dió la suya por nosotros, y á ti te hizo compañero en su Pasión y en su gloria, en las peleas y en las coronas.

Propósitos.— Abrazarte con resignación, y aun alegría, á la cruz que el Señor quiera enviarte.

3 DE DICIEMBRE

Fiesta de san Francisco Javier.

Preludios.—**Contempla á este admirable santo ó predicando con incansable celo á los indios ó arrebatado en éxtasis de altísima contemplación, y pídele te dé una chispa del fuego del amor de Dios y del prójimo que abrasó siempre su corazón.**

PUNTO I

Javier fué todo para Dios y para la gloria de Dios.

Contempla á ese santo maravilloso después de su conversión. Empieza por llorar los años, por lo menos estériles, que precedieron al día en que sus ojos se abrieron á la claridad de la luz del Evangelio. Los ejercicios que hizo bajo la dirección de san Ignacio, acabaron de disipar sus ilusiones y obraron en él tal mudanza que nada terreno ocupó para nada en adelante su corazón. Reconoció la vanidad de todo lo que no es Dios y sólo tuvo un solo deseo; amar á Dios y ganar para El muchas almas. ¡Con qué valor se le vió inmediatamente atacar y destruir en él lo que se oponía al reinado perfecto del amor divino! Tan delicado como había sido, tan noble y tan altivo, no vaciló en mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan; en los hospitales prestó á los enfermos los auxilios más abyectos; ¡él, antes tan orgulloso y tan ávido de distinciones quedó, tan muerto á la carne

y á la sangre, que al alejarse de su patria, á la que no debía volver, pasando cerca del castillo de Javier, se negó el consuelo de ir á despedirse de su madre!

Un corazón tan desprendido de las criaturas, era materia muy dispuesta para arder en el amor divino, y en él se abrasó por completo. El rostro de Javier aparecía con frecuencia inflamado y sus ojos bañados en lágrimas y de sus labios se escapaban ardientes palabras que eran como destellos de la llama interior que le consumía. "¡Oh santísima Trinidad! ¡Oh Jesús mío! ¡Oh Jesús, amor de mis amores!„ Hubiera querido verter su sangre para evitar una ofensa á la divina Majestad. "Algunas veces tengo horror á la vida„, escribía á un amigo, y mejor quisiera morir que ver tantos ultrajes hechos á Jesucristo sin poderlos impedir ni reparar.„ ¡Cuántos sufrimientos experimentó para llevar á lejanas tierras y á todas partes, si hubiera podido hacerlo, el conocimiento y el amor de Dios!... Y después de tantas fatigas, tras haberse inmolado tantas veces y de tantas maneras, ¡todavía creía no haber hecho nada! Poco antes de su muerte declaró que su intención era, después de haber sometido á Dios el vasto imperio de la China, penetrar en la Tartaria, para luego volver á Europa á combatir la herejía y la corrupción de costumbres, ir en seguida al Africa y repasar, por último, el Asia, para buscar y conquistar allí nuevos reinos á Jesucristo. Corazón verdaderamente de Apóstol, sin más amor que el de Dios y el de las almas por Dios.

Pero si así es el verdadero amor ¿qué debo pensar del mío? Javier murió á los cuarenta y seis años y sólo diez le bastaron para realizar inmensas conquistas á la mayor gloria del Señor. ¿Qué he hecho yo, en cambio, durante toda mi vida para servir á nuestro Señor? Y sin embargo, úrgeme tomar pronto un partido: ó glorificar á Dios el tiempo que me resta de vida, amándole y haciéndole amar, ó en la otra y por toda una eternidad, ¡estar separado de Dios!

PUNTO II

Javier fué todo para el prójimo y para la santificación de las almas.

Su caridad para con el prójimo á todo se extendía; al cuerpo y al alma, al tiempo y á la eternidad. Parecía no haber nacido sino para el alivio de los que sufrían y en servirles cifraba todas sus delicias. Pero su amor al prójimo se señalaba singularmente por su celo por la salvación de sus prójimos. Puede decirse de él lo que san Juan Crisóstomo dijo de san Pablo: que su celo le dió alas para volar por todo el universo á la conquista de las almas. Causa verdadero asombro considerar el número de sus viajes por tierra y por mar, con los difíciles medios de comunicación que en su tiempo existían, y pasma y maravilla ver que en tan poco tiempo como duró su apostolado, pudiera trabajar y derramar sus sudores en tantas y tan apartadas comarcas; y no obstante, no sólo las recorrió sino que en todas ellas predicó, bautizó, administró los demás sacramentos, desarraigó la idolatría, reformó las costumbres y estableció la fe y la piedad cristianas.

Tantos rigores y tan inmensos trabajos le acompañaron en este apostolado, que sólo por milagro pudo trabajar así por espacio de diez años. Arrancar al infierno y dar al cielo almas inmortales, creadas á imagen de Dios y rescatadas con la sangre de Jesucristo, era su ambición, su sostén y su vida. Para tan noble objeto, el trabajo le parecía descanso, el sufrimiento un placer, y los peligros y las dificultades, lejos de espantarle, le enardecían. ¿Se quiere que renuncie al designio de convertir á los habitantes de una isla salvaje? La terrible pintura que de ella se le hace, inflama sus deseos. A todo lo que se le opone, se contenta con responder que si aquella isla abundase en riquezas, más de un merca-

der habría ya penetrado en ella, y pregunta con indignación si el amor á las almas habría de ser menos intrépido que el amor al dinero. "El más temible peligro, decía, es no tener confianza en Dios en medio de los más graves riesgos.„ Avergüénzate de tu indolencia y falta de celo á vista de tan maravilloso apostolado. Mira si haces cuanto debes y puedes por la salvación de tu alma, y lo que más te importa aún, por tu propia perfección.

PUNTO III

Javier fué todo para sí mismo y para su propia santificación.

Uno de los escollos de la vida apostólica, es entregarse sin reserva á las ocupaciones exteriores, olvidándose uno de sí mismo para atender á los demás. Jesucristo, en el *Apocalipsis,* reconviene por esta falta al obispo de Efeso. Javier supo evitar este escollo. Jamás hubo misionero más aplicado á su propia santificación, mientras trabajaba con un celo devorador en la santificación de sus hermanos. Tenía invariablemente señalado el tiempo que había de dar á tratar con Dios y en aquellos momentos olvidaba al prójimo en interés del prójimo mismo. Estando en Goa, se retiraba al más oculto rincón de la iglesia, para no ser interrumpido en las dos horas que dedicaba á la oración. Durante sus viajes por mar, oraba regularmente desde la media noche á la salida del sol. Con la misma fidelidad se entregaba á las demás prácticas de su ardiente devoción, como examen de conciencia, visitas al santísimo Sacramento, retiros espirituales, todo ello con la exactitud y fervor de un escrupuloso novicio. Y de este modo, alimentando y perfeccionando constantemente su unión con Dios, estaba siempre pronto para secundar las vías de su misericordia para la salvación de las almas. ¡Santa alianza de la acción y de la contemplación que se admira en todos los hombres verdaderamente apostólicos y que tan lejos estoy de poseer!

Coloquio.—¡Oh Javier! El celo no se extingue en el cielo, pues es el efecto del amor. Por el contrario, es más ardiente allí donde la caridad recibe su suprema perfección. Por vuestro celo, pues, y por vuestro doble amor á Dios y al prójimo, os pedimos que dirijáis una mirada á los herederos de vuestro apostolado. La gloria de Dios y la dicha del mundo está en las manos de los sacerdotes y ministros de Dios; pedid para ellos la gracia de comprender la alteza de su vocación; á fin de que sean capaces de llenar sus grandes destinos. Obtened para ellos y para mí que seamos como vos, todo para Dios, todo para el prójimo y todo para nosotros mismos.

Propósitos.—Mira si según tu estado y las condiciones en que el Señor te ha puesto, haces lo que puedes por la salvación de las almas.

21 DE DICIEMBRE

FIESTA DE SANTO TOMÁS APÓSTOL

Misericordia de Dios con este Apóstol incrédulo.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. reprendiendo la poca fe de este Apóstol y pide no ser nunca duro de corazón á los llamamientos de la gracia divina.

PUNTO I

Paciencia de Jesucristo con su Apóstol incrédulo.

Considera que el pecado de la incredulidad de Tomás era gravísimo. Después de tantas palabras de Jesucristo, su divino Maestro, de tantos y tan estupendos milagros que lo habían convencido de la divinidad del Salvador, después de haberle oído muchas veces anunciar su resurrección para el tercer día después de su muerte, la nueva de haber resucitado Jesús que le llevaban las santas mujeres, no debió sorprenderle, sino causarle una extraordinaria alegría. Pues no obstante esto, calificó la resurrección del Señor de sueño de mujeres. Igualmente rechazó el testimonio

de los discípulos que habían visto al Salvador resucitado y que habían conversado y comido con El. A creerle, Pedro, Juan y los demás Apóstoles, eran unos visionarios, espíritus flacos é ilusos, entre los cuales él era el único razonable. ¡Qué orgullo! ¡Cuánta presunción! Pretende nada menos que dar la ley al Salvador y le impone las condiciones á las que habrá de someterse para obtener su fe. "Si no veo en sus manos las llagas hechas por los clavos y las toco con el dedo y meto mi mano en su costado, no creeré." ¡Qué audaz y sacrílega exigencia! Con ella declara que aunque vea y oiga al Salvador, no se rendirá á sus palabras, es preciso que le toque á su capricho. Pero si la vista y el oído pueden engañarle, ¿por qué el tacto, sentido más material y más grosero que los otros dos, no cree que le engañen? ¿No se diría que ha perdido la razón al poner esa condición para creer? Pero si no cree, su pérdida es segura, y ¿puede aventurar nadie con más temeridad su salvación? Su pecado, además, no fué como el de Pedro, un error de corta duración; en él persevera durante muchos días, á pesar de todas las instancias que se le hacen y de las pruebas que se le dan. En semejante conducta había una obstinación intolerable é injuriosa para Jesucristo y escandalosa para los débiles; porque ¿cuántos ánimos vacilantes podían ser pervertidos por tan mal ejemplo? No obstante todo esto, su buen Maestro le soportó con maravillosa paciencia.

Era, además, motivo de grande aflicción para María, para el colegio apostólico y para la Iglesia de los fieles, cuya alegría se veía turbada por aquella criminal obstinación. Pero ya que rehusaba escuchar á la Iglesia ¿no era razonable que se le excluyera de ella? Así procedía, pero Jesucristo no permitió que esto sucediera, y para ello inspiró á todos su paciencia y esperó un momento favorable para vencer aquella incredulidad, dando una prueba irrefragable de lo que le cuesta abandonar á un alma á quien ha

amado y colmado de sus gracias, y de los esfuerzos que hace para sacarla del abismo en que ha caído apartándose de El.

PUNTO II

Bondad de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.

Ocho días habían transcurrido de paz y de felicidad para los fieles discípulos y de agitación y remordimientos para el Apóstol incrédulo, cuando Jesús se les apareció de nuevo y esta vez expresamente para que le viera el incrédulo, otorgándole por un exceso de caridad lo que Tomás sólo pudo pedir por un exceso de temeridad. Mira ya al Salvador en medio de sus discípulos como un pastor en medio de su rebaño. A la vista de su Maestro toda la reunión se extremece de júbilo y Jesús se dirige hacia Tomás. ¿Pero era éste el primero que debía llamar su atención? Pedro y Juan estaban allí y también se cree que estaba la santísima Virgen; y sin embargo, á ninguno de ellos se dirige, y es que tiene en menos la dignidad y el mérito de muchos que la necesidad de uno solo. Así es el Corazón de Jesús y así se le vió entonces tal y como le pintan las parábolas del hijo pródigo y del Buen Pastor. "Aproxímate, Apóstol mío, le dice, te quiero demasiado para consentir en tu pérdida. Antes que eso prefiero prestarme á lo que exiges de mí y emplear para convencerte el medio que me pides. Sí; he aquí las manos que han curado á tantos enfermos y dado tantas bendiciones; mira los pies que han corrido tras la oveja extraviada; mira este costado abierto por el hierro de la lanza. Y ya que no te contentas con ver, toca; pon tu dedo en estas llagas, mete tu mano en este costado; entra tú mismo en este corazón que te ama todavía; pero cesa de ser incrédulo, sino sé ya fiel." ¡Oh santa compasión! ¡Oh dulce indulgencia! ¡Oh conmovedora bondad! Aprende á conocer al divino Corazón de Je-

sús. Mira lo infinito de su bondad para con los pecadores y á vista de ella crezca tu confianza en El y tu amor para con El á medida de tus miserias pasadas y de tu grandísima indigencia.

PUNTO III

Triunfo de Jesucristo sobre el Apóstol incrédulo.

El Salvador se sirvió del resplandor de su rostro para iluminar á la Magdalena, y para atravesar su corazón, de una flecha de amor, según el canto litúrgico. Con una mirada le bastó para anegar en lágrimas al Apóstol que le había negado, y se sirvió de su nombre para hacer un Apóstol de Saulo, derribado en el camino de Damasco; mas para convertir Jesús á Tomás, al incrédulo, se sirve de sus llagas. Apenas el orgulloso Apóstol toca aquellas divinas heridas, recobra la fe y exclama: "¡Señor mío y Dios mío!„ Su dolor y su amor no le permiten decir más; su dolor, porque ve su pecado; su amor, porque está vencido por la bondad de aquel Maestro adorable, que, indignamente ofendido, se venga colmándole de favores. Por otra parte, todo cuanto pudiera decir queda dicho en tan pocas palabras. Con ellas reconoce á Jesús por su Señor, y de allí en adelante quiere servirle y temerle. Le reconoce por su Dios, y no vivirá sino para amarle y ganarle corazones. Mírale, pues, curado y colocado otra vez entre los que serán la luz del mundo. Las tinieblas de su infidelidad nos serán tan útiles como la luz ardentísima de su fe. ¡Con qué celo fué á predicar aquella resurrección, que no había querido creer sino después de haberse visto forzado á ello, en cierto modo, por un milagro de la caridad de Jesucristo! A los Partos, á los Medos, á los Persas, á los Scytas, á los Hircanos llevó la luz del Evangelio, hasta que en las Indias, en Calamina, halló el cumplimiento de sus más ardientes votos, la gloria de coronar con el martirio un apostolado que

tantos pueblos había sometido á Jesucristo. Un rey bárbaro le hizo perecer á lanzadas. ¡Y con qué amor proclamó al expirar que Jesús era su Señor y su Dios!

Coloquio.—¡Oh Tomás, apóstol de Jesucristo! ¡Oh sol del mundo! al cual con la claridad de tu celestial doctrina y con los resplandores del Evangelio alumbraste, y por tantas y tan diversas y extendidas provincias propagaste el nombre de tu dulcísimo Maestro y Señor. Tocando sus preciosas llagas sanaste las de nuestra infidelidad, y en la carne inmortal reconociste y adoraste á nuestro Dios. Tú con inmensos trabajos cultivaste la viña de la santa Iglesia, y como conquistador del mundo domesticaste innumerables gentes fieras y bárbaras, y las sujetaste al suave yugo de Cristo, amansándolas con tus ejemplos, enseñándolas con tus palabras, espantándolas con tus milagros, y alcanzándoles con tu muerte perdón y la bendición del Señor. Los que ahora con oficio y predicación apostólica se emplean en las Indias en quitar el cetro y trono á Satanás, todos siguen tus pisadas, y por medio de tus oraciones recogen en los trojes del Señor lo que tú con lágrimas y sangre sembraste. Ayúdalos, ¡oh Tomás glorioso! esfuérzalos, pon tu mano sobre el arco que ellos flechan, para que sus saetas sean penetrantes y eficaces, y muriendo venzan, y cayendo se levanten, y aquellas ovejas se junten con las de este rebaño, y reconozcan, adoren y obedezcan á solo Dios trino y uno verdadero y á Jesucristo por su único y sumo Pastor.

Propósitos.—Entra constantemente dentro del corazón y de las llagas de Cristo, vive allí como en celestial morada y jamás se extinguirá tu fe ni se resfriará tu caridad.

27 DE DICIEMBRE

Festividad de san Juan, apóstol y evangelista.

***Preludios.*—Contempla al discípulo amante y amado de Jesús en la última cena, recostado sobre el divino Corazón de su Maestro, pide participar de su pureza y de su amor para saborear en la sagrada comunión las delicias celestiales que inundaron el alma del dichoso y fiel discípulo del Señor.**

PUNTO I

Amor mutuo de Jesús y del discípulo amado.

San Juan amó á Jesús con amor purísimo y ardentísimo, y Jesús amaba á san Juan con amor de predilección. El amor que le tuvo Jesús fué su dicha; y el amor que él tuvo á Jesús constituyó su grandeza y todo su mérito. El amor recíproco con que se amaron, hizo á san Juan el amigo y confidente de Jesucristo; porque la amistad pide correspondencia de amor.

¿Puedes dudar de que Jesucristo te ama, teniendo pruebas tan incontestables en las gracias generales y particulares que te está dispensando? Mírale en un establo, contémplale en la cruz, considérale en nuestros altares y observa con admiración lo que el amor le ha obligado á hacer por nosotros. ¿Cuántas veces te ha hecho como á Juan comer á su mesa? ¿Cuántas veces te ha dejado como á él descansar sobre su seno, y El ha reposado en el tuyo, después de la sagrada comunión? ¿Y después de esto aún dudarás de su amor? Repasa en tu memoria todos los beneficios particulares que te ha hecho desde que estás en el mundo, y confesarás que eres el discípulo amado de Jesús. ¿Mas eres tú también el discípulo amante de Jesús? ¿Qué muestra le has dado hasta ahora de tu amor? ¿Cómo has correspondido á tantas caricias, gracias y favores suyos? Si te preguntase como á

san Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?„ ¿Podrías decir en verdad que lo amabas? ¿Estás pronto á dejarlo todo por El, tú que no sabes privarte de una satisfacción ilícita por su amor? ¿Protestas que estás dispuesto á morir por El, y no puedes sufrir con paciencia una ligera palabra, ni menos una leve injuria que te hagan?

PUNTO II

Efectos del amor de Jesucristo al apóstol san Juan.

Los efectos del amor de Jesucristo á san Juan, fueron el profundo conocimiento, que le comunicó de los misterios incomprensibles de nuestra fé, principalmente de su divinidad y de su encarnación, y que expresó san Juan con estas admirables palabras: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios; y el Verbo era Dios.„ El segundo efecto del amor de Jesús, fué haberle hecho descansar suavísimamente sobre su pecho la noche postrera de la cena. El tercero fué haberle dado á su santísima Madre al pie de la cruz, substituyéndole en su lugar.

Reconoce, pues, si no eres el más ciego y el más ingrato de todos los hombres, que tú también eres el discípulo amado de Jesús. Recuerda si no todas las verdades que por medio de la fe te ha revelado; observa también con que amor ha entrado mil veces en tu corazón en la sagrada comunión, y te ha hecho descansar en el suyo, en cuanto de El ha dependido, con igual regalo y dulzura que al evangelista del amor. ¡Oh divino banquete! ¡Oh tálamo delicioso, en donde descansa el corazón amante de Jesús en su pecho sacratísimo, bebiendo allí á torrentes celestiales delicias. Además, ¿no te ha dado Jesús á su Madre por madre tuya como á san Juan? ¿Cuando estás en aflicción, y al pie de la cruz, no te dice: "Hijo mío, ahí tienes á tu Madre?„ ¿Por qué no acudes á ella? ¿Por qué no la invocas? ¿Y de dónde viene que no pones en ella toda tu confianza?

PUNTO III

Pruebas del amor del apóstol san Juan á su divino Maestro.

San Juan mostró recíprocamente su amor á Jesucristo con la pureza de su corazón, con la fidelidad de su alma, con la adhesión inquebrantable á su divina Persona, habiéndole seguido hasta la cruz; con el aborrecimiento que tuvo al mundo su enemigo; con el amor con que amaba al prójimo, y que nos recomendó con tanta eficacia; finalmente, con la ternura y respeto que siempre tuvo á la santísima Virgen, y el obsequio con que la veneró siempre. ¿Qué, no es amar al Hijo, el amar á su Madre? ¿Y no es honrar al Hijo el honrar también á su Madre?

¿Amas de esta manera á Jesús? ¿Tienes esta misma pureza de cuerpo y de alma? ¿Eres fiel en llenar las obligaciones del amor? ¿Sigues por todas partes las huellas de Jesús? ¿Le acompañas con el mismo gusto al Calvario que al Tabor? ¿No le abandonas cuando le ultrajan los impíos, y le ponen en la cruz? ¿Aborreces al mundo? ¿Amas á tu prójimo? ¿Eres devoto de la santísima Virgen? ¿La amas y la honras como á tu madre? Si no haces eso, no mereces llamarte discípulo de Jesús ni hijo de María santísima.

Coloquio.—¡Oh Jesús, Salvador mío, qué consuelo siento yo cuando pienso en que Vos me amáis! ¡Pero qué confusión es la mía, cuando me reprendo á mí mismo de que no os amo! ¿Qué habéis encontrado en mí que sea digno de vuestro amor? ¿Y qué he visto yo en Vos, que no sea digno de mi afecto y gratitud? ¡Y no obstante os he aborrecido hasta ahora en lugar de amaros! He correspondido á vuestros beneficios con ingratitudes, y he hecho menos caso de vuestra amistad, que de la del mundo, y de una miserable criatura. Ah, Señor mío, yo os amaré en lo venidero con un amor puro, fiel, desinteresado, constante y generoso; y os amaré toda mi vida para que pueda amaros aun después de la muerte. Y Vos ¡oh

amantísimo Apóstol Juan! ¡Oh discípulo querido de Cristo, y con particular privilegio hijo de María! ¡Oh príncipe de los doctores, maestro de la sabiduría divina, sol del Evangelio, sagrario de la santísima Trinidad, hijo del trueno, águila real, amigo del Esposo, divino secretario del Verbo Eterno y depositario de sus tesoros y riquezas! miradnos con ojos amorosos, y pues tanto amasteis y fuísteis amado del Señor, alcanzadnos gracia de vuestro buen Maestro, para serle fiel siempre, y sobre todo al pie de la cruz, y merecer así como Vos, ser contado entre los discípulos amantes y amados de su corazón.

Propósitos.—Imitar la pureza de alma y de cuerpo del apóstol san Juan. Así podrás llamarte devoto del sagrado Corazón é hijo verdadero de la santísima Virgen.

ÍNDICE

SEPTIEMBRE

PROSIGUEN LAS MEDITACIONES SOBRE LAS PARÁBOLAS DE CRISTO N. S., Y SUS APLICACIONES...

1 Parábola del sabio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena..... 5

I. Explicación de la parábola.—II. Los flacos en la virtud, edifican sobre arena.—III. Los sabios y perfectos levantan el edificio de su perfección sobre piedra viva.

2 Sobre la debilidad ó solidez de las virtudes..... 10

I. De la debilidad y flaqueza de las virtudes.—II. De la fortaleza y robustez de las virtudes.—III. De la diferencia entre la sólida y la falsa virtud.

3 Parábola del buen grano y la cizaña..... 18

I. Explicación de la parábola.—II. «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene tanta cizaña?»—III. «Dejad crecer el trigo y la cizaña hasta el tiempo de la siega.»

4 De la compañía de los justos con los pecadores..... 26

I. Debemos vivir entre los malos sin contaminarnos.—II. Podemos tratar con los malos para buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.—III. Podemos vivir entre los malos evitando sus malos ejemplos.

5 Parábola del grano de mostaza..... 33

I. Explicación de la parábola.—II. De la grandeza y magnificencia del árbol de la parábola.—III. De la dilatación y extensión de las ramas del árbol de la parábola.

6 Sobre el aprecio y estima de las cosas pequeñas.... 39

I. Cuánto daño se sigue de menospreciar las faltas pequeñas.—II. Bienes grandes que se siguen de hacer mucho caso de cosas pequeñas.—III. Del gran mérito que se encierra en practicar actos de virtudes al parecer insignificantes.

7 De la perfección cristiana en toda clase de estados. 47

I. Es posible y obligatoria la santificación en toda clase de esta-

dos.—II. La Providencia del Señor exige nuestra santificación en cualquier estado.—III. La gracia de Cristo pide nuestra santificación en cualquier estado en que el Señor nos haya puesto.

8 **Fiesta de la Natividad de María santísima.....** 56

I. Nacimiento de María.—II. De algunas circunstancias de este glorioso misterio.—III. De las gracias con que el Señor adornó en su natividad á la Virgen santísima.

9 **De la verdadera devoción á la Virgen santísima.....** 62

I. Del nacimiento de la Virgen santísima por la devoción en nuestros corazones.—II. De la verdadera devoción á la Virgen santísima.—III. Motivos de nuestra confianza en María santísima.

10 **Parábola del mercader que buscaba perlas.....** 69

I. De cómo los hombres buscan en el mundo perlas preciosas.—II. Cómo se buscan estas perlas preciosas.—III. De otra perla más preciosa hallada por muy pocos.

11 **Del infinito valor de la perla de nuestra alma y de la salvación.....** 75

I. Sobre el valor de nuestra alma.—II. Del valor de la salvación de nuestra alma.—III. Cómo se adquiere la perla preciosa de la salvación.

2 **Parábola del Pastor que busca la oveja perdida.....** 81

I. Del Pastor divino de las almas.—II. De cómo el buen Pastor, hallada la oveja perdida, pónela sobre los hombros, y la trae á su redil.—III. Del gozo que hay en el cielo por un pecador que se convierte.

13 **De la bondad y amor de Jesús para con los hombres.** 87

I. De la misericordia de Jesús en buscar al pecador.—II. De la bondad y amor de Jesús para con los pecadores.—III. De los afectos de amor y de confianza, frutos de esta divina parábola.

14 **Festividad de la exaltación de la Santa Cruz.....** 95

I. La cruz es la bandera de los predestinados.—II. Hay que recibir la cruz que el Señor nos manda con fe viva, respeto y agradecimiento.—III. Debemos llevar la cruz con valor, alegría y perseverancia.

15 **Parábola del buen samaritano.....** 102

I. Del hombre robado y herido.—II. Del buen samaritano.—III. De otras obras de misericordia del buen samaritano.

16 **Del amor al prójimo representado en el buen samaritano.....** 107

I. Del precepto del amor al prójimo.—II. De las reglas del amor del prójimo.—III. De la práctica de la caridad para con el prójimo.

17 **Parábola del siervo que debía diez mil talentos..... 114**
I. Primera parte de la parábola.—II. Segunda parte de la parábola.—III. Conclusión de la parábola.

18 **Del perdón de las injurias..... 121**
I. Motivos para perdonar á los enemigos.—II. «Perdonad y seréis perdonados.»—III. Pretextos para no perdonar las injurias.

19 **Parábola del mayordomo infiel..... 129**
I. Quién era el hombre rico, y quién el mayordomo.—II. De la cuenta que pidió el Señor al mayordomo.—III. De la conclusión de la parábola.

20 **De la limosna..... 135**
I. Obligación de la limosna.—II. Materia de la limosna.—III. Premios de la limosna.

21 **Parábola de la viña..... 143**
I. De la providencia de Dios con su Iglesia y con las almas figuradas por esta viña.—II. De la horrible ingratitud de los criados para con su amo y señor de la viña.—III. Conclusión de la parábola.

22 **De la ingratitud del hombre para con Dios..... 148**
I. Cuán injurioso es á Dios el pecado de la ingratitud.—II. La ingratitud es perniciosa y dañosísima para el hombre.—III. Medios de evitar los daños que causa la ingratitud.

23 **Parábola de los convidados á las bodas y á la cena. 155**
I. Del convite.—II. De cómo se llenó la sala del banquete.—III. Del que no tenía vestido de boda.

24 **De la preparación que exige el banquete Eucarístico. 160**
I. De la preparación al convite Eucarístico.—II. De la práctica de la preparación para la comunión.—III. De la acción de gracias después de la comunión.

25 **De los afectos con que nos hemos de disponer á la sagrada comunión..... 167**
I. De los afectos con que hemos de comulgar.—II. De los pretextos para apartarnos de la sagrada comunión.—III. De las malas comuniones.

26 **De los designios de Dios en la Eucaristía..... 175**
I. De los designios de Jesucristo en la Eucaristía.—II. De los obstáculos que ponemos á los designios de Jesucristo en la Eucaristía.—III. De los frutos y efectos de la fervorosa comunión.

27 **Parábola de las diez vírgenes..... 181**
I. De las cualidades de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes.—II. De la súbita venida del Esposo.—III. Lo que hicieron las vírgenes á la llegada del Esposo.

28 **Del santo temor de Dios..... 187**
I. De los frutos del santo temor de Dios.—II. Necesidad del santo

temor de Dios para emprender el camino de la virtud.—III. El temor santo de Dios es necesario para perseverar en la gracia final.

29 **Parábola de la higuera infructuosa** 195

I. Esterilidad de la higuera.—II. Castigo que amenaza á la higuera infructuosa.—III. Misericordia del amo de la higuera.

30 **Del abuso de las gracias** 199

I. Gravedad que encierra el abuso de las gracias.—II. Cómo castiga Dios en esta vida el abuso de las gracias.—III. Del juicio y penas del abuso de las gracias.

OCTUBRE

1 **Parábola de Lázaro el pobre y del rico avariento** ... 205

I. De Lázaro el pobre.—II. Del rico avariento.—III. De las penas del rico en el infierno.

2 **De las riquezas espirituales del alma en oposición con las de los ricos del mundo** 211

I. Sólo merece llamarse rico el que posee á Dios.—Utilidad de las riquezas del alma en oposición con las de la tierra.—III. Felicidad de las riquezas del alma en oposición con las del mundo.

(De algunas meditaciones sobre obras milagrosas que hizo Cristo N. S. sanando enfermos, resucitando muertos y convirtiendo pecadores.)

3 **De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo N. S. del demonio** 219

I. De cómo la cananea salió al encuentro de Jesús.—De cómo Jesús probó la fe de la cananea.—III. De cómo Jesús premió la fe de la cananea.

4 **Sobre la necesidad de la oración** 223

I. La oración es necesaria para conseguir la divina gracia.—II. La oración es necesaria para obrar el bien.—III. La oración es necesaria para evitar el mal.

5 **Sobre las condiciones de la oración** 230

I. Dios no escucha nuestras oraciones porque no oramos como debemos.—II. Dios no escucha nuestra oración porque no pedimos lo que debemos pedir.—III. Dios no nos escucha porque no le pedimos con las condiciones con que es necesario pedir.

6 **Del centurión cuyo criado sanó Cristo N. S.** 238

I. De cómo el centurión pidió á Jesús la curación de su siervo.—II. De cómo el Señor prometió curar al siervo del centurión.—III. De cómo Jesús premió la fe y piedad del centurión.

7 **Sobre la virtud de la humildad** 242

I. Bienes que acarrea al alma la humildad.—II. Necesidad de la humildad.—III. De la práctica de la humildad.

8 **De la mujer á quien sanó Cristo N. S. del flujo de sangre** 249

I. Cómo la hemorroisa tocó la vestidura de Jesús N. S., y quedó sanada.—II. De cómo Jesús proclamó el milagro que había hecho.—III. De cómo el Señor despidió á la hemorroisa.

9 **Sobre la fe como principio de nuestra salvación** 254

I. La fe, principio de nuestra salvación.—II. La fe nos condena.—III. Debemos escoger entre que la fe nos salve ó nos condene.

10 **Del espíritu de fe, como principio de nuestra santificación** 260

I. En qué consiste el espíritu de fe.—II. La vida de fe es necesaria para evitar el pecado.—III. La vida de fe es necesaria para adquirir la perfección.

11 **Del enfermo á quien sanó Cristo N. S. en la probática piscina** 267

I. De la probática piscina.—II. Del milagro de Jesús.—III. Del agradecimiento del paralítico.

12 **De la paciencia que hemos de tener en las enfermedades y demás tribulaciones** 273

I. De cómo debe el cristiano mirar las enfermedades y tribulaciones.—II. De cómo debemos aceptar las enfermedades y tribulaciones.—III. De las consideraciones que nos ayudan á sufrir con paciencia las enfermedades y tribulaciones.

13 **De la curación del leproso** 280

I. De cómo un hombre cubierto de lepra se prosternó ante Jesús y le dijo: «si quieres, puedes limpiarme».—II. De cómo el Señor se compadeció del leproso y lo sanó.—III. Por qué Jesús envió el leproso al sacerdote.

14 **Sobre la confesión** 284

I. De la misericordia de Dios en este sacramento.—II. De las disposiciones para recibir bien y con fruto este sacramento.—III. De la sinceridad de la penitencia y del propósito de la enmienda.

15 **Festividad de santa Teresa de Jesús** 291

I. Santa Teresa, prevenida por el amor de Jesucristo.—II. Santa Teresa herida por el amor de Jesucristo.—III. Santa Teresa transformada en el amor de Jesucristo.

16 **Del ciego que curó Cristo N. S. camino de Jericó** 299

I. Oración del ciego de Jericó.—II. Petición del pobre ciego á Jesús.—III. De cómo el Señor curó al ciego.

17 **De la ceguedad espiritual** 303

I. En qué consiste la ceguedad espiritual.—II. La ceguedad espiritual efecto del pecado.—III. La ceguedad espiritual castigo del pecado.

18 Del milagro que hizo Cristo N. S. calmando la tempestad del mar..... 309

I. Del sueño de nuestro Señor en la barca.—II. De cómo hay que acudir á Jesús en la tribulación, y cómo Jesús acude á nuestro llamamiento.—III. Del imperio de Cristo sobre los elementos.

19 De las turbaciones y borrascas que se levantan en nuestras almas..... 313

I. La tempestad se levanta en presencia de Jesucristo y por su mandato.—II. Jesús duerme en medio de la tempestad.—III. Medios de que es necesario servirse contra las tempestades que se levantan en el alma.

20 Sobre la conversión de la samaritana..... 319

I. De cómo Jesús llegó fatigado al pozo, se sentó junto á él á la hora de sexta y llegó allí la samaritana.—II. Cómo dispuso nuestro Señor á la samaritana para que fuese recibiendo su divina gracia.—III. Conversión de la samaritana.

21 De tres propiedades de las aguas de la gracia ofrecidas á la samaritana por Cristo N. S..... 325

I. Las aguas de la gracia se sacan con facilidad y se reparten con abundancia.—II. Los que beben las aguas de la gracia no tendrán jamás sed.—III. Las aguas de la gracia son aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

22 De la mujer adúltera á la que Cristo N. S. perdonó los pecados y libró de los acusadores..... 332

I. Presentan á nuestro Señor una mujer adúltera y le preguntan si debían apedrearla.—II. «El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.»—III. De cómo Jesús perdonó á la adúltera.

23 Sobre las palabras de Jesús á la adúltera: «No quieras pecar más.»..... 337

I. De las reincidencias en el pecado.—II. La recaída en el pecado es un obstáculo para el arrepentimiento verdadero en lo futuro.—III. La conversión de los que recaen con facilidad en el pecado, es sumamente difícil.

24 Sobre la conversión de Zaqueo, príncipe de los publicanos..... 343

I. De cómo Zaqueo recibió á nuestro Señor.—II. Confesión de Zaqueo.—III. Aplicación de esta historia á la sagrada Comunión.

25 Sobre las palabras de Cristo N. S. á Zaqueo: «Baja pronto, porque me conviene morar hoy en tu casa.»..... 347

I. Sobre la pronta correspondencia á la gracia de Dios.—II. De la medida de las gracias de Dios.—III. De la substracción de las gracias de Dios.

26 **De la conversión de la Magdalena**..... 354

I. La Magdalena á los pies de Jesús —II. Defiende Jesús á María Magdalena.—III. «Perdonados te son tus pecados.»

27 **Sobre el amor del mundo, sus pompas y vanidades**.. 361

I. El mundo es diametralmente opuesto á Dios y á Jesucristo.—II. La profesión de cristiano es incompatible con el amor del mundo.—III. Ceguedad de los falsos prudentes del siglo que quieren concertar al mundo con Jesucristo.

28 **Del milagro de la resurrección de Lázaro**..... 368

I. Antes de la resurrección de Lázaro.—II. El milagro de la resurrección de Lázaro.—III. De las maravillosas consecuencias de este milagro.

29 **Lázaro en el sepulcro, imagen de un alma en pecado mortal**..... 375

I. El pecado mortal muerte del alma.—II. El alma del pecador está sepultada y corrompida.—III. Del milagro de la resurrección del pecador.

30 **De la resurrección de la hija del príncipe de la sinagoga y del hijo de la viuda de Naim**..... 381

I. De cómo un príncipe de la sinagoga fué á Jesús y le suplicó que pusiese sus manos sobre una hija suya que había muerto.—II. De la resurrección del hijo de la viuda de Naim.—III. Resurrección del alma por la gracia de la justificación.

31 **De la educación de los hijos**..... 387

I. Dios hace partícipes á los hombres de su paternidad para que procuren á sus hijos el ser de la naturaleza y el de la gracia.—II. El amor de los padres hacia sus hijos debe ser una expresión del amor de Dios.—III. Tremenda responsabilidad de los padres que no educan santamente á sus hijos.

NOVIEMBRE

1 **Festividad de todos los Santos**..... 394

I. De la gloria eterna del paraíso de los santos.—II. De la posesión de Dios, gloria esencial de los santos.—III. El ejemplo de los santos.

NOVENA

EN HONOR DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

2 **Meditación para el día de difuntos**..... 401

I. Visita al cementerio.—II. En el cementerio.—III. Consideraciones y propósitos.

3 **Sobre la devoción á las almas del purgatorio**..... 409

I. Las almas del purgatorio son dignísimas de nuestra compasión.—II. La devoción á las almas del purgatorio es muy agradable á Dios N. S.—III. La devoción á las almas del purgatorio, es muy ventajosa para nosotros.

4 Sobre el dogma del purgatorio..... 415
I. Existencia del purgatorio.—II. El dogma del purgatorio es sumamente consolador.—III. Del lugar destinado por Dios para purgatorio de las almas.

5 Sobre las terribles penas del purgatorio..... 423
I. Pena de daño.—II. Pena de sentido. III. La pena del gusano de la conciencia, ó sea del remordimiento.

6 Sobre otros tres motivos de pena de las benditas almas del purgatorio..... 430
I. La vista de sus pecados.—II. El olvido en que se las deja, segundo motivo de pena.—III. Incapacidad de merecer en las almas del purgatorio.

7 De tres lecciones que nos dan desde el purgatorio las almas benditas..... 435
I. Primera lección: el amor á la pureza de conciencia.—II. Segunda lección: la enmienda de las faltas ordinarias.—III. Lección tercera: la gravedad del pecado venial.

8 De tres medios eficacísimos para aliviar á las almas del purgatorio..... 441
I. Del primer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el ayuno.—II. Del segundo medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la limosna.—III. Del tercer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la oración.

9 De otros tres medios de ayudar á las almas benditas del purgatorio..... 450
I. Cuarto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el santo sacrificio de la misa.—II. Quinto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que son las indulgencias.—III. De otro medio excelente para socorrer á las almas del purgatorio, muy fácil á todo el mundo.

10 Del pecado venial como materia y pábulo del fuego del purgatorio..... 458
I. Qué es el pecado venial según los principios de la fe.—II. Efectos del pecado venial.—III. Los castigos del pecado venial.

MEDITACIONES

PARA EL SANTO TIEMPO DE ADVIENTO

(Primera semana de adviento.)

11 Del fin para que fué criado el hombre, y las demás cosas que le sirven..... 464
I. Del fin del hombre.—II. Del fin de las criaturas.—III. Conclusión práctica de los puntos anteriores.

12 De la grandeza y excelencia del fin del hombre..... 470
I. Que solo Dios puede ser el fin del hombre.—II. De la excelen-

cia y necesidad de ese fin.—III. De los medios infinitos para conseguir ese fin.

13 **Del fin del cristiano**..... 476

I. El fin del cristiano es vivir según la ley y al espíritu de Cristo.—II. La perfección del cristiano es vivir de la vida de Jesucristo.—III. Debemos adquirir la perfección cristiana por los medios que nos enseñó Jesucristo.

14 **De la gravedad del pecado por ejemplos del pecado de los ángeles, de Adán y otros particulares**..... 482

I. Del pecado de los ángeles.—II. Del pecado de Adán y Eva.—III. Castigo de un alma que se condena por un solo pecado mortal.

15 **De la muchedumbre de los pecados y de su gravedad por ser muchos y contrarios á la razón** 489

I. De la muchedumbre de los pecados.—II. De la gravedad de estos pecados por su muchedumbre.—III. De la fealdad del pecado en cuanto contrario á la razón.

16 **De la gravedad del pecado, por la vileza del hombre que ofende á Dios N. S.**..... 494

I. De la vileza del hombre en cuanto al cuerpo.—II. De la vileza del hombre en cuanto al alma.—III. De la nada del hombre en comparación de Dios.

17 **De la gravedad de los pecados, por la grandeza de la infinita majestad de Dios, contra quien se cometen.** 498

I. De las infinitas perfecciones de Dios.—II. De los infinitos beneficios de Dios N. S.—Gravedad del pecado por la vileza de sus motivos.

(Segunda semana de adviento.)

18 **De la gravedad del pecado por comparación á las penas temporales y eternas con que es castigado.**. 505

I. De la gravedad del pecado por las penas y miserias de esta vida.—II. De la gravedad del pecado por ser mal mayor que todos los males temporales.—De la gravedad del pecado por comparación á las penas eternas.

19 **De las propiedades de la muerte**..... 511

I. De la certeza de la muerte.—II. Que la muerte es incierta en todas sus circunstancias.—III. La muerte es única.

20 **Sobre la muerte del pecador y del justo**..... 517

I. Sobre la idea de la muerte.—II. Muerte del pecador.—III. La muerte de los justos.

21 **Festividad de la presentación de María santísima en el templo**..... 524

I. La presentación de María santísima en el templo.—II. Vida de María en el templo.—III. El voto de perpetua virginidad de María en el templo.

22 De la memoria de la muerte como medio de santificación..... 529

I. El recuerdo habitual de la muerte asegura la inocencia de la vida.—II. El recuerdo de la muerte nos despega de todas las cosas perecederas.—III. El recuerdo habitual de la muerte hace morir con el corazón lleno de las más dulces esperanzas.

23 Sobre la preparación á la muerte..... 533

I. Debemos prepararnos á la muerte, haciendo ahora lo que quizá no podamos hacer entonces.—II. Debemos prepararnos á la muerte haciendo ahora lo que forzosamente tendremos que hacer en nuestra última hora.—III. Debemos prepararnos para la muerte haciendo ahora lo que quisiéramos haber hecho cuando llegue el momento de morir.

24 La meditación de la muerte debe estimularnos á morir á nosotros mismos y á nuestras pasiones.... 539

I. La idea de la muerte debe animarme á abrazarme por completo con el espíritu de mortificación.—II. La meditación de la muerte debe animarme á abrazar la pobreza espiritual.—III. La meditación de la muerte debe animarme á despreciar las honras vanas de la vida.

(Tercera semana de adviento.)

25 Sobre el juicio particular..... 545

I. Personas que asisten en este juicio.—II. Sobre el tiempo y lugar en que se hace este juicio.—III. Sobre el orden de este juicio y examen riguroso que se ha de hacer.

26 Sobre la sentencia que se dará al alma en el juicio particular..... 551

I. Despoja Cristo N. S. al alma del pecador de las gracias que le quedaban después del pecado.—II. La sentencia de Cristo N. S. en el juicio particular.—III. Aplicaciones y propósitos.

27 Del juicio universal..... 557

I. Razón de este supremo juicio.—II. De la resurrección de los muertos y venida del Juez.—III. De la separación de los buenos y de los malos.

28 Del proceso del juicio universal..... 564

I. Manifestación de las conciencias de todos los hombres.—II. De las terribles acusaciones en contra de los malos.—III. De la vergüenza y confusión de los malos el día del juicio.

27 De las sentencias del juicio universal..... 570

I. De la sentencia en favor de los buenos.—II. De la sentencia en contra de los malos.—III. Ejecución de la sentencia.

NOVENA

EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

30 **Sobre la predestinación de María santísima**..... 579

I. La Virgen santísima fué predestinada antes que todas las criaturas.—II. Que la predestinación de María es superior á la de todas las criaturas.—III. La predestinación de María, causa con Jesucristo de la predestinación de las criaturas.

DICIEMBRE

1 **Sobre la abundancia de gracia con que Dios enriqueció á María santísima**..... 588

I. Qué cosa sea la gracia.—II. La gracia en María santísima desde su concepción inmaculada.—III. Del sumo cuidado que debemos tener en acrecentar la gracia á imitación de María.

2 **De la pureza sin mancha de María santísima**..... 595

I. De cuán sublime y excelente es la virtud de la pureza.—II. De la pureza y virginidad de nuestra Señora.—III. Del sumo cuidado que debemos poner en conservar la pureza.

3 **De la incomparable hermosura de María santísima**.. 602

I. De las diferentes clases de belleza, y cuál de ellas sea la más excelente.—II. Hermosura del alma de María.—III. De cuánto hemos de procurar la hermosura del alma.

4 **Del amor de María santísima á Dios y á los hombres.** 609

I. De la dulzura y excelencia del amor divino.—II. Del amor recíproco entre Jesús y María, y del que nos tiene á nosotros nuestra dulcísima Madre.—III. De cuán suave y dulce es el amor de María, y del amor y gratitud que nosotros le debemos.

5 **De la incomparable santidad de la Virgen santísima.** 616

I. En qué consiste la santidad de las criaturas.—II. De la inmensa santidad de la santísima Virgen.—III. De la santidad del cristiano.

6 **De la dignidad y grandeza de la santísima Virgen**... 622

I. De la falsa idea que el mundo tiene de la dignidad y de la grandeza.—II. De cuán sublime y excelsa es la dignidad de la santísima Virgen.—III. La imitación de la humildad de María es el mejor medio para llegar á la verdadera grandeza.

7 **De las singulares gracias y privilegios que Dios N. S. concedió á nuestra Señora en el instante de su concepción**..... 628

I. Del primer privilegio, que fué preservarla de la culpa original.—II. Del segundo privilegio, que fué confirmarla en gracia.

III. Del tercer privilegio, que fué llenarla de gracia y de todas las virtudes.

8 **Festividad de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen** 633

I. María santísima inmaculada, en el plan divino.—II. María santísima inmaculada, por ser Madre de Dios.—III. María santísima inmaculada, como corredentora del linaje humano.

(Prosiguen las meditaciones de la tercera semana de adviento.)

9 **Sobre las penas del infierno** 642

I. Qué cosa es el infierno.—II. De los males del infierno.—III. Del fuego del infierno.

10 **De las penas del infierno meditadas por aplicación de sentidos** 648

11 **Del infierno del alma** 655

I. Suplicio de las potencias del alma.—II. Suplicio de la pena de daño.—III. Suplicio de la eternidad.

12 **Sobre la eternidad de las penas del infierno** 661

I. La eternidad de las penas la reclama Dios.—II. La eternidad de las penas la exige la naturaleza de la vida.—III. La eternidad de las penas la exige la naturaleza del pecado mortal.

(Cuarta semana de adviento.)

13 **Sobre la tibieza espiritual** 669

I. De la esencia de la tibieza.—II. De los males y peligros de la tibieza.—III. De las causas y remedios de la tibieza.

14 **De las señales de la tibieza** 675

I. Señales de la tibieza.—II. De otras señales de la tibieza.—III. De la infelicidad del alma tibia.

15 **Del pecado venial** 681

I. De la gravedad del pecado venial en sí mismo.—II. De la multitud de los pecados veniales.—III. De las consecuencias del pecado venial.

16 **Sobre no diferir la conversión** 687

I. De los que difieren la conversión.—II. Por qué no debemos diferir la conversión.—III. Que los que dilatan su conversión no desean de veras convertirse.

17 **De la penitencia por nuestros pecados** 692

I. De la necesidad de la penitencia.—II. Del espíritu de penitencia.—III. De las condiciones de la penitencia.

18 **Sobre los frutos de la penitencia cristiana**..... 698

I. De los frutos de la penitencia.—II. De los medios de conocer que nuestra penitencia es verdadera.—III. De la felicidad y dulzura de la penitencia.

19 **Sobre la misericordia de Dios en recibir al pecador arrepentido**..... 704

I. El hijo pródigo arrepentido.—II. El hijo pródigo volviendo á casa de su padre.—III. El hijo pródigo perdonado por su padre.

20 **Sobre el amor de Dios**..... 712

I. Debemos amar á Dios porque es infinitamente amable.—II. Debemos amar á Dios por ser infinitamente amante y benéfico.—III. Debemos amar á Dios porque desea sumamente ser amado de nosotros.

(Meditaciones preparatorias á la fiesta del nacimiento de N. S. Jesucristo.

21 **Del decreto admirable de la Encarnación del Hijo de Dios**..... 718

I. Sobre el decreto de Dios para remediar el género humano.—II. Del decreto divino de la Encarnación del Hijo de Dios.—III. De las infinitas perfecciones que nos demostró el Señor en este decreto de la Encarnación.

22 **De la infinita caridad de Dios en el misterio de la Encarnación**..... 721

I. De la infinita grandeza de la persona que nos hizo el beneficio de la Encarnación.—II. De la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo en la Encarnación.—III. Del fin para que Dios dió al mundo á su Hijo unigénito.

23 **De la ejecución del misterio admirable de la Encarnación**..... 728

I. Del misterio de la Encarnación.—II. De las circunstancias de la Encarnación en cuanto al cuerpo de Cristo N. S.—III. De las excelencias del alma santísima de Cristo N. S.

24 **De la jornada de la Virgen nuestra Señora desde Nazaret á Belén**..... 735

I. Del camino de Nazaret á Belén.—II. De la ocasión que tuvo Cristo N. S. para hacer esta jornada.—III. De la entrada en Belén de la santísima Virgen.

25 **Del nacimiento de Jesucristo N. S. en el portal de Belén**..... 740

I. El Verbo divino encarnado en las entrañas de María.—II. Del misterio inefable del nacimiento del Hijo de Dios.—III. De las grandezas del divino Niño Jesús.

26 **Del regocijo de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores..** 747

I. Adoran los ángeles del cielo al Niño de Belén.—II. Anuncian los ángeles á los pastores el nacimiento del Salvador.-III. «Gloria á Dios en las alturas».

27 **En el portal de Belén.....** 752

I. La cuna de Belén, cátedra del amor de Jesucristo á los hombres.—II. La cuna de Belén, cátedra de sabiduría divina.—III. La cuna de Belén, tribunal de la justicia de Dios.

28 **La humildad de Jesús en la cueva de Belén.....** 756

I. Jesús en Belén, modelo de perfecta humildad.—II. De la excelencia de la humildad en sí mismo.—III. De los frutos de la virtud de la humildad.

29 **La pobreza de Jesús en la cueva de Belén.....** 762

I. La pobreza de la santa cueva.—II. Del apego excesivo á los bienes de la tierra.—III. De las riquezas que se encierran en la cueva de Belén.

30 **Sobre la pérdida del tiempo.. .....** 768

I. El pecado que en sí encierra la pérdida del tiempo.—II. Los pecados que ocasiona la pérdida del tiempo.—III. Lo que hay que hacer para evitar la pérdida del tiempo.

31 **De los infinitos beneficios de Dios N. S.....** 775

I. De los infinitos beneficios de Dios N. S.—II. Del modo de corresponder á los beneficios de Dios.—III. Del beneficio que nos ha hecho Dios dejándonos llegar hasta fin del año.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DEL ÚLTIMO CUADRIMESTRE DEL AÑO

SEPTIEMBRE

(*Dominica infraoctava de la Natividad de la santísima Virgen.*)

Fiesta del dulcísimo nombre de María..... 782

I. Excelencia del dulcísimo nombre de María.—II. Significación del dulcísimo nombre de María.—III. Poder del dulcísimo nombre de María.

(*Dominica tercera de Septiembre.*)

FESTIVIDAD DE LOS DOLORES GLORIOSOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.—**Sobre los dolores gloriosos de la santísima Virgen María.....** 790

I. Los dolores de la Virgen, gloriosísimos en sus causas.—II. Los dolores de María, gloriosísimos por sus circunstancias.—III. De la participación de los dolores de María santísima.

OCTUBRE

(*Dominica primera de Octubre.*)

FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO ROSARIO.—**Sobre la devoción al santísimo Rosario** 798

I. Qué sentimientos debe hacer nacer en nosotros el rezo del santo Rosario.—II. Gracias que deben esperarse del rezo del santo Rosario.—III. El rezo del santo Rosario motivo de consuelo á la hora de la muerte.

(*Dominica segunda de Octubre.*)

FIESTA DE LA MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN. **De la divina maternidad de María santísima**..... 804

I. Que la Virgen santísima es verdaderamente Madre de Dios.—II. En qué consiste la divina maternidad.—III. Cómo Dios es glorificado por la maternidad divina.

10 **Festividad de san Francisco de Borja**..... 809

I. Humildad de san Francisco de Borja.—II. Pobreza de san Francisco de Borja.—III. Abnegación y mortificación de san Francisco de Borja.

NOVIEMBRE

(*Dominica segunda de Noviembre.*)

FIESTA DEL PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.— **Sobre el poder sin límites de la santísima Virgen.** 814

I. La Virgen santísima lo puede todo en favor de sus devotos.—II. María santísima lo quiere todo en favor de sus devotos.—III. De nuestra confianza en el patrocinio de María santísima.

13 **Festividad de san Estanislao de Kostka**..... 822

I. Su devoción al santísimo Sacramento.—II. Su devoción á la Virgen santísima.—III. Su correspondencia á las inspiraciones de la gracia.

30 **Fiesta de san Andrés, apóstol**..... 826

I. Amor de san Andrés á la cruz.—II. ¿Qué motivos tenía san Andrés para este amor?—III. Frutos maravillosos que obtuvo san Andrés de su amor á la cruz.

DICIEMBRE

3 **Fiesta de san Francisco Javier**..... 831

I. Javier fué todo para Dios y para la gloria de Dios.—II. Javier fué todo para el prójimo y para la santificación de las almas.—III. Javier fué todo para sí mismo y para su propia santificación.

21 FIESTA DE SANTO TOMÁS, APÓSTOL.—**Misericordia de Dios con el Apóstol incrédulo**..... 835

I. Paciencia de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.—II. Bondad de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.—III. Triunfo de Jesucristo sobre el Apóstol incrédulo.

27 **Festividad de san Juan, apóstol y evangelista** 840

I. Amor mutuo de Jesús y del discípulo amado.—II. Efectos del amor de Jesucristo al apóstol san Juan.—III. Pruebas del amor del apóstol san Juan á su divino Maestro.

A. M. D. G.